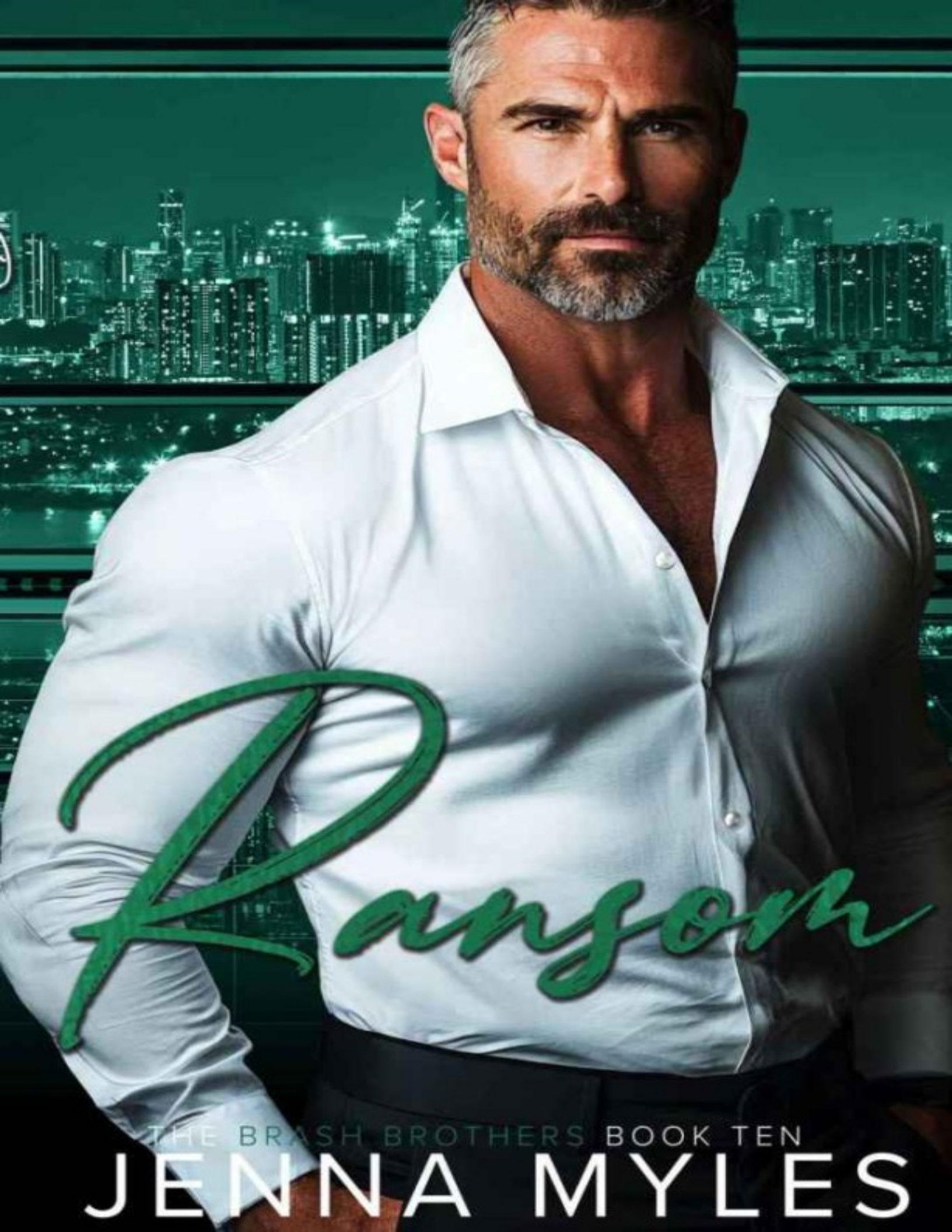

Ransom
THE BRASH BROTHERS BOOK TEN
JENNA MYLES

RANSOM

JENNA MYLES

Derechos de autor

Derechos de autor 2024 por Jenna Myles

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopiado, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves incluidas en reseñas de libros.

Nota del editor:

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor. Los lugares y nombres públicos se utilizan a veces con fines ambientales. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con negocios, empresas, eventos, instituciones o lugares es pura coincidencia.

Publicado por Myles High Publishing

authorjennamyles.com

❀ Creado con Vellum

ÍNDICE

Orden de lectura
Personajes
Nota de la autora

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
49. Ransom
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57

¿Qué sigue?

Este va para ti.
Gracias por acompañarme a lo largo de esta serie.
Gracias por leer, por comprar, por decirles
a tus amigos que tienen que conseguir mis libros.
Me has regalado una vida hermosa y plena, y
estaré eternamente agradecida.

ORDEN DE LECTURA

Libro 1: Kade
Libro 2: Micah
Libro 3: Colton
Libro 4: Declan
Libro 5: Zach
Libro 6: Jonas
Libro 7: Nick
Libro 8: John
Libro 9: Maverick
Libro 10: Ransom

PERSONAJES

Ransom Kyle: El "padre" del grupo. Reunió a un grupo de chicos inadaptados y los convirtió en una familia. Es el hombre de las grandes ideas.

Blair McKenna: Dueña del Taller McKenna en Badger Falls. Es una mujer dura y autosuficiente que está harta de que Ransom Kyle intente comprar su taller; además, ella y Ransom tienen historia.

Kade Dixon: El director ejecutivo, a cargo de las operaciones. Su palabra favorita es "joder" y se las arregla para incluirla en casi todas sus frases. Su esposa es Becca.

Becca Tyler: Instructora en un dojo y dirige muchas clases de defensa personal. Colton entrena con ella y lo hace llorar al menos una vez por semana. A menudo se refieren a ella como una ninja.

Micah James: Trabaja en proyectos personalizados en el taller de Knight Street. Fue golpeado por su padre cuando era niño y sufrió daño cerebral. A menudo usa lengua de signos para complementar su habla. Gran lector, tiene una gatita llamada Minnie (como el ratón). Su novia es Holly.

Holly Clarke: Escapó de su esposo abusivo y se escondió de él durante dos años. Él ahora está en prisión con Joker. Holly trabaja en Knight Street con Micah, y tienen un bebé recién nacido.

Colton Miles: Es el golden retriever sobreprotector del grupo. Jefe de seguridad del Grupo Brash. Tiene un historial de peleas clandestinas. Su esposa es Evie.

Evie Collins: Enfermera de urgencias y madre de Mia. Tiene una actitud sin tonterías que los chicos encuentran igualmente aterradora e hilarante. Fue quien ayudó a Holly a escapar de su esposo abusivo y, como resultado, su vida se vio destrozada. Ahora está casada con Colton.

Declan Wilder: El hacker/genio informático. Puede encontrar cualquier cosa sobre cualquiera. Obsesionado con los videojuegos. Famoso por perder apuestas con su hermano Jonas, lo que lo lleva a lucir *mohawks* y tatuajes en el trasero. Está en una relación con Cara.

Cara Davis: La mano derecha e izquierda de Ransom. Dueña de su propia discoteca Curves Ahead. Obsesionada con Declan y después de años persiguiéndolo, finalmente están juntos.

Zach Lee: Jefe de marketing. El mujeriego del grupo. Muy centrado en la imagen y ama sus trajes caros y su hogar bellamente decorado. Su hermano biológico menor es Jonas. Está en una relación con Maya.

Maya Miller: Gurú del marketing. Nueva contratación de Zach. Brillante. Incapaz de mantener los zapatos en sus pies. Terrible sentido de la orientación. Ella y Zach son pareja.

Jonas Lee: El director financiero, el genio de los números. Está en el espectro autista. Tiende a ser reservado con las personas nuevas. Gran fan de los rompecabezas. Casado con Janey.

Janey Lewis: Jefa de recursos humanos en Brash. Es una persona sociable y todos le hablan de sus problemas. Es increíblemente intuitiva y amable, pero no siempre cree en sí misma. Aceptó la propuesta de matrimonio de Jonas, se casaron y luego se enamoraron.

Nick Diaz: El solucionador. Podría convencer a una monja de casarse con él en diez minutos. Sin título oficial, va donde Ransom lo necesita. Se enamoró de Bree y son pareja.

Bree Davis: Hermana de Cara. Es fisioterapeuta y a menudo trabaja en la discoteca de Cara por las noches. Cara la crio desde los dieciséis años. Ella y Nick son pareja.

Maverick Walker: El abogado. Él y Nick son enviados a menudo para manejar problemas que Cara no puede resolver. Está

en una relación con Cadence.

Cadence Hayes: Fundadora del refugio LOL Dog Rescue. También empleada en el club de Maverick. Es la única cuidadora de su abuela. Está en una relación con Maverick.

John (Joker) Miles: Hermano mayor de Colton. Estuvo en prisión durante 18 años. Ahora está fuera y vive en el rascacielos tratando de averiguar cómo navegar en el mundo real de nuevo. Está enamorado de Abigail.

Abigail Brightwell: Era la asistente de Maya en Nueva York. Tuvo una mala ruptura y vino de visita, y nunca se fue. Ahora trabaja en Brash con Maya, tratando de recuperarse de su corazón roto. Y vive al lado de su novio John.

Constance (Connie) McCauley: Dueña de McCauley Steel. Está jubilada y vive en el rascacielos de Brash en Chicago. Tiene cinco nietos que están dispersos por el mundo. Es muy cercana a los Hermanos Brash.

Tess (Abu) Hayes: La abuela de Cadence. Ella y su esposo criaron a Cadence. Ella y Connie se han hecho buenas amigas rápidamente.

NOTA DE LA AUTORA

Este es el final de la serie Brash, y quiero agradecerles a todos por haber permanecido conmigo durante tanto tiempo.

No sabía hacia dónde me llevaría este libro, y resultó ser mucho más emotivo de lo que esperaba. Pero ya me conocen, me encantan los finales felices, así que sepan que van a obtener eso en este libro.

Advertencia de contenido:
Este libro aborda algunos temas delicados. Hay referencias a:
Relaciones con menores de edad / preocupaciones sobre estupro
Cáncer / Enfermedades terminales
Muerte y duelo
Muerte accidental
Discusiones sobre pérdida / abandono parental
Abuso físico / violencia doméstica
Suicidio / ideación suicida
Trauma infantil / sistema de acogida

PRÓLOGO

BLAIR

Hace 25 años

¿Estoy muerta?

Esto debe ser lo que se siente estar muerta. No hay color, ni calidez, ni esperanza. Es solo un gran agujero negro.

¿Por qué? ¿Por qué haría eso? ¿Por qué mentiría?

Todo lo que creía entender, todo lo que creía sobre él, sobre nosotros, está simplemente.... aniquilado.

Me ha destrozado.

¿Cómo se supone que voy a recomponer los pedazos de mí misma? ¿Cómo se supone que voy a sobrevivir a esto?

Dijo que me amaba. Me tocaba como si fuera así.

¿Y ahora todo es una mentira? ¿Me estuvo engañando todo este tiempo?

Pensé que realmente me veía y amaba cada parte de mí.

Creí que teníamos un futuro.

Estaba tan, tan equivocada.

1

RANSOM

—Joder, este lugar es deprimente —murmuro, pasando la mano por una pared llena de agujeros de clavos.

Se supone que este será nuestro nuevo cuartel general, pero no lo veo. Las luces fluorescentes parpadean sobre nuestras cabezas, proyectando sombras sobre el espacio vacío, iluminando los lugares donde antes colgaban carteles. Incluso hay una pila de escritorios destrozados en la esquina. Parece que alguien los amontonó para evitar que una horda de zombis entrara por las ventanas.

En realidad, no es mala idea. Podría alquilar este lugar para producciones cinematográficas. Tal vez crear una casa embrujada asesina para Halloween. Cualquier cosa menos mudarnos aquí.

Cara resopla a mi lado, sus tacones resuenan contra el linóleo desgastado.

—¿Dónde está tu visión, jefe? No es nada que un poco de pintura y una iluminación decente no puedan arreglar.

Odio cuando me llama jefe. En teoría, debería ser respetuoso y apropiado. En realidad, lo hace sonar como si le estuviera hablando a un niño. Admito que estoy enfurruñado, así que no le digo nada.

—Cada centavo que tengo. Joder, ¿por qué pensé que esto era una buena idea?

Cara pasea por el espacio con sus tacones de diez centímetros, luciendo toda profesional en un elegante traje pantalón, con un encaje rojo asomándose por el escote.

—Porque es una buena idea. Aguanta, machote. Va a ser genial.

—¿Machote? —murmuro entre dientes, desenrollando los planos del arquitecto. ¿Su actitud creció cuando se enamoró de Declan? No lo sé realmente. Pero prefiero esta actitud a la Cara retraída y rota. Esa versión de ella me asustaba muchísimo. Mató a un hombre para salvar a su hermana, y la marcó permanentemente, pero afortunadamente, ha salido adelante.

Y estoy tan agradecido de que esté completa y feliz, que aceptaré esa actitud.

A decir verdad, me encanta su actitud. Siempre me desafía, obligándome a ser un poco mejor, un poco más rápido, a mantenerme por delante de ella. Podría verla haciéndose cargo de toda la empresa algún día.

También podría verla siendo madre a tiempo completo o prácticamente cualquier cosa intermedia. El cielo es el límite para ella, y cualquier sueño que tenga de ahora en adelante, me aseguraré de que lo consiga.

—Veamos con qué estamos trabajando aquí.

Recorremos el espacio, Cara señala dónde se derribarán paredes y se levantarán otras nuevas. Intento imaginarlo, pero sigo pensando en estar sentado aquí en medio de una reunión cuando los zombis ataquen por todos lados.

—Oye —dice Cara suavemente, tocando mi brazo, casi haciéndome gritar—. ¿Estás bien?

Fuerzo una sonrisa.

—Sí, solo.... —Pensando en zombis. —Pensando en lo rápido que todo está cambiando. A veces me pregunto si esta es la elección correcta.

Los ojos de Cara se suavizan.

—Ransom Kyle, escúchame. ¿Esta mudanza? Es exactamente lo que necesitamos. Espacio para crecer, para construir algo aún más grande y mejor.

Tiene razón. Sé que la tiene. Solo estoy actuando como un niño ofendido.

—¿Nunca te cansas de tener razón?

—Aún no ha pasado. —Sonríe y golpea los planos. —Ahora, sobre esas ofertas....

Con los planes extendidos sobre un viejo escritorio gris, examinamos las ofertas, discutiendo los méritos de cada contratista. Sin embargo, algo me molesta.

—Oye, ¿no mencionaste que una amiga tuya hace este tipo de trabajo? No veo su oferta aquí. —Destacó porque no es todos los días que escuchas sobre una enorme empresa de construcción completamente dirigida por mujeres.

La sonrisa de Cara vacila.

—Oh, sí. Jess y su equipo. Ellas, eh.... no presentaron una oferta. Algunos problemas con el negocio, supongo.

—¿Todo está bien?

—No estoy segura —admite Cara, haciendo una mueca—. Jess ha sido bastante reservada al respecto. Estoy preocupada, pero....

Aprieto su hombro, sin que me guste la expresión en su rostro.

—Oye, si hay algo que pueda hacer para ayudar, solo dímelo.

Cara asiente, pero no dice nada más, y desearía que lo hiciera. En parte porque tengo curiosidad, pero principalmente porque no me gusta cuando Cara está molesta. Sí, solo fue una mueca, pero para Cara, eso equivale a un colapso emocional. La mujer es absolutamente fría en el trabajo.

Pero no insisto, por ahora. Dejo que el silencio entre nosotros crezca mientras mis ojos vagan por el espacio nuevamente, tratando de superponer la visión del arquitecto sobre el lienzo insulso de horror corporativo. Es difícil imaginar este lugar como nuestro hogar de trabajo, pero sé que lo será. Tiene que serlo. Necesito mantener a todos cerca. Necesitamos permanecer juntos.

—Sabes —dice Cara, rompiendo el silencio—, creo que esta habitación sería una sala de juntas increíble. Podríamos poner esas paredes de cristal elegantes, y tal vez un bar en la esquina para cuando las reuniones se alarguen.

—Solo quieres una excusa para beber en el trabajo.

—Por favor —se burla—. Como si necesitara una excusa. Ustedes, chicos, llevarían a cualquiera a beber.

—Justo. —Más de un administrador escolar se sirvió un trago durante una reunión. El director de Jonas bebió directamente de la

botella una vez. Simplemente se detuvo a mitad de la frase, la sacó de un cajón y tomó un trago.

Bastante seguro que eso fue después de la explosión.

No puedo culparlo. He recurrido a la botella más de una vez después de una conversación con Jonas. La mente de ese hombre funciona de maneras misteriosas, y es un esfuerzo mantenerse al día la mayor parte del tiempo. Nunca lo cambiaría, pero sería bueno si me dejara tomar un café o dos antes de que empiece con alguna gran idea suya.

Cara se ríe, vagando hacia el banco de ventanas que da a un estacionamiento agrietado, con edificios industriales más allá.

Este lugar no es lo que imaginé. Cuando soñé por primera vez con un nuevo edificio para todos nosotros, tenía esta visión de un campus. Muchos árboles, un pequeño parque para los niños, y todo nuevo. No es que realmente me importe lo nuevo, pero sí me preocupo por la comodidad, y construir algo desde cero significa que puedo hacer lo que quiera. En cambio, el cronograma se ha acelerado y nos estamos conformando. No me gusta.

—Será genial, Ran, en serio.

—Lo sé —digo simplemente. La boca de Cara se tuerce, obviamente no me cree—. Solo imaginé algo diferente. Y estoy acostumbrado a obtener lo que quiero.

Ella cruza los brazos y se apoya contra la ventana, la luz de la mañana tardía hace difícil leer su expresión.

—Rara vez obtienes lo que quieres. Eres el rey del compromiso, Ransom. Cuando se trata de tus hermanos, cualquier cosa que quieran y necesiten, tú cedes.

No se equivoca.

—Al final, mientras todos estén felices, no importa.

—¿Te escuchas a ti mismo? Mientras todos estén felices no parece incluirte a ti. Tú quieres el nuevo espacio. Pero como al resto de los chicos no les gusta, no va a suceder. Estás desechando los planes.

—Es un compromiso que estoy dispuesto a hacer, Cara. No cometas el error de pensar que no estoy obteniendo lo que quiero. Porque al final, todo lo que me importa es que mi familia

permanezca unida. Y si este lugar va a ayudarme a lograrlo, entonces estoy saltando de puta alegría.

—Sí —dice con sarcasmo—, pareces encantado.

Muy deliberadamente, estiro mi boca en la sonrisa más amplia que puedo. El tipo de sonrisa que hace que te duelan las mejillas y parece completamente falsa. Como era de esperar, ella gime y se ríe.

—Bien. Bien. Vamos al grano entonces. —Se mueve de vuelta al escritorio y golpea suavemente las pilas de ofertas. —Vamos a reducir esta mierda.

Entro a grandes zancadas en la sede de Brash, con Cara pisándome los talones. El familiar zumbido de actividad me envuelve y mis hombros se relajan. Esto es hogar.

Uno de ellos, al menos.

—Voy a hacer mi ronda —le digo a Cara. Ella asiente, ya distraída por un mensaje en su móvil, y se dirige directamente al ascensor.

Me muevo hacia la esquina del vestíbulo, consciente de que hay un montón de ojos sobre mí, pero no me molesta. Me importa una mierda si la gente mira. Lo hacen todo el tiempo. Porque soy el jefe, porque soy rico.... realmente no importa por qué. Ellos no importan ahora mismo.

Rápidamente escaneo el vestíbulo, luego me fijo en Colton, inmerso en una conversación con uno de nuestros nuevos empleados. Su ceño está fruncido en concentración, y hay una calidez en sus ojos que pone a gusto al chico nervioso. No reconozco al chico, pero eso ya no es inusual. Los días de tomar cada decisión de contratación, de examinar a cada empleado, han quedado atrás. Somos demasiado jodidamente grandes para eso ahora.

La chaqueta del traje de Colton también ha desaparecido hace tiempo, y las mangas de su camisa azul están arremangadas. No se parece en nada a lo que es: un oso de peluche gigante, aunque admito que podría atravesar una pared de ladrillo de un puñetazo.

Conseguir que se pusiera un traje la primera vez fue una maldita lucha. Gracias a Dios que ha dejado de pelear conmigo por eso. No es que realmente me importe lo que se ponga, pero hay algo en ponerse ese traje que hace que la gente lo mire de manera

diferente. Y como jefe de nuestra seguridad, merece ser tratado con respeto.

Espero pacientemente hasta que termina con el empleado. Entonces se encuentra con mi mirada, y nos hacemos un pequeño gesto con la cabeza. Es suficiente para tranquilizarme. Él está bien. Estamos bien. Es hora de encontrar al resto.

Moviéndome entre los cubículos del piso ejecutivo, paso por la oficina de Jonas. La puerta está completamente abierta, y alcanzo a verlo garabateando furiosamente en su pizarra. Números y símbolos bailan por la superficie. Mierda que yo podría descifrarlo si tuviera tres litros de café y una semana para hacerlo, pero no tengo la paciencia para eso. Soy inteligente. Jonas es más inteligente. Mucho más inteligente. Sea lo que sea en lo que está trabajando nos va a hacer ganar millones, estoy seguro, así que no me molesto en llamar. Lo veré más tarde.

La guarida de Declan es la siguiente, la oscuridad rota solo por el brillo de múltiples pantallas. Está encorvado sobre su teclado, con su gorro negro calado hasta abajo, y sus dedos vuelan. Resisto el impulso de decirle que se siente derecho; de todos modos, me ignoraría. No tengo ni idea de lo que está haciendo. Podría estar *hackeando* a un competidor o jugando videojuegos. Ambas cosas son igualmente probables. He aprendido que es mejor no hacer preguntas a menos que sea absolutamente necesario.

Un poco más allá, la voz retumbante de Kade se escucha a través de su puerta cerrada.

—Escucha, hijo de puta, si no tienes esos malditos contratos firmados para el almuerzo de mañana, iré personalmente allí y te los meteré tan arriba por el culo que estarás saboreando tinta durante una semana. —Hay una pausa, luego una carcajada. —Eso es lo que jodidamente pensé. Nos vemos la semana que viene.

Es tan encantador. No es de extrañar que Becca se enamorara de él.

Justo enfrente de mi oficina, Zach está encaramado en el escritorio de Maya, su traje de diez mil dólares se arruga mientras se inclina, con una sonrisa burlona en los labios. Maya está poniendo los ojos en blanco, pero sonriendo. Los celos se aprietan con fuerza

en mi estómago. No celos de él específicamente, sino de que él tiene eso. Tiene a Maya, y son tan perfectos el uno para el otro. No podría haber hecho a mano una mejor mujer para él. Ella lo empuja fuera de su zona de confort, y él hace lo mismo por ella. Y siempre se ven tan jodidamente felices.

A veces me pregunto si yo podría haber tenido eso. Tal vez si no me hubiera ido hace todos esos años, podría tener unos ojos gris hielo mirándome con ese tipo de amor.

Algunos días, me pregunto qué pasaría si volviera por ella. Simplemente aparcar mi coche frente a su casa y no irme hasta que me amara de nuevo. Pero ¿realmente podría hacer eso? ¿Simplemente dejarlo todo e ir a por ella?

La idea de que quemaría el mundo por otra oportunidad con ella me asusta como la mierda. El fuego me quitó todo una vez, y no dejaré que vuelva a suceder. Tengo que proteger lo que he construido.

Chocando mi puño contra el de Zach al pasar, me dirijo a las oficinas de Nick y Maverick, ambas vacías. No es inusual que estén fuera, pero me he acostumbrado a que Mav esté más por aquí ahora que solo trabaja en casos *pro bono* un par de veces al mes. Las pilas de carpetas abarrotadas en su escritorio son cada vez más pequeñas, y las líneas de estrés alrededor de su boca están desapareciendo. Podría estar tomándose la tarde libre.

Mientras me conecto a las cámaras de seguridad de nuestra ubicación en Knight Street para revisar a Micah, un pequeño hilo de inquietud se desenrolla en mi pecho. Siempre me siento un poco intranquilo cuando no sé dónde está uno de mis hermanos. Pero esta sensación es diferente.

¿Dónde coño están Mav y Nick?

2

BLAIR

—Vaya mierda. Matt, ¿ves ese diferencial trasero?

Me deslizo desde debajo del viejo Ford, limpiándome la grasa de las manos con un trapo.

Las piernas de Matt siguen sobresaliendo de debajo del camión.

—Sí, pienso exactamente lo mismo.

—El señor Johnson ha estado conduciendo esta cosa desde antes de que yo naciera. —Me apoyo contra el banco de trabajo, calculando los costos mentalmente. —Estamos hablando de nuevos sellos, rodamientos y probablemente un cambio de líquido.

Matt sale rodando, se limpia la cara con el dorso de la mano y se embarra de grasa la frente.

—Eso va a costar un buen dinero. ¿Puede permitírselo el viejo?

No, definitivamente no puede. Me encojo de hombros.

—Probablemente no. Pero ya se nos ocurrirá algo. —Realmente no hay otra opción más que arreglarlo. Necesita ese camión para mantener las cosas funcionando en su granja.

Matt me mira de una forma que me dan ganas de meterle un dedo en la nariz.

—Blair, no puedes seguir haciendo trabajos al costo. Nosotros también tenemos facturas que pagar, ¿sabes?

—¿Alguna vez te ha rebotado el cheque, imbécil? Mis facturas siempre se pagan. Solo que no a costa de gente que apenas llega a fin de mes.

Matt se sienta, mirándome con esa expresión que he visto mucho desde que murió mi padre.

—¿Qué tal si realmente te ganaras la vida?

Resoplo.

—¿Para comprar qué exactamente? No necesito nada. Mi camioneta funciona, tengo un techo sobre mi cabeza y suficiente dinero para divertirme de vez en cuando. No necesito estafar a nadie.

—Supongo que será mejor que pula mi currículum para cuando este lugar quiebre —refunfuña.

—Te escribiré una recomendación brillante. —Le lanzo un trapo limpio. —Ahora, vuelve ahí abajo y revisa otra vez esas líneas de freno. Me pareció ver una fuga.

Matt hace un saludo burlón.

—Sí, señora. —El hombre está decidido a sacarme de quicio, pero no tiene suerte. Estoy bien.

Mientras desaparece de nuevo bajo el camión, empiezo a anotar las piezas que necesitaremos. Cuanto antes haga el pedido, antes llegarán las piezas. Tomará un par de días ya que estamos a unas horas de la ciudad y los camiones no pasan por aquí todos los días, pero no es gran cosa. El señor Johnson conoce la situación y puede ser bastante paciente cuando es necesario.

Nadie por aquí tiene montones de dinero extra tirado por ahí. Todos están haciendo lo mejor que pueden para hacer que lo que tienen dure. Así que arreglamos coches, tractores y cualquier otra cosa con motor. Mucha gente ha aprendido a arreglar sus propias cosas, así que cuando un granjero me trae algo para trabajar, está bastante jodido. Pero me gustan esos casos. Soy increíble encontrando la manera de hacer que algo casi muerto vuelva a funcionar.

Me gusta ver esos programas de restauración en la tele. Es divertido soñar con encontrar los detalles perfectos para hacer que algo vuelva a ser perfecto. Pero en la vida real, no se trata de la perfección. Se trata de hacer que algo herido y roto vuelva a ser útil. Es función, no apariencia.

Supongo que eso también se aplica a mí. Nada en mí es llamativo. Vivo en botas de trabajo, vaqueros y camisetas. No uso maquillaje. La única parte de mí que es llamativa es mi pelo. Para una mecánica, tener el pelo casi hasta la cintura es una tontería. Pero me encanta. A papá le encantaba.

A él le encantaba.

Pero *él* ya no importa. Lo que *él* piense no importa.

Nunca más.

PASO la mañana enterrada en piezas de motor y papeleo. El ruido de las herramientas y el rugido de los motores llenan el taller: sonidos que conozco desde que era niña. Cuando era pequeña, me despertaba con esos ruidos. Es bastante difícil no oírlos cuando vives encima de un taller como papá y yo. Seguirían resonando en mi mente, incluso cuando el taller está frío y en silencio.

—Blair. Está sonando el móvil —grita Matt.

¿Cómo coño me lo he perdido? Me limpio las manos y agarro el auricular.

—Taller mecánico McKenna, habla Blair.

La voz de la señora Simmons crepita a través del móvil.

—Blair, querida, es sobre mi Oldsmobile....

Escucho pacientemente mientras divaga sobre ruidos extraños y vibraciones.

—Tráigalo mañana por la mañana, señora Simmons. Le echaremos un vistazo.

Después de colgar, me dirijo a la oficina para actualizar nuestro horario. El antiguo ordenador cobra vida, su ventilador zumba como si estuviera a punto de despegar hacia el espacio. Realmente debería reemplazar esta cosa, pero cada centavo cuenta.

Suena la campanilla de la puerta. Me asomo para ver al señor Granger entrando con pasos lentos, sus manos curtidas aferradas a una bolsa de papel.

—Buenas tardes, señor Granger. ¿Qué le trae por aquí?

Sonríe, mostrando más encías que dientes. Ha tenido ese aspecto desde que tengo memoria. Honestamente, no estoy segura de cuántos años tiene a estas alturas. En algún punto entre ochenta y cien sería mi conjetura.

—Pensé que ustedes, chicos, podrían tener hambre. —Deja la bolsa en el mostrador. —Sándwiches caseros de Martha.

Mi estómago ruge en anticipación. Cualquier cosa que haga Martha es increíble.

—No tenía que molestarse.

—Tonterías. Arreglaste mi tractor el mes pasado por casi nada. Es lo mínimo que podíamos hacer.

Sonrío, conmovida por el gesto.

—Bueno, gracias. Lo apreciamos.

Después de que el señor Granger se va, llamo a Matt para un descanso para comer. Nos sentamos en cubos volteados, saboreando el rosbif casero en gruesas rebanadas de pan fresco. Del bueno, con todas las semillas, que es pesado como el infierno y te dejará sintiéndote lleno hasta mañana. Comida que se te pega a las costillas.

—¿Ves? —digo entre bocados— Por esto ayudamos a la gente.

Matt pone los ojos en blanco, pero capto un indicio de sonrisa.

—Sí, sí. Aunque no se puede pagar la factura de la luz con sándwiches.

—Cierto, pero no se trata solo de dinero. Se trata de comunidad.

Los ojos de Matt se oscurecen un poco mientras mira por la puerta abierta del taller.

—Esta es bastante buena.

Tiene razón. Lo es. Y a pesar de toda la mierda que a él le gusta darme, tenemos suerte de tenerlo. Apareció un día buscando trabajo, y realmente no necesitábamos ayuda, pero papá dijo que había algo en él que le hacía pensar que se suponía que debía estar aquí. Así que recibió un cheque de pago, y papá fue a pescar un poco más a menudo. Funcionó para todos nosotros.

Hasta que papá murió. Entonces necesité a Matt más que nunca.

El resto de la tarde pasa volando en un borrón de cambios de aceite, rotaciones de neumáticos y reparaciones menores.

—Blair, me voy. —Se seca las manos, y el olor del jabón de naranja del lavamanos llena el aire. —Tengo esa cosa para mi hermana.

La cosa misteriosa. Podría preguntar, pero realmente no me importa. Matt hace mucho por su hermana y su hijo. Pasa muchos de sus fines de semana en la ciudad con ellos. No estoy segura de qué pasó con el padre del niño, pero de nuevo, no me importa lo suficiente como para preguntar. No la conozco, así que aparte de desear que esté bien de una manera *kumbaya*, no pienso en ella. Si Matt tiene algo que quiere compartir, lo escucharé.

No soy una mala amiga. Solo soy selectiva.

Aprendí cuando era niña a ser selectiva sobre a quién dejo entrar en mi vida. Ahora, está llena de personas que realmente me agradan y algunas que tolero.

—Bien. Gracias por lo de hoy. Nos vemos mañana.

—Gracias. —Se gira para irse, pero duda, preguntando por encima del hombro—: ¿Cómo está Maggie? ¿Lo está sobrellevando?

Como siempre, un poco de tristeza brota.

—Está aguantando. La quimio es dura.

Hace una mueca, volviendo hacia mí.

—No estuve por aquí la última vez, pero esta vez es bastante mala, ¿no...? —No lo dejo terminar, solo extiendo la mano y le retuerzo el pezón a través de la camisa. Se lleva la mano al pecho y me lanza una mirada herida. — ¡Joder, Blair! ¿Qué demonios?

—Oye, si tienes un problema, háblalo con Maggie. Ella me ordenó torturar a cualquiera que se atreva a hablar de esa mierda. Está aquí ahora. En eso nos enfocamos. Ella no vive pensando en lo peor, así que ¿por qué demonios deberías hacerlo tú?

Gruñe y se frota el enorme pectoral.

—Maggie está jodidamente delirando. ¿Cómo se supone que finjamos que no está enferma?

—No finjas. Solo concéntrate en el hecho de que está aquí ahora. Todos vamos a morir, Matt. Demonios, podrías salir y caer muerto de un terrible derrame cerebral. Ninguno de nosotros sabe cuándo nos iremos. Entonces, ¿por qué enfocarse en esa posibilidad?

—¿Es realmente tan fácil para ti?

—¿Fácil? —¿Es fácil mirar a mi mejor amiga acurrucada con su hijo en el sofá, con la luz del sol bailando sobre su cabello oscuro que se adelgaza, y actuar como si todo estuviera bien? No, joder, no lo es. —Es más fácil que el cáncer. Diría que Maggie tiene el papel más difícil que interpretar.

Haciendo una mueca, asiente.

—Tienes razón. Es solo que.... es tan joven. No es justo.

—No, no lo es. Y puedes estar seguro de que ella arreglará cuentas con Dios cuando Lo vea. Con suerte, dentro de mucho, mucho tiempo.

Una ceja negra se arquea.

—Está segura de que irá allá arriba, ¿eh? Creo que el Viejo Morrison tendría una opinión al respecto.

Por costumbre, miro por encima del hombro, asegurándome de que nadie más esté escuchando. No hay necesidad de difundir esta mierda.

—No importa. Se lo merecía. —Defenderé eso hasta el día que muera. No se le pega al hijo de nadie con una escoba. En el momento en que tocó a Max, tenía que morir.

Bueno, no morir, pero pagar. A lo grande.

—Tuvo que tirar mil huevos, Blair. Las tiendas no aceptaban los morados.

—Eso es lamentable. Pero el sheriff nunca acusó a nadie. —Y puede permitírselo. Tiene más dinero que la mayoría por aquí. Es tacaño y gruñón.

Está en mi lista de tolerados.

—Claro. No había pruebas. —Lo dice como si supiera exactamente quién lo hizo, lo cual, por supuesto, sabe. Mis dedos estaban morados al día siguiente. Ese jabón naranja hace maravillas con la grasa, pero el tinte de grado alimenticio es otra historia.

—Nop. Ni una pizca.

Pone los ojos en blanco y asiente.

—Nos vemos mañana, jefa.

—Imbécil —murmuro, luchando contra una sonrisa mientras lo veo caminar hacia atrás—. El idiota me dejó toda la limpieza.

Sigo con mi rutina, limpiando después del trabajo del día. Las herramientas de Matt ya están ordenadas y guardadas, pero limpio las mías y las vuelvo a poner en sus lugares en el armario de herramientas. No soy una persona naturalmente organizada, pero aprendí hace mucho tiempo que buscar mis herramientas cada mañana es frustrante y una pérdida de tiempo colosal.

Y odio perder el tiempo.

La brisa sopla a través de las puertas abiertas del taller, y me doy un segundo para respirarla. Hay una frescura en el aire, suficiente frío como para que casi me ponga la camisa de franela. Casi. Me encanta el otoño, joder.

Por el rabillo del ojo, veo a Max en su bicicleta, casi bloqueado por dos hombres muy grandes y un perro. Del perro no me preocupo. El meneo de su cola deja muy claro que no es una amenaza. ¿Los hombres? No me gusta su aspecto. Desde atrás, uno con una chaqueta de motociclista, otro con traje, parecen problemas. No encajan aquí en absoluto.

Apoyando la escoba contra el neumático del Oldsmobile en el elevador, me dirijo hacia el pequeño grupo, justo a tiempo para escuchar a Max en toda su gloria de seis años.

—¿Son tipos malos? —pregunta, frunciendo el ceño hacia los hombres—. Pareces un tipo malo. ¿Tienes una pistola? ¿Van a robar el local?

Joder. ¿Robar el local? Este niño me va a volver canosa.

El tipo de la chaqueta de cuero suelta una risa ahogada.

—Eh, no, no soy un tipo malo. El hecho de que use una chaqueta de cuero no me convierte en un tipo malo. Ves demasiadas películas.

Max agita una mano, como si estuviera espantando una mosca, y dirige su atención al tipo del traje.

—¿Y tú qué? Pareces rico. ¿Lo eres? ¿O solo te vistes elegante? Apuesto a que solo te vistes de manera elegante y conduces un coche de mierda hasta tu casa con la tonta de tu mamá.

—Dios mío —murmura el tipo del traje, volviéndose hacia el otro tipo—. ¿Quién demonios es este niño, y por qué quiero de alguna manera probarle que realmente soy rico, y no solo estoy fingiendo? —Casi me río de eso. Casi. Max tiene ese efecto en las personas.

—No lo sé, tío. Y ¿"la tonta de tu mamá"? ¿En serio? ¿De dónde sacó eso...?

Hora de cortar esto de raíz.

—Maxwell Jones, ¿has estado viendo ese programa estúpido otra vez? —Me pregunto si la adicción a la telerrealidad es genética. Maggie seguro que tiene el mismo problema, pero no voy a discutir con una mujer de cuarenta y tres años sobre su elección de programas de televisión.

¿El niño? Eso sí es un maldito problema.

Ambos hombres se giran para mirarme. Sus bocas no se abren de par en par, pero casi. No me sorprende. Dejé de molestarme cuando la gente me mira fijamente hace veinte años. Las mujeres como yo, de más de un metro ochenta de altura y hombros anchos, no aparecen precisamente en todas las revistas de belleza. No soy fea. Eso lo sé. Pero, aun así, los hombres pueden ponerse un poco nerviosos a mi alrededor. Así que les dejo mirar por un segundo mientras Max, a horcajadas en su bicicleta, sorbe por la nariz.

—No, no —dice, con un tic en el ojo. Una señal inequívoca. Pequeño mentiroso. Me acerco a él y me agacho.

—Mentiroso. Tienes un gesto delator, pequeño. Nunca intentes jugar al póker. Perderás tu dinero y terminarás viviendo bajo un puente.

Se limpia la nariz con el dorso de la mano, manchándose la cara de tierra. Asqueroso. Pensé que la etapa de bebé era mala, con todos los.... fluidos, pero esto no es mucho mejor.

—No importa. Me gusta bajo del puente. Nikki y yo construimos un fuerte allí. Tiene lagartijas y ranas y todo.

Por supuesto que lo hizo. Esos dos o acabarán en la cárcel cuando cumplan dieciocho, o serán millonarios. Podría ir en cualquier dirección.

—Suena como el paraíso. —Me pongo de pie, retrocediendo un poco, tratando de escapar de su hedor. Su típico olor de niño pequeño está cubierto por el inconfundible olor a mierda de perro. —Ahora creo que será mejor que te vayas a casa. Tu madre te estará buscando. Y asegúrate de quitarte los zapatos antes de

entrar. Hueles a mierda, así que será mejor que revises bien las suelas.

El niño saca un pie hacia atrás y estira el cuello, luego hace lo mismo con el otro.

—Sip. Ahí está —dice, como si ocurriera todos los días. Lo cual casi sucede. El niño tiene mala suerte en el departamento de la mierda—. Vale, ya me voy. ¿Puedes enviarle un mensaje a mi mamá y decirle que llego con una situación complicada?

Asiento, ya anticipando la cara que pondrá Maggie cuando llegue a casa.

—Lo haré.

—Gracias, tía Blair. Nos vemos luego. —Se aleja pedaleando, ignorando completamente a los dos hombres muy grandes que lo miran irse.

—Qué niño tan raro. Es.... —El tipo del traje deja de hablar, luego ambos se miran entre sí. Entonces, el tipo de la chaqueta de cuero da un paso hacia mí—. ¿Blair?

Soy una maldita estatua, con una mezcla de frustración y enojo creciendo dentro de mí. Sé quiénes son estos cabrones. Bueno, no específicamente, pero saben quién soy yo, y solo puedo pensar en una razón por la que un extraño vendría a buscarme.

—Hostia puta—dice el tipo del traje—. Eres Blair McKenna.

Estoy harta de esta mierda. Ransom Kyle no capta la puta indirecta.

—Supongo que sois sus chicos, ¿no? ¿Os ha enviado para que firme los papeles? Estáis perdiendo el tiempo. No voy a vender. Nunca. Tendrán que arrancar mi frío cadáver de debajo de un coche cuando tenga ochenta años. Esa es la única forma en que me iré.

Visiones de Ransom, tal como era el día que me rompió el corazón, llenan mi mente y añaden un gruñido a mi tono. Me acerco hasta estar justo en sus caras.

—Ransom es obviamente demasiado cobarde para volver aquí, así que decidle por mí, ¿vale? NO. VOY. A. VENDER. No me importa qué trato tuviera con mi padre. Ahora he terminado. Deberíais iros.

Me doy la vuelta y vuelvo pisoteando al garaje, tirando de la cadena para cerrar de golpe una puerta, luego la otra, y luego me

apoyo contra ella. ¿Por qué no se aleja de una puta vez? Dejó muy claro hace veinticinco años que había terminado conmigo y con este pueblo. No tiene derecho a volver y remover la mierda. Porque eso es lo que está haciendo. Esa primera oferta me dejó sin aliento. No el dinero, aunque no estaba mal. Pero buscar el nombre en esa oferta, Corporación Brash, y ver su foto en la maldita página web me hizo flaquear.

Sacando mi móvil, llamo a Mags. Y por supuesto, deja que suene una eternidad antes de contestar. Ha hecho eso toda su maldita vida. Dice que las llamadas telefónicas son agresivas. La mayoría de las veces estoy bien con los mensajes de texto, pero ahora mismo, necesito oír su voz.

—¿Qué pasa, muñeca?

—Max pisó mierda de perro.

—Oh, diablos. Otra vez no. —Hay ruidos de movimiento, y puedo imaginarla corriendo desde la cocina, su lugar favorito en la casa, hasta la puerta principal. Como si fuera una señal, la puerta chirría al abrirse. —Lo tengo. —Aleja el móvil de su boca mientras grita. —Max, cariño, se supone que debes saltar por encima de la mierda. No pisarla. —Él grita algo en respuesta, y la tensión en mis hombros se libera. Dejo que su discusión me envuelva; las palabras no importan, solo que puedo oír la risa e imaginar sus sonrisas.

Esto. Esto es lo que importa. La gente de aquí que amo. No quiero ni necesito las tonterías de Ransom en mi vida.

Él ha terminado con este pueblo, y yo he terminado con él. Y voy a asegurarme de que se dé cuenta de una vez por todas.

3

RANSOM

—¡La maldita Blair McKenna es una mujer! ¡Ese es un detalle bastante importante que omitiste, Ransom! —Nick está furioso y dramático mientras irrumpe en mi casa. Maverick, que lo sigue de cerca, está un poco más tranquilo, pero no mucho.

Dejo mi café sobre la isla y apoyo las palmas en la encimera. Sabía que este día llegaría. Son demasiado persistentes como para haberlo dejado ir para siempre, pero no esperaba que fuera tan pronto. No estoy preparado para esto.

—Les pedí que no fueran allí. —¿Esperaba que respetaran mis deseos? Sí. ¿Sabía que era una ilusión?

También sí.

Maverick cruza los brazos sobre el pecho.

—Lo hiciste, pero esta mierda se estaba yendo al carajo muy rápido, Ran. Lo sabes. Nos pedías que nos golpeáramos la cabeza contra la pared repetidamente. Mi asistente está de vacaciones con todos los gastos pagados en Hawái gracias a esta mujer Blair. Está un poco loca. Te das cuenta de eso, ¿verdad?

Pelo largo y oscuro, ojos centelleantes y ese ladeo de cabeza cruzan mi mente.

—Sí, me doy cuenta. —Blair McKenna siempre ha estado un poco loca. Siempre ha sido un poco diferente.

Le importa una mierda lo que los demás piensen de ella.

Ni siquiera yo.

Nick se deja caer en el taburete frente a la isla y me clava la mirada.

—¿No crees que habría sido útil tener esa información?

Está preguntando por nuestra historia, lo sé. Pero hago un último intento de hacerme el tonto, esperando que me den un respiro.

—¿La bomba casera de purpurina no te dio una pista?

Nick y Maverick intercambian miradas, y yo suspiro.

—No hagan eso. No intenten manejarme. Compartí lo que necesitaba. Nada más.

—Ahora necesitamos más —dice Nick rotundamente. Intenta sonar firme, pero aún suena como una pregunta. Nunca se oponen. No indagan. Mantienen una distancia respetuosa que odio tanto como me aprovecho de ella. Podría evadirlos de nuevo. Pero sé exactamente cómo irá eso. Son demasiado curiosos y le darán vueltas al asunto. Luego involucrarán a Declan, y antes de darme cuenta, habrán indagado en todo mi pasado.

Tal vez ya lo han hecho. No puedo estar seguro. Pero nunca me han hablado de ello, y se los agradezco.

No estoy listo para compartir todo sobre mi pasado. Todo lo que he perdido. Todo lo que he hecho.

Pero puedo darles algo de eso.

—¿Qué quieren saber?

Otra mirada. Luego Maverick se sienta, apoyando sus manos entrelazadas en la encimera.

—Parecía un poco molesta cuando hablamos con ella. Quería dejar muy claro que no iba a vender en ninguna circunstancia.

—¿Cómo lo dejó claro?

—Dijo algo así como que tendrían que sacar su cuerpo frío y muerto de debajo de un coche cuando tenga ochenta años. Sonaba bastante convincente.

Me dijo esas mismas palabras cuando tenía diecisiete años, aparcados bajo la sombra de un sauce llorón, con su cabeza en mi hombro. Cuando me reuní con Robert hace un año, después de no verlo durante veinticuatro años, le dije lo mismo, pero, como un maldito idiota, accedí a comprar el taller. La palabra clave es comprar. No ofrecer, no molestarla con papeleo. Comprar. ¿Por qué

coño hice eso? ¿Por qué nos estoy haciendo pasar por esto a los dos?

—¿Cómo.... cómo se veía? ¿Estaba bien?

Los ojos de Nick se ensanchan.

—¿Bien? La mujer es una maldita belleza. Estaba excitado y un poco asustado por mi vida al mismo tiempo. —Su mirada se vuelve nebulosa. —Fue muy confuso.

Confuso. Así es exactamente como me sentía con ella cuando éramos adolescentes. Confundido y jodidamente cachondo. Luego, las cosas se complicaron aún más.

—Eso suena bastante acertado.

—¿Acaso...? Mierda. ¿Cómo la conociste? ¿Por qué parecía lista para asesinarte si mostraras tu cara?

—Probablemente porque la última vez que la vi, me dijo que me apuñalaría en la garganta si volvía a verme.

Maverick silba.

—Mierda. Parece bastante capaz de hacerlo también.

—Sí. Lo es. Siempre ha sido muy dura. Y totalmente sin tonterías.

—¿Cómo la conoces? —pregunta Nick.

Hay muchas formas en las que podría responder eso. Es la hija del hombre que me salvó la vida. Es la persona con la que más quería follar cuando tenía quince años. Es la mujer de la que todavía estoy enamorado. Me decido por:

—Es mi hermana adoptiva. No la he visto en veinticinco años.

—Joder —exhala Nick, con los ojos un poco saltones—. ¿Y todavía te odia? ¿Qué coño le hiciste?

Le rompí el corazón. Le mentí. Destruí todo lo que podríamos haber tenido. Todo lo que soñé.

La salvé.

—Eso no importa. Lo que importa es que necesito que me venda ese taller.

—¿Por qué?

—Porque le hice una promesa a su padre. Y no voy a romperla, joder. —No rompo mis promesas, nunca. Estoy segurísimo de

cojones de que no voy a romper esta. El último deseo del hombre era que yo comprara el taller, y voy a hacerlo, maldita sea.

Sí, sabía que sería difícil con ella. Pero no tenía ni idea de que estaría haciendo bombas de purpurina.

Eso es una puta mentira.

Sí lo sabía. Robert estaba convencido de que ella lo vendería. Pero la chica que conocí en aquel entonces nunca lo habría hecho. Debería haber confiado en mi maldito instinto e insistido en que él simplemente tomara el dinero. Habría hecho todo mucho más fácil. Podría haberlo hecho pasar por un fondo de reserva que había estado ahorrando durante años. Ella lo habría creído. Tal vez.

Tomando mi café de la encimera, lo tiro por el desagüe, luego cargo la taza en el lavavajillas junto a todas las otras tazas. El equipo de limpieza viene una vez por semana, o antes si todos vienen. Mi familia es completamente desordenada, pero entre limpiezas, lo cargo con precisión militar. Mi vida es caótica, pero esta es una cosa que puedo controlar completamente.

—Realmente parece que no quiere vender. La única manera de hacer que esto suceda es involucrar a Declan e ir por un camino menos legítimo. ¿Quieres que vayamos por esa ruta?

Un escalofrío de miedo recorre mi espalda.

—No. Esa no es una buena idea. Es capaz de construir una bomba y arrasar este edificio.

Maverick se frota la cara con las manos.

—Entonces no sé qué hacer, Ran. ¿Qué quieres que hagamos?

Estos hombres son tan jodidamente buenos. Ambos están listos para apoyar mi maldito plan delirante. Porque es delirante. Soy muy consciente. Pero no estoy dispuesto a ir a Badger Falls y lidiar con ella yo mismo. No puedo.

Porque si lo hago, temo que nunca podré irme.

Nunca podré dejarla.

Claro, probablemente me asesinará y me enterrará en medio del bosque. De cualquier manera, estoy perdido.

—Agradezco todo lo que ambos han hecho hasta ahora. Sé que no ha sido fácil. ¿Por qué no nos alejamos un poco? Dejemos que las cosas se asienten y en primavera lo intentaremos de nuevo.

—Estamos en octubre. ¿Quieres esperar más de seis meses? ¿Qué crees que cambiará?

Me encojo de hombros porque sé muy bien que el tiempo no va a cambiar nada. Pero no estoy listo para dar el siguiente paso. Ni ningún paso hacia ella. Fue demasiado difícil alejarme la última vez.

Solo necesito algo de tiempo para poner en orden mis ideas. Para dejarla ir. Para limpiarla de mi sistema. Veinticinco años no han sido suficientes, pero quién sabe lo que podría lograr en los próximos seis meses.

Sí, estoy delirando.

—A veces —digo—, la gente solo necesita asimilar las cosas. Así que le daremos ese tiempo y veremos dónde estamos en el año nuevo.

Ninguno de los dos parece convencido, pero afortunadamente lo dejan pasar. Cuando se levantan, aclaro mi garganta.

—Agradecería que no comentaran esto con nadie más. —Es mucho pedir. Compartimos casi todo, casi siempre. Pero no estoy listo para que toda la maldita familia empiece a preguntarme por Blair.

Esa herida aún está demasiado fresca.

—Sin problema —dice Nick. Maverick también asiente, y parte de la tensión en mi espalda se libera. Confío plenamente en ambos. No hablarán de esto con nadie más.

Me he ganado algo de tiempo.

Se excusan y se van, de vuelta a sus apartamentos y sus mujeres. Cuando se han ido, examino mi enorme ático. Es tan jodidamente solitario. Mis hermanos tienen todo lo que alguna vez esperé que tuvieran. Tienen amor y futuro, y me alegro tanto por ellos.

Pero nunca imaginé estar tan solo. Es algo en lo que no me permití pensar hace años. Pero ahora, no tengo nada más que tiempo para pensar. Y seguir pensando, maldita sea.

Basta.

Subo por la escalera de caracol al nivel superior, inquieto. Todo el fin de semana se extiende ante mí, y no tengo idea de qué se supone que debo hacer conmigo mismo. Seguro que surgirá algo.

Recibiré una llamada para cuidar a Mia o para mimar a Noah. Tal vez uno de los chicos suba a ver una película o iremos al club. Al final estará lleno.

Al final estaré lleno.

Pero ahora mismo, no hay nadie esperando para hacer planes conmigo. Ni una risa suave, ojos brillantes y boca amplia y exuberante. Como siempre, estoy duro como una maldita roca en el segundo que empiezo a pensar en ella. Blair. La mujer de la que he estado enamorado desde que tenía catorce años. Uno pensaría que después de veinticinco años, los sentimientos se desvanecerían, pero no. Si acaso, son más vívidos que nunca.

También lo son los recuerdos.

Al principio, era todo lo que tenía. Me aferraba a ellos, sacándolos por la noche, dejándome ahogar en la sensación de su piel, la forma en que su respiración se entrecortaba cuando pasaba mi nariz por su cuello. Todo en ella era mágico para mí.

Aún lo es.

No soy lo suficientemente estúpido como para pensar que podría tener todo eso de nuevo. Lo rompí, y lo hice de manera decisiva, asegurándome de que no hubiera dudas en su mente. Habíamos terminado y era definitivo.

Solo que nunca ha terminado para mí. Nunca lo hará. Porque Blair McKenna es todo para mí. Hace veinticinco años, hoy y dentro de cincuenta años también.

Con los recuerdos atormentándome, hago lo único que puedo hacer.

Buscar una distracción.

4

BLAIR

Empujo la puerta principal y el familiar chirrido me da la bienvenida a casa. El acogedor interior estilo cabaña de la casa de Maggie me envuelve. Cada vez que entro por esta puerta, siento como si me hubiera metido dentro de la lámpara de un genio. Todo es color y telas suaves. Prácticamente lo opuesto al garaje y el apartamento encima donde viví la mayor parte de mi vida. Papá no era muy dado a la decoración. Yo tampoco. No es que no lo aprecie; simplemente no lo noto hasta que lo tengo delante.

—¡Tía Blair! —La voz de Max resuena desde un mar de coloridos bloques de Lego. — ¡Mira lo que estoy construyendo! —La cálida luz de la tarde se derrama por la ventana de la sala, proyectando un resplandor dorado sobre el desgastado suelo de madera y los coloridos bloques.

Le revuelvo el pelo húmedo al pasar, el aroma de sus cabellos recién lavados se mezcla con el delicioso olor que emana de la cocina.

—Se ve genial, pequeño. ¿Qué va a ser?

—Una nave espacial. La voy a usar para aniquilar a esos alienígenas cabrones —declara, su atención ya de vuelta en su creación.

Joder, qué gracioso es. Pero me aclaro la garganta y le lanzo una mirada severa. Pone los ojos en blanco, el pequeño cabrón, pero murmura:

—Lo siento. No cabrones. Idiotas. Alienígenas idiotas. —Luego sus ojos se nublan. —Me pregunto si los alienígenas hacen caca. ¿Usarán papel higiénico? ¿O tal vez construyeron una máquina que simplemente succiona la caca? Hmm. Tengo que investigar eso.

Con el estómago dolorido de contener la risa, porque en serio, o está loco de remate o es un científico en ciernes, me doy la vuelta y sigo el aroma de Maggie cocinando hasta la cocina. Gracias a Dios que hoy se siente con ánimos para cocinar. Yo cocino, pero no como ella. Agarro un refresco de Coca-Cola de la nevera, abro la tapa con el abrebotellas magnético y luego lo vuelvo a pegar en el costado de la nevera.

Maggie está de pie frente a la estufa, revolviendo una olla de lo que huele como su famoso chili. Su pañuelo en la cabeza, un vibrante toque de color contra su piel pálida, está atado pulcramente en la nuca. Mira por encima del hombro, con una sonrisa conocedora en su rostro.

—¿Día duro? —pregunta, su voz suave de comprensión.

Me apoyo contra la encimera, dando un largo trago a mi bebida.

—Se podría decir que sí.

Maggie baja el fuego de la estufa y se gira completamente hacia mí.

—Max tuvo un gran día en la escuela. Christine dice que está haciendo un verdadero progreso con su lectura. Al parecer, todo lo que se necesita es un libro sobre datos asquerosos, y de repente no puede tener suficiente de ello.

—Eso funcionaría —digo, mirando a mi ahijado. Al chico le encanta todo lo asqueroso y raro. No sé por qué no se nos ocurrió antes conseguirle un material de lectura diferente.

¿Cómo coño voy a hacer esto yo sola?

Rezo como una condenada para que nunca tenga que hacerlo, pero ese maldito pañuelo en la cabeza de Maggie es un recordatorio bastante crudo de la realidad de su enfermedad. No hay manera de meter la cabeza en la arena cuando lo estoy mirando todos los días. Y si las dos juntas no pudimos darnos cuenta de algo tan simple como un libro de datos asquerosos para ayudar a Max con su lectura, ¿qué oportunidad tendría yo como madre soltera?

La mano de Maggie en mi brazo me devuelve al presente.

—¡Blair, vuelve a la Tierra! ¿Qué pasa?

La preocupación en sus ojos me rompe un poco el corazón. Ella no quiere hablar sobre la posibilidad de no estar aquí, así que me trago toda esa mierda y dejo que todas mis preocupaciones se viertan en otro tema.

—Ransom envió a algunos de sus hombres al taller hoy —confieso, las palabras salen atropelladamente—. Intentaron comprarlo. Otra vez.

El rostro de Maggie se suaviza con simpatía.

—Oh, Blair. Lo siento mucho.

Doy otro trago, tratando de lavar el sabor amargo que deja el recuerdo.

—Estoy.... estoy tan cansada de esto, Mags. Han sido meses de esta mierda. Cada vez que creo que por fin me he librado de él, encuentra otra manera de volver a meterse en mi vida.

Maggie me rodea los hombros con un brazo, y me apoyo en su abrazo. Es un consuelo en el que he llegado a confiar a lo largo de los años, desde que me mudé para ayudar con su embarazo y nunca me fui. Se suponía que yo la estaba ayudando, y lo hice. Pero a estas alturas, la necesito mucho más de lo que ella me necesita a mí.

—¿Has reconsiderado vender? —pregunta suavemente—. Podría ser más fácil....

—No —la interrumpo, más bruscamente de lo que pretendo—. Lo siento, es solo que.... no puedo. Ese taller es todo lo que me queda de papá y del abuelo. —No tengo muchos recuerdos de mi abuelo. Falleció un par de años después de que nos mudáramos de vuelta aquí. Pero durante un tiempo, los tres vivimos juntos encima del taller. Éramos una familia. —No puedo dejarlo ir. Especialmente no a Ransom.

Maggie asiente, comprendiendo sin necesidad de más explicaciones. Ella ha estado ahí a través de todo: los buenos tiempos con Ransom, los malos y todo lo demás.

—Bueno, entonces —dice, dándome un apretón en los hombros antes de volver a la estufa—. Tendremos que encontrar otra manera

de quitártelo de encima.

Logro esbozar una débil sonrisa.

—¿Tienes alguna idea?

Maggie me guiña un ojo por encima del hombro.

—Podría tener una o dos. Pero primero, la cena. Parece que necesitas una buena comida y una distracción.

Como si fuera una señal, la voz de Max se escucha desde la sala.

—¡Mamá! ¡Tía Blair! ¿Podemos ver *Survivor* mientras comemos?

Maggie y yo intercambiamos una mirada, ambas conteniendo la risa. Maldito adicto. Y Maggie es su camello.

—Ni de coña, cariño —responde Maggie—. Pon la mesa para nosotros, ¿vale?

—Hipócrita —murmuro.

—Cállate.

Max irrumpe en la cocina, un torbellino de energía. Se sube a la encimera, alcanzando los platos y vasos con la agilidad de un mono. El taburete en la esquina permanece sin usar, como siempre. Maggie me mira y se encoge de hombros, un reconocimiento silencioso de que esta batalla ya no vale la pena pelearla. No importa cuántas veces le diga que se va a caer y se va a partir la cabeza, no escucha.

Nos sentamos alrededor de la mesa, con el vapor elevándose de los cuencos de chili. Max se lanza a un relato detallado de su día, las palabras salen más rápido de lo que puede meter comida en su boca.

—Y entonces Nikki me retó a comerme un gusano, pero le dije que eso es asqueroso, así que decidimos recoger rocas en su lugar. ¡Encontramos una muy chula que parece un huevo de dinosaurio!

Maggie asiente, haciendo preguntas y riendo con su historia. Intento concentrarme en la conversación, pero mi mente sigue divagando. El peso de todo (el taller, Ransom y, sobre todo, la enfermedad de Maggie) me oprime.

Muevo el chili en mi cuenco, tomando pequeños bocados cuando noto que Maggie me mira. La normalidad de esta escena (la cena familiar, la charla de Max, la risa de Maggie) es tan preciosa. Y tan malditamente frágil.

Algunos días, casi puedo olvidar el cáncer que acecha bajo la superficie. Pero hoy, con mis defensas ya desgastadas, no puedo sacudirme el miedo. ¿Y si esta es una de nuestras últimas cenas juntos? ¿Qué haremos Max y yo sin ella?

Me obligo a dar otro bocado, tratando de tragar el nudo en mi garganta. Maggie extiende la mano y aprieta la mía, pasando entre nosotras un entendimiento silencioso. Intento no hablar de mis preocupaciones, pero de alguna manera ella ya lo sabe. Me conoce.

Después de la cena, nos reunimos alrededor de la mesa de café, con la gastada baraja de Uno esparcida frente a nosotros. Los ojos de Max brillan con picardía mientras pone una carta de Roba Cuatro.

—¡Boom! ¡Toma eso, tía Blair!

Gimo, alcanzando el montón.

—Pequeño monstruo.

Maggie se ríe, sus dedos trazan distraídamente el borde de su pañuelo en la cabeza.

—Es despiadado. Me gusta eso de él.

—Por supuesto que sí. Solo me lo hace a mí.

—Ama a su mamá —dice, sonriendo con suficiencia.

El juego continúa, lleno de risas y bromas amistosas. Por un momento, todo se siente normal. Pero a medida que el reloj se acerca a la hora de dormir de Max, un peso familiar se asienta en mi pecho.

Maggie empieza a recoger las cartas.

—Muy bien, Max. Es hora de prepararse para la cama.

Max se queja, pero la suave insistencia de Maggie gana. Se vuelve hacia mí, con esperanza en sus ojos.

—Blair, ¿quieres unirte a nosotros para la hora del cuento?

Dudo, las palabras se atascan en mi garganta.

—Yo.... creo que paso por esta noche.

La decepción parpadea en el rostro de Maggie, pero asiente.

—Está bien, cariño. Te veo en un rato.

Mientras suben las escaleras, me desplomo en el sofá, con la culpa royéndome. Debería estar allá arriba, ayudando, siendo parte de su rutina. *Por si acaso. Será más fácil para él si eres parte de todo esto. Más fácil si....* Pero no puedo obligarme a entrometerme

en su tiempo juntos. Cada momento que Maggie tiene con Max es precioso ahora.

Y tratar de mantener la compostura mientras los veo se está volviendo cada vez más difícil.

No sé cuánto tiempo me quedo sentada allí, perdida en mis pensamientos, antes de que los suaves pasos de Maggie me devuelvan a la realidad.

—Está dormido —dice, acomodándose a mi lado. Su mano encuentra la mía, apretando suavemente—. Blair, tenemos que hablar.

Me preparo, sabiendo lo que viene.

—Necesitas empezar a involucrarte más —dice Maggie, su voz suave pero firme—. Si.... esto no sale como espero, tendrás que hacer esto todas las noches. Será más fácil para Max si ya eres parte de la rutina.

La manera directa en que habla de su muerte me provoca un escalofrío. Quiero discutir, decirle que va a estar bien, pero las palabras mueren en mis labios. Ambas sabemos lo que dijeron los médicos. *Etapa cuatro. Veinte por ciento de probabilidades. Asuntos en orden. Mantén la esperanza.*

—Lo sé —susurro, con la voz quebrada—. Lo sé, Mags. Es solo que.... esta noche, no pude. Lo siento.

Maggie me atrae hacia un abrazo, y entierro mi cara en su hombro, luchando contra las lágrimas.

—Está bien, cariño. Lo entiendo. Pero tenemos que empezar a prepararnos. Tú y Max, van a tener que formar su propia pequeña familia sin mí.

Lo dice como si fuera inevitable, y por un segundo, se me cierra la garganta. Me aparto, encontrando su mirada. La calma aceptación en sus ojos me asombra y aterroriza a la vez.

—¿Cómo puedes estar tan.... bien con esto?

Sonríe, con un dejo de tristeza en sus ojos.

—No estoy bien con esto, Blair. Pero he hecho las paces con ello. He tenido más oportunidades que la mayoría para aceptar mi mortalidad. Ahora, solo quiero asegurarme de que tú y Max estén cuidados, si esto es todo.

Quiero pelear con ella, convencerla de que superará esto como lo ha hecho antes. Pero las palabras se atascan en mi garganta. Ambas conocemos las probabilidades. El cáncer se ha extendido más lejos, más rápido de lo que nadie imaginó.

—Tengo miedo, Mags —admito, mi voz apenas por encima de un susurro—. No sé cómo hacer esto sin ti.

Maggie toma mi rostro entre sus manos, su toque gentil.

—Eres más fuerte de lo que crees, Blair McKenna. Ya lo has estado haciendo, más de lo que te das cuenta. Max te adora. Ya eres su familia.

Asiento, incapaz de hablar más allá del nudo en mi garganta. Maggie me atrae hacia ella de nuevo, y me dejo hundir en su abrazo, saboreando el consuelo mientras aún puedo. Sé que se supone que debo estar consolándola, pero esta noche, no puedo.

Simplemente no puedo.

—Lo tomaremos de un día a la vez —murmura Maggie—. Es todo lo que cualquiera de nosotros puede hacer.

Me aparto del abrazo de Maggie, limpiándome los ojos con el dorso de la mano. Mi pecho se siente apretado, una mezcla de miedo y esperanza lucha dentro de mí.

—¿Qué hay de.... qué hay de ese nuevo ensayo que mencionaron la última vez? —pregunto, mi voz apenas por encima de un susurro—. Tal vez podríamos....

La suave risa de Maggie me interrumpe.

—Blair, cariño, ya hemos recorrido este camino antes. No hay una cura mágica escondida en algún laboratorio.

Siento que mi cara se ruboriza de vergüenza. Por supuesto, tiene razón. Hemos explorado todas las opciones, perseguido cada pista. Pero, aun así, no puedo evitar tener esperanza.

—Lo sé, es solo que.... —Me detengo, incapaz de terminar el pensamiento.

Maggie toma mi mano, su agarre cálido y familiar.

—Está bien. Sé que quieres arreglar esto. Pero a veces, tenemos que aceptar lo que no podemos cambiar.

—Pero no te estás rindiendo.

Algo cambia en su rostro, solo por un segundo. Luego me da una pequeña sonrisa.

—No me estoy rindiendo. Solo estoy siendo realista. —Entonces se sacude. —Sabes —dice Maggie, con un dejo de su habitual serenidad en los ojos—, tengo una idea bastante buena de lo que me espera al otro lado. Mi fe me ha ayudado a superar muchas cosas, Blair. Me ayudará a superar esto también.

Logro esbozar una débil sonrisa. Incluso ahora, enfrentando la muerte, Maggie sigue firme.

—Ojalá tuviera tu fe —admito—. Pero ya no sé nada.

Maggie aprieta mi mano.

—Tienes tu propio tipo de fe, Blair. Lo he visto. En la forma en que amas a Max, en cómo has estado a mi lado a través de todo esto. Ese es tu propio tipo de creencia.

Abro la boca para responder, pero las palabras se me atascan en la garganta al ver que los ojos de Maggie se llenan de lágrimas. Su fachada de calma se quiebra, y de repente se ve tan vulnerable, tan asustada.

—Blair —dice, su voz feroz a pesar de las lágrimas—. Te necesito. Necesito saber que estarás bien. Que Max estará bien.

La emoción cruda en su voz me golpea como un golpe físico. He conocido a Maggie desde que éramos niñas, y la he visto pasar por todos los altibajos. La mayoría de las veces me burlaría de sus lágrimas. La mayoría de las veces llora por tonterías, como comerciales y flores.

Este tipo de lágrimas, las tristes y asustadas, me aterran.

—Mags —logro decir, atrayéndola hacia un fuerte abrazo—. Estaremos bien. Lo prometo. Cuidaré de Max. Lo.... lo resolveré. —Y lo haré. Tengo que hacerlo. Porque de ninguna manera quiero decepcionarla. Ella y el niño son mi familia. Los amo a ambos.

Pero necesito a Maggie de una manera en que no necesito a nadie más. Es mi roca. Mi mejor amiga. La hermana que no sabía que necesitaba.

Es mi constante.

Siento que asiente contra mi hombro, su cuerpo tiembla con sollozos silenciosos. La abrazo con más fuerza, mis propias lágrimas

caen libremente ahora. Odio llorar, pero ella no me va a juzgar, y no tengo la fuerza para contenerlas. No esta noche.

—Siempre has estado ahí para mí —susurro—. En todo momento. Déjame estar ahí para ti ahora.

Maggie se aparta, secándose los ojos. Logra esbozar una sonrisa acuosa.

—Ya lo estás, Blair. Siempre lo has estado.

Nos sentamos allí, con las manos entrelazadas, sin que ninguna hable. No hay necesidad de palabras. Treinta años de amistad, de alegrías y penas compartidas, llenan el silencio entre nosotras.

Se aparta, secándose los ojos.

—Dios. Estoy tan harta de estar enferma. No quiero hablar más de eso. Cuéntame sobre Ransom. ¿Qué vas a hacer esta vez? Honestamente pensé que se echaría atrás después de la bomba de purpurina.

—Fue bastante espectacular.

—Lo sé —dice Maggie secamente—. La probaste en mi maldita cocina.

Mis mejillas se enrojecen.

—Sí, todavía lo siento. Me emocioné un poco y olvidé dónde estaba.

—Estoy sorprendida.

—Cállate.

—Cállate tú.

Nos miramos fijamente, con los labios temblando. Finalmente, ella sacude la cabeza y se acurruca en la esquina del sofá.

—Podrías simplemente ir y hablar con él en persona. Los paquetes trucados y los agujeros de bala en los contratos no parecen estar funcionando.

—No voy a verlo. Nunca.

—Blair, tú....

—Nunca.

Maggie suspira.

—Era un niño. Tú también. Fue hace mucho tiempo.

Tiene razón. Él era un niño. Técnicamente, yo también. Pero los sentimientos eran muy reales y adultos.

—Él tampoco ha intentado volver aquí. Fue bastante claro cuando se fue, Maggie.

—Tenía quince años. ¿Qué sabía él de nada a esa edad?

Esa es la cosa. Ransom, a los quince, estaba más seguro y era más maduro que hombres tres veces mayores que él. Dijo cada palabra en serio.

—Tú no estuviste allí esa noche. No lo sabes. Pero yo sí. Ransom Kyle terminó conmigo, terminó con este pueblo, y no tiene sentido tratar de cambiar eso. No merece ni un minuto más de mi tiempo.

Maggie suspira de nuevo y se pone de pie.

—Ese es el problema, cariño. Está ocupando demasiado espacio en tu mente para ser un hombre con el que dices haber terminado. En algún momento, algo tendrá que ceder.

—Tal vez. Pero no voy a ser yo.

—Cuidado. Ese tipo de conversación podría hacer que el universo empiece a entrometerse. Demonios, un día, el señor Multimillonario Pantalones Elegantes podría aparecer caminando por la calle principal, y no tendrás más remedio que lidiar con él.

Algo me recorre la nuca. Eso nunca pasará. No puede.

—Si alguna vez vuelve a mostrar su cara en este pueblo, lo lamentará.

Maggie solo sonríe y se despide con la mano. No me cree.

No estoy segura de creerme a mí misma tampoco. No hay nada que pueda hacer para lastimar a Ransom Kyle. No tiene corazón.

Y el mío lo hizo pedazos hace mucho tiempo.

5

RANSOM

—Recuérdame otra vez por qué no pudimos simplemente ir al edificio de apartamentos —refunfuño, pero sin verdadero enfado. Ya es bastante obvio lo que le falta a la ciudad. Las amplias calles, las casas decoradas y las hordas de gente aquí en los suburbios claramente tienen todo este asunto de Halloween resuelto.

El año pasado nos quedamos en la ciudad. Arreglé para que todos los apartamentos en tres pisos tuvieran dulces, y Mia estuvo bastante contenta. Pero este año, todos querían algo diferente. Algo más.

Querían el gran Halloween. El tipo que vimos en la televisión, pero que la mayoría de nosotros nunca experimentamos. Sí, teníamos Halloween en mi antiguo vecindario. Mi madre intentaba hacernos disfraces, pero no era habilidosa, y entre su trabajo de tiempo completo y cuidarnos, realmente no tenía tiempo. Así que salíamos con una sábana sobre nuestras cabezas, o un sombrero de vaquero, y encajábamos perfectamente con todos los otros niños cuyos padres trabajaban demasiado y duro para tener tiempo para disfraces.

Cara se inclina hacia adelante desde el asiento del copiloto, su emoción es palpable.

—Confía en mí, Ransom. Nunca has visto un Halloween como este.

—Barras de caramelo de tamaño completo —interviene Bree desde atrás—. Y latas de refresco. Es el sueño hecho realidad de un

niño.

—¿Sabes que podemos permitirnos comprar todos los dulces y refrescos que queramos?

Bree simplemente pone los ojos en blanco, como si mi comentario fuera demasiado estúpido para responder, lo que me hace reír. Cuando los adolescentes hacen esa mierda, es irritante. ¿Pero cuando las mujeres lo hacen?

Divertido.

Mientras giramos hacia otra calle, es como si Halloween hubiera vomitado por todo el vecindario. Casas decoradas con luces naranjas, fantasmas inflables balanceándose con la brisa y calabazas sonrientes en cada porche.

Las calles están llenas de vida con familias y niños disfrazados. Princesas y superhéroes corren entre las casas, con calabazas de plástico balanceándose en sus manos. Los padres van detrás, algunos con sus propios disfraces, otros sosteniendo grandes tazas aislantes que apostaría contienen bebidas muy adultas.

Reduzco la velocidad de la furgoneta, asimilándolo todo. Hay algo en estas ordenadas filas de casas, cada una con su pequeño trozo de césped, que me hace preguntarme sobre las vidas en su interior. ¿Se reúnen alrededor de la mesa para cenar todas las noches? ¿Los niños juegan a atrapar la pelota en el patio trasero los fines de semana? ¿Cómo habría sido mi vida si hubiera crecido en un lugar como este? ¿Algo habría sido diferente?

Un grupo de adolescentes pasa arrastrando los pies, saltando como niños pequeños, uno de ellos llevando un neumático alrededor del pecho. No uno falso. No, un neumático real. Disfraz interesante.

Un niño pequeño pasa corriendo junto a los adolescentes, vestido de dinosaurio, aullando de risa. Su padre camina lentamente detrás de él, fingiendo que realmente está tratando de atraparlo. Ese niño va a dormir genial esta noche.

O tal vez no. Depende de cuántos dulces coma.

Nunca pensé en mierdas como esa hasta que llegó Mia. Los chicos adolescentes comen tanta mierda que no podría decirte si sus actitudes estaban relacionadas con el azúcar o solo eran

hormonales. Pero la comida basura es barata, y durante mucho tiempo, eso fue todo lo que pude permitirme.

—¿Ves? —dice Cara, dándome un codazo en el brazo—. Te dije que valdría la pena el viaje.

Asiento, todavía procesando la escena.

—Sí. Esto es mucho más de lo que esperaba.

Estaciono la furgoneta y todos salimos a la acera. El resto de nuestro grupo hace lo mismo y sus coches se alinean detrás del mío. Nos reunimos en un gran grupo en la acera, obligando a todos a caminar por el césped para rodearnos.

La gente nos está mirando fijamente. Aunque supongo que no puedo culparlos.

Mia está saltando de arriba abajo, su pequeño disfraz de minion amarillo prácticamente brilla en el crepúsculo.

—¡Vamos, vamos! —canta, tirando de mi mano.

Miro a mi alrededor a mis hermanos, todos vestidos con disfraces de minion a juego. Nos vemos ridículos. Por supuesto que todos nos están mirando. Pero si Mia quiere que llevemos disfraces a juego, llevamos los putos disfraces. Colton y John se elevan sobre el resto de nosotros y sus disfraces están estirados al límite. Encontrar unos que les quedaran bien fue una puta pesadilla. Al final, le pagué a un diseñador de disfraces de Los Ángeles una tonelada de dinero para que hiciera todos los nuestros a medida.

Son jodidamente épicos.

—Muy bien, chicos —llamo—. Vamos a formar una fila. Ya saben el procedimiento.

Formamos una fila, acomodándonos en el orden que sorteamos anoche. Los niños que piden dulces y sus padres nos dan un amplio margen, mirándonos y susurrando. Capto fragmentos de sus conversaciones.

—¿Todos esos son minions?

—¡Mira el tamaño de ese!

—¿Es algún tipo de *flash mob*?

Ese último comentario hace que Maya y Janey estallen en risitas.

Mia lidera la carga, prácticamente saltando hacia la primera casa. Yo voy justo detrás de ella, con el resto de los chicos apretujándose

cerca, sin querer perderse nada.

El escalón de entrada es pequeño, así que el resto de los chicos forma un círculo en la base de las escaleras.

—Adelante, cariño, toca el timbre —le digo. Mia presiona el botón con entusiasmo. La mujer que abre la puerta da un paso atrás, sus ojos se abren mientras asimila la vista de nosotros. Su mano vuela hacia su pecho, y por un segundo, temo que vaya a llamar a la policía, pero luego estalla en carcajadas.

—Bueno, ¡no eres tú el minion más lindo! —le dice a Mia, quien le sonríe radiante.

—¡Dulce o tavesura! —gorjea Mia, extendiendo su canasta de calabaza.

Joder, eso es adorable.

La mujer deja caer un puñado de dulces en la canasta de Mia, luego nos mira al resto.

—¡Y miren todos sus.... ayudantes! Chicos, realmente saben cómo comprometerse con una temática.

—Gracias —respondemos educadamente. Colton incluso hace una extraña pequeña reverencia.

Mientras nos giramos para irnos, la mujer llama a su marido.

—¡Harold, tienes que ver esto!

Continuamos por la calle, visitando casa tras casa. En cada parada, la emoción de Mia crece, y también la diversión de los propietarios. Algunos incluso nos piden sacarse fotos con nosotros, como si fuéramos atracciones en Disneyland, luego nos pagan con golosinas propias. No lo estoy odiando. Mis bolsillos están llenos de barras de chocolate, y de repente estoy totalmente metido en Halloween. Los dulces gratis saben mucho mejor que la mierda que compras tú mismo. ¿Quién lo hubiera pensado?

—¡Tío John, es tu turno! —llama Mia, y observo cómo John se arrastra hasta la siguiente casa con Mia. Bueno, en realidad no se arrastra, pero sigue sin estar entusiasmado con el maldito disfraz, así que está arrastrando los pies un poco.

La puerta se abre y responde un niño disfrazado de superhéroe. Su mandíbula cae cuando ve a John.

—¡Guau! ¡Eres el minion más grande que he visto!

El rostro de John se ilumina con una sonrisa poco común.

—Gracias, chico. Esta es mi sobrina, Mia. Ella eligió mi disfraz.

Mia asiente con orgullo.

—¡Sí! ¿A que es el mejor?

La madre del niño aparece detrás de él, riendo mientras observa la escena.

—Ciertamente lo es. Tomen, aquí tienen un poco más de dulces por traer a los mejores minions al vecindario.

John hace un pequeño movimiento y desearía tener mi cámara. Negará que alguna vez hizo un movimiento feliz, y desearía tener pruebas para mostrárselo.

En bucle.

Una y otra vez.

Proyectado en la pared de dos pisos del apartamento.

En cada reunión familiar durante el próximo año.

Mientras continuamos nuestro recorrido, no puedo creer lo fácilmente que Mia nos tiene a todos envueltos alrededor de su dedo meñique. Ha conseguido que un grupo de hombres adultos que han visto cosas serias en sus vidas se vistan como personajes de dibujos animados y en su mayoría disfruten cada minuto.

Cara se acerca a mí, enlazando su brazo con el mío.

—Sabes, para ser un grupo de tipos duros, todos sois unos minions bastante adorables.

Me río, viendo cómo Declan ayuda a Mia a subir unos escalones empinados.

—Sí, bueno, ¿qué puedo decir? Cuando Mia pide algo, lo cumplimos.

—Eso es porque todos sois unos blandengues en el fondo —interviene Bree, sonriéndonos.

—Solo por ella. Y por vosotras —digo. Es cierto, las mujeres nos han ablandado de una manera que nunca esperé. Becca me sonríe con suficiencia, y le lanzo una mirada fulminante—. Pero tú no. Tú eres un dolor en el trasero. —Como era de esperar, su sonrisa se hace más grande. La mujer es completamente inmune a mi actitud. Al principio, fui duro con ella porque era protector. Kade ha pasado por demasiada mierda con las mujeres, así que no confiaba en su

juicio, y por extensión, en ella. Pero una vez que la conocí y vi lo bien que lo ama, molestarla se convirtió en entretenimiento para ambos.

—¡Oh, diablos, no!

Todos miramos hacia arriba, encontrando a Colton congelado en la acera mientras Mia intenta tirar de él por la acera.

—Vamos, papi. Es solo de mentira.

Él se ríe, pero hay un claro borde de histeria en su risa. He escuchado ese tono suyo antes.

—Lo sé. Creo que solo esperaré aquí. Creo que Jonas quizás quiera subir contigo esta vez. Ha estado suplicando por un turno extra.

Jonas, por supuesto, no decepciona.

—No, no lo he hecho —dice, estudiando el césped y la exhibición francamente espeluznante de un enjambre de ratas comiendo a un zombi. Las ratas no parecen tan reales, pero combinadas con la música espeluznante intercalada con gritos, es bastante efectiva.

Pero a Colton no le molestan los efectos. No, su fobia se ha apoderado por completo de él. Supongo que, lógicamente, quedar atrapado en un saco de dormir con un ratón cuando eres niño podría ser aterrador. Pero pronto cumplirá cuarenta. Uno pensaría que ya habría superado esta mierda.

—Es hora de enfrentar tus miedos. —Jonas mira a John y le hace un gesto con la cabeza. Como si lo hubieran planeado, John agarra a Colton por detrás y lo conduce hacia la escena. Colton, claramente no listo para enfrentar sus malditos miedos, grita y barre la pierna de John. Terminan en el césped, luchando. Dos Minions de casi dos metros maldiciendo y rodando. No es su mejor momento, pero joder, pagaría dinero por ver un espectáculo así, y aquí está, gratis, como el mejor regalo de todos.

—Oh, cielos —dice Janey, ahogando su risa detrás de su mano—. ¿Deberíamos separarlos?

—¿Me estás pidiendo que baje allí e intente meterme entre ellos? ¿Crees que eso va a funcionar? Porque puedo decirte por experiencia personal que esa es una buena manera de terminar perdiendo un diente.

Janey me mira boquiabierta, y yo sonrío, tocando mi incisivo derecho. —No te preocupes. Me lo arreglaron. Pero no estoy realmente listo para la segunda ronda.

—¿Tal vez se calmarán solos? —dice Abby con la boca llena de dulces. Maldita mujer, no para de robarnos golosinas de los bolsillos. Está disfrazada de.... realmente no lo sé. Una bruja con una bola de discoteca en la parte superior de su sombrero. Supongo que ese es el punto de Halloween, ¿no? Dejar que tu lado raro vuele libre.

—Es posible, o más probablemente Colton está…

John hace rodar a Colton, quien aterriza en medio de un ejército de ratas. Las ratas de plástico rebotan con el impacto, haciendo que parezca que cobran vida. Y Colton, aún gritando, hace una especie de voltereta y sale corriendo de allí, a toda velocidad por la acera, obligando a cualquier niño en su camino a apartarse.

Su gran cabeza amarilla de minion se balancea de lado a lado mientras corre.

Ninguno de nosotros logra contenerse. Ni siquiera lo intento. Simplemente dejo que la risa me recorra, tocando cada nervio y fibra.

Dios, amo a mi familia.

Evie, la mamá de Mia, da un paso adelante y toma su mano.

—Creo que papá necesita un minuto. ¿Por qué no tocamos la puerta tú y yo? —Mia le sonríe, la arrastra hacia las ratas, pone una en su cubo y se dirige a la puerta principal. Evie se inclina, obviamente tratando de explicarle que no puede llevarse las cosas de otras personas, aunque sé que, en el fondo de su corazón, Evie quiere ver qué haría Mia con esa cosa en casa.

Ama a Colton, pero no está por encima de asustarlo.

Llegan a la puerta y tocan el timbre, y cuando el dueño abre la puerta, Mia saca la rata de su cubo y procede a agitarla mientras habla con él.

—Se va a llevar esa rata a casa —murmura Abby.

—Va a terminar en su cama —dice John, rodeando a Abby con sus brazos. Parecen una pareja tan extraña. Abby siempre ha sido un poco de sol, y John es el cielo justo antes de una tormenta, todo oscuro y gruñón.

Solo que alrededor de ella, no es tan oscuro.

Y alrededor de él, ella brilla aún más.

—Somos unos cabrones —murmuro porque, sí, esa rata va a terminar en su cama, de una forma u otra.

John se ríe sombríamente, y cuando Mia baja saltando los escalones, agitando la rata, todos nos movemos en grupo hacia la siguiente casa. Me mantengo un poco más atrás ya que no es mi turno por un rato. Nick y Maverick se colocan a mi lado, y me preparo para que me pregunten de nuevo sobre Blair.

—Este lugar es jodidamente extraño —murmura Nick, mirando alrededor—. No hay fuegos artificiales. No hay gente haciendo barbacoas.

—¿Fuegos artificiales? —pregunta Mav, pareciendo intrigado. Yo también lo estoy. Fácilmente podríamos lanzar algunos fuegos artificiales desde el techo. Estoy seguro de que hay reglas y permisos que conseguir, pero ese tipo de cosas nunca ha sido realmente un problema. Con la clase de dinero que tenemos, podemos sobornar a quien sea necesario.

—Sí. Era un poco jodido, honestamente. Los niños los encendían y se perseguían unos a otros con ellos. Mi abuela no me dejaba jugar con ellos, lo cual, pensándolo bien, parece la elección responsable. Pero todos se reunían en sus patios delanteros y cocinaban, así que nos disfrazábamos, y había dulces, pero sobre todo nos comíamos todo lo que había en el vecindario y teníamos que rodar hasta casa. —Se ríe y sacude la cabeza. —Ella llamaba a todos los niños pequeños *Gorditos*.

—Eso suena bastante genial.

—Lo era. Todo es tan diferente ahora. Pasé por allí hace unos meses. Todo el vecindario ha cambiado. Cuando vivíamos allí, era el tipo de lugar donde vivían familias trabajadoras. Era una comunidad. Ya no lo es. —Sonríe y saluda a Mia mientras ella baila subiendo los escalones con Declan. —Bree dice que el pueblo donde creció era muy parecido. Todos los vecinos se cuidaban entre sí. Suena bastante agradable.

Maverick murmura y me mira de reojo.

—¿Era así cuando vivías en ese pueblo, Badger Falls? Viviste allí, ¿verdad? Quiero decir, solo estoy adivinando ya que dijiste que Blair es tu hermana adoptiva, y parece que está bastante arraigada allí, pero tal vez estoy saltando....

—Viví allí —digo, deteniendo su balbuceo—. Y sí, cuando estaba allí, era muy parecido a eso. Todos metidos en los asuntos de los demás, vecinos cuidándose entre sí, y muchas razones para reunirse y comer.

Maverick parece un poco soñador.

—Eso sería realmente agradable. Conocer a todos.

—Tal vez —digo con un resoplido—, pero también es un dolor en el puto trasero cuando eres adolescente. No puedes ir a ningún lado sin que alguien les informe a tus padres sobre lo que hiciste. No podía salirme con la mía en nada.

—¿En serio? Eso en realidad suena bastante.... agradable.

Superficialmente, vivir en un lugar sin privacidad suena terrible, pero algunos de los chicos tenían padres que honestamente no les importaba dónde estaban. Y muchos de nuestros padres adoptivos eran peores. Había buenos, sí, pero no es coincidencia que la mayoría de los chicos tuvieran padres de mierda y todos terminaran en ese hogar grupal.

—Lo era —admito a regañadientes—, era un lugar bastante genial.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—Tres años. De los doce a los quince.

Mav silba.

—Joder. Eso es mucho tiempo. Creo que nueve meses en el mismo hogar de acogida fue mi récord.

Yo no duré tanto en ningún otro lugar. Pero el maldito Robert McKenna era un hombre terco e infinitamente paciente. No importaba lo que intentara, no podía lograr que se rindiera conmigo.

—Sí. Fue demasiado tiempo. Y no fue suficiente.

Mia me hace señas con los brazos, y me dirijo hacia ella, feliz de tener mi turno e incluso más feliz de dejar atrás esa conversación. No quiero pensar en ese pueblo y en las personas que tuve que dejar atrás.

Duele demasiado, joder. Y la mentira que sigo diciéndome a mí mismo (que estoy mejor habiéndome ido) es cada vez más difícil de creer.

6

BLAIR

Rodeo la cintura de Maggie con mi brazo, sosteniéndola mientras seguimos a Max por la acera. Las calabazas de Halloween parpadean en cada porche, y las hileras de luces anaranjadas se entrecruzan entre las casas, proyectando un resplandor festivo sobre el vecindario. El aire fresco de octubre nos pellizca las mejillas, pero afortunadamente la nieve se ha contenido. Siempre odiaba tener que llevar un abrigo sobre mi disfraz cuando era niña, y sé que Max siente lo mismo.

—¡Dulce o travesura! —grita Max, su entusiasmo intacto a pesar de haber visitado lo que debe ser su quincuagésima casa de la noche. Cuando la señora Gunderson abre la puerta, él se lanza a una animada conversación sobre su disfraz de Tiranosaurio rex.

—Tu hijo tiene unos buenos pulmones —bromeo con Maggie, dándole un suave apretón, muy consciente de lo delgados que se han vuelto sus hombros. Maggie nunca ha sido alta, pero siempre tuvo hombros fuertes y un cuerpo saludable y curvilíneo. Ahora, se está encogiendo, y lo odio.

Ella se ríe, el sonido un poco jadeante pero genuino.

—Christine me llamó ayer para hablar conmigo. Al parecer, llamó "gilipollas" a Jimmy por robarle su caja de jugo.

Resoplo.

—¿Me pregunto de dónde lo habrá sacado?

—Me acojo a mi derecho a no declarar —dice Maggie, guiñándome un ojo—. Christine dijo que tenía que cumplir con su

deber y hablar conmigo, pero no podía mantenerse seria, así que no estoy demasiado preocupada.

—Christine maldice más que cualquier persona en este pueblo, y todos lo saben. Es una suerte que tenga la paciencia de una puta santa, o la habrían despedido hace tiempo por enseñar a los de primer grado la frase "hijos de puta, joder".

Maggie se carcajea.

—¡Oh, Dios mío! ¿Te lo puedes imaginar?

—Sí, totalmente puedo. —Christine es una de mis personas favoritas, en parte por las palabrotas. Nunca tengo que preocuparme por lo que sale de mi boca cuando estoy con ella porque sé que ella ha dicho cosas mucho peores.

Probablemente antes del desayuno.

Saludamos a los Peterson, acampados en sillas de jardín en su entrada mientras pasamos. Su hija mayor, en casa desde la universidad por el fin de semana, está repartiendo barras de chocolate tamaño king. Halloween en Badger Falls es mágico, y todos lo saben. Además, cada año parece que hay menos niños, así que ¿por qué no gastarse en las grandes?

—¡Maggie! ¿Cómo te encuentras, cariño? —grita la señora Peterson.

—Oh, ya me conoces. Dura como un clavo —responde Maggie con una sonrisa que no llega del todo a sus ojos.

Siento una punzada en el pecho. Esta vez, la quimio parece estar cobrándose un peaje más duro. Maggie está envuelta en un abrigo grueso, bufanda y gorro, pero aún puedo sentirla temblando contra mí.

—¿Estás bien? —pregunto suavemente mientras Max corre hacia la siguiente casa—. Podemos volver si estás cansada.

Maggie niega con la cabeza.

—Estoy bien, Blair. Deja que el niño se divierta. Estamos creando recuerdos aquí.

Me muerdo el labio, no del todo convencida. Pero sé que es mejor no discutir con Maggie Jones cuando ha tomado una decisión.

—De acuerdo, pero me avisas en el momento en que quieras dejarlo, ¿vale?

Me da una palmadita en el brazo.

—Sí, mamá. —Pongo los ojos en blanco, pero su sarcasmo me hace sentir un poco mejor.

Continuamos calle abajo, la charla emocionada de Max llega hasta nosotras. Los pasos de Maggie se están volviendo más lentos, su respiración un poco más laboriosa, pero no digo nada, solo ralentizo mis pasos para igualar los suyos.

—¿Recuerdas cuando solíamos hacer esto? —pregunta de repente—. Dios, pensábamos que éramos tan mayores, pidiendo dulces sin nuestros padres.

Me río.

—Sí, y luego nos atiborrábamos de dulces y nos enfermábamos.

—Buenos tiempos —suspira Maggie. Hay una nostalgia en su voz que me aprieta la garganta.

—Oye —digo, deteniéndonos a las dos. Me giro para mirarla, observando la palidez de su piel, las oscuras ojeras bajo sus ojos—. Sabes que estoy aquí, ¿verdad? Para lo que necesites, cuando lo necesites.

Los ojos de Maggie se humedecen, pero parpadea para alejar las lágrimas.

—Lo sé, Blair. Siempre has estado ahí para mí. Y ahora.... —Se interrumpe, su mirada se desvía hacia Max, que está describiendo animadamente su disfraz al señor Flannigan.

—No me voy a ninguna parte. Siempre estaré aquí para los dos —digo, abrazándola—. Siempre.

Se aferra a mí por un momento, luego se aparta con una risa acuosa.

—Míranos, poniéndonos sentimentales en Halloween. Se supone que debemos asustar a los niños, no a nosotras mismas.

Fuerzo una sonrisa, tratando de sacudirme la pesadez que se asienta en mi pecho.

—Tienes razón. Vamos, asegurémonos de que Max no le hable hasta por los codos al señor Flannigan.

Mientras empezamos a caminar de nuevo, Maggie se apoya en mí con más fuerza. Aprieto mi agarre alrededor de su cintura,

prometiendo silenciosamente sostenerla tanto tiempo como me necesite.

Y rezando para no tener que hacerlo por mucho más tiempo. Tiene que mejorar.

Guío a Maggie más allá de unas cuantas casas más, observando cómo crece la emoción de Max con cada nuevo puñado de dulces. Después de aproximadamente media hora, se vuelve hacia nosotras, con la cabeza de dinosaurio cómicamente inclinada hacia un lado.

—¿Podemos tomar chocolate caliente ahora? ¡Tengo sed!

Maggie se ríe.

—Claro que sí, cariño. Vamos a la plaza.

Nos dirigimos las pocas manzanas hasta la plaza del pueblo, donde las festividades de Halloween están en pleno apogeo. El aire está lleno de risas y hay un aroma a canela y manzanas. Hileras de luces naranja y púrpura se entrecruzan en lo alto, proyectando un cálido resplandor sobre la multitud. Todo el pueblo está aquí, y esta fiesta no terminará hasta después de la medianoche.

Max ve a sus amigos junto al juego de lanzar anillos y tira de la manga de Maggie.

—Mamá, ¿puedo ir a jugar?

Maggie lo atrae para un abrazo, su disfraz inflable colapsa alrededor de sus brazos.

—Por supuesto, cariño. ¡Coge algo para beber y diviértete!

Acomodo a Maggie en un banco cercano.

—Iré a buscar chocolate caliente para nosotras. ¿Estás bien aquí?

Ella asiente, despidiéndome con un gesto. Me abro paso entre la multitud hasta el puesto de refrescos, donde Angela está sirviendo tazas humeantes.

—¡Hola, Blair! ¿Cómo va todo? —pregunta Angie, su sonrisa brillante bajo su sombrero de bruja.

—No me puedo quejar —respondo, forzando una sonrisa—. Dos chocolates calientes, por favor.

Mientras llena las tazas, la sonrisa de Angie se desvanece un poco.

—¿Cómo está Maggie? No la he visto mucho últimamente.

Dudo, mirando hacia atrás a Maggie. Está observando a Max jugar, con una sonrisa melancólica en su rostro.

—La quimio.... está siendo dura esta vez. Es.... —Me interrumpo, sin querer expresar los miedos que me mantienen despierta por las noches.

Angie se estira por encima de la mesa para apretar mi mano.

—Si necesitas algo, solo dímelo, ¿de acuerdo?

Asiento, agradecida por su apoyo. Nos conocemos casi toda la vida, y aunque nunca fuimos tan cercanas como Maggie y yo, sé que estaría ahí en un instante. Tal como lo estuvimos cuando sus padres murieron. Así es como hacemos las cosas en los pueblos pequeños, nos cuidamos unos a otros.

Ansiosa por cambiar de tema, pregunto:

—¿Cómo va ese proyecto de viviendas? ¿El que tú y tu chico estabais desarrollando?

El rostro de Angie decae, y se ocupa en limpiar la mesa.

—No va.... muy bien. Jake se ha marchado. Simplemente se fue sin decir una palabra.

—¿Qué? ¿Cuándo pasó esto?

Ella suspira, con los hombros caídos.

—Hace aproximadamente un mes. Supongo que debería haberlo visto venir. Las cosas habían estado tensas durante un tiempo.

No puedo decir que esté sorprendida de que el tipo con el que Angie se conoció y se comprometió en un mes resultara ser un irresponsable. Su rápido compromiso y sus grandiosos planes para "poner a Badger Falls en el mapa" con un desarrollo de viviendas de lujo tenían "desastre" escrito por todas partes. No es que se lo fuera a decir nunca. La gente tiene que cometer sus propios errores, y tratar de interferir es una buena manera de perder a un amigo. La última vez que pasé conduciendo por el desarrollo de mini mansiones a las afueras del pueblo, los esqueletos de una docena de casas se alzaban contra el cielo, con techos de contrachapado y lonas ondeando en las ventanas.

—Siempre estaba hablando de cómo ese desarrollo pondría a este pueblo en el mapa —continúa Angie, con voz amarga—. Decía que nos haría ricos a ambos, no es que a mí me importara eso. Pero

cada vez que le preguntaba sobre las finanzas o el calendario de construcción, se ponía a la defensiva. Debería haber sabido que algo no andaba bien.

No entiendo cómo mujeres por lo demás inteligentes pueden ser tan jodidamente estúpidas. Era su dinero, su tierra, su herencia. Y aun así le entregó el control a un imbécil.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunto.

Angie se encoge de hombros.

—Honestamente, no tengo ni idea. Fue una idea estúpida desde el principio. ¿Quién va a querer vivir en una mansión prefabricada a dos horas de Chicago? No sé por qué dejé que me convenciera.

Porque querías creer.

Le entrego unos billetes por el chocolate caliente.

—No seas tan dura contigo misma, Angie. Todos cometemos errores.

Me da una sonrisa débil.

—Sí, bueno, este me va a costar caro. Yo estaba financiando el proyecto; ahora me he quedado con un desastre.

Abro la boca para responder, pero me interrumpe el grito emocionado de Max. Viene corriendo hacia nosotras, con su calabaza de plástico rebosante de dulces.

—¡Tía Blair! ¡Me gané un pez dorado!

Orgullosamente sostiene una bolsa de plástico transparente con un pequeño pez naranja dentro. Maggie viene detrás de él, luciendo exhausta pero feliz.

—Eso es genial, amiguito —digo, revolviéndole el pelo—. Vamos a llevarte a ti y a tu mamá a casa, ¿de acuerdo? Se está haciendo tarde.

Mientras nos despedimos y salimos de la plaza, miro hacia atrás a Angie. Está sonriendo y charlando con el siguiente cliente, pero puedo ver la preocupación en sus ojos. Parece que todos en Badger Falls están cargando sus propios pesos estos días.

No es vida o muerte, pero sigue siendo una carga.

Aunque no creo que nadie elegiría lo que Maggie está pasando por llevar su propia carga.

No puedo culparlos.

AYUDO A MAGGIE A ACOSTAR a un Max sobreestimulado, con el pez nadando en círculos en una pecera improvisada en su mesita de noche. El subidón de azúcar de todos los dulces de Halloween lo tiene rebotando por las paredes, pero a mitad de un cuento, sus ojos comienzan a cerrarse.

Maggie lee hasta el final, su voz baja e hipnótica hasta el punto de que mis propios ojos se cierran. Cuando termina, abro los ojos a tiempo para verla apartar el cabello rebelde de la frente de Max y presionar un beso en la parte superior de su cabeza. Luego simplemente apoya su cabeza en la almohada junto a él y lo observa.

Mi pecho se aprieta tanto que siento que no puedo respirar profundamente. Dejándolos en su pacífica burbuja, me dirijo al porche trasero y me agarro a la barandilla. Esta vez se siente diferente. Maggie se siente diferente. Estoy tratando de atribuirlo a que esta es su tercera vez luchando contra el cáncer, pero no es solo eso.

La primera vez, era una adolescente. Ambas pensábamos que era invencible, y pasó volando por los tratamientos. La segunda vez, estaba en sus primeros treinta, y aunque fue un golpe recibir el diagnóstico, estaba tan confiada en que lo vencería de nuevo que me hizo creerlo.

Esta vez, todo es más pesado.

Hay mucho más que perder para ella. Está Max.

Cuando volvió a casa embarazada después de su viaje de "vencí al cáncer", estaba aterrorizada por ella. Su cuerpo acababa de pasar por tanto, no veía cómo llevar un bebé podría ser lo mejor para ella. Pero estaba tan tranquila, tan segura de que se suponía que debía tener ese bebé, que hice lo que siempre termino haciendo con ella y me uní al viaje.

Resulta que ambas teníamos razón. Fue duro para su cuerpo. Mudarme aquí para ayudar cuando las cosas se pusieron más difíciles para ella tenía sentido. El plan era ayudarla a pasar el

embarazo y las primeras semanas, luego volver a casa con papá. O, más probablemente, tomar todo el dinero que había estado ahorrando durante años y comprar mi propio lugar pequeño. Las propiedades por aquí son baratas.

Pero de alguna manera, nunca fue el momento adecuado para irme.

Luego, papá se enfermó y falleció en lo que parecieron días.

Entonces fui yo la que no quería irse.

Sí, puede que parezca una solitaria. Siempre he tenido problemas para averiguar cómo se supone que debo actuar con la gente. Esas cosas, las cosas sociales, nunca me resultaron fáciles.

Excepto con Maggie.

Y Ransom.

No voy a ir por ahí, joder.

La puerta chirría.

—Blair, ¿estás bien? —pregunta Maggie suavemente.

Asiento y la sigo adentro.

En la sala de estar, Maggie se hunde en la esquina del sofá con un suspiro cansado. Me acomodo en el sillón frente a ella, quitándome los zapatos.

Maggie me mira, con los ojos brillantes.

—Gracias —dice suavemente.

—¿Por qué? —pregunto, desconcertada.

—Por todo —responde—. Por estar siempre aquí. Por dejar tu propia vida a un lado.

Niego con la cabeza, estirándome para apretar su mano.

—No dejé nada a un lado, Mags. Eres familia.

—Pero podrías haberte casado a estas alturas y tener tu propia familia —insiste.

Imaginé eso una vez, cuando era joven y muy estúpida. Pero los sueños, y las personas, cambian.

—Créeme, estoy viviendo exactamente la vida que planeé. El matrimonio y los hijos no están en mis planes.

Maggie se queda callada por un momento, jugueteando con un hilo suelto de su suéter.

—Siempre imaginé que tú y Ransom terminarían juntos —dice suavemente—. Tenía toda una gran vida planeada para ustedes dos en mi cabeza.

Siento que mi pecho se aprieta al escuchar su nombre.

—Maggie, no…

—Lo sé, lo sé —dice rápidamente—. Lo siento. No debí mencionarlo. Además, es historia antigua. ¿Crees que las cosas podrían desarrollarse entre tú y Adam?

Adam. Presiono distraídamente mi dedo entre las puntadas de la manta tejida en el respaldo del sofá.

—No lo creo. Es solo físico. Ambos necesitamos compañía a veces.

—Es un buen tipo.

—Es un buen tipo. Pero tiene sus propios problemas. Funciona entre nosotros porque es simple. No se ofende cuando no quiero quedar. Me gusta eso.

—¿Entonces no es una conexión real?

—Lo que hacemos juntos es muy real, Mags, y muy sudoroso.

Ella resopla y apoya su mejilla en el respaldo del sofá.

—Es atractivo, eso es seguro. Todos esos músculos. ¡Uf!

—Tantos músculos —murmuro, feliz de pensar en Adam en lugar de Ransom por una vez. Adam es una brillante distracción. Es poco complicado.

No, eso no está bien. Él es complicado y retorcido como la mierda, pero nosotros no. Somos fáciles, simples y sin presiones. Necesito eso en mi vida.

Nos sentamos en silencio por un rato, el único sonido es el tic tac del viejo reloj en la repisa.

—Blair, creo que es hora.

—¿Hora de qué? —pregunto, aunque tengo la sensación de que ya lo sé.

Se quita el pañuelo y pasa una mano por su cabello cada vez más escaso. —De afeitarme la cabeza. Se está volviendo demasiado irregular. Mejor terminemos con esto de una vez.

Asiento, recordando la primera vez que hicimos esto, cuando éramos adolescentes. En aquel entonces no se trataba de cáncer.

Fue toda una idea estúpida de Maggie. Y en parte culpa de la botella de licor de melocotón que robamos del armario de licores de su madre.

—Al menos esta vez no tenemos que esconder la maquinilla del baño de tu padre —digo, tratando de aligerar el ambiente.

Maggie se ríe.

—Dios, ¿recuerdas cómo casi nos atrapan? Papá llegó temprano a casa y tuvimos que esconder todo el cabello que habíamos barrido.

—¿Cuánto tiempo llevaste ese gorro antes de que se diera cuenta? —pregunto, sonriendo al recordar su gorro de lana rosa.

—Tres semanas —dice, arrugando la cara—. No sé en qué carajo estaba pensando. ¿Por qué creí que me vería genial con la mitad de mi cabeza afeitada?

—Porque tenías dieciséis años y eras una idiota.

Ella suspira.

—Sí, eso es cierto.

La segunda vez que se afeitó la cabeza, durante su segunda batalla contra el cáncer, lo hizo ella misma. Simplemente salió del baño un día como si no fuera gran cosa.

Me levanto y voy al baño, regresando con la maquinilla eléctrica.

—Me temo que esta vez no hay licor de melocotón —digo, sacando una silla de la cocina—. Pero creo que hay algo de vino en el refrigerador si quieres.

Maggie niega con la cabeza y se levanta del sofá con un gemido.

—No, hagámoslo de una vez. Pero tal vez podrías poner algo de música, ¿por los viejos tiempos?

Saco mi móvil y pongo una lista de reproducción de éxitos pop de los 90, nuestra preferida en la secundaria. Mientras los ritmos familiares llenan la habitación, conecto la maquinilla y Maggie se sienta en la silla.

—¿Estás lista? —pregunto, parada detrás de ella.

Maggie respira profundamente.

—Tanto como puedo estarlo.

Enciendo la maquinilla y el zumbido llena el aire.

—Espera, ¿qué hay de Max? Tal vez deberíamos advertirle....

—Ya lo hice. Piensa que me veré genial.

—Bien. —Por supuesto que preparó a Max. Es una gran madre y no haría nada para molestarlo deliberadamente.

Mientras hago la primera pasada sobre su cuero cabelludo, Maggie extiende la mano y agarra la mía que está libre, apretándola con fuerza.

—Sabes —dice, con voz apenas audible sobre el zumbido de la maquinilla—, me alegro de que seas tú quien hace esto. Igual que la primera vez.

Tengo que tragar con fuerza contra el nudo en mi garganta.

—Siempre, Mags. Siempre estaré aquí.

Nos quedamos en silencio mientras continúo trabajando, ambas perdidas en nuestros propios pensamientos. El suelo a nuestro alrededor se llena de mechones del cabello de Maggie, y me sorprende lo diferente que se siente esto de la primera vez. Éramos tan jóvenes entonces, el futuro tan lleno de promesas. Teníamos toda la vida por delante e íbamos a conquistar el mundo. Bueno, ella lo haría de todos modos. Yo nunca quise más que el taller y este pueblo.

Pero algunas cosas no han cambiado. Maggie sigue siendo la persona más fuerte que conozco, y yo sigo aquí a su lado, lista para enfrentar lo que venga.

7

RANSOM

Noah hace un pequeño ruido de resoplido desde su lugar acurrucado contra mi pecho. Es tan diminuto. Holly no estaría de acuerdo conmigo, y sí, ha crecido muchísimo, pero mi mano aún puede cubrir toda su espalda. ¿Cómo es siquiera posible que algo tan pequeño y precioso pueda convertirse en una persona adulta? Es pura magia, joder.

—Está nevando, amigo —le susurro. Sus ojos parpadean, lentamente, aparentemente sin impresionarse. Se está quedando dormido. Su primera Navidad, y ha sido todo un campeón. Sentado en el suelo, aplaudiendo, riendo mientras todos le lanzábamos papel de regalo. Solo se cayó una vez, pero no se le puede culpar por eso. Su cabeza es jodidamente enorme.

Dándole un beso en esa cabeza gigantesca, me alejo de las ventanas de seis metros de altura y regreso al desastre. Gracias a las mujeres, el ático está decorado para Navidad. Un árbol enorme se alza en la esquina, cubierto de luces y adornos. Guirnaldas envuelven las barandillas y calcetines cuelgan de la repisa de la chimenea. Es como si el taller de Santa hubiera explotado aquí dentro.

El sonido de risas se escucha desde el piso de arriba. Parece que el grupo de la película se lo está pasando bien. Podría ir a unirme a ellos, pero si lo hago, alguien intentará quitarme al bebé. Así que estoy bien aquí.

Arrastrando los pies entre el papel de regalo (sin pisar otro Lego, gracias) me dirijo a la sala de estar y echo un vistazo dentro de la gran caja de cartón en medio del suelo y tengo que contener una carcajada. Mia y John están dormidos dentro. John está tumbado boca arriba, Mia encima de él, con el martillo de juguete agarrado en el puño presionado contra su mejilla cicatrizada. Sus piernas están rectas contra el lado de la caja, y no tengo ni puta idea de cómo pueden dormir en esa posición. Pero en cualquier reunión familiar que implique regalos grandes, ahí están.

Ni siquiera recuerdo qué regalo había dentro de esa caja. Por lo que sé, la caja podría haber sido el regalo.

Noah se retuerce un poco, echándose hacia atrás para mirarme fijamente, frunciendo el ceño, luego suelta una risa borracha y vuelve a hundir la cara en mi cuello.

—¿Estás cómodo ahí, amigo? —susurro, riendo. Noah solo bosteza en respuesta.

—Tienes un talento natural —dice una voz detrás de mí.

Al girarme, le sonrío a Janey.

—Es fácil.

—¿Lo es? No sé mucho sobre bebés. ¿No son todos como él? —pregunta.

Poniendo mi mano en su espalda, la guío hacia uno de los sofás. Holly y Micah están dormidos en la esquina del otro. Ella se sienta, metiendo los pies debajo de ella, y luego me sonríe.

—Te queda bien.

—¿El bebé?

—El pijama. El bebé también, pero en serio, creo que deberíamos tener un día de pijamas en el trabajo. Quizás todos los viernes.

Mirando hacia abajo, observo el pijama que llevo puesto. Se está convirtiendo en una tradición. Este año, todos recibieron un animal diferente. Janey es un dulce conejito. Noah es un león.

El mío es una vaca. Con grandes ubres colgantes.

Una puta vaca.

—Interesante idea —murmuro, acomodándome en la esquina del sofá—. Aunque no estoy seguro de que alguien me tome en serio si voy a una negociación así.

Ella se ríe, ahogando el sonido con su mano mientras mira a la pareja dormida.

—Tal vez no, pero sería genial para la moral.

Le lanzo una mirada de reproche, y ella se ríe, lo que me hace feliz de todas las maneras posibles.

—¿Cómo estás, Janey?

—¿Yo? —pregunta, sorprendida. No sé por qué—. Estoy maravillosa.

—Lo estás.

Se sonroja, lo cual es adorable, luego apoya la cabeza en el sofá.

—¿Cómo estás tú? Has parecido un poco distraído los últimos meses. ¿Es por el trabajo en la nueva oficina? Cara dice que va avanzando bien.

—Así es. Van un poco adelantados. Deberíamos mudarnos para finales de abril.

—Tan pronto —suspira—. Será un gran cambio.

—Sí. Lo será. —Especialmente porque Janey y Maya no vendrán. Quería trasladar los departamentos de marketing y recursos humanos, pero ninguna de las dos pensó que fuera una buena idea. — ¿Estás segura de que no puedo convencerte de cambiar de oficina?

Me da el tipo de sonrisa que mi madre solía darme cuando pedía una rebanada extra de pastel. Indulgente pero firme.

—No. Recursos humanos necesita estar donde está la mayoría de los empleados. Vosotros, los matones corporativos, no necesitáis mis servicios.

Suelto una carcajada sorprendida.

—Mierda. Lo siento, pequeño —murmuro a Noah, que no se movió ni un centímetro. Gracias a Dios que Micah y Holly no lo han criado para ser el tipo de niño que solo puede dormir en una habitación oscura y silenciosa. Porque el silencio no es realmente algo significativo por aquí.

—Si cambias de opinión —le digo a Janey—, te trasladaré en un abrir y cerrar de ojos.

—Jonas dijo lo mismo. Dice que le preocupa perder tiempo de calidad, sea lo que sea que eso signifique. La mayoría de las veces

está tan absorta en su trabajo que ni siquiera se da cuenta de que es el final del día. Ya lo sabes.

—Lo sé. —No voy a ser yo quien le diga que el tiempo de calidad del que Jonas habla es sexo a la hora del almuerzo. Ella todavía piensa que están siendo discretos. No tiene idea de que él no es tan discreto al respecto. No es que esté actuando como un deportista fanfarrón, pero siempre está tan jodidamente feliz después de estar con ella, que es obvio para cualquiera por qué.

El silencio cae entre nosotros, y me encuentro perdido en el pequeño milagro acurrucado contra mi pecho. La respiración de Noah es suave y uniforme, su calor se filtra a través de mi estúpido pijama de vaca. Respiro profundamente, saboreando ese indescriptible aroma a bebé, una mezcla de talco, leche y algo único de Noah.

Su pequeña mano descansa sobre mi clavícula, con los dedos extendidos como una estrella de mar. Suavemente la tomo en la mía, maravillándome de cómo toda su mano apenas cubre mi pulgar. Su piel es increíblemente suave, y no puedo evitar trazar las pequeñas hendiduras de sus nudillos.

—Es perfecto —murmuro, más para mí mismo que para Janey.

Ella asiente en acuerdo.

—¿Alguna vez has pensado en tener uno propio?

Levanto la mirada, encontrándome con su mirada curiosa.

—¿Qué, un bebé?

Janey asiente, con los ojos brillantes.

—Sí. Encontrar a alguien especial, establecerte, formar una familia. Eres tan natural con Noah.

Me río suavemente, cuidando de no molestar al bebé dormido.

—Nah, eso no está en las cartas para mí. Nunca lo ha estado.

—¿En serio? —La frente de Janey se arruga. —Pero eres tan bueno con los niños. Y pareces amar estar cerca de ellos.

—Es cierto —admito, mirando de nuevo a Noah. Su pequeña nariz se arruga en sueños, y tengo que resistir el impulso de tocarla —. Pero soy feliz siendo el tío divertido. El matrimonio, los hijos propios.... nunca fue el plan. —Tal vez una vez, solo por un momento, lo consideré. Pero no desde entonces.

—No entiendo —dice Janey con voz suave—. ¿No quieres tener tu propia familia?

El peso de sus palabras se asienta en mi pecho, más pesado de lo que Noah podría ser jamás. Los recuerdos destellan en mi mente: una casa envuelta en llamas, el olor acre del humo, el peso aplastante de la culpa. Luego otras imágenes: los ojos amables de McKenna, la sonrisa feroz de Blair, el día en que conocí a cada uno de mis hermanos.

—Tengo una familia —digo en voz baja, con la voz cargada de emoción—. Aquí mismo en este edificio. Tú, Jonas, todos mis hermanos, sus parejas, estos niños. —Presiono un suave beso en la frente de Noah. —Esta es mi familia.

Janey permanece en silencio por un momento, y puedo sentir que me estudia. Cuando habla, su voz es suave.

—Lo siento, no quise....

—Está bien —la interrumpo con suavidad—. Sé que quizás no tenga sentido para la mayoría de la gente. Pero esto.... —Hago un gesto alrededor de la habitación, hacia Holly y Micah acurrucados en el sofá, hacia Mia y John en su fuerte de cartón, hacia los sonidos de risas que bajan desde arriba. — es todo lo que necesito. —Tal vez, si hubiera encontrado el camino de regreso a Blair hace una década, mi respuesta sería diferente. Pero ya cumplí mi tiempo.

Estoy jodidamente cansado.

Noah se mueve en mis brazos, dejando escapar un pequeño suspiro antes de volver a dormirse.

—Entiendo —dice Janey finalmente—. Y tenemos suerte de tenerte.

Encuentro su mirada, viendo la sinceridad allí, y un calor se extiende por mi pecho que no tiene nada que ver con el bebé que estoy sosteniendo. Sus ojos se desvían hacia Noah, y su mirada se agudiza. Sus dedos se rascan distraídamente el estómago.

Algo en ese movimiento me hace sentarme más erguido.

—¿Tú.... estás esperando un bebé? —No hay manera de que no pregunte. Soy incapaz de mantener mi nariz fuera de los asuntos de mi familia.

Sus mejillas se sonrojan y su mano se cierra en un puño.

—No. Bueno, no lo sé. Tal vez. Estoy.... ya sabes. —Mira a Micah y Holly, aún dormidos en el otro sofá, y luego se acerca más. —Retrasada —susurra—. Mi, eh.... ya sabes, está retrasado.

—Tu período está retrasado. —Como era de esperar, como esperaba, sus mejillas se encienden—. Janey. Soy un hombre adulto. Entiendo cómo funcionan los cuerpos de las mujeres. Está bien decir la palabra "período".

Ella presiona las palmas contra sus ojos y gime.

—No crecí de esa manera.

—Lo sé. —Creció con un imbécil de hermano y un padre borracho que la hacían sentir mal por todo lo que la hace una mujer maravillosa. Aunque su padre está resultando ser un tipo decente. Si me concentro, puedo distinguir su risa desde arriba. —Así que tu período está retrasado. ¿Es eso algo bueno?

Es lento al principio, pero sus labios se curvan, y su sonrisa, cuando finalmente aparece, es deslumbrante.

—Sí. Creo que es algo realmente bueno.

—Yo también lo creo.

Hay un ruido en la caja, y ambos vemos cómo Mia sale gateando. El gemido de dolor de John me hace sonreír. Es el sonido de la rodilla de Mia alojándose firmemente en sus pelotas. Es un sonido, y una sensación, que conozco bien.

Aunque no debe haberlo golpeado tan fuerte, ya que los ronquidos bajos se reanudan de inmediato. No puedo culpar al hombre. Se despertó al amanecer para empezar a cocinar. Se ha ganado esa siesta.

Con los juguetes aún apretados en sus manos, se acerca, apoyando su mejilla en mi hombro y mirando a Noah. Todos estamos un poco locos por él.

—¿Tío Ransom? —murmura.

—¿Sí, pequeña?

—¿Es hora de más regalos?

Me río entre dientes.

—Creo que ya los has abierto todos, cariño. ¿Qué tal un chocolate caliente en su lugar?

Se anima con eso, sus ojos se agrandan.

—¿Con malvaviscos?

—Por supuesto. El chocolate caliente sin malvaviscos es simplemente asqueroso.

Equilibrando a Noah en un brazo, llevo a Mia a la cocina.

—Muy bien, renacuaja, veamos si podemos preparar un chocolate caliente sin despertar a toda la casa.

Enciendo las luces, abro el armario y de inmediato gimo.

—Maldita sea, John —murmuro entre dientes.

—¿Qué pasa? —pregunta Mia, subiéndose a un taburete en la isla.

—Nada, cariño. A tu tío John solo le gusta jugar al escondite con las cosas de la cocina. —Es jodidamente molesto. Aparentemente, los lugares donde yo guardo las cosas son "una locura", y aunque no esté de acuerdo, no hay forma de que me arriesgue a molestarlo.

El hombre tiene habilidades locas en la cocina, y no quiero arriesgarme a perderme eso.

Empiezo a abrir otros armarios, buscando tazas y mezcla de cacao. Noah resopla contra mi pecho y lo ajusto ligeramente.

—¿Estás seguro de que sabes hacer chocolate caliente? —La voz de Mia es escéptica.

—Por supuesto que sí —respondo, con más confianza de la que siento—. Es solo que.... es un poco complicado con una sola mano.

Ella me ve rebuscar en los cajones.

—¿Tal vez deberíamos despertar al tío John?

—Nah, podemos con esto. Será nuestra misión secreta.

Después de lo que parece una eternidad, finalmente localizo la mezcla de cacao.

—¡Ajá! ¡Victoria!

Mia se ríe, pero entrecierra los ojos mientras lucho por abrir el contenedor con una mano.

—Tío Ransom....

—Lo tengo, lo tengo —insisto, finalmente abriendo la tapa. Agarro una taza (afortunadamente, estaban donde esperaba) y empiezo a echar la mezcla.

—Ahora, la leche —murmuro, dirigiéndome al refrigerador. Lo abro con el codo, casi derribando un frasco de pepinillos en el

proceso.

—¿Estás seguro de que no quieres ayuda? —pregunta Mia, con su pequeño rostro arrugado de preocupación.

Vierto la leche en la taza, milagrosamente sin derramar una gota.

—¿Ves? El tío Ransom tiene habilidades.

Meto la taza en el microondas, presiono los botones con el codo y me vuelvo hacia Mia con una sonrisa triunfante.

—Y ahora esperamos.

Ella sacude la cabeza, con una sonrisa jugando en sus labios.

—Eres tonto, tío Ransom.

—Por eso me quieres —le guiño un ojo.

El microondas suena y saco cuidadosamente la taza humeante.

—Ahora, ¿dónde escondió John las cucharas? ¿Y los malvaviscos?

Horas más tarde, mi apartamento está en silencio, todos se han ido a sus propias casas y camas abajo. Diseñé este ático para reuniones familiares, y es perfecto, con espacio para que todos se extiendan. Pero cuando estoy solo, ¿se siente como un jodido museo?

Apago las luces, una por una, sumiendo todo el espacio en la oscuridad. Luego, bostezando, subo las escaleras paso a paso. Esta planta es un poco más pequeña que la de abajo, pero no por mucho. Casi novecientos treinta metros cuadrados de espacio vital "privado". Aunque no estoy seguro de qué pretendía el diseñador que hiciera en todo este espacio privado. La sala de televisión del desván es donde paso gran parte de mi tiempo libre. El sofá es profundo y enorme, y tan cómodo como mi cama. Y el televisor ocupa casi toda la pared, así que parece que estás dentro de la película. Incluso hay una máquina de palomitas de aspecto antiguo en la esquina que no le veía el sentido, pero que se usa todo el tiempo. Esa, el lavavajillas y la cafetera son los únicos electrodomésticos que uso aquí.

Y el microondas. No puedo olvidarme de ese cabroncete.

Esta noche, paso de largo el desván y recorro el pasillo, pasando por las puertas de la sala de estar privada que nunca uso, el despacho que casi nunca uso, tres habitaciones de invitados y mi gimnasio privado.

Creo que nunca he puesto un pie allí.

Cuando éramos niños y estábamos todos apretujados en el garaje de Knight Street, intentando vivir en ese pequeño espacio, habría hecho cualquier cosa por un poco de espacio para respirar. Pero, ¿aquí? El espacio es lo último que quiero. Todo este edificio fue diseñado para reunir a todos, así que ¿por qué coño querría usar este gimnasio cuando podría usar el de unos pisos más abajo y probablemente encontrarme con uno de mis hermanos?

Esa ha sido realmente mi estrategia durante la última década: crear oportunidades de conexión en lo mundano. Nos encontramos en el trabajo. Nos encontramos en los pasillos. Nos encontramos en el gimnasio. También solíamos entrar en los apartamentos de los demás, pero ahora que las mujeres están aquí, eso no ocurre tanto.

Pero mi puerta siempre está abierta.

Siempre.

Por eso, si trabajo en casa, lo hago abajo en la isla de la cocina, para estar disponible si alguien se pasa. Si hay un montón de trabajo que hacer, me quedo en la oficina o lo hago aquí arriba tarde por la noche cuando todos duermen.

Mi familia es lo primero. Siempre.

Normalmente, después de un día como hoy, lleno de buena comida, risas y mucho tiempo con los niños para mí, me iría a la cama feliz. Pero esta noche estoy inquieto y me siento raro. No mentía cuando le dije a Janey que esta Navidad es todo lo que he soñado. Mis sueños ahora se centran en esta familia.

Pero tuve sueños antes. Sueños de para siempre. Sueños de Blair.

Pensé que los había dejado en el pasado. Pensé que podía dejarlos ir.

Pero últimamente, me están jodidamente atormentando. Ella me está atormentando.

Así que no me meto en la cama. Ella me encontrará allí. Siempre lo hace.

En su lugar, vuelvo por el pasillo y me dejo caer en el gran sofá del desván, enciendo la tele, aterrizando en el canal de clásicos y

alguna película en blanco y negro, y miro la pantalla con la mirada perdida.

Los chillidos unos minutos después no son una sorpresa. Tampoco lo es el cuerpecito que trepa por la pernera de mi pantalón y se acomoda en mi pecho. Acaricio con cuidado la espalda del pequeño hámster, disfrutando de la sensación de su suave pelaje.

—Hola, amiga. ¿Qué has estado haciendo hoy? —No responde, por supuesto. No soy un puto lunático. Sé que los hámsteres no hablan. Pero ha sido mi pequeña amiga secreta durante más de un año.

Perdimos algunos hámsteres aquí el año pasado y, finalmente, los encontramos. Excepto a esta pequeña. Es lista y se mantiene oculta durante el día. Mia y yo dejamos comida durante meses, y se la comía, pero por lo demás no había señales de ella.

Pero una noche, más o menos por estas fechas del año pasado, en otra solitaria noche de Navidad, trepó hasta el brazo del sofá y vio una película conmigo. En un mes, se había mudado a sentarse a mi lado. Al mes siguiente, había decidido que era lo bastante seguro como para dormir la siesta sobre mí.

Sé que debería conseguirle una jaula y mantenerla a salvo, pero es feliz. Come la comida que le dejo y parece estar sana. Tal vez debería darme asco la idea de que cague por ahí, pero tengo un gran equipo de limpieza y, además, viví en condiciones mucho peores cuando era niño. Estoy bastante seguro de que luchar contra los ratones y los bichos era un trabajo a tiempo completo para mi madre.

—Estoy seguro de que le habrías caído bien —le digo a mi pequeña amiga—. Eres muy buena compañía. —Vuelve a chillar y se acurruca en mi palma, quedándose dormida.

Mis ojos se vuelven cada vez más pesados y, justo antes de quedarme dormido, hago una pequeña oración para que Blair me deje finalmente en paz.

8

BLAIR

Me siento al final de la mesa, con los ojos fijos en Maggie. Está riéndose de algo que dijo el señor Johnson, con las comisuras de los ojos arrugadas. Pero puedo ver el cansancio grabado en su rostro, la forma en que sus hombros se hunden ligeramente. La quimioterapia está cobrando un precio abrumador, y mi corazón se encoge de preocupación.

La cabaña zumba con calidez y alegría. Luces parpadeantes adornan las ventanas, proyectando un suave resplandor sobre la colección despareja de sillas alrededor de nuestra mesa de comedor extendida. Un pequeño árbol de Navidad se alza en la esquina, adornado con ornamentos hechos a mano, en su mayoría creaciones de Max de la escuela. El aroma a pino se mezcla con el olor de varios platos traídos por nuestros vecinos.

—Blair, cariño, ¿puedes pasar la cazuela de judías verdes? —llama la señora Granger desde el otro lado de la mesa.

Asiento, tomando el plato y pasándolo por la fila. Mis dedos rozan las manos curtidas del señor Peterson mientras lo toma, y siento una oleada de afecto por estas personas. Son más que vecinos; son familia.

Max se mueve entre los adultos, presumiendo su nuevo coche de juguete a quien quiera verlo. Su energía es contagiosa, haciendo sonreír a todos alrededor de la mesa. Atrapo su mirada y le guiño un ojo. Él me devuelve una sonrisa radiante, luego corre a contarle una historia sobre Santa al señor Johnson.

—Este pastel está delicioso, Maggie —dice la señora Rodríguez, sirviéndose otra porción—. Tendrás que darme la receta.

Maggie agita la mano con desdén.

—Oh, no es nada especial. Solo algo que improvisé.

Pero yo sé que no es así. Ese pastel le llevó horas, y después quedó agotada. Aun así, sé que ver la alegría que trae a nuestros amigos hace que valga la pena para ella.

Desearía que hubiera comprado un maldito pastel y hubiera ahorrado energía.

Casi me golpea cuando lo sugerí.

La conversación fluye a mi alrededor. Escucho mientras el señor Peterson relata su última expedición de pesca, exagerando el tamaño de su captura con cada repetición. La señora Granger y la señora Rodríguez discuten sus planes para el jardín comunitario la próxima primavera. A través de todo esto, me preocupo. Porque el próximo año podrían faltar algunos rostros. Porque el próximo año, habrá un gran hueco en el otro extremo de la mesa.

—Blair, querida, estás muy callada —dice la señora Johnson, dándome unas palmaditas en la mano—. ¿Está todo bien?

Fuerzo una sonrisa.

—Solo estoy asimilándolo todo —respondo, sin querer empañar el ambiente con mis preocupaciones.

Max elige ese momento para trepar a mi regazo, su pequeño cuerpo cálido contra el mío.

—Tía Blair, ¿podemos abrir los regalos ahora? —pregunta, con los ojos grandes de emoción.

—Pronto, amigo —prometo, revolviendo su pelo—. Dejemos que todos terminen de comer primero.

Asiente solemnemente, luego se vuelve hacia la señora Johnson.

—¿Sabía que estuve en la obra de la escuela? ¡Fui un árbol!

La mesa estalla en risas y palabras de aliento, y siento una oleada de amor. Max está tan a gusto con estas personas, es tan querido.

Mientras la comida llega a su fin, empiezo a recoger los platos. El señor Peterson y la señora Rodríguez se levantan de un salto para ayudar, a pesar de que les ordeno que se sienten de una puta vez.

—Tonterías —dice el Señor Peterson con brusquedad—. Tú y Maggie ya hicieron suficiente cocinando. Déjanos encargarnos de esto.

Cruzo miradas con Maggie al otro lado de la habitación. Está sentada en el sofá, pálida pero contenta mientras charla con la señora Granger. Nuestras miradas se encuentran, y veo mis propios temores reflejados en sus ojos.

¿Y si esta es la última?

Los ojos de Max se iluminan con cada regalo que desenvuelve. Los adultos intercambian sonrisas felices. Todos recordamos esa alegría. Por eso esperamos hasta después de la cena para los regalos. Porque nuestros vecinos y amigos, especialmente los que están con nosotros esta noche, los que no tienen pequeños en sus familias, merecen un poco de esa alegría. Y durante todo esto, Maggie observa a Max con una mirada que me hace un nudo en la garganta. Una mirada que dice que está tratando de grabar cada momento en su memoria.

—¡Mira, tía Blair! ¡Un camión de bomberos! —exclama Max, levantando su último regalo.

Le revuelvo el pelo.

—Eso es genial, amigo. ¿Qué se dice?

—¡Gracias, señor y señora Johnson! —gorjea, ya alcanzando el siguiente paquete.

La señora Rodríguez le entrega un paquete cuidadosamente envuelto.

—Este es de parte mía y del señor R, cariño —dice, con los ojos brillantes.

Max lo abre de un tirón, revelando un kit de modelo de avión.

—¡Guau! ¡Esto es genial! —dice, saltando sobre sus talones.

A medida que avanza la noche, nuestros invitados comienzan a irse. El señor y la señora Granger son los primeros, viviendo a solo dos puertas. El señor Peterson les sigue, poniéndose su abrigo. Lo abrazo.

—Gracias por venir —susurro, con la garganta demasiado apretada para decir algo más.

Los ojos del señor Peterson están húmedos mientras estrecha mi mano.

—Cuida de ellos, Blair —dice con voz ronca.

No soy solo yo. Todos lo vemos. Ella se está desvaneciendo.

El señor y la señora Rodríguez son los siguientes. Abrazan a Maggie un poco más tiempo de lo habitual, luego vienen a mí para un abrazo y un beso en la mejilla.

—Feliz Navidad —dice la señora R.

Asiento, sin confiar en mi voz.

Pronto, la casa está en silencio. Max está dormido bajo el árbol, rodeado de un mar de papeles de regalo. Maggie está de pie en la alfombra junto a él, con la mano presionada contra sus labios. Su rostro es una imagen de amor y anhelo. Tomo mi móvil y les saco una foto a ambos. Max necesitará ver cuánto lo ama ella.

—Es hora de llevarlo a la cama —dice, inclinándose para levantar a Max, pero solo bajarse al suelo la deja jadeando. Se sienta, con la cabeza inclinada, las manos temblorosas en su regazo.

—Yo lo llevo —digo suavemente, tomando a Max en mis brazos. Hay una gruesa capa de nieve afuera, pero de alguna manera, él todavía huele a tierra.

—Dame ese gusano —murmura, luego vuelve a dormirse profundamente. Este niño pone todo su esfuerzo en todo lo que hace, ya sea dormir o atrapar insectos. Todo es a toda velocidad, todo el tiempo, y amo eso de él.

Bajándolo cuidadosamente a su cama, me muevo hacia la puerta, viendo a Maggie arroparlo. Sus movimientos son lentos, deliberados, llenos de amor, como si supiera que sus oportunidades para hacerlo son limitadas.

Es demasiado.

Me retiro a la cocina, necesitando hacer algo con mis manos.

Estoy con los codos hundidos en la espuma cuando la voz de Maggie rompe el silencio.

—Voy a dejar la quimioterapia.

El plato que sostengo se me escapa de las manos, resonando en el fregadero. Respirando profundamente, me agarro al borde del

fregadero, dejando que mi cuerpo absorba el impacto de sus palabras. Me giro lentamente, encontrando los ojos de Maggie.

—Mags.... —empiezo, pero ella levanta una mano.

—He tomado mi decisión, Blair. Estoy cansada de estar enferma por el tratamiento. Nada sabe bien, y siento que está destruyendo lo poco que me queda de salud. Todo es un borrón de náuseas y agotamiento. ¿Cómo se supone que voy a ser madre cuando apenas puedo mantenerme despierta? Max se merece algo mejor.

Trago saliva con dificultad, luchando por contener las lágrimas.

—Pero podría haber un nuevo tratamiento, o....

—No —dice Maggie. Su tono es suave, pero hay acero recubriendo sus palabras—. Ya he pasado por ese camino, Blair. Lo sabes. Estuviste conmigo todo el tiempo. He hecho todo lo que me pidieron. Dejé que me inyectaran todos los medicamentos que pudieron conseguir.

Sus ojos brillan con lágrimas, y eso me asusta más que cualquier otra cosa. Maggie siempre es tan fuerte. Incluso cuando está acurrucada en el suelo junto al inodoro, vomitando, no se quiebra. Pero ahora, me está dejando verlo. El dolor, la tristeza y la determinación.

—He estado viviendo tiempo prestado durante años. Es hora de dejar de luchar y pasar el resto del tiempo que me queda viviendo.

—No quiero verte consumirte —susurro. Quiero gritárselo. Que sepa lo profundamente que odio cada palabra que sale de su boca. Pero no puedo.

No puedo respirar.

Maggie cruza la habitación y toma mis manos jabonosas entre las suyas.

—Lo sé, cariño. Es una mierda, y si pudiera evitártelo, lo haría, pero te necesito conmigo para esto. Tú y Max son todo mi mundo.

La presa se rompe. Apoyo mi frente en su hombro, sollozando. Ella me abraza con fuerza, su propio cuerpo tiembla.

—¿Recuerdas cuando éramos niñas? —dice Maggie con un suspiro entrecortado— ¿Y me enfermé por primera vez?

Asiento contra su hombro.

—Estuviste ahí para mí entonces también. Colándote por mi ventana en la noche para abrazarme cuando tenía miedo. Haciéndome reír cuando todo lo que quería era llorar.

Me aparto, limpiándome los ojos.

—Eso es diferente. Se suponía que envejeceríamos juntas, Mags. Se suponía que seríamos esas señoras inapropiadas sentadas en la plaza del pueblo, gritándoles a los niños. Realmente estaba ilusionada con eso.

Maggie se ríe.

—Apuesto a que podríamos hacer eso ahora mismo. El cáncer me da un pase libre, ¿no? Además, todo este asunto de morirme. Podemos comprarnos unos chándales a juego y estacionar nuestras sillas de jardín en la acera frente al café.

Si todavía está aquí en la primavera....

—Me gusta esa idea.

—Quiero vivir, Blair —dice Maggie, con voz firme—. Quiero reír con mis amigos, sentarme en el porche y amar a mi hijo. Y cuando llegue el momento.... quiero irme en mi propia cama, contigo y Max tomando mi mano.

Tomo una respiración temblorosa, reprimiendo todas las cosas que quiero decir. No voy a suplicar, ni gritar, ni manipularla. No puedo. Es su vida.

—De acuerdo —susurro—. De acuerdo. Lo haremos a tu manera.

Nos quedamos despiertas hasta tarde en la noche, hablando y riendo como lo hemos hecho durante décadas. Pero cuando me acuesto más tarde, mirando al techo, el peso de todo se me viene encima.

Papá solo se ha ido hace un año. ¿Cómo se supone que voy a perder a Maggie también? ¿A cuántas personas más puedo ver desvanecerse?

Me hago un ovillo, ahogando mis sollozos en la almohada. Por el bien de Maggie, seré fuerte. Reiré y planearé y haré que cada día cuente. Pero aquí, en la oscuridad, me permito desmoronarme.

Porque mañana tengo que recomponerme. Por Maggie. Por Max. Por la vida que aún nos queda por vivir.

9

RANSOM

—Janey está vomitando todo el tiempo. No me gusta nada esto.

Jonas está de pie en la puerta de mi oficina, con los puños apretados a los costados, una imagen de furia y frustración.

—Lamento que esté enferma. Pero por lo que sé, eso es bastante normal.

—*No* son náuseas matutinas. Está vomitando por la noche, y durante el almuerzo, y a la hora de acostarse.

Cerrando la tapa de mi portátil, me dirijo a la puerta y la cierro, luego insto a Jonas a ir al sofá, usando una mano suave en su espalda. Estoy preparado para que la rechace. Está en un estado de alteración y podría no querer que lo toquen, pero en realidad no parece registrar mi tacto en absoluto.

—Siéntate, hermano.

Jonas se deja caer en el sofá, con el cabello levantado en ángulos extraños como si hubiera estado tirando de él.

—No sé qué hacer —dice, con la voz tensa—. Janey está enferma todo el tiempo, y no puedo arreglarlo. No puedo mejorarlo.

Me siento a su lado, cuidando de darle espacio.

—¿Has hablado con su médico al respecto?

Jonas asiente, con los ojos fijos en un punto del suelo.

—Dicen que es normal, pero no se siente normal. ¿Y si algo está mal? ¿Y si se enferma más y…?

—Jonas. Para. No vayas por ese camino. Ella está bien. El médico lo dice. Eres inteligente, pero no fuiste a la facultad de medicina. El

médico es el experto, así que si ella no está preocupada, tú tampoco necesitas estarlo.

Sus dedos juguetean con la costura exterior de sus pantalones.

—He estado leyendo sobre complicaciones comunes en el embarazo. Hay muchas cosas que podrían pasar.

Ay, mierda. ¿Por qué se hace eso a sí mismo? Porque es un maldito genio y consume conocimiento de la misma manera que Kade consume azúcar.

—Sé que no puedo evitar que te preocupes por ella, pero Jonas, vas a hacer que ambos sean infelices si pasas todo su embarazo en este estado de pánico. Ella necesita que seas fuerte por ella. Tienes que calmarte.

—Calma —dice lentamente, luego me clava una mirada preocupada—. No soy bueno con la calma.

La calma solía ser un gran problema.

—Eres mucho mejor de lo que eras. Tal vez puedas pensar en ello como un juego. Intenta encontrar formas de mantener a Janey calmada, y quizás algunas de esas cosas también funcionen contigo.

Frunce el ceño, mirando fijamente algún punto entre mis cejas.

—A mi Janey le gusta que le frote la espalda.

—Bien. Entonces haz más de eso.

Asintiendo, mira sus manos, sin parecer nada relajado.

—¿Y si...? —Se detiene abruptamente, tragando con dificultad.

—¿Y si qué, Jonas? —lo animo suavemente.

Me mira, con los ojos abiertos de miedo.

—¿Y si soy un mal padre? ¿Y si me olvido de que existe el bebé? ¿Y si no sé qué hacer?

No puedo evitarlo; me río, lo que me hace ganar una mirada fulminante de Jonas.

—Lo siento, pero estás loco. Vas a ser un gran padre.

—Pero no soy como otros padres —insiste Jonas—. Mi autismo.... ¿y si me dificulta amar al bebé?

Me reclino, cruzando los brazos.

—Muy bien, voy a necesitar que saques la cabeza de tu trasero por un segundo.

Jonas parpadea, sorprendido por mi franqueza. Prefiero esa expresión en su rostro antes que la duda en cualquier momento.

—Eres el hombre más cariñoso que conozco, Jonas. Cuidas muy bien de Janey. De todos nosotros, en realidad. ¿Cómo no puedes verlo?

Niega con la cabeza, pero yo insisto.

—Recuerdas los cumpleaños de todos, las comidas favoritas, las alergias. Te preocupas por nuestra seguridad. Diablos, esta mañana le estabas dando una charla a Colton sobre sus hábitos alimenticios.

—Eso es diferente —murmura Jonas.

—¿Cómo? —lo desafío—. ¿Crees que cuidar a un bebé será tan diferente de cómo cuidas a tu familia ahora?

Jonas se queda en silencio, considerando mis palabras.

—Mira —continúo, suavizando mi tono—. Ser padre asusta a todo el mundo. Pero tú tienes algo que muchos padres primerizos no tienen: todo un equipo de personas listas para apoyarte. Yo, los otros chicos, Janey, todas las mujeres.... todos estamos aquí para ti.

—¿Pero y si cometo un error? —pregunta Jonas, con la voz apenas por encima de un susurro.

Me río.

—Oh, definitivamente vas a meter la pata. Todos lo hacemos. Estás aprendiendo sobre la marcha, hermano; los errores van a suceder. Lo importante es que amarás a ese niño más que a nada en el mundo, y creo que eso va a ser más que suficiente.

Jonas respira profundamente, sus hombros se relajan ligeramente.

—Amaré a nuestro bebé. Eso es lo único de lo que no dudo. —Asiente distraídamente. —Sí, puedo hacer esto.

—Sé que puedes —digo con firmeza—. ¿Y sabes cómo lo sé? Porque estás aquí, preocupándote por ser un buen padre meses antes de que nazca el bebé. Eso me dice que vas a ser genial en esto.

Una pequeña sonrisa tira de la comisura de la boca de Jonas.

—Soy genial en muchas cosas.

—Sí, lo eres —digo, conteniendo la risa—. ¿Por qué no vas a llevarle un té a Janey? He oído que el jengibre puede ayudar con las

náuseas.

Jonas asiente, poniéndose de pie. Se alisa el cabello y mete las manos en los bolsillos de su cárdigan.

—Té. Sí. Puedo hacer eso. Le llevaré un té a mi Janey.

Cuando llega a la puerta, se vuelve.

—¿Ransom?

—¿Sí?

—Gracias. Supongo que eres evidencia de que las cosas se van resolviendo sobre la marcha. Hiciste un buen trabajo criándonos a todos.

Parpadeo rápidamente. Hay mucho polvo aquí.

—Gracias.

Asiente, y se va, dejando mi puerta completamente abierta de nuevo, justo como me gusta.

Me acomodo de nuevo en mi escritorio, un poco aturdido. Ha habido tantas veces en mi vida en las que deseé que hubiera alguien para darme consejos, tantas veces en las que me preocupé por estar cagándola. Pero construir mi familia no fue una de ellas. Sabía, en lo profundo de mis entrañas, que todos debíamos estar juntos. Sabía cuando encontré a cada uno de mis hermanos que eran las piezas que faltaban.

Excepto por Jonas.

Al principio no lo vi. Zach tenía una manera de atraer la atención, y al principio no me di cuenta de lo deliberado que era. No entendía el porqué. Lo único que sabía era que tenía una forma de encantar a la gente que era jodidamente hermosa de ver.

Ya entonces era sobreprotector con Jonas. Pensé que si me ganaba la simpatía de Jonas, sería más fácil conseguir que Zach se uniera a nosotros. Su tipo de encanto iba a ser vital para cualquier cosa que yo hiciera.

Pero Jonas tenía su propia clase de especial. Pasar el rato con él era el mejor tipo de trabajo. Al principio me ignoraba, pero seguí apareciendo hasta que no dejaba de hablar. Me costaba seguir el ritmo de esa hermosa mente suya.

Es curioso. Desde el momento en que todos nos convertimos en una familia, las cosas parecieron encajar. Sí, hubo momentos de

lucha, pero el camino era tan claro para mí.

Ya no lo es.

Con un profundo suspiro, abro la carpeta que había estado evitando durante meses. Dentro yace la carta de Robert McKenna, el hombre que fue como un segundo padre para mí. El hombre que me salvó de mí mismo.

El hombre que me arrebató a la persona que más amaba en el mundo, poniéndome en el camino hacia quien soy ahora.

Mis dedos recorren los bordes del papel, desgastado por innumerables lecturas. Me la envió después de su visita. Y la he mirado casi todos los días desde que la recibí.

La familiar caligrafía de Robert llena la página, sus palabras cargadas de preocupación por Blair.

RANSOM, *sé que te estoy pidiendo mucho, pero necesito que cuides de Blair. Ese taller.... la está frenando. Se está marchitando en este pequeño pueblo, viviendo una vida que es demasiado pequeña para ella. Quiero que tenga opciones y oportunidades que ni siquiera puede imaginar ahora mismo. Libérala, por favor.*

CIERRO LOS OJOS, recordando a Blair como era: feroz, brillante, imparable. La idea de que esté atrapada en Badger Falls, con su mundo reduciéndose al tamaño de un viejo taller, me hace doler el pecho.

Pero es la siguiente parte la que siempre retuerce el cuchillo:

LAMENTO *cómo terminaron las cosas cuando te fuiste del pueblo. Incluso ahora, después de todos estos años, no estoy seguro de haber tomado la decisión correcta. Te alejé, pensando que era lo mejor. Pero quizás me equivoqué. Tal vez les robé a ambos algo precioso.*

ME RECLINO EN MI SILLA, el peso de las palabras de Robert se asienta sobre mí como algo físico. Había intentado proteger a Blair, protegerme a mí. Pero al hacerlo, nos había puesto en caminos divergentes que nos llevaron aquí: yo, exitoso pero solo, y Blair, segura pero estancada.

Estoy jodidamente furioso, igual que la primera vez que leí esto. Él se la llevó. Nos jodió.

Pero porque lo hizo, porque terminé en ese hogar de acogida, tengo la vida que estoy viviendo ahora. Tengo hermanos increíbles, una sobrina y un sobrino. Cualquiera diría que mi vida está jodidamente bendecida.

Y aún así la añoro. Cada maldito día.

Obsesionarme no me está llevando a ninguna parte. Tengo que ponerle fin a esto, de una vez por todas.

"Libérala, por favor", escribió.

—Lo he estado jodidamente intentando. ¿No podrías haber criado a una hija agradable y tranquila?

Golpeo la carpeta y me pongo de pie. Tengo que acabar con esto. Es hora.

Golpeando con los nudillos la puerta de Mav para anunciarme, me dejo caer en la silla frente a su escritorio.

—Cinco millones. Ofrécele cinco millones.

—Joder —respira Mav, sabiendo inmediatamente de qué estoy hablando—. ¿Estás seguro? No parecía que fuera a ceder en ninguna circunstancia. Fue bastante jodidamente clara.

—Tiene que aceptarlo. Es una locura de dinero por ese lugar. Tiene que considerarlo. Ha estado en ese pueblo durante casi cuarenta años. Tiene que querer algo más.

Hace una mueca.

—Parecía bastante asentada, Ran. ¿Por qué no podemos simplemente dejarlo pasar?

—Porque se merece una gran vida. Se merece todo.

—¿Y cinco millones de dólares le comprarán eso?

—Joder, espero que sí.

10

BLAIR

Estoy con los codos metidos en un motor cuando Matt grita que hay correo. Gruño, sin importarme realmente. Dirijo un negocio. Recibimos correo. Probablemente sea solo otra factura o un folleto publicitario. Pero cuando trae un sobre grueso, se me revuelve el estómago. Sé exactamente de quién es antes incluso de ver la dirección del remitente.

Pensé que habíamos terminado con esta mierda. Han pasado más de seis meses desde que esos tipos vinieron. Creí que por fin les había hecho entender.

Pensé que había acabado.

Limpiándome las manos con un trapo, lo abro de un tirón. El elegante membrete de Corporación Brash me devuelve la mirada, junto con una cifra que hace que mi visión se vuelva borrosa: cinco millones de dólares. Por mi taller. El trabajo de toda mi vida.

La rabia hierve dentro de mí, ardiente y familiar. Irrumpo en mi oficina y azoto los papeles sobre mi escritorio. Ese hijo de puta. El descaro que tiene. ¿Por qué no puede simplemente quedarse lejos?

Vuelvo a salir marchando hacia el Chevy en el que estaba trabajando, decidido a perderme en el ritmo familiar de las reparaciones. Pero mis manos tiemblan cuando alcanzo una llave inglesa. Mi mente sigue volviendo a ese número: cinco millones de dólares. Es más dinero del que he visto en mi vida. Más que suficiente para asegurar la universidad de Max, para pagar las facturas médicas de Maggie, para....

No. No puedo pensar así. Esto no se trata del dinero. Se trata de que Ransom Kyle cree que puede controlar mi vida de nuevo.

Intento concentrarme en el coche, pero después de dejar caer el mismo perno por tercera vez, sé que es inútil. La rabia me está consumiendo, nublando mis pensamientos. No puedo trabajar así. No puedo pensar con claridad con la oferta de Ransom pendiendo sobre mí.

—A la mierda —murmuro, agarrando el papeleo de mi oficina—. Matt, ¡volveré más tarde!

No espero una respuesta mientras salgo furiosa del taller. Necesito despejar mi cabeza, necesito alejarme de la tentación de esa oferta. Pero incluso mientras camino, el rostro de Ransom flota en mi mente. El recuerdo de su sonrisa, de sus promesas, del futuro que una vez soñamos juntos. No importa cuántas veces me diga a mí mismo que éramos solo unos niños, que todo está en mi cabeza; no puedo creerlo realmente.

Dios, lo odio. Odio que todavía tenga este poder sobre mí. Que después de todos estos años, aún pueda hacerme sentir así: enojada, confundida, dividida. Una parte de mí quiere ir directamente a él y decirle exactamente dónde puede meterse su oferta. Pero otra parte.... la pequeña parte rota, no está lista para verlo. No ahora, tal vez nunca.

Subo los escalones de la entrada de dos en dos, luego abro la puerta de golpe, con la sangre hirviendo. Maggie está sentada en su escritorio en la esquina de la sala de estar, concentrada en la pantalla de su computadora, pero levanta la mirada cuando azoto la puerta.

—Vaya, ¿qué te tiene tan alterada? —pregunta, empujando sus gafas sobre su nariz. Todavía está demacrada. Aún frágil. Pero desde que dejó la quimioterapia, hay un poco de color en sus mejillas. Incluso hay una pelusa de cabello nuevo creciendo en la parte superior de su cabeza. Mirándola, si no la conocieras, pensarías que está mejorando.

Estarías jodidamente equivocado.

Arrojo el sobre sobre su escritorio.

—Ransom Kyle, eso es lo que pasa. No se rinde, el muy cabrón.

Las cejas dibujadas de Maggie se alzan mientras saca los papeles.

—¿Cinco millones de dólares? Joder, Blair.

—Lo sé, ¿verdad? Es completamente una locura. —Camino de un lado a otro, con los puños apretados. —Han pasado seis meses desde la última oferta. Pensé que finalmente había captado la indirecta. Pensé que se rendiría. ¡Y ahora esto!

Maggie se reclina en su silla, estudiándome.

—Bien, abogada del diablo aquí. ¿Y si aceptaras?

Me detengo en seco, mirándola fijamente.

—¿Qué?

—Analicemos esto —dice, levantando las manos—. Cinco millones es mucho dinero. ¿Qué podrías hacer con esa cantidad de efectivo?

Abro la boca para discutir, pero luego hago una pausa. La ira que me ha estado impulsando comienza a disminuir, reemplazada por una curiosidad vacilante.

—Yo.... no lo sé. Nunca lo he pensado realmente.

Los ojos de Maggie se iluminan.

—Tienes un boleto de lotería ganador justo aquí. No ganarás esta cantidad de dinero ni aunque trabajaras durante los próximos cincuenta años. Así que piénsalo. ¿Qué has querido hacer siempre? ¿Y si viajaras? Tú, yo y Max. Podríamos ver el mundo, todos esos lugares con los que solíamos soñar en la secundaria.

A pesar de mí misma, siento que una sonrisa tira de mis labios.

—¿Recuerdas cuando dijimos que nos iríamos de mochileras por Europa? —Tiene razón. Hablábamos de viajar todo el tiempo. O más específicamente, ella lo hacía. Y yo asentía, investigaba y soñaba con ella porque eso es lo que hacen los amigos. No porque me interesara mirar algunos restos polvorientos de las vidas que la gente vivió hace mil años.

—¡Exactamente! —Maggie sonríe—. Podríamos hacerlo ahora. París, Roma, Barcelona....

Por un momento, me dejo llevar por el ensueño. Casi puedo vernos allí: Maggie y Max explorando el Coliseo o mirando la Torre Eiffel. Pero la realidad se impone bastante rápido. Sus médicos están aquí. Nuestro sistema de apoyo, todo lo que importa, está aquí.

¿Qué coño me importa si tengo millones en el banco si mi mejor amiga se ha ido? Ella era la que quería aventura, no yo.

Y que me jodan si dejo que muera en algún lugar al otro lado del mundo, en alguna puta habitación de hotel rodeada de extraños. Todavía se queda sin aliento al caminar las dos cuadras hasta el pueblo. No está en condiciones de ir a ninguna parte.

Lo cual, por supuesto, ella negará. Así que le doy un poco de mi verdad.

—Suena bien —admito—. Pero Mags, soy feliz aquí. Amo mi taller. Cada día, voy a trabajar y estoy rodeada de personas que me conocen, que me aceptan por quien soy. Mi trabajo es importante. ¿Por qué está mal querer quedarme y simplemente ser yo?

La sonrisa de Maggie se desvanece

—No está mal, Blair. Pero tu padre siempre quiso que viajaras, que vieras el mundo más allá de Badger Falls.

Niego con la cabeza, sentándome a su lado.

—Papá siempre quiso más que este pueblo. Por eso se fue a Chicago cuando terminó la secundaria. Pero yo no soy él, Mags. No creo que él lo entendiera nunca. Me gusta este pueblo. Me gusta que mi familia haya estado aquí por generaciones.

—No, no eres él —concede Maggie—. Pero él quería que tuvieras oportunidades.

—Tengo oportunidades aquí —insisto—. Mi vida es enorme, Mags. Está llena de todo un pueblo de personas que se preocupan por mí, que me entienden. ¿Sabes lo raro que es eso para alguien como yo? —A papá nunca le gustó poner etiquetas a las personas, o a mí, pero estaba bastante claro que yo era diferente, desde que era niña. Pero aquí, a nadie le importa una mierda. Puedo ser simplemente yo.

Maggie extiende la mano, apretando la mía.

—Lo sé. Y lo entiendo, Blair. De verdad. Tu taller no es solo un negocio; es tu hogar.

Asiento, sintiendo que se me forma un nudo en la garganta.

—Es donde me siento segura, donde puedo ser yo misma sin preocuparme por.... todo lo demás.

—¿Pero qué hay de Max? —pregunta Maggie suavemente—. ¿No quieres que vea el mundo?

La miro, realmente la miro: las líneas de fatiga alrededor de sus ojos, la palidez de su piel. Una ola de comprensión me invade.

—Esto no se trata solo del taller o de Ransom, ¿verdad? Estás preocupada por el futuro de Max.

Los ojos de Maggie se llenan de lágrimas.

—Solo quiero saber que estará bien, que tendrá oportunidades y aventuras.

La atraigo hacia mí en un abrazo, sintiendo su delgado cuerpo temblar contra el mío.

—Max tendrá todo eso, Mags. Te lo prometo. No soy millonaria, pero tendrá una buena vida. Me aseguraré de ello. Además, está demasiado loco para tener otra cosa que no sea una vida increíble. Y ahora mismo, él también necesita este pueblo.

Ella asiente contra mi hombro.

—Tienes razón. Especialmente cuando yo me haya ido; lo envolverán con amor.

—Ojalá dejaras de hablar así. El cáncer a veces simplemente desaparece.

Se aparta, con los labios apretados.

—No hagas eso. Por favor. Los médicos fueron bastante claros en que no quedaba mucha esperanza. Y no puedo.... simplemente no puedo permitirme pasar el tiempo que me queda deseando algo diferente. No puedo. Tengo que estar aquí con mi hijo. Tengo que prepararlo para cuando yo.... me haya ido.

Me muerdo el interior de la mejilla con tanta fuerza que saboreo la sangre. ¿Por qué no seguirías intentándolo, aunque la posibilidad fuera escasa? No lo entiendo en absoluto, pero no estoy dispuesta a pelear con ella de nuevo. La última vez que lo hice, no me habló durante tres días. Me sentí como un fantasma en mi propia casa, y mi mente se fue a lugares muy oscuros. No puedo volver a pasar por eso.

Tomando el grueso fajo de papeles de su mano, los miro con más que un poco de odio en mi corazón.

—¿Cómo hago que pare?

Maggie deja escapar un suspiro de alivio, y una pequeña ola de resentimiento me invade. La vida es difícil a veces, lo entiendo. No entiendo el rendirse. Pero si Ransom me enseñó algo, es que tratar de cambiar una mente que ya está decidida es una buena manera de sentirse como un idiota patético.

Aunque el miedo a perder a Maggie podría superar el miedo a sentirse patético. Pero hoy no puedo ir por ahí.

—Bueno, has probado varias opciones creativas, y no ha hecho ninguna diferencia. Creo que vas a tener que ir a lo nuclear.

—¿Qué significa eso?

—Vas a tener que ir a verlo.

Mi estómago da un vuelco, haciéndome arrepentir de ese sándwich de ensalada de huevo en el almuerzo.

—Ni hablar. —Suspiro, frotándome las sienes. —Mags, no puedo simplemente ir a verlo. Eso.... eso no es una opción.

Maggie se inclina hacia adelante, con los ojos brillantes de emoción.

—¿Por qué no? Blair, he estado investigando. ¿Sabías que se ha convertido en toda una historia de éxito? Encontré algunos artículos sobre él en línea, y....

—Para —la interrumpo, levantando una mano—. No quiero saber. He pasado años evitando cualquier información sobre él. No necesito empezar ahora.

—Pero Blair, deberías verlo. Se ve.... bueno, se ve bien. Muy bien.

Gimo, cubriéndome la cara con las manos.

—Maggie, por favor. No me importa cómo se vea o lo exitoso que sea. Ese no es el punto. —Ella no necesita saber que lo busqué o que me quedé mirando su foto en ese sitio web durante demasiado tiempo.

O que lo he buscado algunas otras veces. Hay muchas fotos de él, pero no mucha información personal.

Ella se acerca, apartando suavemente mis manos de mi cara.

—Lo sé, cariño. Pero tal vez.... tal vez sea hora de dejar ir el pasado. Ambos eran solo unos niños en ese entonces.

—No —digo firmemente, levantándome y paseando por la habitación—. No se trata de perdonar el pasado. Ransom no quiere tener nada que ver conmigo. Solo está haciendo esto porque papá se lo pidió.

Maggie frunce el ceño.

—¿Tu papá? ¿Cómo lo sabes?

Suspiro, pasándome una mano por el pelo.

—Había una nota adhesiva. Pegada a una de las ofertas del año pasado. Ransom dijo que papá se le había acercado para comprar el taller.

—¿Y no cuestionaste eso?

Me encojo de hombros, sintiendo una punzada de culpa.

—Con todo lo que estaba pasando con tu enfermedad.... simplemente no tenía la energía para preguntarme por qué papá haría eso.

Eso es una mentira, y no lo es. Maggie es mi prioridad, pero eso no me impidió quedarme acostada en la cama preguntándome de qué podrían haber hablado.

Y preguntándome por qué papá no habría hablado conmigo al respecto. Se siente raro. Pero la única manera de obtener una respuesta sería si hablara con Ransom, y eso es algo que nunca voy a hacer. Además, estoy segura de que no pasaría de la puerta principal. Tendría que ser mucho más rico para que me permitieran acercarme a él.

Maggie asiente, con comprensión en sus ojos.

—Bueno, ¿qué tal contratar a un abogado? Podríamos presentar una orden de cese y desistimiento.

Dejo escapar una risa amarga.

—¿Con qué dinero, Mags? No tenemos el tipo de efectivo que tiene Ransom. Sería como llevar una cuchara de plástico a un tiroteo.

Ella se toca la barbilla pensativa.

—¿Qué tal ir a los medios? Una historia sobre un multimillonario acosando a un pequeño empresario podría ser bastante efectiva.

Me muevo incómodo, evitando su mirada. La idea de causarle problemas a Ransom, de arrastrar su nombre por el barro, me

revuelve el estómago. Pero no puedo decirle eso a Maggie. No puedo admitir que, a pesar de todo, todavía me importa lo que le pase.

—No sé, Mags. Eso parece.... extremo.

Ella abre la boca para discutir, pero levanto una mano, interrumpiéndola. Una idea está formándose en mi mente, una posible solución que no implica enfrentarse a Ransom ni causar un circo mediático.

—Tengo una idea —digo lentamente, mientras el plan toma forma en mi cabeza.

11

RANSOM

¿Dónde coño estoy?

Sí, este era el plan, pero solo han pasado seis meses, y no reconozco este lugar. La antigua y deprimente oficina corporativa ha sido completamente renovada y, por fin, por primera vez en seis meses, estoy emocionado ante la idea de mudarme.

—¿Qué te parece? —pregunta Cara, sus tacones resuenan en el suelo pulido mientras camina a mi lado.

—Es.... impresionante —admito, pasando la mano por una pared elegante—. Ahora sí puedo vernos trabajando aquí.

El contratista, un hombre fornido llamado Bill, nos guía por el espacio.

—Hemos abordado todos los problemas que señaló durante la última inspección —dice—. Pero, por favor, hágame saber si nota algo más.

Cara asiente, sus ojos agudos escanean cada superficie.

—¿Qué hay de esa marca de roce en el zócalo de allá? —señala.

Bill entrecierra los ojos, inclinándose tanto hacia adelante que parece que va a caerse, luego asiente.

—Buena observación. Lo arreglaremos antes de terminar.

Tengo que entrecerrar los ojos y dar tres pasos adelante antes de ver la marca. ¿Será que estoy viejo?

—Tienes ojos de águila, Cara.

Ella me sonríe.

—Detalles, Ransom. Todo está en los detalles.

Cara es una maestra de los detalles, lo que la convierte en la asistente perfecta. A mí me gusta ver el panorama general, poner las cosas en marcha y dejar que ella se encargue.

Mientras continuamos recorriendo el edificio, comienzo a imaginar realmente trabajar aquí. Todos tienen su propio espacio, pero hay mejores opciones para reunirse y simplemente más espacio para moverse.

—Oye, Ransom —me llama Cara, interrumpiendo mis pensamientos—. Ven a ver esta vista.

Me uno a ella en una gran ventana con vistas a la ciudad, bueno, a una parte diferente del área industrial. Pero es una vista agradable, especialmente en comparación con el mar de estacionamientos en nuestra sede actual.

—No está nada mal, ¿verdad? —dice Cara, dándome un codazo —. Creo que a los chicos les va a encantar estar aquí.

—Sí —coincido, una sonrisa tira de mis labios—. Creo que tienes razón.

Pasamos al área de la cocina porque es lo único en lo que todos pudimos estar de acuerdo: necesitamos una cocina grande con alguien que cocine en ella, y Cara inmediatamente comienza a señalar posibles problemas.

—¿Están estas encimeras selladas correctamente? ¿Y qué hay del salpicadero? Parece un poco desigual aquí.

Bill le asegura que todo estará perfecto antes de que nos mudemos, pero puedo ver la determinación en los ojos de Cara. No va a dejar pasar nada.

—Sabes —le digo mientras examinamos una sala de conferencias —, me alegro de que estés aquí para esto. Probablemente no notaría ni la mitad de estas cosas.

Cara se ríe.

—Por eso hacemos un buen equipo, Ransom. Tú tienes las grandes ideas y yo tengo el ojo para el detalle. Por eso me mantienes cerca.

—Debe ser por eso —respondo. Pero no es eso. Nunca lo fue. Cara tiene un par de cojones de acero. Combina eso con su lealtad, y es irremplazable.

Lo cual me recuerda repetidamente en sus revisiones salariales anuales. Gana el doble de lo que mis competidores pagarían por el mismo puesto, y vale cada centavo.

Cara sonríe, poniendo una mano en mi brazo.

—Te dije que todo saldría bien. A veces el cambio es bueno, Ransom.

Asiento, echando un último vistazo alrededor.

—Sí, creo que tienes razón. Esto va a ser bueno para todos nosotros.

Y esta vez, realmente lo creo.

ES CASI el final del día cuando regreso a la sede. El vestíbulo está casi vacío, excepto por algunos empleados y un hombre corpulento con un mono muy brillante sentado en el área de espera. No le presto atención hasta que dice mi nombre.

—¿Señor Kyle? ¿Ransom Kyle?

Me giro para enfrentar al hombre que llamó mi nombre, preparándome para cualquier cosa. Una historia triste sobre una hija enferma. Un plan para un nuevo negocio que necesita un inversor. Un ataque.

Todas cosas que me han sucedido en el último año.

Es enorme, fácilmente mide un metro ochenta y pesa cerca de ciento ochenta kilos, pero no hay agresión en su postura. En cambio, lleva lo que parece un mono con lentejuelas, una visión que momentáneamente me desconcierta.

Antes de que pueda hablar, el hombre presiona *play* en un radiocasete anticuado a sus pies. La música llena el vestíbulo y, de repente, empieza a bailar. Me quedo atónito, viendo cómo esta montaña humana se mueve. Y joder, vaya si se mueve, a pesar de su tamaño.

—¿Qué coño? —murmuro entre dientes, incapaz de apartar la mirada.

Nick se acerca a mi lado, seguido de cerca por Maverick y Kade.

—Eh, ¿Ransom? ¿Qué está pasando? —pregunta Nick, su voz una mezcla de confusión y diversión.

Sacudo la cabeza, sin dejar de mirar al bailarín.

—No tengo ni puta idea.

El tipo es bueno, realmente bueno. Sus movimientos son fluidos y precisos, cada paso perfectamente sincronizado con el ritmo. Es.... impresionante, por decir lo menos. Me encuentro marcando el ritmo con el pie, casi contra mi voluntad. Es decir, cuando un tipo con un mono de lentejuelas empieza a bailar, te detienes a mirar.

—Joder, tiene talento —dice Maverick, con una sonrisa extendiéndose por su rostro.

Kade asiente, con los ojos bien abiertos.

—Ni que lo digas. No pensé que un tipo de ese tamaño pudiera moverse así.

Mientras observamos, fascinados, el bailarín llega a un crescendo. Luego, con un floreo dramático, se detiene. En un suave movimiento, agarra su brillante mono rosa y se lo arranca, revelando un tanga rosa igualmente brillante debajo.

—Hostia puta —respiro, con la mandíbula caída. Es como ver un accidente de coche. Sabes que vienen todo tipo de cosas malas, pero simplemente no puedes apartar la mirada.

El bailarín gira en un círculo completo, dándonos una vista de 360 grados de su.... atuendo. Luego se da una palmada en el trasero desnudo con un resonante golpe que hace eco en el vestíbulo. Cuando se gira para mirarme de nuevo, su expresión ha cambiado de artista a mensajero serio.

—Tengo un mensaje para ti de parte de Blair —anuncia, su voz profunda y teatral.

Mi estómago se revuelve al escuchar el nombre de Blair. De repente, esto ya no tiene gracia. Me preparo, sabiendo que lo que viene no puede ser bueno.

El bailarín se aclara la garganta y, con toda la dramatización de un actor shakespeariano, declara:

—Déjame en paz de una puta vez. No voy a vender, y estoy harto de que me acoses. Se está volviendo patético.

Siento cómo la sangre abandona mi rostro al escuchar esas palabras. ¿Quién más enviaría a un stripper bailarín para entregar un mensaje de "vete a la mierda"?

El bailarín se echa el mono descartado sobre el hombro como si fuera una bufanda de moda, recoge su radiocasete y empieza a cantar mientras camina hacia la salida.

—Que te jodan, que te jodan, que te jodan —repite, su voz hace eco en las paredes.

Justo antes de llegar a la puerta, se vuelve hacia nosotros con un alegre saludo, el cambio abrupto casi me provoca un latigazo cervical.

Nick, Maverick y Kade estallan en carcajadas, devolviendo el saludo al bailarín que se marcha. Yo me quedo allí, paralizado, con mi mente dando vueltas por lo que acaba de suceder.

—¡Eso ha sido jodidamente increíble! —dice Kade entre risas.

—¿Visteis sus movimientos? —añade Nick, secándose las lágrimas de los ojos—. ¡Y ese atuendo!

Maverick me da una palmada en el hombro, aún riendo.

Hay que reconocérselo a Blair, tío. Esa es una forma increíble de enviar un mensaje.

Asiento con la cabeza, aturdido, incapaz de formar palabras. Blair siempre ha sido creativa, pero esto.... esto es un nivel completamente nuevo.

De repente, Colton pasa corriendo junto a nosotros, dirigiéndose hacia la salida.

—¡Espera! —grita al bailarín— ¡Necesito tu tarjeta! ¡Voy a contratarte para todo!

¿De dónde coño ha salido?

Mientras Colton desaparece por la puerta, finalmente encuentro mi voz.

—Bueno —digo, pasándome una mano por el pelo—, supongo que Blair no está interesada en vender.

Los chicos vuelven a reír, y yo fuerzo una sonrisa, intentando quitarle importancia. Pero por dentro, soy un lío de emociones contradictorias. Una parte de mí quiere reírse de lo absurdo de todo esto, pero otra parte sufre al recordar cuánto me odia Blair ahora.

Me quedo allí, con la mandíbula apretada, mientras Colton irrumpe de nuevo por las puertas, agitando una tarjeta de visita brillante como un trofeo.

—¡La tengo! —exclama, sonriendo de oreja a oreja— Este tipo va a estar en todas las fiestas a partir de ahora. —Su sonrisa vacila al ver nuestras expresiones. —Entonces, ¿qué coño está pasando?

Kade asiente y señala a Colton.

—Lo que ha dicho él.

No puedo obligarme a hablar. El peso del mensaje de Blair se asienta pesadamente en mi pecho, dificultándome la respiración. Pero bajo ese peso, hay un molesto destello de esperanza que no quiere morir. Lo he intentado. Una y otra vez. Durante años.

Mav y Nick intercambian una mirada, debatiendo en silencio quién va a explicarlo.

Nick se aclara la garganta.

—Bueno, verás, Blair es....

—La hermana adoptiva de Ransom —interrumpe Mav—. Crecieron juntos en Badger Falls.

Los ojos de Colton se abren de par en par.

—¿Hermana adoptiva? Joder, Ransom, ¿por qué no nos lo habías dicho?

Permanezco en silencio, con la mirada fija en un punto de la pared. Puedo sentir sus ojos sobre mí, esperando una respuesta, pero no tengo nada que dar. ¿Cómo explico que Blair no es solo mi hermana adoptiva, sino la mujer con la que he comparado cada relación durante los últimos veinticinco años?

Nick rompe el silencio incómodo.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora, Ransom? Claramente cinco millones no van a ser suficientes.

Mav asiente. Intercambia miradas con los demás, luego me mira con vacilación.

—Tal vez sea hora de parar. Hemos intentado todo menos secuestrarla y obligarla a firmar.

Siento que un músculo se contrae en mi mandíbula.

—Tienes razón —digo, con voz baja y controlada—. Es hora de parar.

Todos asienten, con evidente alivio en sus rostros. Pero por dentro, estoy lejos de haber terminado. Voy a conseguir que firme ese papeleo yo mismo. Más que eso, necesito ver su cara, oír su voz. Necesito saber, de una vez por todas, que me odia tan profundamente ahora como lo hizo aquella noche. Tal vez entonces pueda cerrar finalmente la puerta entre nosotros.

—Tengo algunas cosas que hacer —digo abruptamente, girando sobre mis talones—. Os veré a todos mañana.

Mientras me alejo, los oigo murmurar entre ellos, probablemente preguntándose qué demonios acaba de pasar. Pero no me importa. Mi mente ya está acelerada, planeando mi próximo movimiento.

Me dirijo directamente a mi oficina, cerrando la puerta detrás de mí con un poco más de fuerza de la necesaria. Me desplomo en mi silla, el peso de años de sentimientos presionándome.

Mis hermanos no tienen ni idea de lo que estoy a punto de hacer, y es exactamente así como lo quiero. Intentarían disuadirme, decirme que estoy siendo irracional. Tal vez tengan razón. Pero no puedo sacudirme esta sensación de que necesito hacer esto, que necesito ver a Blair cara a cara.

Será simple. Un par de horas para conducir hasta allí, unos minutos para hablar con ella, conseguir que firme el papeleo, y estaré en casa antes de medianoche. Fácil.

Pero mientras empiezo a reunir mis cosas, esa esperanza vuelve a cobrar vida. *¿Y si no me odia tanto como creo? ¿Y si todavía hay una oportunidad?* Lógicamente, eso es lo último que quiero. Mi vida está aquí, en esta ciudad, con mi familia. Volver, hacer una vida en cualquier otro lugar, no está en el puto plan.

No. Sacudo la cabeza, tratando de desalojar ese pensamiento peligroso. Voy allí para terminar con esto, no para reavivar algo que murió hace años. Necesito ver el desprecio en sus ojos, oír el veneno en su voz. Entonces podré finalmente dejar ir esa ridícula esperanza que me ha perseguido durante más de la mitad de mi vida.

De todos modos, esto no se trata de nosotros. Se trata de Robert. Y yo siempre cumplo mis promesas. Por eso esto es tan importante para mí. Necesito cumplir el último deseo de Robert. Esa es la única razón por la que voy.

No es porque quiera ver a Blair. Y seguro que no quiero ver si todavía existe esa misma chispa entre nosotros.

Al menos, eso es lo que sigo diciéndome mientras agarro mis llaves y me dirijo a la puerta. Pero en el fondo, conozco la verdad.

Estoy aterrorizado por lo que pueda encontrar en Badger Falls, pero estoy aún más aterrorizado de pasar el resto de mi vida preguntándome: "¿Y si...?"

12

BLAIR

—Vamos, pedazo de.... —gruño, dando otra vuelta al cabrestante.

—¡Mierda! —añade el señor Johnson, con su rostro curtido arrugado por la frustración.

El motor de la grúa ruge, luchando contra la succión de la tierra.

—¡Maldita sea! —gritamos ambos al tractor. El señor Johnson resopla y me hace reír también. Cuando estás hundido hasta las rodillas en el barro, ¿qué más se puede hacer? Ambos tuvimos nuestros berrinches, como los llamaría mi padre, hace veinte minutos. A estas alturas, ha pasado de ser frustrante a ser ridículamente cómico.

Con un último tirón y un sonido de succión húmeda, el tractor se libera. Ambos levantamos los brazos, vitoreando, salpicados de barro y sonriendo como idiotas.

—Esto me enseñará a no arar después de una tormenta —se ríe el señor Johnson, limpiándose la frente.

Desengancho el cable de remolque, mis botas chapotean en el fango.

—Al menos ya está fuera. No hay más lluvia en el pronóstico, así que deberías poder volver al trabajo en un día o dos.

El señor Johnson asiente, luego da unos pasos pegajosos hacia mí.

—¿Por qué no vienes a cenar, cariño? Ann hizo su asado.

Dudo por un momento, pero solo por costumbre. Estos no son extraños; son prácticamente familia.

—¿Sabes qué? Me encantaría. Maggie está en alguna actividad escolar con Max, y yo planeaba comer cereales. —Me gustan mucho los cereales. Pero los azucarados, mis favoritos, siempre me dejan con dolor de cabeza. Maggie dice que debería comer menos, pero ¿quién demonios puede conformarse con un solo tazón?

Los psicópatas. Ellos sí.

Dentro, la señora Johnson se preocupa por nosotros, chasqueando la lengua ante nuestra ropa embarrada pero sonriendo al mismo tiempo. Es la esposa de un granjero. No es la primera vez que tiene compañía salpicada de barro en su mesa. Hago lo mejor que puedo para limpiarme en el lavabo del porche, pero no tiene mucho sentido. El barro está fuera de mi cara y manos, pero no puedo hacer mucho con las salpicaduras en el resto.

Nos sentamos en su mesa redonda de la cocina, y la señora Johnson me sirve una porción más que generosa de todo, y después de una rápida oración, todos nos lanzamos a comer. Papá y yo solíamos rezar antes de cenar. No íbamos mucho a la iglesia, pero ese es un hábito que persistió después de que el abuelo muriera.

—Esto está tan bueno —gimo, recordándome mantener los hombros hacia atrás y no hundir la cabeza en el plato. Cuando tengo mucha hambre, tiendo a caer en el hábito de llevarme la comida directamente a la boca desde el borde del plato.

Cuida tus modales, siempre decía papá. Le importaban mucho los modales, especialmente los míos. *Quiero que la gente te conozca, Blair. Las primeras impresiones son importantes, cariño.* Venía de un lugar de amor, pero aun así, es difícil no pensar que eres incorrecta cuando te dicen que todo sobre ti, incluso la forma en que comes, no está bien.

—¿Cómo está Maggie, querida? —pregunta la señora Johnson, arrastrándome de vuelta al presente. Sus ojos son suaves con preocupación.

El asado, tierno y delicioso hace solo segundos, se vuelve ceniza en mi boca.

—Ella está.... aguantando. Max mantiene su ánimo alto.

Asienten, con comprensión en sus ojos. Maggie ha sido clara con todos que el cáncer no se ha ido, y tiene un reloj que hace tic tac

sobre su cabeza. Pero lo hace de una manera que obliga a la gente a seguirle la corriente. Es decir, ¿cómo puedo estar triste si la mujer que se está muriendo no lo está? Entiendo que no quiere deprimirse ni deprimir a nadie, pero hace que sea difícil para el resto de nosotros tener una conversación honesta sobre la pérdida y el duelo.

Charlamos sobre temas más ligeros: chismes del pueblo, el próximo festival de primavera, las gallinas premiadas del señor Johnson. Es cómodo y familiar, y exactamente lo que necesitaba. Una noche para dejar que alguien me cuide, y para mirar a dos personas saludables en lugar de que me recuerden ese maldito reloj haciendo tic tac durante toda la comida.

Nos demoramos con el postre, pero finalmente me excuso. Se está haciendo tarde, y estoy tan llena que temo quedarme dormida en el corto viaje a casa. La señora Johnson me presiona un táper con sobras en las manos.

—Para Maggie y Max —insiste.

Acercándolo a mi estómago, la atraigo para un rápido abrazo.

—Gracias —susurro en su oído. Sus brazos me aprietan, solo por un segundo. Ella entiende que quiero decir mucho más que gracias por la comida. *Gracias por el descanso. Gracias por la conversación sin presiones. Gracias por preocuparse.*

El viaje de vuelta al pueblo es oscuro y tranquilo. Tengo que bajar las ventanillas y subir la música para mantenerme despierta. Estoy a ocho kilómetros cuando lo veo: un coche elegante y caro con el morro hundido en la cuneta.

Me detengo, más por costumbre que por otra cosa. Badger Falls puede ser pequeño, pero cuidamos de los nuestros, e incluso del ocasional extraño que pasa por aquí. Porque ese hermoso coche seguro que no pertenece a nadie que viva aquí.

Justo antes de bajar de la grúa, agarro la gran llave inglesa que descansa en el asiento. Sí, es útil en algunos trabajos, pero principalmente es para protección. Papá se aseguró de que pudiera defenderme, pero siempre fue partidario de los disuasivos visuales. Si una mujer de un metro ochenta y cinco construida como una jugadora de rugby no asusta a un tipo malo, entonces esa misma

mujer sosteniendo una llave de tubo de sesenta centímetros y nueve kilos debería encargarse de eso.

Tenía razón. Solo he tenido que usar la llave dos veces en los últimos veinte años. Ambas veces fueron aterradoras, y ambas veces, salí ilesa.

No puedo decir lo mismo de los otros tipos.

Dejando la grúa en marcha, con los faros iluminando el coche, grito:

—¿Qué ha pasado?

Una gran figura se aleja del frente del coche y sale de la cuneta. Cuando se endereza, mi corazón se detiene. El mundo se inclina sobre su eje, y casi dejo caer mi llave.

Ransom Kyle.

Sí, lo busqué. Pero una foto de cabeza en un sitio web corporativo no le hacía justicia. Se ve diferente, pero dolorosamente familiar. Mayor, por supuesto, pero aún con esa misma confianza en sus hombros. Lo que supongo es un traje muy caro le queda perfecto, como si acabara de terminar una reunión, no como si hubiera chocado su coche y salido de una cuneta. Hay un poco de barro en sus zapatos negros; el resto de él está impecable.

Y aquí estoy yo con un mono de trabajo costroso, salpicada de barro de pies a cabeza, con la mitad del pelo saliéndose de mi trenza.

He imaginado este momento mil veces, verlo de nuevo después de todos estos años. He ensayado todo lo que diría, cada palabra mordaz y acusación. Incluso he fantaseado con darle una bofetada en su cara perfecta, diciéndole que se vaya al infierno y nunca mire hacia atrás.

Pero jamás, ni una sola vez, imaginé estar frente a él luciendo tan patética, como si me hubieran arrastrado por un pantano.

Por un largo y agonizante momento, solo nos miramos fijamente. Siento como si me hubieran dado un puñetazo por sorpresa, todo el aire expulsado de mis pulmones en un solo y doloroso suspiro. Los ojos de Ransom me recorren, captando cada detalle de mi desaliñada apariencia. Su mirada es intensa, indescifrable, y me esfuerzo por interpretar las emociones que destellan tras esos ojos

familiares. ¿Es disgusto? ¿Lástima? ¿O algo completamente distinto? El escrutinio me hace querer retorcerme, pero me obligo a permanecer quieta, negándome a mostrar más debilidad de la que ya he mostrado.

—Blair —dice, y su voz me provoca un escalofrío por la espalda —. De todas las grúas en todos los pueblos....

Aprieto el puño, la ira burbujea reemplazando la conmoción. Me gusta la ira. Se siente mucho mejor que la alternativa.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, Ransom?

Una de sus cejas oscuras se arquea, y casualmente mete las manos en sus bolsillos.

—Oh, solo salí a dar una vuelta, esquivando vacas.

Tenía que ser Harriet. Esa maldita vaca no ha conocido un pastizal del que no pueda escapar. Más de una persona ha sido sacada del camino aquí. En realidad, es genial para el negocio. Echo un vistazo a la zanja, pero afortunadamente no veo el cuerpo de una vaca lechera grande y demasiado lista para su propio bien. *Bien hecho, Harriet*.

—Saliste a dar una vuelta, ¿eh? Qué gran puta coincidencia. — Odio que esté jugando conmigo. — ¿Qué estás haciendo realmente aquí?

Ransom se pasa una mano por el pelo, un gesto tan familiar que me hace doler el pecho.

—¿Por qué coño crees que estoy aquí, Blair? Enviaste a un hombre muy grande y casi desnudo a mi lugar de trabajo. Tenías que esperar una reacción.

—Qué curioso, tu memoria parece un poco borrosa. Tú has enviado hombres a mi lugar de trabajo. Me has estado acosando durante demasiado tiempo. Así que, ¿esperaba una reacción? Sí, la esperaba. Esperaba que te alejaras de una puta vez. Nunca esperé que vinieras aquí. Nunca quise que vinieras aquí. Honestamente, en la lista de cosas que no quiero, verte ocupa el primer lugar.

—¿Qué ocupa el segundo?

—Un atizador al rojo vivo en el ojo.

Una de sus cejas oscuras se arquea.

—Preferirías perder la visión antes que verme.

Solo lo miro fijamente, dejando que mi falta de respuesta sea respuesta suficiente.

—Blair —dice suavemente, pasando su mano por el frente de su traje—. No vine aquí para perturbar tu vida, lo juro. Pero estás siendo miope. Si tan solo escucharas....

—No. No te mereces mi tiempo ni más de mi atención. Buenas noches. —Me doy la vuelta y me dirijo de vuelta al camión.

Se escucha una carcajada de asombro.

—Tienes que estar bromeando. Mi coche está en la maldita zanja. ¿Ni siquiera vas a sacármelo?

Volviéndome, lo clavo con todo el odio que guardo en mi corazón. Hay mucho ahí, y es más fácil de acceder que esos sentimientos incómodos y dolorosos con los que vivo.

—No te escupiría ni aunque estuvieras en llamas.

Finalmente, obtengo una reacción. Es un pequeño respingo, pero me hace sentir un poco mejor.

Ransom da un paso hacia mí, pero parece pensarlo mejor. —Blair, sé que estás enojada. Tienes todo el derecho a estarlo. Pero le hice una promesa a tu padre....

—No —lo interrumpo, mi voz afilada—. No te atrevas a meter a mi padre en esto.

Levanta las manos en un gesto conciliador.

—De acuerdo, de acuerdo. Lo siento. Mira, ¿podemos solo.... podemos hablar? Hablar de verdad.

Quiero decir que no. Quiero volver a mi camión y alejarme, dejándolo a él y todos los sentimientos complicados que trae consigo en mi espejo retrovisor. Pero algo en sus ojos, una vulnerabilidad que rara vez he visto, me hace dudar.

Por un segundo.

Luego recobro el sentido.

—No queda una maldita cosa por decir. Fuiste claro hace veinticinco años cuando dijiste que habías terminado con este pueblo y conmigo. Creo que las palabras exactas que usaste fueron: "Me merezco más de la vida que tú y este pueblo de mierda".

Otro respingo, más grande. No sé por qué. Él fue quien las dijo. ¿Por qué actúa como si realmente estuviera herido?

—Lamento haberte lastimado. Era la única.... —Ransom se pasa los dedos por el pelo, un gesto nervioso que recuerdo demasiado bien. Sus hombros se hunden mientras da medio paso hacia mí, y automáticamente aprieto mi agarre en la llave inglesa. ¿Voy a golpearlo hasta matarlo con ella?

Probablemente no.

Se congela, mirando mi mano, luego vuelve a mirar mi cara.

—Solo… lo siento. —Sus manos se aprietan y aflojan a sus costados, y puedo ver el músculo trabajando en su mandíbula.

Durante años, soñé con que él volviera y se disculpara, retractándose de las cosas hirientes que dijo. Pensé que eso lo arreglaría todo.

No es así. Ha pasado demasiado tiempo. El dolor se ha arraigado demasiado profundo en mis huesos como para que simples palabras lo sacudan.

Pero las palabras, demasiado poco y demasiado tarde, sí sacuden algo más. Algo caliente y abrumador.

Rabia.

13

RANSOM

Mi corazón late como un martillo neumático, y ya no puedo culpar al casi accidente con esa maldita vaca. Lo tenía todo planeado. Iba a llamar a la puerta del apartamento sobre el taller. Tenía todo un maldito discurso preparado. Iba a tener el control total.

Y ahora apenas puedo hablar. Está cubierta de barro, empuñando una llave inglesa como si fuera una extensión de su brazo, lista para darme una paliza. Y lo único que quiero hacer es caer a sus pies y pasar el resto de mi vida compensándola.

El tiempo es algo curioso. Para algunas personas, el tiempo es un enemigo que trae dolor y pérdida; uno que hace que te duelan los huesos y se te arrugue la piel.

Para otras personas, para las afortunadas, el tiempo es un regalo.

Blair es una de esas personas. Era hermosa a los diecisiete. A los cuarenta y tres, es impresionante, irradiando una confianza y un poder crudo que la hace magnética.

Y me doy cuenta, con una sensación de hundimiento en el estómago, que venir aquí es el segundo mayor error de mi vida.

—Siento haberte herido. Era la única.... —Me interrumpo, sabiendo que ninguna explicación puede reparar lo que he roto. —Lo siento —repito, sintiendo que las palabras son patéticamente inadecuadas.

El rostro de Blair es un lienzo en blanco, una mirada que recuerdo demasiado bien. Hace años, cometí el error de pensar que

significaba que no pasaba nada bajo la superficie. Pero aprendí, dolorosa y completamente, que Blair es un volcán de emociones, compleja e impredecible. El impulso de extender la mano y tocarla es abrumador, pero sé que sería un suicidio.

Aun así, podría valer la pena.

Absorbo cada detalle de ella, grabándola en mi memoria. Su pelo, aún más largo de lo que recuerdo, es un halo salvaje alrededor de su cabeza. Su trenza nunca pudo contenerlo todo, ni siquiera cuando era joven. Grasa o barro mancha su mejilla, y mi mano se contrae, desesperada por limpiarlo. Su mano agarra la llave inglesa con fuerza, y cualquier esperanza que tuviera de que hubiera seguido adelante y me hubiera perdonado se desvanece. No la he olvidado. No he olvidado nada de lo que dije. Lo repito en mi mente cada día. Tal vez ella también.

El silencio entre nosotros se alarga, cargado de palabras no dichas y emociones enterradas. Busco algo que decir, cualquier cosa para romper esta tensión insoportable, pero mi mente está en blanco. Solo puedo concentrarme en cómo su pecho sube y baja con cada respiración, en el leve tic de su mandíbula al apretarla.

Se suponía que este viaje que iba a sacarla de mi sistema. Vendría aquí, vería que no es la chica que recuerdo, y podría seguir adelante.

No es la chica que recuerdo. Ni de lejos.

Era hermosa entonces. ¿Ahora? Es jodidamente todo. No puedo apartar la mirada de ella. No quiero hacerlo. Y ya no tengo ni idea de qué demonios estoy haciendo.

—Blair, yo.... —empiezo, pero ella me corta con una mirada tan afilada que podría cortar el acero.

—No lo hagas —dice, con voz baja y peligrosa—. Simplemente no lo hagas, Ransom.

La forma en que dice mi nombre me hace estremecer. Está tan llena de veneno, de dolor, que retrocedo físicamente. Este no es el reencuentro que había imaginado; aunque no tenía derecho a esperar nada diferente.

Pero aun así, en el viaje hasta aquí, no pude evitar soñar con una bienvenida diferente. Una con sonrisas y ojos brillantes. Una en la

que ella acariciara mi mejilla y acercara sus labios a los míos.

Estoy jodidamente loco.

Doy un paso atrás, el barro chapotea bajo mis caros zapatos. El contraste entre nosotros no podría ser más marcado: yo con mi traje a medida, ella con un mono salpicado de barro. ¿Por qué demonios no me cambié antes de subirme al coche? Conozco este pueblo. La conozco a ella. Al menos lo hacía. Y aparecer con aspecto de ejecutivo fue estúpido. Es solo otra barrera entre nosotros.

¿Por qué demonios el barro la hace aún más atractiva? No se parece en nada a las mujeres con las que he pasado tiempo en los últimos veinte años. Mujeres con maquillaje perfecto, ropa ajustada y apetito de pajarito. Mujeres olvidables. Y eso es duro, pero es la verdad. Eran mujeres amables, buenas mujeres. Algunas de ellas salían de las portadas de las revistas. Y aun así, mirando a Blair en todo su esplendor salpicado de barro, no podría nombrar a una sola de ellas.

Soy tan estúpido.

—No sé en qué demonios estaba pensando —digo, las palabras saben a ceniza en mi boca—. Tal vez no debería haber venido. Pero estoy aquí ahora, y como puedes ver, no puedo ir a ninguna parte.

Mi coche está en la cuneta, pero no es por eso por lo que no puedo irme. No puedo moverme cuando ella está ahí de pie, un recordatorio vivo y respirante de todo lo que he perdido, todo lo que he dejado ir. La necesidad de arreglar las cosas me desgarra, aunque sé que es imposible.

Los ojos de Blair se estrechan, y por un momento, veo un destello de algo (dolor, arrepentimiento, anhelo) antes de que sea engullido por la dureza que se asienta en sus rasgos.

Blair vuelve a su camioneta, sus pasos decididos y rápidos. Está claro que está ansiosa por sacarme de aquí, por borrar cualquier rastro de mi presencia. Darme cuenta duele, pero no puedo culparla.

Agarra la cuerda de remolque del frente de su camioneta y sé lo que viene. Va a sacarme para que pueda desaparecer de su vida de nuevo. La idea hace que se me oprima el pecho.

Mientras Blair se dirige hacia el parachoques, preparándose para tumbarse en el barro, reacciono sin pensar. Mi mano sale disparada,

agarrando su brazo con suavidad pero firmeza. El contacto me produce una sacudida, y la veo ponerse rígida.

—Déjame hacerlo —insisto, con la voz más áspera de lo que pretendo—. No necesitas ensuciarte más.

Los ojos de Blair se encuentran con los míos, una mezcla de sorpresa e irritación se arremolinan en sus profundidades.

—Ya estoy cubierta de barro, Ransom. Tu elegante traje se arruinará.

Miro el traje que normalmente se siente como una armadura pero que ahora parece ridículo.

—Es solo un traje. —Tengo docenas como este, y ninguno de ellos importa ni un poco.

Una risa amarga se le escapa.

—Debe ser agradable no preocuparse por el dinero.

Sus palabras me golpean como pequeñas dagas, lanzadas con dolor y furia, pero también presentan una oportunidad que no puedo ignorar. Respiro hondo, preparándome para lo que estoy a punto de decir.

—Tú tampoco tienes que preocuparte por el dinero, Blair —digo con cuidado, observando su rostro en busca de alguna reacción—. Podrías tener cinco millones en tu cuenta bancaria mañana. Todo lo que necesitas hacer es firmar los papeles.

El cambio en ella es inmediato e intenso. Sus ojos centellean de furia, y todo su cuerpo se pone rígido. Por un momento, creo que realmente podría golpearme con esa llave inglesa.

—Aléjate de mí —sisea, con voz baja y peligrosa.

—Blair, por favor, solo escucha....

—No, escúchame tú —me interrumpe, arrancando su brazo de mi mano y clavándome en el pecho el puño que sostiene el cable—. No quiero tu dinero. No quiero nada de ti. Lo que quiero es que te subas a tu coche carísimo y te largues de mi vida. Otra vez.

El veneno en sus palabras me hace estremecer, pero mantengo mi posición.

—Estoy tratando de ayudarte, de cumplir una promesa que le hice a....

—¿A mi padre? —Blair se ríe, pero sin pizca de humor. —Lamento decírtelo, pero está muerto. Cualquier cosa que le hayas prometido, nunca sabrá si la rompes.

Quiero explicarle, hacerla entender, pero puedo ver los muros que ha construido a su alrededor. Son impenetrables, y yo soy la razón de su existencia.

—Blair, es....

—Ya basta —dice, y por un momento, oigo un quiebre en su voz. Desaparece en un instante, reemplazado por una fría determinación —. Vamos a sacar tu coche para que te puedas ir.

Sin esperar una respuesta, Blair se arrodilla y engancha el cable al parachoques, luego regresa a zancadas a su camioneta.

Tiene tantas ganas de que me largue.

He estado postergando esto durante un año, pero ahora que estoy aquí, cuanto más se empeña en echarme, más quiero plantar los pies y superarla en terquedad. Soy lo suficientemente hombre para admitir que una parte es ego. Pero la mayor parte es simplemente ella.

La echaba de menos, joder. Siento como si hubiera vivido en un búnker la mitad de mi vida, y alguien acabara de abrir la puerta al aire fresco y la luz del sol. Lo anhelo. Lo necesito.

Me aparto mientras Blair arranca el cabrestante. Sus movimientos son precisos, eficientes, fruto de años de práctica. Solía ir con su padre a los servicios. Yo también. Ambos aprendimos a hacer estas cosas cuando éramos adolescentes.

El coche gime mientras es sacado de la zanja, salpicando barro por todas partes. Blair ni siquiera se inmuta, su atención está completamente centrada en la tarea. Una vez que mi vehículo está de vuelta en terreno firme, retrae el cable, sus músculos se flexionan bajo su camisa de trabajo.

Se gira para enfrentarme, con los brazos cruzados, con esa maldita llave inglesa aún aferrada en su mano como una advertencia.

—Arráncalo —ordena, con voz inexpresiva.

Me dirijo hacia el lado del conductor, con pasos lentos y deliberados. Una parte de mí espera que el motor no arranque, pero

sé que no será así. Este coche cuesta más que las casas de algunas personas; un poco de barro no va a detenerlo.

El motor ronronea al encenderse, suave como la seda. Miro a Blair, esperando.... no sé qué. Una reacción. Cualquier cosa.

Tiene los ojos cerrados, la cabeza ligeramente inclinada. Es una pose tan familiar que por un momento me siento transportado en el tiempo. Robert solía hacer exactamente lo mismo, escuchando atentamente la canción del motor. Podía diagnosticar problemas solo por los sutiles cambios en el tono y el ritmo. Parece que Blair heredó más que solo su terquedad.

Cuando abre los ojos, hay un destello de algo (¿aprobación, tal vez?) antes de que sea engullido por su máscara de indiferencia.

—Estás en condiciones de conducir de vuelta a la ciudad —dice, con tono cortante—. Llévalo al taller.... —Se detiene, una sonrisa amarga torciendo sus labios. — ¿Qué estoy diciendo? Estoy segura de que sabes qué hacer. Tienes un maldito imperio, ¿no?

La pulla duele, pero no puedo negar la verdad en sus palabras. Un imperio es exactamente lo que tengo. Puede que no me diera cuenta de lo grandes o poderosos que llegaríamos a ser, pero planeé que tuviéramos algo real. Algo sólido.

No es algo por lo que me disculparé jamás.

—Se lo debo a tu padre —digo suavemente—. Él fue quien me enseñó sobre coches.

Algo cruza el rostro de Blair, ¿curiosidad, tal vez? Por un momento, pienso que podría pedir más, que podría darme una oportunidad para explicar cómo pasé de este pueblo a la vida que tengo ahora. Pero tan rápido como apareció, las persianas bajan. Se da la vuelta, dirigiéndose de nuevo a su camioneta sin decir una palabra más.

El pánico se eleva en mi pecho. No puedo dejarla ir, no así. No otra vez.

—¡Blair! —la llamo, mi voz más desesperada de lo que me gustaría. Ella se detiene pero no se da la vuelta— ¿Eres feliz?

La pregunta queda suspendida en el aire entre nosotros, cargada con todas las cosas que hemos dejado sin decir. Los hombros de Blair se tensan, y por un largo momento, pienso que podría

ignorarme por completo. No la culparía. Su vida no es asunto mío. Lo sé. Pero no puedo *no* preguntar.

Finalmente, se gira a medias, su perfil recortado contra el sol poniente.

—¿Qué te importa a ti? —pregunta, su voz baja y peligrosa. Yo hice esto. Yo creé este odio y esta rabia. Pero nunca esperé que aún estuviera tan llena de rabia. Pensé que el tiempo la habría mitigado.

Aparentemente no.

Trago saliva, tratando de encontrar las palabras correctas.

—Importa —digo simplemente—. Siempre importó. *Siempre importaste. Aún lo haces.*

Blair se ríe, pero es un sonido hueco.

—Pues me engañaste muy bien.

—Nunca dejé de preocuparme —insisto, dando un paso hacia ella —. Sé que la cagué, Blair. Sé que te hice daño. Pero todo lo que hice.... fue para mejor.

Ella se gira para enfrentarme, sus ojos arden.

—¿Mejor para quién? ¡Me dejaste! Prometiste que siempre estaríamos juntos, y luego simplemente.... cambiaste de opinión. Como si quisieras un sabor diferente de helado. Así, de repente, se acabó.

El dolor en su voz me atraviesa como un cuchillo.

—Tuve que hacerlo —digo, mi propia voz se quiebra—. Tu padre, él....

Me muerdo la lengua, las palabras mueren en mi garganta. La verdad flota entre nosotros, un secreto que he guardado durante años. Pero no puedo obligarme a decírselo. La memoria de Robert merece algo mejor, y Blair.... ella ya ha pasado por suficiente.

—Tuve que hacerlo —repito débilmente, la explicación sonando hueca incluso a mis propios oídos—. Es complicado, Blair. Más de lo que crees.

Sus ojos se entrecierran, buscando algo en mi rostro. No sé qué ve, pero sea lo que sea hace que sacuda la cabeza con disgusto.

—Bueno, eso es misterioso como la mierda. Pero no voy a morder el anzuelo. He aprendido muchas cosas en los últimos veinticinco años, pero la más importante es: no pierdas tu tiempo

con gente que no te aprecia. Y tú estás en lo más alto de esa puta lista, Ransom. Así que no me importa. Nada de eso. No me importa por qué lo hiciste. No me importa por qué no dejas de acosarme. Todo lo que quiero es paz. Así que vete. Súbete a tu estúpido y caro coche y vuelve de donde viniste. Porque no te quiero aquí. Nadie te quiere.

La finalidad en su voz me golpea como un golpe físico. La observo mientras sube a su camioneta, el motor ruge al cobrar vida. No mira atrás mientras se aleja, dejándome solo al lado del camino embarrado.

Me arrastro de vuelta a mi coche, hundiéndome en el asiento de cuero. El interior aún huele a nuevo, un fuerte contraste con el aroma terroso del barro y la hierba que se adhiere a mis zapatos. Me siento allí, con las manos aferrando el volante, los nudillos blancos por la tensión.

—Mierda —murmuro, golpeando con la palma el salpicadero. El dolor apenas se registra a través de la tormenta de emociones que ruge dentro de mí. ¿Cómo coño dejé que eso se saliera tanto de control? Todo lo que planeaba decir, todos mis argumentos cuidadosamente elaborados simplemente volaron de mi maldita cabeza cuando vi a Blair.

El poder que ella ejerce en mí simplemente me dejó sin aliento.

Mi móvil vibra, sacándome de mi espiral de autodesprecio. Es el chat grupal de la familia. Jonas y Declan están proponiendo una noche de cine. En cualquier otro momento, saltaría ante la oportunidad. Pero ahora mismo, la idea de fingir que todo está bien me revuelve el estómago.

Escribo una respuesta rápida:

LO SIENTO, *chicos. Tengo planes esta noche. La próxima vez.*

MIS PLANES ESTÁN JODIDOS, ¿no es así? Tiro el móvil en el asiento del copiloto y me reclino, mirando el espejo retrovisor. La

carretera se extiende ante mí, llevándome de vuelta a Chicago, de vuelta a mi vida.

Pero mis ojos siguen desviándose hacia el parabrisas, hacia la carretera que conduce a Badger Falls. Hacia Blair.

Nunca la había visto tan fría. La noche que rompí las cosas, estaba herida. Había rabia. Tenía sentido. Nuestros sentimientos eran tan grandes que el amor que ella sentía por mí se transformó en otras emociones poderosas.

La rabia con la que me atacó esta noche se sintió bien. Se sintió familiar.

La reina de hielo, no. Y la certeza en su voz, la finalidad, me sacudió.

Ha terminado conmigo.

Pero soy el mayor imbécil del mundo porque nunca voy a superarla.

Me golpea como un tren de carga. No puedo volver. No ahora, no después de verla de nuevo. La herida que fingí que había sanado años atrás se ha abierto de par en par, y sé con una certeza profunda que no encontraré paz hasta que arregle las cosas.

Necesito arreglar las cosas con Blair.

No puedo vivir el resto de mi vida sabiendo que me odia. No soy lo suficientemente fuerte.

Enfrentarla de nuevo, arreglar las cosas de verdad, es la única forma de seguir adelante.

El pensamiento debería aterrorizarme. Me aterroriza. Pero también se siente correcto de una manera que nada lo ha hecho en años. He construido un imperio, me he rodeado de familia y amigos, pero siempre ha faltado algo. Alguien.

No soy tan estúpido como para pensar que alguna vez podría recuperarla. Tal vez albergaba una esperanza secreta de que podría, pero la mirada en sus ojos dejó claro esta noche que cualquier amor que ella tenía por mí está muerto.

Y es toda mi maldita culpa. Yo lo maté.

Agarro el volante, pero en lugar de dar la vuelta y regresar a Chicago como ella quería, sigo de frente. El cartel de "Bienvenido a

Badger Falls" se alza en mis faros, y una mezcla de temor y anticipación se arremolina en mi estómago.

No tengo ni idea de cómo voy a hacer esto. Blair dejó muy claro que no quiere saber nada de mí. Pero no puedo alejarme de nuevo. No lo haré.

Mientras conduzco por las calles familiares, los recuerdos me inundan como una marea, cada uno golpeando más fuerte que el anterior. La cafetería donde Blair y yo solíamos compartir batidos sigue allí, con algunas personas en las mesas. Me pregunto si aún huele igual. ¿La señora que era dueña sigue allí? Era mayor en ese entonces, así que es poco probable, pero la idea de que se haya ido se siente mal.

Conduzco alrededor de la plaza del pueblo, pasando por nuestro banco favorito. Aquel en el que nos sentábamos y hablábamos durante horas. Aquel en el que le rompí el corazón.

Y ahí está. El taller, donde Robert me enseñó todo lo que sé sobre coches y sobre la vida, se alza ante mí. Su fachada desgastada me provoca un nudo en la garganta. La grúa está estacionada enfrente, y las luces del interior están encendidas. Ella está ahí ahora mismo. Tan cerca, pero tan jodidamente lejos.

Mis manos se aprietan en el volante hasta que los nudillos se vuelven blancos, mi pecho tan apretado que duele respirar. Estar de vuelta aquí se siente como caminar en un campo minado de recuerdos, cada paso amenazando con detonar otra explosión de arrepentimiento y anhelo.

No es solo Blair.

Es Robert.

Es el chico que era cuando llegué aquí y el hombre en el que me convertí cuando me fui. Y todo lo que hubo en medio. Toda mi vida estaba en ese edificio. En el taller de abajo, pero también en el apartamento de arriba. Es muy parecido al taller de Knight Street; solo que este apartamento no era una ocurrencia tardía. Aquí, había tres dormitorios completos, dos baños y una gran sala de estar y cocina. Estoy bastante seguro de que el estudio en Knight Street se agregó después. Tampoco estoy seguro de que fuera legal, pero

todo el mundo sabe que no verificas esas cosas a menos que quieras que los inspectores se te echen encima.

Eso es lo último que habría hecho. Porque ese apartamento cutre y de última hora fue mi primer hogar real después de irme de aquí. Fue el hogar al que traje a mis hermanos. Es el hogar en el que construí mi familia. Era jodidamente precioso.

Todavía lo es.

Apartando los ojos del taller de McKenna, me concentro de nuevo en la carretera y navego unas cuantas manzanas hasta el único motel del pueblo. Pero está cerrado con tablas. La mitad de este pueblo está cerrado con tablas. ¿Qué coño pasó aquí? Este lugar nunca estuvo abarrotado, pero estaba vivo. ¿Ahora? Está en las puertas de la muerte.

Conduciendo un poco más, finalmente veo un letrero de hospedaje con desayuno.

No voy a entrar ahí. Ni de coña.

Preferiría dormir en el coche. Porque conozco este lugar. Recuerdo a la dueña. La señora Winston. Era una de las más chismosas cuando yo era un niño. Si me quedo aquí, todo el pueblo va a saber que estoy aquí, y cualquier tipo de ventaja táctica que pudiera haber tenido se habrá ido.

¿En qué demonios estoy pensando? No tengo ninguna ventaja táctica. Blair ya sabe que estoy aquí. Por mucho que me gustara y respetara a la mayoría de la gente de este pueblo, no estoy aquí por ellos.

Entonces, ¿qué importa si la señora Winston sabe que estoy aquí? Por muy cómodo que sea este coche, no quiero dormir en él. No si hay posibilidad de una cama y una ducha.

Cogiendo mi bolsa de viaje del maletero, subo los escalones de dos en dos, luego presiono el timbre. Todavía hay luces encendidas dentro, y me alivia ver una figura ondulante dirigiéndose hacia la puerta.

La puerta se abre de golpe, y ahí está ella: la señora Winston, envuelta en una bata floreada que ha visto días mejores. Sus ojos se ensanchan mientras me observa, zapatos embarrados y todo.

—Oh, Dios mío, ¿qué tenemos aquí? —exclama, su voz una mezcla de preocupación y curiosidad.

Le muestro mi sonrisa más encantadora.

—Buenas noches, señora. Me preguntaba si tendría una habitación disponible para esta noche.

El rostro de la señora Winston se ilumina.

—¡Por supuesto, querido! Pasa, pasa. Aunque.... —Mira mis zapatos cubiertos de barro. — ¿Quizás podrías dejarlos en el porche?

Sonriendo, pongo en práctica mi encanto.

—Por supuesto. Ni se me ocurriría ensuciar de barro su hermosa casa.

Se sonroja ante el cumplido, haciéndome pasar. El vestíbulo es exactamente como lo imaginaba: papel tapiz floral, tapetes de encaje en cada superficie y un tenue aroma a lavanda flotando en el aire.

—Bueno —dice la señora Winston, apresurándose detrás de un pequeño mostrador de recepción—. Vamos a registrarte. ¿Cuánto tiempo te quedarás con nosotros?

Dudo.

—No estoy.... del todo seguro. ¿Empecemos con una noche y vemos cómo va?

Asiente, sacando un grueso libro de registro.

—Está bien, querido. Ahora, solo necesito ver alguna identificación.

Ah, mierda.

—¿Es realmente necesario? Estoy dispuesto a pagar en efectivo por adelantado.

Los ojos de la señora Winston se entrecierran ligeramente.

—Me temo que debo insistir. Es la política, entiende.

Por un momento, considero inventar una excusa e irme. Pero la idea de pasar la noche en mi coche (o peor aún, conducir de vuelta a Chicago) es suficiente para hacerme sacar la cartera y entregarle mi licencia de conducir. La señora Winston la toma, ajustándose las gafas mientras examina el nombre.

El cambio es inmediato. Sus ojos se abren de par en par, alternando entre mi cara y la identificación.

—¿Ransom Kyle? —exclama— ¿El pequeño Ranny? O supongo que ya no tan pequeño.

Hago una mueca ante el apodo de la infancia.

—No, ya no tan pequeño, señora Winston.

Junta las manos, con una extraña alegría en todo su rostro. O tal vez no sea tan extraña. Yo era un problema cuando me mudé aquí. Y me fui en una puta tormenta de cristales rotos. Estoy seguro de que la gente habló mucho de mí cuando me fui. Y estoy seguro de que no tenían cosas muy agradables que decir.

—¡Oh, Dios mío, mírate! Todo un hombre y tan apuesto. Vaya, recuerdo cuando eras joven, siempre siguiendo a Robert McKenna como un cachorro perdido.

La mención del nombre de Robert me provoca una punzada en el pecho, pero fuerzo una sonrisa.

—Eso fue hace mucho tiempo.

La señora Winston asiente con entusiasmo.

—Ciertamente lo fue. Aquellos eran los buenos tiempos. —La forma en que lo dice, ese pequeño suspiro deja claro que esos días dorados ya no existen, pero es difícil saber si es porque el pueblo se está muriendo o si es la gente. Tal vez sean ambas cosas.

Parece sacudirse la tristeza, enderezando sus delgados hombros y acariciando sus rizos plateados.

—Pero la forma en que te fuiste, tan repentinamente y.... —Deja que las palabras mueran, siendo lo suficientemente amable como para no mencionar el desastre que dejé. Aclarándose la garganta, sus ojos se iluminan. — ¡Oh, espera a que les diga a todos que has vuelto al pueblo! ¿Blair sabe que estás aquí, querido? Estoy segura de que estaría emocionada de verte. Y por supuesto, ¿sabes que Robert ya no está? —Su expresión decae. —Pobre querida, está completamente sola. Bueno, no realmente sola. Pero Maggie.... —Se lleva la palma al pecho, sus ojos se humedecen. —Bueno, ya sabes.

No, no lo sé. ¿Qué coño pasa con Maggie? Pero no planeo preguntarle a la señora Winston nada sobre nadie ahora mismo. Estoy demasiado sensible.

Y claramente, ella no sabe tanto sobre todo como cree. Si lo supiera, sabría que Blair definitivamente NO está emocionada de

verme.

—En realidad, señora Winston —digo, tratando de mantener mi voz casual—, le agradecería si pudiera mantener mi visita en secreto por ahora. Estoy aquí por.... asuntos personales.

El rostro de la mujer literalmente se desploma.

—Oh. Bueno, por supuesto. Valoro la privacidad de mis huéspedes. Ni se me ocurriría compartirlo. —Casi me río de eso. Casi.

Me entrega una llave, una llave física real para meter en la cerradura, toda profesional ahora.

—Habitación tres, sube las escaleras y a la izquierda. El desayuno se sirve de siete a nueve. ¡Y no te preocupes por nada, tu secreto está a salvo conmigo!

Va a decirle a todo el mundo que he vuelto. Pedirle que guardara silencio fue un error. Ahora piensa que tengo mierda que ocultar, lo cual supongo que es cierto. Así que solo le sonrío, recibiendo una sonrisa cómplice mientras me empuja hacia las escaleras. Mientras subo los crujientes escalones, puedo oírla tarareando felizmente para sí misma.

Si quiero tener alguna oportunidad de reconectar con la gente en mis propios términos, voy a tener que adelantarme a la boca de la señora Winston. Estoy aquí por Blair. Pero había mucha otra gente buena en este pueblo. Lamento la forma en que me fui y la gente a la que herí, pero Blair es mi prioridad. Y parece que voy a tener que ponerme en marcha mañana por la mañana.

Es hora de poner en marcha el plan *Arreglar las cosas con Blair*.

Paso uno.... pensar en un puto plan.

14

BLAIR

Cierro de un portazo la puerta de la grúa y entro pisando fuerte en el taller, con las manos temblando mientras forcejeo con las llaves.

—¡Maldita sea! —Finalmente logro abrir la puerta, enciendo las luces, cierro la puerta de un golpe detrás de mí y agarro una llave inglesa, desesperada por hacer algo con mis manos.

Ransom. Después de todos estos años. Mi pecho se tensa con solo pensar en su nombre. Empiezo a trastear con un viejo Chevy, sin estar segura de lo que estoy haciendo. Mi mente no deja de reproducir la escena al lado de la carretera. Pensé que manejaría mejor el hecho de volver a verlo. Pensé que estaría más preparada. Pensé que estaría tranquila.

Me equivoqué.

Su estúpida cara, mirándome con esos ojos. Como si tuviera algún derecho a estar aquí, a irrumpir de nuevo en mi vida. Quiero odiarlo. Debería odiarlo. Pero al verlo allí, mi corazón dio un estúpido vuelco. Por un segundo, volví a ser esa chica, la que pensaba que él colgaba la luna.

Esa estúpida, estúpida chica.

Lanzo la llave inglesa a través del taller.

—¡Maldición! —grito en el espacio vacío. Mi voz hace eco, burlándose de mí.

No puedo ir a casa. La casa silenciosa solo me hará pensar más. Sobre lo que pudo haber sido. Sobre la vida que pensé que tendríamos. Sobre todas las promesas rotas. Además, Maggie está

en casa. Maggie enferma. Maggie muriendo. No, definitivamente no voy a ir allí ahora mismo. Estoy demasiado sensible y no creo que pueda mantener la compostura frente a ella.

Pero tampoco puedo quedarme aquí. Cada herramienta, cada coche me recuerda trabajar junto a papá. Y ahora papá se ha ido, y Ransom ha vuelto, y todo está mezclado en mi cabeza. Es una gran bola de tristeza y rabia y amor y odio. Los odio a ambos por dejarme.

Pero papá no se fue por elección.

Ransom sí.

Me deslizo por la pared, mi mono se engancha en el áspero concreto. Mis manos huelen a aceite y metal. Es reconfortante y familiar. No solía serlo. Papá era policía en la ciudad. Olía a sudor y café cuando llegaba a casa. Cuando nos mudamos aquí, todo cambió. Los sonidos eran diferentes; los olores eran diferentes. Y no me gustaba.

Al principio.

Pero en el momento en que papá me jaló y puso una llave inglesa en mi mano, todo cambió. Arreglar cosas rotas es lo que me apasiona. Con los coches, siempre hay una manera. Puede ser caro o llevar mucho tiempo, pero sé lo que hago. Puedo arreglar cualquier cosa.

Pero no puedo arreglar lo que siento. No puedo manejarlo.

Estoy enojada. Con Ransom, sí, pero también conmigo misma porque me sigue importando. Quiero gritar, romper algo. Pero también estoy cansada. Tan jodidamente cansada de cargar con este dolor.

Verlo lo trajo todo de vuelta. Lo bueno y lo malo. La forma en que me hacía reír. La forma en que se fue sin decir una palabra. Los sueños que compartimos. La confianza que destrozó.

Abrazo mis rodillas contra mi pecho, sintiéndome pequeña en el gran taller vacío. Pero no es tan reconfortante como suele ser. Es mi hogar, más que cualquier casa. Es mi santuario. Es lo que he elegido.

Y ahora él ha vuelto para arruinarlo todo. Incluso si da media vuelta y se va como le dije que hiciera, aún está arruinado. Porque

ya no puedo mentirme a mí misma. No puedo fingir que ya no me importa.

Y ese pequeño rincón traidor de mi corazón está susurrando: *¿Y si...? ¿Y si ha cambiado? ¿Y si todo fue un error? ¿Y si realmente me amaba?*

Mi corazón es un jodido idiota.

Sacudo la cabeza, tratando de aclarar mis pensamientos. No importa lo que sienta. Él tomó su decisión hace años. Yo he tomado la mía cada día desde entonces.

Mis pensamientos están fuera de control y necesito una distracción. Sin pensarlo realmente, me encuentro caminando las pocas cuadras hasta O'Malley's, el bar local. Es jueves por la noche, pero no hay mucho que hacer en este pueblo, así que parece que todos se reúnen en el bar. Incluso el círculo de costura de la iglesia se reúne aquí.

Cuando empujo la pesada puerta de madera, el familiar olor a cerveza y papas fritas me envuelve. El suave murmullo de la conversación llena el aire, y veo un grupo de caras conocidas reunidas alrededor de una gran mesa en la esquina. Hay música, pero no lo suficientemente fuerte como para ahogar la conversación. Porque esto puede ser un bar, pero la mayoría de la gente viene aquí por la comunidad, no por el alcohol. Bueno, excepto por algunos incondicionales apoyados en la barra. Pero incluso esa gente es parte de la comunidad y viene aquí para ser parte de las cosas a su manera. Intercambio saludos con algunas personas mientras me dirijo al grupo.

—¡Blair! —me llama Angie, haciéndome señas— ¡Justo estábamos hablando de ti!

Me deslizo en una silla vacía, agradecida por la compañía.

—Bueno, mierda. ¿Por qué?

Angie resopla y me sirve una cerveza de la jarra sobre la mesa.

—Relájate. No es nada malo. Hemos estado hablando y pensé que alguien debería llamarte para que fueras parte de todo esto. Y justo entras como si supieras que te necesitábamos.

—Es el destino —digo secamente, dando un sorbo a la cerveza. Ya está desabrida. Las burbujas son lo único bueno de la cerveza,

así que saco la lengua y exhalo para quitar el sabor, luego la empujo hacia Mike, que está sentado a mi otro lado. Él niega con la cabeza.

—¿Por qué coño le das cerveza, Angie? Sabes que no le gusta.

Angie solo se encoge de hombros y se reclina en su silla, gritando a la camarera.

—Sarah, ¿puedes traerle a Blair lo de siempre?

—Claro —grita Sarah de vuelta mientras destapa las seis botellas alineadas en la barra. Lo hace parecer tan fácil y genial. Todo en Sarah es genial, desde los tatuajes que cubren sus brazos hasta los pendientes que llegan hasta arriba de su oreja.

—Tal vez debería perforarme las orejas.

Angie hace una mueca.

—Cariño, no estoy segura de que sea una gran idea. ¿Recuerdas cómo fue la última vez?

—Sí. Pero no quise golpearlo. Y ahora soy mayor. Podría manejarlo.

Tom, el profesor de ciencias y entrenador de fútbol del instituto, se atraganta y se da golpes en el pecho.

—¿No fue eso el año pasado?

—Sí —digo, mirándolo fijamente—. Como dije, ahora soy mayor. —Tom se calla, pero tiene una expresión en su cara que me dan ganas de retorcerle el pezón.

Angie extiende la mano y me da una palmadita.

—Sí, lo eres, cariño. Estoy segura de que irá mejor esta vez. Pero vas a tener que encontrar a alguien más que lo haga. Estoy bastante segura de que ese tipo puso una foto de tu cara en su tienda con una gran línea roja encima.

—No querría volver allí de todos modos. Probablemente tenía un montón de infracciones sanitarias.

Angie simplemente pone los ojos en blanco.

—Claro, cariño. Iremos a otro sitio. Tú me avisas cuándo y allí estaré. —Lo dice de manera condescendiente, como si solo me estuviera siguiendo la corriente.

La fulmino con la mirada, pero ella solo arquea una ceja, imperturbable.

—Eres irritante. ¿Por qué somos amigas?

—Me hago esa misma pregunta todo el tiempo. La única respuesta que se me ocurre es que este es un pueblo pequeño y no hay tantas opciones.

—Tiene sentido —murmuro mientras le agradezco a la camarera que me trae mi bebida. Doy un largo sorbo por la pajita y suspiro—. Esto está mejor.

Mike gime.

—Me duelen los dientes solo de verlo.

Doy otro largo trago a mi Shirley Temple y le enseño los dientes.

—Menos mal que no estoy interesada en compartir.

—¿Os habéis enterado de lo de los Johnson? —pregunta Erin, con un tono de tristeza en su voz— Se mudan a la ciudad el mes que viene. Dicen que aquí no hay suficientes oportunidades para sus hijos.

Un suspiro colectivo recorre el grupo. Es una historia que hemos escuchado demasiadas veces últimamente. Tampoco es una historia nueva. Papá decía lo mismo. Supongo que es cierto. Si no te dedicas a la agricultura o no tienes algún tipo de negocio que sirva a los agricultores, es una lucha constante. Yo me las arreglo bien, pero no todos lo han conseguido. Parece que cada año se cierran algunas tiendas más.

—Es la tercera familia este año —refunfuña Mike, pasándose una mano por el pelo oscuro.

Siento un nudo en el pecho. Odio los cambios que veo cada día. El pueblo lleva años luchando, pero parece que la situación está empeorando.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunto, sin esperar realmente una respuesta.

Los ojos de Angie se iluminan.

—He estado pensando en eso —dice, inclinándose hacia adelante —. ¿Y si formáramos un comité del pueblo? Ya sabes, de nuestra generación. Los jóvenes.

Tom resopla en su cerveza.

—Siento decepcionarte, Angie, pero todos estamos rozando los cuarenta. No creo que nadie nos llame jóvenes ya.

—Sí, ¿cuándo ha pasado eso? —murmuro, más para mí misma que para los demás. No me siento como si estuviera en los cuarenta. Me siento igual que hace veinte años.

Vale, eso es mentira. Mi hombro no está bien y mi rodilla derecha ha empezado a hacer un pequeño chasquido cuando subo las escaleras. Max cree que es gracioso. Yo creo que es una mierda.

Pero aparte de lo físico, todavía me siento como una niña deseando que papá estuviera cerca para arreglarlo todo. Solo que ya no queda nadie más que yo para arreglar las cosas. Nadie más que yo para cuidar de todo y de todos.

Y algunos días, eso es aplastante.

Angie hace un gesto desdeñoso con la mano.

—Ese es exactamente mi punto —insiste—. Mirad a vuestro alrededor. En este pueblo, nosotros *somos* los jóvenes. No hay suficientes niños, suficientes familias. Necesitamos encontrar una manera de atraerlos de vuelta.

La mesa se queda en silencio mientras todos consideramos sus palabras. Tiene razón, por supuesto. El pueblo está envejeciendo, y si no hacemos algo pronto, puede que no sobreviva. Sé que lo he estado pensando. Cualquiera que haya estado aquí más de veinte años también lo piensa. Es como si estuviéramos viendo algo morir una muerte lenta y dolorosa.

Pero esto no es como Maggie. Puedo hacer algo con respecto a esta muerte. O al menos, puedo intentarlo.

—¿Cómo coño se supone que vamos a hacer eso? —pregunta Tom, y sus hombros musculosos se tensan mientras se frota la mandíbula. Es una buena pregunta. ¿Cómo demonios atraemos a la gente a este pueblo? El último plan de Angie, o el plan de su ex prometido, las mini mansiones, fracasó estrepitosamente.

—¿Y si empezáramos un festival anual? —sugiere Erin, con los ojos iluminados—. O construyéramos algo único que pudiera atraer a gente de todas partes.

—¿Como qué? ¿La bola de cordel más grande del mundo? —se burla Mike.

—En realidad, no es mala idea. A la gente le encantan las cosas raras como esa. —A mí me encantan las cosas raras como esa.

—¡Sí! —dice Erin—. El verano pasado conduje hasta una conferencia de bibliotecas en Michigan y me detuve en algunos pueblos pequeños por el camino. Me gusta visitar otras pequeñas bibliotecas para ver qué están haciendo. Algunas de ellas tenían pequeñas atracciones turísticas al lado de la carretera que atraían a la gente.

—Vale, pero pensemos en algo más grande —dice Angie, golpeando con los dedos sobre la mesa—. ¿Qué tal un festival de música? Tenemos ese gran campo a las afueras del pueblo.

Tom niega con la cabeza.

—¿De dónde sacaríamos las bandas? ¿Y el equipo? Eso es un trabajo enorme. Y nada barato.

—Buen punto —concede Angie—. Pero estamos en algo con los eventos. ¿Qué más podríamos hacer?

—¡Oh, ya lo tengo! —interviene Sarah desde detrás de la barra— ¡Campeonatos de tejido extremo!

El resto de la mesa estalla en carcajadas, pero yo no veo por qué. No es una mala idea. La gente de la lana está un poco loca, así que puedo ver cómo eso atraería a la gente.

—Sí, eso realmente atraerá a las multitudes —digo.

—Eh, no lo menosprecies —se defiende Sarah—. Te sorprendería lo competitivos que pueden llegar a ser los tejedores.

Quiero explicarle que no lo estaba menospreciando, pero la conversación ya ha seguido adelante. Tendré que decírselo más tarde. No es la primera vez que alguien entiende mal, y he aprendido que es más fácil explicarme después. Es una cosa de "la cara y la voz no coinciden con las palabras". Soy mejor de lo que solía ser; he practicado, pero de vez en cuando esto todavía ocurre.

Ya no dejo que me moleste mucho. Y si es realmente importante, no tengo reparos en corregir a la gente en el momento. Y todos los de esta mesa, gente que conozco desde hace años, y en algunos casos décadas, han aprendido esto de mí, así que no tengo que preocuparme por ofenderlos o molestarlos.

Hace que mi vida sea mucho más cómoda.

A medida que avanza la noche, las ideas se vuelven más descabelladas. Mike sugiere una competición de rodar quesos por la

calle principal. Erin propone un festival literario con libros que solo traten sobre pueblos pequeños. Tom, después de unas cuantas cervezas más, incluso lanza la idea de un calendario de desnudos con los "mejores ejemplares" del pueblo para recaudar fondos.

—Muy bien, muy bien —dice Angie, tratando de controlarnos—. Algunas de estas son.... interesantes. Pero necesitamos algo práctico.

Me recuesto en mi silla, pensando.

—¿Y si nos enfocamos en lo que ya tenemos? Hay muchos entusiastas de los coches clásicos en la zona. Veo algunas bellezas pasar por el taller. Tal vez podríamos expandirnos en esa dirección. —Papá y yo construimos una reputación por nuestro trabajo de calidad, así que no es raro que alguien conduzca una hora o dos para que me encargue de sus preciados bebés. Me gusta el trabajo y me gusta la gente; la mayoría están felices de sentarse en una silla de jardín en el taller y charlar mientras trabajamos.

La charla trivial me molesta, pero puedo hablar de coches durante horas.

—¿Una exhibición de coches clásicos? —Tom se anima. —Eso podría funcionar. Tenemos el espacio para hacerlo.

—Y atraería a gente con dinero para gastar —añade Angie, asintiendo con mucho entusiasmo, su barbilla casi vuelca su vaso. ¿Cuántas cervezas ha tomado?

—Podríamos vincularlo con otros negocios locales —sugiere Erin —. Como hacer un fin de semana temático de los años cincuenta. El restaurante podría hacer menús especiales; podríamos dar clases de baile en la plaza del pueblo....

La energía en la mesa cambia. De repente, parece que estamos ante algo real.

—Esto es bueno —dice Angie, con los ojos brillantes—. Este es el tipo de ideas que necesitamos. Pero no podemos dejarlo solo en charla de bar. Tenemos que hacerlo realidad.

Se pone de pie, tambaleándose ligeramente.

—Propongo que formemos un comité oficial de revitalización del pueblo. ¿Quién se apunta?

Hay un momento de duda. Todos nos miramos, evaluando las reacciones.

—A la mierda —digo, levantando la mano—. Yo me apunto.

Uno por uno, los demás se unen. Incluso Sarah, limpiando la barra, levanta la mano.

—Muy bien —sonríe Angie, mirándonos a todos—. Comité formado. Tendremos nuestra primera reunión oficial la próxima semana. ¿Mismo día, mismo lugar?

Todos asentimos, algunos con más entusiasmo que otros. Hace unas horas nadie habría aceptado formar un comité, pero el alcohol les ha hecho pensar que podrían lograrlo.

Y espero que tengan razón, porque yo estoy completamente comprometida con este pueblo. Todo mi mundo está aquí, y no me voy a ir a ninguna parte. Pero si el pueblo simplemente.... se desvanece, no quedará nada para mí. Tal vez yo también me desvanecería.

De ninguna manera voy a dejar que eso suceda.

15

RANSOM

Empujo la puerta de la cafetería y la campanilla de arriba tintinea suavemente. El aroma a café recién molido y productos horneados me invade. El edificio no ha cambiado mucho en veinte años: los mismos suelos de madera desgastados, las mismas mesas y sillas disparejas, el mismo menú de pizarra detrás del mostrador. Pero en mi época, esto era una heladería, llena de gente todo el verano y muerta el resto del año.

A juzgar por las filas de personas, medio pueblo está aquí hoy. Y los increíbles aromas me hacen pensar que valdrá la pena la espera.

La luz del sol se filtra por los grandes ventanales delanteros, iluminando las motas de polvo que flotan en el aire. Algunos lugareños ocupan las mesas, bebiendo a sorbos de tazas humeantes y charlando en voz baja. Sus conversaciones se detuvieron brevemente cuando entré, con ojos curiosos que me miraron de reojo antes de volver a sus discusiones. No puedo decir si algunos me miran porque me reconocen o porque soy una cara nueva. Me puse la camiseta blanca, la sudadera con capucha y los pantalones deportivos que estaban en mi bolsa de gimnasio. No es el atuendo que habría elegido para hoy, pero es mejor que el traje. Destacaría como la mierda con eso esta mañana.

Por quincuagésima vez en las últimas dieciséis horas, mentalmente me pateo el culo por haber dejado la ciudad sin una maleta o, ya sabes, un puto plan.

Miro hacia el taller de Blair al otro lado de la plaza. El impulso de ir allí y confrontarla es fuerte, pero he aprendido a tener paciencia en las décadas que hemos estado separados, sin contar el viaje mal planeado de anoche. Necesito hacer esta jugada de manera inteligente.

El hombre frente a mí se aleja del mostrador, y una mujer de cabello rojo rizado y una cálida sonrisa me saluda.

—¡Bienvenido a Frannie's! ¿Qué puedo ofrecerte hoy?

Escaneo el menú, decidiéndome por un simple café negro.

—Solo un café grande, por favor.

Ella asiente, tomando una taza.

—¿Algo más? Nuestras magdalenas de arándanos acaban de salir del horno.

—Solo un loco rechazaría una magdalena de arándanos caliente. Tomaré dos.

Sonríe y registra mi pedido, sus ojos se encuentran con los míos.

—Serán diez dólares con cincuenta. ¿Puedo pedirle su nombre para el pedido?

—Ransom —digo, entregándole un billete de veinte.

Sus ojos se abren, reconociéndome.

—¿Ransom? Oh. Vaya. Está bien. ¡He oído hablar de ti! Soy Frannie. Probablemente no me recuerdes. Era bastante joven cuando te fuiste.

Asiento, tratando de ubicarla. Es inútil. No prestaba mucha atención a los niños más pequeños. Luego, hacia el final, solo tenía ojos para Blair.

—Claro, Frannie. Es bueno verte. —Me devuelve el cambio y lo dejo caer todo en el frasco de propinas. —Lo siento, no te recuerdo.

Se inclina hacia adelante, bajando la voz.

—Está bien. Honestamente, yo tampoco te recuerdo, pero la gente esta mañana.... ¿sabes qué? No importa. —Sus mejillas se llenan de color, y mentalmente completo lo que estaba a punto de decir. *La gente habla.* En todas partes, pero especialmente en pueblos pequeños. Y especialmente cuando te estás quedando con la mayor chismosa del pueblo. ¿Acaso ella corrió por el pueblo diciéndole a todos que estoy aquí, o hay algún tipo de cadena

telefónica? —En fin, ¿qué te trae de vuelta a Badger Falls después de tanto tiempo?

Ahí está, la apertura que estaba buscando. La mejor manera de contrarrestar un poco de chisme es dándole a la gente algo más de qué hablar. Necesito dirigir la narrativa aquí.

—En realidad, estoy aquí para hacer las paces. No dejé el pueblo en los mejores términos.

Las cejas de Frannie se levantan.

—Eso es quedarse corto. Si recuerdo bien los rumores, te fuiste con un estruendo. O, más específicamente, un estrépito.

Asiento, con los ecos del cristal rompiéndose resonando en mis oídos.

—Sí, así es más o menos como sucedió. No es algo de lo que esté orgulloso. Mi próxima parada es el supermercado. Tengo algunas disculpas que hacer.

Su expresión se suaviza.

—Eso es bueno, supongo.

—Ya era hora. Tengo mucho que compensar en este pueblo.

Frannie me entrega mi café y una bolsa de papel con mis magdalenas, su sonrisa cálida.

—Bueno, creo que es genial que estés tratando de arreglar las cosas. No mucha gente se molestaría después de tanto tiempo.

Tomo un sorbo, el líquido amargo me centra.

—Más vale tarde que nunca, ¿no?

Ella asiente, luego mira la fila que se forma detrás de mí.

—Bueno, fue genial verte, Ransom. No te olvides de nosotros, ¿de acuerdo?

Levanto mi taza en un saludo simulado.

—No me olvidaré, Frannie. Cuídate.

Empujo la puerta, volviendo a la luz del sol. El supermercado está a solo una cuadra, pero aún no estoy listo para entrar allí. Por lo que sé, la familia de Angie podría haberse ido. Alguien más podría estar dirigiéndolo.

Cruzo la calle, esperando a que pase un solo coche, y luego me siento en el banco de la plaza, el mismo banco en el que me senté

con Blair aquella horrible noche hace tantos años. Y justo enfrente, al otro lado de la plaza, está el taller de Blair.

La calle principal está inusualmente tranquila en la luz temprana de la mañana. La falta de tráfico es un marcado contraste con el bullicio de Chicago al que estoy acostumbrado, pero también con la forma en que solían ser las cosas aquí. Siempre fue un pueblo pequeño, pero no solía estar tan muerto. Solo ocasionalmente pasa un coche, su ruido de motor apenas perturba la quietud.

Sacando una magdalena de la bolsa, le doy un mordisco, y joder, está buena. Mejor que buena. Increíble. Caliente, mantecosa, con estallidos de arándanos ácidos. Tengo que obligarme a ir más despacio, saboreando cada bocado. La segunda está en la bolsa, tentándome. En casa, no habría durado ni cinco minutos. Uno de mis hermanos la habría robado ya, quejándose de que estaban a punto de morir de hambre. Pero hoy, en este banco, es toda mía.

Pensamientos de llevársela a Blair y ofrecérsela pasan por mi mente, pero aparte de mi traje, este es el único atuendo que tengo, y sería jodidamente difícil sacar el arándano de la tela.

Definitivamente me lo arrojaría.

Mi móvil vibra en mi bolsillo. Lo saco y veo el nombre de Cara parpadear en la pantalla. Mierda. Sabía que tendría que lidiar con esto tarde o temprano.

—Hola, Cara —contesto, tratando de sonar casual.

—Ransom, ¿dónde demonios estás? —Su voz crepita a través del altavoz, una mezcla de preocupación e irritación. —Tengo gente haciendo preguntas y tu agenda es un desastre. ¿Qué está pasando?

Suspiro, pasándome una mano por el pelo.

—Todo está bien, Cara. Solo necesitaba ocuparme de algo.

—¿Ocuparte de qué? ¿Y dónde? No estás en Chicago, ¿verdad? Esta conexión es una mierda.

—No puedo entrar en detalles ahora mismo —digo, observando cómo un camión se acerca al garaje. Parece idéntico al camión que Robert tenía hace tantos años. ¿Es Blair la que está al volante? Joder, sí que es ella. El sol brilla sobre su cabello oscuro, dándole un leve halo rojizo. *Mira hacia aquí. Mírame.* No lo hace, y la ola de decepción que me invade deja muy claro que mis sentimientos por

ella están jodidos. ¿Qué dice de mí que quisiera que me mirara, incluso si eso significaba otro feo enfrentamiento?

—Mira, necesito que canceles mi agenda para hoy. Diles a todos que estoy fuera de la ciudad por asuntos personales. —Jodidamente personales, en realidad.

—¿Asuntos personales? Ransom, ¿qué está pasando? Nunca te ausentas así sin....

—Cara —la interrumpo, con un tono firme pero suave—. Te prometo que te explicaré todo cuando regrese. Por ahora, necesito que confíes en mí, ¿de acuerdo?

Hay una pausa al otro lado, luego un suspiro resignado.

—Está bien. Pero me debes una grande por esto, Kyle.

—Lo sé, lo sé. Oh, y una cosa más —añado, recordando—. ¿Puedes pasar por el ático y darle de comer al hámster?

—¿Al qué?

—Al hámster. En casa. Hay una bolsa de comida y algunas frutas y verduras en el refrigerador.

Otra pausa.

—¿Todavía le das de comer a ese hámster?

—No voy a dejar que se muera de hambre, joder. Asegúrate de poner algunas uvas. Le gustan las uvas.

—Le gustan las uvas —repite—. Dios mío, Ransom. Tienes suerte de que te quiera —refunfuña Cara—. Está bien. Alimentaré a tu roedor de contrabando. Pero cuando regreses, vamos a tener una larga charla sobre todo esto.

—Gracias, Cara. Eres la mejor.

Cuelgo, con el pecho oprimido mientras vuelvo a guardar el móvil en el bolsillo. El camión sale marcha atrás del garaje y tengo un breve vistazo del perfil de Blair. Está concentrada en el camino por delante, con la mandíbula apretada con determinación, una mirada que conozco muy bien. Me quedo paralizado, con las manos cerradas en puños mientras el camión se aleja, mis pies de repente arraigados al suelo. Esta sensación es extraña. Saber qué hacer, tener un plan es lo mío. Pero ¿con ella? Todavía no tengo ni puta idea de lo que se supone que debo hacer.

No tengo ni puta idea de lo que quiero hacer.

Anoche, debería haber seguido mis instintos, habérmela echado al hombro como un cavernícola y haberla obligado a escuchar. Podría haberle explicado por qué me fui y haberla hecho perdonarme. Podría haberla besado hasta que se olvidara de por qué estaba enfadada conmigo en primer lugar. Podría haber....

Sacudiendo la cabeza, me obligo a tomar un respiro para calmarme. Sé que esas son solo fantasías. Nunca le voy a decir la verdadera razón por la que me fui. No voy a arriesgarme a lastimar sus recuerdos de Robert.

Y se siente mal echar a Robert bajo el autobús. Él no está aquí para defenderse. Sé que hizo lo que hizo porque pensó que era lo correcto.

Todavía no estoy seguro de si tenía razón.

Además, estoy aquí para cumplir una promesa, no para recuperar a Blair. Hay demasiados años y demasiado dolor entre nosotros. Lo sé.

Solo tengo que hacerla entrar en razón.

El problema es que no logro aclarar qué es lo que quiero hacerle entender. ¿Estoy aquí para obligarla a vender ese garaje, o estoy aquí por mí?

16

RANSOM

La campanilla sobre la puerta tintinea cuando empujo la puerta de la tienda de comestibles. El aroma familiar de productos frescos y artículos de limpieza me golpea, trayendo consigo una avalancha de recuerdos. Pasé veinte horas a la semana aquí antes de irme del pueblo. Antes de que pueda entrar completamente, una voz corta el aire como un cuchillo.

—¿Qué demonios haces aquí?

Me quedo paralizado, con la mano aún en la puerta. Angela está de pie detrás del mostrador, y sus ojos arden de furia. Se ve diferente a como la recuerdo en la secundaria: mayor, por supuesto, pero también desgastada. Siempre estaba sonriendo en ese entonces, siempre rebotando cuando caminaba. Trabajamos aquí, juntos, durante casi un año. Era una amiga.

Ahora, sus ojos se ven duros.

Y no puedo culparla, maldita sea.

—Angie, vine a disculparme.

Su risa es amarga, desprovista de cualquier humor real.

—¿Disculparte? ¿Con quién, Ransom? ¿Con mi padre? Porque está muerto.

Esto es una mierda. Su padre era un buen tipo. El mejor, en realidad. Se arriesgó y me dio un trabajo, a pesar de algunas de las estupideces que hice cuando me mudé al pueblo. Y nunca me lo echó en cara. Borrón y cuenta nueva, dijo. Pude empezar de cero con él.

—¿Qué? Yo.... no lo sabía. Lo siento mucho, Angie. ¿Tu madre?

—Se fue —espeta.

Trago saliva con dificultad, la culpa se retuerce en mi estómago. Sabía que esta no sería una conversación agradable, pero no esperaba sentirme tan mal por lo que le hice a su familia. Hice las paces con su padre hace años. O al menos lo intenté. Podría haberme esforzado más, lo sé. Podría haber vuelto y hablado con él en persona. Pero no podía arriesgarme. No entonces.

—¿Podemos hablar? ¿Afuera, tal vez?

Los ojos de Angela se entrecierran, la sospecha escrita por toda su cara.

—¿Por qué debería prestarte atención?

Pregunta válida. Y no tengo una respuesta para ella. Esta disculpa es egoísta. Lo sé. Se trata de hacerme sentir mejor y un poco de cambiar la forma en que Angie se siente sobre mí. Estoy acostumbrado a que la gente me aprecie, o al menos a que no sea abiertamente hostil. Es asombroso a cuántos lamebotas te puedes acostumbrar. Me lamen mucho el culo, gracias al tamaño de mi cuenta bancaria. Pero la mayoría de esas personas no me importan. Angie sí. O al menos solía importarme.

—Por favor. Solo cinco minutos.

Me mira fijamente por un largo momento, probablemente tratando de decidir si puede echarme físicamente de la tienda, luego suspira.

—Está bien. Cinco minutos. —Se gira hacia un joven empleado que está reponiendo estantes. — ¿Puedes cubrir la caja?

Salimos por la puerta trasera al callejón. En el momento en que se cierra detrás de nosotros, Angela se vuelve hacia mí.

—¿Tienes idea de lo que nos hiciste? —sisea—. ¿Esa piedra que arrojaste a través de nuestra ventana? Nos costó casi dos mil dólares reemplazarla. ¡Dos mil! ¿Y después de todo lo que mi padre hizo por ti?

Hago una mueca, recordando esa noche con demasiada claridad.

—Lo sé, yo....

—No, no lo sabes —me interrumpe—. Mi padre te apoyó. Te dio un trabajo cuando nadie más lo haría. ¿Y cómo se lo pagaste?

Tratando de destruir nuestro negocio. Le rompiste el corazón.

Lo peor es que tiene razón. El señor Harding me había dado una oportunidad cuando no la merecía. Y se la había devuelto en la cara. Necesitaba causar un impacto con mi salida, y joder, parece que lo logré. No importa que lo haya arreglado años después. Me tomó mucho tiempo ahorrar el dinero para pagarle, pero lo hice. Le envié un sobre anónimo con dinero y una nota adhesiva que decía "Lo siento" adentro. No puse mi nombre, pero siempre asumí que sabía de quién venía y por qué.

—Lo siento —digo, sabiendo cuán inadecuadas son las palabras —. Estaba en un mal momento en ese entonces. —No es una mentira, pero es otra media verdad. No lo hice porque estuviera en un mal momento. Era parte del plan. Una parte necesaria, pero muy de mierda.

La risa de Angela es áspera.

—¿Un mal momento? ¿Esa es tu excusa? Mucha gente la pasaba mal. Demonios, yo estaba luchando. Pero no íbamos por ahí rompiendo ventanas, jodiendo el sustento de la gente.

Me estremezco ante sus palabras, los recuerdos de esa noche amenazan con abrumarme. Quiero explicar, contarle por qué hice lo que hice, pero no lo haré. Si alguna vez cuento la verdad de esa noche, será a Blair y a nadie más.

—Sé que decir “lo siento” no es suficiente —digo en cambio—. Pero de verdad lo siento. Más de lo que puedas imaginar.

Los ojos de Angie escudriñan mi rostro, buscando algo. No estoy seguro si lo encuentra o no.

—¿Por qué estás realmente aquí, Ransom? ¿Después de todo este tiempo? ¿Blair sabe que estás aquí?

—Tantas preguntas.

Angie solo levanta una ceja y cruza los brazos, pareciendo que no tiene ningún otro lugar donde necesite estar.

Me apoyo contra la pared de ladrillos del callejón, mi mente vaga hacia la Angie que conocí en la secundaria. Siempre era amable, siempre sonriente. Nada que ver con la mujer endurecida que está frente a mí ahora. Una punzada de culpa me golpea al darme cuenta de que tuve un rol en esa transformación.

—Oye, Angie —digo suavemente—, ¿recuerdas nuestra primera cita? ¿Para tomar helado en Scoops?

Su expresión severa vacila por un momento, un destello de algo más suave pasa por su rostro.

—Sí, lo recuerdo —admite, su voz pierde algo de su filo—. Nos reímos mucho ese día.

Asiento, una pequeña sonrisa tira de mis labios.

—Lo hicimos. Pediste ese sundae ridículo con todos los toppings que tenían.

—Tú terminaste comiéndote la mayor parte —agrega, con un fantasma de sonrisa en su rostro. Pero luego su expresión se endurece de nuevo—. También recuerdo que Blair entró.

Mi respiración se corta en mi garganta. Había olvidado esa parte.

Angie continúa, su voz teñida de un viejo dolor

—Olvidaste completamente lo que estabas diciendo a mitad de la frase. Pasaste más tiempo mirando a Blair que hablando conmigo. —Sacude la cabeza. —Supe en ese momento que no habría una segunda cita. Era tan claro que estabas loco por ella.

Hago una mueca, recordando cuán ajeno había sido a los sentimientos de Angie.

—Lo siento, Angie. Era un chico estúpido.

—Sí, lo eras. —Está de acuerdo, pero hay menos veneno en su voz ahora. —Todos lo éramos, supongo.

Apoyo la cabeza contra la pared de ladrillos, cerrando los ojos por un momento. Cuando los abro, Angie todavía me está mirando, su expresión una mezcla de curiosidad y enojo persistente.

—Nunca la saqué de mi cabeza. Nunca —admito, con las palabras saliendo antes de que pueda detenerlas—. Incluso después de irme, incluso después de todos estos años.... siempre ha estado ahí.

Sus ojos se ensanchan ligeramente, la sorpresa parpadea en su rostro.

—¿Todavía estás enganchado con ella? ¿Después de todo este tiempo?

Asiento, sintiéndome expuesto pero incapaz de detenerme ahora que he empezado. No he hablado de ella con nadie que realmente la

conozca desde que me fui. Contarles a mis hermanos sobre ella no era lo mismo.

Hay algo en estar aquí y hablar con personas que me conocieron entonces que me ha provocado un caso de diarrea verbal.

—Intenté jodidamente parar. Lo hice. Pero no hay nadie como ella. Pero éramos unos críos. No puede ser real. —Toda esa mierda que me he dicho una y otra vez. Toda esa mierda que casi creo.

—Así que por eso has vuelto —dice Angie, con una mirada de comprensión en sus ojos—. Estás aquí por Blair.

Me paso una mano por el pelo, con la frustración burbujeando dentro de mí.

—Sí. No. No lo sé. Volví para arreglar las cosas, para cumplir una promesa que le hice a Robert antes de que muriera.

Mi voz se apaga, y lucho por encontrar las palabras adecuadas. ¿Cómo explico el torrente de emociones que sentí cuando vi a Blair de nuevo? ¿La forma en que mi corazón se aceleró, cómo todo lo demás se desvaneció en el fondo?

Angie me observa atentamente, su hostilidad anterior es reemplazada por algo que parece casi lástima.

—Sabes que te odia, ¿verdad? Después de lo que hiciste....

—Lo sé —interrumpo, con el dolor en mi pecho agudo y familiar —. Me lo dejó muy claro anoche.

Sus ojos se agrandan, haciéndola parecer un personaje de dibujos animados.

—Espera. ¿Ya la has visto?

—Sí, anoche. Mi coche terminó en una zanja a las afueras del pueblo.

Las cejas de Angie se disparan.

—¿Y Blair te ayudó?

—Más bien se vio obligada —admito—. No recibí exactamente una cálida bienvenida.

—¿Cómo fue eso?

—Bastante seguro de que pensó en golpearme hasta la muerte con una llave inglesa.

Angie estalla en carcajadas, el sonido rebota en las paredes del callejón. Es la primera risa genuina que he escuchado de parte de

ella desde que llegué.

—Eso suena bastante acertado —dice, limpiándose una lágrima del ojo.

Mientras su risa se desvanece, la expresión de Angie vuelve a ponerse seria. Me mira por un largo momento, sus ojos escrutan los míos.

—Escucha, Ransom —dice, con la voz más suave ahora—. Blair está lidiando con muchas cosas en este momento. Y tal vez.... tal vez, si no estás seguro de lo que estás haciendo en el pueblo, o de lo que realmente quieres, deberías simplemente irte. Deja a Blair en paz.

Quiero discutir, defender mi presencia aquí, pero la verdad es que no estoy completamente seguro de lo que estoy haciendo. Volví para cumplir una promesa a Robert, sí, pero ver a Blair de nuevo ha removido sentimientos que creía haber enterrado hace mucho tiempo.

Me apoyo contra la pared, cerrando los ojos por un momento. Angie tiene razón, no es justo que remueva mierda si no tengo claro lo que quiero. Pero la idea de irme, de alejarme de ella de nuevo, hace que me duela el pecho.

—Te escucho, Angie —digo finalmente, abriendo los ojos para encontrarme con su mirada—. Pero no puedo simplemente irme. Aún no.

Pienso en la cara de Blair cuando me vio anoche, la mezcla de shock, ira y algo más que no pude identificar del todo. Pienso en cómo mi corazón se aceleró solo por estar cerca de ella de nuevo, incluso con toda la tensión entre nosotros.

—Sé que la lastimé —continúo, con la voz baja—. Lastimé a mucha gente cuando me fui. Pero necesito intentar arreglar las cosas. Aunque me odie para siempre, necesito que sepa la verdad. —Soy un idiota. ¿No acababa de decidir que no iba a compartir la verdad con Blair? ¿No va a lastimarla más que ayudarla?

¡Ponte las pilas, Kyle!

Angie me observa de cerca, su expresión indescifrable.

—¿Y qué verdad es esa, Ransom?

Dudo, las palabras se atascan en mi garganta. ¿Cómo explico el lío de emociones que se agitan dentro de mí? ¿El arrepentimiento, el anhelo, la desesperada esperanza de que tal vez, solo tal vez, todavía haya una oportunidad de arreglar lo que rompí hace tantos años?

—Que nunca dejé de preocuparme por ella —digo finalmente—. Que dejarla fue el mayor error de mi vida.

Los ojos de Angie se ensanchan ligeramente, la sorpresa parpadea en su rostro. Por un momento, creo que va a discutir, a decirme que estoy siendo egoísta o estúpido. Pero en su lugar, solo suspira.

—Estás jugando con fuego, Ransom —advierte—. Blair no es la misma chica que dejaste atrás. Ha pasado por mucho.

Asiento, entendiendo el peso de sus palabras.

—Lo sé. Y no espero nada de ella. Solo.... necesito intentar mejorar las cosas.

—Entonces, ¿qué? ¿Vas a quedarte por aquí y simplemente.... esperar a que ceda? ¿O tienes un plan?

—Estoy trabajando en ello.

Angie resopla y agarra el pomo de la puerta.

—Tal vez quieras asegurarte de que tus asuntos estén en orden antes de ir a verla de nuevo. Deja una nota o algo para que sepamos dónde enviar el cuerpo.

17

BLAIR

—¡Blair!

La voz de Maggie me asusta de muerte, y me golpeo la parte trasera de la cabeza contra el capó de la camioneta en la que estoy trabajando.

—Dios mío. Joder. Maldita sea, Maggie.

Maggie se detiene a un metro de mí, con el pecho agitado mientras jadea en busca de aire. Mi corazón salta a mi garganta y un millón de escenarios aterradores pasan por mi mente en rápida sucesión. ¿Es Max? ¿Ha pasado algo en la escuela? ¿O peor aún, es el cáncer? ¿Se ha extendido? ¿Los médicos han encontrado algo nuevo? Tal vez se cayó y se lastimó. ¿O qué pasa si hubo un incendio en la casa? ¿Por qué demonios no llamó a los bomberos? Aunque habría escuchado los camiones.

Ya agotada por la preocupación, dejo caer la llave de tubo y doy un paso más cerca, mirando fijamente el rostro enrojecido de Maggie, temiendo lo que podría decir a continuación.

—¿Mags? ¿Qué pasa?

Me hace un gesto con la mano, doblada por la mitad con las manos en las rodillas.

—Nada.... no pasa nada. —Jadea. — ¿Por qué no me dijiste que Ransom había vuelto al pueblo? ¡Tuve que enterarme por Angie!

Joder. Joder, joder.

—No es importante —murmuro, volviendo al coche. ¿Cuáles son las probabilidades de que simplemente haya aparecido en el pueblo

esta mañana y luego se haya ido? Eso tiene que ser. Tal vez estaba demasiado cansado para volver a la ciudad, así que consiguió una habitación para pasar la noche. O durmió en su coche. Pero ahora se ha ido. Tiene que haberse ido. El señor de la gran ciudad tiene cosas importantes que hacer, ¿no? No puede quedarse por aquí para siempre.

¿Verdad?

—¿No es importante? —La voz de Maggie sube una octava. —Blair McKenna, ni se te ocurra quitarle importancia a esto. Suéltalo. Ahora.

Suspiro, limpiándome las manos con un trapo.

—No hay nada que contar, Mags. Apareció, intercambiamos unas palabras, fin de la historia.

Maggie entrecierra los ojos, viendo a través de mí como siempre.

—Ajá. ¿Y cómo te sientes al respecto?

—¿Sentir? —me burlo— No siento nada. Han pasado veinticinco años. —Soy una mentirosa e iré al infierno. Así es como funciona, ¿no? No lo sé. No voy a la iglesia. Tal vez debería empezar. Podría ayudar con todas las mentiras que estoy diciendo de repente. Aunque si te mientes a ti misma, ¿tal vez está bien?

—Exactamente —dice Maggie, posándose en un taburete cercano —. Veinticinco años de historia sin resolver. Eso tiene que remover algo.

Me ocupo organizando herramientas, evitando su mirada.

—Es historia antigua, Mags.

—¿Lo es? —Se inclina hacia adelante, suavizando su voz—. Blair, cariño, te conozco desde que éramos niñas. Puedo verlo en tus ojos. Estás mintiéndome, completamente.

Me doy la vuelta, con la frustración burbujeando.

—¿Qué quieres que diga? ¿Que verlo puso mi mundo patas arriba? ¿Que estoy secretamente suspirando por mi amor perdido?

Maggie no se inmuta ante mi arrebato. En cambio, extiende la mano, tomando mi mano manchada de grasa entre las suyas.

—Quiero que seas honesta contigo misma. Y conmigo.

La lucha se escapa de mí. Me derrumbo contra el banco de trabajo, de repente exhausta.

—No sé cómo me siento, Mags. Es.... complicado. —Estoy tan harta de pensar en él. De recordar. No quiero hablar de.... —Es como.... ver un fantasma. Una parte de mí quiere gritarle, hacerle sentir todo el dolor que causó. Otra parte.... Dios, otra parte de mí recuerda cómo se sentía cuando las cosas iban bien entre nosotros. —Y eran tan, tan buenas. Nunca había conocido a nadie que me entendiera como él lo hacía. Que viera más allá del exterior y realmente me amara.

Ese es el problema, sin embargo. Estaba delirando. Él no me amaba. Al menos no de la manera que yo pensaba que lo hacía.

Maggie asiente, animándome a continuar. Y aparentemente, soy incapaz de callarme.

—Pero ha pasado tanto tiempo —digo, sacudiendo la cabeza—. Éramos unos críos. Ahora somos personas diferentes. Lo que sea que tuviéramos.... se ha ido. Y no reconozco al hombre en el que se ha convertido. No queda nada del Ransom que amé.

—¿Pero realmente se ha ido? ¿Cómo puedes saberlo con certeza? —pregunta Maggie suavemente— Tal vez haya una razón por la que ha vuelto. Tal vez aún haya una oportunidad....

La interrumpo con una risa áspera.

—¿Una oportunidad? Mags, sé seria. Ya no somos adolescentes enamorados.

—No —coincide—, pero eso no significa que las segundas oportunidades no existan. Blair, yo solo.... quiero que seas feliz.

La sinceridad en su voz me oprime la garganta.

—Soy feliz —insisto, pero suena débil incluso para mis propios oídos. ¿Qué significa eso, ser feliz? Me gusta mi vida. Amo a las personas que están en ella. ¿Por qué no puede ser suficiente?

Maggie me da una mirada que dice que no se lo está creyendo.

—Estás contenta, seguro. Pero ¿cuándo fue la última vez que realmente te permitiste sentir algo? ¿Tomar un riesgo?

Jugueteo con una llave inglesa, evitando su mirada.

—Siento muchas cosas. Pero no puedo permitirme tomar riesgos, Mags. Tengo el taller, y a ti, y a Max en que pensar....

—Y esas son cosas importantes —dice suavemente—. Pero tú también lo eres, Blair. Tu felicidad también importa. No quiero que

uses mi enfermedad como excusa para evitar tu propia vida.

Hace un año, le habría gritado, le habría dicho que era una perra delirante. Ella me habría gritado también y me habría dicho que soy una maldita ermitaña, y luego ambas habríamos seguido con nuestro día. Pero las cosas con ella se sienten demasiado frágiles. Ella se siente demasiado frágil.

—Tal vez tengas razón. Tal vez necesite algo, pero hay una cosa que sé con seguridad, Maggie. Mi final feliz nunca será con Ransom. Incluso si.... incluso si todavía hubiera algo ahí, que no lo hay.... Es demasiado complicado. Han pasado demasiadas cosas. —Se han dicho demasiadas palabras afiladas como navajas.

No me queda sangre que darle.

Maggie parece querer discutir, pero afortunadamente lo deja pasar. Está tan decidida a tener la vida envuelta en un bonito lazo, por si acaso esto es todo. Entiendo la necesidad, pero joder si puedo arreglar mi vida para hacerla feliz. Incluso si pudiera, no lo haría.

Eso es lo bueno de estar en los cuarenta. He descubierto lo que amo. He encontrado mi lugar. Y no estoy dispuesta a cambiar eso por nadie, ni siquiera por Maggie.

Maggie me da una sonrisa cansada y me atrae hacia un abrazo. Consciente de lo frágil que es, le devuelvo el abrazo.

—La vida es complicada, cariño —murmura—. Pero a veces, las cosas más valiosas lo son. No te estoy diciendo que corras a sus brazos ni nada por el estilo. Solo.... no cierres la puerta completamente, ¿de acuerdo? Date permiso para sentir lo que estés sintiendo.

Me aparto.

—¿Cuándo conseguiste tu puto título de psicología?

Sonríe, con un atisbo de su antiguo yo travieso brillando.

—Cállate. Soy sabia. El cáncer hace eso a una persona. Le hace darse cuenta de lo que es importante y lo que no.

—¿Sabia? ¿Así es como lo llamas ahora? —Más bien entrometida y dominante. —He echado de menos esto —admito—. Nosotras, hablando así. Con todo lo que está pasando....

La sonrisa de Maggie se vuelve agridulce.

—Lo sé. Yo también. Por eso no voy a dejar que barras esta mierda bajo la alfombra. Has sido mi roca durante todo esto. Déjame devolverte el favor, ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza, conteniendo el profundo pozo de desesperación que siento cada vez que pienso en que ella no esté aquí, y susurro:

—De acuerdo, vaca entrometida. Mantendré la mente abierta.

Aprieta mi mano una última vez antes de dirigirse a la puerta.

—Es todo lo que pido. Ah, y Blair....

—¿Sí?

—¿Alguna vez has pensado que la razón por la que todavía te sientes tan enojada al respecto es porque aún estás enamorada de él, incluso después de todos estos años?

—No. Estás delirando y necesitas que te revisen.

Su labio se curva y sacude la cabeza; luego se va. Es tan jodidamente insistente.

Y no estoy enamorada de Ransom, no de la manera en que ella lo dice. Sigo enamorada del chico que conocí, el que me tomaba de la mano y me miraba como si yo brillara más que la luna llena.

Pero ese chico ya no existe. ¿El hombre que lo reemplazó? ¿El que intentó destruirme?

¿Ese Ransom?

Que se vaya a la mierda.

18

RANSOM

—Por aquí no toleran el acoso.

Mierda. ¿Cómo dejé que se me acercara sin darme cuenta? Es un tipo fornido, todo músculo y tendones, con el pelo corto y ojos penetrantes que no se pierden nada. El tipo de hombre que querrías de tu lado en una pelea.

—No estoy acosando —digo, tratando de mantener un tono ligero—. Solo.... recordando viejos tiempos.

El hombre, que lleva un mono de trabajo de *McKenna's Auto*, entorna los ojos.

—¿Recordando exactamente qué?

¿Quién coño es este tipo? Cruzo los brazos sobre el pecho y arqueo una ceja hacia él. Es la pose de "aquí mando yo" que uso en las negociaciones, pero no está funcionando aquí. Probablemente porque estoy en clara desventaja ahora mismo. No tengo ninguna información, y solo puedo culparme a mí mismo por ello.

—Solía vivir aquí. Bueno, no en el taller en sí, sino arriba con los McKenna. Soy un amigo.

El tipo resopla.

—¿Amigo, eh? No es exactamente como te describiría basándome en lo que he oído.

Se me revuelve el estómago. Malditos pueblos pequeños. Por supuesto que ya sabe quién soy. ¿Por qué no esperé e hice algo de reconocimiento primero?

—Solo estoy aquí para.... joder, no lo sé. ¿Hacer las paces, quizás?

Él arquea una ceja.

—¿Merodeando fuera del taller?

Hago una mueca. Tiene razón.

—Las cosas no salieron muy bien anoche. Estoy tratando de encontrar el enfoque adecuado, eso es todo.

—Blair no está —dice con tono cortante—. Está fuera, en un trabajo.

Eso no es novedad. La vi salir hace una hora. Es la única razón por la que me sentí lo suficientemente seguro como para acercarme al edificio. Hay muchas cosas peligrosas y pesadas ahí dentro. Cosas que Blair no tendría problema en lanzar.

—Esperaré.

Nos quedamos en un silencio incómodo por un momento, evaluándonos mutuamente. Lógicamente, sé que Blair no podría estar dirigiendo este lugar ella sola. Este es un pueblo pequeño, pero donde hay vehículos muy usados, encontrarás un mecánico ocupado. Por eso los talleres como este son buenas inversiones. Quizás no este taller en particular, pero los que poseo por todo el país lo son. Pero, ¿quién coño es este tipo? ¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí? ¿Qué tan cercano es a Blair?

En cualquier negociación, la persona con menos información está en desventaja. Odio estar mal preparado, pero todo este viaje es una muestra de idiotez, así que no tiene sentido tratar de fingir que sé lo que estoy haciendo. ¿Por qué tuve que mantener a Blair y a este pueblo en tanto secreto? Mi hermano Declan, hacker y dios de las computadoras, podría haberme conseguido la información sobre este tipo hace un año, pero no, tenía que ser un paranoico de mierda y mantenerlo todo en secreto.

—Entonces, ¿cuánto tiempo llevas trabajando aquí? —pregunto, sin siquiera intentar sonar casual.

Se encoge de hombros, con expresión cauta.

—Unos años ya. Blair es una buena jefa.

¿Por qué me sorprende eso? Siempre supo lo suyo cuando se trataba de coches, pero las personas eran otra cosa. No puedo

imaginarla como jefa o tratando con clientes. ¿Realmente tiene la paciencia que se necesita? Tal vez no, y por eso Robert vino a mí. ¿Porque estaba preocupado de que ella no pudiera manejar la responsabilidad del taller?

—Siempre tuvo un don para estas cosas —digo, señalando hacia el taller—. Incluso cuando éramos niños.

Su expresión se suaviza ligeramente.

—Sí, es única.

¿Estaría mal darle un puñetazo en la garganta a este tipo y tirarlo en el maletero de mi coche? No me gusta la mirada en sus ojos cuando habla de Blair.

Para nada.

Volvemos a caer en silencio, con mil preguntas sin respuesta entre nosotros, ambos reacios a revelar algo importante. ¿Y cómo coño sabe de mí? De nosotros. ¿Solo ha oído chismes, o ella se lo contó?

La idea de que ella compartiera nuestra historia con este tipo, que claramente se preocupa por ella, me hace querer salirme de mi piel. También es su historia, lo sé, pero todo sobre nosotros, hasta el final, es jodidamente precioso para mí. Lo mantengo guardado, solo sacándolo para mí mismo.

Yo seguro que no lo compartiría con un compañero de trabajo.

Y no lo compartí con mi familia.

¿Por qué eso me hace sentir culpable?

—¿Tienes un nombre? Es lo justo, ya que pareces conocer el mío.

Sus ojos se entrecierran, pero finalmente gruñe:

—Matt.

—¿Serviste? —pregunto, asintiendo hacia el tatuaje del Ejército que se asoma por debajo de su manga.

Matt asiente.

—Dos tours en Afganistán.

Ah, joder. Es un tipo guapo y un héroe. Mierda.

—Gracias por tu servicio.

Matt se encoge de hombros.

—Solo hice mi trabajo.

Modesto también. Lo odio.

—Mira —dice Matt finalmente—, entiendo que tienes historia aquí. Pero las cosas cambian. La gente cambia. Blair se ha construido una vida, y es buena. No la arruines solo porque te sientes nostálgico.

Este jodido tipo.

—Aprecio que la cuides —digo—. Pero no tienes ni puta idea de lo que estás hablando.

Matt asiente, su expresión ilegible.

—He trabajado con ella todos los días durante años. Creo que tal vez sé mucho más que tú.

Sí, voy a joderlo. Lo miro con furia y me subo las mangas de la sudadera. Matt me observa con una mirada de anticipación. Bien. Hagámoslo.

Nos interrumpe el rugido de un motor. Blair se detiene en la acera, luego retrocede con suavidad, dejando el sedán de última generación que está remolcando justo frente al hueco vacío.

Salta fuera, sus ojos alternando entre Matt y yo. Hay una tensión en su mandíbula que reconozco muy bien.

—Matt, pon esto en el elevador y revísalo para la señora Hendricks —dice Blair, con tono cortante.

Matt asiente, sonriéndome con suficiencia, y se mueve para desconectar el coche. Blair rodea el camión, deteniéndose a unos metros de mí. Cruza los brazos sobre el pecho, su mirada taladra la mía.

—Sigues aquí.

No es una pregunta. Puedo ver cómo se levantan los muros, su lenguaje corporal grita "mantente alejado". Pero nunca he sido bueno retrocediendo ante un desafío.

—Pensé que podría echar una mano —digo, dirigiéndome hacia el camión—. Por los viejos tiempos.

Las cejas de Blair se disparan. Eso no es lo que esperaba que dijera en absoluto. Bien. Esa es la única oportunidad que tengo de arreglar las cosas con ella. Una Blair desequilibrada será más fácil de manejar.

—Estás bromeando.

La ignoro, cerrando la cremallera de mi sudadera mientras camino hacia Matt.

—¿Necesitas una mano?

Matt arquea una ceja.

—Claro, toma ese lado.

Juntos, maniobrados el coche sobre el elevador y lo levantamos. Me meto debajo con Matt, el familiar olor a aceite y metal inundan mis sentidos.

—No estás realmente vestido para esto, chico de ciudad —dice Matt, mirando mi ropa—. Tal vez quieras dar un paso atrás.

—No importa. Tengo más ropa. —No conmigo, pero eso es un problema menor. Estoy seguro de que hay algún lugar en el pueblo para comprar otra camisa. Y demostrarle a este imbécil colosal que no soy un maldito inútil chico de ciudad importa más que mi guardarropa.

Nos ponemos a trabajar, Matt indica lo que necesita y yo le paso las herramientas. No le toma mucho tiempo darse cuenta de que le estoy pasando lo que necesita antes de que lo pida. Tomar un papel secundario en este taller ante cualquiera que no sea Robert o Blair no me sienta bien, pero puedo ser agradable cuando lo necesito. Y ahora mismo, con Blair en el puesto de al lado, lo necesito.

—Realmente sabes lo que estás haciendo —dice, con evidente sorpresa en su voz.

¿Me siento un poco presumido? Sí.

—No suenes tan sorprendido. Crecí en este taller, ¿recuerdas?

—Sí, pero eso fue hace mucho tiempo, ¿no?

—Es cierto —admito, limpiándome el sudor de la frente—. Estos días paso más tiempo detrás de un escritorio que debajo de un coche. Pero siempre tengo algo en lo que trabajar en casa. —Pusimos un elevador en el garaje subterráneo de casa, así que trasteamos allí. Para cosas más grandes en nuestros propios coches, los llevamos a Knight Street. Es familiar. Es hogar. Y es una buena manera de estar al tanto de mis hermanos. Es más probable que divaguen sobre sus vidas cuando están trasteando, dándome una idea de lo que pasa por sus cabezas.

Matt asiente, concentrándose en la tarea en cuestión. Trabajamos en silencio por un rato, los únicos sonidos son el tintineo de las herramientas y algún gruñido ocasional de esfuerzo.

—Entonces, ¿a qué te dedicas ahora? —pregunta Matt eventualmente—. Si no te estás ensuciando las manos todos los días.

Dudo por un momento.

—Soy dueño de una empresa. Hacemos muchas cosas, pero la grande es Corporación Brash Auto.

Los ojos de Matt se agrandan.

—Mierda, ¿en serio? Pedimos piezas a ustedes todo el tiempo.

—El mundo es un pañuelo —murmuro, muy consciente de que Blair está trabajando en un coche cerca. No ha dicho una palabra, pero puedo sentir que está escuchando. ¿Por qué me importa lo que ella piense sobre lo que he logrado? No me sorprende que pidan a nuestra empresa. La mayoría de los mecánicos lo hacen. Tenemos los mejores precios y la entrega más rápida.

—¿Cómo acabaste dirigiendo una empresa así? —pregunta Matt.

Me encojo de hombros, concentrándome en apretar un perno.

—El lugar correcto, el momento correcto y un poco de suerte. Quería construir algo que fuera todo mío. Bueno.... nuestro. Lo hice con mi familia. —Blair deja caer algo, murmurando una maldición mientras lo recoge. Está escuchando cada palabra que digo, gracias a Dios. —Empezamos con un taller. Luego dos. Después se convirtió en cientos, luego piezas e inmobiliaria.

—Debe ser agradable —dice Matt, con un toque de algo en su voz. ¿Envidia? ¿Curiosidad? —. Sentarse en una oficina todo el día, dando las órdenes.

Me río, el sonido hace eco en el taller.

—Ser el jefe es jodidamente genial. Pero a veces extraño esto, ¿sabes? La simplicidad. Problema, solución, arreglado. Hay mucha menos mierda debajo de un coche.

—Sí, entiendo eso —asiente Matt, con el ceño fruncido—. Hay algo satisfactorio en descubrir qué está mal y arreglarlo.

Volvemos a caer en el silencio, trabajando constantemente. Por supuesto, echo miradas furtivas a Blair. Está inclinada sobre el motor

de otro coche, sus movimientos seguros y eficientes. Verla moverse alrededor del vehículo es como ver una danza. Está tan completamente a cargo aquí. Tan en casa.

Y estoy tratando de convencerla de que venda. ¿Por qué? Se está volviendo difícil justificarlo, incluso para mí mismo.

—Entonces, ¿creciste aquí? —pregunta Matt, interrumpiendo mis pensamientos. Está mirando a Blair.

Asiento.

—Sí, Robert fue mi padre adoptivo. Viví aquí desde los doce hasta los quince años.

—Era un buen hombre —dice Matt suavemente.

El tiempo pasado me revuelve el estómago. Era más fácil imaginarlo vivo y bien cuando no estaba parado en este maldito taller. Debe matar a Blair estar aquí todos los días sin él.

—Sí, lo era.

Más silencio. Puedo sentir el peso de las preguntas no formuladas flotando en el aire.

—Mira —dice Matt finalmente, su voz baja. Tan baja que dudo que Blair pueda oír—. No sé qué pasó entre tú y Blair. Pero ella ha pasado por mucho.

Encuentro su mirada.

—Lo sé. Esa es parte de la razón por la que estoy aquí. —La muerte de Robert tuvo que haber sido difícil. Si tan solo me dejara hacer las cosas más fáciles para ella.

Matt mantiene mi mirada por un largo momento, luego asiente.

—Está bien entonces. Pásame esa llave inglesa, ¿quieres?

Terminamos el trabajo y luego salimos de debajo del coche. Me estiro, mi espalda protesta por el trabajo poco familiar. No había pasado tanto tiempo debajo de un coche en quince años. Cuando estoy con mis hermanos, tiendo a quedarme un poco más atrás. Cuanto más ocupadas están sus manos, más hablan. La única excepción es Jonas, que es más feliz sentado en una silla de jardín, comiendo y ofreciendo sugerencias "útiles".

Blair todavía está en su puesto, pero la sorprendo mirándonos en el reflejo del parabrisas.

—Gracias por la ayuda —dice Matt, ofreciendo su mano.

La estrecho, asintiendo.

—Cuando quieras.

Forzándome a salir del taller en lugar de cruzar hacia ella como quiero, juro que siento sus ojos en mi espalda. Este no es el momento de hablar con ella. No con público, y no hasta que aclare la mierda conmigo mismo.

Estar cerca de Blair, a pesar de recibir claras vibraciones de "lárgate", se sentía como estar en casa, y está jodiendo mi cabeza.

El sol está pegando fuerte mientras cruzo la plaza, haciendo que se sienta como verano ya. Mi camiseta está jodida, y necesito encontrar algún lugar para comprar una limpia antes de volver al taller más tarde.

Porque voy a volver.

Blair y yo todavía necesitamos hablar, y ahora, gracias a trabajar junto a ella toda la tarde, tengo una ligera esperanza de que no intente matarme.

Al menos no de inmediato.

Badger Falls no ha cambiado mucho en veinte años. Oh sí, excepto por un montón de escaparates cerrados. Por suerte, veo una tienda de ropa metida entre la farmacia y la peluquería. Perfecto.

Cuando abro la puerta, una pequeña campana suena sobre mi cabeza. El lugar está limpio pero apretado, con un enfoque distintivo en ropa a cuadros y de trabajo. Todo un estante de camisas cuesta menos que una de mis corbatas en casa.

Todo lo que uso es caro. Todo lo que uso tiene un propósito. Es camuflaje. Es armadura. Pero aquí, destaco. Y aunque normalmente no me importa eso, estoy luchando una batalla cuesta arriba aquí y me vendría bien un poco de pasar desapercibido.

—¿Puedo ayudarte a encontrar algo? —Una mujer de unos veintitantos se acerca, sus ojos se abren ligeramente al mirarme.

—Solo necesito una camisa limpia —digo, señalando las manchas de grasa—. Me dejé llevar un poco ayudando en el taller de McKenna.

Su expresión se suaviza al mencionar el taller.

—Oh, ¿conoces a Blair? Me encanta. Ha pasado por tanto últimamente.

Asiento con la cabeza, sin confiar en mi voz para hablar. *¿Por qué ha pasado Blair? ¿Qué es lo que no sé?* Robert murió, sí, pero ha pasado más de un año. ¿Será eso de lo que está hablando? Eran muy cercanos, así que tal vez, pero siento que hay algo más.

Y la forma en que todos lo siguen diciendo.... quizás sí sea algo más.

—Bueno, vamos a arreglarte —dice, guiándome hacia un perchero de camisas abotonadas—. Eres algo.... grande. —Aclara su garganta, con las mejillas sonrosadas. —Pero tenemos algunas opciones que deberían funcionarte. ¿Tienes algún color en mente?

—¿Por qué no eliges tú? Y ya que estás en ello, ¿hay alguna posibilidad de que tengas pantalones que me queden?

Se quita las gafas y recorre mis piernas con la mirada de una manera que me hace sentir halagado y un poco violentado al mismo tiempo.

—Eres alto, pero creo que podría tener algunas opciones. —Engancha su brazo con el mío y me sonríe. —Vamos, guapo.

19

BLAIR

—Estás muy callado —dice Matt, mirándome por encima del hombro desde el fregadero, con el sonido del agua corriente haciendo eco en el garaje.

—No hay mucho que decir —murmuro, mirando con furia el motor en el que he estado trabajando durante demasiado tiempo—. No como tú y tu amigo. —Mis dedos se tensan alrededor de la llave que sostengo hasta que mis nudillos se vuelven blancos. Que Ransom estuviera aquí jodió toda mi mañana. No podía concentrarme, y estoy de todos los colores de cabreada por eso. Me gusta estar cabreada. Es mejor que estar confundida y triste.

—¡Vaya! Sabía que eso iba a molestarte.

Lo miro con furia, preguntándome por millonésima vez por qué no lo despedí. Sé por qué; es excelente en su trabajo, y no quiero trabajar dieciséis horas al día, pero a veces me saca de quicio

—¿Entonces por qué lo hiciste?

—No te vi rechazando mano de obra gratis —dice, sonriendo con suficiencia. Se gira y se apoya contra el fregadero, secándose las manos con un trapo limpio del taller y cruzando los brazos sobre el pecho—. Tienes algunos amigos bastante poderosos. ¿Cómo es que nunca hablaste de él?

—No había nada que decir. Antes de anoche, no lo había visto en veinticinco años.

—Joder. Eso es mucho tiempo. Suena como si hubiera una historia ahí.

—Sí, la hay. Pero no una que me interese compartir.

Levanta las manos.

—Entendido. Es solo que.... —Se detiene, sacudiendo la cabeza.

No voy a hacerlo. No voy a....

—¿Es solo qué?

Hace una mueca y se acerca, sus botas rozan suavemente contra el desgastado suelo de linóleo.

—Es solo que, ¿no estás cansada? Antes no lo entendía, pero ahora sí. Algo te pasó hace mucho tiempo, y creo que él tuvo algo que ver. Y hoy, ha habido esta ira creciendo en ti. Podía sentirla desde el otro lado del maldito garaje. ¿Y me dices que esto es historia antigua? No me parece que esté en el pasado.

Cruzo los brazos, apoyándome contra el mostrador. El antiguo refrigerador zumba ruidosamente en el fondo. Ha estado en las últimas durante veinte años, pero aún mantiene fría nuestra reserva de refrescos y cerveza. Ya no los hacen como antes. Eso es cierto tanto para los coches como para los electrodomésticos.

—¿Cómo debería estar reaccionando?

—No lo sé, McKenna. —Se pasa una mano por el pelo, exhalando pesadamente. —Todo lo que sé es que cargar con tanta ira te consume. Puedo decírtelo por experiencia personal. Quizás necesites encontrar una manera de perdonar lo que sea que él hizo, para que puedas seguir adelante de una puta vez.

El silencio se extiende entre nosotros, roto solo por el goteo constante del grifo.

—Eso no es algo fácil de hacer —murmuro finalmente, mi voz apenas por encima de un susurro.

—Lo sé. —Asiente, su expresión se suaviza. —Yo también sigo trabajando en ello.

Cambio mi peso, descruzando los brazos mientras la curiosidad me gana.

—¿A quién necesitas perdonar? —Matt ha vivido en este pueblo más de cinco años. Cuando llegó era más callado, retraído. Pero nunca hablamos sobre por qué, y él nunca lo mencionó.

Lo cual, honestamente, me va bien. Pero me estoy dando cuenta de que tal vez no haber preguntado en todo este tiempo me

convierte en una jefa de mierda.

Demonios, en una amiga de mierda.

Su voz es baja, áspera.

—A mí. —Mira el reloj, luego me hace un gesto de buenas noches, y se va. Trato de escuchar el sonido de sus botas en la escalera, pero no las oigo. Ha estado alquilando el apartamento desde que papá murió, y funciona para ambos. Tengo a alguien vigilando el taller, y él tiene un trayecto fácil al trabajo.

Me detengo en la apertura de la puerta central del garaje, observándolo alejarse, con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros, los hombros encorvados contra el frío.

Lleva un peso, pero nunca pregunté por qué. Tal vez él y papá hablaron; no lo sé. Supuse que si quería compartirlo, lo haría. De lo contrario, me ocupaba de mis propios malditos asuntos.

Lástima que él no parezca sentir lo mismo.

Ahora solo estás siendo una imbécil. Además, eso no es cierto en absoluto.

—Perdonar —murmuro, mirando con furia hacia los bancos en la plaza del pueblo.

Suspiro, apoyándome contra el marco de la puerta. El perdón es un concepto tan sencillo, pero simplemente no es tan fácil.

Durante años, he cargado con esta ira, este dolor. Se ha convertido en una parte de mí, moldeando mis decisiones y mis relaciones. ¿Cómo sería simplemente.... dejarlo ir? ¿Liberar el agarre del resentimiento que ha estado apretando mi corazón durante tanto tiempo?

Cierro los ojos, tratando de imaginar un mundo donde no estoy constantemente cargando este peso. Un mundo donde el nombre de Ransom no me revuelve el estómago. Es difícil de imaginar, pero hay un destello de algo allí. ¿Alivio? ¿Paz? Me serviría un poco de paz. Y honestamente, no quiero pasar más tiempo enojada. Concentrarme en Maggie y apreciar el tiempo que me queda con ella tiene que ser mi prioridad.

Abro los ojos, escaneo la plaza del pueblo de nuevo, conteniendo la respiración cuando reconozco una figura frente a mí. No tiene la misma forma que el chico que conocí, pero aún sé que es él.

Ransom. Está de pie cerca de nuestro viejo banco.... no, ya no es nuestro. Ahora es solo un banco.

Mis pies están clavados en el sitio mientras debato conmigo misma. Una parte de mí quiere retirarse de vuelta al garaje, a la seguridad de mi ira. Pero otra parte, la voz más tranquila que he estado ignorando durante años, me insta a avanzar.

Antes de que pueda convencerme de lo contrario, me estoy moviendo. Cada paso por el camino de entrada se siente como si estuviera vadeando a través de melaza. Me he enfrentado a muchas cosas difíciles en mi vida, ¿así que por qué estoy siendo una maldito bebé con esto?

Mientras cruzo, mi corazón late con fuerza en mi pecho. *¿Qué estoy haciendo? ¿Qué voy a decir?* Pero es demasiado tarde para dar marcha atrás ahora. Me ha visto, y de ninguna maldita manera voy a darme la vuelta y huir de él. No me permitiré ser tan débil.

Me acerco lentamente, con las manos metidas profundamente en mis bolsillos para ocultar su temblor. Se ha cambiado a una camisa diferente. Cuadros grises. Le queda bien.

La mirada de Ransom es indescifrable, pero hay algo en sus ojos que me impide dar la vuelta y correr de vuelta al taller. Algo que se parece un poco a la esperanza.

—Blair —dice suavemente, mi nombre una pregunta en sus labios.

—Ransom. —Mierda. ¿Qué digo? —Duele mirarte.

Se estremece y exhala, larga y lentamente.

—Joder, no te andas con rodeos, ¿verdad? Vas directo a la yugular.

¿Estoy feliz de haberlo lastimado? No, en realidad no. Principalmente, estoy triste.

—No lo dije para lastimarte. Es simplemente.... la verdad.

Sus labios se aprietan mientras mira por encima de mi cabeza.

—Lo sé. Siempre supe, incluso en aquel entonces, que iba a lastimarte. Aún lo siento.

—Eso ya lo has dicho. —Miro el banco, debatiendo conmigo misma, luego lo cruzo y me siento. —No me he sentado aquí desde aquella noche. Se convirtió en "el banco" en mi mente. —Paso la

mano sobre las tablillas de madera. —¿Crees que los lugares absorben las cosas malas que suceden allí?

Ransom se frota la nuca, luego se sienta en el otro lado del banco, inclinado hacia mí. Ambos somos más grandes de lo que éramos hace todos esos años, así que solo hay espacio para un niño pequeño entre nosotros. Está demasiado cerca, e instintivamente quiero alejarme, pero me obligo a permanecer en la incomodidad.

Soy una experta en esto. Sentarme junto a Maggie escuchándola planear su maldito funeral me ha obligado a familiarizarme con cosas incómodas y dolorosas.

—No lo sé —dice finalmente, mirándome—. Sentado aquí, recuerdo esa noche, pero también recuerdo todos los buenos momentos. Recuerdo sentarme aquí, comiendo patatas fritas contigo, hablando sobre lo que íbamos a hacer cuando creciéramos. ¿Tal vez este banco absorbió suficiente felicidad para contrarrestar lo malo?

—Esa es una buena idea.

—Blair, yo....

—No —digo, levantando una mano—. Necesito que me escuches, por favor. —Él asiente, con los ojos fijos en mi rostro. —Ya no te conozco. No conozco al hombre que eres, así que solo puedo hablar con el chico que solía conocer. Y tengo que creer que ese chico no está tratando de destruir mi vida. Que todo lo que has hecho durante el último año ha sido porque amabas a mi padre, como dijiste.

Él abre la boca para intervenir, y yo extiendo la mano, presionando mis dedos sobre sus labios. Mala jugada. Los retiro rápidamente, pero el daño está hecho. Las estúpidas chispas están ahí, bailando entre nosotros, tan fuertes como las recuerdo, tal vez más.

—Por favor, déjame terminar. —Espero su asentimiento y luego continúo—: No sé qué te dijo papá. Pero me dejó una carta. Quería más para mí que este pueblo. ¿Supongo que te dijo lo mismo? —Me tomó un tiempo juntar la carta de mi padre, mayormente divagaciones sobre todas las cosas que deseaba haber hecho de

manera diferente y todas las esperanzas que tenía para mí, con la repentina reaparición de Ransom en mi vida.

Él duda, luego asiente, y algo se retuerce en mi pecho. Me froto la palma sudorosa a lo largo de mi muslo cubierto por el jean.

—Se le metió en la cabeza, allí al final, que yo merecía más que una vida en un pueblo pequeño. Pero la cosa es, Ransom, que me encanta aquí. Este es mi hogar. Todas las personas que amo están aquí. Tengo un trabajo del que estoy orgullosa. —Levanto una mano, saludando a unos niños que pasan en bicicleta. —Encajo aquí, de una manera en que mi padre nunca lo hizo. Y era demasiado terco para verlo. Él era el que quería vivir en la ciudad. Él era el que quería más que este pueblo. Nunca fui yo.

Me giro en el banco hasta que mis rodillas casi tocan las suyas.

—Este último año, no me escuchabas cuando decía que no. Necesito que escuches ahora. No quiero vender. Soy feliz aquí. Realmente feliz. Y si quieres preservar cualquier pequeño sentimiento bueno que me quede hacia ti, lo dejarás. Todo. Deja de enviarme ofertas. Deja de interrumpir mi vida.

Sus ojos recorren mi rostro, y cuando habla, su voz es baja, vibrando con honestidad.

—No estaba tratando de lastimarte, Blair, lo juro. Tienes razón, quería respetar los deseos de Robert. Yo.... —Se pasa una mano por el pelo. —No me permití realmente pensar en ti. —Su boca se tuerce. —Eso es mentira. Pensé en ti, pero no me permití pensar en lo que tú querías. Decidí que Robert debía tener sus razones, y no me permití ir más allá.

Se detiene, pareciendo que hay más que quiere decir. Finalmente, suspira y se desploma en el banco.

—Hacerte esas ofertas era mi manera de ayudarte. De compensar todo lo que pasó. Todo lo que hice.

—El dinero no puede arreglar el pasado. El dinero no puede borrar los recuerdos. —Él se estremece, reconociendo la verdad de eso. Lo sabe tan bien como yo. —De todos modos, nunca he sido alguien que se preocupe por el dinero. Tú tampoco solías serlo.

—La gente cambia.

—Supongo que sí. Llegaste al pueblo en un coche de quinientos mil dólares.

Me mira, una lenta sonrisa curva sus labios.

—Y tú no deseabas nada más que ponerte detrás del volante, ¿no?

Me permito imaginar ponerme detrás del volante de esa perfecta pieza de ingeniería y suspiro.

—Tanto que sí.

Él se ríe, y dejo que el lento calor de su risa descongele unos cuantos puntos helados en mi pecho. Sonríe y apoya el codo en el respaldo del banco.

—Es una jodida bestia de coche.

—Lo es. No es que lo sepa por experiencia personal. Nadie por aquí conduce nada parecido. Pero joder si no mataría por mirar bajo el capó.

—Todo lo que tienes que hacer es preguntar, Blair.

Pedirle algo parece una mala idea. Solo niego con la cabeza y me muevo hasta que estoy mirando al frente de nuevo.

Tomo una respiración profunda, preparándome para lo que viene después. La parte de *recordarme a mí misma que tiene toda una vida diferente, en un lugar completamente diferente*. La parte de *recordarme a mí misma que no es el chico que recuerdo*.

—Entonces, cuéntame sobre tu vida ahora. ¿Cómo es ser un pez gordo en Chicago?

Las cejas de Ransom se disparan, claramente sorprendido por el cambio de tema. Se inclina hacia adelante, los codos sobre las rodillas, las manos entrelazadas, y mira hacia mi tienda.

—Es jodidamente increíble. Mi vida es más de lo que jamás soñé.

—¿El dinero? —presiono, manteniendo mi voz neutral. El dinero nunca ha sido algo que me importara. No hasta que Maggie se enfermó esta vez. Pero aun así, tengo suficiente. Tendré suficiente para mí y para Max.

Se pasa una mano por el pelo, un gesto tan familiar que me hace doler el pecho.

—El dinero es jodidamente genial. Cualquier cosa que quiera, puedo conseguirla. —Sonríe. —Como esa jodida bestia de coche.

Pero tengo todas las cosas que necesito. Ya no se trata realmente de eso.

—¿De qué se trata entonces?

Se gira, clavándome esos ojos oscuros.

—De cuidar a las personas que amo.

Asiento, con los ojos fijos en un punto sobre su hombro, la forma en que dice *amo* reverberando en mi cabeza.

—¿Tienes gente allí? ¿Amigos, familia? —*¿Tienes esposa, hijos? ¿Te olvidaste por completo de mí?* No puedo decidir si será más fácil o difícil si los tiene.

—Lo tengo —dice él, suavizando su voz—. He formado una familia. Somos sólidos. Mis hermanos encontraron mujeres, y ahora vienen bebés en camino.

Hermanos. Lo dice con tanta naturalidad, con tanta calidez que tengo que luchar contra la amargura. Tiene personas tan cercanas que las llama hermanos. ¿Por qué tuvo que irse para encontrar eso? ¿Por qué él...? No, olvídalo.

—Eso es bueno —murmuro, luchando contra el impulso de mirarlo directamente—. ¿Eres feliz?

Ransom se mueve, levantando una rodilla en el asiento para poder mirarme de frente. Siento su mirada en mi rostro, pero mantengo mis ojos desviados.

—Soy.... feliz —dice lentamente—. He logrado mucho. Durante mucho tiempo, todo lo que hice fue para asegurarme de que estuviéramos seguros. Ahora, el dinero no es algo en lo que tenga que pensar de nuevo. Mi familia está establecida y feliz, así que eso es todo lo que necesito.

Me arriesgo a mirarlo de reojo, arrepintiéndome inmediatamente cuando veo la intensidad en sus ojos. Aparto la mirada rápidamente.

—¿En serio? ¿Si ellos están bien, tú estás bien? —Solía pensar de la misma manera, si soy honesta, pero los últimos años me han enseñado que no puedo poner toda mi seguridad emocional en las personas que me rodean. Porque tarde o temprano, se van a ir.

Y no quiero quedarme como una cáscara vacía cuando se vayan.

Él suspira, recostándose en el banco.

—En su mayoría. Si pudiera volver atrás y hacerlo todo de nuevo, tal vez tomaría una decisión diferente. Pero mi hermano Colton tiene esta cosa sobre los "qué pasaría si". Siempre pensamos que las cosas serían mejores si volviéramos atrás y eligiéramos de manera diferente, pero no hay garantía de que funcionaría de esa manera. Es igual de posible que el camino no tomado esté cubierto de montones humeantes de mierda.

Imágenes desagradables. Pero maldita sea, efectivas.

—No lo había pensado así. —Muchas veces me pregunté cómo habría sido mi vida si papá se hubiera quedado en la ciudad, o si Ransom nunca se hubiera ido, pero en todas mis imaginaciones, nunca me vi peor.

—¿Pero estás bien? —pregunto, con la voz apenas por encima de un susurro. A pesar del dolor y el sufrimiento entre nosotros, quiero que esté bien. Sí, algunas veces en los últimos veinte años deseé que tuviera que lidiar con la calvicie masculina o la picazón en la ingle, pero nunca quise que estuviera realmente herido o molesto.

Y eso me enojó durante mucho tiempo. Odiar a alguien y no preocuparse por lo que le suceda es más fácil que seguir teniendo sentimientos.

—Estoy bien —confirma—. ¿Tú lo estás?

Asiento, todavía sin mirarlo a los ojos.

—Lo estoy. Tengo mi trabajo, mis amigos. Es una buena vida. —Es la verdad. Y no lo es. Porque tengo amigos, pero Maggie no está bien. Es jodidamente obvio, y se va a ir pronto, a menos que haya un milagro.

No estoy por encima de suplicarle a Dios un milagro si eso significa que tengo más años con ella.

Y que Max pueda conservar a su madre.

Ransom se mueve de nuevo, y casi puedo sentir que se acerca. Me tenso, y él parece pensarlo mejor.

—Me alegro —dice suavemente—. Te lo mereces, Blair.

Nos sentamos en silencio por un momento, el peso de las palabras no dichas cuelga entre nosotros. Palabras como *¿por qué me destruiste antes de irte?* y *¿por qué no volviste?* Finalmente, me levanto, necesitando poner algo de distancia física entre nosotros.

—Voy a volver adentro. Tengo algunas cosas que terminar.

Ransom también se levanta, con las manos metidas profundamente en los bolsillos.

—Claro, por supuesto. Gracias por.... esto. Por hablar conmigo.

Asiento, dando un paso atrás.

—Cuídate, Ransom.

Mientras me doy la vuelta para irme, su voz me detiene.

—¿Blair? —Me detengo, sin darme la vuelta. —Espero que sepas que realmente lo siento. Por todo. Por cada cosa que dije que te lastimó. No era sobre ti. Yo solo.... lo siento.

Cierro los ojos, alejando el repentino escozor de las lágrimas.

—Lo sé —digo suavemente, aunque no estoy segura de que realmente lo sepa. ¿Cómo puede decir esas cosas sobre mí y que no sea realmente sobre mí? —Lo sé. Es suficiente ahora, Ran. Es suficiente. Es hora de que ambos dejemos ir el pasado. —Girándome, doy unos pasos, pero se siente mal. Inacabado.

Me permito volver la vista atrás y mirarlo realmente. A la plata en sus sienes. A las líneas grabadas en la piel alrededor de sus ojos. A la amplitud y fuerza de sus hombros. Y le doy las palabras que necesito decir. Las que me liberarán.

Eso espero.

—Te perdono. —Su cuerpo se estremece, y doy un paso atrás. —Vuelve a tu vida, Ransom. Estamos bien. —Luego me doy la vuelta y me alejo, esperando poder dejar atrás a Ransom y el peso de nuestro pasado.

Tal vez algún día, pueda sentarme allí de nuevo, con alguien a quien ame. Alguien con quien pueda tener un futuro.

Es una buena idea.

Me permito soñar despierta con eso todo el camino de vuelta al garaje, y no miro atrás ni una sola vez.

Y es una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer.

20

NICK

—Qué maldito.... Espera. ¿Ran? —Me doy una vuelta completa, como si pudiera estar escondido o alguna mierda así, pero no salta y grita "¡sorpresa, hijo de puta!". Su escritorio está despejado, la oficina está a oscuras, y es obvio que se ha ido, lo cual es sospechoso como la mierda. Siempre está aquí a menos que tenga que salir de la ciudad, pero siempre estamos al tanto. Nunca se va sin decirnos adónde va y cuándo volverá.

—¿Dónde está Ransom? —pregunta Maverick, deteniéndose en la puerta de Ransom.

—No tengo ni puta idea.

Intercambiamos una mirada, ambos dándonos cuenta de lo extraño que se siente esto. Ransom siempre está aquí, siempre trabajando. Es como entrar a tu cocina y encontrar que el refrigerador ha desaparecido.

—¿Unas copas después del trabajo? —sugiere Maverick sin mucho entusiasmo. ¿Pero sin Ransom?

—Se siente mal, tío. ¿Dónde diablos está? Su calendario dice que se supone que estaría aquí, ¿verdad?

—Sí, no hay nada programado.

Mav tiene el ceño fruncido por la confusión, y estoy seguro de que mi cara es una máscara de "¿qué carajo?". Porque en serio, ¿qué carajo?

Salimos vagando, dirigiéndonos directamente al escritorio de Cara. Ella está tecleando, concentrada en su pantalla. Nos paramos

ahí, mirándola fijamente, y ella hace todo lo posible por ignorarnos. Mav y yo intercambiamos miradas porque eso tampoco es propio de ella.

—Oye, Cara —digo en voz alta, apoyándome en su escritorio—. ¿Has visto a Ransom?

Ella no levanta la vista.

—No.

Maverick levanta una ceja hacia mí. Algo no anda bien.

—Vamos, Cara —insisto—. Tú siempre sabes dónde está.

Ella suspira, finalmente mirándonos a los ojos.

—No lo sé, ¿de acuerdo? Se fue de repente. No dijo adónde iba. Solo quería que cancelara su día. No he sabido nada más de él.

—¿No te dijo nada? ¿Como.... nada? Eso no es propio de él.

Ella solo se encoge de hombros como si no fuera gran cosa, pero veo la preocupación en sus ojos. Bien, código amarillo. Las cosas no están bien.

Agarro el brazo de Maverick, alejándolo.

—Gracias, Cara.

Una vez que estamos fuera del alcance del oído, bajo la voz.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

Maverick frunce el ceño.

—¿Badger Falls?

—BINGO, joder. Nos dijo que nos mantuviéramos al margen, ¿y al día siguiente desaparece? Tiene que ser Blair y lo que sea que esté pasando por su cabeza.

—Mierda. —Maverick se pasa una mano por el pelo. —¿Deberíamos ir tras él?

Me muerdo el labio, considerándolo.

—Normalmente, diría que está bien. Pero toda esta mierda no es nada propio de él. Toda la situación ha sido sospechosa.

—¿Sospechosa? —pregunta con una sonrisa burlona.

—Cállate. Mia y yo vimos *Scooby Doo*. —Una de las mejores noches de jueves de mi vida. Mis primera y segunda chicas favoritas, porque seamos sinceros, Bree siempre ocupa el primer lugar.

Él gruñe y tira de su corbata.

—No le va a gustar si vamos allí y nos metemos en sus asuntos.

—¿Ir a dónde?

Ambos saltamos, girando para encontrar a Jonas parado ahí sosteniendo un plátano, sin cáscara. ¿Quién demonios hace eso? La naturaleza te da un envoltorio incorporado, ¿y no lo usas?

Simplemente está mal.

—Dios mío, Jonas. —Maverick se agarra el pecho. —Usa un cascabel o algo.

Jonas frunce el ceño.

—Eso sería poco práctico. ¿A dónde están considerando ir?

Intercambio una mirada con Maverick. Le habíamos prometido a Ransom que mantendríamos la situación de Blair en secreto.

A ningún lado —digo, tratando de sonar casual—. Solo, eh, pensando en ir a tomar algo.

Los ojos de Jonas se entrecierran.

—Estás mintiendo. Estás evitando el contacto visual, y tu voz es más aguda.

Malditas sean sus habilidades de observación. ¿Y por qué me cuesta tanto mentirle? Puedo hablar con cualquiera, engañar a cualquiera. Excepto a mi familia y especialmente a Jonas.

Maverick suspira.

—Mira, Jonas, es complicado. Ransom nos pidió que lo mantuviéramos en secreto.

—No guardamos secretos.

—Eh. Bueno. A veces sí. Le mentiste a Becca, ¿recuerdas? —le recuerda Mav.

Él retrocede, profundamente ofendido.

—No soy un mentiroso.

—Deshabilitaste su coche todos los días durante meses y nunca se lo dijiste. ¿Cómo llamas a eso si no es una mentira?

—Práctico. —Da un mordisco gigante al plátano y nos mira alternativamente, sin parpadear. Es espeluznante.

—¡Joder! —grita Maverick, cediendo ante la mirada implacable— Está bien. Para ya. Ransom tiene una situación con la que ha estado lidiando durante aproximadamente un año. Y creo que todo está llegando a su punto crítico.

Jonas nos mira con el ceño fruncido.

—Expliquen. Sean específicos.

Gruñendo, agarro el brazo de Maverick con una mano y el cuello de la camiseta de Jonas con la otra, y los arrastro a ambos hacia mi oficina. Algo frío y húmedo presiona mi mano, y suelto a Jonas con un chillido muy masculino.

—Puaj. ¿Acabas de frotarme con tu plátano?

—No. Te lamí.

—¿Qué te pasa?

Me da una mirada inexpresiva.

—La lista es larga y variada. No tenemos ese tipo de tiempo. Ahora explica.

Le doy una palmada en la parte posterior de la cabeza a Mav que se está riendo, luego me dejo caer en el sofá de mi oficina.

—Cierra la puerta. No necesitamos público para esta conversación.

Mav empuja la puerta para cerrarla, luego apoya su trasero en mi escritorio. Jonas cruza los brazos y da otro mordisco a su plátano.

—Mav, ¿quieres empezar desde el principio?

Él agarra el borde de mi escritorio y suspira.

—Hace aproximadamente un año, Ran vino a mí y me pidió que preparara una oferta para este taller a unas dos horas de distancia. Los números no tenían mucho sentido, y el pueblo está bastante lejos de un centro urbano importante. Algo en ello no cuadraba, pero no hice muchas preguntas, y luego me olvidé del asunto. Estaba ofreciendo buen dinero, así que pensé que sería una transacción simple. Nadie en su sano juicio rechazaría ese tipo de oferta. Tenía que ser al menos el doble de lo que el lugar realmente valía.

Hace una mueca y se rasca la barbilla sin afeitar.

—Unas semanas después, recibí los papeles de vuelta. Con una cara triste dibujada en ellos.

Jonas suelta una carcajada sorprendida, luego da otro mordisco.

—Continúa —dice, masticando.

—Las cosas continuaron más o menos así durante casi seis meses. Me devolvían los papeles cortados en pedacitos o entregados

dentro de una bolsa de mierda de perro. Incluso hubo una bomba de purpurina. Parecía casera.

—¿Dónde fue a parar la bomba? —pregunta Jonas, dando un gran paso adelante, luciendo muy emocionado.

—Eso no es importante —dice Mav secamente. Por supuesto, Jonas quiere examinar la bomba. Probablemente buscando inspiración para su próximo ataque contra uno de nosotros. Mav evita nuestras miradas, y me llega una epifanía.

—Cabrón. La tomaste y la usaste, ¿no es así?

Mav me fulmina con la mirada pero no lo niega.

—En fin —dice, volviéndose hacia Jonas—. La situación se complicó, y Nick y yo decidimos que necesitábamos ir allí en persona y resolver esta mierda. Ransom no hablaba, y toda la situación estaba jodida.

Jonas está completamente interesado. Se sienta en el brazo del sofá, inclinándose hacia Mav.

—¿Qué encontraron?

—Que la Blair McKenna que ha estado jodiendo la cabeza de Ransom todo este tiempo es una mujer. Una maldita mujer despampanante de un metro ochenta y cinco.

Los ojos de Jonas se abren de par en par, y me mira.

—¿Se conocían?

—Ella dijo que Ransom era demasiado cobarde para volver allí. Y que cualquier trato que Ransom y su padre tuvieran, ya no importaba, así que yo creo que sí.

—Oh, oh —murmura Jonas.

—Exacto. Quiero decir, Ransom no habla de su pasado. Para nada. Sabemos que ocurrieron cosas malas, pero no tenía idea de que tuviera una conexión con un pueblo pequeño como Badger Falls.

—¿Qué dijo él?

—¡Es su hermana adoptiva! Vivió allí, en ese pueblo con Blair y su padre durante años.

—Oh, oh —murmura Jonas de nuevo—. ¿Y todo esto pasó cuándo?

—El otoño pasado.

—¿Entonces por qué se ha ido ahora?

—Me hizo enviarle nueva documentación la semana pasada. Ofreció cinco millones por ese lugar. No vale ni una décima parte de eso.

—¿Y ella dijo que no?

—Envió a un hombre muy grande en tanga aquí. Tenía un equipo de música portátil, y bailó y cantó una canción. Blair quería dejar en claro su punto.

Los ojos de Jonas se iluminan de alegría.

—¿Crees que habría grabaciones de seguridad?

Los labios de Mav se curvan.

—Colton ya las obtuvo. Las almacenó en la nube por ahora, pero puedes apostar a que las compartirá con todos. Solo se está conteniendo en este momento por respeto a Ransom.

—Me gustaría ver eso. Suena.... esclarecedor.

—Esa es una buena palabra para describirlo. Hilarante. Esa es otra palabra.

Jonas se frota un dedo sobre los labios, mirando fijamente las puntas de sus zapatillas deportivas.

—¿Así que eso pasó ayer, y ahora hoy, Ransom se ha ido?

Asiento, pasándome una mano por el pelo.

—Sí, eso es básicamente todo. Se marchó sin decirle nada a nadie.

Jonas termina su plátano y estudia sus dedos, luego, mirándome directamente, se los limpia en mi sofá. *Cabrón*.

—¿Entonces cuál es el plan?

Maverick se aparta de mi escritorio.

—Eso es lo que estamos tratando de averiguar. ¿Vamos tras él o lo dejamos manejar esto por su cuenta?

—Es un hombre adulto —digo, pero incluso yo puedo escuchar la duda en mi voz.

—Un hombre adulto que está actuando como un adolescente enamorado —contraataca Mav.

Jonas inclina la cabeza.

—Estadísticamente hablando, los hombres toman malas decisiones cuando están emocionalmente comprometidos.

Resoplo.

—Gracias por ese análisis científico, Jonas.

—De nada —dice, frotándose el puente de la nariz con el dedo medio. El cabrón está tratando de iniciar una pelea.

Mav recorre la longitud de mi oficina.

—Mira, lo entiendo. Deberíamos respetar su privacidad. Pero ¿y si nos necesita?

—¿Y si no nos necesita y solo lo cabreamos apareciendo? —argumento.

—Mejor cabreado que en problemas —responde Mav.

Jonas levanta la mano como si estuviéramos en la escuela primaria.

—Yo voto por que vayamos. Nunca he estado en Badger Falls. Me gustaría ver un tejón.

Pongo los ojos en blanco.

—Esto no es una excursión escolar, Jonas.

—Por supuesto que no. Es una misión de rescate.

—¡No necesita ser rescatado! —decimos Mav y yo al unísono.

Jonas parpadea hacia nosotros.

—¿Entonces por qué estamos teniendo esta conversación?

Mav gime, dejándose caer a mi lado en el sofá.

—Porque estamos preocupados.

—Si están preocupados, deberíamos hacer algo.

Gimiendo, considero arrancarme el pelo, mechón por mechón. Sería menos doloroso que esta conversación.

Nos quedamos en silencio por un momento, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

—¿Y si le damos un día más? —sugiero finalmente—. Si no ha vuelto para el sábado, entonces vamos tras él.

Mav asiente lentamente.

—Eso.... en realidad no es una idea terrible.

—No suenes tan sorprendido —refunfuño.

Jonas se pone de pie.

—De acuerdo. Pero si no regresa, tenemos que contarle a todos los demás lo que está pasando. De lo contrario, se preocuparán.

Mav y yo intercambiamos una mirada horrorizada.

—Absolutamente no —decimos al mismo tiempo.

—¿Por qué no?

—Ransom nos pidió que no lo compartiéramos —dice Mav.

Jonas frunce el ceño.

—Eso no importa. Sabes que él esperaría que lo compartieran. No guardamos secretos. —Abro la boca para recordarle lo del sabotaje del coche, pero él me fulmina con la mirada. —Al menos no los grandes. Y este es muy grande.

No puedo evitarlo. —*That's what she said*.

Mav gime, y Jonas me hace el gesto del dedo de nuevo, haciéndome reír.

—Tienes razón —admito—. Él sabía que no lo mantendríamos en secreto por mucho tiempo. No operamos de esa manera. Pero me gustaría darle un poco más de tiempo.

—Podemos conseguir un autobús o algo así —dice Jonas, sacando su móvil.

—¿Un autobús? ¿Por qué necesitamos un autobús?

Jonas me mira como si fuera la persona más tonta del planeta.

—Porque son mucho más cómodos. No podemos meter a todos en la minivan. —Gira sobre sus talones y sale. Mav y yo intercambiamos miradas.

—Oh, joder —dice, presionándose la palma contra la frente. Luego saltamos, corriendo tras Jonas—. ¿Todos? Jonas, ¿quiénes son todos?

Él solo agita una mano hacia nosotros y no responde.

Lo miro fijamente, tratando de imaginar a Jonas al volante de un autobús.

—Mierda. Más vale que Ransom regrese mañana.

Maverick asiente.

—O estamos jodidos. De varias maneras no muy agradables.

—¿Tal vez alguien debería llamarlo por móvil, darle un aviso?

Los ojos de Mav se abren de par en par, luego se da la vuelta y sale corriendo.

—¡No me toca! —grita por encima del hombro.

Mis hermanos son unos idiotas.

Y, al parecer, tengo una llamada telefónica que hacer.

21

RANSOM

Te perdono.

Te perdono.

Eso es para lo que vine aquí. Eso y para asegurarme de que Blair estuviera bien. Pero ella ha dejado jodidamente en claro que está bien. Que está mayormente feliz.

Y que Robert no la conocía tan bien como creía. Nos puso en este curso de colisión porque estaba proyectando su mierda sobre Blair y este pueblo. Pero ella no quiere vender, y no es porque yo sea quien hace la oferta. Es porque está feliz en ese taller y es parte de esta comunidad.

—¡Mierda!

Golpeo las manos contra el volante y lo giro bruscamente hacia un lado, deteniéndome en el arcén. Mi corazón late acelerado en mi pecho, así que bajo la ventanilla y me concentro en inhalar grandes bocanadas de aire frío. Hablamos. Ella está bien. Me perdonó. Y no hay nada que quiera de mí.

Entonces, ¿por qué cojones tengo el pecho tan apretado? ¿Por qué cada kilómetro de distancia que pongo entre nosotros hace que sea tan difícil respirar?

El sonido de mi móvil sonando a través de los altavoces del coche me asusta. La cara de Nick aparece en la pantalla. Antes de que pueda pensarlo demasiado, presiono el botón para contestar.

—Nick.

—Ransom.

Hay un silencio total en la línea, y es suficiente para molestarme.

—Tú me llamaste.

—Cierto. Sí. Lo hice. Oye. ¿Cómo estás? ¿Cómo van las cosas?

¿Cómo van las cosas?

—Las cosas van bien.

—¿Bien? Claro. Bien. Por supue.... ¿Estás en Badger Falls? —grita.

—Jódeme —gruño, y bajo el volumen al mínimo—. Gracias. Eso fue jodidamente maravilloso. Estoy bastante seguro de que acabo de perder un cuarto de mi audición, imbécil.

—Vale. Lo siento. Pero ¿lo estás?

—¿Estoy qué?

—No te hagas el tonto conmigo, cabrón.

—No, no estoy en Badger Falls. —Es la verdad; debería dejarlo ahí. Sé que debería. Podría volver a casa, lavarme las manos de todo esto, de este pueblo, y seguir adelante con mi vida.

Debería.

—Estoy a unos treinta kilómetros del pueblo. Me iba.

—Te ibas. *Te ibas*, ¿y ahora?

—Estoy al lado de la carretera.

—Parece que las cosas no están bien, hermano. —La voz de Nick se vuelve baja, tranquilizadora. Es el tipo de voz que usaría con una de las mujeres. Dirigido a ellas, es simplemente como es él. ¿Usar esa mierda conmigo? Está intentando manipularme.

Tal vez debería dejarlo porque, joder, ya no tengo ni idea de lo que está pasando.

—No sé qué coño estaba pensando al venir aquí.

—¿Por qué te fuiste anoche? Supongo que te fuiste anoche.

—Porque esto.... ella.... me estaba consumiendo, y necesitaba terminarlo para poder seguir adelante de una puta vez.

—¿Está terminado?

—No lo sé.

—Hermano, vas a tener que explicármelo todo.

Cansado de ir solo, de intentar poner en orden mi cabeza por mis propios medios, se lo explico todo. Mi prisa por llegar al pueblo, la

maldita vaca, Blair encontrándome al lado de la carretera. Y la conversación de esta noche.

—Esas son unas jodidas veinticuatro horas muy intensas —dice finalmente. Se queda en silencio, a su manera, digiriendo todo lo que le he contado, buscando los ángulos, tratando de armar un rompecabezas del que no tiene todas las piezas—. Así que fuiste allí para terminar, y parece que lo has hecho. La mujer no quiere vender.

—No, no quiere.

—Hermano, solo digo.... ella ha sido bastante clara sobre no querer vender durante todo un año. Pero tú no la estabas escuchando. ¿Por qué?

—No le creía.

—¿Por qué?

—Porque me odia lo suficiente como para decir que no porque soy yo. Pensé que lo que le hice sería todo en lo que estaría pensando, en lugar de lo que el dinero podría hacer por ella.

—Lo que le hiciste —repite. No hay pregunta en su tono, pero lo conozco lo suficiente como para saber que se muere por preguntar. Pero Nick entiende la culpa. Y entiende los errores por los que pagas con tu futuro.

—Estaba enamorado de ella, tío. No un amor de niños, amor de verdad. Sí, era joven, pero ella lo era todo para mí. Y su padre tenía un problema con eso.

—¿Porque eras un niño de acogida? Eso es jodido.

—No. Porque yo tenía quince años. Y ella estaba a punto de cumplir dieciocho. Y nos encontró en su habitación una noche. No.... no tuvimos sexo. Pero íbamos en esa dirección. Joder, si no nos hubieran interrumpido, lo habríamos hecho. Yo estaba listo. Ambos lo estábamos.

—Casi dieciocho —murmura, y escucho la comprensión en su voz —. Joder. Ese tipo de diferencia entre dos personas de veintitantos no es gran cosa. Pero a esa edad, la ley es bastante clara.

—Sí, lo es. Y él temía por ella si cruzábamos la línea.

—Blair no siempre entiende los límites, Ransom. Puede que no se dé cuenta de las consecuencias de sus acciones. Y estoy

aterrorizado de que termine esposada por ello.

Todavía recuerdo la tensión en su rostro, la preocupación en sus ojos. Estaba aterrorizado, y en ese entonces, no comprendía completamente cuán asustado estaba realmente. Pero era policía. Debía haber visto todo tipo de cosas. Esa etiqueta, "violación estatutaria", es algo de lo que no puedes escapar. Es un jodido crimen.

—¿Es eso por lo que terminaste dejando el pueblo? ¿Él te envió lejos para protegerla? —Dios, ojalá me hubiera enviado lejos. Habría sido más fácil para mí, eso es seguro. Tendría a alguien más a quien culpar aparte de a mí mismo.

Pero no fue así como sucedió.

—No fue así. Él no me envió lejos. Yo decidí irme. No quería que nada la lastimara. No quería que su vida se arruinara. Y sabía que no podía quedarme allí, en la habitación de al lado de la suya, y no desear estar con ella.

—Así que dejaste a la única familia que tenías y te fuiste a ese jodido infierno.

Gruñendo, suelto una carcajada. Jodido infierno es una descripción bastante acertada de aquel hogar de acogida donde nos conocimos todos. Aunque mi camino hasta allí no fue directo. Primero hice una parada, pero eso es otra cosa que nunca comenté con mis hermanos.

—Sí, más o menos.

—¿Cómo coño pudiste soportarlo? ¿Cómo no te acurrucaste en una bola y te desconectaste del mundo?

Lo hice.

—En realidad, fue algo que dijo Robert antes de que me fuera. Había mucha mierda jodida en mi cabeza en ese entonces, pero me dijo que debería encontrar un grupo de personas que me cubrieran las espaldas y trabajar juntos para construir una vida.

—¿Y simplemente entraste allí con un plan?

—No fui directamente allí. Primero pasé un año en otro hogar de acogida.

—¿Cómo coño no sabía esto? —Hay un tono mordaz en su voz que no puedo reprocharle del todo. —¿Por qué eres tan jodidamente

reservado?

—Porque mi pasado es un puto agujero negro que me absorbe. No puedo ir allí. No puedo dejar que me arrastre hacia abajo. —Tengo un nudo en la garganta, los rostros de las personas que he perdido destellan ante mis ojos. —Temo no poder salir nunca.

Nick se queda en silencio al otro lado de la línea. Casi puedo oír los engranajes girando en su cabeza mientras procesa todo lo que acabo de soltarle.

—Te entiendo, tío —dice finalmente, con voz baja y comprensiva —. He vislumbrado esa oscuridad antes, pero nunca quise entrometerme. Solo quiero que sepas que si alguna vez quieres hablar de ello, estoy aquí. Siempre.

Sus palabras me golpean con fuerza, formándose un nudo en mi garganta.

—Gracias, hermano. Lo aprecio.

—Entonces —continúa Nick, aclarándose la garganta—. ¿Vas a volver a casa?

Dudo, apretando el volante con más fuerza.

—Sí, voy de vuelta.

—No pareces muy seguro de eso.

—Lo estoy —insisto, pero incluso yo puedo oír la duda en mi voz.

—¿De qué te estás alejando realmente, Ransom? —indaga Nick suavemente— Háblame.

Respiro hondo, tratando de ordenar el revoltijo de emociones en mi cabeza.

—Nada. No queda nada entre Blair y yo. Es historia antigua. Debería simplemente dejarla vivir su vida y volver a la mía.

—Ajá —dice Nick, destilando escepticismo en su tono—. ¿Y tú te crees eso?

—Tengo que hacerlo —murmuro.

—¿De verdad? Porque parece que hay mucho más en todo esto. ¿Cómo te sentiste al verla de nuevo? ¿Fue lo que esperabas? Quiero decir, es una bomba. ¿Era así a los diecisiete?

¿Era una bomba? —Era todo brazos y piernas en aquel entonces. Era alta, muy alta cuando la conocí por primera vez. A los doce años, yo era grande para mi edad, pero aún así tenía que mirar muy

arriba para verla cuando la conocí. Y eso no me gustaba nada. La alcancé al año siguiente, y al otro, ya era un poco más alto que ella. Solía intentar burlarme de ella por eso.

—¿Intentar?

—Sí, siempre ha sido un poco diferente. Nunca reaccionaba como las otras chicas. No había chillidos ni gritos. Era como un pato en un estanque. Todo tranquilo en la superficie. Me llevó mucho tiempo darme cuenta de que había mucho más de lo que yo sabía pasando bajo el agua.

—Suena como un enigma —dice, suspirando—. Mi tipo favorito de mujer. Bree es así. Tiene esa manera de desaparecer mientras está en la misma habitación conmigo, y sé que tiene mucho dando vueltas en su mente. Me gusta poder ayudarla a calmarse. O ser aquel con quien lo habla.

—Solíamos pasar horas simplemente hablando. Nos sentábamos en un banco en la plaza del pueblo hasta el toque de queda. Algunas noches, no quería irme a casa. Sentarme allí con ella se sentía como.... todo.

—Entonces, cuando la viste de nuevo, ¿fue lo mismo?

—Aparte de la jodida llave inglesa y la preocupación de que pudiera venir a por mí, joder, sí, fue lo mismo. Pensé.... bueno, no importa lo que pensé. Ella no va a dejar este pueblo.

—*Dios* —murmura—. Esperabas que lo hiciera.

—Yo no.... —Una ola de comprensión me invade. ¿Cómo he podido estar tan ciego? —Joder. Creo que sí. —Mi familia está en Chicago. Mis responsabilidades. Necesito estar allí para ellos, cuidar de todos. Y él tiene razón. Alguna parte enferma de mí quería que ella vendiera, para que fuera libre.

Libre para estar conmigo.

—Sigues enamorado de ella. —No hay pregunta en su voz. Es una afirmación, de hecho. Pero se equivoca.

—No puedo estarlo. Ya no la conozco. Ha vivido toda una vida sin mí. Ambos somos personas diferentes. —No me lo creo del todo, pero lógicamente, ¿quién coño encuentra al amor de su vida a los quince años? —Era más fácil aferrarme a la idea de ella. Se quedó

como este recuerdo perfecto, y podía comparar a todas las otras mujeres con ella.

—Y ninguna otra estuvo a la altura.

—No, no lo estuvieron.

—Y ahora que la has visto.... ¿esta versión de ella está a la altura de la Blair que tenías en tu cabeza todos estos años?

—Es diferente —admito—. Pero no de mala manera. Creció en su cuerpo. Es tan jodidamente hermosa. ¿Y sus ojos? Son tan impresionantes como siempre. Ella es impresionante.

—¿Pero no estás enamorado de ella?

No contesto. No puedo. Porque no importa si la amo. No importa que sea la mujer con la que sueño cada noche de mi vida. Yo rompí las cosas entre nosotros, y por mucho que desee poder arreglarlas, no puedo imaginarlo. Ella nunca dejará este pueblo.

Y yo no abandonaré a mi familia.

No sobreviviría a eso.

No otra vez.

—Mira, tío, ¿por qué no te quedas un poco más? —sugiere Nick— Pasa más tiempo con Blair. Sácatela del sistema. Demuéstrate a ti mismo que realmente no queda nada allí.

Mi corazón se acelera ante la idea.

—No sé si eso sea una buena idea.

—¿Por qué no?

No puedo decirlo en voz alta, pero la verdad es que estoy aterrado. Aterrado de que lo que siento sea demasiado real. Que si me quedo, puede que nunca quiera irme. Y eso significaría renunciar a la familia que he construido, a los hermanos que se han convertido en todo mi mundo.

—Mañana es viernes. Sabes que mañana no se va a hacer una mierda de todas formas. —No se equivoca. Los viernes hay mucha distracción, discusiones y ocasionalmente guerras de NERF. Y Cara ya ha movido mis citas. Cualquier cosa que tenga que manejarse puede pasarse a uno de mis hermanos. —Así que tómate el día. Intenta pasar un poco de tiempo con ella, sin la distracción de comprar su garaje entre ustedes. Descubre quién es ella ahora. Solo concéntrate en mañana. Eso es todo.

—No es tan simple, Nick.

—A veces lo es. La vida no es realmente tan complicada. Estamos hablando de que pases otro día fuera de la oficina. Solo es reconectar con alguien que solía importarte. Eso es todo. Cualquier otra cosa son solo mierdas en tu cabeza nublando las cosas.

—¿Y luego qué? ¿Me mudo a Badger Falls? Mi vida está en Chicago. La familia está en Chicago.

—Hermano —suspira—, te estás descontrolando. Estamos a dos horas de distancia. Y nunca te vas a librar de nosotros. Estamos demasiado jodidamente apegados. Somos familia de por vida.

Trago con dificultad, la emoción amenaza con abrumarme. Es cierto. Sé que no los perderé, incluso si no nos vemos todos los días. Lo sé en mi cabeza. ¿Mi corazón? Tiene un gran problema con la idea de no estar ahí para cuidarlos.

—Sí, lo sé.

—Así que quédate —insiste Nick—. Pasa un día con ella. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

—Podría perderlo todo —susurro.

O podrías ganar algo que nunca supiste que te faltaba —contraataca Nick—. No nos perderás, hermano. Estaremos aquí, pase lo que pase, maldita reina del drama.

Cierro los ojos, conflictuado. La atracción hacia Blair, hacia la posibilidad de lo que podría ser, lucha contra el miedo de perder la familia que tanto me he esforzado por construir.

—No sé si puedo —admito.

—Puedes —me asegura Nick—. Y estaremos aquí esperándote. Sea lo que sea que decidas.

Su apoyo indestructible casi me quiebra.

—Gracias, hermano. Yo.... lo pensaré.

Al colgar el móvil, me quedo con un remolino de emociones. La carretera se extiende ante mí. ¿Conduzco lejos, de vuelta a la seguridad y certeza de la vida que he construido? ¿O doy la vuelta, de regreso hacia Blair y el ataque de pánico que siento que se avecina?

Me quedo sentado ahí, con el motor en marcha, dividido entre dos mundos e inseguro de qué camino tomar.

Mi vida es increíble. Mis hermanos, sus esposas, los niños. Amo todo eso. Mi vida está en Chicago, con todos ellos. Estoy vivo gracias a ellos. Y eso no es una exageración. Estaba en un hogar de acogida diferente cuando regresé por primera vez a Chicago. Era un infierno, pero estaba tan entumecido por perder a Blair y a Robert que no podía hacer mucho más que sobrevivir. Pero observaba a todos a mi alrededor, con la voz de Robert repitiéndose en mi cabeza. Incluso intenté hacer algunas conexiones. Pero nada de eso estaba bien.

Yo no estaba bien.

Y lentamente, día tras día, las cosas se volvieron más claras. Me di cuenta de que no necesitaba tener todas las respuestas porque no se trataba de mí. Sí, estaba construyendo una familia, y me iba a beneficiar de eso, pero realmente era un acto de contrición. Una forma de compensar los errores que cometí.

Tomar niños que no tenían nada ni nadie que los cuidara y darles alguien en quien confiar era una reparación.

Y, resulta que, mi salvación.

Porque una vez que tuve esta familia, me di cuenta de que simplemente salir adelante no era suficiente para ellos. Se merecían más.

Se merecían absolutamente todo.

Y yo iba a hacer lo que fuera necesario para asegurarme de que lo consiguieran.

No se trataba de mí. Nunca fue así.

Y hasta que Robert vino a verme, mi camino estaba claro. Era un jodido tren de carga avanzando hacia mi futuro. Pero todo lo que planeé, todo lo que quería, lo he conseguido.

La carretera se extiende ante mí. Debería ser simple. Simplemente ir a casa. Pero no puedo hacerlo. ¿Quién coño soy? Todo lo que he construido, todo por lo que he trabajado, está en Chicago.

Pero no puedo obligarme a seguir avanzando. Hay algo inacabado en Badger Falls, algo que necesito explorar antes de poder seguir adelante de verdad, o decidir si seguir adelante es lo que realmente quiero.

22

BLAIR

Arqueo la espalda, jadeando mientras sus manos recorren mi piel ardiente. Nuestros cuerpos se mueven en perfecta sincronía, sudorosos y desesperados. Sus labios encuentran mi cuello, enviando escalofríos por mi columna mientras clavo mis uñas en sus hombros. La tensión aumenta, enrollándose más y más hasta que....

¡BIP! ¡BIP! ¡BIP!

Me despierto de golpe, con el corazón acelerado por una razón completamente diferente ahora. Parpadeo rápidamente, tratando de sacudirme los fragmentos persistentes del sueño intensamente vívido. El sol apenas se asoma por las cortinas, pero ya estoy completamente despierta. Mi piel aún hormiguea con sensaciones fantasma. Hace demasiado tiempo que no tengo sexo. Eso es todo lo que es esto. No se trata de Ransom. Nunca llegamos tan lejos. No tuvimos sexo. Nunca nos acercamos realmente. Solo hubo muchos besos y caricias muy intensas.

Sabía cómo se sentía en mi mano, pero nunca llegué a verlo.

Sintiéndome un poco acalorada, me estiro y gimo los últimos ecos del sueño. Finalmente, me deslizo fuera de la cama y camino hacia la cocina en pijama.

—¿Puedes...? —Mi pregunta muere en mi garganta cuando registro el vacío. No hay Maggie, no hay café preparándose.

Solo silencio.

Se me cae el estómago. Esto no es propio de ella. Siempre se levanta antes que yo, disfrutando de su tiempo tranquilo antes de

que Max se despierte y el día se vuelva loco.

Antes de darme cuenta, estoy arriba y fuera de la puerta de su dormitorio, con la mano flotando sobre el pomo. Estoy aterrorizada de entrar. ¿Y si...? No. Ni siquiera puedo pensarlo. No estoy lista. No estamos listas.

Mi mente se desvía hacia anoche, hacia mi conversación con Ransom. La paz que me invadió cuando finalmente lo perdoné. Siento como si acabara de despejar mi cabeza, como si finalmente pudiera respirar de nuevo. Maggie no puede haberse ido. No ahora. No cuando acabo de encontrar algo que parece paz.

—Vamos, Blair —me susurro a mí misma, apenas audible—. Todo está bien. Maggie probablemente solo está durmiendo más de la cuenta. Necesita descansar, eso es todo. —Trago saliva, intentando acallar la duda persistente en la boca del estómago. —Estás exagerando. Ella está bien. Tiene que estar bien.

Respiro hondo, armándome de valor. Mis nudillos golpean suavemente la puerta. Sin respuesta. La empujo, haciendo una mueca por el leve chirrido.

Maggie está acurrucada en la cama, un bulto bajo las sábanas. Me acerco de puntillas, con el corazón en la garganta. Me inclino, esforzándome por escuchar su respiración, por ver cualquier señal de movimiento.

De repente, los ojos de Maggie se abren de golpe. Grita, agitando los brazos.

Hago lo que cualquiera haría, y también grito, tropezando hacia atrás. Mi cadera golpea la cómoda, enviando un jarrón al suelo.

—¡Blair! ¿Qué demonios? —chilla Maggie, agarrándose el pecho.

—¡Dios mío, Maggie! —Jadeo, con una mano presionada contra mi corazón acelerado, la otra frotando mi cadera. *Eso va a dejar un moretón.* —¡Pensé que estabas muerta!

—¡Bueno, casi lo estuve! ¡Me has dado un susto de muerte!

Nos miramos por un momento, ambas jadeando, y luego estallamos en carcajadas.

—Oh, Dios —jadeo, deslizándome para sentarme en el suelo—. Casi me meo en los pantalones.

Maggie se limpia las lágrimas de los ojos, todavía resoplando.

—¿Casi? Yo sí lo hice. El maldito embarazo destruyó mi vejiga. ¡Dios, qué indignidad! —se queja, agitando el puño hacia el techo—. ¿Qué estabas haciendo, de todos modos? ¿Intentando comprobar si seguía respirando?

Asiento, avergonzada.

—No estabas en la cocina. Me preocupé.

El rostro de Maggie se suaviza.

—Oh, Blair. Lo siento. Solo estaba cansada y dormí un poco más.

—No, yo lo siento. No debería haber....

—Para —me interrumpe Maggie—. Está bien. Ahora, sal de aquí y déjame vestirme. —Echa las sábanas hacia atrás. —Oye, vamos a la cafetería después de que deje a Max en la escuela. Puedes comprarme un café para compensar por casi matarme del susto.

—Eres tan jodidamente tacaña. —Es un hecho. Le encanta esa cafetería, pero aunque los cafés no tienen precios de ciudad, cuestan mucho más que hacer café en casa. ¿Yo? Voy allí casi todos los días. El taller no gana mucho dinero, pero tengo más de lo que necesito para vivir. Incluso pagando la mitad de las facturas en casa de Maggie, me queda mucho. Así que compro cafés caros y pongo demasiado dinero en la camioneta de papá. Siempre hay algo que necesita ser arreglado. Y conseguir piezas para una F-100 del cincuenta y nueve no es fácil.

Ella me mira con desdén.

—Soy frugal. Es diferente.

—Bien, te llevaré a tomar un café. —Vuelvo a poner el colorido jarrón de plástico en la cómoda. Tal vez debería comprarle algunas flores para ponerlas ahí. O mejor aún, una planta. Algo que pueda ver crecer.

Excepto que ha matado todas las otras plantas que ha tenido.

¿Tal vez un cactus?

Salgo de la habitación mientras Maggie murmura. Escucho 'magdalena' y 'perra' mientras cierro la puerta. Está un poco irritable esta mañana, y estoy tan aliviada que mis rodillas se sienten un poco temblorosas.

Está bien, al menos por hoy.

Y por aquí, lo estamos tomando de un día a la vez.

Miro fijamente la puerta frente a la de Maggie, cubierta con el arte bizarro de Max y garabatos de crayón. Es como si una pintura de Jackson Pollock hubiera vomitado sobre un proyecto de manualidades de jardín de infantes.

—¡Max! —golpeo la puerta—. ¡Hora de levantarse, pequeño *gremlin*!

Silencio.

Abro la puerta un poco.

—Voy a entrar. Espero que estés decente. —No sabía que desnudarse mientras duermes fuera algo que pudiera pasar, pero a Max le cuesta mantener su pijama puesto y las sábanas sobre él.

Afortunadamente, esta mañana está enterrado bajo una montaña de mantas, solo un mechón de pelo visible. Busco sus pies y tiro.

—¡A despertarse, monstruo!

Él grita de risa mientras lo arrastro hacia afuera, su pequeño cuerpo retorciéndose como un pez en el anzuelo.

—¡Hija de puta, Blair! —exclama, con la voz aguda de alegría.

Eso me hace estallar. Cualquier niño maldiciendo, en cualquier momento, me hace reír. ¿Cómo no hacerlo? Ayuda que no sea la madre y no tenga que preocuparme por los modales y esas cosas. Ser la tía divertida es, bueno, divertido. Son todas las ventajas de pasar tiempo con niños sin la responsabilidad de criarlos.

—Lenguaje, pequeño bribón —le regaño juguetonamente, encontrando fácilmente sus puntos cosquillosos con mis dedos. Le hago cosquillas en los pies sin piedad, y él se retuerce, con su risa haciendo eco en las paredes. Finalmente, cae al suelo, resoplando de risa, con el pijama enredado alrededor de su pequeño cuerpo.

Se me oprime el pecho mientras veo a Max reír sin control. Estos momentos de pura alegría son preciosos, especialmente ahora. La enfermedad de Maggie ha proyectado una larga sombra sobre esta casa, y sé que ha sido particularmente duro para Max. Es demasiado joven para entenderlo completamente, pero los niños son perceptivos: captan la preocupación, las conversaciones en voz baja, el cambio en el ambiente.

Por eso he estado redoblando mi papel de tía divertida últimamente. Cada risa, cada sonrisa que puedo arrancarle se siente

como una pequeña victoria contra la pérdida que se avecina para todos nosotros. No es mucho en el gran esquema de las cosas, pero si puedo darle a Max estos pequeños momentos de felicidad, estos instantes en los que puede ser simplemente un niño despreocupado, tal vez, solo tal vez, le ayude a capear la tormenta que se acerca.

Max se retuerce, riendo.

—¡Vale, vale! ¡Ya me levanto!

—Bien. Ahora sube a mi espalda, koala. Tenemos un desayuno que conquistar.

Se trepa a mi espalda, rodeando mi cuello con sus brazos.

—¡Adelante, noble corcel!

Resoplo.

—No soy un caballo, pequeño bicho raro.

—¿Entonces por qué relinchaste?

—Yo no relinché....

—¡Relincha!

Pongo los ojos en blanco.

—Está bien. Relincho.

Nos dirigimos a la cocina haciendo ruido, con Max rebotando en mi espalda. Lo dejo caer sin ceremonias en una silla.

—¿Qué hay para desayunar? —pregunta, balanceando las piernas.

—¿Qué tal cereal?

—Aburrido —se queja dramáticamente—. La señora Thompson nos trajo un pastel. Todavía queda un poco. Me comeré eso.

—No puedes comer pastel en el desayuno.

—¿Por qué no? Tiene fruta.

—No es mal argumento. —Saco el pastel, le corto un trozo, luego sirvo un vaso de leche y se lo pongo delante. —Ahí tienes. El desayuno está servido.

Se ríe y se lanza a comer.

—Eres mi tía favorita.

—Me siento halagada. Ahora date prisa antes de que tu madre lo vea. Si pregunta, ¿qué le vas a decir?

—La tía Blair me dio un desayuno nutritivo con los cuatro grupos de alimentos.

Este niño.

—¿Cuatro grupos de alimentos, eh? ¿Puedes nombrarlos, los cuatro grupos? —Me mira con la mente en blanco y luego se mete otro bocado de pastel en la boca.

—Eso pensé. ¿Tal vez solo di que desayunaste y dejémoslo así?

—Lo tienes, señora —grita con la boca llena de pastel. Hay una mirada en sus ojos que no me gusta. El pequeño diablo me va a delatar, lo sé.

PASEAMOS POR LA CALLE PRINCIPAL, el sol de la mañana calienta nuestros rostros. El brazo de Maggie está entrelazado con el mío, nuestros pasos sincronizados después de años de amistad.

—Así que —dice Maggie, con un brillo travieso en los ojos—, un pajarito me dijo que Max desayunó pastel.

Gruño.

—Ese pequeño soplón. Sabía que me delataría.

—Tiene fruta —imita con voz aguda, riendo—. Eso es una mierda.

—Tienes que admitir que el niño no se equivoca.

Maggie pone los ojos en blanco, pero su sonrisa es cariñosa.

—Eres una pésima influencia, Blair McKenna.

—Aun así me quieres —bromeo, chocando su hombro.

—Que Dios me ayude, así es —suspira dramáticamente.

Saludamos a la señora Peterson que está regando sus flores.

—¡Buenos días, señoras! —nos grita—. Maggie, ¿cómo te sientes hoy?

—Oh, ya sabes —responde Maggie encogiéndose de hombros—. Algunos días son mejores que otros. Hoy no está tan mal.

La señora Peterson asiente con simpatía.

—Bueno, solo hazme saber si necesitas algo, querida.

—¡Lo haré, gracias!

Mientras seguimos caminando, el agarre de Maggie en mi brazo se aprieta ligeramente.

—Así que, hablando de cosas que necesito saber —dice, con un tono casual pero con los ojos afilados—. ¿Cómo te sientes con todo el asunto de Ransom?

Suspiro, sabiendo que no puedo evitar esta conversación.

—Todavía está en la ciudad. O al menos, lo estaba ayer.

Las cejas de Maggie se disparan hacia arriba.

—Santo cielo. Pensé que se había ido. ¿Qué pasó? ¿Cómo te enteraste?

—Vino a la tienda ayer —admito—. Y luego hablamos después del trabajo.

—¡Blair McKenna! —Maggie se detiene en seco, tirando de mí para que me detenga. —Más te vale que me cuentes todos los detalles ahora mismo.

Me río, negando con la cabeza.

—Realmente no hay mucho que contar. Hablamos, lo perdoné.

—¿Lo perdonaste? —Los ojos de Maggie se agrandan. —¿Así sin más? ¿Tú? ¿La mujer que literalmente escupía cada vez que alguien mencionaba su nombre durante la década después de que se fue?

Me había olvidado de eso. Aparentemente, no era tan buena ocultando mis emociones como pensaba.

—Tenía muchos sentimientos que procesar.

—Muchos sentimientos es quedarse jodidamente corto, Blair.

—¡Está bien! De acuerdo. Pero.... era hora de dejarlo ir. Ya no tengo espacio mental para eso, Mags. Tengo que dejar ir la ira, para tener espacio para todo lo demás.

Sus ojos se humedecen y mira calle abajo, parpadeando. Sabe exactamente a qué me refiero cuando digo "todo lo demás". Finalmente, sorbe y se vuelve hacia mí.

—Así que hablaron. Dame los detalles. No te dejes nada bueno. Mi vida amorosa es inexistente, y estoy viviendo vicariamente a través de ti.

Le doy los detalles que me pidió, pero no le cuento cómo se sintió sentarme junto a Ransom. No lo suficientemente cerca para sentir el calor de su cuerpo, pero lo suficiente para sentirme como una mujer. Suena tonto, pero para mí es un hecho. La mayor parte del tiempo, soy tan grande o más grande que los hombres con los

que interactúo a diario. Hay algunas excepciones, como Matt y Adam.

Ransom es mucho más ancho de hombros de lo que solía ser. Mucho más alto. Y su rostro parece haber vivido. Ransom a los quince era guapo. Ransom a los cuarenta es devastador.

—Ahora tiene una buena vida, Mags. Se construyó una familia. Y yo también tengo una familia. —Le doy un pequeño apretón a la mano en mi brazo. —Era hora de dejar ir toda esa vieja rabia.

Empezamos a caminar de nuevo, deteniéndonos para dejar que el señor Granger cruce la calle con su antiguo sabueso.

—Buenos días, chicas —jadea—. Un día hermoso, ¿no?

—Sin duda, señor Granger —respondo con una sonrisa—. ¿Cómo está Buster?

—Oh, como siempre. Terco como una mula, pero leal como ninguno.

Los observamos alejarse antes de que Maggie se vuelva hacia mí.

—¿Y ahora qué pasa? Con Ransom, quiero decir.

Me encojo de hombros.

—Nada, supongo. No creo que vuelva. Pareció entender finalmente que soy feliz aquí y que no venderé el taller. Nunca.

Maggie estudia mi rostro, su expresión pensativa.

—¿Y estás bien con eso? ¿Con que él simplemente.... se vaya otra vez?

—Sí, lo estoy —digo, sorprendida de descubrir que lo digo en serio—. Es lo mejor, realmente.

Nos acercamos a la cafetería, el aroma de granos recién tostados nos da la bienvenida. Justo antes de llegar a la puerta, Maggie me detiene.

—Sabes que estoy aquí si necesitas hablar más sobre esto, ¿verdad? —dice suavemente.

Le aprieto la mano.

—Lo sé, Mags. Gracias. Estoy bien.

Asiente, aparentemente satisfecha, y abrimos la puerta de la cafetería.

Y chocamos directamente contra la espalda muy grande y musculosa de Ransom.

23

RANSOM

Declan: —¿QUIÉN SE COMIÓ MI PASTEL?

Jonas: —¿Qué pastel?

Kade: —¿Había pastel?

Micah: —Detalles, tío. ¿Qué tipo de pastel?

Declan: —UN PASTEL RECTANGULAR ENTERO. DE LA NEVERA. DESAPARECIDO.

Zach: —Espera, ¿tenías un pastel rectangular entero?

Nick: —¿Del supermercado o de pastelería?

Declan: —Del supermercado. Pero ese no es el punto. Y no me juzgues, Zach. Ayer te comiste tu peso en donuts. ¡Ni siquiera pude probar una!

Colton: —Tío, ¿por qué tenías un pastel rectangular entero?

Maverick: —Sí, ¿cuál era la ocasión?

Janey: —¿Olvidamos el cumpleaños de alguien?

Maya: —Oh no, ¿nos perdimos algo?

Declan: —NINGUNA OCASIÓN. SOLO QUERÍA PASTEL.

Cara: —Puedo confirmarlo. Solo quería pastel. Todo el pastel.

Jonas: —Yo quiero pastel.

Kade: —Dec, ¿estás bien, tío?

Micah: —¿Comiendo por estrés?

Zach: —¿Combustible para una maratón de videojuegos? Y que te jodan, le di una donut a Maya. Simplemente no quería compartir contigo.

Nick: —¿Perdiste otra apuesta?

Joder, los quiero. A todos ellos.

Riendo, lanzo mi móvil sobre la cama, el edredón floreado ya no es tan ofensivo como lo era ayer. La señora Winston me miró de forma extraña cuando volví a entrar en su hotel estilo cama y desayuno, pidiendo mi habitación de vuelta. Afortunadamente, este pueblo no es muy turístico, así que todavía estaba disponible.

Su rostro se ilumina cuando entro en el comedor.

—¡Buenos días, Ransom! Tengo café recién hecho. ¿Cómo te gustan los huevos? —De repente, me siento culpable por haberme saltado el desayuno ayer. No tiene otros huéspedes, y empiezo a darme cuenta de que está sola.

—Como usted quiera prepararlos, me los comeré. No soy exigente.

Sonríe, y eso la hace parecer una década más joven.

—Eso es refrescante. Tuve una pareja el mes pasado que quería tortillas de claras con kale. Creo que eran hippies.

Me río, sorprendido. La señora Winston tiene sentido del humor. ¿Quién lo hubiera imaginado? Sale apresuradamente de la habitación, murmurando sobre el kale, y me doy cuenta de que he tenido la cabeza metida en el culo. Por supuesto que tiene sentido del humor. Es un ser humano. Es más que la caja en la que la había metido. Pero cuando llegué al pueblo, traje conmigo al chico de quince años que solía ser. Y tenía un gran resentimiento.

Y aparentemente, opiniones de mierda sobre mucha gente.

Levantándome, empujo las puertas de la cocina.

—¿Estaría bien si como aquí, ya que solo somos nosotros dos? —Ella sonríe y me hace pasar a su desgastada mesa de pino, pone un

acogedor mantel individual frente a mí, y luego vuelve a su estufa. —Señora Winston, ¿cuánto tiempo lleva siendo dueña de este lugar?

Hace una pausa, espátula en mano.

—Oh, ya van cuarenta años. Mi Harold y yo lo compramos cuando éramos recién casados.

—¿Y él ya no.... está?

—Falleció hace cinco años. Algunos días parece que fue ayer. Y algunos días, me alegro de no tener que recoger su ropa interior sucia del suelo del baño. Mi espalda ya no es lo que era.

Suelto una risa ahogada y le sonrío.

—Voy a enviarles un mensaje a mis hermanos para que recojan su ropa interior sucia y que sus esposas nunca tengan que hacerlo. Es un buen consejo.

Ella también se ríe y me sirve una taza de café y empieza a servir la comida. Solo un plato.

—¿Usted no come?

Parece momentáneamente sorprendida, pero saca otro plato. Pronto estamos sentados, disfrutando de algunos de los huevos más perfectos que he comido nunca.

—Cuéntame sobre ti, Ransom. Parece que te va bien. Ese es un coche elegante ahí fuera. Aunque un poco abollado. ¿Qué pasó?

Doy otro bocado a los huevos revueltos perfectamente.

—Casi atropello a una vaca a unos kilómetros del pueblo. Terminé en la cuneta.

—¿Vaca lechera? ¿Blanca y negra?

—Sí.

Suspira y toma un sorbo de café.

—Esa es Harriet. Es una artista del escapismo. No importa lo que haga Charlie, siempre se escapa. Al menos eso es lo que él dice. Sospecho que su puerta se queda abierta de vez en cuando. La nieta de Charlie es un poco olvidadiza. Harriet ya ha sacado de la carretera a unas seis personas.

Por supuesto que sí. No puedo decidir si eso me hace sentir mejor.

—¿Y qué hay de tu familia? ¿Tienes una propia?

Sonrío, pensando en Mia y Noah.

—No propia, pero tengo una sobrina y un sobrino. Mia tiene casi cinco años, es muy lista. Y Noah acaba de cumplir un año.

Los ojos de la señora Winston brillan.

—¡Oh, qué maravilla! Los niños son una bendición.

Charlamos más mientras termino el desayuno. Me encuentro abriéndome, compartiendo historias sobre mis hermanos y las mujeres. La señora Winston se ríe, se ilumina todo su rostro.

—Gracias por el desayuno —digo, realmente agradecido—. Estaba delicioso.

Ella me sonríe radiante.

—Eres bienvenido cuando quieras, Ransom. ¿Te quedarás otra noche?

Hace preguntas difíciles. No sé qué coño sigo haciendo aquí, así que ¿quién coño lo sabe?

—No estoy seguro todavía. Pero se lo haré saber.

El camino hacia la cafetería se siente diferente hoy. Los escaparates cerrados siguen ahí, pero noto detalles que antes pasé por alto: los jardines cuidadosamente atendidos, el alegre "¡Buenos días!" del hombre que barre frente a la ferretería, la pintura fresca en las contraventanas. Este pueblo está luchando, eso es obvio, pero la gente que aún está aquí obviamente sigue preocupándose por este lugar. Todavía se siente acogedor, como lo recuerdo.

No aprecié nada de eso cuando era un niño. No me gustaba que la gente supiera mi nombre y se metiera en mis asuntos. Especialmente lo odiaba el primer año que viví aquí. Me había acostumbrado a saltarme clases cuando estaba en mis hogares de acogida. A nadie le importaba una mierda. Ni a los padres, ni a la escuela. No realmente.

Aquí, la red de espías de Robert le informaba, y él venía a buscarme. Lo máximo que logré estar ausente fue una hora. Al principio, que me arrastraran de vuelta a la escuela varias veces al día se volvió agotador.

Así que me quedé. E hice amigos y aprendí algunas cosas de verdad.

El dolor y la rabia por perder a toda mi familia no desaparecieron, pero este pueblo suavizó los bordes afilados.

Blair suavizó los bordes con su actitud práctica. No me trataba como a un pobre niño de acogida. Era más bien como si yo fuera un insecto bajo un microscopio y ella quisiera averiguar de qué estaba hecho.

La forma en que me miraba me cabreaba al principio. Luego, cuando llegué a conocerla mejor, empecé a amarla. Blair no miraba las cosas que no le interesaban. Nunca. Y me gustaba que estuviera interesada en mí.

La cafetería aparece a la vista y acelero el paso. De repente se me antoja una de esas magdalenas de arándanos. El lugar está lleno, pero me las arreglo para conseguir un sitio al final de la fila, con la espalda apoyada contra la puerta.

Ser alto tiene sus ventajas. Hoy, me permite ver la vitrina por encima de las cabezas de todos. La selección de magdalenas se ve jodidamente espectacular, y de repente tengo hambre otra vez.

Hay un golpe contra mi espalda, y aun antes de darme la vuelta, sé que es ella. La siento, joder. Me doy un segundo, solo uno, para prepararme antes de girarme.

Estoy preparado para Blair. Para su poder. Al menos eso me digo a mí mismo.

No estoy preparado para Maggie.

—Maggie. —Exhalo, extendiendo la mano hacia ella. No se parece en nada a la chica que recuerdo. Esa chica era toda curvas, mejillas rosadas y pelo alborotado. ¿Esta Maggie? Es todo hueso, sus mejillas hundidas, el pelo corto y pegado al cuero cabelludo.

¿Y sus ojos? Parecen antiguos y tan, tan cansados. Y se aferra al brazo de Blair como si fuera lo único que la mantiene unida.

Maggie está enferma. Muy enferma.

Y de repente todo lo que la gente ha estado diciendo sobre Blair, sobre cómo tiene tanto en su plato, tiene sentido. Es Maggie. Han sido amigas desde siempre. Y sé que estuvo enferma cuando eran adolescentes. Sucedió antes de que me mudara aquí, pero no era un secreto. Por la forma en que las chicas hablaban de ello, no era gran cosa. Tan a menudo como Blair y yo pasábamos tiempo juntos, también pasaba tiempo con Maggie. Éramos nosotros tres, y a veces

cuatro si Maggie traía alguno de los novios que rotaba. La chica vivía a lo grande.

Tomo su mano con cuidado y la meto en mi codo. Se inclina hacia mí y casi no pesa nada. Encuentro los ojos de Blair y veo todo allí. La devastación, el dolor, la resignación.

Maggie aprieta su agarre y me mira, con un atisbo de la chica que solía ser en sus ojos.

—Ransom. Qué casualidad encontrarte aquí. Pensé que ya habrías vuelto a tu vida. ¿No eres una especie de pez gordo? ¿No se está desmoronando todo sin ti?

Así que vamos a hacer esto, ¿eh? ¿Simplemente fingir que todo está bien? Quiero confrontarla. Averiguar qué coño está pasando, pero algo en su mirada me detiene. Una mirada casi suplicante. Así que pongo mi sonrisa más encantadora y sigo el juego.

Por ahora.

Pero ni de coña voy a dejarla escapar por completo. Quiero respuestas. Quiero saber qué está mal. Pero por ahora, lo haremos a su manera.

—Sí, soy una gran jodida cosa. Pero mi asistente da mucho miedo, así que ella se está encargando de las cosas. Y mis hermanos pueden ocuparse de cualquier cosa que ella no pueda.

—¿Hermanos? ¿En serio? —Sus labios se curvan en una sonrisa. —Tienes que contármelo todo sobre ellos. ¿Cuántos?

Avanzamos en la fila, y soy muy consciente de Blair. Juntos, hemos acurrucado a Maggie entre nosotros, protegiéndola de la multitud.

—Tengo nueve hermanos —le digo, acercándola aún más.

—¡Nueve! Santo Jesús, Ransom. ¿Cómo diablos pasó eso? Necesito detalles, tío.

—Nos conocimos todos en un hogar de acogida. Bueno, no John. Él no estaba allí. Pero su hermano Colton sí. Formamos una familia allí dentro.

Me mira fijamente.

—¿Y? ¿Simplemente decidieron ser una familia, se largaron de allí e inmediatamente se convirtieron en multimillonarios?

—No exactamente.

Gruñe un poco. Es pequeño y lindo.

—¡Eres tan frustrante! ¡Necesito detalles, tío! ¿Cómo pasaste de un hogar de acogida a todo esto? —Agita su brazo de arriba a abajo frente a mí, haciéndome sonreír a pesar de la preocupación en la boca de mi estómago.

—Las cosas no eran fáciles en ese entonces. El hogar de acogida era una mierda. Los niños allí no tenían ningún otro lugar a donde ir. Era literalmente el fondo del barril. Y cuando no hay esperanza, las cosas pueden descontrolarse. Había peleas, drogas y todo tipo de mierdas desagradables.

—¿Pero tú no te dejaste arrastrar por eso?

—No, no lo hice.

—¿Cómo?

Miro a Blair, viendo a la chica que recuerdo.

—Porque vi cómo podía ser la vida. Y sabía que si tenía alguna esperanza de encontrar eso de nuevo, tendría que construirlo yo mismo. Nadie me lo iba a dar. Ya me habían descartado.

—Odio eso —dice Maggie, llamando mi atención de vuelta a ella —. Tenías una vida aquí. Y la arruinaste. Estúpido.

Necesario.

—Tal vez. Pero no podía cambiarlo. Todo lo que podía hacer era mirar hacia adelante. Así que encontré a mis hermanos, y luego usé mis habilidades para sacarnos de allí.

—¿Qué significa eso de usar tus habilidades?

—Soy un poco mayor que mis hermanos, y no esperé para salir de allí. No te persiguen cuando te vas, así que empecé a jugar en partidas clandestinas. Juegos de póker. Gané. Mucho.

La boca de Maggie se abre, luego se le escapa una carcajada.

—¡Oh, Dios mío! —Se vuelve hacia Blair. —¿Te ganó alguna vez cuando éramos niños?

La comisura de los labios de Blair se curva.

—Estuvo cerca. Una vez.

Maggie silba y le da una palmada en el brazo a Blair.

—Vaya. Siempre dijiste que eras una excelente jugadora de póker, pero cuando tienes diecisiete años, eso no significa una mierda. Solo que.... supongo que tenías razón, ¿no?

—Tenía razón —digo, sonriendo a Maggie—. Blair es una jodida genio del póker. Yo tampoco me di cuenta realmente, no al principio. Pero cuando encontré esa primera partida, todo lo que tenía eran veinte dólares en el bolsillo. Pensé que valía la pena intentarlo. Y gané. Más que ganar. Los jodí por completo. Así que tomé mis ganancias y las invertí en otra partida, y luego en otra. Después de unos meses, vi una oportunidad y la aproveché. —Me detengo cuando el hombre frente a nosotros termina su pedido y se hace a un lado. Frannie me mira y sonríe.

—¡Has vuelto! Hola, Maggie. Hola, Blair. ¿Lo de siempre? —Las mujeres intercambian sonrisas y charlan un poco. Solo interrumpo para duplicar el pedido de magdalenas y pedir un café grande negro.

—¿Café negro? ¿En serio? Te estás perdiendo de algo, Ransom. ¿Por qué no vives un poco y pruebas otra cosa? —dice Maggie, dándome un codazo.

Unos minutos después, estamos ocupando una pequeña mesa afuera, y estoy dando un sorbo a mi moca. Es jodidamente increíble. La magdalena todavía está humeante, con trozos de manzana y canela golpeando mi lengua.

—Hostia puta —murmuro con la boca llena. Maggie se ríe y Blair sonríe.

Así que, por supuesto, me atraganto con mi magdalena.

Porque esa sonrisa es aún más poderosa de lo que recordaba.

Mierda. Soy tan estúpido. ¿Por qué coño me quedé? Esto es un gran error.

Maggie me da palmaditas en la espalda mientras toso y, finalmente, logro aclarar mi garganta.

—Joder, casi me muero. En serio, vi un ángel. —Le guiño un ojo a Maggie, y ella pone los ojos en blanco, y por un momento, me transporto al pasado. Antes de que la vida se complicara. Antes de que lo arruinara todo. De vuelta a cuando éramos amigos.

La extrañé. No me había dado cuenta de cuánto.

—Pero qué manera de irse. —Maggie parte un trozo de su propia magdalena. —Frannie ha estado experimentando últimamente. La semana pasada hizo unos de naranja y arándanos que estaban de locos.

—¿Cuánto tiempo lleva siendo dueña de la tienda?

—Unos cinco años ya. Como probablemente puedas notar, Badger Falls no es precisamente una metrópolis en auge, y el edificio fue una ganga. Y como puedes ver por la fila, lo que sea que ponga en sus magdalenas es adictivo. Si te sientas aquí el tiempo suficiente, juro que la mayoría de la gente del pueblo pasará por esas puertas.

—Me alegro por ella. —Lo digo en serio. Respeto a cualquiera que tenga las agallas de apostar por sí mismo.

—Entonces… —Maggie se inclina hacia adelante, con los ojos brillando de interés. —Cuéntame sobre esa oportunidad que aprovechaste. ¿Qué pasó?

Doy otro sorbo al moca.

—Había este taller, no muy lejos de nuestro barrio. Había ido allí buscando trabajo varias veces, pero el dueño era un pedazo de mierda. Borracho la mayor parte del tiempo.

—¿Y un jugador? —adivina Maggie, con los ojos muy abiertos. Está completamente inmersa en mi historia. Otra cosa que recuerdo de ella. Siempre se entregaba por completo a lo que estuviéramos haciendo. Vivía a lo grande. Y tenía una manera de mirarte como si lo que estuvieras diciendo fuera lo más importante para ella en ese momento. Blair necesitaba una amiga como ella. Alguien que se tomara el tiempo de escuchar. Alguien que se preocupara lo suficiente como para animarla a hablar.

—Sí. Apareció en una de las partidas, ya medio borracho. Empezó a tirar dinero, luego se quedó sin nada. Ahí fue cuando puso la escritura del taller en la apuesta.

—¿Y simplemente lo entregó cuando perdió? ¿Así sin más?

—No exactamente. Pero terminó aceptando la idea. —O más específicamente, John y su pandilla se aseguraron de que lo aceptara. No lo conocía entonces, no sabía que era el hermano de Colton. Todo lo que sabía era que tenía conexiones, y en la calle, la gente lo escuchaba. Fue el comienzo de una extraña especie de amistad. Una que continuó durante todo el tiempo que estuvo en prisión.

Blair no ha dicho una palabra, solo me observa con esos ojos grises. ¿Qué pensará de mí ahora? ¿De las cosas que hice para llegar a donde estoy? Viví mi vida en las zonas grises durante mucho tiempo. Demonios, incluso ahora no me importa moverme en la zona gris, especialmente cuando se trata de mi familia.

Honestamente, no me esforcé demasiado. Hice lo que fuera necesario para cuidar de mi familia. Y no me arrepiento de una puta cosa de aquellos días.

—Ese fue el comienzo —continúo—. Una vez que me hice cargo del lugar, mis hermanos vinieron a unirse a mí uno por uno. Vivíamos encima del taller en un apartamento de una habitación. Y trabajamos como unos hijos de puta. —Mis ojos se encuentran con los de Blair de nuevo. —Si no fuera por Robert y Blair, y todo lo que aprendí de ellos, no estaría donde estoy hoy.

Blair se levanta de repente, pareciendo dolida, y yo inmediatamente me pongo de pie también. Quiero extender la mano por encima de la mesa y atraerla hacia mí. Algo que dije tocó una fibra sensible, y quiero calmarla, preferiblemente con mis labios.

—Necesito ir a trabajar. Tengo clientes que vendrán a recoger sus coches esta tarde, y Matt no puede terminar solo. —No me mira. Sus ojos están en Maggie. —Te llevaré a casa.

La mirada de Maggie es un poco triste y muy decidida.

—Me voy a quedar a ponerme al día con Ransom. Él me acompañará a casa, ¿verdad?

Todavía no puedo apartar los ojos de Blair.

—Por supuesto. Cuidaré bien de ella.

Blair vacila, mirando entre nosotros. Finalmente, asiente y se dirige a través de la plaza hacia el taller.

No mira atrás. Tampoco lo hizo anoche.

—Siéntate, Ransom —dice Maggie con firmeza—. Y dime por qué estás realmente aquí.

24

RANSOM

Observo a Blair desaparecer en su garaje antes de volverme hacia Maggie.

—Te ves cansada.

—Buen intento de evasión. Pero primero hablaremos de ti.

—Hablo en serio, Mags. ¿Qué está pasando?

Ella hace un gesto con la mano.

—La vida. La muerte. El drama habitual. Ahora desembucha.

Me reclino en mi silla, estudiando su rostro. Las sombras bajo sus ojos, la palidez de su piel. La forma en que su ropa cuelga suelta.

—Hagamos un trato. Verdad por verdad.

—Siempre tratando de hacer un trato. —No hay mordacidad en sus palabras. Solo una cansada resignación. —Está bien. Pero tú primero, y que sea la historia real.

Tomo una respiración profunda. Maggie siempre pudo ver a través de mis mentiras.

—Vine a comprar el garaje. Para cumplir una promesa que le hice a Robert.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? —Observo una ardilla correr por la plaza. —Ahora no lo sé. Pensé que podría simplemente llegar, arrojarle dinero a la situación e irme. Pero estar de vuelta aquí....

Estar de vuelta aquí me ha hecho darme cuenta de cuánto he perdido. Y cuánto me importa todavía. Seguro que no voy a

compartir eso con Maggie. Al menos no todavía. No sé qué quiero hacer, y hasta que lo averigüe, me guardaré mis cartas.

—Ella dejó claro que no va a vender. Así que si esa es la única razón por la que estás aquí, necesitas irte. Ella no necesita que compliques su vida.

—Lo dejó claro. Rompí el papeleo, Mags. Ya terminé. Lo creas o no, lo que Blair quiere me importa.

La mandíbula de Maggie se tensa, sus ojos oscuros escudriñan mi rostro en busca de cualquier indicio de engaño. Cruza los brazos sobre su pecho, hombros tensos, como si se estuviera preparando físicamente contra cualquier mentira que piense que podría intentar decir.

—¿La amas?

Una pregunta tan simple. Y tan cargada.

—Nunca dejé de hacerlo. Las razones por las que me fui ya no son un obstáculo, pero hay muchos años entre nosotros. Y mucho dolor.

—¿Entonces qué vas a hacer al respecto?

Hoy no se anda con rodeos. Pero le doy la verdad, tal como prometí.

—Aún no lo he resuelto. Ella nunca dejará este pueblo. Y yo tengo una familia y una vida en la ciudad. Tengo responsabilidades allí. Personas de las que necesito cuidar.

Sus labios se curvan en una mueca de desprecio. Sería más efectiva si no se viera tan jodidamente exhausta.

—Responsabilidades, ¿eh? Bueno, supongo que es bueno saber dónde está Blair en tu lista de prioridades. No es que no hayas dejado las cosas claras mucho antes de ahora.

Está tratando de provocarme, pero no voy a caer en eso. Necesito respuestas.

—Tu turno. —Encuentro su mirada, manteniendo mis ojos y mi voz nivelados. Mis músculos abdominales están tensos, anticipando su respuesta. —¿Qué pasa?

Ella mira sus manos.

—Etapa cuatro. Ha vuelto de nuevo, y esta vez he terminado de luchar. No más quimio, no más radiación. Simplemente.... estoy

cansada, Ransom.

Es mucho peor de lo que pensaba.

—¿Lo intentaste?

Sus ojos arden de furia.

—Por supuesto que lo intenté. Esta es la tercera maldita vez, Ransom. Tengo un hijo. Es todo mi mundo. Lo último que quiero hacer es dejarlo. Pero no estaba funcionando. Todo lo que podía hacer era vomitar y dormir. No era vida. Max me estaba viendo consumirme. —Su mano se cierra en un puño y toma una respiración temblorosa. Extiendo la mano y cubro la suya, y sus dedos agarran los míos con fuerza.

Sus ojos están vidriosos cuando mira hacia arriba de nuevo.

—Al menos de esta manera, puedo estar presente para él. Puede contarme sobre su día. Puedo regañarlo por cepillarse los dientes. Antes.... Blair estaba haciendo casi todo.

—¿Cuánto tiempo?

—Tal vez seis meses. Si tengo suerte. —Su voz se quiebra ligeramente en la última palabra, y mi pecho se aprieta dolorosamente.

—Mierda, Maggie. Lo siento tanto. —Las palabras se sienten inadecuadas, inútiles contra el peso de lo que me está diciendo.

—Yo también. Esto no era como pensaba que la vida resultaría, ¿sabes? Y sin Blair, no sé si habría sobrevivido la última vez. Es demasiado esta vez, pedirle que cuide de mí y de Max. —Juguetea con el dobladillo de su camisa, viéndose tan lejos de la mujer confiada y vibrante que recuerdo que una ola de temor me invade. Esto es tan jodidamente malo.

—Apuesto a que ella no lo ve así. Eras su familia en ese entonces, Maggie. Dudo que se sienta diferente ahora. —Me inclino hacia adelante, tratando de captar su mirada. La lealtad de Blair es profunda, recuerdo eso de ella.

—No, no lo hace. Pero una persona solo puede manejar cierta cantidad de pérdida. Robert solo se ha ido hace un año, y ahora.... —No termina el pensamiento, pero sus palabras no dichas aún flotan en el aire entre nosotros, pesadas como el plomo. *Y ahora va a*

perderme a mí. El silencio que sigue se siente como una presencia física alrededor de mi garganta, sofocante y espesa de dolor.

Quiero llamar a mi helicóptero y llevarla directamente al hospital. Quiero a los mejores médicos del mundo en su caso. Quiero obligarla a intentarlo de nuevo. Porque tiene razón. ¿Perder a Robert, y luego perder a Maggie? Eso es algo que destruye el alma.

No quiero que el alma de Blair sea destruida. Es demasiado preciosa.

—Háblame de tu hijo. ¿Max?

Sus ojos todavía están vidriosos, pero una pequeña sonrisa adorna sus labios.

—Maxwell. Tiene seis años, y es un completo lunático.

—Suena genial. Cuéntame más. ¿Dónde está su padre?

Ella resopla y desmenuza su panecillo entre sus dedos.

—No tiene uno. Mi cáncer volvió hace nueve años. Fue más difícil que la primera vez, pero aún así lo vencí con bastante facilidad. Y después.... me volví un poco loca. Me fui de viaje y… bueno.... me hice muy amiga de varios hombres en varios países. Básicamente, me prostituí por toda Europa. Y nueve meses después, nació Max.

—Y esto fue algo feliz, supongo.

La sonrisa de Maggie es irónica.

—Yo estaba feliz. Blair no lo estaba.

Blair siempre tuvo opiniones muy fuertes sobre todo y todos, excepto por las personas que amaba. Si Maggie le hubiera dicho a Blair que quería ir a la escuela para convertirse en mimo, Blair la habría animado. Si hubiera querido convertirse en paracaidista profesional o unirse al circo, Blair la habría apoyado completamente. Así que si Blair no era solidaria, había una razón. Para Blair, amar a alguien significa amar todo sobre ellos, incluso las cosas que normalmente le molestarían.

—¿De qué estaba preocupada?

—Temía que mi cuerpo no fuera lo suficientemente fuerte. —Hace una mueca y se sacude las migas del panecillo de su regazo. —No se equivocaba. No pensé que pudiera quedar embarazada. La quimio y la radiación son un infierno para la fertilidad. De ahí la

prostitución. Parecía un milagro, ¿sabes? Como si quedar embarazada fuera el lado positivo en una nube llena de mierda.

La manita regordeta de Noah y la risa brillante de Mia cruzan por mi mente. La alegría pura que esos niños traen a todos a su alrededor es indescriptible. Cada vez que los miro, que puedo pasar tiempo con ellos, se siente como un regalo, así que entiendo exactamente cómo se siente Maggie con respecto a su hijo.

—Pero lo superaste.

—Lo hice. Gracias a Blair. Se mudó conmigo durante los últimos meses de mi embarazo. Luego se quedó después de que él nació. Solo iba a ser por unos meses, pero los recién nacidos no son broma. Y yo estaba tan cansada todo el tiempo por las alimentaciones nocturnas que simplemente tenía sentido que ella viniera. Luego nunca se fue. Todavía vivimos todos juntos, excepto por un par de semanas antes de que Robert muriera. Y cuando él se fue, insistí en que volviera. No quería que viviera sola en ese apartamento, rodeada de todas sus cosas.

Todo este tiempo he estado imaginando a Blair en ese apartamento. Puedo visualizar cada centímetro cuadrado de ese lugar. Pero ahora, no puedo imaginarla acurrucada en su habitación o bebiendo café en esa cocina fea. Ya no conozco su mundo.

¿Por qué es eso tan jodidamente devastador?

—Me alegro de que los tenga a ustedes. —Le doy un apretón a la mano de Maggie, tratando de ignorar cómo su piel se siente fina como el papel contra la mía. Ella voltea su mano y agarra la mía con fuerza, con los ojos húmedos por lágrimas contenidas que me hacen doler el pecho. Tengo que tragarme el nudo en la garganta, luchando contra la angustia en mi pecho.

—¿Así que ella ayudó a criarlo?

—Sí. Y es genial en eso. Quiero decir, le deja comer pastel en el desayuno. —Maggie suelta una risa húmeda. —Pero siempre está ahí para él, ¿sabes? Es tan paciente con él. Tan dispuesta a enseñarle cosas. Es como el mejor padre que existe. Deberías verlos juntos en el garaje.... él tiene su propia cajita de herramientas y todo.

—Suena a que Max es un niño muy afortunado. —Las palabras salen ásperas, y no puedo evitar pensar en cómo Blair siempre ha

sido así: firme y fuerte para todos los que la necesitan, incluso si no se dan cuenta de que lo hacen.

Pero la lista de personas en las que Blair puede confiar parece estar haciéndose demasiado corta.

—Lo es. Ambos somos afortunados.

Mirando nuestras manos entrelazadas, los dedos huesudos de Maggie, con las uñas cortas y sin pintar, le doy una verdad que yo mismo estoy empezando a comprender.

—Nunca la olvidé. Ni un solo día. Pero podía decirme a mí mismo que ella estaba bien. Que tenía un gran sistema de apoyo y una comunidad aquí. Luego Robert vino a verme y me dijo que estaba enfermo. Y cuando me di cuenta de que ella iba a perderlo, esa mentira que me estaba contando comenzó a desmoronarse. —Mi garganta se siente apretada, recordando esa conversación con Robert, la forma en que sus manos temblaban mientras sostenía esa taza de café en mi oficina.

—¿Cuál es la mentira, Ransom? —La voz de Maggie es suave, pero hay acero debajo. El mismo acero que siempre he admirado en ella, incluso ahora cuando se ve tan frágil en ese suéter demasiado grande.

—Que ella estaría mejor sin mí. Que mi regreso perturbaría su vida, y que era egoísta siquiera pensarlo. —Ella deja escapar un sonido grave, con los ojos fijos en mi rostro. No puedo sostener su mirada, no puedo manejar la mirada conocedora que hay allí. —Intenté solucionarlo con dinero. Robert me había convencido de que Blair necesitaba libertad, necesitaba la oportunidad de elegir su propia vida. Y eso obviamente no funcionó una mierda. —Mis dedos se aprietan involuntariamente alrededor de la mano de Maggie, y me obligo a relajar el agarre, sin querer lastimarla.

—Aun así te tomó un año venir aquí después de esa reunión.

—Porque temo no poder irme esta vez.

Ella frunce el ceño.

—¿Por qué es esa una idea tan horrible? ¿Odias tanto este lugar? ¿Fuimos realmente tan horribles contigo cuando vivías aquí?

¿Cómo le explico la realidad de mi vida en ese entonces? Pasé por alto la mayor parte cuando éramos niños, pero tal vez esta

nueva versión de Maggie pueda entender de una manera que la antigua Maggie no podía. Esa Maggie no veía todo el dolor en el mundo. No veía la oscuridad. Pero ahora, ella está parada al borde del maldito abismo.

—Intenté suicidarme dos veces el año después de que mi familia muriera. —Su cuerpo se estremece, y luego está sosteniendo mi mano con ambas suyas. Todavía hay fuerza allí, todavía hay calidez, y me permito aceptar su consuelo. —Perder a mi familia casi me destruyó. Y este pueblo me ayudó a sanar. Encontré una familia aquí. Fui amado. Y alejarme casi me destruyó de nuevo.

—¡¿Entonces por qué mierda te fuiste?!

—No tuve elección.

—No me lo creo. Ni por un segundo. —La mandíbula de Maggie se tensa, un surco entre sus cejas. El fuego familiar destella en sus ojos, a pesar de la palidez de su piel.

—Fue la elección responsable. Lo hice por Blair. Y no sé si podría haber hecho algo diferente en ese entonces. No voy a compartir el porqué, Mags. Eso no es algo que tengas derecho a saber. Pero te pido que me creas cuando te digo que tuve que irme. —Parece que quiere discutir, pero afortunadamente ve algo en mi rostro que la detiene.

—Pero no entiendo por qué estar aquí ahora es tan malo.

—Me prometí a mí mismo que nunca dejaría ir a otra familia. En Chicago, todos mis hermanos y yo vivimos en el mismo edificio. Trabajamos juntos. Me aseguro de que estemos unidos. Y no arriesgaré perderlos. Tengo que mantener a mi familia unida. Y no puedo hacer eso desde este pueblo.

Ella me mira fijamente, con la boca abierta, durante un largo minuto. Aparta sus manos, dejándolas caer en su regazo mientras sacude lentamente la cabeza.

—Dios mío. Pensé que eras más inteligente.

Sus palabras son como un golpe físico, empujándome hacia atrás en mi asiento.

—¿Qué quieres decir?

—Dios, Ransom. Las familias no tienen que vivir unas encima de otras para mantenerse conectadas. La ciudad está a dos horas de

distancia. No está al otro lado del puto océano. ¿Me estás diciendo en serio que con todo tu dinero, no podrías encontrar una manera de hacer que funcione? Apuesto a que incluso tienes un helicóptero. Podrías ir y venir del trabajo como el maldito multimillonario que eres.

—No es así. Cenamos juntos. Salimos los fines de semana. Cuido a mi sobrina y mi sobrino. Puedo ser parte de todo eso. Mudarme lejos de ellos significa que me perdería momentos importantes. —He perdido dos familias. No puedo dejar que nos separemos.

—Eso es genial —dice ella sin emoción, mirando por encima de mi hombro—. Entonces deberías volver con ellos. Sube a tu auto ahora y vete. Para que puedas ser parte de sus vidas, en lugar de vivir la tuya.

Mierda, no se está conteniendo. ¿Cuándo se volvió tan cruel?

Reprimo ese pequeño pensamiento molesto en el fondo de mi mente, que tal vez ella tenga razón.

—Eso es jodidamente duro, Maggie.

Ella simplemente se encoge de hombros.

—Eso es básicamente lo que estás diciendo. No importa que todavía tengas sentimientos por Blair. Te importa más tu familia. Esa es tu elección. Es una elección respetable, incluso. Nadie te va a culpar por estar ahí para tu familia. Blair es fuerte. Y tiene a la gente de este pueblo para apoyarla cuando llegue el momento. Así que puedes irte con la conciencia tranquila.

—¿Así sin más? ¿Simplemente recoger e irse? ¿Después de todo lo que ha pasado, crees que es tan sencillo?

—Te has disculpado, Blair te ha perdonado. ¿Qué más hay que hacer aquí? Has obtenido tu cierre, tu borrón y cuenta nueva. ¿No es eso a lo que viniste?

—¿Y qué hay de ti? Te estás muriendo, Maggie. —Mi voz se quiebra al decir las palabras, y odio sentirme tan impotente. Igual que cuando murió mi familia, estoy viendo cómo alguien que me importa se me escapa, y puede que no haya nada que pueda hacer al respecto. No importa que no la haya visto en años. Era mi amiga. Fue buena conmigo. Y la idea de que no esté aquí en unos meses es jodidamente inaceptable.

—Sí. Bueno, eso tampoco es nuevo. Y no te necesito. Blair tampoco. Así que vete. —Sus palabras son como hielo, afiladas y frías, cortándome de lado a lado.

Ahí está. Blair va a estar bien. Ella lo ha dicho. Esta debería ser mi señal para largarme de este pueblo.

—No puedo —admito, las palabras arrancadas de algún lugar profundo en mi pecho, crudas y honestas de una manera que no me he permitido ser en años—. No puedo alejarme de ella otra vez. Esto es exactamente por lo que no debería haber venido aquí. Es justo como antes, quizás peor. Está en mis malditos huesos, Maggie. No sé cómo sacarla. Cada vez que la miro, cada vez que habla, es como si no hubiera pasado el tiempo.

—Suena doloroso —dice secamente, mirándome como si estuviera harta de esta conversación. No puedo culparla. Yo también estoy harto de mí mismo. ¿Por qué coño es esta mierda tan complicada? Entiendo lo que está diciendo. Lógicamente, tiene sentido. Mi familia no va a ir a ninguna parte. Lo entiendo.

Pero mi estómago se revuelve ante la idea de no estar cerca de ellos. Es jodidamente codependiente, pero ahí lo tienes.

—¿Siempre fuiste tan molesta?

Se encoge de hombros y sorbe su café. El silencio entre nosotros se hace cada vez más denso. Soy yo quien se quiebra primero.

—De todos modos, ella nunca podría volver a amarme —murmuro.

—Probablemente tengas razón.

—Sería estúpido siquiera intentarlo. No tiene sentido explorar esos sentimientos.

—No. No tiene ningún sentido.

Es tan jodidamente molesta.

—Pero ¿y si...? —me interrumpo, porque realmente no sé cómo terminaría esa frase. Lo que dije es cierto. Me encanta estar con mi familia. Me esforcé mucho para construirla fuerte.

Pero todos mis hermanos están emparejados ahora. Todos tienen a alguien a quien amar. Están acostados en la cama por la noche, abrazando a sus parejas, y yo estoy viendo películas con un jodido hámster.

—Me están dejando atrás. —De nuevo, ella no dice nada. Solo mordisquea su magdalena. —Todos están emparejados. Van a tener sus propios hijos, y van a necesitar algo más que esos apartamentos. Hay un gran reloj haciendo tic tac sobre todo eso.

—Qué horrible de su parte, vivir esas grandes y hermosas vidas. Las vidas que les ayudaste a construir. Suenan como unos egoístas de mierda.

—Deja de joderme, Mags —le gruño. Ella parece completamente imperturbable—. ¿No puedes dejarme tener una jodida epifanía en paz? —Riéndose en la tapa de su taza, me hace un gesto con la mano para que continúe.

—Es jodidamente inevitable. Van a dejarme. —El pavor se despliega en mi pecho, y tomo un sorbo de mi café para intentar empujarlo hacia abajo.

Los ojos de Maggie se encuentran con los míos por encima de mi taza.

—Eres un padre. Los hijos siempre se van. Pero si has hecho bien tu trabajo, van a querer volver. Siempre volverán.

—¿Cómo sé si hice mi trabajo lo suficientemente bien?

Su cara se arruga.

—No podemos saberlo. Solo podemos hacer nuestro mejor esfuerzo y esperar. Pero estás sano, Ransom. Estarás por aquí durante mucho tiempo. Tienes tiempo para resolver todo eso.

—Vaya manera de jugar la carta del cáncer. Muy manipulador de tu parte. —También malditamente efectivo. Tiene razón. Tengo tiempo. Todo cambió en los últimos dos años. Todo es diferente, pero también es mejor. Hay más vida, más diversión, más amor.

Entonces, ¿por qué no puede continuar?

—Estoy jodido, Mags —le digo, tocándome la sien—. Todo está retorcido aquí, y no sé cómo desenredarlo.

—Tal vez sea hora de salir de tu cabeza, grandulón, y empezar a pensar con otras partes de tu cuerpo. —Mi mente inmediatamente va a un lugar muy sucio, y debe notarse en mi cara. Ella se ríe, el sonido hace sonreír a las personas sentadas en la mesa de al lado. —No esa parte. Tu corazón, idiota. Deja que tu corazón te guíe por una vez.

—Mi corazón siempre me guía.

—Parece que lo dejas guiar con tu familia, tal vez. Pero cuando se trata de ti, ¿de lo que necesitas y lo que quieres? Creo que no lo escuchas. Y es hora de que lo hagas.

—¿Así sin más?

Ella resopla y se pone de pie, tirando de mí para que me levante.

—Sí, así sin más. ¿Cuál es la alternativa? ¿Estás dispuesto a pasar el resto de tu vida preguntándote si tú y Blair podrían haber tenido algo increíble?

—No. Joder, no lo estoy.

—Ahí lo tienes entonces. Ahora acompáñame de vuelta. Tengo que ir a trabajar.

—Sí, señora.

—Señora —repite en voz baja—. ¿Por qué tienes que ser tan malo?

25

BLAIR

Miro fijamente la transmisión frente a mí, pero mi mente sigue desviándose hacia la cafetería donde dejé a Maggie con Ransom. Se me resbala la llave inglesa y maldigo en voz baja.

—¿Estás bien por ahí? —Matt levanta la vista del cambio de aceite en el que está trabajando.

—Bien —me limpio las manos con un trapo del taller—. Solo estoy distraída.

—No tendrá nada que ver con cierto visitante en el pueblo, ¿verdad?

Le lanzo a Matt una mirada que lo hace levantar las manos en señal de rendición y volver a su trabajo. Imbécil entrometido. Aunque no lo culpo. No estoy siendo yo misma.

Si soy honesta, no he sido yo misma en más de un año. No desde que llegó esa primera oferta y destrozó la paz que había encontrado. Durante los últimos quince años, no pensaba en él todos los días. Y a veces, cuando lo hacía, podía pensar en esos buenos momentos en lugar de la forma en que todo terminó. Pero ahora, el pasado ha vuelto para atormentarme y me está jugando una mala pasada. La conversación de anoche se suponía que ayudaría. Se suponía que el perdón ayudaría.

Pero no lo hizo. No de la manera que esperaba, de todos modos. Pensé que podría dejarlo en el pasado. Pero en su lugar, permitirme sentarme con él, mirarlo realmente sin la ola de ira que coloreaba mi visión fue un maldito error.

Él ha cambiado. Yo también. Ha pasado un cuarto de maldito siglo, lo cual es deprimente cuando lo piensas. Pero los años le han sentado bien a Ransom. Las canas que salpican su cabello y barba fueron una sorpresa. Tiene cuarenta años ahora, no es el chico que recuerdo; lo entiendo. Pero maldita sea si estaba preparada para el impacto del Ransom adulto. Tuve que contenerme físicamente para no pasar mis dedos por esas hebras plateadas.

Teníamos tantos planes. Hablábamos de un futuro. Deberíamos haber estado juntos cuando apareció esa primera hebra plateada. ¿Tenía treinta años, o apareció recientemente? ¿Me habría culpado por esa primera cana? Puedo imaginarlo tan claramente. Él abrazándome, riéndose de mí, bromeando que es mi culpa.

Nunca encontré eso. Con nadie. La conexión física está bien, pero ¿un hombre en quien confiara tanto como confiaba en él? Nunca sucedió.

Probablemente nunca sucederá.

Y pensé que estaba bien con eso.

—¿B? —Levanto la cabeza y veo a Adam en la entrada del garaje, con una bolsa de papel en la mano. Su camiseta azul de los Bomberos de Badger Falls se estira ajustada sobre su pecho. Su sonrisa es fácil, cálida y familiar.

¿Por qué no puedo amarlo?

—Pensé que podrías tener hambre. —Levanta la bolsa. —Pavo y queso suizo, sin mayonesa, extra de mostaza.

—Matt, me tomo veinte minutos —espero el gruñido de Matt, luego sigo a Adam afuera, donde nos sentamos en el banco de madera al lado del edificio. El sol me da en la cara perfectamente, y cierro los ojos, dándome un segundo para disfrutar del calor y la paz del momento. El hombro de Adam presiona contra el mío, familiar y constante. Finalmente, cuando he respirado suficiente paz, desenvuelvo mi sándwich.

Comemos en un cómodo silencio. Eso es lo que me gusta de Adam. No hay presión por llenar los espacios de silencio. Él lo entiende.

—Escuché que Ransom Kyle está de vuelta en el pueblo —dice finalmente Adam, arrugando su envoltorio.

Doy otro bocado, masticando lentamente.

—Sí.

—¿Estás bien con eso?

Me encojo de hombros.

—Es lo que es.

Adam asiente, sin presionar más. Estira sus largas piernas frente a él, se apoya contra el revestimiento y entrelaza sus dedos sobre su duro estómago.

—¡Es tan jodidamente inconveniente! ¿Por qué no pude enamorarme de ti? —suelto, mirándolo, con el último bocado de mi sándwich agarrado entre mis dedos— Eres objetivamente atractivo. Eres amable. Eres realmente muy conveniente.

Los ojos de Adam están sobre mí, tranquilos y constantes. Siempre es así. Nada parece molestarlo, nada lo enoja ni lo sorprende. La única vez que veo algo más que calma es en la oscuridad de su habitación.

Allí, obtengo calor. A veces risas también.

—A veces me pregunto lo mismo —admite—. Seríamos buenos juntos. Demonios, aún podríamos serlo.

—Tú tampoco me amas.

—Te amo. Eres una de mis personas favoritas.

—Pero no quieres escribirme cartas de amor y gritar mi nombre desde la cima de un acantilado.

Hay un pequeño tic en la comisura de sus labios que deja crecer hasta convertirse en una pequeña sonrisa.

—No, supongo que no. Y tú no quieres cotillear sobre mí con tus amigas ni escribir mi nombre con corazoncitos en tu cuaderno.

—Eso es tonto. No uso cuadernos. Y tengo mejores cosas de qué hablar con mis amigas. —Escuchar las palabras en voz alta me hace estremecer. Cierto, pero no amable. Si las palabras son ciertas, pero no amables, se supone que debo guardármelas o pensar en una forma agradable de decirlas. Esa era la regla de papá.

Como de costumbre, es una regla que olvidé.

Afortunadamente, Adam solo se ríe. Me conoce desde hace tiempo suficiente como para que mi franqueza no le moleste.

—Me lo preguntaba, ¿sabes?

—¿Te preguntabas qué?

—Si nosotros dos pudiéramos ser algo permanente. Nos llevamos bien. El sexo es fantástico. Y me gustas. Eso es más de lo que mucha gente tiene, supongo.

—Han pasado años, y todavía no hay....

—Chispa —ofrece, mirando hacia el camino de entrada—. Lo cual es bastante decepcionante.

—¿Es esta la parte donde hacemos un pacto para casarnos si ambos estamos solteros cuando tengamos cincuenta?

Él gruñe, sacudiendo la cabeza.

—Ves demasiadas películas. Aunque, no es la peor idea que he escuchado.

Gruño en respuesta y me meto el último trozo de mi sándwich en la boca. Supongo que no lo es. No puedo imaginarme viviendo sola en la casa de Maggie. Sí, el niño estará allí, pero no tendré a nadie con quien hablar de todas las cosas que me preocupan. Nadie con quien quejarme. Nadie con quien cotillear.

Tal vez Adam no podría ser esa persona para mí, pero tal vez estar casada con mi amigo sería mejor que estar sola.

—¿Quieres venir esta noche? Yo cocinaré. —Me mira expectante. Es una oferta que ha hecho docenas de veces.

La invitación flota en el aire. En cualquier otro momento, habría dicho que sí sin dudarlo. Nuestro arreglo siempre ha sido simple: buena comida, mejor sexo, sin complicaciones. Pero todo es diferente ahora, y eso es tan molesto.

—Probablemente debería quedarme con Maggie esta noche. —La excusa suena débil incluso para mis oídos.

—Claro, no hay problema. —Adam no parece molesto, pero sus ojos estudian mi rostro. — ¿Lo dejamos para otro día?

Antes de que pueda responder, una sombra cae sobre nosotros. Ransom está ahí de pie, con la mandíbula apretada, mirando a Adam como si quisiera golpearlo. La temperatura parece bajar diez grados.

—¿Qué mierda estás haciendo aquí? —La voz de Ransom es tensa, con los ojos fijos en Adam.

—Vivo aquí, genio. Desde hace años —dice Adam con una pequeña sonrisa socarrona. Hacía mucho que no veía esa expresión

en su rostro.

Oh, mierda. Esto no va a terminar bien.

La mandíbula de Ransom empieza a temblar mientras mira alternativamente a Adam y a mí.

—No hagas eso. No juegues conmigo. Ya somos mayores. ¿Ustedes dos están juntos?

Adam se levanta lentamente, su actitud despreocupada es reemplazada por algo más duro. Los dos hombres se miden con la mirada, y siento la vieja tensión chispear entre ellos. Ransom es más alto, pero Adam, siendo bombero, es objetivamente más musculoso. Ambos son fuertes y feroces. Cualquier pelea entre ellos terminaría muy mal, para los dos.

—No veo en qué te incumbe. Eres un visitante. Solo estás de paso, ¿no? ¿Por qué carajo crees que mereces saber algo sobre alguien en este pueblo?

Ransom se vuelve hacia mí, con los ojos tormentosos.

—¿Él, Blair? ¿En serio? ¿El jodido Adam?

Lo entiendo. Adam era un imbécil cuando estábamos en la preparatoria, un imbécil con el que tuve una cita. Una cita que terminó con los nudillos ensangrentados de Ransom y mi pie en las pelotas de Adam.

Una noche que terminó con los labios de Ransom sobre los míos.

Fue el principio del fin.

Me interpongo entre ellos, con las manos levantadas, y Adam inmediatamente gruñe y me aparta con suavidad. Imbécil protector. No conozco a este nuevo Ransom, pero sé que nunca me haría daño.

Físicamente, al menos.

—Retrocede, Ransom. Adam no es quien era en la preparatoria.

—La gente no cambia tanto —gruñe Ransom.

—¿No crees realmente eso, verdad? —Me cruzo de brazos. —Mientras tú estabas fuera construyendo tu imperio, algunos de nosotros nos quedamos aquí y maduramos. Adam sirvió tres periodos de servicio. Ahora es uno de nuestros mejores bomberos.

Adam permanece callado, pero puedo sentir la tensión en su postura detrás de mí. Después de aquella noche, había atormentado

a Ransom sin piedad en la preparatoria, llamándolo fenómeno de acogida, iniciando peleas, tratando de hacer su vida un infierno. Pero ese Adam hacía mucho que se había ido. En su lugar hay un hombre más tranquilo y reflexivo. Un hombre que ha vivido horrores de los que no quiere hablar.

—Está bien, Blair. —La voz de Adam es firme. —Lo entiendo. Fui un completo imbécil en aquel entonces. —Se enfrenta directamente a Ransom. —La gente que me importa sabe quién soy ahora. Me importa una mierda lo que pienses de mí.

Los puños de Ransom se aprietan y aflojan a sus costados.

—Me hiciste la vida imposible.

—Sí, lo hice. —Adam asiente. —Estaba enojado y jodido. El ejército me enderezó, me mostró lo que realmente importa. —Recoge su envoltorio del almuerzo. —Y supongo que tú sigues siendo el mismo imbécil que arrojó un ladrillo por la ventana del supermercado, el imbécil que tomó cada cosa buena que este pueblo hizo por ti y se cagó en todo.

Ransom se tambalea una vez, las palabras lo golpean como puñetazos físicos. Adam no espera una respuesta.

—Debería volver a la estación. —Adam toca brevemente mi hombro. —Avísame sobre esa cita pendiente.

Lo veo alejarse, con la espalda recta, ignorando la mirada fulminante de Ransom. El Adam que había regresado del despliegue era diferente: el arrogante contoneo había sido reemplazado por una confianza tranquila, la maldad quemada por lo que sea que hubiera visto allá.

—Blair —dice Ransom, mirándome con el ceño fruncido.

Me vuelvo hacia Ransom, con la mandíbula tensa.

—No empieces.

—¿Qué está pasando entre tú y él? —Su voz tiene ese filo que recuerdo demasiado bien.

—¿Por qué es eso asunto tuyo? —Me cruzo de brazos. —¿Esperas que te rinda cuentas de cada relación que he tenido en veinticinco años? ¿Debería hacerte una hoja de cálculo? ¿Crees que tienes algún derecho a esa información? ¿Quieres darme una lista de cada mujer con la que has estado?

El sarcasmo da en el blanco. El rostro de Ransom se sonroja, y se pasa una mano por el pelo, un gesto tan familiar que hace que mi pecho duela por un segundo.

—Tienes razón. Lo siento. —Toma aire. —En realidad vine a decirte que llevé a Maggie a casa. Se estaba cansando.

Mi enojo se desinfla.

—Gracias.

—Ella.... no se ve bien —dice, haciendo que mi corazón se estremezca en mi pecho. Ve el pánico en mi rostro y levanta una mano—. Lo siento. Quiero decir que no está peor, pero Dios, se está consumiendo. —Se acerca. —Dijo que no está recibiendo tratamiento, que los médicos no pueden hacer nada más por ella. ¿Cómo estás manejando su decisión de detener el tratamiento?

La pregunta golpea como un puñetazo inesperado. Mis manos tiemblan.

—¿Cómo crees que lo estoy manejando?

No te quiebres. No te quiebres. No te quiebres.

—Lo odio —susurro—. Pero no puedo obligarla a seguir luchando. No viste lo que la quimio le hizo la última vez.

—Entonces podría estar recibiendo tratamiento. ¿Hay una posibilidad? Porque conozco algunos especialistas en Chicago, oncólogos de primera. Podrían evaluar su caso mañana....

Levanto mi mano frente a su cara, deteniendo sus palabras.

—Hemos ido a la ciudad, Ransom. La llevé a cada cita. Me senté allí mientras médico tras médico decía lo mismo: no hay cura milagrosa.

—Entonces busquemos fuera del país. Hay tratamientos experimentales....

Una risa áspera se me escapa.

—¿Con qué dinero? Por si no te habías dado cuenta, dirijo un taller mecánico de un pueblo pequeño. No estoy precisamente nadando en fondos para tratamientos médicos internacionales.

Ransom parece como si lo hubiera abofeteado.

—Yo pagaría. Por supuesto que yo pagaría.

—No —Sacudo la cabeza con fuerza, sin querer dejar entrar ni siquiera un poco de esperanza—. No hagas eso. No me des

esperanza. —Mi voz se quiebra. —He trabajado tan duro para aceptar esto. Para ser fuerte por ella y por Max. Porque eso es lo que ella quiere. No puedo volver a tener esperanza. No puedo pasar el tiempo que le queda discutiendo con ella o estando amargada. Simplemente no puedo.

Tomando una larga y temblorosa respiración, le doy la verdad que no pude darle a Maggie.

—Si pensara que podría convencerla de intentar algo, habría firmado ese papeleo y tomado tus cinco millones de dólares. Pero lo he intentado. Y jodidamente fracasé. —Mis pulmones están apretados; no puedo respirar lo suficiente.

—Blair.... —Extiende la mano hacia mí, y me alejo de sus manos.

—No lo hagas. —Retrocedo. —Por favor. Simplemente no lo hagas.

Ransom se pasa las manos por el pelo, la frustración emana de él en oleadas.

—Lo entiendo. De verdad. Pero se siente mal simplemente.... rendirse.

—¿Crees que no se lo he dicho? ¿Que no le he suplicado? —Mi voz se quiebra. —Está cansada de luchar. Los tratamientos la enferman tanto que ni siquiera puede sostener a Max. No puede leerle ni jugar con él. Y eso la está matando más rápido que el cáncer.

Sus ojos se suavizan.

—Max. Es su hijo, ¿verdad? Lo mencionó.

—Sí. —A pesar de todo, pensar en Max me hace sonreír. —Tiene seis años. Es inteligentísimo, pero no tiene filtro. Ninguno. La semana pasada le dijo a la señora Winston que su cara parecía una pasa.

Ransom suelta una carcajada sorprendida.

—Apuesto a que eso le sentó muy bien.

—Le dio galletas extra. Dijo que la honestidad merecía recompensas. —Sacudo la cabeza. —Este pueblo, te lo juro.

—¿Ayudas a criarlo?

—Sí. Maggie tuvo un embarazo difícil. Luego me quedé para asegurarme de que tuviera ayuda. Después no me fui porque era

divertido estar con ellos. —Me cruzo de brazos. —Y ahora, no puedo irme porque alguien tiene que estar ahí cuando.... —No puedo terminar la frase.

—Cuando Maggie no pueda estar —La voz de Ransom es suave —. Parece un gran niño. Tengo ganas de conocerlo.

—Max está en la escuela ahora. No saldrá en varias horas. —Miro mi reloj. —Hablando de tiempo, ¿no deberías estar volviendo a Chicago? Tu familia debe echarte de menos.

Los ojos de Ransom escudriñan mi rostro, y me obligo a sostener su mirada firmemente.

—Anoche —dice, con voz áspera—, cuando dijiste que me perdonabas. ¿Era real? ¿O solo intentabas deshacerte de mí?

Se me aprieta la garganta.

—Era real. Veinticinco años es demasiado tiempo para cargar con ese tipo de ira.

—¿Así sin más, lo has dejado ir?

No fue algo sin importancia. Fue lo más difícil que he tenido que hacer. Pero era lo correcto. Porque a pesar de toda la otra mierda que me agobia, me siento un poco más ligera.

—En su mayoría. Al menos lo intento. Fue hace más de la mitad de nuestras vidas. Somos personas totalmente diferentes.

Asiente, pensativo, sus ojos oscuros fijos en los míos con una intensidad que me hace estremecer el estómago.

—Bien. Eso está bien. Entonces no te importará que cene con ustedes. Estaré allí a las seis. ¿Hay algo que deba llevar?

—Espera. ¿Qué? —Las palabras salen más bruscas de lo que pretendía, mi compostura cuidadosamente mantenida se desmorona.

—Maggie me invitó a cenar. Para conocer a Max. —Lo dice tan casualmente, como si fuera lo más natural del mundo, como si no hubiera estado ausente durante un cuarto de siglo.

—¿Te quedas más tiempo? —Odio cómo se quiebra mi voz. Y la forma en que su mirada se agudiza, como si hubiera detectado una grieta.

—Realmente quiero conocer al hijo de Maggie. Me gustaría pasar un poco de tiempo con ambos. Y contigo. —Da un paso más cerca, y

resisto el impulso de retroceder. —Aprecio tu perdón. Más de lo que puedas imaginar. Pero me gustaría conocerte de nuevo, Blair.

—¿Por qué? —La pregunta sale apenas por encima de un susurro, pero resuena en el espacio entre nosotros como un grito. El resto del mundo ha desaparecido, mis oídos llenos de estática. No estoy lista para esto. No estoy lista para él.

—Porque no ha habido un día en veinticinco años en que no haya pensado en ti. Y ahora que estoy aquí, no puedo simplemente irme de nuevo. Necesito.... —Su voz se apaga, cargada de palabras no dichas.

—Cerrar el ciclo —termino por él, con tono plano—. Quieres ponerle un bonito lazo al pasado. —Me cruzo de brazos sobre el pecho, deseando que mi corazón dejara de latir tan erráticamente.

—No lo diría así. Pero supongo que no te equivocas.

—¿Y luego te irás?

¿Es que este hombre nunca parpadea? Solo mira y mira. Finalmente, la comisura de sus labios se curva.

—Me iré cuando sea el momento. —Retrocede, con los ojos aún fijos en mí. —Nos vemos a las seis, Blair. —Luego saluda con la mano y se aleja trotando.

Me iré cuando sea el momento.

—¿Qué coño significa eso? —le grito. No responde.

Mierda. Mierda. Mierda. Parece que voy a cenar con el hombre que me rompió el corazón.

26

RANSOM

Cambio el peso de un pie a otro en el porche delantero de Maggie, mi corazón hace ese extraño salto-latido que ha estado haciendo desde que regresé a Badger Falls. El timbre resuena en el interior, seguido por el estruendo de pequeños pies. ¿Cómo es que las personas más pequeñas tienen los pasos más ruidosos?

La puerta se abre para revelar a un niño con lo que parece ser un disfraz de superhéroe cruzado con un pijama cruzado con.... ¿es eso un tutú? Su cara y manos están manchadas con algo marrón.

—¿Y tú quién demonios eres? —Planta sus manos en las caderas, bloqueando la entrada como un pequeño portero.

—¡Max! —La voz de Maggie se escucha desde algún lugar en el interior.

—Soy Ransom. Soy amigo de tu mamá.

Entrecierra los ojos.

—¿Eres el tipo de Chicago por el que la tía Blair está tan enojada?

—¡Max Jones! —Maggie aparece detrás de él, pero está sonriendo.

—¿Qué? Eso es lo que dijiste. —Se vuelve hacia mí. —¿De verdad tienes billones de dólares?

—Yo.... bueno, no estoy realmente seguro de cuánto es un billón. Pero sí, tengo mucho. ¿Cómo supiste eso?

—Mamá ve esos programas sobre gente rica. Y le dijo a la tía Blair que eres más rico que ellos. —Se inclina hacia adelante,

bajando la voz. —¿De verdad tienes un helicóptero?

—Maxwell, deja entrar al pobre hombre. —Maggie lo aparta suavemente. —Lo siento, ha estado viendo programas de telerrealidad otra vez.

—No, está.... —Entro, tratando de no mirar fijamente lo delgada que se ve Maggie en su suéter demasiado grande, cómo cuelga de sus hombros como una manta. Mi pecho se aprieta ante la vista. —Está bien. Y sí, tengo un helicóptero, amigo. Lo uso principalmente para negocios.

—¿Puedo ir a verlo? —Max rebota sobre sus dedos, dejando huellas de chocolate en su tutú. La tela brillante está cubierta con lo que parece ser una mezcla de purpurina y migas. —Prometo que no romperé nada. Bueno, probablemente no. Como un noventa por ciento seguro.

Hay que apreciar su honestidad. Suena mucho como mis hermanos.

—Max, ve a lavarte para la cena. —Maggie señala hacia lo que supongo es el baño, y noto el ligero temblor en su mano antes de que la baje rápidamente. —Y cámbiate ese.... lo que sea que sea ese atuendo. Estás dejando migas por todas partes.

—Soy un ninja bailarín astronauta de chocolate. —Pone los ojos en blanco como si esto debiera ser obvio, levantando las manos dramáticamente. —Pff. Es un trabajo muy importante. Alguien tiene que hacer misiones de ballet espacial.

Es el "pff" lo que me hace gracia. Me cubro la boca y toso para disimular la risa. Maggie me lanza una mirada fulminante, pero lo entiendo. Reírse de cosas así es garantía de que vas a obtener más de esa actitud, y no quiero hacer su vida más difícil. Si fuera Mia, sin embargo, no me molestaría en ocultarlo. Y si su actitud empeora, bueno, qué se le va a hacer. Ese es el trabajo de Colton.

—Eso es realmente bastante creativo. El mundo definitivamente necesita más ninjas bailarines astronautas. Especialmente a los que les guste el chocolate.

—¿Ves? Él lo entiende. —Max le lanza a su madre una mirada de pura vindicación de seis años antes de salir corriendo por el pasillo,

dejando un rastro de purpurina a su paso. Los brillos captan la luz como pequeñas estrellas en el suelo de madera.

—Es todo un personaje. —Sigo a Maggie a la cocina, de donde vienen aromas increíbles del horno.

—Sí que lo es. —Se hunde en una silla en la mesa de la cocina. —Blair debería estar en casa pronto. Se quedó atrapada en el taller.

Mi estómago hace ese giro otra vez al escuchar el nombre de Blair, pero lo aparto.

—¿En qué puedo ayudar? ¿Estás segura de que no puedo llevarlos al restaurante en su lugar?

Ella niega con la cabeza.

—Todo está listo. Lo único que hice fue encender el horno. Nuestros vecinos han mantenido el congelador lleno de cazuelas durante los últimos seis meses. Así que no tengo que preocuparme por cocinar si....

—Si estás teniendo un mal día.

Exactamente. Blair también cocina a veces. Hace un pastel de carne increíble.

—Igual que Robert.

—Sí. Todo lo que sabe cocinar, lo aprendió de él. Reconfortante, abundante y en una cazuela.

—Lo recuerdo. —Y es cierto. Robert tenía las mismas diez recetas en rotación. Si queríamos cambiar las cosas, agregaba un nuevo vegetal o usaba pollo en lugar de carne de res. Pero eso era todo.

Honestamente, no me molestaba la previsibilidad de ello. El año antes de mudarme con Robert y Blair estuvo lleno de caos, y saber exactamente lo que venía era un consuelo.

—Robert siempre fue predecible. La misma hora de despertar, las mismas opciones para el desayuno. En casa desde el taller a las 5:30 y la cena en la mesa a las 6:30.

La sonrisa de Maggie es suave y un poco triste.

—Blair es igual. Vivieron juntos durante tanto tiempo que sus hábitos se convirtieron en los de ella.

—Es extraño —digo, trazando un patrón en la mesa de madera de Maggie—. Siempre la imaginé.... diferente. Viviendo en otro lugar, tal vez. Con una familia propia.

—¿Quieres decir que no siguiera los pasos de Robert?

—Sí. Supongo. —Me froto la mandíbula, las palabras salen lentamente. —A veces me pregunto si se queda porque es todo lo que conoce. Si simplemente está.... atrapada aquí.

La risa de Maggie me toma por sorpresa.

—Oh, Ransom. Esa no es Blair en absoluto.

—Pero la rutina, el taller, todo exactamente como Robert....

—Deja de subestimarla. —Maggie se inclina hacia adelante, sus ojos brillantes a pesar de los círculos oscuros debajo de ellos. —Blair fue a la universidad, ¿sabes? De hecho, todavía va. Tiene títulos en ciencia e ingeniería. Hizo la mayor parte en línea por las noches, después de trabajar todo el día en el taller.

Una extraña mezcla de orgullo y frustración surge en mí.

—No sabía eso.

—Está aquí porque es donde quería estar. ¿La rutina? Eso no es ella estando atrapada, es ella siendo Blair. Le encanta la previsibilidad, sí. Pero también es una devoradora de información. Siempre está toqueteando, construyendo y creando algo en el taller. Y es mentora de algunos niños cada semana, enseñándoles sobre coches.

Mi pecho se siente apretado.

—No sabía nada de eso.

—Por supuesto que no lo sabías. Has estado viendo lo que esperabas ver. —La voz de Maggie es suave pero firme. —Blair no está atrapada aquí. Está prosperando. El taller no es una cadena alrededor de su cuello, es su reino. Y lo dirige exactamente como ella quiere.

—Me dijo que le encantaba estar aquí. Que es feliz.

—Lo es. Amaba profundamente a Robert —dice Maggie—. Pero no es eso por lo que se queda. Se queda porque esta vida, este pueblo, ese taller, esta gente.... es lo que la hace feliz. Verdadera y profundamente feliz.

Miro fijamente mis manos sobre la mesa de la cocina de Maggie, encajando todas las piezas. Durante todo este año, me había estado diciendo a mí mismo que Blair estaba atrapada aquí, que necesitaba ser salvada, que tal vez algún día querría algo diferente.

Pero no es así. Nunca lo fue.

Blair ha construido exactamente la vida que quiere. Mientras yo estaba por ahí creando mi imperio, ella estaba construyendo el suyo, ladrillo a ladrillo, título a título, estudiante a estudiante.

—Mierda —murmuro, pasándome una mano por el pelo.

—¡Esa boca! —La voz de Max resuena desde el pasillo.

—Lo siento, amigo —le grito de vuelta, aunque no estoy seguro de que él sea el indicado para vigilar mi lenguaje. Los hombros de Maggie tiemblan, con la mano presionada contra su boca.

Mi mente está acelerada. Si quiero a Blair (y Dios me ayude, la quiero) no puedo esperar que ella ceda. Este es su hogar, su vida, construida exactamente como ella quiere. El taller no es solo un negocio; es su legado. El legado de Robert.

Mis hermanos me necesitan en Chicago. La empresa me necesita allí. Pero Blair.... Blair necesita estar aquí.

Voy a tener que averiguar cómo cerrar esa brecha. Cómo mantener a mi familia unida mientras construyo algo nuevo aquí. Porque alejarme de Blair otra vez no va a suceder.

He pasado veinticinco años tratando de olvidarla. Veinticinco años construyendo muros alrededor de esa parte de mi corazón. Y en cuestión de días, ella los ha derribado todos.

Así que sí, voy a tener que ser creativo. Encontrar una manera de hacer que esto funcione. Porque irme ya no es una opción.

MAX AGITA SU TENEDOR, lanzando trozos de fideos mientras nos cuenta sobre su día.

—¡Y entonces Jimmy simplemente lo sacó y empezó a hacer pis! —Los ojos de Max se abren de par en par. —¡Ahí mismo en el patio de juegos!

Blair arquea una ceja.

—¿Y usaste a Jason como escudo?

—Bueno, sí. Mejor él que yo. —Max se encoge de hombros, metiendo otro tenedor lleno en su boca.

—¿Por qué no corrieron los dos? —Maggie está tratando de no reírse, pero falla.

Max hace una pausa, con el tenedor a medio camino de su boca.

—Eh. Eso habría sido inteligente.

—Retirada táctica —Blair asiente sabiamente. —Siempre una estrategia válida.

—La próxima vez que alguien intente hacerme pis encima, voy a correr. —Max dice esto como si fuera algo común.

Blair me mira a los ojos a través de la mesa, y por un segundo veo el indicio de una sonrisa. Me doy cuenta de lo natural que es con Max. No hay nada de esa alegría forzada que los adultos suelen usar con los niños. Ella simplemente.... habla con él. Como si fuera una persona que resulta ser más pequeña.

—¿Quizás evitemos que nos hagan pis encima por completo? —Maggie alisa el pelo salvaje de Max. —¿Y usemos nuestras palabras en su lugar?

—Mamá… —Max pone los ojos en blanco. —Jimmy no escucha palabras. Es como una personita borracha.

—¿Personita borracha? —articulo en silencio a Blair. Ella simplemente pone los ojos en blanco.

—No se equivoca. —Blair alcanza su agua. —Es muy parecido a como era su padre, Kurt, en tercer grado.

—Oh, Dios. Hizo pis en la esquina del aula —dice Maggie, gimiendo.

—Sí. Esa esquina apestó por el resto del año. —Blair se vuelve hacia Max. —¿Ves? Cada grado tiene un niño que toma decisiones cuestionables. Y a veces, la manzana no cae lejos del árbol.

Maggie les lanza una mirada a ambos.

—No estamos alentando esto.

—Por supuesto que no. —Blair le guiña un ojo a Max cuando Maggie se da la vuelta.

Es como observar un sistema perfectamente equilibrado. Maggie los mantiene con los pies en la tierra, mientras Blair y Max rebotan entre sí como bolas de pinball. Son una familia, a su manera peculiar.

Igual que mis hermanos y yo.

—¿Tienes hijos? —me pregunta Max, lamiendo la salsa de la cacerola de su cuchara.

—No. Pero tengo la sobrina y el sobrino más lindos del planeta. —Saco mi móvil. —¿Quieres verlos?

—¡Sí! ¿Cómo se llaman?

—Mia y Noah. Noah tiene un año, y Mia casi cinco.

—¿En qué grado está ella?

—Va a empezar el jardín de infantes este otoño.

Max suspira y apoya la barbilla en su mano.

—El jardín de infantes era bueno. Teníamos meriendas y siestas. Y una gran caja de disfraces. Me gusta disfrazarme.

—Disfrazarse es divertido. Es divertido jugar con la imaginación. Por eso incluso a los adultos les encanta Halloween.

—¡Yo fui Spider Man en Halloween! —Max rebota en su silla. —¿De qué se disfrazó ella?

—De minion. De hecho, todos nos disfrazamos de minions.

Los ojos de Max se agrandan.

—¡No puede ser! ¿Los tipos amarillos de esa película?

—Sí. Completos con gafas y overoles.

—¡Quiero ver! —Max se apresura alrededor de la mesa y se sube a mi regazo sin dudarlo. Me acomodo para hacerle espacio, abriendo las fotos de Halloween.

—Este es mi hermano Colton. —Señalo la pantalla. —Y esos son Nick y Maverick....

—¿Por qué ese está gritando? —Max señala una foto de Colton en medio de un ataque de pánico. Por supuesto que tomé fotos.

—Había ratas falsas en el césped de esa casa. Le tiene miedo a las cosas pequeñas y peludas.

—¡Pero es enorme! —Max se ríe. —¡Parece un plátano gigante!

—¿Verdad? Eso es lo que le dije.

Soy consciente de que Blair y Maggie nos están observando, puedo sentir sus ojos mientras Max y yo pasamos más fotos. Él pregunta sobre cada persona, queriendo saber sus nombres, sus comidas favoritas, si les gusta Spider-Man.

—¿Quién es el bebé? —señala a Noah.

—Ese es Noah, mi sobrino. Ya casi camina. Todavía no tiene mucho equilibrio.

—Es pequeñito. —Max hace zoom con sus dedos pegajosos. —¡Pero su cabeza es enorme! Se cae, ¿no?

Apoyo mi frente en la parte superior de la cabeza maloliente de Max y me río.

—Sí. Mucho. Pero eso es parte de aprender a caminar. Apuesto a que tú también te caías mucho cuando estabas aprendiendo.

Él resopla y pasa a la siguiente foto.

—Vaya. Ese es un árbol grande.

—Lo es. Más de cuatro metros.

—¿Esa es toda tu familia?

—Sí, lo es.

—¿Puedo ver? —pregunta Maggie suavemente. Le entrego el móvil, y ella sonríe mientras lo mira.

—Es la única foto que tengo en la que están todos. Todo el mundo estaba disperso en Navidad. Y los niños.... demonios, los adultos estaban con un subidón de azúcar, así que fue difícil reunirlos.

—¿Dónde se tomó esto?

—En mi ático.

—¿Qué es un ático? —pregunta Max, arrebatándome el móvil y mirándolo fijamente.

—Es como una casa grande, pero en lo alto de un edificio.

—¿Tiene césped? —me pregunta frunciendo el ceño.

—No, no tenemos césped. Pero tenemos una piscina en el techo.

—¡Genial! ¿Podría el viento levantarte y lanzarte fuera de la piscina?

Puedo sentir literalmente cómo mis ojos se salen de sus órbitas.

—Ah.... no. Eso no sucede.

—Hmm —murmura, devolviéndole el móvil a su madre, deslizándose de mi regazo y dirigiéndose al refrigerador. Lo abre, toma un yogur, agarra la cuchara que usó en la cena de la mesa y se va a la sala de estar—. Voy a ver mis programas.

Maggie y yo intercambiamos una mirada cuando comienza la música de un popular programa de supervivencia. Ella simplemente

pone los ojos en blanco.

—Me rindo. Si tiene que ver esos programas, prefiero ese que el de las amas de casa.

—Buena elección. —Aunque en realidad no sé de qué amas de casa está hablando.

La mirada de Maggie cae sobre mi móvil en su mano. Vibra como lo ha estado haciendo intermitentemente toda la noche, y sus ojos se abren de par en par. Deja caer la cabeza en su mano con una risa ahogada y me entrega el móvil.

El hilo de mensajes de mi familia está explotando.

Echo un vistazo a mi móvil y gimo.

NICK: ¿Cuál de ustedes, cabrones, se comió mi pizza? Voy a bajar allí y les meteré un zapato por el culo.

COLTON: ¿Dónde la dejaste?

NICK: ¿Qué quieres decir con dónde? En mi puta cocina.

MAVERICK: ¿Qué cocina?

NICK: Mi cocina, joder.

COLTON: Qué susceptible. Es una pregunta razonable. Tenemos muchas cocinas. Podría estar en la mía, o en la de Jonas o-

JONAS: Vi un informe preocupante sobre intoxicación alimentaria relacionada con la pizza en el Canal 7.

COLTON: La de Nick.

KADE: No ayudas, Jonas.

COLTON: o la de Kade.

JONAS: ¿Sabías que uno de cada seis estadounidenses sufre intoxicación alimentaria anualmente?

MICAH: ¿Recuerdan Francia? ¿Esos caracoles?

COLTON: Oh Dios, no me lo recuerdes.

NICK: ¿PODEMOS CENTRARNOS EN MI PIZZA?

MAVERICK: Esos no eran caracoles, hermano, eran babosas 🤮

COLTON: ¿QUÉ?

MAVERICK: Son lo mismo.

KADE: ¿Esas cosas babosas? Voy a vomitar

COLTON: Voy a enfermarme.

NICK: Chicos, en serio, mi pizza.

JONAS: Los síntomas de intoxicación alimentaria incluyen náuseas, vómitos....

NICK: JONAS, LO JURO POR DIOS.

MAVERICK: Oye, ¿recuerdan cuando Declan comió esa carne callejera en Tailandia?

KADE: Destruyó ese baño.

NICK: ¡Estoy llevando a cabo una INVESTIGACIÓN SERIA aquí!

COLTON: Aún estoy procesando lo de la babosa.

NICK: ¿Puede alguien revisar las cámaras de seguridad?

JONAS: Los estudios muestran que el sesenta y ocho por ciento de los robos de comida ocurren dentro de las familias.

NICK: ....esa no es una estadística real.

JONAS: Podría serlo.

MAVERICK: Chicos, yo me la comí.

NICK: ¡POR FIN!

MAVERICK: Lo siento, tenía hambre después del tribunal.

COLTON: Espera, entonces sobre esas babosas....

JONAS: Dato curioso: las babosas contienen parásitos que-

COLTON: ¡PARA!

Sacudo la cabeza, dejando mi móvil boca abajo.
—Mis hermanos son idiotas.
Luego lo vuelvo a tomar y escribo un mensaje:
Las babosas tienen 27.000 dientes

Luego, me río cuando sigue vibrando. Lo pongo en silencio, luego levanto la mirada y me encuentro con la mirada inquisitiva de Blair.

No intento explicar; simplemente le entrego mi móvil con el chat abierto y observo cómo sus labios se curvan en una sonrisa.

No es la amplia y amorosa sonrisa que recuerdo, pero es un comienzo.

—¿Siempre son así? —pregunta, devolviéndome el móvil.

—Más o menos. —Guardo el móvil en mi bolsillo. —Somos un montón de niños cuando estamos juntos. Este chat es un reflejo de eso la mayoría del tiempo.

—¿Y tú los criaste?

—De cierta manera. Todos eran bastante duros cuando nos encontramos, pero intenté estar ahí para ellos. Ser el tipo de persona que era Robert. Que era mi padre.

—Pero tú también eras solo un niño.

—Dejé de ser un niño el día que me fui de aquí, Blair.

Sus labios se aprietan, con una tormenta de emociones en sus ojos. Finalmente, hace la pregunta que ha estado haciendo todo el tiempo. La que yo no estaba dispuesto a responder.

—¿Por qué te fuiste?

Está sentada ahí, con los hombros curvados hacia adentro, y veo de nuevo a esa chica de diecisiete años. La que creyó en mí cuando nadie más lo hizo. La que vio más allá de mi ira y mi dolor. La que destruí para proteger.

Y me doy cuenta de que tengo que tomar una decisión.

Todo este tiempo, he estado protegiendo la memoria de Robert.

Protegiendo los recuerdos que Blair tiene de él.

Pero, tal vez, la verdad es lo que ella necesita. Incluso si nunca puede volver a amarme. Incluso si ha pasado demasiado tiempo. Tal vez merezca saber exactamente lo que hice.

Y por qué lo hice.

—¿Podemos dar un paseo en coche?

27

BLAIR

Mis manos agarran el volante, los nudillos blancos contra el cuero desgastado. El ronroneo del motor es el único sonido en la cabina mientras guío mi Ford hacia el camino de tierra. La presencia de Ransom llena la cabina, sus anchos hombros y largas piernas hacen que el espacio se sienta más pequeño de lo que solía ser.

Todo en él es diferente: la plata entrelazada en su cabello oscuro, las líneas más profundas alrededor de sus ojos, el costoso reloj en su muñeca. Sin embargo, debajo de todo eso, hay destellos del chico que recuerdo. Esos vislumbres son la razón por la que acepté dar un paseo. Ese chico destrozó mi corazón, y todavía no tiene sentido. Todo lo que sabía de él en aquel entonces me convencía de que nunca me lastimaría.

Pero lo hizo. Y pasé demasiado tiempo después de eso sin confiar en mi juicio.

La camioneta avanza a trompicones por el terreno desigual hasta que diviso el claro donde solíamos estacionar cuando éramos adolescentes. Apago el motor. El silencio se asienta pesadamente entre nosotros, roto solo por el "tic, tic, tic" del motor enfriándose.

Miro por la ventana hacia el campo colina abajo. La hierba aún está corta, pero tan verde. La última vez que estuvimos aquí juntos, fue un comienzo. Esta vez, no sé qué demonios es. Las preguntas que he llevado conmigo por más de veinte años presionan contra mi pecho. *¿Por qué te fuiste realmente? ¿Qué te hizo quedarte lejos tanto tiempo? ¿Alguna vez me extrañaste como yo te extrañé a ti?*

Mis dedos tamborilean contra el volante. El asiento de cuero cruje cuando Ransom se mueve a mi lado. El aire se siente denso de tensión, pero no puedo descifrar si viene de él o de mí. Hay mucha historia que desempacar, y tengo que luchar contra el impulso de arrancar la camioneta y largarme de aquí.

Pero esas preguntas bailan en mi lengua. Después de todos estos años, finalmente podría saber la verdad. Pero el miedo las retiene, miedo a que sus respuestas puedan doler más que la historia que me he estado contando a mí misma.

—¿Recuerdas esa noche? —pregunta, rompiendo el silencio entre nosotros. Está mirando hacia el campo, y no tengo que preguntarle a qué noche se refiere. Lo sé. Es la noche que inició las cosas para nosotros. La noche en que pasamos de ser amigos a algo más. La última vez que estuvimos aquí juntos.

—Sí, la recuerdo.

—Mis sentimientos por ti estaban fuera de control en ese momento. La idea de que salieras en una cita con Adam me volvió tan jodidamente loco que no pude mantenerme alejado.

—¿Es eso por lo que estabas aquí? Nunca lo pregunté. —Ajusto mi agarre en el volante, los nudillos se blanquean ligeramente.

—Sí. Esa fue la razón. Me escondí detrás de un árbol allá.... —Se gira, señalando detrás de nosotros. —…y me quedé rumiando. Estaba lo suficientemente cerca para verlos a través de la ventana trasera de su camioneta. Estabas demasiado jodidamente cerca de él. Quería correr hasta aquí, sacarlo a rastras de la camioneta y molerlo a golpes. —Ransom se mueve en el asiento del pasajero, con sus anchos hombros tensos contra la tela desgastada.

—Así que lo hiciste.

—Básicamente.

28

RANSOM

Edad: 15 años

Me recuesto contra un árbol, tratando de parecer casual mientras vigilo la cita de Blair. Mis amigos se pasan una botella, riendo y empujándose entre sí. No estoy aquí por ellos. Estoy aquí por ella.

Ese imbécil de Adam estaciona su camioneta al borde de la colina. Incluso desde aquí, puedo ver cómo atrae a Blair hacia él. Mi estómago se revuelve.

—Voy a mear —murmuro, alejándome poco a poco del grupo.

Me acerco sigilosamente a la camioneta, manteniéndome agachado entre las sombras. Las ventanas están empañadas, pero puedo oír voces ahogadas. Entonces la voz de Blair suena clara y aguda.

—¡No! ¡Para!

No pienso. Simplemente me muevo.

Mi mano encuentra la manija de la puerta y la abro de un tirón. La cara estúpida de Adam me mira boquiabierta por una fracción de segundo antes de que agarre su chaqueta y lo saque a rastras. Él tropieza, agitando los brazos.

—¿Qué demo...?

Mi puño conecta con su mandíbula antes de que pueda terminar. El dolor atraviesa mis nudillos, pero no me importa. Quiero hacerle daño, y si tengo que sufrir también, no tengo problema con eso.

Por Blair, sangro. Acepto cualquier cantidad de dolor.

Blair baja de la camioneta, alisándose la trenza como si nada hubiera pasado. Cruza los brazos y observa, con el rostro inexpresivo.

Adam logra liberarse, escupiendo sangre. Se vuelve hacia Blair.

—¿Tu hermano adoptivo psicópata? ¿Es una puta broma?

Antes de que pueda moverme, la pierna de Blair se dispara. Su pie alcanza a Adam justo en las pelotas. Él se dobla con un grito ahogado, su cara tornándose de un interesante tono púrpura.

—Puta loca —jadea, arrastrándose de vuelta a su camioneta—. Ambos están jodidamente locos.

Los neumáticos chirrían cuando Adam arranca, levantando polvo y grava. Me vuelvo hacia Blair, con el corazón acelerado.

—¿Estás bien? ¿Él te...?

—Estoy bien —me corta, con voz inexpresiva. Pero sus ojos se encuentran con los míos por un momento, y veo un destello de algo allí. Gratitud, tal vez. O comprensión.

Nos quedamos en silencio mientras las luces traseras de Adam desaparecen por el camino.

Blair se vuelve hacia mí, entrecerrando los ojos.

—¿Por qué estás aquí siquiera, Ransom?

Trago saliva, mi mente acelerada. De ninguna manera voy a admitir que la seguí.

—Solo estaba.... pasando el rato con algunos chicos de la escuela —miento, gesticulando vagamente hacia el grupo que había dejado atrás.

Ella me mira fijamente por un largo momento, y siento como si pudiera ver a través de mí. Pero no insiste.

—Lo que sea —murmura, girando sobre sus talones—. Me voy a casa.

Camino a su lado mientras bajamos la colina y cruzamos el campo. La luz de la luna proyecta largas sombras, y no puedo evitar notar lo pequeña que parece Blair a mi lado. En los últimos años, he crecido como la mala hierba, pero este último año, también he ganado masa muscular gracias al gimnasio de la escuela. La parte superior de su cabeza ahora está a la altura de mi nariz.

El silencio se extiende entre nosotros, roto solo por el susurro de la hierba contra nuestras piernas. Lanzo miradas furtivas a su perfil, tratando de leer su expresión en la tenue luz.

—Entonces.... ¿qué pasó allá atrás? —finalmente pregunto, incapaz de contener mi curiosidad por más tiempo— En la camioneta, quiero decir.

Blair se encoge de hombros, su trenza se balancea con el movimiento.

—Nada que no pudiera manejar —dice, con voz fría y distante—. No necesitabas ponerte todo cavernícola con él.

Me erizo ante eso.

—¡Te estaba lastimando!

—Por favor —se burla—. Lo tenía bajo control. Viste con qué facilidad lo derribé después de que lo sacaste.

Recuerdo la rápida patada que le dio y me estremezco involuntariamente.

—Sí, pero....

—Pero nada —me corta—. No necesito que me protejas, Ransom. Puedo cuidarme sola.

Volvemos a caer en el silencio, las palabras que quiero decir atascadas en mi garganta. Quiero decirle que sé que es dura, que la he visto manejar cosas mucho peores que Adam. Pero también quiero que sepa que no siempre tiene que ser tan fuerte, que está bien dejar que alguien más luche por ella a veces. Dejar que yo luche por ella.

En lugar de eso, solo asiento y sigo caminando, muy consciente de su presencia a mi lado en la tranquila noche.

Blair finalmente murmura:

—Gracias. —Su voz es tan baja que casi no la escucho.

Aprovecho la oportunidad para aligerar el ambiente.

—¿Por qué? ¿Por cumplir mi sueño de golpearlo en la cara? Fue más por mí que por ti. —Adam es un imbécil, y golpearlo se sintió jodidamente bien.

Ella no se ríe, pero sus labios se curvan ligeramente. Para Blair, eso es prácticamente revolcarse de risa en el suelo. Ella se ríe. Mucho, en realidad. Pero eso es generalmente con Maggie o su

padre. Nunca conmigo. Siempre está seria a mi alrededor, observándome con ojos que ven demasiado.

Caminamos en un silencio agradable, y no puedo evitar reflexionar sobre cuánto ha cambiado todo. Hace tres años, era un chico flacucho de Chicago con un chip en el hombro. Ahora.... bueno, el chip ha desaparecido, en su mayoría.

Si me hubiera quedado en la ciudad, probablemente estaría muerto ahora. O peor. Venir a Badger Falls me salvó la vida, aunque nunca lo admitiría en voz alta. Robert me dio una oportunidad cuando nadie más lo haría. Y Blair....

La miro de reojo, la luz de la luna atrapada en su cabello. Mi pecho se aprieta. Estos sentimientos por ella me tomaron por sorpresa, y ahora no sé qué hacer con ellos.

Aclarándome la garganta, pregunto:

—Entonces, eh, ¿cómo va la escuela? Te gradúas pronto, ¿verdad?

Blair asiente.

—En tres semanas. Luego cumplo dieciocho.

—Genial. ¿Estás aplicando a universidades?

Ella resopla.

—No voy. Me quedaré aquí y trabajaré con papá.

Mi corazón da un salto.

—¿En serio? Pensé que querrías salir de este pueblo. Tus notas son muy buenas, ¿no?

—Nah. Me gusta aquí. Es tranquilo.

Asiento, secretamente emocionado. Más tiempo con Blair suena bastante bien para mí.

—¿Y tú? —pregunta—. Aún te quedan un par de años antes de graduarte. ¿Algún plan para después?

Me encojo de hombros, pateando una piedra.

—No sé. Tal vez me quede por aquí, trabaje en el taller. Si tu padre me acepta.

Los labios de Blair se curvan de nuevo.

—Si es que sigue allí. No le gusta este pueblo tanto como a mí. Una vez que te gradúes, se irá a recorrer el mundo como siempre dice que quiere hacer.

Mientras Blair y yo seguimos caminando, nuestras manos se rozan. Al principio es inocente, pero no puedo ignorar la electricidad que me recorre cada vez que sucede. Nuestros pasos se ralentizan, y siento mi corazón latiendo con fuerza en el pecho.

Tomando una bocanada de aire, reúno el valor y entrelazo mis dedos con los suyos. Blair se detiene en seco, mirando fijamente nuestras manos unidas. Contengo la respiración, esperando su reacción.

Ella levanta la mirada hacia mí, sus ojos grises escrutando mi rostro.

—¿Qué es esto, Ransom? —pregunta, su tono más curioso que enojado.

Trago saliva, sabiendo que esta es mi oportunidad.

—Yo.... me gustas, Blair —admito, con la voz apenas por encima de un susurro.

Las cejas de Blair se fruncen ligeramente.

—Casi tengo dieciocho, Ransom. Tú tienes quince.

Me acerco más, mi mano aún sosteniendo la suya.

—Dejé de ser un niño cuando murió mi familia —le digo, con voz baja y seria—. Ahora tengo el tamaño de un hombre adulto, y he pasado por más cosas que la mayoría de los adultos. —Es la verdad. Cualquier resquicio de inocencia que me quedaba después de la muerte de mi familia fue aniquilado en otros hogares de acogida, con otras familias adoptivas.

Los ojos de Blair vuelven a mirar nuestras manos y luego a mi rostro. Puedo ver cómo lo procesa, pensándolo detenidamente a su manera metódica.

Mi corazón late tan fuerte que estoy seguro de que ella puede oírlo. Lenta y cuidadosamente, me inclino. Blair no se aparta, pero tampoco se acerca. Presiono mis labios contra los suyos, suave y tentativamente.

Blair se queda completamente inmóvil, sin empujarme ni responder. Después de un momento, me aparto, con la cara ardiendo de vergüenza. No es así como sucedió con las otras chicas que besé. Ellas me devolvieron el beso o me rodearon con sus brazos. Hicieron algo, cualquier cosa.

Pero Blair no. Debería haberlo sabido. Soy un maldito idiota.

—Lo siento, no debería haber....

—Cállate —me interrumpe Blair, con voz tranquila pero firme—. Ese fue mi primer beso. Dame un segundo para procesarlo, por favor.

Parpadeo sorprendido. ¿El primer beso de Blair? Había asumido.... bueno, no sé qué había asumido.

Antes de que pueda pensar demasiado en ello, Blair se acerca. Alza la mano, tirando de mi cabeza hacia su altura, y presiona sus labios contra los míos. Esta vez, ella tiene el control.

El beso es lento y dulce, un poco torpe mientras Blair averigua lo que está haciendo. Pero para mí, es perfecto. Mis manos encuentran su cintura, sosteniéndola suavemente mientras me vuelvo loco. Esto está sucediendo de verdad.

Cuando finalmente nos separamos, estoy sin aliento. He besado a algunas chicas en el pueblo, he tenido algunas citas, pero ninguna me ha afectado como Blair. Es como si una bomba hubiera estallado en mi pecho, dispersando todos mis pensamientos y dejando solo la sensación de sus labios sobre los míos.

Las mejillas de Blair están teñidas de un bonito rosa. Nunca la había visto así, y me encanta saber que fui yo quien puso ese color ahí.

—Eso fue.... interesante —murmura, sus ojos encontrándose con los míos.

—¿Solo interesante?

Se encoge de hombros, pero capto el atisbo de una sonrisa tirando de sus labios.

—No fue terrible.

Viniendo de Blair, eso es un gran elogio. Me río, sintiendo que todo en mi mundo encaja en su lugar.

—Entonces tendremos que practicar —bromeo—. Para pasar de "no terrible" a "bastante bueno".

Blair pone los ojos en blanco, pero no suelta mi mano cuando empezamos a caminar de nuevo.

—No tientes tu suerte, Kyle.

Caminamos en un cómodo silencio durante un rato, nuestras manos unidas se balancean entre nosotros. No puedo dejar de sonreír; no puedo creer que esto esté pasando realmente.

—Tu padre va a matarme —digo de repente, y el pensamiento me cae como un balde de agua fría.

Blair resopla.

—Papá te adora. Eres el hijo que nunca tuvo.

No se equivoca. Robert ama a Blair ferozmente; son uña y carne. Pero a mí también me trata como si fuera suyo.

—Sí, pero no creo que quiera que bese a su hija.

Se encoge de hombros.

—No tenemos que decírselo de inmediato. Vamos.... vamos a ver adónde lleva esto por ahora, ¿de acuerdo?

Asiento, sintiendo que me invade el alivio.

—De acuerdo. Sí, suena bien.

Al acercarnos al borde del pueblo, Blair ralentiza sus pasos.

—Probablemente deberíamos.... —Se interrumpe, mirando nuestras manos unidas.

—Sí —acepto a regañadientes, soltando su mano. Ya echo de menos el calor de su tacto.

Blair se gira para mirarme, con expresión seria.

—Esto no cambia nada en casa, ¿entendido? Seguimos siendo.... nosotros. Solo que ahora con algunas cosas extra.

Asiento, entendiendo lo que quiere decir. No podemos dejar que esto afecte nuestra dinámica familiar; no podemos arriesgarnos a estropear lo bueno que tenemos todos.

—Entendido —prometo.

Ella estudia mi rostro por un momento, luego asiente, satisfecha.

—Bien. Ahora vamos a casa antes de que papá envíe un equipo de búsqueda.

Mientras caminamos las últimas manzanas hacia casa, no puedo evitar lanzar miradas furtivas a Blair. Algo ha cambiado entre nosotros esta noche, y no tengo idea de adónde nos llevará. Pero por primera vez en mucho tiempo, estoy emocionado por el futuro.

29

RANSOM

—¿Fue real, verdad? —pregunta, sus dedos trazan el emblema en el volante.

Lo más real que he conocido jamás.

—La última vez que estuve en esta camioneta, tu padre me estaba llevando fuera de la ciudad.

Ella frunce el ceño, su mirada llena de preguntas finalmente se posa en mí. Es hora de contárselo todo. Es la única forma en que puedo responder a su pregunta.

—Teníamos un plan, que me reuniría con él después, y me llevaría a encontrarme con mi trabajadora social. Así fue como me fui de la ciudad.

Sus manos caen sobre su regazo, sus ojos preocupados.

—No entiendo.

—Esa noche, ¿la noche en la que nos pilló en tu habitación? ¿Recuerdas la expresión de su cara?

Su frente se arruga.

—No realmente. Estaba avergonzada, pero también muy molesta porque actuaba como si estuviéramos cometiendo algún crimen. Solo nos estábamos besando.

—Yo recuerdo su cara. Era miedo, Blair. Había algo de ira y frustración mezcladas, pero sobre todo, era miedo.

—¿Qué? ¿Por qué tendría miedo?

Su rostro está lleno de confusión, y casi me detengo. Ella no necesita saber la parte de Robert en nuestra ruptura. Pero sé que si

me detengo, si me guardo esa parte de nuestra historia, puedo despedirme de cualquier esperanza de un futuro con ella.

—Él había hablado conmigo unas semanas antes de esa noche. Tú estabas en alguna actividad escolar, así que éramos solo nosotros dos en el garaje. Él sabía lo nuestro.

—He visto cómo se miran el uno al otro. No estoy ciego, hijo.

—No es lo que piensas —suelto, aunque es exactamente lo que piensa—. Solo estamos....

—No —Robert me interrumpe—. No me mientas. Necesito que entiendas algo muy importante.

Aprieto la mandíbula, listo para defenderme, para demostrar que no soy un niño tonto.

—Me importa mucho. Muchísimo.

—Lo sé. Pero, Ransom, ella casi tiene dieciocho años. Tú tienes quince. ¿Entiendes lo que eso significa?

—La edad es solo un número —murmuro, odiando lo infantil que suena incluso mientras lo digo.

Robert se gira para mirarme. Sus ojos están llenos de un miedo que nunca había visto.

—No es solo un número para la ley. Cuando Blair cumpla dieciocho, si ustedes dos.... si algo pasa entre ustedes, ella podría ir a la cárcel. ¿Entiendes eso?

El peso de sus palabras me golpea como un puñetazo en el estómago. Ni siquiera había pensado en eso.

—Pero nosotros no....

—Blair no siempre entiende los límites, Ransom. Puede que no se dé cuenta de las consecuencias de sus acciones. Y me aterroriza que termine esposada por ello.

Pienso en Blair, en sus ojos grises que me ven tal como soy, en cómo me hace sentir que no estoy roto. La idea de que ella tenga problemas por mi culpa me enferma.

—Ya no soy un niño —digo, con la voz temblando—. He crecido. Puedo manejar esto.

El rostro de Robert se suaviza.

—Sé que lo has hecho. Pero a la ley no le importa eso. No le importa cuán maduro seas o cuán profundos sean tus sentimientos.

Todo lo que ve son números.

Pateo una piedrecilla en la acera, la frustración crece en mi pecho.

—¿Entonces qué, se supone que debemos fingir que no sentimos nada?

—Te estoy pidiendo que seas cuidadoso. Que pienses en el futuro de Blair, no solo en tus sentimientos ahora mismo.

Sus palabras duelen, pero no puedo negar la verdad en ellas. Pienso en Blair, en todo lo que ha superado, en lo duro que ha trabajado para encajar en este mundo que no siempre la entiende. Lo último que quiero es arruinar eso para ella.

—No quiero lastimarla —susurro, con un nudo en la garganta.

Robert pone una mano en mi hombro.

—Sé que no quieres, hijo. Por eso estamos teniendo esta conversación.

El silencio es pesado entre nosotros. Mi mente está acelerada, tratando de descubrir cómo proteger a Blair sin perderla completamente.

—¿Qué se supone que debo hacer? —pregunto, odiando lo perdido que sueno.

Robert toma una respiración profunda.

—Por ahora, solo sé su amigo. Apóyala, pero mantén las cosas.... apropiadas. Cuando ambos sean adultos, si estos sentimientos siguen ahí, entonces podrán explorarlos de manera segura.

Se siente imposible, como pedirme que deje de respirar. Pero mientras pienso en Blair, en su futuro, sé que tengo que intentarlo.

—Haré mi mejor esfuerzo —prometo, sintiéndolo con cada fibra de mi ser.

Robert asiente, el alivio claro en su rostro.

—Es todo lo que puedo pedir, Ransom. Gracias por escuchar.

Blair me mira fijamente, luego, con un sonido ahogado, empuja la puerta para abrirla y sale de la camioneta. Se mueve hacia el frente, dándome la espalda, con los hombros encogidos. Bajo y me paro junto a ella, con tantas ganas de abrazarla que tengo que meter las manos en mis bolsillos para detenerme.

—¿Límites? —repite suavemente— No entiendo los límites. Casi tenía dieciocho años. Él podría haberme explicado eso. Que estaba mal. No lo sabía. No sabía nada de eso. —Se vuelve hacia mí, con devastación en todo su rostro. —No creía en mí en absoluto.

Mierda. Esto es exactamente por lo que no quería hacer esto.

—Sí creía, Blair. Te amaba.

—Pero no confiaba en mí. Sí, tenía problemas con los límites, ¡cuando era niña! Tomaba comida de los platos de otras personas o decía cosas que se considerarían groseras. Pero no era estúpida.

—No. Eras la persona más inteligente que conocía.

Su mandíbula se tensa, y se aleja caminando de la camioneta.

—¿Entonces qué, habló contigo y decidiste irte de la ciudad?

—No. No sucedió así. No iba a irme a ninguna parte. Pensé que si simplemente no nos dejábamos estar solos juntos, estaríamos bien. Parecía que podíamos hacer eso. Unos años, y yo sería lo suficientemente mayor para que fuera seguro para nosotros. Nunca dudé de mis sentimientos por ti, Blair. Ni por un segundo. Pero no quería ponerte en peligro. No importaba que yo fuera más grande que tú o que hubiera vivido más vida que la mayoría de los chicos de quince años. La ley es la ley. Pero mantener mis manos lejos de ti era....

—Imposible —dice ella, haciendo una mueca—. Todo se sentía tan.... frenético cuando estábamos juntos.

—Exactamente. Pensé que podría mantener mis manos alejadas de ti. Lo mantuve todo en un nivel apropiado durante semanas. Pero esa noche.... —Inhalo profundamente, todos los sentimientos de esa noche recorren mi cuerpo como si acabara de suceder. —Esa noche, perdí el control. Todo en lo que podía pensar eras tú. Todo lo que podía sentir eras tú. Y si él no se hubiera despertado, no creo que me hubiera detenido.

Ella hace una mueca, colocándose el cabello detrás de la oreja.

—Tenía condones en mi cajón. Maggie los había comprado para mí.

—Mierda —gruño, dejando caer mis manos sobre mis rodillas, con el trasero presionado contra la parrilla del Ford—. No había

forma de que pudiéramos vivir en esa casa juntos y no terminar teniendo sexo. Te amaba demasiado.

—¿Me amabas tanto que terminaste conmigo? —pregunta ella. Pero sale un poco menos como una pregunta y más como una afirmación de hechos. Como si empezara a ver cómo se desarrolló todo.

—A la mañana siguiente, Robert vino a hablar conmigo de nuevo.

—Ransom, te lo suplico. Si realmente te importa Blair, tienes que terminar con esto. Por su bien.

Quiero discutir, luchar por lo que Blair y yo tenemos. Pero al mirar a Robert, al miedo y la desesperación en sus ojos, sé que tiene razón.

—¿Qué hago? —pregunto, odiando lo pequeña que suena mi voz.

Robert suspira.

—Tienes que romper con ella. Y tiene que ser real, Ransom. Blair no aceptará nada menos.

La idea de herir a Blair, de alejarla, me hace sentir enfermo. Pero la alternativa (Blair esposada, su futuro arruinado por mi culpa) es aún peor.

—De acuerdo —digo, con mi corazón rompiéndose con cada palabra—. Lo haré. Por Blair.

Robert asiente, el alivio evidente en su rostro.

—Gracias, Ransom. Sé que esto no es fácil, pero es lo correcto.

Me quedo en el garaje, con el peso de las palabras de Robert aplastándome. Darme cuenta me golpea como un tren de carga: no puedo hacer esto. No puedo romper el corazón de Blair y luego vivir bajo el mismo techo, viéndola todos los días, sabiendo lo que podríamos haber tenido. Nos destruiría a ambos.

—Sabía que no era lo suficientemente fuerte para vivir en la habitación de al lado durante años sin tocarte. Simplemente no podía imaginarlo. Sentarme frente a ti en el desayuno, trabajar juntos en el garaje. Ya sería bastante malo romper contigo, ver el dolor en tu rostro. No podía hacerlo.

Tomándola por el codo, la giro para que me mire.

—Le dije que tenía que irme. Y realmente no trató de convencerme de lo contrario. Sabía que nuestros sentimientos eran

reales. También sabía lo que era ser un adolescente. —No puedo evitar acariciar su brazo con mi pulgar, imaginando que estoy tocando su piel en lugar de su camisa a cuadros. —Robert me quería. Lo sé. Pero no más que a ti. Su prioridad siempre fuiste tú. Y sabía que mi partida era lo más seguro para ti.

El dolor en su rostro me mata. Haría cualquier cosa para quitárselo. Pero sé que la única manera de superarlo es atravesándolo.

—¿Por qué no me dijiste simplemente la verdad en ese entonces? ¿Por qué no lo hizo él?

—Ninguno de los dos quería lastimarte. Y creo que él temía dañar vuestra relación. Además, y estoy de acuerdo con él en esto, a veces eras una terca de mierda.

Me mira con el ceño fruncido pero no lo niega. Ni siquiera puedo recordar cuántas veces chocaron. Blair siempre fue obstinada, especialmente cuando pensaba que tenía razón. Y Robert, el tranquilo, frío y sereno Robert, perdía los estribos. Ni siquiera yo podía llevarlo a perder la calma, y vaya que lo intenté. Pero con Blair, se desataba. Ambos parecían disfrutar extrañamente peleando entre sí, pero esas peleas solían ser sobre la forma correcta de resolver un problema en el taller o sobre tareas escolares. Nunca sobre nada serio.

—No sé si fue lo correcto. No sé si, de haber tenido sexo, te habría pasado algo. Legalmente, me refiero. Pero parecía un riesgo demasiado grande para correr. Es un delito grave. Te habrían etiquetado como delincuente sexual.

—Nadie aquí nos habría juzgado. —Su voz es pequeña, más pequeña de lo que jamás la he oído.

—No sé si eso es cierto. El sheriff siempre parecía tenerme en la mira. Bastaría con que una persona dijera algo, y no tendría más remedio que actuar. La ley es la ley. No hay espacio para interpretaciones o juicios.

Ella se aleja, caminando hacia el borde de la pequeña colina, mirando el campo más allá, con la cabeza inclinada, viéndose tan sola que me mata.

—Las cosas que dijiste esa noche fueron tan horribles. Se repetían una y otra vez en mi mente. Me hicieron dudar de todo —dice, con voz entrecortada.

—Toda esa noche se repite una y otra vez en mi mente también, como una maldita pesadilla. Dije las cosas más hirientes que pude pensar. Tenía que asegurarme de que nunca quisieras volver a verme.

—Eres solo una distracción, Blair. Una forma de pasar el tiempo hasta que pudiera salir de este agujero del infierno. Merezco más de la vida que tú y este pueblo de mierda.

—No lo dices en serio —susurra Blair, con su voz temblando—. Ransom, por favor. Esto no es propio de ti.

Aprieto los puños, luchando contra el impulso de retractarme de todo.

—Este soy yo, Blair. El verdadero yo. El que está harto de jugar a la casita contigo y tu padre.

Blair intenta alcanzarme, pero doy un paso atrás.

—No me toques —gruño.

—¿Por qué estás haciendo esto? —pregunta Blair, con lágrimas acumulándose en sus ojos—. Pensé.... pensé que me amabas.

Me obligo a reír duramente.

—¿Amarte? Eres tan jodidamente estúpida. Solo eras conveniente. La única mierda es que ahora las cosas se están complicando. Así que he terminado.

Las palabras la golpean como un ataque físico. Retrocede tambaleándose, su rostro se desmorona. Nunca la había visto así. Nunca la había visto rota.

—No —balbucea—. No, estás mintiendo. Tienes que estar mintiendo.

—Acéptalo, Blair —digo, con voz fría—. No eres nada para mí. Solo una chica estúpida que se enamoró del primer tipo que le prestó atención.

Las lágrimas de Blair ahora fluyen libremente, su rostro se vuelve inexpresivo.

—Basta —suplica—. Por favor, Ransom, basta.

Pero no puedo parar. Tengo que asegurarme de que nunca me siga, nunca intente encontrarme. Tengo que romperle el corazón tan completamente que me odie para siempre.

—¿Quieres saber la verdad, Blair? —digo, inclinándome cerca—. Me he estado riendo de ti todo este tiempo. De ti y tu patética vida en este patético pueblo. Eres una broma.

El rostro de Blair se desmorona, sus ojos llenos de un dolor tan profundo que me dan ganas de gritar. Pero me obligo a continuar, a retorcer el cuchillo.

—Nunca te amé —digo, cada palabra me destroza por dentro—. Ni siquiera me agradabas. Solo eras una forma de pasar el tiempo. Y ahora he terminado contigo.

Mientras me alejo, escucho los sollozos de Blair resonando por la plaza. Me cuesta todo lo que tengo no dar la vuelta, no correr hacia ella y suplicar perdón. Pero sigo caminando, cada paso alejándome más de la única felicidad real que he conocido desde que murió mi familia.

—Hiciste un maldito trabajo excelente haciéndome odiarte —dice Blair, finalmente mirándome, con los ojos llenos de un dolor tan fresco como aquella noche—. Me sentía como un zombi en una película en blanco y negro, simplemente moviéndome por el mundo sin sentimientos ni emociones. Todo era supervivencia. Comía, dormía y trabajaba. E hice todo lo posible para olvidarme de ti y de las cosas horribles que dijiste. Pero no pude. Me acostaba en la cama por la noche y lo reproducía una y otra vez en mi mente. No entendía cómo había sido tan estúpida.

La derrota en su voz me destroza. Cada músculo de mi cuerpo grita por alcanzarla, por abrazarla como solía hacerlo. Pero perdí ese derecho. Lo perdí en el momento en que me alejé y la dejé parada en ese parque, con lágrimas corriendo por su rostro mientras le decía mentiras sobre no amarla más.

—Lo siento tanto, maldita sea.

Ella se estremece, luego cruza los brazos sobre su pecho de nuevo, casi abrazándose a sí misma.

—Termina. ¿Qué pasó cuando dejaste ese banco?

Me escondo detrás de un edificio, mis piernas ceden mientras me deslizo por la áspera pared de ladrillos. La máscara que usé para Blair se rompe, y me quedo jadeando, ahogándome en sollozos que desgarran mi pecho. Mis dedos arañan el suelo, desesperados por aferrarse a algo mientras ola tras ola de dolor me golpean.

No sé cuánto tiempo estoy sentado allí, ahogándome en mi propia miseria. Pero eventualmente, los sollozos disminuyen, dejándome vacío y entumecido. Miro mi reloj, sabiendo que Robert me está esperando. La idea de enfrentarlo después de lo que acabo de hacer me hace querer acurrucarme y desaparecer.

Pero no puedo. Tengo que terminar esto.

Veo un ladrillo suelto en una pared cercana y lo arranco. El peso en mi mano se siente mal, pero me obligo a ponerme de pie. Subo tambaleándome por la calle, mis ojos buscan un objetivo. Ahí: la tienda de comestibles. El señor Harding está cerrando.

Espero hasta que está a mitad de la cuadra, luego lanzo el ladrillo con todas mis fuerzas. El estruendo del vidrio rompiéndose quiebra la tranquila noche. Espero bajo la farola el tiempo suficiente para que me reconozca; luego me doy la vuelta y corro.

La culpa me carcome por dentro mientras corro hacia la camioneta de Robert. Esta gente me acogió, me cuidó. ¿Y así es como les pago? Soy exactamente lo que todas esas familias de acogida me etiquetaron: un caso perdido. Pero es necesario. Necesito una razón para desaparecer. Tengo que asegurarme de que todos estén felices de verme partir, y una gran ventana rota debería servir.

Robert está esperando en su camioneta, su rostro sombrío en la tenue luz. Mientras subo, extiende la mano y aprieta mi hombro. El gesto casi me quiebra de nuevo.

Conducimos en silencio, la oscuridad del campo nos envuelve. Puedo sentir los ojos de Robert sobre mí, llenos de preocupación y algo más: una profunda y dolorosa tristeza que refleja la mía. Esto sería más fácil si pudiera odiarlo, pero no puedo. Él está cuidando de Blair, y estoy tan agradecido de que ella tenga a alguien que lo hará, alguien que siempre esté de su lado.

Finalmente, nos detenemos junto a otro coche. Jerry, mi trabajador social, sale para recibirnos. Robert se vuelve hacia mí, sus ojos brillan con lágrimas contenidas.

—Ransom —dice, con la voz ronca—. Hijo, gracias. Gracias. Lo siento. Desearía.... —Sus labios se aprietan en una línea, incapaz de continuar. Pero sé lo que desea: no tener que elegir entre nosotros. Que yo no tuviera que volver al sistema.

Deseo las mismas cosas, pero no tiene sentido seguir deseando algo que nunca va a suceder, así que solo asiento, sin confiar en mí mismo para hablar. Robert me atrae hacia un fuerte abrazo, y por un momento, me permito aferrarme a él, inhalando el familiar aroma de su loción para después del afeitado.

—Estoy orgulloso de ti, hijo —susurra—. Y te quiero. Nunca lo olvides.

Un sollozo se escapa de su pecho. Solo uno. Luego lo contiene, obligándose a controlarse.

—Te sacó de mi vida. Literalmente te llevó lejos. —Se mueve hacia el gran roble y se apoya en él. La sigo porque no puedo no seguirla. Ella siempre ha sido todo para mí. No importa cuánto intenté negarlo o racionalizarlo; en el fondo, lo sabía.

Blair es mi todo.

—Lo hizo. Y estoy agradecido por ello. Porque tenía razón, Blair. Estábamos jugando un juego peligroso, y no lo entendía entonces. No como lo entiendo ahora. Todavía no era un hombre. Y por muy maduro que pensara que era, me quedaba mucho por crecer.

—Eras más maduro que la mayoría de los chicos de la escuela. Y yo era joven para mi edad. Encajábamos. —No se equivoca. Blair era mayor, pero le faltaba la experiencia y la madurez del resto de sus compañeros. Pasaba más tiempo con su padre que otras chicas. Creo que su única amiga verdadera era Maggie. Era inocente de una manera en que las chicas de diecisiete años no lo son ahora.

—Lo sé. Si yo hubiera sido unos años mayor, o tú unos años menor, nuestras vidas se verían muy diferentes ahora mismo.

Su exhalación es tan pesada y exhausta como yo me siento.

—¿Piensas en ello? ¿En lo que podría haber sido?

—Solía hacerlo. Es bastante fácil de imaginar. El baile de graduación, trabajar en el taller. Te habría propuesto matrimonio. Habrías llorado y....

Ella resopla y murmura:

—No es probable.

—Cállate. Este es mi sueño. Habrías llorado, y yo te habría deslizado un anillo de compromiso diminuto en el dedo. Nos habríamos casado en la plaza con todos presentes. Luego habríamos tenido una gran barbacoa. —Si cierro los ojos, puedo imaginar la fiesta. Blair con un vestido blanco, hombros desnudos, pequeños mechones de cabello rizándose alrededor de su rostro mientras bailábamos. Hay tantas cosas que nunca hicimos juntos. Tanto que nos perdimos. Nunca bailamos, maldita sea—. Creo que habría habido bebés. Una niña pequeña que se parecería a ti, con los ojos grises más hermosos. Y un niño pequeño que se parecería a mí y cuidaría de su hermana.

—Es un bonito sueño.

—Sí, lo es.

Ella suspira y apoya la cabeza contra la áspera corteza.

—No sé qué decir o pensar sobre todo esto.

Por suerte, tengo un montón de cosas que decir.

—Durante años, me dije a mí mismo que me lo estaba inventando. Que lo que teníamos no era tan especial como yo recordaba. Que era un maldito crío romantizando un amor adolescente. E intenté con todas mis fuerzas olvidarte. Hubo otras mujeres.... —Me paso la mano por el pelo. —Pero solo eran.... físicas. Nada real. Nada que tocara mi corazón.

—¿Así que estás diciendo que has estado suspirando por mí durante veinticinco años? —Su escepticismo me hiere profundamente.

—¿Suspirando? ¿En serio? ¿Te has estado metiendo en esas películas de romance histórico? —Me fulmina con la mirada, pero hay un atisbo de sonrisa en sus ojos. Es suficiente para que siga adelante. —Tenía a mi familia. Mis hermanos me mantenían jodidamente ocupado. Construir algo con ellos parecía suficiente. Al menos eso me decía a mí mismo. —Doy un paso más cerca, y por

suerte ella no se mueve. —Pero entonces empezaron a encontrar parejas. Amor verdadero. Vi cómo les cambiaba. Cómo les convertía en mejores hombres.

—¿Y de repente te acordaste de mí?

—No, nena. Tú siempre estás ahí. En el fondo de mi mente. En mis sueños. Cada vez que cojo una maldita llave inglesa, pienso en ti. Cada vez que preparo mi café de la mañana, pienso en ti. Cada vez que me meto en la jodida cama, pienso en ti. —Me tiemblan las manos. —Durante mucho tiempo, se me daba muy bien ignorarlo. Cerraba esa mierda. Y cuando mi familia me necesitaba más, era más fácil. Son mucho. Mucha energía. Mucho drama. Así que funcionó por un tiempo.

Blair descruzó los brazos, la confusión reemplaza la incredulidad en sus ojos.

—Ransom....

—Sé que esto suena como una locura. Créeme, lo sé. Pero nunca he dejado de amarte, Blair. Ni un solo día.

30

BLAIR

Mi cabeza da vueltas, cada revelación golpea como un impacto físico. ¿Amor? Presiono mi espalda contra la corteza áspera del viejo roble, necesitando su presencia sólida para mantenerme en pie. Todo me está llegando demasiado rápido.

—No confió en mí. —Las palabras rasgan mi garganta. —Mi propio padre pensó que yo.... —No puedo terminar la frase.

Ransom da un paso más cerca.

—Blair, no se trataba de confianza. Estaba tratando de protegerte.

—¿Asumiendo que te lastimaría? —Mi voz se quiebra. —¿Pensando que yo era una especie de...? —Me abrazo a mí misma, sintiéndome sucia, equivocada.

—Basta. —Ransom se acerca más, pero mantiene suficiente distancia para que no me sienta abrumada. —Eras lo más importante en su vida. Entró en pánico.

—Y tú.... —Levanto la mirada hacia él, escudriñando su rostro. —¿Dices que me amas? ¿Después de todo este tiempo? Eso es imposible.

—¿Por qué? —Sus ojos azules sostienen los míos, firmes y seguros.

—Porque ya no me conoces. Veinticinco años, Ransom. Somos personas diferentes.

Él da otro paso.

—Sé que aún arreglas autos como si estuvieras resolviendo rompecabezas. Sé que doblas las esquinas de las páginas en los libros en lugar de usar marcadores. Sé que harías cualquier cosa por las personas que te importan; mira lo que estás haciendo por Maggie y Max.

—Esos son solo hechos. Detalles. —Me aparto del árbol, necesitando moverme—. Eso no es conocer a alguien.

—Sé que tu corazón no ha cambiado. No odias a alguien durante veinticinco años sin que el amor siga ahí. Son dos caras de la misma moneda. —Su voz permanece tranquila, segura. —Mi corazón es tuyo, Blair. Siempre lo ha sido.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Me vuelvo para enfrentarlo, la ira y la confusión se enredan en mi pecho. —¿Cómo puedes simplemente pararte ahí y decir estas cosas como si fueran simples?

—Porque lo son. —Cierra la distancia entre nosotros, lento y deliberado. —Te he amado desde que tenía quince años. Eso nunca ha cambiado. Incluso cuando intenté detenerlo, incluso cuando pensé que debería.

La certeza en su voz hace que mis rodillas se debiliten. Me aferro al tronco del árbol de nuevo, la corteza áspera bajo mis dedos.

—No puedo.... esto es demasiado. Las mentiras de papá, tú estando aquí, Maggie estando enferma.... —Mi respiración se acelera; el aire se siente más delgado. —No puedo procesar todo esto a la vez.

—Entonces no lo hagas. —Se detiene a un brazo de distancia. —Solo respira.

Mi corazón golpea contra mis costillas mientras lo miro fijamente. Veinticinco años de dolor y enojo luchan contra esa pequeña chispa de esperanza que sus palabras encienden.

—No puedes simplemente volver a entrar en mi vida y decir estas cosas. —Me alejo del árbol, caminando de un lado a otro. —Tienes todo este asunto en Chicago. Tus hermanos, tu negocio....

—Blair....

—No, déjame terminar. —Giro para enfrentarlo. —Vi los artículos sobre ti. Tu empresa es enorme. No son solo los talleres; son autopartes y bienes raíces y quién sabe qué más. —Mi garganta se

aprieta. —Eso es quién eres ahora. Eres dinero y grandes negocios. Y yo soy solo....

—¿Solo qué?

—Una mecánica de pueblo pequeño —Las palabras saben amargas. —Arreglo motores y cambio aceite y discuto con proveedores sobre costos de piezas. —De repente me siento pequeña, mi vida sin importancia, y lo odio. Siempre he creído que todos tienen un papel valioso que desempeñar, pero estando aquí, mirándolo, me cuesta creerlo.

Y debería darme un pellizco por eso. Es estúpido, y no es quien soy.

Estúpidos sentimientos.

—No eres solo nada. —Se acerca más. —Tú también construiste algo aquí. Todo este pueblo depende de ti.

—Exactamente. —Paso mis dedos por mi cabello. —No puedo irme. Y tú no puedes quedarte. Entonces, ¿cuál es el punto de todo esto?

—¿Quién dice que no puedo quedarme?

Lo dice tan casualmente, como si fuera tan simple de hacer. Y por un segundo, le creo. *¿Por qué no podría quedarse?* Puedo imaginarlo ahora. El multimillonario trabajando en mi taller, ensuciándose las manos.

No puedo imaginarlo. Es una locura.

—Toda tu vida está en Chicago.

—Mis hermanos están en Chicago. —Agarra mi brazo cuando intento pasar junto a él. —El negocio se maneja solo la mayoría de los días. Y hay esta cosa increíble ahora llamada internet. Y las videollamadas. Son asombrosas.

Esa chispa de esperanza arde más brillante. La aplasto.

—Basta. Deja de hacer que suene tan simple.

—Podría serlo.

—Nada de esto es simple. —Me aparto bruscamente de su tacto. —Tienes reuniones de directorio y galas benéficas y probablemente casas en todo el mundo.

—Tengo un hámster secreto.

La declaración aleatoria me deja helada.

—¿Qué?

—Sí, vivo en un ático. Y paso la mayor parte de mi tiempo a solas en un sofá viendo películas con un hámster que anda libre. La llamé Chester. —Sus labios se curvan. —En realidad no sé si es niña o niño. Parecía grosero verificar, pero tiene excelentes modales, así que creo que es niña.

Una risa burbujea antes de que pueda detenerla.

—Eres imposible.

—Soy honesto. —Sus ojos sostienen los míos. —Te amo. Todo lo demás son solo detalles.

Su uso casual de 'detalles' activa alarmas. He escuchado ese tono antes, cuando está tratando de convencerse a sí mismo de algo.

—No crees eso. —Escudriño su rostro. —La forma en que dijiste "detalles" .... tampoco estás seguro de que esto pueda funcionar.

—Blair....

—No. —Levanto mi mano. —Ni siquiera sé si todavía te amo. ¿Cómo podría? Veinticinco años es toda una vida. —Es cierto. He vivido más de la mitad de mi vida sin él. Por eso esto es una locura. Porque se siente como si fuera ayer. Todo lo que sentí entonces está regresando, pero no puedo permitirme sentirlo.

¿No puedo seguir amándolo, verdad? ¿Después de todo?

Su mandíbula se tensa.

—Estás viendo a alguien.

—Adam. —El nombre cae entre nosotros. —Hemos estado.... no es serio. Pero han sido un par de años.

—¿Lo amas?

—No. —La respuesta llega rápidamente. Tal vez debería mentir. Tal vez eso sería más fácil que ser honesta. Pero ya ha habido demasiadas mentiras. —Pero él está aquí. Es estable. No complica todo.

—¿Como yo lo hago?

—Como siempre lo has hecho. —Me rodeo con mis propios brazos, sintiendo el escalofrío que nada tiene que ver con la temperatura. —Desde el momento en que entraste a ese taller con papá, todo mi mundo se puso de cabeza. Y ahora lo estás haciendo de nuevo. —Recuerdo ese día con tanta claridad: un adolescente

larguirucho con demasiada actitud y dolor en sus ojos, siguiendo a mi padre como un cachorro perdido. Había tenido tanto miedo entonces, preocupada de que este chico me robara a mi papá, lo único seguro en mi vida.

Pero de alguna manera, durante los meses y años que siguieron, al verlo crecer más estable y seguro de sí mismo, mi corazón había comenzado a dar extraños vuelcos cada vez que estaba cerca. Esos sentimientos se habían convertido en algo profundo y aterrador, algo que había amenazado con consumirme por completo. Y ahora aquí estamos de nuevo, veinticinco años después, y vuelvo a estar en ese mismo torbellino de confusión.

—Nunca quise....

—Sí, sí quisiste —lo interrumpo—. Viniste aquí para comprar el taller. Para cumplir tu promesa a papá. Pero luego me viste, y todo cambió. Justo como antes. —Yo era feliz, maldita sea. Estaba contenta. Y ahora no puedo evitar hacerme preguntas y desear algo más.

Esa estabilidad, el equilibrio que tenía, se ha esfumado hace mucho.

Se pasa una mano por el pelo.

—¿Qué quieres que diga?

—Quiero que admitas que esto es una locura. Que no podemos simplemente retomar donde lo dejamos como si no hubiera pasado el tiempo. Que tal vez ambos nos aferramos a algo que murió hace mucho tiempo.

—¿Es eso lo que crees?

—Ya no sé qué creer. —Mi voz se quiebra. —Todo lo que pensaba que sabía sobre mi vida, sobre papá, sobre nosotros.... ahora está todo revuelto. Y no puedo.... no puedo pensar con claridad contigo ahí parado mirándome así.

Mi respiración se entrecorta cuando Ransom se acerca. Su cuerpo irradia calor en el fresco aire nocturno.

—Tienes razón. —Su voz se vuelve más grave. —Tal vez me lo estoy inventando todo. Tal vez ambos estamos persiguiendo fantasmas. Tal vez me equivoco sobre lo que siento. —Se acerca aún

más, hasta que siento el sólido roble en mi espalda. —Pero hay una forma de saberlo con certeza.

Sus manos enmarcan mi rostro, las yemas de sus dedos suaves contra mi piel como si fuera algo precioso, algo sagrado. La ternura en su tacto hace que mi corazón se acelere.

Mis palmas se apoyan contra su pecho, pero no lo aparto. No puedo apartarlo. El sólido calor de su cuerpo se filtra a través de su camisa, y los recuerdos regresan: momentos robados cuando todo parecía simple e inevitable. En ese entonces éramos para siempre. Estaba segura de ello.

Y que Dios me ayude, su tacto aún se siente igual.

—Blair —suspira mi nombre como una plegaria—. Dime que pare.

—Yo.... —Las palabras mueren en mi garganta cuando su pulgar traza mi labio inferior.

Se inclina lentamente, dándome tiempo para alejarme. Pero estoy paralizada, atrapada entre la áspera corteza a mi espalda y la atracción magnética de su presencia. Sus labios rozan los míos, suaves como plumas, tanteando.

—Oh, Dios —Las palabras se me escapan contra su boca.

—Lo sé. —Profundiza el beso, aún dolorosamente gentil. —Yo también lo siento, joder.

La cuidadosa presión de sus labios enciende algo profundo dentro de mí, algo que me había convencido de que había muerto hace años. Mis dedos se enroscan en su camisa mientras el calor florece en mi pecho, extendiéndose hacia afuera hasta que todo mi cuerpo hormiguea.

—Esto no es.... —Jadeo cuando traza la línea de mi mandíbula con sus labios. —Ha pasado demasiado tiempo para....

—Fue jodidamente ayer, Blair. —Su voz retumba contra mi piel. —Dime que no lo sientes. Dime que esto no es real.

En lugar de responder, lo acerco más, reclamando su boca con la mía. El beso se vuelve desesperado, años de anhelo, dolor y deseo chocando en una colisión frontal.

Su boca se mueve contra la mía con una confianza que nunca tuvo a los quince. En aquel entonces, nuestro primer beso había sido tentativo, interrogante, ambos temerosos de hacerlo mal. Ahora sus

manos saben exactamente dónde tocar, cómo trazar la curva de mi cuello. La forma en que sus dedos se enredan en mi cabello me hace estremecer.

El recuerdo de aquel chico nervioso se superpone con el hombre frente a mí. En ese entonces, era más oscuro. Emocionalmente más pesado. Con la carga de su pasado presionándolo. Ahora esos mismos ojos oscuros son más suaves. En paz. Y eso me desconcierta más que cualquier otra cosa. Ya no es titubeante. Es un hombre experimentado.

Recuerdo estar abajo en ese valle la primera vez. Mi corazón latía tan fuerte que estaba segura de que él podía oírlo. Cómo las manos de Ransom temblaban cuando tocaba mi rostro, como si pudiera romperme. Cuán tentativo era, cuán rápido para disculparse. Pero yo no quería sus disculpas entonces. Todo lo que quería era tiempo para catalogar las sensaciones, para tratar de entender todos esos grandes sentimientos que rebotaban en mi pecho.

Los besos de Adam nunca me hacen sentir así, como si mi piel fuera demasiado ajustada, como si la electricidad corriera por mis venas en lugar de sangre. Su tacto es familiar, cómodo. Seguro. Pero no hay fuego, no hay una necesidad desesperada de acercarse más.

Adam es seguro y predecible.

Nada sobre Ransom, o mis sentimientos por él, es seguro.

El pulgar de Ransom traza mi clavícula, y el calor inunda mi cuerpo. Cada roce de sus dedos deja chispas a su paso. Me arqueo hacia su tacto sin querer, la memoria muscular de décadas atrás toma el control.

—Blair —suspira mi nombre contra mi garganta, y el sonido va directo a mi centro.

La corteza del roble se clava en mi espalda mientras él se acerca más. Y estoy dividida entre el pasado, cuando todo parecía posible, y el ahora, donde apenas mantengo la cabeza a flote la mayoría de los días.

Su tacto no tiene incertidumbre. Sus manos me sujetan como si nunca quisiera dejarme ir. Como si estuviera compensando veinticinco años de distancia en un solo momento.

Y me doy cuenta con sorprendente claridad que cada beso con Adam ha sido una pálida sombra de esto, un puerto seguro cuando lo que realmente quería era la tormenta.

Porque eso es lo que Ransom es. Una tormenta perfectamente diseñada para hacerme cuestionar todo lo que creía saber. Todo lo que pensaba que quería.

Lo empujo hacia atrás antes incluso de darme cuenta de que lo estoy haciendo.

31

RANSOM

Mi pecho se agita cuando Blair me empuja hacia atrás. La pérdida de su calor me golpea como un puñetazo. Sus labios están hinchados por nuestro beso, sus ojos grises están abiertos y salvajes. Todo en mí grita por atraerla de nuevo, por mostrarle cuán perfectos podríamos ser juntos.

Pero sus brazos se envuelven alrededor de sí misma, una barrera entre nosotros.

—Esto no es inteligente. —La voz de Blair tiembla. —No podemos....

No puedo dejar que se convenza de lo contrario. Y seguro que no dejaré que me aparte.

—He pasado toda mi vida adulta haciendo lo inteligente. Estamos en nuestros malditos cuarenta, Blair. —Las palabras brotan de mí. —Ya no somos niños. No hay nada que nos impida explorar esto.

—Excepto nuestras vidas completamente diferentes. —Se pasa una mano por el pelo. —Tú vives en Chicago. Yo vivo aquí. Nada ha cambiado.

—Todo ha cambiado. —Doy un paso hacia ella, pero me detengo cuando se tensa. —Construí algo. Hice una vida. Y ahora sé exactamente lo que quiero.

A ella. La quiero a ella. De cualquier manera que pueda tenerla.

—Ransom....

—Ese beso. —Mi voz se vuelve baja. —Dime que no lo sentiste. Dime que veinticinco años mataron lo que hay entre nosotros.

Cierra los ojos, pero veo el temblor en sus manos. Está luchando contra nosotros con tanta fuerza.

Yo lucharé más fuerte.

—No importa lo que sentí.

—Es lo único que importa. —Otro paso cuidadoso más cerca. —Dame una oportunidad, Blair. Déjame mostrarte lo increíbles que podríamos ser juntos.

—¿Y luego qué? —Sus ojos se abren de golpe. —¿Vuelves a Chicago? Tu familia está allí. Tu negocio.

Está sacando el mismo argumento, una y otra vez. Lo entiendo. Yo hice lo mismo, con el mismo maldito argumento. Pero mi necesidad de ella está anulando cualquier objeción que tuviera. No han desaparecido, simplemente no importan tanto como ella.

—Lo resolveremos. —Mi corazón late contra mis costillas. —Juntos. No me voy a alejar esta vez. No puedo.

—¿Porque le hiciste una promesa a mi padre?

—Porque te amo. —Las palabras se arrancan de mi pecho. Y lo diré una y otra vez, hasta que finalmente lo crea. Porque no tengo ni una sola duda sobre lo que estoy sintiendo. —Nunca dejé de amarte. Cada relación, cada beso, todos se medían en comparación contigo. Y todos se quedaron cortos.

Blair contiene la respiración. Quiero tomarla en mis brazos, besar la incertidumbre que veo en sus ojos. Pero me obligo a quedarme quieto, a darle espacio para procesar. Cuando quiero algo, realmente quiero algo, soy un maldito depredador. Observaré, esperaré, y mi momento siempre es perfecto.

Quiero a Blair. Así de simple. Y estoy a punto de entrar en la negociación más importante de mi vida. Todo mi maldito futuro depende de esta mujer.

No fallaré.

—Una oportunidad. —Mantengo su mirada. —Es todo lo que estoy pidiendo. Si no funciona, respetaré tu decisión. Pero no me apartes porque tengas miedo de lo que podría pasar. —Me paso las manos por el pelo, el familiar dolor en mi pecho crece. —¿Sabes qué es lo que más me asusta? Este sentimiento. Estar desesperado. No

me he sentido así desde.... —Mi voz se quiebra. —Desde que te dejé.

Los ojos de Blair encuentran los míos, gris tormenta y conflictivos.

—Construí toda mi vida alrededor de nunca volver a sentirme así. Alrededor de tener el control. —Dejo salir un suspiro tembloroso. —Pero aquí estoy, listo para destrozarlo todo por una oportunidad contigo.

—Ransom....

—Déjame terminar. Por favor. —Doy un paso más cerca, lo suficientemente cerca para captar su aroma. —Usé a mi familia como escudo. Me dije a mí mismo que no podía volver porque me necesitaban. Porque tenía responsabilidades.

Su ceño se frunce.

—Tus hermanos te necesitan.

—Lo hacen. Pero esa no era la verdadera razón. —La admisión quema mi garganta. —Fui un cobarde, Blair. Los dejé ser mi excusa porque estaba aterrorizado de enfrentarte de nuevo. De lidiar con lo que había hecho.

—Lo que mi padre te hizo hacer —susurra.

—No. Su parte no excusa la mía. Podría haber encontrado otra manera. Podría haber escrito, llamado, algo. —Mis manos se cierran a mis costados. —Pero hui. Y seguí huyendo.

Blair se abraza más fuerte a sí misma.

—Esto es.... es demasiado. Enterarme de lo de papá, y ahora tú estás aquí diciendo todo esto....

—Lo sé. Pero aquí está lo que pasa conmigo: siempre encuentro una manera de hacer que las cosas funcionen para las personas que amo. Siempre. Es lo que mejor hago. —Me arriesgo a tocar su brazo. —He construido empresas de la nada. Convertido extraños en familia. Creado algo hermoso del caos. Y por un tiempo, olvidé eso de mí mismo.

Ella no se aparta de mi toque.

—Eh.... ¿felicidades?

Riendo, doy un paso más cerca.

—Estoy tratando de mostrarte que cuando algo importa lo suficiente, lo resuelvo. Me doblo. Me adapto. —Mi pulgar traza círculos en su piel. —Tú importas, Blair. Siempre has importado.

Sus ojos son cautelosos.

—¿Olvidaste eso? ¿O me olvidaste a mí?

—No me permití soñar contigo. Y en el último año o dos, desarrollé esta idea de que tenía que ser ellos o tú. Que no podía tener ambos. Pero soy bueno con la familia, Blair. Realmente bueno. Y me estoy dando cuenta de que tal vez podría tener mi sueño.

Cierra los ojos, la tensión visible en cada línea de su cuerpo.

—No puedo.... necesito tiempo. Para procesar todo esto. Papá, tú, todo.

—Lo sé. —Me mata, pero suelto mi mano. Es como si fuera un disco rayado, volviendo a lo mismo, una y otra vez. Y es mi propia culpa. Sé que es hora de retroceder, solo un poco. De darle el espacio que necesita tan desesperadamente. —No te estoy pidiendo una respuesta ahora mismo. Solo.... no cierres la puerta completamente. Por favor.

Una sola lágrima se desliza por la mejilla de Blair, atrapando la luz de la luna. En todos nuestros años juntos, siempre había odiado llorar, se frotaba las lágrimas como si fueran evidencia de debilidad. Pero ahora simplemente la deja caer, y mi corazón se agrieta ante la vista.

No puedo detenerme. Mi mano se extiende, mi pulgar borra esa solitaria lágrima. Su piel es suave, familiar, de una manera que me roba el aliento. La mano de Blair se levanta, atrapando la mía contra su mejilla, y el tiempo se congela.

Los recuerdos me inundan: ella riendo mientras corríamos bajo la lluvia temprana del verano, acurrucada contra mí en la parte trasera de aquella camioneta mirando las estrellas, sus ojos intensos la última vez que la vi antes de irme. El peso de veinticinco años perdidos me abruma, pero aquí está ella, real y cálida bajo mi palma.

Cada célula de mi cuerpo grita por atraerla a mis brazos, por abrazarla fuerte y no dejarla ir jamás. Pero me obligo a quedarme

quieto. He esperado tanto tiempo. Puedo esperar más si eso significa hacer las cosas bien.

Blair se aparta primero, con voz suave.

—Tengo que volver. Maggie está cansada por las tardes últimamente.... La ayudo a acostar a Max.

Bajo la mano, ignorando lo mal que se siente.

—Por supuesto.

Caminamos de vuelta a la camioneta en silencio. Antes de que suba, la tomo del brazo.

—¿Desayunas conmigo mañana? ¿En la cafetería?

Ella duda, y contengo la respiración. *Una puta oportunidad. Déjame entrar, aunque sea un poquito.*

—De acuerdo —asiente lentamente—. A las ocho.

—A las ocho. Allí estaré.

El silencio entre nosotros durante el viaje de vuelta a su casa se estira tensamente. Hay turbulencia, sí, pero la pesadez de antes, las preguntas sin respuesta, han desaparecido. Sé que estoy corriendo un gran riesgo. Todo ha cambiado para ella esta noche. Todo lo que creía saber se ha puesto patas arriba.

Y aun así, no puedo evitar tener esperanza.

Su casa aparece al doblar la curva, con cálidas luces brillando en las ventanas. Blair entra en el camino de acceso, apaga el motor. Ninguno de los dos se mueve por un segundo.

Cuando ella abre su puerta y se desliza afuera, la sigo. La observo caminar hacia la casa, memorizando la forma en que se mueve: esos pasos usualmente fuertes y seguros son más silenciosos, más lentos. Mis dedos tamborilean contra mi muslo mientras ella se aleja de mí. Es justo, en realidad, que tenga que verla alejarse tan a menudo. La destrocé y la dejé en ese banco, obligándola a verme alejar. Me pregunto si se sintió aunque fuera un poco como esto. Como si le arrancaran el corazón, se lo llevaran lejos.

Entonces se detiene.

La puerta está entreabierta, derramando luz dorada sobre sus hombros. Se gira, sus ojos grises encuentran los míos.

—A las ocho —dice, su voz clara en el aire nocturno.

Una sonrisa se extiende por mi rostro. No hay forma de detenerla.

—A las ocho.

Desaparece dentro, pero me quedo ahí un momento más, dejando que la esperanza llene mi pecho.

Ella miró atrás.

Finalmente, me dirijo a mi coche. Una vez dentro, saco mi móvil y escribo un mensaje rápido a Nick: "Voy a quedarme aquí más tiempo del que pensaba".

La respuesta de Nick: "Joder. ¿En serio? ¿Va bien? ¿Estás seguro de que sabes lo que haces?"

Por primera vez en años, realmente lo sé.

Las piezas encajan como un acuerdo de negocios perfecto. Blair no es una adquisición para negociar, pero el camino a seguir es igual de claro. Hace veinticinco años, dejé que el miedo me alejara. Tal vez podría haber tomado una decisión diferente, pero ya no importa. No dejo que mis hermanos se obsesionen con los errores que cometieron en su pasado, así que ¿por qué no debería darme la misma gracia? Y en esos años lejos, construí un imperio, creé una familia y me probé a mí mismo que merecía una segunda oportunidad; que no tengo que pasar el resto de mi vida pagando por lo que le hice a mi familia.

Pero nunca la dejé ir. No realmente.

Blair tiene raíces aquí, profundas, que se enredan alrededor de Maggie, Max y cada persona en este pueblo. Ella no se irá, y no dejaré que eso sea el obstáculo que me dije que era.

Saco mi portátil, abriendo los informes financieros que Cara envió antes. La oficina central funciona como un reloj estos días. El equipo conoce su trabajo al dedillo. Y con las videollamadas, el trabajo remoto, los viajes....

Mis dedos golpean contra el volante. La logística será compleja, pero he manejado cosas peores, mucho peores. Necesitaré hablar con mis hermanos, idear un horario que me permita dividir el tiempo entre aquí y Chicago. Pero tengo que creer que me apoyarán.

La luz de la calle capta mi reflejo en el espejo retrovisor. Me veo diferente a cuando tenía quince años, nos sucede a ambos. Pero esa

chispa cuando Blair está cerca, la forma en que mi corazón se acelera solo de pensar en verla mañana.... eso no ha cambiado.

He terminado de huir. He terminado de dejar que el miedo a lo que podría perder me impida luchar por lo que quiero. Blair necesita tiempo para procesar, para volver a confiar en mí, y se lo daré. Pero no me voy a ninguna parte.

Esta vez, me quedo justo aquí.

Esta vez, sigo a mi corazón.

32

BLAIR

Cierro la puerta principal en silencio y me apoyo contra ella, mi mente es un maldito torbellino de confusión después de todo lo que sucedió en la última hora. Maggie sale de la cocina, su delgada figura envuelta en su cárdigan favorito. Una mirada a mi rostro y sus ojos se entrecierran.

—¿Qué pasó?

—Nada. —Niego con la cabeza. *Soy una mentirosa.* —Solo necesito aire. —Me asomo para asegurarme de que el auto de Ransom se haya ido y abro la puerta.

Los escalones de madera del porche crujen bajo mi peso mientras me hundo. El aire nocturno trae el aroma del jazmín de la señora Peterson del jardín de al lado. Las estrellas se asoman entre los huecos de las nubes, pero apenas las noto.

Papá lo sabía. Todo este tiempo, lo supo.

Mucho más tarde, la puerta se abre y los pasos de Maggie se arrastran por las tablas. Presiona un vaso en mi mano. El olor me golpea justo antes de que lo beba de un trago. El whisky quema mi garganta, calentando mi pecho.

—Habla conmigo —Maggie se sienta a mi lado, envolviendo su cárdigan con más fuerza. Me conoce tan bien. Sabe que a veces necesito sentarme y rumiar antes de estar lista para hablar.

Ella siempre me hace hablar.

He aprendido a lo largo de los años que bien podría ahorrarme su acoso y simplemente sacármelo de encima.

—Papá lo hizo irse. —Las palabras saben amargas. —Le dijo a Ransom que terminara conmigo, que fuera cruel para que yo no lo siguiera.

—Espera. ¿Qué?

—Por nuestra diferencia de edad. Temía que me metiera en problemas. —Mis dedos se aprietan alrededor del vaso. —Yo era casi adulta. Y habría sido ilegal que estuviéramos juntos. Tener sexo.

—Oh, cariño. —Su mano se posa en mi espalda, acariciando suavemente. Es reconfortante y familiar.

—Papá lo alejó él mismo después de que Ransom rompiera esa ventana en la tienda. —El recuerdo de ese día me golpea de nuevo. —Él planeó todo.

—Dios santo. —Respira. —Y nunca te lo dijo. —Se levanta y vuelve en menos de un minuto con la botella de whisky y me sirve más.

—Gracias. —Tomo otro sorbo. —Todos estos años, pensé.... —Mi voz se quiebra. —Estaba tan enojada con él, Mags. Por irse así, por decir esas cosas. Y papá lo sabía. Me vio sufrir y nunca dijo una palabra. —Durante años. ¡Años! Esa es la parte que más duele.

—Tu padre te amaba.

—¿Lo hacía? Porque esto se siente como control, no amor. —El whisky no puede lavar la traición alojada en mi garganta. —Veinticinco años, Mags. Perdimos veinticinco años porque papá decidió que sabía lo que era mejor para mí.

—Tal vez no fue lo peor. —La voz de Maggie se mantiene suave. —Ustedes dos eran como gasolina y fósforos en ese entonces.

—No. —Le lanzo una mirada de advertencia.

—¿Recuerdas cuando te saltaste mi fiesta de cumpleaños porque Ransom quería ir de campamento?

—Eso no es justo. —Es cierto. Acampamos en la parte trasera de la camioneta. Pasamos más tiempo de la noche hablando y besándonos mucho. Pero todavía era inocente. Y fue una gran noche.

Pero aún me siento como una idiota por haberme perdido su decimoctavo cumpleaños. Las cosas entre Ransom y yo todavía eran nuevas, aún tan intensas. Y sí, elegí al chico sobre mi mejor amiga.

No estoy segura de que hubiera podido tomar otra decisión en ese momento.

—¿Qué hay de casi reprobar tu examen final de química porque ustedes se quedaron despiertos toda la noche mirando las estrellas?

—Aún así aprobé. —El vaso de whisky tintinea cuando lo dejo caer más fuerte de lo necesario.

—Apenas. Mi punto es que cuando estabas con él, nada más existía. Ni amigos, ni escuela, ni....

—¿Y qué? Éramos adolescentes. Eso es lo que hacen los adolescentes. —¿No ha estado tratando de empujarme hacia Ransom? ¿Ahora de repente piensa que fue un problema en ese entonces? No la entiendo.

Maggie negó con la cabeza.

—No así. Ustedes dos eran diferentes. Intensos. Como si ambos se estuvieran ahogando y la otra persona fuera el aire.

Aire. Sí, eso suena bien. Así es como me sentía con él en ese entonces. Y esta noche, cuando sus labios tocaron los míos, todo volvió de golpe.

¿Por qué es eso tan malo? ¿Por qué de repente está del lado de papá?

—¿Estás tratando de justificar lo que hizo papá? —La traición quema más que el whisky.

—No lo estoy haciendo. Lo que Robert hizo estuvo mal. Debería haberte dicho la verdad o haberte dado la oportunidad de arreglar las cosas. Pero Blair, ¿habrías obtenido tu título de ingeniería si Ransom se hubiera quedado? ¿Te habrías hecho cargo del taller? ¿Te habrías convertido en esta mujer increíble e independiente que construyó su propia vida?

—No sabes que no lo habría hecho.

—Tienes razón, no lo sé. Pero te observé en ese entonces. Lo habrías seguido a cualquier parte.

—¿Habría sido tan malo? Podríamos.... —Me detengo, las palabras se me atoran en la garganta mientras los recuerdos regresan. La forma en que solía planear todo mi día alrededor de verlo, cómo soñábamos despiertos con nuestros futuros. En ese entonces, lo habría seguido a cualquier parte. Mis dedos trazan el

borde del vaso de whisky mientras la verdad se asienta pesadamente en mi pecho. Incluso ahora, años después, una pequeña parte de mí sabe que habría tirado todo por la borda solo para permanecer en su órbita.

—¿Más que qué? ¿Más que estar aquí? ¿Dirigir tu propio negocio? ¿Ser la segunda madre de Max? —Su voz se mantuvo firme, negándose a elevarse ante mi enojo. —Tu vida importa, Blair. La persona en la que te has convertido importa.

La lucha se drena de mí.

—Lo sé. —Papá dependía cada vez más de mí a lo largo de los años. Éramos cercanos, tal vez demasiado cercanos. Y en algún lugar, en el rincón de mi mente, me pregunto si estaba tan asustado de perderme que aprovechó la oportunidad de alejar a Ransom. Porque si Ransom y yo hubiéramos estado juntos, y él hubiera querido irse de Badger Falls, yo me habría ido con él sin dudarlo.

—Ahora lo entiendo. —La voz de Maggie cortó la oscuridad. —Por qué Robert hizo lo que hizo. Como padre, harás cualquier cosa para proteger a tu hijo.

Las palabras golpean como una bofetada. Eso es rico, viniendo de ella.

—¿Como tú estás protegiendo a Max al rendirte?

—Blair....

—No. —Aparté mi mano. —No tienes derecho a darme lecciones sobre protección cuando ni siquiera luchas.

—Eso no es justo.

—¿No lo es? Lo estás abandonando. Me estás abandonando. —Mi voz se quebró.

—Me estoy muriendo, Blair. Hay una diferencia entre rendirse y aceptar la realidad.

—¿Realidad? La realidad es que estás eligiendo abandonarnos. —El miedo y la ira trepan por mi garganta. Quiero gritarle y decirle lo egoísta que creo que es. Pero no lo hago.

—Ni se te ocurra. —La voz de Maggie se volvió cortante. —He luchado contra esto dos veces. He pasado años enferma, cansada, perdiéndome momentos con mi hijo porque estaba demasiado

ocupada vomitando por la quimio. No puedo creer que vuelvas a sacar este tema. Dijiste que lo entendías. ¿Estabas mintiendo?

Siempre ha sido terca. Y cuando discutimos sobre cosas importantes, lo que no sucede a menudo, tiene una manera de distanciarse que me aterra. Se vuelve fría.

En el pasado, podía soportar un poco de frialdad. Y eventualmente, ella cedía.

Pero no tenemos el lujo del tiempo. Y no puedo pasar el tiempo que le queda con ella enojada conmigo. No puedo perderla todavía. No así.

—Lo siento. —Las palabras salieron atropelladamente. —No quise.... por favor, no....

—¿No qué? —espeta.

—No me eches. No puedo.... —Mi respiración se vuelve rápida y agitada. Esta es su casa. Su familia. No tengo derecho a estar aquí.

A Maggie se le corta la respiración y me rodea con sus brazos.

—Oh, cariño, no. Nunca. Tú eres mi familia. Te quiero y nunca te haría eso, no importa cuánto me enfades.

—Tengo miedo. —La admisión se sintió como cristal en mi boca. Miedo de perderte. Miedo de la vida después. Miedo de mis sentimientos.

—Lo sé. —Me acarició el pelo. —Pero esto no se trata de huir o de miedo. Se trata de darle a Max el tiempo que me queda, donde realmente pueda tener a su madre. No un fantasma en una cama de hospital.

Presiono mi cara contra su hombro.

—No debería haber dicho esas cosas.

—Tienes derecho a estar enfadada. Yo también lo estoy. —Su voz se suavizó. —Pero necesito que entiendas.... esto no es rendirse. Es elegir cómo quiero pasar mi último capítulo.

—Odio este capítulo.

—Yo también. —Me aprieta con más fuerza. —Pero aún no me voy a ninguna parte. Y tú siempre serás la tía Blair de Max. Eso no cambiará.

Me apoyo en el hombro de Maggie, emocionalmente agotada.

—Me dijo que me ama.

—¿Qué? —Maggie se echa hacia atrás tan rápido que casi me caigo. —¿Ransom Kyle dijo qué?

—Que siempre me ha amado. Que nunca dejó de hacerlo. —Mis dedos trazan patrones en el escalón de madera. —Dice que todas las relaciones desde entonces se han quedado cortas.

—Madre mía. Fue directo al grano, ¿eh? —Maggie me agarra del brazo. —¿Y tú le crees? Quiero decir, es algo muy grande de decir después de veinticinco años separados.

—No lo sé. —Pero la forma en que se me encoge el estómago deja claro que tengo algún tipo de sentimiento al respecto. No puedo decir aún si es bueno o malo. Es curioso cómo, al principio, pueden sentirse igual. —Parecía muy seguro.

—¿Y? ¿Qué pasó después?

El calor sube por mi cuello.

—Puede que nos hayamos besado.

—¿Puede que? —Las cejas de Maggie se disparan. —O lo hicisteis o no lo hicisteis.

—Vale. Lo hicimos. —Todavía puedo sentir la presión de sus labios, la forma en que sus manos acunaron mi rostro. —Fue....

—¿Fue qué? No me dejes en ascuas.

—Diferente a cuando éramos niños. Más intenso. Como tocar un cable con corriente.

—Vaya, vaya —Maggie se abanica. —¿Lo has visto? ¿Esas canas en las sienes? ¿Esos hombros? Chica, si la muerte no me hubiera reclamado ya....

—Para ya. —Le empujo el hombro. —No tiene gracia.

—¿Quién está bromeando? Solo digo que si tuviera una lista de deseos....

—¡Maggie Jones!

—¿Qué? Se ha puesto bueno. Así, muy bueno. Bueno tipo papá distinguido.

—Te voy a tirar de este porche.

Se carcajea.

—Mira cómo te pones toda territorial. Alguien sigue teniendo sentimientos.

—Yo no....

—Por favor. Casi me rompes el brazo cuando mencioné sus hombros.

—No es cierto.

—Sí que lo es. Acéptalo, Blair McKenna. Todavía estás coladita por Ransom Kyle.

Gimo y hundo la cabeza entre las manos.

—Esto no está pasando.

—Oh, definitivamente está pasando. Y desde donde estoy sentada, ya era hora.

—¡Acabas de decirme que éramos demasiado intensos juntos! ¡Me estás dando un maldito latigazo! ¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que te vi cocerte a fuego lento por ese chico durante años. Y ahora ha vuelto, luciendo como un manjar....

—Me voy adentro ahora.

—¡Huir solo prueba mi punto! —grita mientras me levanto.

—No estoy huyendo. Estoy preservando tu vida, porque si dices "manjar" una vez más....

—Vale, vale —levanta las manos en señal de rendición, pero sus ojos bailan con picardía—. Pero admítelo.... el beso fue bueno.

Me detengo en la puerta, luchando contra una sonrisa.

—Fue mejor que bueno.

—¡Ja! ¡Lo sabía!

—Cállate.

—Nunca —sonríe—. Ahora ayúdame a levantarme. Mi trasero moribundo necesita té, y tú necesitas contármelo todo.

33

MICAH

—Repite eso —ordeno mientras doy palmaditas en la pequeña espalda de mi hijo. Él se remueve al sentir el retumbar de mi voz, pero no se despierta. Está acostumbrado a nuestra ruidosa familia, así que ninguna de las voces alzadas en la habitación le molesta.

Nick se pasa la mano por el pelo e intercambia miradas con Maverick. No me gusta que hayan estado guardando secretos.

Para nada.

—¿Qué parte no entiendes? —pregunta Nick.

Kade, sentado en el brazo del sofá, resopla.

—Intenta con toda la maldita cosa, imbécil. ¿Me estás diciendo que sabías sobre esto todo el tiempo y no nos lo contaste?

—No era nuestro lugar. Nos pidió que lo mantuviéramos en secreto y estábamos tratando de respetar sus deseos. Eso es todo.

—Qué bien por ustedes. Pero ahora me estás diciendo que se ha ido a este pueblo ¿y no va a volver?

Hay pánico en algunos rostros de la habitación, principalmente en las caras de mis hermanos. Las mujeres parecen menos preocupadas. Le doy una palmada en el hombro a Kade y señalo:

"*¿Por qué las mujeres no están preocupadas? Se ven extrañas.*"

Kade frunce el ceño y examina todos los rostros en la sala de estar de Declan y Cara. Estamos todos aquí. Cuando se envía un SOS, joder, acudimos. Pero no todos parecemos estar tan preocupados por esta situación.

—Micah tiene razón. ¿Por qué demonios ustedes, mujeres, parecen felices con esta mierda? ¿Qué coño nos estamos perdiendo?

Cara, Janey y Cadence, todas sentadas en el suelo, apoyando sus espaldas en las rodillas de sus hombres, intercambian miradas y sonríen de nuevo.

—¡Molesto! —digo, mirándolas fijamente. Ellas solo se ríen, pero afortunadamente, Cadence habla.

—Para ser honesta, no veo el problema. Nos están diciendo que Ransom ha estado obsesionado con una mujer con la que tiene historia, y finalmente se fue a verla. Y ahora ha decidido quedarse un poco más. Eso es algo bueno.

—¿Es bueno que se haya ido? —pregunta Colton, frunciendo el ceño.

—Es bueno que se esté quedando. Eso significa que hay algo ahí que vale la pena quedarse. Y esta mujer.... ¿Blair? —Nick asiente, y Cadence sonríe de nuevo. —Bueno, Blair debe ser algo especial. Por la forma en que la han descrito, estoy medio enamorada de ella. Así que sí, estoy emocionada por Ransom. Esto es bueno.

Observo a mis hermanos procesar esta información, sus rostros una mezcla de confusión y preocupación. Noah se mueve en mis brazos y lo acomodo con cuidado.

—No es tan simple —murmura Jonas, con sus dedos entrelazados con los de Janey—. Él es *nuestro* hermano.

—¿Y? —Janey inclina la cabeza hacia atrás para mirarlo— ¿No quieres que sea feliz?

"Tienen miedo", señalo con una mano*. "Cambio".*

—Claro que tenemos miedo —ladra Kade—. ¿Veinticinco putos años ha conocido a esta mujer? ¿Y ninguno de nosotros lo sabía?

Cara pone los ojos en blanco.

—Así que mantuvo una cosa en privado. Están actuando como si los hubiera traicionado.

—¿No lo hizo? —La voz de Colton es apagada. —Se supone que debemos saber todo el uno del otro. Eso es lo que significa la familia.

Niego con la cabeza.

—No. Familia es.... confianza. —Las palabras salen lentas pero claras. La mano de Holly en mi muslo me ancla mientras dejo que las palabras salgan en lugar de luchar por sacarlas. Mis hermanos esperarán, no importa cuánto tiempo tome. —Confiar en él.... para que nos diga.... cuando esté listo.

—Micah tiene razón —añade Nick—. Y nos lo dijo a Mav y a mí. Cuando estuvo listo.

—¿Pero por qué ahora? —pregunta Dec—. ¿Por qué está eligiendo volver ahora?

Cadence golpea distraídamente la rodilla de Maverick.

—Tal vez finalmente se dio cuenta de lo que se estaba perdiendo. A veces se necesita tiempo para enfrentar lo que realmente quieres.

—¿Vernos? —pregunto, meciendo suavemente a Noah. Sería más fácil hacer señas, pero no voy a soltar a mi hijo. No me gusta nada de esto, y necesito ver a mi hermano. Hasta que lo vea, no sabré si está bien. Y si no está bien, nos necesitará.

Kade asiente.

—Sí, lo que dijo Micah. Necesitamos conocer a esta mujer. Ver qué tiene a Ransom tan enredado que dejaría todo atrás.

—Él no ha dejado nada atrás —protesta Cara—. Solo está expandiendo su mundo para incluir a alguien más.

Los dedos de Holly rozan mi brazo, y me aparto de la acalorada discusión. Sus ojos se encuentran con los míos, suaves y comprensivos. Los demás se desvanecen en un ruido de fondo mientras estudio su rostro, la suave curva de su sonrisa, la forma en que se inclina hacia mí mientras acaricia suavemente la mejilla de Noah.

—Toma. —Le paso a Noah cuidadosamente a sus brazos. Su rostro se ilumina cuando lo toma, y mi pecho se aprieta de emoción. ¿Cómo coño tuve tanta suerte? Nunca la dejaré ir.

"Sigo pensando en lo afortunados que somos", señalo, mis manos ahora libres para expresar todo lo que hay en mi corazón. *"Mira lo que tenemos".*

Ella asiente, la comprensión fluye entre nosotros sin palabras. Noah se acurruca en su pecho, y ella acaricia su cabello oscuro.

—Luchamos por esta felicidad, Micah. Justo como Ransom está luchando por la suya ahora.

«¿Crees que eso es lo que está haciendo? ¿Luchando por la felicidad?»

—Sí, lo creo. —Ella toma mi mano, presionándola contra su pecho. —Todos merecen lo que nosotros encontramos. Amor. Familia. Propósito.

—¿Veinticinco.... años?

—Especialmente entonces. A veces el corazón sabe lo que quiere, incluso si a la mente le toma más tiempo alcanzarlo. —Suelta mi mano y besa la frente de Noah. —Mira cuánto tiempo nos tomó estar juntos. Mi corazón estaba listo para ti mucho antes que mi mente.

Tomó tiempo y paciencia traerla hacia mí. Hubo momentos en los que temí perderla. Pero luchamos el uno por el otro.

Mis manos se mueven rápidamente, *«Pero no estuvimos separados durante veinticinco años. No construimos vidas separadas».*

—No, pero ambos tuvimos que sanar. Volvernos listos. —Aprieta mi rodilla. —Tal vez eso es lo que Ransom necesitaba también. Tiempo para convertirse en la persona que podría amarla correctamente.

—Sabia —digo, sonriéndole.

Ella ríe suavemente.

—No sabía. Solo feliz. Y quiero eso para todos los demás también.

Me inclino, presionando mi frente contra la suya, solo por un segundo, necesitando sentir más de ella. Noah hace un pequeño sonido entre nosotros, y ambos reímos.

—¿Apoyarlo?

—Sí. Necesita saber que su familia está con él, incluso si las cosas cambian.

«Como tú estás conmigo».

Sus ojos brillan con lágrimas mientras asiente.

—Como estamos el uno con el otro.

—Micah tiene razón —dice Kade en voz alta, mirándonos fijamente—. Necesitamos apoyar a Ransom. Entonces, ¿cómo demonios vamos a hacer eso?

La habitación queda en silencio cuando Jonas se aclara la garganta.

—Aprobé mi examen de conducir esta mañana. El de vehículos grandes.

—¿De qué está hablando? —me susurra Holly al oído.

—Ahora puedo conducir un autobús. —Jonas se endereza la corbata. —Parecía prudente dada la situación.

A Kade se le cae la mandíbula.

—¿De qué coño estás hablando?

Nick y Maverick intercambian miradas cómplices. Ambos necesitan un coscorrón por guardar secretos. Cabrones.

"¿Qué estás planeando?", señalo.

—Deberíamos ir a Badger Falls —dice Jonas—. Todos nosotros. Para conocer a Blair y apoyar a Ransom.

—¿En un autobús? —Dec se ríe, con un toque de histeria.

Colton se anima.

—De hecho, puede que conozca a unos tipos. Tienen un autobús de gira parado ahora mismo. Muy bien equipado, con literas y todo.

—¿Quieres que hagamos un viaje por carretera para espiar a Ransom? —pregunta Cara, conteniendo una sonrisa.

—No espiar —corrige Jonas—. Apoyar. La familia apoya a la familia.

—Necesita tiempo —protesta Janey, apretando la rodilla de Jonas —. Espacio para aclarar las cosas.

—Ha tenido veinticinco años —gruñe Kade—. A la mierda el espacio.

Holly cambia a Noah de posición en sus brazos.

—Tal vez deberíamos esperar....

—No. —La palabra sale clara y fuerte. Todos se giran para mirarme. —Está solo. Nos necesita.

—Micah tiene razón —dice Colton—. ¿Recordáis lo jodidos que estábamos todos mentalmente? ¿Al encontrar a alguien? ¿Con todo cambiando tan rápido?

Las mujeres intercambian miradas divertidas mientras mis hermanos asienten con énfasis.

—Esto es ridículo —se ríe Cadence—. No podéis simplemente descender en masa sobre ese pobre pueblo.

—Observa cómo lo hacemos —sonríe Nick.

"¿Cuándo nos vamos?", señalo.

—Un momento. —Cara levanta las manos. —¿En serio estáis considerando esto?

—Joder, claro que sí —dice Kade—. Colt, llama a tus amigos. Jonas, planea la ruta.

—Esto es una locura —suspira Bree—. Todos estáis locos.

—Tal vez —admite Dec—. Pero somos familia. Y la familia se presenta.

Holly me mira, negando con la cabeza pero sonriendo.

—No hay forma de haceros cambiar de opinión, ¿verdad?

—Nop —digo, sonriendo—. ¿Vienes?

Ella mira a Noah y luego a mí.

—Alguien tiene que mantener a raya a estos chicos.

—¡Joder, sí! Hagámoslo, hostia —dice Kade, dando una palmada —. ¡Partimos al amanecer, hijos de puta!

34

BLAIR

Salgo al porche delantero, entrecerrando los ojos ante el sol de la mañana. Me palpita la cabeza; esas copas extra de vino con Maggie no fueron la mejor idea. Ransom está al pie de la escalera, con las manos en los bolsillos. La nueva camisa a cuadros se ajusta a sus hombros, y unos vaqueros oscuros reemplazan sus trajes habituales, muy lejos de la ropa holgada en la que solía ahogarse cuando era adolescente.

—Me gusta este look en ti —le digo, bajando los escalones—. ¿Usas mucha ropa a cuadros en la ciudad? —Todas esas fotos que vi en línea mostraban a Ransom en trajes caros o esmoquin.

Se ríe, profundo y cálido.

—No, no mucho. Tuve que comprar esto en el pueblo. Solo tenía un conjunto de ropa deportiva en mi bolsa de emergencia.

—¿Bolsa de emergencia? ¿Como si estuvieras en protección de testigos o algo así?

—Algo así. Era un hábito que desarrollé en mi segundo hogar de acogida. Siempre me estaba mudando, así que siempre me mantenía empacado. Ahora es principalmente un cambio de ropa casual y artículos de aseo que mantengo en el coche.

—Conveniente para quedarse a dormir —digo con ligereza, pero por dentro, me estoy poniendo verde. Hipócrita, lo sé. Yo soy la que ha tenido un amigo con beneficios.

—Lo uso en el gimnasio. No me quedo a dormir. Nunca lo he hecho.

—¿Nunca?

Se detiene, con la mirada seria.

—Nunca. Tenía a los chicos necesitando que yo volviera a casa. ¿Más tarde? No quería hacerlo.

—¿Nunca saliste con nadie? —Justo cuando creo que entiendo quién es, aprendo algo nuevo. Esta imagen de Ransom como este hombre rico y suave con mujeres acudiendo en masa a él está cambiando. Las mujeres probablemente todavía lo persiguen. Lo harían incluso si fuera pobre porque, Dios mío, es hermoso. Pero la idea de que nunca dejó que nadie se acercara me hace sentir tan feliz como triste. No me gusta la idea de que esté solo.

Pero realmente no me gusta la idea de que otra mujer encuentre un lugar en su corazón. Su corazón fue mío primero, y no me gusta compartir.

Soy una perra hipócrita.

Se encoge de hombros y suavemente me toca la espalda para que sigamos caminando. Un pequeño escalofrío de electricidad viaja desde su mano hasta mi columna, haciendo que mi piel se erice debajo de mi camisa.

—Aquí y allá. Pero nadie con quien alguna vez vi un futuro. Nadie que hubiera podido manejar a mi familia. —La comisura de su boca se levanta en esa media sonrisa que hace que mi estómago dé un vuelco. —Son mis hermanos, no mis hijos, pero yo los crie, ¿sabes?

—¿Ellos te ven como un padre?

—A veces. No quería eso. Quería que todos estuviéramos en igualdad de condiciones, pero no resultó así. —Su voz tiene un tono de resignación.

—Te admiran. Los cuidas. Eso es lo que hace un padre. —Sé algo sobre eso, cuidando a Max mientras Maggie está enferma.

—No soy mucho mayor que ellos. —Suena casi a la defensiva.

—No importa. Asumiste el papel. Hiciste el trabajo. Te ganaste el título.

—Tal vez. No quería.... —Se interrumpe, frunciendo el ceño, su mandíbula se tensa.

—¿No querías qué?

—No quería estar separado. Quería ser parte de ello. Asumí el papel de liderazgo porque era el mayor y tenía habilidades que podía usar para construir algo para nosotros. Pero no quería que eso me separara.

—¿Pero lo estás? ¿Te tratan como a un padre? ¿Ponen los ojos en blanco contigo? ¿Te ocultan cosas?

—No, no es así. Pero me tratan un poco diferente. —Se frota la nuca, un gesto que estoy empezando a reconocer como incomodidad.

—¿Con respeto?

—Todos nos respetamos mutuamente.

—Cierto, pero tú eres el tipo que les dio la vida que están viviendo ahora, ¿no es así? ¿Fuiste tú quien lo armó todo?

—Supongo. —Lo dice como si nunca lo hubiera pensado de esa manera.

—Así que te aman y respetan. Y seamos honestos, tú los criaste. Puede que no hayan sido niños pequeños, pero entiendes mejor que nadie lo que un modelo masculino fuerte puede hacer por un adolescente. ¿Fue difícil? ¿Criar a un montón de adolescentes?

—Muy difícil —respira, gimiendo—. En cualquier momento, al menos uno de ellos estaba en algún tipo de espiral emocional. Pasé tantos años persiguiéndolos.

—¿Y tenías nueve de ellos de los que preocuparte?

—Ocho. John estaba haciendo lo suyo. No se unió oficialmente a nosotros hasta hace un par de años. —Sus dedos se flexionan contra mi espalda mientras doblamos la esquina hacia el pueblo. ¿Qué es lo que tiene su mano en mi espalda que me hace sentir tan femenina? Es una sensación extraña. Creo que me gusta, sin embargo.

—Dios mío. ¿Ocho? Estoy agotada tratando de convencer a Max de que se ponga el pijama y que quite la mano de su pene. En cuanto se quita los pantalones, lo agarra, como si necesitara asegurarse de que no se fue a ninguna parte. Como si pudiera salir corriendo, joder. —Las palabras salen atropelladamente antes de que pueda detenerlas.

La risa de Ransom sale de lo profundo de su pecho. Calienta el espacio entre nosotros. Diablos, me calienta hasta los dedos de los

pies, haciéndome querer acercarme más.

—Había mucha desnudez en nuestro apartamento, pero menos agarrones de pene. —Hace una pausa, pensativo, sus ojos distantes con el recuerdo. —Había muchas mediciones. Llevaban un libro de registros.

—¿Hablas en serio? —Espero su asentimiento, viendo sus labios temblar con risa reprimida. —Dios mío, los chicos son jodidamente raros.

—No tienes ni idea. —Su voz contiene años de historias que de repente quiero escuchar. ¿De qué se preocupaba en la oscuridad de la noche? ¿Qué lo hacía reír más fuerte? ¿Qué hermano lo hacía querer arrancarse el cabello? Nos hemos perdido tanto. ¿Cuántos años nos llevará ponernos al día?

Demonios. Estoy pensando en el futuro y esta "cita" apenas ha comenzado.

—Suenas feliz cuando hablas del pasado.

—Estoy feliz. Fue mucho trabajo, pero también fue muy divertido. —Su sonrisa muere mientras me mira, el arrepentimiento llena su mirada.

—No hagas eso —digo, acercándome más. Estamos en medio de la acera de la calle principal, a solo un par de puertas del restaurante. Pero la acera está vacía; tenemos toda la privacidad que necesitamos para esta conversación—. Amas tu vida y a las personas que están en ella. Eso está bien. Es bueno incluso. Nunca quise que estuvieras solo allá afuera. Siempre esperé que tuvieras una familia. Que fueras amado. Incluso cuando te odiaba, quería lo mejor para ti.

Él me mira desde arriba, con ojos muy, muy serios.

—Hasta el año pasado, siempre imaginé que tenías un esposo e hijos, que tu vida estaba llena de familia y amor.

—Mi vida está llena de familia y amor. Solo que no de esa manera.

—¿Lo lamentas? ¿Desearías haber tenido tus propios hijos? —Su mirada es inquisitiva, intensa, y sé que mucho depende de mi respuesta, pero no entiendo por qué. ¿Qué respuesta está buscando?

Al final, todo lo que puedo darle es la verdad.

—Podría haber sido una experiencia genial, pero tampoco me aflige no haberlo hecho.

Su frente se arruga.

—Aún podrías tener hijos.

No intento reprimir el escalofrío que me recorre todo el cuerpo ante esa idea.

—¿Estás de broma? Tengo cuarenta y tres años. Incluso si dejamos de lado la biología, si tuviera un hijo mañana, tendría más de sesenta cuando se graduara. No, gracias.

La arruga entre sus ojos se suaviza.

—Suenas bastante segura.

—Lo estoy. Me haré cargo de Max cuando sea el momento porque lo amo. Pero si pudiera elegir, me quedaría como la tía divertida. Podría estar presente en todas las cosas importantes, pero no tendría la responsabilidad. Tal vez sea egoísta, pero soy demasiado vieja para fingir ser alguien que no soy.

Una lenta sonrisa curva sus labios.

—Ser el tío divertido es genial. Tengo pijamadas y dedos pegajosos. Pero luego se van a casa con sus padres, y yo puedo relajarme.

—Con tu hámster.

Sonríe, y las líneas en las comisuras de sus ojos se arrugan.

—A veces, sí.

—¿Puedes explicar eso? ¿Cómo terminaste con un hámster deambulando por tu casa? Sabes que eso es raro, ¿verdad?

Se encoge de hombros, como si su límite para lo raro estuviera un poco más alto que el de la mayoría, y luego nos guía hacia el restaurante. Macy, la dueña, nos saluda con la mano, y yo nos dirijo a una mesa en la parte de atrás. Cuando estamos acomodados, apoyo los codos en la mesa y arqueo una ceja. Quiero escuchar esta historia.

—El hámster —le recuerdo.

—Cuando mi cuñada Evie vino a quedarse con nosotros en la torre, nos emocionamos un poco. —Su rostro se arruga

adorablemente, y sus ojos azules se arrugan en las esquinas. —Espera. Necesito retroceder.

—Es sábado. No tengo planes. Tómate tu tiempo. —Me recuesto contra el asiento de vinilo, genuinamente curiosa. Quiero escuchar todo sobre él. Su familia. Su vida. Todo lo que ha sucedido en los años que hemos estado separados. Hay tanto que me he perdido, y cada pequeño vistazo se siente como descubrir un tesoro. Matt probablemente podría usar una mano en el taller esta mañana. Los sábados están reservados para cambios de aceite y mantenimiento básico, pero siempre hay algo más que llega.

Pero no voy a ir. Ese es uno de los beneficios de ser la jefa.

—Nuestro taller original, el que gané, está en la calle Knight. Hasta hace dos años, mi hermano Kade intentaba dirigirlo él solo. Era un poco controlador. El problema era que la Corporación Brash necesitaba toda su atención. Se estaba agotando. Entonces, una noche, aparece Becca. Su coche se averió, y decidió dormir en él, en la entrada del taller, hasta la mañana. Unas horas más tarde, Kade le había dado el trabajo de gerente de oficina y las llaves del apartamento sobre el taller.

—¡Eso es rápido! —Suena exactamente como el tipo de decisión impulsiva que podría salir terriblemente mal.

—¡Cierto! Eso es lo que pensé. Kade es todo corazón. Y tenía un historial de dejar que las mujeres se aprovecharan de él. Así que no era fan de esta idea en absoluto. —Su expresión se oscurece ligeramente al recordarlo.

—¿Interviniste? —Puedo imaginarlo perfectamente actuando como el hermano mayor, asustando a la mujer. Estoy segura de que podría ser muy intimidante si fuera necesario. La pobre mujer probablemente no habría tenido oportunidad.

—Quería hacerlo. Mucho. Pero no quería arriesgarme a alejarlo. Así que solo observé y esperé. Pensé que tendría que recoger los pedazos en algún momento. —Se mueve en su asiento, y puedo ver la tensión en sus hombros solo por recordarlo.

—¿Pero no lo hiciste?

—No. No lo hice. Becca es.... —Se queda en silencio, con una mezcla de exasperación y afecto en su rostro. —Todo un desafío. Es

dura y sabe quién es. Realmente no necesitaba ser rescatada. Fue la primera de las mujeres. Kade se enamoró perdidamente de ella, y afortunadamente sacó la cabeza del trasero antes de que fuera demasiado tarde.

Así que no se intimida fácilmente entonces.

—Te cae bien.

Se ríe.

—Sí. Es increíble. Pero nunca se lo voy a decir. Ella lo sabe, pero nuestra relación se basa en el sarcasmo y en molestarnos mutuamente. Funciona para nosotros.

—Suena bastante genial.

—Lo es, en realidad. Algunas de las otras mujeres necesitan que sea suave con ellas, pero no ella, no normalmente. En realidad, es aterradoramente dura. Tiene todo tipo de cinturones negros en artes marciales. Y dirige una clase de defensa personal para mujeres. Ahí es donde conoció a Holly. Holly es una muñeca de mujer. Mide un metro y medio. Pero tenía un aire de fragilidad. Becca hizo que Holly se hiciera cargo de su trabajo como gerente de oficina para poder enseñar artes marciales a tiempo completo. En cuanto mi hermano Micah (él hace restauraciones en Knight Street) la vio, quedó flechado.

—¿Cuál era su historia?

—Un ex muy malo y violento. Ella escapó, pero no sin cicatrices. Ahí es donde entra Evie, en realidad. —Me encanta cómo se ilumina su rostro cuando habla de su familia. —Evie era enfermera en el hospital donde Holly era voluntaria mientras aún estaba casada. Evie notó moretones.... y bueno, ayudó a Holly a escapar a un lugar seguro. Y pagó un precio muy alto por ello.

—¿Qué tipo de precio?

—El marido de Holly tenía amigos en la policía. Y Evie acabó perdiendo su trabajo y la custodia de su hija pequeña durante unos meses. Todo eran putas mentiras, pero pasó de ser una enfermera de UCIN muy respetada a una conserje ganando un cuarto del dinero. Cuando nos enteramos de lo que le había pasado, bueno, no había manera de que no la ayudáramos.

Eso dice mucho sobre el tipo de hombre que es. Mucha gente no se habría involucrado.

—¿Entonces qué hicieron?

—La convencimos de que se mudara con nosotros. Mi hermano Colton se quedó mudo en el momento en que vio la foto de Evie. Luego Mia, la hija de Evie, lo dejó boquiabierto. Él había estado arreglando uno de los apartamentos extra que tenemos en el edificio para ellas, antes de conocerla, por cierto; así que cuando finalmente aceptó, la mudamos en cuestión de horas.

—Así que de repente, tres de tus hermanos se enamoraron, todo en cuestión de...?

—Unos meses. Fue rápido, pero era tan jodidamente obvio que era perfecto. ¿Y Mia, la pequeña de Evie? Es jodidamente deliciosa. Todo pelo negro rizado y un ceceo que espero que nunca pierda. Adorable.

—Así que empiezo a hacerme una idea. ¿Mia y hámsteres?

—Sí. Tardó un tiempo en que Evie confiara en nosotros, pero finalmente nos dejó cuidar a la niña mientras Colton la llevaba a una cita. Y decidimos ir por un helado. Había una tienda de mascotas al lado.

—Y compraron un hámster.

Él hace una mueca y fija su mirada en algún punto de mi frente.

—No. Compramos como cien.

Me río mientras escucho el resto de la historia. La casa de hámsteres, el miedo de su hermano a las cosas pequeñas y peludas que resultó en que lo sacaran del apartamento a caballito, la búsqueda de los hámsteres perdidos.

—Dios. Así que cuando dijiste que eran mucho trabajo, realmente querías decir que *todos* ustedes son mucho trabajo. Porque tienes que admitir, eres un poco instigador. ¿Crees que es por el dinero?

Inclina la cabeza hacia un lado.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir, una persona promedio entraría allí y se preocuparía por el costo del hámster, los suministros, las facturas del veterinario, y tal vez saldría con uno o dos. Ustedes no tienen

ninguna barrera financiera. Son como niños con un presupuesto ilimitado en una juguetería.

Se rasca la ceja, con aire avergonzado.

—Puede que tengas razón.

—¿Tú crees?

Macy se acerca tranquilamente, cafetera en mano.

—¿Están listos para ordenar?

—Panqueques —decimos Ransom y yo al unísono. Cruzamos las miradas y compartimos una sonrisa. No es la primera vez que estamos en este restaurante.

—Algunas cosas nunca cambian —digo, recordando innumerables sábados por la mañana pasados justo aquí. Papá generalmente estaba con nosotros, pero terminaba yéndose a una de las otras mesas para estar con un amigo, y solo éramos Ransom y yo, uno frente al otro, hablando de todo.

Eso se detuvo unas semanas antes de que Ransom se fuera. Papá ya no nos dejaba solos en el reservado. Seguíamos viniendo, pero se sentía diferente.

Todos estos pequeños momentos de aquella época empiezan a tener mucho más sentido ahora. Los maratones de películas familiares directamente hasta la hora de dormir. Animándome a salir con amigos.

Papá estaba tratando de mantenernos separados, y estaba haciendo un buen trabajo la mayor parte del tiempo.

—Tocino extra crujiente para mí —añade Ransom—. Y mantequilla extra para ella. —¿Por qué el hecho de que recuerde cómo me gustan los panqueques hace que mi pecho se sienta apretado?

—Entendido. ¿Café? —pregunta Macy.

—Por favor —levanto mi taza. Mientras Macy sirve, estudio el rostro de Ransom. Los ángulos afilados se han endurecido, pero sus ojos aún se arrugan de la misma manera cuando sonríe. Está mirando por la ventana, observando pasar un camión, con el señor Peterson al volante.

—¿Recuerdas aquella vez que intentaste enseñarme a conducir con cambios?

—Oh, Dios, pobre valla del señor Peterson. —Me cubro la cara. —Papá estaba tan enojado.

—Me hizo repintar toda la valla.

—¡Te lo merecías! Aceleraste directo a través de su jardín.

—Me distraje. —Su risa es más profunda ahora, más rica. El adolescente que conocí todavía está ahí, pero con capas de confianza y tranquilidad. El peso de tener que probarse a sí mismo parece haberse levantado. —Llevabas esa blusa blanca, y se te habían desabrochado dos botones. Estaba tratando de echar un vistazo.

Mi boca se abre por un segundo.

—Oh, Dios mío. Eso tiene mucho más sentido. —Riendo, añado un montón de crema a mi café. —Así que cuéntame sobre esta casa de hámsteres que construiste.

—Es una casa de muñecas reconvertida, completa con pequeños ascensores y una piscina en la azotea. —Sus ojos bailan con picardía.

—Dices puras tonterías.

—Tal vez sobre la piscina. —Me guiña un ojo y toma un sorbo de café. —Pero los ascensores funcionan. Jonas diseñó un sistema de palancas con manivelas.

Sonriendo, me cuenta más sobre los hámsteres y los niños, con toda su cara iluminada de alegría. El tiempo vuela, y de repente Macy está de vuelta con nuestra comida. Los panqueques están perfectamente dorados, con vapor elevándose. Los míos brillan con mantequilla. Qué rico. Acerco el jarabe.

—Veo que sigues ahogándolos en jarabe —comenta mientras sirvo.

—La vida es demasiado corta para panqueques secos. —Si me importaran las calorías, tal vez cambiaría mis costumbres, pero quemo todo lo que como. He pesado noventa kilos durante los últimos veinte años, a pesar de mi adicción al jarabe.

Caemos en una conversación fácil entre bocados. La ira que llevaba es apenas un recuerdo. Este hombre no es el chico que me rompió el corazón. Es alguien nuevo, alguien que construye

mansiones para hámsteres y convierte a chicos perdidos en buenos hombres.

Alguien a quien podría amar fácilmente.

Tal vez ya lo hago.

—¿Qué? —pregunta, atrapándome mirándolo.

—Nada. Solo que.... es agradable. Conocerte de nuevo.

La calidez entre nosotros cambia cuando la expresión de Ransom se vuelve seria. Deja su tenedor y me mira a los ojos.

—Blair, necesito agradecerte —Abro la boca para.... no sé qué. Detenerlo tal vez, pero el pequeño movimiento de su cabeza es suficiente para callarme. —Veinticinco años es mucho tiempo para cargar con la culpa. Para preguntarme si cometí el mayor error de mi vida. Y sí, tal vez las cosas salieron bien. Tal vez construí algo bueno. Pero siempre ha habido este vacío.

Se me hace un nudo en la garganta. La sinceridad en su voz, la vulnerabilidad en sus ojos.... es casi demasiado.

—Cuando me perdonaste el otro día, fue importante. Necesitaba tu perdón más de lo que me daba cuenta. Pero estar sentado aquí ahora, hablando así.... —Niega con la cabeza. —Lo es todo. Y sé que tenemos mucho que resolver. Sé que Chicago y Badger Falls no están exactamente al lado. Pero solo el hecho de que estés dispuesta a intentarlo, a ver adónde nos lleva esto.... —Su mano se desliza por la mesa, sin llegar a tocar la mía. —Gracias.

Miro fijamente su mano, recordando todas las veces que sostuvo la mía cuando éramos jóvenes.

—Tengo miedo de que solo estés jugando conmigo. No sé si mi corazón está a salvo contigo. O si quiero intentarlo de nuevo —logro decir, con la voz apenas por encima de un susurro. Porque, ¿qué más puedo decir cuando se ha expuesto así? Es la verdad. Quizás no toda la verdad, pero es la parte que me frena. La parte que él necesita entender.

Su mano se retira de la mesa, y me enojo conmigo misma. ¿Por qué no la agarré? Quería hacerlo. Pero no me lo permití.

—Lo entiendo —dice suavemente—. ¿El chico que era? Era un desastre. Enojado. Asustado. Listo para quemar el mundo. —Toma una respiración lenta. —Pero ese ya no soy yo.

—¿Cómo puedo estar segura?

—Porque pasé veinticinco años construyendo algo bueno. Algo real. Aprendí a estar ahí para la gente. A quedarme cuando las cosas se ponen difíciles. —Sus ojos azules sostienen los míos. —No te estoy pidiendo promesas, Blair. Solo te pido tiempo.

—¿Tiempo?

—Sí. Tiempo para hablar. Para averiguar quiénes somos ahora. —Hace un gesto entre nosotros. —Como esto. Panqueques y café. Historias sobre hámsteres y tu extraña obsesión por ponerle demasiado jarabe a todo.

No puedo evitar reírme.

—No uso demasiado jarabe.

—Tus panqueques están nadando.

—Son panqueques felices.

Su sonrisa llega a sus ojos, arrugando las esquinas.

—¿Ves? Esto es lo que quiero. Solo.... momentos. Sin presión. Sin expectativas. Solo nosotros conociéndonos de nuevo.

La simplicidad de su petición me toma por sorpresa. Sin grandes gestos. Sin súplicas desesperadas. Solo.... tiempo.

—¿Estarías bien con eso? ¿Solo.... pasar el rato?

—Más que bien —Se reclina, relajado. —Además, tengo veinticinco años de historias sobre mis hermanos desastrosos para compartir. Como la vez que Nick intentó enseñarle a Jonas a surfear.

—¿Cómo fue eso?

—Digamos que hubo un helicóptero involucrado.

Resoplo en mi café.

—De acuerdo, ahora tienes que contarme esa.

—¿Ves? Tiempo. Historias. Tal vez algunos panqueques más —Agarra la botella de jarabe antes de que pueda alcanzarla. —Aunque te estoy cortando el suministro. Tus panqueques están en un charco real.

—¿Muy juzgón? —Corto mis panqueques, luego llevo un trozo empapado y esponjoso a mi boca. Los mejores panqueques de la historia— El jarabe es la mejor parte. ¿Todavía no te gusta el jarabe?

No responde, su atención está en la ventana. Y la expresión en su rostro es una mezcla de frustración y amor. Siguiendo su mirada

hacia la ventana, veo un gran autobús pasando por la plaza, con el nombre de una banda de rock estampado en el costado.

—Ese es un autobús grande. Probablemente tomó un giro equivocado —Toco su mano, atrayendo esos ojos azules de vuelta a los míos. —¿No vas a comer?

Hace una mueca, luciendo todo tipo de molesto.

—Lo siento mucho, Blair.

Mi estómago se revuelve. ¿Ahora qué? No creo que pueda soportar más "lo siento" de este hombre.

—¿Por qué? ¿Qué está pasando?

Golpea con el dedo en la ventana, hacia el autobús.

—Quería pasar tiempo contigo. Uno a uno, sin distracciones. Pero estoy bastante seguro de que una gran distracción está dentro de ese autobús.

—¿Una estrella de rock? —pregunto vacilante, pero la puerta se abre con un silbido y la gente comienza a salir. Primero, probablemente uno de los hombres más grandes que he visto en la vida real, músculos sobre músculos. Le sigue un hombre aún más grande, con una gran cicatriz que le recorre la cara. Parecería el tipo de persona que no querrías encontrarte en un callejón oscuro, excepto que tiene un bebé acurrucado contra su pecho, su mano lo acaricia suavemente. Luego sale otro hombre. Lleva jeans y una camisa de cuadros azules. Casi salta por las escaleras, se estira, y luego grita:

—¡Ransom! ¿Alguien ha visto a Ransom? —A todo pulmón.

—No —dice Ransom, suspirando—. Mi familia.

35

RANSOM

La voz de Kade retumba de nuevo por la plaza:

—¡Por la puta madre, ¿dónde coño está?! —Me hundo más en mi asiento. En cuanto vi el nombre de la banda en ese autobús, supe que mi maldito zoológico iba a bordo. Sería demasiada coincidencia. Colton los emborrachó a todos en una gala benéfica hace años, y desde entonces han sido muy cercanos.

Estoy bastante seguro de que Colton ha vomitado en ese autobús más de una vez.

Los hombros de Blair se sacuden de risa.

—¿Supongo que lo conoces?

—Ese es Kade. Le encanta la palabra "joder" en todas sus variaciones. —Echo un vistazo a través de la ventana del restaurante. El enorme autobús de gira ocupa todo el estacionamiento al otro lado de la calle, y mis hermanos salen como payasos de un auto de circo. —No puedo creer que realmente hayan venido hasta aquí.

—Son muchísimos. —Los ojos de Blair se abren mientras los cuenta. —Santo Dios, ¿cuántos vinieron?

—Creo que todos. —Pero no puedo evitar sonreír cuando veo a Jonas tropezar al bajar del autobús y a Colton atraparlo. Micah tiene la mano de Holly en la suya y una bolsa de pañales colgada al hombro.

—¡RANSOM! ¡Saca tu puto trasero hacia aquí!

—Oh, Dios mío —murmura Blair, soltando una risita—. No parece que vaya a dejar de gritar.

—Probablemente no. —Me pongo de pie y le ofrezco mi mano—. Te advierto que te van a adorar. Y no tienen concepto del espacio personal. —Sus ojos se abren aún más mientras pasan de mi familia a mí.

Maldita sea, ya están presionando esto. Estábamos empezando a construir algo esta mañana. Esa chispa estaba volviendo a sus ojos. Estaba empezando a mirarme como si fuera alguien que le importa.

Alguien a quien podría amar.

Dejo unos billetes en la mesa y luego la llevo suavemente afuera, esperando que sea solo mi imaginación que está arrastrando un poco los pies.

Salimos al aire fresco de la mañana, y Kade nos ve de inmediato.

—¡Ahí estás, joder! ¿Qué demonios, tío? —Se acerca a grandes zancadas y me da un abrazo aplastante. —No puedes desaparecer así sin más.

—Le mandé un mensaje a Nick —digo, frustrado, pero lo estoy abrazando con la misma fuerza con un brazo. No voy a soltar a Blair. No voy a arriesgarme a que salga corriendo. Honestamente, no la culparía.

—Sí, mensajes crípticos sobre una chica. —Kade me suelta y se vuelve hacia Blair. Sus ojos se abren. —Joder, eres ella.

Dios, he echado de menos a estos idiotas, y solo han pasado unos días.

Blair arquea una ceja.

—Soy yo, sí.

El resto de mi familia nos rodea, y observo la cara de Blair mientras asimila el caos controlado. No es exactamente así como planeaba presentársela. Quería tiempo para nosotros primero, para darnos tiempo de conocernos de nuevo.

—Muévete, maldito árbol. —Cara empuja a Kade y me rodea con sus brazos. —¿No podías habernos avisado?

—Déjalo respirar —dice Jonas, pero es el siguiente en la fila para un abrazo. Los abrazos de Jonas son bastante especiales. Nunca sabes lo que vas a obtener, a veces rápidos, a veces largos, pero

siempre se sienten tan jodidamente bien porque sé que me los he ganado. Este es breve, pero apretado. —Aprendí a conducir un autobús —me susurra al oído—. Me siento como un dios.

Y ahora estoy riéndome.

Bree me toca el brazo.

—Intenté detenerlos, lo juro. Pero ya sabes cómo se ponen.

—Como arrear gatos —coincido, justo cuando veo dos figuras familiares en la puerta del autobús. Mi mandíbula cae—. ¿Esas son...?

—¡Abu y Connie, bajen sus traseros hacia aquí! —grita Nick, ya moviéndose para ayudarlas.

Maverick toma el otro brazo de Connie.

—Cuidado con los escalones, señora McCauley.

—Oh, por favor, he estado subiendo escaleras desde antes de que nacieras. —Pero Connie deja que la ayuden de todos modos, y sus ojos brillan por la atención.

Me separo del grupo y me dirijo hacia las dos matriarcas de nuestra extraña familia, llevando a Blair conmigo.

—¿Qué hacen ustedes dos aquí?

—¿Crees que nos perderíamos esto? —Abu se ríe, dándome palmaditas en la mejilla— Esto es mucho más divertido que ver telenovelas.

—Seguro que sí —coincide Connie—. Aunque la próxima vez, tal vez los chicos puedan organizar un transporte que no requiera bajar del Monte Everest para salir.

—Les haré saber que la próxima vez que planeen arruinar mi cita, lo hagan en algo más adecuado.

—Encantador, querido. —Los ojos de Abu encuentran a Blair—. Ahora, preséntanos a esta joven como es debido.

—Creo que lo apropiado se fue por la ventana cuando Kade empezó a gritar "joder" por toda la plaza del pueblo —murmuro.

—Cuida tu puto lenguaje —regañan ambas mujeres al unísono, y luego se deshacen en risitas. Porque en serio, ambas podrían darle una lección a Kade en cuanto a palabrotas.

Nick me lleva a un lado, y a regañadientes suelto a Blair. Abu y Connie, ambas con más de quince centímetros menos de estatura, la

miran, charlando animadamente.

—Escucha. Esto no fue idea mía. Solo necesito que quede registrado. Jonas nos oyó a Mav y a mí hablando en la oficina, y todo se salió de control desde ahí. Lo siento.

—Está bien. Sabía que tendrían preguntas, solo que no esperaba.... esto —digo, señalando el autobús y toda mi familia dispersándose por la plaza. Puede que hayan venido por mí, pero ahora que me han visto, están empezando a dispersarse—. Una llamada telefónica también habría funcionado.

—A la mierda una puta llamada telefónica —gruñe Kade, empujando a Nick fuera del camino—. Te vas, no le dices a nadie, ¿y esperas que nos quedemos sentados en casa con el culo pegado? Ni de coña. En serio, tío. ¿Por qué coño no nos dijiste lo que pasaba? Eres tan jodidamente reservado. No lo entiendo.

—Estaba lidiando con algunas mierdas en mi cabeza.

—¿Y?

—Necesitaba algo de tiempo para resolverlo.

Arquea una ceja y cruza los brazos sobre el pecho, con el sarcasmo espeso en su tono.

—¿En serio? Porque siempre nos animas a guardarnos las cosas y simplemente jodernos la cabeza. Porque eso es realmente muy saludable.

Realmente odio cuando tienen sentido. Tal vez me gusta ese papel de papá porque es mucho más fácil lidiar con mis hermanos cuando no me cuestionan. Bueno, creo que lo sería. Eso nunca ha pasado. Pero al menos me daban algo de margen cuando se trataba de mi vida personal.

Aparentemente, se han cansado de ser pacientes.

Detrás de mí, la voz de Jonas se eleva por encima del caos.

—Me prometieron tejones. El cartel del pueblo claramente indicaba tejones.

—No hay tejones, Jonas —le responde Colton.

—¿Entonces por qué se llama Badger Falls?

Riéndome, vuelvo hacia Blair. Se ha trasladado a la seguridad de la acera, de pie con la espalda contra la ventana del restaurante, con los ojos muy abiertos.

—Esto no es como había planeado que fuera el día de hoy. Pero ¿querías conocer a mi familia?

Su mirada se desplaza de una persona a otra, luego sacude lentamente la cabeza.

—Esto es demasiado. Solo íbamos a desayunar. Eso es todo. Se supone que debemos tomarnos las cosas con calma y ahora....

Se está escurriendo entre mis dedos. Desesperado por calmarla antes de que decida mandarme al carajo, le tomo el codo.

—Tienes toda la razón. Somos mucho para asimilar. Demasiado. Tal vez dame una hora, luego iré a buscarte. ¿Te gustaría pasar el día conmigo?

Ella sigue mirando a todos, pareciendo un poco como un ciervo encandilado por los faros.

—¿Qué hay de ellos?

—O volverán a subir a ese autobús y regresarán a casa, o pasarán la tarde correteando por el pueblo. De cualquier manera, ese no es nuestro problema. Son adultos.

—¡Tío Ran!

Suelto inmediatamente el codo de Blair, girándome y agachándome justo a tiempo para atrapar a mi pequeña Mia.

—Hola, dulzura. Te extrañé.

—¡Yo también te extrañé! ¡Estuviste fuera taaanto tiempo!

—Lo sé. Una eternidad. Pero mira, tuve que venir a visitar a mi amiga. ¿Te gustaría conocerla?

Mia asiente enfáticamente, sus rizos rebotan. Sosteniéndola con fuerza, me pongo de pie y me vuelvo hacia Blair. Afortunadamente, Blair ya no parece que vaya a salir corriendo. En cambio, está sonriendo, con los ojos fijos en mi pequeña princesa.

—Blair, esta es Mia. Mia es mi sobrina favorita. Es la niña más bonita, inteligente y asombrosa del mundo.

Mia sonríe, me da una palmada en la mejilla (su versión de un pequeño toque de amor) y luego me sopla una pedorreta en el cuello.

—Hola. Tú bonita —le dice a Blair, y luego extiende la mano hacia ella. Blair da un paso adelante, y la mano de Mia se envuelve

alrededor de la gruesa trenza que descansa sobre el hombro de Blair.

—Hola Mia. Encantada de conocerte.

—Encantada también —murmura, acariciando la trenza. Se lleva el extremo a la nariz y se hace cosquillas, luego, riendo, me hace cosquillas hasta que finjo gruñirle.

—Es preciosa —murmura Blair.

—Lo es. Por dentro y por fuera.

Mia, todavía acariciando la trenza, de repente grita:

—¡Perrito! —Y se retuerce para bajar. Janey está cerca y toma la mano de Mia cuando la bajo.

Blair se ve obligada a agacharse.

—Eh, Mia. ¿Podrías devolverme mi trenza?

Mia sonríe, la suelta y tira de Janey por la acera hacia un hombre mayor que no reconozco y su perro muy viejo y pequeño que lleva un suéter.

—Dame una hora —digo, acercándome a Blair—. Déjame que los acomode y pasaré por el taller. —Solo estoy adivinando que es allí donde se dirigiría, pero afortunadamente, ella asiente.

Exhala y me da una mirada firme.

—Una hora. Nos vemos entonces. —Se está alejando, saludando con la cabeza a mi familia mientras cruza la calle.

—¡Ransom, mira! —La voz de Kade retumba por la plaza. —¡Tienen una maldita cafetería! ¿Estoy oliendo duraznos?

—Me muero de hambre —anuncia Cara—. Vamos a desayunar algo y a hablar.

—Los tejones son nocturnos —informa Jonas a todos—. Quizás deberíamos volver después del anochecer.

—Nadie se quedará hasta el anochecer —digo, pero la mitad de ellos ya están entrando en el restaurante. El resto se aleja, mirando por las ventanas de las tiendas. Parece que vamos a hacer esto.

—Bien. Desayuno.

—Oh, cielos —dice la camarera, Macy, apretando su bloc de pedidos contra su pecho mientras mi familia entra por la puerta.

—Nosotros nos encargamos. —Nick agarra un extremo de una mesa mientras Zach toma el otro. Comienzan a organizar los

muebles como si fueran los dueños del lugar.

—Disculpe por esto. —Encuentro la mirada de Macy. —Están domesticados, lo prometo.

—En su mayoría —agrega Cara, deslizándose en una silla y cruzando las piernas. La suela roja de su tacón alto brilla mientras balancea ociosamente el pie.

Tomo mi lugar habitual en la cabecera de la mesa, observándolos acomodarse. Micah y Nick pelean por una silla. Micah gana, sentando primero a Holly y luego tomando la silla junto a ella. Nick arrastra otra mientras le lanza una mirada asesina a Micah. Declan, Zach, Maverick, Bree, Cara y Colton también se acomodan. Hay otra pequeña pelea cuando Zach intenta quitarle a Noah a John, lo que deja a Zach enfurruñado y a John luciendo bastante satisfecho consigo mismo.

Tengo mucha suerte de tenerlos a todos. Pero también…

—Los amo, cabrones, pero en este momento me están jodiendo la oportunidad.

—Cuida tu lenguaje —me regaña Bree, pero está sonriendo.

—Teníamos que asegurarnos de que estuvieras bien. —Colton extiende las manos. —Desapareciste.

—Le envié un mensaje a Nick.

—¡Oye! Fuiste muy críptico —resopla Nick—. No se lo tomaron bien.

Macy se acerca con cautela.

—¿Café?

—Sí, por favor. —Le sonrío. —Para todos. ¿Y tal vez algunos menús?

Ella asiente y se aleja rápidamente, murmurando. Creo que alcanzo a oír "grande" y "vaya".

—Bueno, suéltalo. —Cara se inclina hacia adelante. —¿Qué está pasando entre tú y Blair?

—Nada todavía. Estamos hablando. Conociéndonos de nuevo.

—Después de veinticinco años —retumba John—. Mucho tiempo.

—Sí. Lo es. —Acepto una taza de café de Macy. —Miren, aprecio que todos hayan venido aquí. Pero necesito tiempo para navegar

esto con ella. Blair y yo tenemos historia, historia complicada, y que todos ustedes aparezcan de repente no está ayudando.

"Podríamos ayudar", señala Micah. *"Podríamos hablar con ella".*

—Sé que podrían. Pero esto necesita ser solo nosotros por ahora. Parece que está dispuesta a darme una oportunidad. Para ver si lo que teníamos cuando éramos niños era real, pero necesitamos tiempo a solas para eso.

—¿Es real? —pregunta Maya, apoyando la barbilla en sus manos.

Pienso en la risa de Blair, en cómo todavía se muerde el labio cuando está pensando, en la chispa que aún se enciende entre nosotros.

—Sí, lo es. No tengo ni una sola duda. Pero ella sí. Y quiero darle todo el tiempo que necesite.

Todos en la mesa intercambian miradas significativas. El peso de mis palabras se asienta sobre ellos.

—En realidad es muy bonito aquí. —Bree rompe el silencio, mirando por la ventana. —Se parece mucho a casa, ¿no, Cara?

—Más pequeño que nuestro pueblo —dice Cara, revolviendo azúcar en su café. —Pero sí, tiene esa misma sensación. Teníamos una plaza muy parecida a esta, con floristerías, un restaurante y un cine.

—Y la heladería. —Bree suspira. —El mejor helado Rocky Road de todos los tiempos.

—Este lugar tiene potencial —observa Nick, escaneando la plaza —. Aunque necesita algo de cariño y atención.

—Algunos de estos escaparates están vacíos —Holly se inclina hacia adelante, mirando calle abajo—. Eso siempre es duro para un pueblo pequeño.

—Lo mismo pasó en algunos de los pueblos más pequeños cerca del nuestro —asiente Cara—. Una vez que cerró la fábrica, la gente tuvo que irse por trabajo. Luego las tiendas empiezan a cerrar porque no hay clientes. Pronto, todos se han ido.

—Me encantó crecer allí. —La voz de Bree se suaviza. —Todos se conocían. Si te metías en problemas, tu mamá lo sabía antes de que llegaras a casa.

—Esa parte apestaba —se ríe Cara.

—Pero la comunidad.... —Bree sacude la cabeza. —Cuando mamá y papá murieron, la gente trajo comida durante semanas. ¿Recuerdas a la señora Martínez? Limpió toda nuestra casa.

—Y el señor Cooper cortó el césped. —Los ojos de Cara se vuelven distantes. —Eso no lo consigues en la ciudad.

—Este lugar tiene eso. —Señalo hacia la ventana, donde la gente saluda al pasar. —Gente pagando reparaciones de coches con productos agrícolas o un costillar de res. Estoy seguro de que sigue pasando. Aquí todos se cuidan entre sí.

—Eso es dulce —dice Holly.

—Pero están luchando. —La voz precisa de Jonas corta el aire. —Las demografías muestran un declive significativo de la población en la última década. El ingreso medio está muy por debajo del promedio estatal.

—Siempre con las estadísticas —se queja Colton—. Pero sí, se puede ver. Tiendas vacías, pintura descascarada. El lugar necesita ayuda.

"No tiene por qué seguir así", señala Micah. "*Las comunidades pueden recuperarse."*

—Lo están intentando —digo—. Blair mencionó que están formando una especie de comité, planeando eventos, tratando de atraer a la gente.

—Bien —Cara asiente aprobatoriamente—. Cualquier cosa para atraer a la gente. Los dólares del turismo son buenos, pero mantenerlos aquí es el problema más grande.

Intento no hacerlo. De verdad. Pero resoplo en mi taza de café, y todos dejan de hablar para mirarme fijamente.

—Lo siento. Pero os quiero muchísimo, cabrones. Están aquí sentados pensando en formas de ayudar a este pueblo, y nunca han puesto un pie aquí antes.

—Es importante para ti. Más que eso, es importante para ella —dice Cara.

—Lo es. Ella ama este pueblo y a todos los que viven en él.

Todos se quedan callados de nuevo. La camarera se acerca y toma nuestros pedidos, y una vez que rellena el café y entregamos los menús, todos los ojos vuelven a mí.

—Hagan sus preguntas.

Colton empieza, pero no con la pregunta que esperaba.

—¿Estás bien? Al volver aquí, quiero decir. No conozco todos los detalles, pero evitaste este lugar durante mucho tiempo. Eso me hace pensar que hay algunos sentimientos intensos. ¿Es solo Blair? ¿O es el pueblo también?

Colton siempre fue sensible. Siempre perspicaz. Creo que por eso le costaba tanto lidiar con las cosas. Esos sentimientos lo atravesaban, y su forma de purgarlos era meterse en una jaula y golpear a algún cabrón tan grande como él. Gracias a Dios que Evie puso fin a eso. Cada vez que peleaba, yo estaba allí. Me ponía en una esquina y lo vigilaba. Es una sensación increíblemente impotente saber que alguien a quien amas está luchando contra sus demonios. Y que eres la última persona con la que quieren compartir eso.

Así que observaba, con el móvil en la mano, refuerzos a la vuelta de la esquina, por si acaso.

Gracias al cielo, siempre logró mantenerse firme. Sí, volvía a casa magullado, pero ni una sola vez tuve que llamar a los médicos.

Así que incluso antes de obtener su título en psicología, que pregunte por los sentimientos es totalmente característico de él.

—Este pueblo me salvó. O tal vez fue Robert. O tal vez fue Blair. Todos están mezclados en tres años que me ayudaron a convertirme en el hombre que soy ahora. No creo que pueda separarlos. Pero ahora, estoy aquí por ella.

—Ella no se quedó para conocernos —dice Jonas. Su tono es uniforme, pero creo escuchar un toque de decepción.

—¿Puedes culparla? —dice Cara—. Somos mucho para que cualquiera lo asimile.

—Sí, joder, lo son. —John da palmaditas en la espalda del bebé. Noah balbucea, jugando felizmente con una cuchara. —Siempre están hablando uno encima del otro, y todos son unos chismosos de mierda.

Todos lo miramos fijamente. Es lo suficientemente largo e incómodo como para que John nos fulmine con la mirada y escupa:

—¡¿Qué?!

—NOSOTROS —digo claramente, levantando una ceja hacia él—. Nosotros siempre estamos hablando uno encima del otro. Nosotros somos unos chismosos de mierda. Tú también eres parte de este desmadre, John. No lo olvides.

Refunfuña de nuevo, pero hay un toque de calidez en su rostro. Puede que intente negarlo, pero está feliz. Tal vez más feliz de lo que ha estado nunca. Y gran parte de esa felicidad se debe a esta ruidosa y molesta familia. Sí, enamorarse de Abby ayudó. Así que tal vez es cincuenta/cincuenta.

—¿Cuándo te fuiste de aquí exactamente? —pregunta Jonas.

—Unas semanas antes de que terminara la escuela. Blair tenía casi dieciocho años, y yo tenía quince. —Miro fijamente mi café. ¿Cómo explico todo lo que pasó entonces? ¿Por dónde empiezo?

Tal vez con lo más importante. Es como arrancar una curita, ¿no?

—Robert me llevó aparte y me explicó que una vez que Blair cumpliera dieciocho, podríamos meternos en serios problemas si éramos íntimos. Que ella acabaría en un registro de delincuentes sexuales, y su vida se acabaría antes de empezar.

—Joder. —La taza de café de Kade golpea la mesa con fuerza. —Eso está jodido. Ambos eran niños.

—No importa. La ley es la ley. Robert era policía en la ciudad antes de volver aquí. Sabía de lo que hablaba. Y lo entiendo. Si Mia tuviera quince años y saliera con alguien de dieciocho, perderíamos la cabeza colectivamente, ¿no? —Hay caras sombrías y asentimientos alrededor de la mesa.

—Es lo mismo. Blair es.... leal. Y terca. Y tan jodidamente hermosa. Así que tuve que irme, pero no podía simplemente desaparecer; Blair me habría buscado. Así que la llevé a ese parque justo allí una noche —digo, señalando la plaza del pueblo—. Y dije las peores cosas que se me ocurrieron. Destruí cualquier sentimiento que pudiera tener por mí. Y de camino a la salida del pueblo, rompí la ventana de la tienda de comestibles para asegurarme de que no pudiera volver.

—Hiciste que te odiara. Hiciste que todo el pueblo te odiara —susurra Bree.

—Lo hice. Robert me sacó del pueblo esa noche. Nunca volví a ver a Blair. Hasta ahora.

—Es como los malditos Romeo y Julieta —respira Kade.

Bueno, eso es jodidamente perturbador.

—Tal vez si Romeo fuera un niño de acogida jodido, y Julieta tuviera un buen gancho de derecha.

—Esa historia suena más interesante —dice Nick—. Sin muertes, solo Julieta golpeando la mierda de cualquiera que intentara mantenerlos separados. Mucho menos deprimente también.

—Tal vez Romeo y Julieta se habrían hartado el uno del otro si sus padres simplemente los hubieran dejado estar juntos. Maldito Shakespeare —dice John, luciendo totalmente malhumorado.

—Quizás. Pero ese no es nuestro caso. Todas las relaciones que he tenido.... —Niego con la cabeza. —Todas se quedaron cortas. Porque no eran ella.

—Pero erais tan jóvenes —protesta Bree—. ¿Cómo podías saber...?

—Simplemente lo sabía. —La miro a los ojos. —Hay cosas que simplemente se saben. Como tú y Nick. Como Cara y Declan. No importa que fuéramos jóvenes. Ya había pasado por suficiente mierda en mi vida y había conocido a suficientes chicas como para entender que lo que teníamos era especial. He buscado eso tan especial en cada mujer que he conocido desde entonces. Y no lo he encontrado, joder. Habría sido más fácil si lo hubiera hecho.

"Así que nunca tuvisteis una oportunidad real", señala Micah.

—No. No la tuvimos. Pero quizás ahora.... —Quizás ahora sea nuestro momento. Quizás ahora, ella pueda ser mía, y yo pueda ser suyo. Quiero esa etiqueta. Quiero ser de Blair.

—¿Y Blair? —pregunta Cara con suavidad— ¿Siente ella lo mismo?

—No lo sé —admito—. Hay algo entre nosotros, pero anoche se enteró de la participación de su padre en todo esto. Tiene cosas que procesar. Y hay otras cosas pasando en la vida, cosas pesadas.

—No te pregunté si era complicado —dice, arqueando una ceja —. Siempre es complicado. Te pregunté si ella siente lo mismo.

—No lo sé —repito—. Por eso estoy aquí. Para ver si estaría dispuesta a amarme de nuevo.

—Joder —dice Colton, frotándose la mejilla—. Has dicho la palabra con A. Esto es jodidamente serio. Tenemos que conocerla de verdad. Lo sabes, ¿no? Tenemos que examinarla y asegurarnos de que sea buena para ti. Tú hiciste lo mismo con todas nuestras mujeres.

—No conocí a Becca —digo. Es cierto, es la única que no conocí. Y odiaba esa maldita situación. Pero por suerte, saqué información de Micah, para intentar entenderla y ver si era buena para Kade.

—Y eso te mató —dice Colton. No lo niego, ya que.... son hechos.

—Somos mucho. Mucho, mucho. No podéis todos caer sobre ella. Especialmente no ahora. No es justo para ella. —Miro a todos en la mesa, esperando una sonrisa o un asentimiento antes de continuar. Tienen que estar de acuerdo. Vamos a hacer esto a mi manera. No me arriesgaré a asustarla.

—De acuerdo —dice Cara, dándome palmaditas en el brazo—. No caeremos todos sobre ella.

—Bien. Espera. ¿Qué quieres decir con "todos"?

Cara me da palmaditas en la mano.

—No te preocupes, jefe. No ahuyentaremos a tu chica. —Me suelta cuando ponen los platos delante de nosotros. —Vamos a comer. Cuéntanos más sobre lo que está pasando aquí. Quiero saber más sobre este pueblo y tu mujer.

36

BECCA

—Hostia puta —Kade da otro mordisco a su magdalena de melocotón, las migas se le quedan pegadas en el labio—. Esto es mejor que el sexo.

—¿En serio? ¿Estás seguro? ¿Debería simplemente encargar que te traigan magdalenas a partir de ahora y dormir con las bragas puestas? —Le doy un codazo, casi haciendo que se le caiga su preciado desayuno. O segundo desayuno, para ser exactos. Me excusé del desayuno esta mañana. En su lugar, di un paseo por el pueblo. Es bonito. Me recuerda un poco al lugar donde crecí, pero más mono. Estos edificios parecen antiguos.

Los ojos de Kade se abren de par en par, seguramente intentando decidir si hablo en serio. Entonces, en un movimiento garantizado para hacerme querer montarlo hasta el infinito esta noche, lanza la magdalena tan lejos como puede.

—No están tan jodidamente buenas.

—Dios mío —digo, hundiendo mi cara en su pecho—. Eres ridículo. Y también muy adorable. —Entonces, porque me siento toda sensiblera, levanto mi propia magdalena y dejo que le dé un mordisco. Mantengo mis dedos mayormente envueltos alrededor para que no pueda arrebatármela (no es mi primera vez) y me río cuando sus ojos se ponen en blanco. Luego le doy otro mordisco. —Estas están bastante buenas, joder.

Sonríe y me atrae hacia su costado, con el brazo sobre mi hombro. Todavía me derrite cuando hace eso. Me siento femenina y

protegida, y considerando que soy totalmente capaz de patearle el culo, es una experiencia extraña pero bienvenida. Creo que tiene más que ver con sentirme emocionalmente segura, aunque admito que no me preocupo por caminar por ningún lado cuando mi marido está conmigo. Es lo suficientemente grande e intimidante como para hacer que la mayoría de los tipos criminales se lo piensen dos veces. Puede que yo sea grande para ser mujer, no un objetivo fácil, pero hay algo en los pechos que hace que los tipos malos piensen que pueden hacer lo que quieran. Y evitar la confrontación es prácticamente la regla número uno de cualquier arte marcial.

—Creciste en un lugar como este, ¿verdad? —pregunta, lamiéndose el azúcar de los dedos.

—Ajá. Población de dos mil habitantes y en declive. —La familiar vista de los lugareños saludándose a través de la calle, los niños corriendo con sus bicicletas por las aceras, me hace doler el pecho. —Todos los niños del pueblo pasaron por nuestro dojo en algún momento. Hacía que la disciplina fuera más fácil cuando podía decirles a sus padres exactamente lo que habían estado haciendo.

—Eso debe haber sido jodidamente molesto.

—Oh, lo era, pero también es seguro. Todo el mundo sabe de tus asuntos, pero también todo el mundo te cuida. Y el acoso no era nada como lo que se oye ahora. Porque la noticia de que te estabas comportando como un idiota llegaría a tus padres, y te llamarían la atención por ello. —Hago una pausa para ver a una mujer joven barrer frente a la tienda de comestibles. —Ves eso —digo, señalando con la barbilla hacia ella—, en la ciudad, eso es solo limpiar un desastre. En un pueblo como este, es como una patrulla de seguridad. Está vigilando lo que pasa y recogiendo chismes que puede compartir.

—¿Chismes sobre qué?

—Oh, no sé. ¿Quizás sobre el enorme autobús turístico que llegó al pueblo y las veinte personas extra que se bajaron de él? —Ni siquiera puedo imaginar cuánto peor habría sido si hubiéramos traído a los perros. Por suerte, Cadence tenía espacio en el refugio para que nuestros perritos fueran a jugar por el día.

—¿En serio? —dice, viéndose tan guapo, pero tan ajeno. No tiene ni idea de en lo que se ha metido.

—Todavía no lo entiendes, ¿verdad? Si hubieras hecho eso en casa, la gente miraría, y se irían a casa y lo mencionarían a sus familias, pero eso sería todo. Sería solo una cosa rara más que verías en una ciudad. ¿Aquí? Dentro de veinte años, dos viejos estarán sentados en uno de estos bancos. Un tipo se volverá hacia el otro y dirá: "¿Recuerdas aquella vez que llegó ese autobús elegante y toda esa gente rara de la ciudad invadió el pueblo?", y el otro tipo dirá: "Sí, debían de ser unos cien, todos tan grandes como jugadores de fútbol americano". Luego, otros veinte años después, serán doscientos gigantes bajando de ese autobús.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No te tomo el pelo, cariño. Así es como funcionan los pueblos pequeños.

Frunce el ceño, poniendo las manos en las caderas.

—Así que todo el mundo cotillea sobre todo el mundo. Suena jodidamente asfixiante.

—A veces. Pero cuando papá se enfermó, la gente traía guisos, lo llevaba a la quimioterapia y venía a sentarse con él. —Doy otro sorbo de café. —No obtienes ese tipo de apoyo en la ciudad. Bueno, quizás sí, pero es más difícil de encontrar. Ese tipo de cuidado mutuo está integrado en pueblos como este.

Extiende la mano, pasando su dedo por el puente de mi nariz, tocando cada peca a medida que pasa. Hay muchas pecas, así que muchos toquecitos. Mi hombre ama mis pecas y le encanta contarlas con su lengua cada vez que tiene la oportunidad. Y estoy completamente cubierta. Es una experiencia larga, frustrante y asombrosa.

—¿Lo echas de menos? —pregunta, con los ojos entrecerrados.

—Partes de ello. La comunidad, saber que tus vecinos te respaldan. —Un grupo de niños pasa corriendo junto a nosotros en patinetas, y sonrío. —Enseñar a esos niños era especial. Poder verlos crecer y verlos fuera del dojo era bastante especial.

Kade da una vuelta lenta, pensativo, luego me atrae hacia un abrazo. Levanto la barbilla mientras sus ojos preocupados se

encuentran con los míos.

—Viniste a la ciudad para empezar de nuevo. Y tengo la jodida suerte de que lo hicieras. Pero, ¿desearías vivir en un lugar como este?

Me inclino y lo beso suavemente, mis dedos se enroscan en su camisa.

—Me encanta donde vivimos. Nuestra familia está allí; nuestra vida está allí. Pero tal vez podríamos tener ambas cosas.

—¿Ambas? —Sus cejas se fruncen.

—Sí. Como cuando tengamos hijos, sería agradable tener un lugar como este para visitar. Dejarlos andar en bicicleta por las calles, sentarnos en el porche bebiendo limonada mientras juegan.

Kade se congela, todo su cuerpo se queda quieto.

—¿Hijos? ¿Vamos a tener hijos?

—Bueno, quiero decir, eventualmente. Si tú quieres. —Trazo círculos en su pecho. —¿Te lo puedes imaginar? Pequeños ninjas corriendo por ahí, soltando palabrotas como su papi.

—Hostia puta. —Su cara se ilumina con una sonrisa. —La primera palabra de nuestro hijo sería "joder".

—Y yo les enseñaría a hacer patadas giratorias antes de que pudieran caminar.

—Definitivamente los mandarían a casa desde la escuela.

—¿Por maldecir o por pelear?

—Por ambas. Probablemente al mismo jodido tiempo. —Me atrae más cerca. —Seríamos unos padres increíbles.

—Los mejores. Quiero decir, ¿quién más enseñaría a sus hijos la técnica adecuada de estrangulamiento?

—¿O cómo maldecir en tres idiomas diferentes?

Me río con un resoplido contra su pecho.

—¿Ves? Seríamos demasiado increíbles como para no reproducirnos. Es como nuestro deber con la humanidad.

—Joder, sí que lo es. —Sus manos se deslizan hasta mis caderas. —¿Cuándo quieres empezar este servicio a la humanidad?

—Pronto. Pero tal vez deberíamos practicar primero la parte de hacer bebés, ya sabes, solo para asegurarnos de que lo haremos bien cuando estemos listos.

—Ahora eso sí que es el tipo de práctica… —Se detiene para soltar una risita nasal por el juego de palabras. —…que me gusta.

Veo cómo los ojos de mi marido se nublan mientras sus manos bajan por mis caderas.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—El autobús tiene literas —sonríe—. Y todos los demás están en el restaurante.

—¿Una carrera hasta allí? —arqueo una ceja.

Antes de que pueda responder, Jonas pasa corriendo junto a nosotros, con el pelo rebotando en cada paso.

—¡Creo que he visto un tejón!

La cabeza de Kade gira tan rápido que juro que oigo crujir su cuello. Sus ojos se iluminan como si la Navidad hubiera llegado antes, alternando entre mí y la figura de Jonas que se aleja.

Le doy unas palmaditas en el pecho.

—Ve.

—Pero....

—Cariño, parece que vas a explotar. Además, los tejones son muy agresivos. Respeto eso.

Planta un beso rápido y fuerte en mis labios.

—Te quiero jodidamente. ¡Practicaremos luego! —Se va corriendo tras Jonas mientras grita algo sobre sacar fotos.

Me dejo caer en el banco más cercano, estirando las piernas frente a mí. El sol de media mañana se siente agradable en mi cara y, honestamente, esto es perfecto. Mi hombre está feliz, persiguiendo a saber qué tipo de fauna con su hermano, y yo puedo observar a la gente en paz.

Un grupo de ancianas pasa caminando, susurrando y señalando el autobús. Saludo alegremente, haciéndolas reír y devolver el saludo. No me conocen, no saben qué demonios estoy haciendo aquí, pero aun así sonríen. Me gusta eso. Me gusta estar aquí.

Janey se deja caer en el banco a mi lado con un suspiro. Conteniendo la respiración, toma mi taza de café de la mano más cercana a ella y la coloca en la otra. Sus náuseas matutinas han mejorado, pero la aversión a la comida es una locura. ¿Cómo demonios manejaría yo odiar el olor del café? ¿Sobreviviría siquiera?

Dios mío. Estar embarazada es peligroso.

No sé cómo nadie más se ha dado cuenta. Tampoco estoy segura de por qué demonios no nos lo ha dicho. Ya ha pasado las doce semanas. Está bien.

—Tiene tapa —murmuro, pero ella solo me lanza una mirada.

A lo lejos, oigo a Kade gritar:

—¡Jonas, espera, joder!

Seguido de un golpe y un murmurado "mierda".

—¿Ese fue tu marido o el mío? —pregunta ella.

—Podría ser cualquiera de los dos. —Escaneo la plaza, notando una clara falta de caos de cuatro años. —¿Dónde está mi pequeña humana favorita?

El labio inferior de Janey sobresale.

—Evie se la llevó. Algo sobre comer helado y comprar lazos para el pelo.

—¿Sin nosotras? Qué traición. —Evie es una madre genial. Y Mia es jodidamente adorable. No estoy segura de que estaría tan lista para tener hijos si no tuviera a esa pequeña terrorista para querer. Es increíble, y tengo que pensar que mis hijos también lo serían.

Nos sumergimos en un cómodo silencio. Sin bocinas de coches, sin sirenas, sin el ruido del tráfico. Solo pájaros cantando y risas distantes. El aire huele limpio, a hierba y sol.

—Así que —Janey me da un codazo en el hombro—. Blair.

—¿Verdad? Solo pude echar un vistazo, pero vaya. —Admito que ciberacosé a Ransom y encontré algunas fotos de él con mujeres, generalmente en algún evento elegante. En ellas, tenía una sonrisa educada en el rostro y una mano cortés en la espalda de ellas. No había calor ni ningún sentido de afecto.

Y ninguna de esas mujeres se parecía en nada a Blair. Como mujer más grande que la media, creo que estoy bien calificada para decir que Blair McKenna tiene el tamaño de una luchadora. Hombros anchos, brazos fuertes, muslos jugosos. Y es incluso más alta que yo. Tal vez se parezca a lo que yo luciría si dejara los snacks, lo cual, seamos sinceros, nunca va a suceder. Y hay algo en ella que me hace querer ser su amiga, como si fuera la chica *cool* de la secundaria.

Raro.

Normalmente yo soy la chica *cool*.

Esos ojos. —Janey se abanica, sonriendo. —No es de extrañar que Ransom siga enganchado después de veinticinco años.

—¿Y esos hombros? Esa chica trabaja con sus manos. —Muevo las cejas sugestivamente. —Apuesto a que a Ransom le gusta eso.

—¡Becca! —Pero Janey se está riendo. Sus ojos se desvían hacia el otro lado de la plaza, hacia McKenna's Auto. —Sabes, ella se dirigió a ese taller....

—No deberíamos.

—Definitivamente no.

—Sería totalmente inapropiado simplemente aparecer.

—Completamente incorrecto.

Me toco la barbilla.

—Aunque, como miembros de la familia preocupadas....

—Deberíamos asegurarnos de que sea lo suficientemente buena para Ransom.

—Además, ¿y si necesita alguien con quien hablar?

—Somos muy amigables y realmente buenas escuchando. —Los ojos de Janey brillan con picardía.

—Las más amigables. —Me pongo de pie, ofreciéndole mi mano. —Sería grosero no presentarnos adecuadamente.

—Totalmente negligente.

—Kade querría que la investigara.

—Jonas me pidió específicamente que me asegurara de que fuera agradable.

Compartimos una mirada, ambas luchando contra las sonrisas.

—Vamos a ir allá, ¿verdad? —pregunta Janey.

—Oh, absolutamente. —Enlazo mi brazo con el suyo. —Por razones puramente altruistas.

—Por supuesto. Somos buenas personas.

—Las mejores personas.

Janey aprieta mi brazo contra su costado y tira.

—Date prisa, antes de que alguien note adónde vamos. Y deshazte del café.

37

BLAIR

Estoy enterrada bajo el capó del Camry de la señora Patterson cuando unos susurros se deslizan por el suelo del taller. Mi llave inglesa resbala en el perno con el que estoy luchando, y me trago una maldición mientras echo un vistazo alrededor del capó levantado. Mantener mis manos ocupadas mientras toda la familia de Ransom está ahí fuera parecía un buen plan, pero mi concentración es una mierda. Matt normalmente trabaja los sábados solo, ya que yo soy la jefa y no quiero hacerlo. Pero ¿qué más iba a hacer mientras toda la familia de Ransom está ahí fuera juzgándome? ¿Pensar en todas las cosas que están diciendo sobre mí?

Ni de coña.

Dos mujeres rondan justo dentro de la entrada. La más alta me mira y esboza una amplia sonrisa.

—No te preocupes, solo nos estamos escondiendo de nuestros maridos.

Me enderezo, limpiándome las manos con el trapo del taller.

—¿Les tienen miedo o algo así? —¿Por qué demonios me hago la tonta? La multitud que se bajó de ese autobús era un revoltijo, pero reconozco a estas mujeres. Son parte de la familia de Ransom.

Maldita sea, pensé que podría evitarlas. La gente nueva es difícil. Soy mejor de lo que solía ser, pero aun así, me pongo ansiosa. Y ansiosa equivale a inapropiada o grosera. ¿Por qué no puedo ser simplemente normal?

Mentalmente me doy una bofetada en la parte posterior de la cabeza porque en su mayoría he eliminado ese tipo de diálogo interno negativo. Pero a veces, cuando realmente importa, esa mierda comienza.

Y esto importa. Ransom importa muchísimo. Y ahora su familia está aquí para juzgarme. Y si me encuentran deficiente, van a volver con él y convencerlo de que se vaya y nunca mire atrás.

Mierda. Estoy entrando en una espiral.

Intercambian miradas y estallan en carcajadas. La más baja, con ojos amables, se aparta el pelo de la cara.

—Oh, Dios, no. Son los mejores tipos del mundo.

—Jonas no le haría daño ni a una mosca —añade la más alta, luego hace una pausa—. Bueno, en realidad sí lo haría. Pero solo si alguien estuviera amenazando a las personas que le importan.

—Eso es cierto para ambos. —La mujer más baja juguetea con su manga. —Aunque en realidad, Becca es de quien la gente debe tener cuidado. Es mucho más peligrosa que cualquiera de nuestros maridos.

—Solo para los malos —aclara la alta, Becca, con un guiño—. Doy clases de defensa personal. Alguien tiene que mantener a raya a la chusma.

Sé exactamente quién es ella. La primera de las mujeres. La que le gusta molestar a Ransom. Ya estoy predispuesta a que me caiga bien.

—Así que si no se están escondiendo de maridos peligrosos, ¿qué las trae a mi taller? —¿Van a admitir que están fisgoneando?

—Somos parte de la familia de Ransom —suelta la más baja—. Soy Janey, y ella es Becca. Solo queríamos conocerte apropiadamente, sin todo el caos de esta mañana.

—Los chicos pueden ser un poco.... abrumadores —añade Becca —. Cuando se juntan en una situación como esta, se ponen un poco adolescentes.

—¿Qué significa eso?

—Empiezan a hacer estupideces que hacen los chicos adolescentes. Como retarse a esnifar mentas por la nariz o tocar cercas eléctricas —explica Becca.

Janey agarra el brazo de Becca, pero sus ojos muy abiertos están fijos en mí.

—¿Hay cercas eléctricas por aquí?

El pánico en su rostro me dan ganas de reír. Reconozco ese tipo de pánico. Viene de la experiencia. ¿En qué demonios se meten esos tipos? Creía a medias que las historias de Ransom eran exageradas, pero tal vez cada palabra era cierta.

—Sí, por todas partes. La más cercana está a unos kilómetros y medio.

Se vuelve hacia Becca, aún aferrada a su brazo.

—¿Llegarían tan lejos? Necesitan un acompañante.

Becca le da unas palmaditas en la mano.

—No te preocupes. Seguro que hay señales que les dicen que no toquen. Jonas estará bien.

Janey resopla.

—Ya lo sé. Era por Kade por quien me preocupaba. Sabes que Jonas va a hacer que toque esa cerca.

Becca sonríe, dejando escapar una risita.

—Oh, Dios. Eso espero. —Luego hace un pequeño puchero. —Y me lo voy a perder. —Entonces esos ojos se vuelven hacia mí, calculadores. —En fin. Tenemos asuntos que atender aquí.

Estas dos son una combinación peligrosa. La más pequeña, Janey, es toda dulzura y puede hacerte creer que es inofensiva. Y la más grande está un poco loca. Aunque Ransom no lo hubiera mencionado, sus ojos la delatan.

—¿Asuntos, eh?

—Sí. Estamos aquí para echarte un vistazo y poner una buena palabra por Ransom.

Janey asiente enfáticamente.

—Ransom es el mejor. Ama a su familia, es muy paciente, increíblemente solidario y cariñoso. Es todo un partidazo.

Sé amable, Blair. Sé quién es Ransom. Al menos lo sabía. Y algo sobre estas mujeres hablando de él como si lo conocieran me molesta. Es ilógico. Lo sé. Pero aun así lo siento. Así que intento mantener mi voz calmada.

—Puedo ver eso. Todos parecen muy.... —¿Cuál es una forma amable de decir "completamente fuera de control"?

—¿Codependientes? —dice Becca alegremente.

—Sí, algo así. —"Alborotadores" también funcionaría.

—Son codependientes como la mierda. Pero de una manera saludable. Se caen bien. Se admiran entre ellos. Lleva a algunos momentos bastante divertidos.

—Deberías verlos en Navidad. Los convencimos de que usaran pijamas a juego —dice Janey—. Aunque honestamente, no costó mucho convencerlos. La Navidad pasada algunos de ellos tenían monos. Esta Navidad, se convirtió en una cosa muy significativa.

—¿Monos a juego? —No puedo imaginarlo, y sin embargo puedo. ¿Cómo sería tener una Navidad así? ¿Habitaciones llenas de gente que amas? Tengo una pequeña familia aquí, y los vecinos son parte de eso. Pero aun así era tranquilo. Calmado. Nada como debió ser la de Ransom, estoy segura. —Por favor, dime que hay fotos.

—Muchísimas fotos —dice Janey, sacando su móvil—. ¿Quieres ver?

Echo un vistazo al reloj en la pared. Ransom dijo una hora, y Matt realmente no necesita mi ayuda de todos modos.

—¿Sabes qué? Creo que sí. Matt, me voy. Haz algo de trabajo.

—Vete a la mierda —grita alegremente, haciéndome reír.

Las guío hacia el banco de madera fuera del taller, donde el sol de la mañana calienta las tablas desgastadas.

—Ransom te mencionó, Becca. Dijo que te gusta hacerle la vida imposible.

El rostro de Becca se ilumina.

—Ay. Me quiere tanto. Intenté hacer que me diera la mano la semana pasada, y me dijo que preferiría colgar sus pelotas en un tazón lleno de pirañas. —Se ve tan complacida que me hace reír. Casi puedo imaginar su cara mientras la miraba. Esa ceja arqueada tan alta, luciendo toda clase de imperiosa.

Pero probablemente tuvo que luchar contra una sonrisa también. Lo entiendo. Ella es realmente descarada, pero no de una manera mala. Conozco gente como ella. Si te está molestando, eres parte de

su círculo. Si es educada o directamente te ignora, entonces sabes que estás fuera.

¿La más pequeña, Janey? Aún no la he descifrado del todo. Es una cosita calculadora. Mejor abordar eso de frente.

—Aunque no tuvo oportunidad de hablarme de ti —le digo a Janey.

—Oh, soy la esposa de Jonas. Dirijo Recursos Humanos en Brash. —Janey se acomoda más cómodamente en el banco, alisando su larga falda azul claro sobre sus rodillas. —Jonas y yo tuvimos un comienzo interesante. En realidad, nos casamos antes de enamorarnos.

—¿Espera, qué?

Ella sonríe, pero es más en reacción a lo que está pasando en su cabeza que a mí.

—Jonas me propuso matrimonio para ayudarme a salir de una mala situación. La parte de enamorarnos vino después.

—Eso es.... diferente. —No sabía que aún pasaban cosas así. De nuevo, quizás sea cosa de ricos. ¿Y en qué tipo de mala situación estaba ella? Él debe haber estado bastante decidido para que ella aceptara casarse.

—En realidad, él te propuso matrimonio porque estaba locamente enamorado de ti. Solo te tomó un poco más de tiempo enamorarte de él —corrige Becca, pinchando con un dedo el muslo de Janey. Las mejillas de Janey se sonrojan, pero no lo niega. Estoy segura de que hay mucho más en esa historia.

Normalmente, me mantengo al margen de los asuntos de los demás. Si la gente quiere contarte algo, está bien, pero no hay necesidad de indagar. Pero tengo tantas preguntas. Tal vez soy más curiosa de lo que pensaba.

O tal vez este pueblo es tan pequeño que no necesito ser curiosa. Todo el mundo ya conoce los asuntos de los demás. Aunque en los últimos días ha quedado claro que todos tienen secretos.

Y esos secretos pueden sacudir los cimientos mismos de tu existencia.

No tengo tiempo para pensar en eso ahora. No tengo la capacidad de procesar lo que hizo mi padre. No es solo que alentara

a Ransom a irse. Es que me lo ocultó cada día después de eso. Cada comida, cada abrazo y cada conversación ahora se siente como una mentira, y eso no me sienta bien.

No es solo a Ransom a quien tengo que perdonar por romperme el corazón. También a mi padre.

—Entonces —Janey se inclina hacia adelante—, ¿cómo ha sido reconectar con Ransom? Parece que están pasando muchas cosas muy rápido.

¿Rápido? Mejor dicho, a velocidad de la luz. Paso los dedos por mi cabello. ¿Cuánto comparto? Podría mantener mis cosas para mí misma y limitarme a una charla superficial. Podría pasar por alto todo lo que ha sucedido. No conozco a estas mujeres. Ellas no me conocen. No se han ganado mi historia.

Pero son cercanas a Ransom. Son su familia. Y honestamente, tal vez un poco de perspectiva externa sería útil.

—Sí, ha sido rápido. Se siente como un viaje en montaña rusa.

—¿Pero una buena? ¿Te gustan las montañas rusas? —pregunta Janey—. Yo soy más del tipo noria. Me gusta lo lento y constante.

- ¿Y aun así te casaste con un hombre al que no amabas?

—¡En cuestión de días! —dice Becca, riendo—. Es totalmente una chica de montaña rusa. Solo que no quiere admitirlo.

Janey frunce el ceño a Becca pero no discute con ella. No tendría sentido. Se casó con un hombre pocos días después de que él le propusiera matrimonio, y ni siquiera eran pareja. De repente, me siento un poco mejor sobre mi situación.

—No sé si es bueno. Lo perdoné, después de veinticinco años de odiarlo, por romperme el corazón. Luego, al día siguiente, me suelta una bomba.

—¿Qué tipo de bomba? —pregunta Becca, golpeando su labio inferior con el dedo.

—¿Cuánto saben sobre nuestra historia?

—Solo un poco. Que te amaba cuando eran niños. Y que había estado tratando de comprar tu taller. Y que todavía te ama.

Lo dice tan casualmente, tan como un hecho, que me roba el aliento por un segundo.

—Claro. Bueno, sí, se fue. Pero lo hizo de una manera realmente horrible. Dijo e hizo cosas que garantizaron que nunca quisiera volver a verlo. Lo hizo de una manera que me.... rompió. Por un tiempo, al menos.

Janey hace un sonido suave.

—¿Qué quieres decir con que te rompió?

—Me dijo que me amaba. Que yo era su persona. Luego esa noche, dijo que todo era una mentira. Que era patética y estúpida por pensar que sus sentimientos eran reales. Que yo era conveniente, eso era todo. —Mirando hacia ese banco, les doy el resto. La verdad que solo ahora estoy empezando a entender. —Y me hizo creer que era imposible de amar. Que nadie me querría.

El gruñido bajo me sobresalta, pero el hecho de que venga de Janey me deja completamente atónita. Se pone de pie, con los puños apretados a los costados, furia en todo su rostro.

—Ese.... ese.... ¡pedazo de mierda! No puedo creer que hiciera algo así.

Los ojos de Becca casi se salen de su cabeza, e intercambiamos miradas. Debería ser gracioso. Ella es pequeña, bueno, comparada con Becca y conmigo, y parece muy callada y refinada.

Y sin embargo, acaba de llamar a Ransom pedazo de mierda.

No puedo decidir si reír o alejarme de ella, fuera de la zona de peligro.

Pero Janey está en racha.

—Eso está tan mal. ¿Cómo pudo hacerle eso a alguien que ama? Ese no es el hombre que conozco. —Su rostro cae, la devastación escrita en toda su cara. —Pensé que era un hombre mejor que eso.

Oh, mierda. Siento como si le acabara de decir a un niño que no existe Santa Claus. Y tiene la idea equivocada.

—Él *es* un hombre mejor que eso. Finalmente me dijo por qué lo hizo. —Es nuestra historia, pero no puedo dejar que estas mujeres piensen mal de él. Porque ahora, después de entender por qué hizo lo que hizo, por qué me destruyó, no puedo culparlo. Realmente no me importa lo que piensen de mí.

Me importa lo que piensan de él.

Así que les cuento todo.

—Oh —dice Janey, dejándose caer para sentarse en el banco de nuevo—. No puedo decidir cómo me siento sobre eso.

Becca murmura y cruza los brazos sobre su pecho.

—Estaba siendo noble. Como siempre lo es. Pero lo hizo como un chico de quince años.

—Tienes razón —murmura Janey—. No es justo juzgarlo con el estándar que tengo de él ahora. El Ransom que conocemos es un hombre de integridad. Un hombre que haría cualquier cosa por las personas que ama. Esa parte, al menos, parece ser la misma que cuando era más joven. Porque obviamente te amaba y no quería lastimarte. Y en su mente de quince años, pensó que hacer que lo odiaras era mejor que tener que enfrentar cualquier consecuencia de por vida.

—Le prendí fuego a la chaqueta de mi novio cuando tenía quince años —dice Becca de la nada. Janey y yo nos giramos para mirarla. Ella sonríe—. Dijo algo grosero cuando estábamos con amigos. Me enojé.

—Eh.... ¿de acuerdo? —No tengo ni idea de a dónde va con esto.

Ella pone los ojos en blanco y explica, lentamente, como si yo tuviera cinco años.

—Los adolescentes son lunáticos, incluso cuando la vida está mayormente bien. Es hormonal. Y aunque él tenía más experiencias de vida que la mayoría hasta ese punto, aún no era adulto. Así que con su perspectiva limitada, no entendería las consecuencias de esa elección. No entendería lo terrible que es que alguien te derrumbe de esa manera. Especialmente a los diecisiete. No entendería el daño que esas palabras causarían.

Hmm.

—Es curioso cómo hablar con alguien puede darte una perspectiva completamente diferente de la vida.

Becca asiente con conocimiento de causa.

—Soy sabia como la mierda.

Me pellizco los labios para no reírme. Janey le da un golpecito casual en el estómago y luego se vuelve hacia mí.

—¿Esa situación de la que te hablé? ¿La que me hizo casarme con Jonas? Estaba viviendo en un albergue para personas sin hogar. Me enamoré de un hombre que me mintió. Me estafó y me quitó todo lo que tenía.

—Mierda.

—Exacto. En lugar de pedir ayuda, decidí que mantenerlo en secreto sería la opción más inteligente. Soy una adulta. Y aun así, esa fue la mejor idea que se me ocurrió. Así que tal vez lo entiendo. —Pone una mano suave sobre mi rodilla. —Y entiendo lo que es amar a alguien, enamorarse completamente y que te pisen el corazón. Te hace sentir tan.... —Frunce el ceño mientras busca la palabra adecuada. —Pequeña. Pequeña e insignificante.

—¿Entonces lo que dices es que no soy una tonta por perdonarlo?

—No. Ni un poquito —dice Becca.

—De hecho, muestra mucha madurez de tu parte —dice Janey, con una mirada de lo más sincera—. Perdonar a la gente es difícil. Yo todavía estoy trabajando en ello con mi padre. No fue un buen padre durante mucho tiempo.

—¿Qué significa eso?

—Fue un borracho durante la mayor parte de mi vida. Ahora está sobrio y ha estado trabajando muy duro para enmendarse. Viene a las reuniones familiares e intenta estar presente en los momentos importantes. —La mirada de Janey se vuelve distante. —No es perfecto, pero estamos construyendo algo nuevo.

—¿Cómo lo haces? Simplemente.... ¿perdonar? —¿Cómo te reconcilias con un hombre muerto? No es como si pudiera enfadarme con él. Gritarle por ayudar a romper mi corazón. Nunca tendremos esa discusión. Nunca obtendré una explicación o una disculpa de él. Nunca escucharé su versión de la historia. Todo lo que tengo para guiarme es la versión de Ransom.

¿Creo que me mentiría? Probablemente no. Pero sigue siendo información de segunda mano, filtrada a través de la experiencia de otra persona.

—No creo que se trate de olvidar lo que pasó —dice Janey, devolviendo mi atención hacia ella—. Se trata más bien de aceptar

que las personas pueden cambiar, que pueden intentar hacerlo mejor. —Janey juguetea con su manga. —Mi padre se perdió gran parte de mi vida, pero ahora está aquí. A veces eso tiene que ser suficiente.

—Lo entiendo. Es solo que.... —Miro mis manos. —Una parte de mí entiende por qué papá lo hizo. Estaba tratando de protegerme. Pero me quitó mi elección. Nuestra elección.

—Los padres la cagan —dice Becca sin rodeos—. Incluso cuando están tratando de hacer lo correcto.

Las palabras de Becca me golpean con fuerza. La verdad de esa declaración se asienta en mis huesos mientras pienso en Max, en las decisiones que tendré que tomar al criarlo.

Mis manos se aprietan en mi regazo. Max tiene seis años ahora, pero algún día tendrá quince, como Ransom. ¿Y si se enamora de una chica mayor? ¿Y si ella está a punto de cumplir dieciocho? El escenario se desarrolla en mi cabeza y mi estómago se retuerce. ¿Tomaría yo la misma decisión que tomó papá?

Max es tan joven, tan inocente. Su mayor preocupación ahora es si le dejaremos quedarse despierto hasta tarde para ver un programa. Pero un día, se enfrentará a decisiones reales, consecuencias reales. Y yo seré la que esté entre él y el potencial desastre.

Papá debió haber estado aterrorizado. Viendo a su hija adolescente enamorarse de un chico más joven, viendo todas las formas en que podría salir mal. Las implicaciones legales. Las repercusiones sociales. El daño potencial para nuestras vidas si las cosas se torcían.

Cierro los ojos, tratando de recordar su rostro cuando nos sorprendió a Ransom y a mí juntos. Ransom tiene razón. Había miedo en su rostro. No estaba siendo simplemente controlador o cruel; estaba tratando de protegernos a ambos de tomar decisiones que podrían haber destruido nuestras vidas.

Pero al protegernos, destruyó algo hermoso. Algo real. El recuerdo del beso de Ransom en ese campo todavía arde, incluso después de veinticinco años. Papá nos quitó eso y manipuló a Ransom para que lo terminara.

Se me hace un nudo en la garganta. ¿Haría yo lo mismo con Max? ¿Orquestaría el final de su primer amor si pensara que eso lo protegería? La respuesta me aterroriza porque no estoy segura. El amor y la protección se enredan tanto cuando se trata de la familia. A veces la línea entre ayudar y lastimar no está clara hasta que ya la has cruzado.

La cosa es —Becca se inclina hacia adelante—, que nunca he visto a Ransom así. Hace dos años que lo conozco, y ni una sola vez ha mostrado interés por ninguna mujer.

—Tal vez solo sea reservado.

—No —Becca niega con la cabeza—. No sale con nadie. Punto. Y de repente, está aquí, marchándose de repente, lo cual nunca hace, por cierto, y mirándote como si fueras un helado en un día caluroso.

Mis mejillas se calientan.

—No conoces nuestra historia.

—Tienes razón, no lo sabemos todo. No es asunto nuestro —dice Janey suavemente—. Pero conocemos quién es ahora.

—Solo queremos que sea feliz —añade Becca—. Y tal vez.... tal vez tú podrías hacerlo feliz. Pero más importante aún, ¿podría él hacerte feliz a ti?

La pregunta me golpea con fuerza. ¿Podría? El Ransom que conocí a los quince años era apasionado, protector, lleno de sueños. Este nuevo Ransom parece.... diferente. Más estable, tal vez. Más centrado. Pero esos ojos aún arden cuando me mira.

No lo sé —admito—. Apenas sé quién es ahora.

—Pero quieres averiguarlo —dice Becca. No es una pregunta.

Miro mis manos.

—Tal vez. Sí. Pero es complicado. Tengo responsabilidades aquí. Personas que me necesitan.

—¿Hay una posibilidad, sin embargo? —pregunta Janey—. ¿De que puedas volver a amarlo?

Mi corazón late con fuerza. La verdad se me escapa antes de que pueda detenerla. —No estoy segura de haber dejado de hacerlo alguna vez.

Me levanto bruscamente, con el corazón latiendo contra mis costillas.

—Debería volver al trabajo.

—Blair.... —Janey intenta agarrarme del brazo.

—No, no lo entiendes —Mi voz se quiebra. —La última vez que me enamoré de Ransom, él era todo mi mundo. Todo giraba en torno a él: mis pensamientos, mis sueños, mi futuro. Cuando se fue.... —El dolor de ese recuerdo todavía cala profundo—. No pude funcionar durante meses.

La expresión juguetona de Becca se suaviza.

—Eras joven entonces.

—Y ahora tengo personas que dependen de mí. Responsabilidades reales. —Mis manos tiemblan al pensar en la brillante sonrisa de Max, en la forma cada vez más frágil de Maggie. —No puedo simplemente seguir mi corazón.

—Tener amor en tu vida no significa descuidar otras responsabilidades —dice Janey en voz baja.

—¿No es así? —Me abrazo a mí misma. —Ransom vive en Chicago. Tiene todo su negocio allí. Todos ustedes están allí. Y yo estoy aquí, donde necesito estar. —El peso de todo se asienta sobre mis hombros. —No puedo arriesgarme a perderme en él de nuevo. —Max se merece algo mejor que eso. Y Maggie confía en que estaré ahí para su hijo.

—Nadie dice que tengas que elegir. —empieza Becca.

—Pero sí tengo que hacerlo. Cada día, tengo que elegir a las personas de aquí. Y eso significa que no puedo elegir a Ransom. —Las palabras saben amargas, pero son ciertas. —No puedo permitirme volver a caer. Esta vez, el aterrizaje rompería a demasiadas personas.

—No se trata de caer —dice Janey con suavidad, poniendo su mano en mi brazo—. Se trata de dejar entrar a alguien que te levante, para que no caigas.

Eso suena bien. También suena como una fantasía, no como la vida real.

—No es tan simple.

—Las cosas buenas de la vida nunca lo son. Pero no voy a intentar convencerte de que te lances si realmente no es lo correcto

para ti. Aunque en mi humilde opinión, tener a Ransom en tu vida, y todo lo que él trae consigo, es bastante increíble.

—No necesito su dinero.

Una pequeña sonrisa se dibuja en la comisura de su boca.

—Lo menos interesante de Ransom Kyle es su dinero. Pero tendrás que pasar tiempo con él para descubrirlo.

—Bueno, eso es misterioso como la mierda. ¿Qué exactamente....?

—¡Imbécil! ¡Los tejones no tienen putas rayas, joder! —Dos hombres corren por la acera frente a la tienda, el más grande gritando, su rostro totalmente pánico.

El otro hombre, más delgado pero casi tan alto, adelanta al más grande y le grita:

—¡No llevo mis gafas! ¡Tú eres el idiota que me siguió! —Detrás de ellos, moviéndose a una velocidad entre correr y tambalearse, hay una mofeta. Doy unos pasos por el camino de entrada, miro a los ojos a la multitud de lugareños en sus sillas de jardín (porque en un pueblo tan pequeño, ese autobús y todos los que van en él son mejor que ir al cine) en la plaza, y silbo mientras señalo. Todos se levantan, dejan sus sillas donde están y corren hacia el otro lado de la plaza. Puedo oírlos riendo y cotilleando desde aquí.

Becca suelta una carcajada y Janey se cubre los ojos, riendo. Ninguna parece particularmente alarmada.

—¿Supongo que son de ustedes?

Becca se seca los ojos y suspira.

—Sí, el grande es mío. Creo que será mejor que vayamos a ver cómo están. —Tira de una risueña Janey para que se ponga de pie. —Piénsalo. Somos un grupo entrometido e interferente, pero somos bastante acogedores. Y somos jodidamente divertidos.

Ambas saludan con la mano y bajan lentamente por el camino de entrada, con los brazos entrelazados, aparentemente no muy preocupadas por la posibilidad de que sus maridos sean rociados por la mofeta. Aunque, para ser justos, los chicos deberían poder correr más rápido que la mofeta fácilmente. Pero el pequeño cabrón tiene una reputación por aquí. Es persistente. Una vez que ha decidido

que eres su enemigo, es solo cuestión de tiempo antes de que te atrape.

Si se quedan por aquí el tiempo suficiente, van a ser rociados.

Pero son gente de ciudad. Van a subir de nuevo a ese autobús y volver a sus vidas, olvidándose de este pueblo y de la gente que hay en él. O tal vez seremos una nota al pie en sus vidas, y contarán la historia de aquella vez que visitaron ese pueblecito y burlaron a la fauna local.

Luego seguirán adelante y se olvidarán de nosotros.

Se olvidarán de mí.

¿Realmente voy a dejar que eso suceda? ¿Realmente voy a dejar que mi segunda oportunidad se escape?

38

RANSOM

Salgo disparado del restaurante, mis pies golpean el pavimento agrietado de la plaza del pueblo. Mi corazón late con fuerza, pero no por la carrera. La idea de que mi familia abrume a Blair me revuelve el estómago. Kade fue al baño hace demasiado tiempo y no me di cuenta. Podría haberlo estropeado todo a estas alturas.

Veinticinco años esperando, soñando, comparando a cada mujer con ella, y ahora que finalmente tengo una oportunidad, mi familia podría asustarla. Los quiero, pero la sutileza no es precisamente su punto fuerte.

El familiar letrero de McKenna's Auto aparece a la vista. Kade y Jonas corren por la acera, gritando, perseguidos por algo pequeño y peludo. Tengo que esquivar a un grupo de ancianos que se apresuran a salir de la plaza. Por un segundo me pregunto por qué corren, pero honestamente no me importa. Tengo que llegar a Blair.

Mi pecho se tensa al recordar lo rápido que Blair salió del restaurante cuando llegaron. Esa mirada en sus ojos, como un ciervo asustado listo para huir. Lo entiendo. Todo está pasando muy rápido. Pero ¿cómo piso el freno cuando cada célula de mi cuerpo grita que no puedo perderla de nuevo?

Janey y Becca cruzan la calle desde McKenna's y me encuentran en la plaza.

—Mierda —digo, llevándome la mano a la nuca—. Ya habéis llegado a ella, ¿verdad?

Más allá de las cabezas de las mujeres, mis ojos se encuentran con los de Blair. Cada músculo de mi cuerpo se tensa, listo para perseguirla si huye, pero como si me hubiera leído la mente, niega con la cabeza y se apoya contra la pared del taller.

—No dijimos nada malo —Becca levanta las manos—. Solo charla de chicas.

¿Charla de chicas? Eso es jodidamente aterrador. Ni siquiera quiero saber qué implica la versión de charla de chicas de Becca. Mi mejor suposición: cuchillos y magdalenas.

—Sí, fuimos amables —los ojos de Janey se desvían hacia un lado. Tal vez fueron amables, pero definitivamente hay algo más ahí. Janey no es muy buena mintiendo.

Me paso la mano por la cara.

—Escuchad, os quiero a las dos, pero no puedo dejar que me jodáis esto. Ella no está acostumbrada a nosotros.

—Si no puede manejarnos.... —empieza Becca.

—Entonces quizás no sea lo suficientemente fuerte —termina Janey—. Necesitas a alguien que pueda quedarse, Ransom. No alguien que huya a la primera señal de interferencia amistosa.

Aprieto la mandíbula.

—No sabéis de lo que estáis hablando. Blair está lidiando con cosas que no podéis imaginar. Es dura como el infierno.

—Entonces cuéntanos —Becca se cruza de brazos—. Ayúdanos a entender.

Niego con la cabeza. El peso del secreto de Maggie se asienta pesadamente en mi pecho.

—No es mi historia para contar. Confiad en mí cuando digo que tiene responsabilidades que romperían a la mayoría de las personas. Y las maneja con más gracia que cualquiera que haya conocido.

—Pero.... —empieza Janey.

—Nada de peros. Necesito que las dos os echéis atrás. Dadle espacio. Dejad que se acostumbre a todo esto a su propio ritmo. —Las atraigo a ambas contra mi pecho, abrazándolas, y luego les doy un beso en la coronilla. —Id a buscar a vuestros maridos. Y confiad en que yo me encargue de esto por mi cuenta. Por favor.

—Has dicho por favor. A mí. —Becca sonríe y se echa hacia atrás. —¿Te dolió?

—No tienes ni puta idea.

Se ríe y se acerca de nuevo para abrazarme.

—De verdad que no dijimos nada malo. De hecho, le dije que eras un buen partido. —Se separa y se alisa la coleta. —Y que tu sarpullido está casi curado. ¡Adiós! —Luego se da la vuelta y sale corriendo.

Janey tiene las manos sobre la boca, solo sus ojos brillantes me miran.

—Está loca —murmura entre sus manos.

—No es novedad.

—No mencionó tu sarpullido. Yo, eh.... Lo siento. No es asunto mío.

—¡No tengo ningún jodido sarpullido!

—Oh. Bien. Eso es bueno. Yo solo voy a.... —Hace un gesto hacia la forma en retirada de Becca y da unos pasos atrás— Por lo que vale, puedo ver lo que te atrajo de ella. Tiene un núcleo de acero. Pero también parece tan.... cansada. Creo que le vendría bien alguien que alivie la carga, aunque no sea del tipo que pide ayuda.

Janey se apresura tras Becca, dejándome solo. Por fin. Mi familia está dispersa por el pueblo, de compras y haciendo sabe Dios qué más. Realmente no me importa. Mis pies se sienten pesados mientras cruzo la calle, cada paso acercándome más a ella. El sol de media mañana se refleja en su cabello, tornando los bordes rojizos. Está apoyada contra la pared, con los brazos cruzados, estudiándome con esos ojos gris tormenta que han perseguido mis sueños durante veinticinco años.

Me detengo a unos metros. Mis dedos pican por alcanzarla, por atraerla contra mi pecho y sentir su corazón latir junto al mío. Por enterrar mi cara en su pelo y respirarla. Pero mantengo las manos a los lados, dejando que ella marque el ritmo.

Me observa, su expresión indescifrable. Desearía poder abrir su cráneo y echar un vistazo dentro, ver lo que está pensando. ¿Le afecta mi presencia tanto como a mí la suya? ¿Su piel vibra con electricidad cuando estoy cerca?

Tal vez no sienta nada de eso. Eso es lo peor que podría imaginar. Que estoy solo en esto, y no hay ninguna posibilidad para nosotros.

El silencio se extiende entre nosotros, cómodo pero cargado de posibilidades. Hay más gritos en la distancia, pero ninguno de los dos rompe el contacto visual.

Finalmente, Blair se separa de la pared.

—Debería volver a casa y ver cómo están Maggie y Max. —Se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja, un gesto tan familiar que me hace doler el pecho. —¿Quieres acompañarme?

—Sí —digo, sin un milisegundo de vacilación. No me importa si sueno ansioso. Deja que vea cuánto quiero estar cerca de ella. Ocultarle algo a estas alturas jugaría en mi contra.

Los labios de Blair se curvan en una pequeña sonrisa, y empezamos a caminar por la acera. Su hombro roza mi bíceps con cada paso, enviando descargas de electricidad por todo mi cuerpo. Me meto las manos en los bolsillos para evitar alcanzarla.

—Siento que mi familia apareciera así. Tienen buenas intenciones, pero la sutileza no es exactamente....

—Son protectores contigo. Lo entiendo. —La voz de Blair lleva esa calma familiar. —Becca y Janey parecen.... interesantes.

—¿Te dijeron algo que te molestara? Porque yo....

—Ransom. —Deja de caminar y vuelve hacia mí esos ojos gris tormenta. —A estas alturas deberías saber que no soy del tipo que deja que nadie influya en lo que quiero. Especialmente no dos mujeres que acabo de conocer hoy.

Mi corazón da un vuelco.

—¿Y qué quieres?

—Ese es el problema. —Vuelve a caminar. —He construido una vida aquí. Funciona. No estoy segura de querer alterarla.

—No tenemos que presionar nada. —Las palabras saben a ceniza en mi boca, pero me obligo a decirlas. Si fuera por mí, le pondría un anillo en el dedo esta misma tarde. —Podemos tomarlo con calma, ir resolviendo las cosas sobre la marcha. Pero ¿no vale la pena el esfuerzo por la posibilidad de algo grandioso?

Estamos pasando por el cuartel de bomberos cuando un movimiento capta mi atención. Un tipo con pantalones azul marino y camiseta saluda a Blair desde el interior. Ella levanta la mano en un pequeño saludo de vuelta.

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que duele.

—¿Adam?

—Sí.

—Realmente odio a ese tipo. —Me encuentro con sus ojos e imagino estrangularlo lentamente con sus propios intestinos. Él niega con la cabeza y vuelve a la manguera que estaba enrollando.

El impulso de entrar en ese cuartel de bomberos y presentarle mi puño a su cara es casi abrumador.

—Estás enojado. —Los ojos de Blair se estrechan. —No tienes derecho a estar enojado.

—Sé que no lo tengo. —Las palabras rasgan mi garganta. —Pero joder, Blair. ¿Adam?

—¿Qué tiene de malo Adam?

—Nada. Todo. —Me paso las manos por el pelo, tirando de los mechones. —Él pudo estar contigo de formas que yo nunca....

—No. —Su voz tiene ese filo de acero que recuerdo. —No tienes derecho a estar celoso. Tú te fuiste.

—Para protegerte. Y me he arrepentido cada día desde entonces. —Me acerco, lo suficiente para ver las motas azules en sus ojos grises. —Quería que fuera yo. Tu primera vez debería haber sido conmigo.

—¿Mi primera vez? —Se ríe, pero sin humor. —¿Crees que esperé hasta Adam?

Las palabras golpean como un ataque físico.

—No, yo.... solo quería decir.... —Pero sí lo pensé. Aunque imaginé que podría haberse casado y formado una familia, nunca me permití imaginarla haciendo esos niños. O amando a otro hombre. Es jodidamente egoísta, pero quería que me amara a mí, y solo a mí, siempre.

—¿Qué? ¿Desearías haber sido el primero? ¿Tener ese derecho sobre mí? —Se cruza de brazos. —Tenía casi dieciocho años cuando

te fuiste, Ransom. Era joven, estaba herida y enojada. ¿Realmente crees que pasé los siguientes veinticinco años guardándome para ti?

—Dios, no. No es eso lo que.... —Me paso la mano por la cara. —Quería que experimentáramos eso juntos. Que aprendiéramos el uno del otro. Ser los primeros el uno para el otro. Es estúpido y posesivo y no tengo ningún derecho, pero saber que Adam puede tocarte ahora....

—¿Puede tocarme? —Sus ojos relampaguean. —Nadie puede tocarme. Yo elijo con quién estoy. Y ahora mismo, elijo a Adam. Porque no es complicado. Porque no hace exigencias. Porque no me hace sentir que mi mundo se sale de su eje cada vez que me mira.

Mi control se rompe. Agarro los hombros de Blair y la atraigo hacia mí, mis dedos presionan su piel a través de su camisa.

—Mírame a los ojos y dime que no sientes nada cuando te toco.

Su respiración se entrecorta. Tan cerca, puedo ver su pulso saltando en su garganta.

—Ransom....

—Dime que Adam hace que tu corazón se acelere así. —Deslizo una mano hacia arriba para acunar su cuello, mi pulgar roza ese pulso salvaje. —Dime que lo simple y sin complicaciones es mejor que esto.

—Para. —Pero sus manos se aferran a mi camisa, acercándome en lugar de alejarme.

—Estás tratando de alejarme con palabras, pero tu cuerpo está gritando algo completamente diferente. —Me inclino hasta que nuestras frentes se tocan. —Yo también lo siento. Como electricidad bajo mi piel. Como si no pudiera respirar bien a menos que estés cerca de mí.

—No importa lo que sienta.

—Para mí sí importa. —Rozo mis labios contra su sien. —Siempre has sido tú, Blair. Incluso cuando intentaba olvidarte, incluso cuando estaba con otras mujeres, siempre eras tú a quien quería.

Ella se estremece contra mí.

—Eres tan confuso.

—Solo estoy siendo honesto. —Mis dedos se enredan en su pelo debajo de la trenza. —Dime que no sientes más conmigo de lo que

has sentido con cualquier otra persona. Dime que estoy equivocado.

—No puedo. —Las palabras salen rotas, apenas un susurro. —Sabes que no puedo.

Blair da un paso atrás, rompiendo nuestra conexión. La pérdida de su calor golpea como un puñetazo. Se echa la trenza sobre el hombro y empieza a caminar de nuevo.

Mis ojos se desvían hacia el cuartel de bomberos donde Adam aún está de pie, observando. Niega con la cabeza, con un atisbo de sonrisa en los labios, y luego desaparece en el interior. Maldito engreído.

Sigo a Blair, manteniéndome unos pasos atrás, tratando de controlar mi cuerpo y mis emociones. El camino a casa de Maggie parece interminable.

Max está sentado en el jardín delantero, rodeado de tierra y empuñando un cubo de plástico como un arma. El agua se derrama por los lados mientras lo vuelca en un agujero.

—¿Qué estás haciendo ahí, amigo?

—Haciendo arenas movedizas —Max no levanta la vista de su trabajo. —Para los zombis.

—¿Zombis?

—Solo salen de noche. Pero son tontos. Caerán directamente. —Palmea el barro con satisfacción. —Además, a los gusanos les gusta.

Los labios de Blair se contraen.

—¿Tu madre sabe que estás haciendo trampas para zombis?

—Dijo que nada de explosivos. Esto no son explosivos.

No puedo evitar reírme.

—El chico tiene razón.

—Iré a ver a Maggie —Blair entra, dejándome con Max.

—¿Quieres ayudar? —Me ofrece una pala embarrada.

—Claro. —Me agacho a su lado. —Pero ¿por qué zombis? ¿Por qué no.... dinosaurios?

—Los dinosaurios están extintos. Pff. —Pone los ojos en blanco. —Además, simplemente lo pasarían por encima. Sus piernas son demasiado largas. Necesitas algo del tamaño de un humano.

—Buen razonamiento.

—Veo mucho el Canal Discovery cuando mamá está durmiendo. —Se acerca y susurra. —No se lo digas a Blair. Ella cree que solo veo dibujos animados.

Dibujos animados y telerrealidad.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

—¡MAGGIE! —El grito de Blair atraviesa la casa, desgarrador de miedo y devastación.

La pala de Max cae al suelo con un golpe seco. Mi corazón se detiene.

Dios mío. Por favor, no.

39

BLAIR

Me hundo más profundamente en el mullido sillón de la sala de espera, mi mente aún dando vueltas por el caos de las últimas horas. El recuerdo de encontrar a Maggie en el suelo de su habitación vuelve a inundarme: su piel tan pálida, tan inmóvil. Mi grito hizo que Ransom irrumpiera por la puerta como una fuerza de la naturaleza. Él tomó el control cuando yo no pude, cuando mis manos temblaban demasiado incluso para marcar el 911.

Su familia se materializó de la nada, eficiente y organizada como una máquina bien engrasada. Llevaron a Maggie a la plaza y la subieron con tanto cuidado a ese enorme autobús de gira… Evie, la enfermera, nunca se apartó del lado de Maggie, monitoreando sus signos vitales y hablando en tonos calmos y medidos que de alguna manera atravesaron de mi pánico.

El traslado en vuelo de emergencia se repite en mi cabeza: verlos llevársela a través de ese campo, sintiéndome tan impotente. Ahora aquí estamos sentados en esta sala de espera privada ridículamente elegante en un hospital en medio de la ciudad. Las paredes son de un suave tono de azul que probablemente pretende ser relajante, pero todo en lo que puedo concentrarme es en el constante tic tac del reloj en la pared.

Miro a Max en la esquina. Está tumbado en el suelo con Mia y dos hombres del tamaño de montañas: Colton y Maverick, creo. Están construyendo algo con Legos que aparecieron como por arte de magia, junto con libros para colorear, tabletas y suficientes

bocadillos para alimentar a un ejército. La risa de Max resuena, y mi pecho se tensa. No tiene idea de lo serio que es esto. O tal vez sí lo sabe, pero afortunadamente aún se distrae fácilmente.

La mano de Ransom roza mi hombro, y me doy cuenta de que estoy moviendo la pierna de nuevo. No dice nada, solo se sienta a mi lado, sólido y presente. Su familia ha formado un círculo protector a nuestro alrededor, encargándose de todo, desde ir a buscar café hasta el papeleo. No he tenido que pensar en un solo detalle.

He pasado años siendo la que se encarga de todo y de todos. Ahora estoy rodeada de extraños que se mueven como un equipo sincronizado, anticipando las necesidades antes incluso de que me dé cuenta. Es abrumador.

Y de alguna manera exactamente lo que Max y yo necesitamos.

La mano de Ransom se mueve en círculos lentos en mi espalda, sacándome de mis pensamientos en espiral. Mis ojos se elevan de golpe para ver a un médico en uniforme azul caminando hacia nosotros, con un expediente en la mano.

—¿Señorita McKenna? —Su voz es suave. —¿Podríamos hablar en privado?

Me pongo de pie, mis dedos de alguna manera entrelazados con los de Ransom. La idea de soltarlo hace que mi pecho se tense, así que ni siquiera lo intento, solo lo jalo para que se levante.

—Lo necesito —chillo. Los dedos de Ransom se aprietan alrededor de los míos.

El médico asiente y nos lleva a un pequeño rincón alejado de los demás. Los sonidos de la risa de Max y el clic de los Legos se desvanecen en un ruido de fondo.

—Las pruebas muestran un desequilibrio electrolítico severo —explica el médico, sus palabras cuidadosas y medidas—. Está afectando su ritmo cardíaco.

Mi garganta se cierra.

—¿Esto es....? —Aprieto la mano de Ransom con más fuerza. —¿Se está muriendo? ¿Es este el final?

El pulgar de Ransom acaricia mis nudillos, y me doy cuenta de que estoy temblando. Las luces fluorescentes de repente parecen

demasiado brillantes, demasiado duras. El rostro del médico se vuelve borroso mientras las lágrimas llenan mis ojos.

—Necesito saber —susurro—. Necesito saber cuánto tiempo....

La expresión del médico se suaviza.

—La estamos estabilizando. Los fluidos y electrolitos que le estamos administrando deberían ayudarla a sentirse mucho mejor.

—¿Pero? —Mi voz se quiebra.

—Hay decisiones que tendrán que tomarse. —Levanta la mano cuando abro la boca. —Aunque no hoy. En este momento, todos necesitan descansar. Una buena noche de sueño nos ayudará a abordar las conversaciones más difíciles mañana.

El pulgar de Ransom traza círculos en mi palma. El suave movimiento me ancla mientras mi mente corre.

—¿Qué tan lejos se ha extendido? —Las palabras saben a ceniza. —El cáncer, ¿cuánto peor está?

—Estamos realizando varios estudios durante las próximas horas. Eso nos dará una imagen completa de su condición actual.

Aprieto la mano de Ransom.

—Ella me dijo.... me hizo prometer que no moriría en un hospital.

—Señorita McKenna. —La voz del médico es amable pero firme. —Aún no hemos llegado a ese punto. En este momento, está estable. La crisis inmediata ha pasado.

—Pero....

—Un paso a la vez —dice—. Concentrémonos en ponerla cómoda y reunir toda la información que necesitamos. Luego podemos discutir los próximos pasos.

La presencia constante de Ransom a mi lado me mantiene anclada mientras proceso las palabras del médico. Su pulgar nunca deja de moverse suavemente contra mi piel.

—¿Cuándo puedo verla? —pregunto.

—Una vez que terminemos esta ronda de estudios y la acomodemos en una habitación. Debería ser en aproximadamente una hora. —El médico mira su reloj. —Intente descansar. Van a ser unos días largos.

Asiento, incapaz de formar más palabras más allá del nudo en mi garganta. El médico nos da una sonrisa comprensiva antes de volver

por el pasillo.

—No puedo hacer esto de nuevo. —Mi voz se quiebra mientras los recuerdos de papá vuelven. —Estuve justo aquí, en un hospital diferente, un médico diferente, pero las mismas palabras cuidadosas. El mismo tono suave.

Ransom me guía fuera de la puerta, hacia un pequeño rincón, lejos de miradas indiscretas. Sus brazos me rodean, sólidos y seguros. Me dejo hundir en él. Nada entre nosotros está resuelto. No hay un plan. Pero aun así, sé en lo profundo de mis entrañas que él me respalda.

Puedo confiar en él.

—Papá se enfermó tan rápido. Un día estaba bien, trabajando en el Camaro de la señora Peterson. Al siguiente.... —Las lágrimas fluyen libremente ahora. —Pensé que estaba bien. Resulta que esa fue otra de sus mentiras. Sabía que estaba enfermo. Y todavía no sé por cuánto tiempo. Solo que nunca se molestó en decírmelo. En permitirme que me preparara. —Cuatro días después, se había ido. Simplemente se había ido.

—Estoy aquí. —Los dedos de Ransom se enredan en mi cabello, su aliento cálido contra mi sien.

—¿Y si eso es todo lo que tengo con Maggie? ¿Días? —Mis manos se aferran a su camisa. —Max la necesita. Yo la necesito. Se supone que debe verlo graduarse, ir a la universidad....

—Desahógate, cariño. —Su voz es baja, constante.

—No estoy lista. Pensé que lo estaba, pero no lo estoy. —Los sollozos sacuden mi cuerpo. —Ella me hizo prometer que no moriría en un hospital, pero ¿y si....?

—Yo estoy contigo. Pase lo que pase. —La mano de Ransom traza círculos en mi espalda. —Lo resolveremos. Sea lo que sea que venga después, esta vez no estás sola.

—Sigo viendo a papá en esa cama de hospital. Tan pequeño. Nunca había sido pequeño.... —Presiono mi rostro contra el pecho de Ransom, inhalando su aroma familiar. —No puedo ver a Maggie desvanecerse así. No puedo....

Ransom no ofrece consuelos vacíos ni intenta detener mis lágrimas. Simplemente me abraza más fuerte, murmurando suaves

palabras de consuelo mientras me derrumbo en sus brazos. Su latido constante bajo mi oído me ancla, incluso cuando todo a mi alrededor parece estar desmoronándose.

—Tengo miedo —susurro contra su camisa—. Tengo tanto miedo.

Sus labios presionan contra mi cabello.

—Lo sé, cariño. Lo sé.

Me aparto del abrazo de Ransom, limpiándome los ojos.

—Max pronto hará preguntas. A veces es demasiado listo para su propio bien.

—¿Qué quieres contarle?

—No.... —Mis manos revolotean inútilmente. —Sabe que está enferma, pero esto es diferente. ¿Deberíamos decirle lo grave que es? ¿Eso solo lo asustaría más?

—Eh… —Ransom atrapa mis manos inquietas. —Mantengámoslo simple por ahora. Se mareó, necesitaba medicina. Eso es todo lo que necesita saber esta noche.

—Cierto. Sí. —Asiento, luego me quedo paralizada. —Oh, Dios, no tenemos nada con nosotros. Ni ropa, ni cepillos de dientes. Su pingüino de peluche.... no puede dormir sin él. Y los medicamentos de Maggie están todos en casa. Necesitamos....

—Blair. —La voz de Ransom interrumpe mi espiral. —Para.

—Pero....

—Ven a casa conmigo esta noche. Con todos nosotros.

Parpadeo mirándolo.

—¿Qué?

—Tengo mucho espacio para ambos. Janey y Jonas empacaron sus cosas. Están abajo en mi coche.

Tengo un vago recuerdo del coche de Ransom detrás de nosotros en la carretera. No podría decirte quién conducía.

—No puedo simplemente....

—Sí, puedes. —Su pulgar acaricia mi mejilla. —Déjame cuidar de ustedes dos. Solo por esta noche.

—Pero ¿qué pasa con....? —Ni siquiera sé de qué me preocupo. No puedo reunir todos los pensamientos arremolinados en una objeción. Todo lo que sé es que ir a casa con Ransom parece mi

opción menos simple, pero también es lo único que quiero ahora mismo.

Lo quiero a él.

—Evie va a ayudar a coordinar las cosas aquí. Trabaja abajo en la sala de emergencias. Conoce bien este lugar y cuidará bien de Maggie. La instalarán en su habitación, y tú y Max podrán ir a verla, luego nos iremos a casa.

Niego con la cabeza.

—Yo debería estar manejando todo esto. Necesito....

—Necesitas respirar. Eso es todo. —Las manos de Ransom enmarcan mi rostro. —No tienes que resolverlo todo ahora mismo. Déjame ayudar.

La lucha se desvanece de mí.

—No sé cómo.

—Empieza diciendo que sí. —Sus ojos sostienen los míos. —Ven a casa conmigo esta noche.

Cierro los ojos, exhalando lentamente.

—De acuerdo.

Los labios de Ransom rozan los míos, suaves y dulces. No es el tipo de beso que enciende mi sangre, sino uno que me envuelve como una manta cálida. Su frente descansa contra la mía por un momento antes de que tome mi mano y me guíe de vuelta a la sala de espera.

Max levanta la vista de sus Legos, saludando mientras John aparece cargando dos grandes bolsas de compras. El hombre masivo con la cicatriz irregular se mueve con una gracia sorprendente, colocando todo en la mesa de café baja y comenzando a sacar contenedores de comida para llevar, platos y cubiertos.

—No estaba seguro de qué preparar. —La voz de John es áspera pero amable. —Así que hice un poco de todo.

Los contenedores revelan macarrones con queso, dedos de pollo, verduras asadas, lasaña y lo que parecen ser gajos de papa caseros. Los ojos de Max se iluminan mientras abandona su proyecto de construcción.

—¡Esto es genial! —Max se lanza con el tipo de entusiasmo que solo un niño de seis años con un estómago sin fondo puede tener.

John arrastra los pies.

—Cocinar es lo único que sé hacer bien. Pensé que el niño necesitaría comer.

Logro esbozar una pequeña sonrisa.

—Gracias.

Mi estómago se revuelve ante la idea de la comida, pero me obligo a tomar unos bocados de macarrones con queso. En realidad, están deliciosos: cremosos y perfectamente sazonados. Aun así, tragar cada bocado es un esfuerzo.

Nick y Bree se acercan, tomados de la mano.

—Nos vamos a casa de Ransom —dice Bree suavemente—. Prepararemos todo para ustedes.

—No tienen que....

Nick me interrumpe con una sonrisa gentil.

—Déjanos ayudar, Blair. Eso es lo que hace la familia.

La palabra "familia" se me atora en el pecho. Los veo irse, preguntándome cómo sería pensar en estos extraños como algo más que solo la gente de Ransom. Preguntándome cómo sería ser parte de su familia.

LA MANO suave de Evie me guía hacia la estéril habitación del hospital. El constante pitido de los monitores llena el aire.

—El suero solo le está dando líquidos y electrolitos. —Evie señala cada máquina por turno. —Este monitorea su ritmo cardíaco; este es para la presión arterial. Todo está estable ahora.

Asiento entumecida, con los ojos fijos en la forma inmóvil de Maggie.

—Tómate el tiempo que necesites. Iré a buscar a Max. —Evie aprieta mi hombro antes de salir silenciosamente. Es amable. Más que amable. Tranquilizadora. ¿Nació así, o es solo cosa de enfermeras? Realmente no lo sé, ni me importa, pero pensar en Evie es más fácil que permitirme mirar la forma inmóvil de Maggie.

Finalmente, reúno la poca fuerza emocional que me queda y me hundo en la silla junto a la cama, tomando la mano flácida de Maggie entre las mías. Su piel se siente fina como el papel.

—Te odio tanto en este momento. —Mi voz se quiebra. —Prometiste que tendríamos más tiempo. Prometiste que no te rendirías.

Los monitores emiten pitidos constantes en respuesta.

—Y te amo. Dios, te amo tanto que duele. —Las lágrimas salpican nuestras manos unidas. —Eres mi hermana en todos los sentidos que importan. No puedes.... No estoy lista para esto. Max no está listo.

Aparto su cabello corto de su frente.

—¿Recuerdas cuando teníamos dieciséis? Me dijiste que el cáncer no ganaría. Luchaste tan duro entonces. ¿Por qué no lucharás ahora?

La puerta cruje al abrirse, y rápidamente me limpio los ojos. Max se asoma, su pequeño rostro serio.

—¿Puedo ver a mami?

—Claro, cariño. Ven aquí. —Lo subo a mi regazo. —Mami está durmiendo ahora. Los doctores le están dando medicina para que se sienta mejor.

Max frota mi mejilla húmeda, con ojos muy serios, luego extiende la mano para tocar la de ella.

—Hola, mami. Te hice algo con Legos. Es un castillo, como en tu película favorita. Mia me ayudó.

Mi corazón se encoge ante su tono suave. Normalmente no es suave, y nunca habla tan bajito. Pero parece saber que eso es lo que Maggie necesita ahora mismo. Es un niño tan increíble.

—¿Va a despertar pronto? —Sus grandes ojos buscan mi rostro.

—Necesita mucho descanso esta noche. Volveremos mañana a verla, ¿de acuerdo? *Por favor, no me hagas mentirosa. Que estés bien esta noche, por favor.*

Max asiente, inclinándose para besar la mejilla de Maggie.

—Te quiero, mami. Duerme bien.

Salimos al pasillo donde Ransom nos espera, con las manos extendidas hacia nosotros dos. Max toma una inmediatamente. Yo

dudo solo un momento antes de deslizar mis dedos en su otra mano, dejando que su calidez me ancle mientras nos alejamos de la habitación de Maggie.

Por favor, resiste. No puedo perderte todavía.

40

RANSOM

Guío a Blair y Max a través de la puerta de mi ático, con mi mano flotando sobre la parte baja de la espalda de Blair sin llegar a tocarla. Hoy ha estado tan frágil, de una manera que nunca había visto. Casi como si un toque amable más pudiera hacerla pedazos.

Max se arrastra hacia el montón de juguetes que Mia dejó esparcidos por el suelo de la sala de estar, sus movimientos lentos e inciertos. Es tan jodidamente joven. Demasiado joven para tener que lidiar con esto.

Blair lo observa por un segundo, luego se dirige a la ventana, envolviéndose con sus propios brazos. La rígida línea de sus hombros me rompe el corazón. Quiero ir hacia ella, estrecharla entre mis brazos, pero no sé qué necesita en este momento. La impotencia me desgarra el pecho; puedo arreglar casi cualquier otra cosa, pero no puedo arreglar esto por ella.

Sin embargo, tenerla aquí, en mi espacio, se siente correcto de una manera que no puedo explicar. Como piezas de un rompecabezas encajando en su lugar. Incluso con el peso de todo lo que ha sucedido hoy, algo dentro de mí se asienta solo con saber que ella está aquí.

La puerta se abre, y Colton y Mia entran. Ella corre directamente hacia mí, lanzando sus brazos alrededor de mis piernas. La levanto, respirando el aroma a champú de fresa y azúcar.

—Tío Ranny —susurra contra mi cuello, con los ojos fijos en la sala de estar y el niño pequeño desplomado allí—. ¿Max está triste?

Acaricio sus rizos oscuros.

—Su mamá está enferma, princesa. Eso es muy duro para un niño.

—Yo podría ser su amiga —Mia se aparta para mirarme con esos grandes ojos sinceros. —Soy buena siendo amiga.

—Eres la mejor siendo amiga, cariño. —Mi pecho se hincha de amor por esta pequeña persona y su enorme corazón. —¿Por qué no vas a pasar un tiempo con él?

Ella asiente, y la bajo. Mia es todo alegría y energía, pero parece sentir el peso de lo que está sucediendo también y se acerca lentamente en su lugar. Se arrodilla junto a Max y alcanza otro coche de juguete. No puedo oír lo que le dice, pero él asiente, y se tumban boca abajo.

Observo a Mia con Max, con un nudo en la garganta.

—Eres un maldito afortunado, tío. Tiene un corazón tan bueno.

Colton se apoya en la pared junto a mí, con los ojos suaves mientras observa a su hija.

—A veces creo que es más sabia que todos nosotros juntos. La forma en que simplemente.... entiende a la gente, ¿sabes? Su dolor, su alegría. Lo siente todo.

—Sí. —Me paso una mano por la cara, exhausto.

—¿Cómo lo estás llevando?

Frunzo el ceño hacia él.

—¿Yo? Estoy bien. Blair y Max son los que están pasando por un infierno ahora mismo.

—No hagas eso. —La voz de Colton baja, intensa. —Eres su roca ahora mismo, hermano. Necesitas mantener la cabeza clara si vas a estar ahí para ellos.

—Lo sé, lo sé. —Cruzo los brazos, luchando contra el impulso de caminar de un lado a otro. —Es solo que.... joder.

—Háblame.

—Maggie simplemente.... se está rindiendo. Tiene que haber algo más que puedan intentar. Algún tratamiento experimental, algún especialista en algún lugar....

—¿Blair dijo que no había nada?

—Dice que Maggie ha tomado su decisión. Que está cansada de luchar. —Mis dedos se clavan en mis bíceps. —Pero no puedo simplemente aceptar eso. Tiene que haber algo.

Colton agarra mi hombro.

—A veces amar a alguien significa respetar sus decisiones, incluso cuando te desgarran por dentro.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan filosófico? —Intento bromear, pero no suena bien.

Aprieta mi hombro.

—A veces lo más difícil es dar un paso atrás y dejar que la gente haga su propio camino.

Le lanzo una mirada, y él gruñe bajo en su pecho. Ambos sabemos que no soy de los que dan un paso atrás en nada.

—No es mi estilo, hermano.

—Lo sé —dice, observando cuidadosamente a Blair—. Pero la esperanza puede ser una cosa jodidamente terrible. Y tu mujer allí parece que no puede soportar mucho más.

Un calor se extiende por mi pecho ante las palabras de Colton. Tu mujer. La afirmación posesiva golpea algo primitivo dentro de mí, me hace querer cruzar la habitación a zancadas y envolver a Blair en mis brazos. Mostrarles a todos que es mía. Pero no lo es. Aún no. Tal vez nunca, si no puedo poner en orden mi cabeza y concentrarme en lo que importa.

Me acerco más a Colton, bajando la voz a apenas un susurro.

—Necesito que hagas algo por mí.

Sus ojos se fijan en los míos.

—Lo que sea.

—Consigue los escáneres de Maggie para todos los que conocemos. Especialistas, investigadores, cualquiera que pueda ver algo que otros hayan pasado por alto. Haz que Dec hackee los registros del hospital si es necesario.

La cara de Colton no cambia.

—¿Estás seguro de eso? Maggie podría no....

—Me importa una mierda lo que Maggie quiera ahora mismo — Las palabras salen más duras de lo que pretendía, pero las digo en

serio. —Blair y Max son lo que importa. Si hay aunque sea una posibilidad....

Una ceja gruesa se levanta.

—¿Y si encontramos algo? ¿Qué entonces? ¿Vas a forzarla a recibir tratamiento?

Observo la silueta de Blair contra la ventana, la forma en que sus dedos presionan contra el cristal como si estuviera tratando de mantenerse en pie.

—No lo sé, joder. Pero no puedo quedarme aquí sin hacer nada mientras Blair se derrumba.

—Estás jugando con fuego, hermano.

—¿Cuándo no lo he hecho? —Mi mandíbula se tensa. —Solo.... haz que suceda. En silencio.

Colton suspira, pero asiente.

—Hablaré con Dec esta noche. Pondré la bola en movimiento.

—Gracias. —Agarro su hombro, agradecido más allá de las palabras por esta familia que siempre me respalda, sin hacer preguntas.

—Solo recuerda: a veces la mejor manera de amar a alguien es dejar que tomen sus propias decisiones.

—¿Sí? —Encuentro su mirada. —Bueno, a veces la mejor manera de amar a alguien es luchar como el infierno por ellos, incluso cuando no luchan por sí mismos.

—Has hecho mucho de eso —dice Colton, con algo cambiando en sus ojos. Tal vez sea lo mismo que pasa por mi mente. Los recuerdos de él en esas malditas peleas clandestinas en jaulas. La ira que se aferraba a él como una segunda piel.

—Sí, lo he hecho. Y cada vez, valió la pena.

Los ojos de Colton se desvían de nuevo hacia Max y Mia.

—De acuerdo. Este es tu espectáculo, y te apoyaré de cualquier manera que pueda. Pero cuando esa mujer venga a por ti con un bate, estás por tu cuenta. Parece que podría derribar a un hombre de un solo golpe.

—Justo. —Le doy una palmada suave en la mejilla, haciéndolo apartarse. —Bajaré a Mia más tarde.

—De acuerdo. Voy a bajar y abrazar a mi esposa. El día de hoy ha sido demasiado intenso.

Sí, lo fue.

Me quedo clavado en el sitio, observando cómo Mia hace su magia con Max. El suave murmullo de sus voces llega hasta mí, interrumpido de vez en cuando por el sonido de los coches de juguete que empujan por el suelo. Pero mi atención se desvía constantemente hacia la silueta de Blair contra la ventana.

Tiene los hombros tensos y la espalda rígida. La luz de la luna proyecta sombras sobre su rostro y no puedo leer su expresión. Siento un dolor en el pecho. Quiero arreglar esto, mejorarlo, pero no sé cómo. ¿Debería pedir comida? ¿Hacer que descanse? ¿Estrecharla entre mis brazos? En general, voy a hacer todo lo que pueda por Maggie. Pero ahora mismo, no sé qué es lo correcto. Nunca me encuentro en esta posición y no me gusta ni un poco.

A la mierda.

Dejándome llevar por el instinto, cruzo la habitación y me coloco a su lado. De cerca, puedo ver el agotamiento grabado en sus facciones, la mirada vacía en sus ojos que me asusta más que sus lágrimas.

—¿Un millón por tus pensamientos?

La comisura de su boca se curva ligeramente hacia arriba.

—¿Un centavo no es suficiente para un multimillonario?

—No es eso. —Me giro para mirarla de frente, queriendo que entienda. —Tus pensamientos.... valen más para mí que cualquier cantidad de dinero. Quiero saber todo lo que pasa por esa cabeza tuya. Lo bueno, lo malo, las cosas que crees que no importan.

Entonces me mira, me mira de verdad, y algo en sus ojos hace que se me corte la respiración.

—¿Ahora mismo? —Su voz es apenas un susurro. —Estoy pensando en lo surrealista que es todo esto. Hace ocho horas, solo pensaba en nosotros. Maggie estaba estable y podía fingir que seguiría así.

—¿Y ahora?

—Ahora me pregunto si seré lo suficientemente fuerte para lo que viene. —Sus palabras me golpean como un puñetazo físico. —Si

podré ser lo que Max necesita.

Quiero agarrarla, sacudirla, hacer que vea lo que yo veo: esta mujer increíble que ya ha sido todo para todos a su alrededor. Pero sé que eso no es lo que necesita ahora mismo.

En su lugar, solo digo:

—Lo siento muchísimo. Por todo. Lo siento por Maggie. Lo siento por Max. Y lo siento por ti. Y desearía poder hacer que todo desapareciera.

Blair se gira de lado, apoyándose en la ventana. Su sonrisa es triste.

—Pensamientos ilusorios. Solía tener muchos de esos.

—¿Ah, sí? —me acerco más, atraído hacia ella como siempre.

—Imaginaba que Maggie simplemente.... mejoraba. Como por arte de magia. —Sus dedos trazan patrones en el cristal. —Que una mañana se despertaría y el cáncer simplemente habría desaparecido. Sin necesidad de explicación.

—Como un milagro.

Asiente.

—Tenía todo un escenario planeado. Los médicos estarían desconcertados. Harían prueba tras prueba, pero todo saldría perfecto. —Su voz se quiebra. —Y Max podría crecer con su madre.

Mi corazón se retuerce.

—Lo entiendo. Después de mi familia.... —Trago con dificultad. —Solía imaginar a mi padre entrando por la puerta. Como si todo hubiera sido un terrible error.

—¿Alguna vez se hizo más fácil?

—No exactamente. Los deseos simplemente.... cambiaron. —Encuentro sus ojos en el reflejo. —Empecé a soñar contigo en su lugar.

Se gira para mirarme.

—¿Conmigo?

—Sí. Tonterías, mayormente. Como que estaría tomando un café en algún sitio y tú simplemente estarías allí. O levantaría la vista mientras trabajaba en un coche y tú estarías de pie en la puerta de mi garaje.

—¿Qué diría yo?

—Normalmente nada. —Río suavemente. —Solo me darías esa mirada, ya sabes cuál. Esa en la que intentas no sonreír pero no puedes evitarlo.

—Recuerdo esa sensación. —Su voz se suaviza. —¿Qué más?

—A veces imaginaba volver a Badger Falls. Simplemente.... aparecer un día. Echarte sobre mi hombro y salir conduciendo hacia el atardecer.

—Muy cavernícola por tu parte.

—Hey, eran mis fantasías. Podía ser tan dramático como quisiera.

Se ríe, realmente se ríe, y el sonido llena mi pecho de calidez.

—Siempre tuviste un don para lo dramático.

—Dice la mujer que se prendió fuego para demostrar algo.

—Eso fue diferente. Eso fue.... —Se interrumpe, su sonrisa se desvanece. —Dios, éramos tan jóvenes entonces. No puedo creer que hiciera eso.

—Yo tampoco podía creerlo. Pero ese día lo cambió todo para mí.

—No va a funcionar, ¿sabes?

Dejo caer las cerillas y las pateo bajo el banco de herramientas. Me encuentro con la mirada fija de Blair y le devuelvo una mirada fulminante. Ahora soy más alto, Robert sabe cocinar, y estoy casi a la altura de sus ojos.

—No sé de qué coño estás hablando.

Ella da un paso más hacia la oscuridad del taller. Se suponía que estarían dormidos. No iba a causar ningún daño permanente, pero toda la mierda que he estado haciendo durante todo el año no ha servido de nada. Sigo aquí en este pueblo de mierda. Jerry baja a ver cómo estoy, pero no me llevará de vuelta. Dice que no hay razón para sacarme ya que estoy prosperando.

No estoy prosperando una mierda. Sí, voy a la escuela, pero solo porque todo el maldito pueblo me tiene vigilado. No hay ningún sitio al que pueda ir donde Robert no se entere de que me estoy saltando las clases y venga a buscarme. Después del primer mes, simplemente dejó de valer la pena. Y cada vez que me recogía, tenía esa misma mirada tranquila en su rostro.

Y vale, soy más alto. Estoy comiendo. Pero mi cerebro sigue jodido. Y algo de estar cerca de ellos dos lo empeora. Están tan

jodidamente asentados aquí, y juntos. Hablan sobre sus días. Se juntan y ven películas. Y yo sigo fuera, en el frío. No quiero unirme a ellos. No acepto sus invitaciones.

—Honestamente pensé que eras más listo que esto. Si provocas un incendio, podrías meterte en problemas. Pero no te enviarán lejos. Así que, ¿cuál es el punto? No tienes sentido.

—No quiero estar aquí. ¿Qué es tan difícil de entender?

Ella solo sacude la cabeza, con los ojos penetrantes.

—Te estás mintiendo a ti mismo. Sí quieres estar aquí. Lo deseas con fuerza. Y eso te cabrea.

—No tienes ni puta idea de lo que estás hablando.

Una ceja negra se arquea.

—No puedes ser tan estúpido.

Como siempre, la forma en que me habla me dan ganas de agarrarla. Pero ese impulso que tuve el primer día que la conocí, ese impulso de golpearla, ya no está. Se ha convertido en otra cosa. Algo que no entiendo del todo.

—¿Cómo coño crees que sabes algo de mí? Tú con tu vida y tu relación perfectas con tu padre. No sabes una mierda.

Está tan quieta, de pie allí, dejando que las olas de mi ira la golpeen. Pero nada de eso la toca. Simplemente sacude la cabeza y me da una mirada de lástima.

—No ves nada. Estás demasiado ocupado siendo un imbécil egoísta. Está bien. Eres un niño de acogida. Seguro que piensas que eso te da una excusa para lastimar a otras personas. Estoy segura de que hay una razón psicológica por la que te estás comportando como un gilipollas. Pobre niñito.

Me muevo antes de darme cuenta. De repente, estamos frente a frente. Ella tiene dieciséis años y no es para nada delicada, pero yo soy casi del mismo tamaño. Debería estar un poco intimidada. Soy grande y fuerte, pero ni siquiera parpadea. ¿Es algo genético?

—No me conoces una mierda. No tienes idea de lo que he pasado.

Ahí está otra vez esa inclinación de cabeza, mirándome como a un bicho bajo un microscopio.

—Perdiste a tu familia.

Perdiste. Qué palabra tan estúpida.

—Maté a mi familia.

Ella sigue sin reaccionar. Ni siquiera un parpadeo para mostrar que me escuchó.

—Yo también maté a mi madre. No quise hacerlo, pero lo hice.

- *¿Qué coño quieres decir? ¿Cómo?*

—Nací. Yo sobreviví y ella murió. —Lo dice de una manera tan indiferente, como si no hubiera afectado toda su vida. Pero no tener madre apesta.

—Eso es jodidamente triste. Pero no es lo mismo. Para nada.

Ella simplemente se encoge de hombros otra vez.

—¿Cómo mataste a tu familia?

—No puedes simplemente preguntarle esas mierdas a la gente.

—Tú lo mencionaste primero. Y te conté sobre mi madre. Así que ahora tienes que compartir tu gran secreto oscuro. Esa es la regla.

—¿La regla?

—Las reglas de la conversación. Tú compartes; yo comparto; luego tú compartes de nuevo. Y entonces yo asiento y pongo una cara triste para mostrarte que me importa.

—¿Tu cara triste?

—Sí. Esta. —Pone una cara triste bastante buena, solo por un segundo, luego se desvanece y vuelve a estar en blanco.

—Eso es realmente jodido. ¿Lo practicas?

—Sí. En el espejo. Papá dice que ayuda a que la gente se sienta más cómoda conmigo. Parece funcionar.

—Eres una rarita.

—No eres la primera persona que lo dice. Me llamaban rarita, bicho raro, alienígena y más cuando era pequeña.

Realmente hay algo mal con ella. Es.... rara, pero no sé cómo.

—¿Qué te pasa? Jerry dijo que se mudaron aquí porque estabas teniendo problemas en la ciudad. Entonces, ¿qué pasó?

Su suspiro es largo y pesado.

—Tu memoria es muy mala. Ya te lo dije, ya compartí, así que ahora es tu turno. No sabrás nada más de mí hasta que lo hagas.

—Olvídalo. No me importa.

Ella mira hacia otro lado, se deja caer de rodillas, gatea hacia los gabinetes y busca debajo. Su trasero está justo ahí, mirándome, y un pequeño hilo de algo que no es entumecimiento pasa por mí.

Entumecido o enojado son mis estados por defecto. Este sentimiento no es ninguno de esos. Es algo más.

Ella hace un sonido grave, luego se sienta sobre sus talones, sosteniendo la pequeña caja de fósforos que había robado del armario de la cocina. No tenía un gran plan cuando bajé aquí. Pero pensé que si hacía un poco de daño, finalmente podría hacer que Robert perdiera la paciencia, y finalmente saldría de aquí.

Abriendo la caja, enciende un fósforo con facilidad, dejando que el palito de madera arda mientras lo mira fijamente.

—Me gusta el fuego —dice soñadoramente.

—¿Eres una especie de pirómana?

—¿Te refieres a si me gusta prender fuego a las cosas? Sí. Mucho.

—Joder. Por eso tu padre te trajo aquí a Pueblodemierda. Incendiaste tu escuela o alguna mierda así.

Bostezando, finalmente me mira.

—Tu turno, ¿recuerdas?

Todo el mundo sabe lo que hice. No era un secreto. Los periódicos hablaron de ello. Incluso salió en las noticias. Así que, ¿qué importa si ella se entera ahora? ¿A quién le importa si me mira como si fuera un asesino? Es exactamente lo que soy.

—Incendié mi casa.

—Así que tú eres el pirómano. Estás proyectando tu propia mierda en mí.

—No lo hice a propósito, joder. Era un niño estúpido, y dejé la estufa encendida, y un trapo demasiado cerca del quemador. —Mi boca se llena de saliva, obligándome a tragarla. —No quise hacerlo. Pero siguen muertos.

Su rostro no cambia, y cambio mi peso al otro pie.

—¿No se supone que debes poner tu cara triste?

—Se supone que sí. Pero ya la has visto, así que no creo que tenga sentido.

—Entonces, ¿no te importa que haya matado a todos?

Su boca se tuerce.

—No soy una psicópata. Me han hecho estudios. Así que sí, me importa. Mi cara simplemente no siempre coincide con lo que está pasando en mi cabeza.

—¿Qué está pasando en tu cabeza?

El fuego toca sus dedos, pero no se estremece, solo apaga el fósforo, colocándolo cuidadosamente en su rodilla, luego enciende otro.

—Principalmente, estoy pensando que lamento mucho que hayas perdido a tu familia. Y que suena como un accidente increíblemente trágico. Pero entiendo totalmente por qué te culpas a ti mismo.

—No hay nadie más a quien culpar.

—Creo que cuando seas un poco mayor, podrías ver las cosas un poco diferente.

—¿Cuando sea un poco mayor? ¿Como tú? ¿Hay algún montón mágico de jodida perspicacia que obtendré tan pronto como cumpla dieciséis? Suenas como una imbécil.

Eso provoca una reacción. Pero no del tipo que esperaba. Toma ese fósforo y lo acerca al borde de su camisa, dejando que la llama lama la parte inferior. El material se derrite inmediatamente, y la línea de fuego comienza a extenderse.

—¡Para! ¿Qué mierda estás haciendo? —Me dejo caer de rodillas y golpeo su camisa y el fósforo, pequeñas lenguas de calor chisporrotean en mi palma y dedos. —Estás loca. —Le arrebato los fósforos de la mano y los meto en el bolsillo trasero de mis vaqueros.

Blair, con aspecto completamente despreocupado, simplemente me mira fijamente. Su camisa está llena de marcas negras, y la parte inferior tiene un gran agujero, revelando un poco de su estómago.

—Estás loca —susurro, mirando la piel revelada por ese agujero.

Ella tararea y se pone de pie. Yo hago lo mismo ya que no quiero estar de rodillas frente a ella, mirándola desde abajo.

—Tal vez —dice finalmente—. Pero me parece que eres alguien que quiere proteger a la gente. No habrías apagado esa llama si no lo fueras. Así que tal vez no eres un asesino. Solo eres un chico estúpido que cometió un pequeño error que tuvo grandes consecuencias. Simplemente tuviste muy mala suerte.

La recibo con agrado cuando llega, esa ola de ira ardiente.

—¿Hiciste esa mierda a propósito? Estás jodidamente loca.

Desesperado por una pelea, deseando que fuera un chico para poder golpearla e iniciar una, termino de pie allí, apretando y aflojando mis puños.

Y la maldita Blair McKenna simplemente se da la vuelta y se aleja, subiendo las escaleras hacia el apartamento sobre la tienda. De vuelta a casa.

Dejándome con la sensación de que una bomba acaba de detonar a mis pies.

Dejándome crudo y expuesto.

Parpadeando para alejar el recuerdo, apoyo mi hombro contra la ventana, mi pecho a un pie del suyo, y le doy la verdad.

—Ese es el día en que dejé de querer morir.

41

BLAIR

Estoy de pie junto a la ventana, con sus palabras resonando en mi mente. Las luces de la ciudad se vuelven borrosas mientras las lágrimas llenan mis ojos. Estoy tan condenadamente vulnerable esta noche. Cada sentimiento está demasiado cerca de la superficie.

—Siempre me pregunté si estabas.... —La palabra se me atora en la garganta. —Si estabas suicida en ese entonces.

—¿Habría cambiado algo si lo hubieras sabido? —La voz de Ransom es tranquila y firme. Lo suficientemente alta para que yo la escuche, pero no tanto como para molestar a los niños. Este tema no es para sus oídos.

—No sabía cómo hablar de ello. No sabía qué decir. —Eso era bastante común en aquel entonces. No es que no tuviera cosas que decir, pero para entonces ya había descubierto que decir algo incorrecto a veces era peor que no decir nada en absoluto.

—De todos modos, no habría hablado contigo. —Inclina la cabeza hasta que su sien descansa sobre el frío cristal. —Había dejado de hablar. Me obligaron a hacer terapia después del incendio, pero.... —Hace una pausa. —Eran solo palabras. Palabras vacías que no podían cambiar cómo me sentía.

Me giro para mirarlo.

—¿Pero que yo prendiera fuego a mi camiseta sí lo hizo?

—Más que un año de terapia. —Una triste sonrisa cruza su rostro. —Fuiste la primera persona que me mostró que no era completamente malo. No podía verlo antes.

—No estaba intentando arreglarte. —El recuerdo de esa noche me inunda: el olor a gasolina y aceite en el garaje, el calor de la llama contra mi estómago. Había mantenido la camiseta alejada de mi piel (no era idiota), pero aun así me quemé. Mi estómago quedó rojo, nada grave realmente, pero me entristeció un poco cuando las marcas desaparecieron. Me gustan los recordatorios tangibles de los momentos de mi vida. Las cicatrices importan. Pero las físicas son más fáciles de sanar. —Estabas siendo obtuso. Solo quería que vieras lo equivocado que estabas.

Esa familiar media sonrisa aparece.

—Me asustaste como el demonio. —Su mano encuentra la mía, desenredando suavemente mis brazos cruzados. —Podrías haberte lastimado seriamente, Blair.

Me encojo de hombros, disfrutando del calor de su mano alrededor de la mía. Algo en el tacto de su piel, su contacto, me tranquiliza. Es algo a lo que aferrarme cuando todo lo demás es demasiado abrumador.

—Sabía cómo detenerme, tirarme al suelo y rodar. Parecía que valía la pena el riesgo para atravesar esa cabeza dura tuya.

Sus ojos recorren mi rostro.

—No eras tan expresiva en aquel entonces. Lo que sentías siempre parecía un poco un misterio que tenía que resolver.

—No entendía lo que sentía la mayor parte del tiempo. —Me apoyo contra la ventana. —Todo se sentía.... igual. Una gran mezcla de sensaciones que no podía clasificar.

—¿Pero ahora?

—La vida pasó. Crecí. —Mis dedos trazan patrones en el frío cristal. —En algún momento, aprendí a separar lo feliz de lo triste y de lo enojado. A ponerle nombres a todas las cosas que pasaban por mi cabeza.

En la escuela, ese rostro inexpresivo era una armadura. Mejor que mostrar lo incorrecto, mejor que las miradas cuando mis reacciones no coincidían con lo que todos esperaban. Los estudios eran interminables: no había autismo, no había TDAH, nada de las cosas a las que pudieran ponerle una etiqueta limpia. Solo Blair siendo Blair, marchando a su propio ritmo. Usualmente por mi

cuenta. Al menos hasta que papá nos mudó a Badger Falls. No cambié de la noche a la mañana, pero la gente era mucho más aceptante de mi particular marca de rareza.

—¿Sabes qué es gracioso? —Me vuelvo hacia él. —Estos días, ya no tengo que pensarlo. La expresión correcta simplemente.... sucede. Los sentimientos tienen sentido.

—Yo siempre podía ver lo que estabas pensando. —La voz de Ransom se vuelve más baja. —La forma en que tus ojos se entrecerraban solo una fracción cuando estabas molesta. Cómo tus labios se crispaban antes de sonreír. Ese pequeño pliegue entre tus cejas cuando estabas frustrada.

El calor sube por mi cuello. Él siempre me hacía sentir vista, incluso en aquel entonces.

—¿Notabas todo eso?

—Te estudiaba. —Su pulgar roza mi codo—. Cada microexpresión. Cada señal. No quería perderme nada.

No lo sabía. —Las palabras salen más entrecortadas de lo que pretendo. —Que me observabas tan de cerca.

—¿Cómo no hacerlo? —Sus dedos recorren mi brazo. —Eras la persona más fascinante que había conocido.

Mi piel se eriza bajo su toque.

—Yo también te observaba. —La confesión se escapa antes de que pueda detenerla. Tal vez no quiero detenerla. —En la escuela. En los pasillos. En casa, cuando se suponía que estábamos viendo una película. En el garaje, cuando se suponía que debía estar concentrándome.

Ransom se acerca más, su mano se desliza alrededor de mis costillas. El tacto envía electricidad por mi cuerpo, debilitando mis rodillas. Sería tan fácil inclinarme hacia él, dejar que su calor ahuyente el frío miedo que ha estado apretando mi pecho desde que Maggie colapsó. Olvidarme de hospitales y estudios y todos los "qué pasaría si" que abarrotan mi mente.

—Blair.

Mi nombre en sus labios casi me deshace. Quiero desaparecer en esta sensación. En la forma en que mi cuerpo recuerda su toque,

incluso después de veinticinco años. En la seguridad de sus brazos y el calor en sus ojos.

—Tengo hambre. —La voz de Max rompe el momento, destrozando la tensión. Mia está de pie junto a él, asintiendo en acuerdo.

El calor inunda mi rostro mientras la culpa me invade. ¿Cómo pude olvidarme de Max? ¿De la cena? Vaya guardiana en la que me estoy convirtiendo.

El pulgar de Ransom roza mi mejilla, luego se vuelve hacia los niños.

—Veamos qué podemos preparar.

Los sigo a la cocina, donde Ransom abre un enorme refrigerador de acero inoxidable.

—Muy bien, tropas, veamos qué tenemos. Si no encontramos nada bueno, asaltaremos el lugar del tío John. Él tiene la mejor comida.

—¿Podemos comer pizza? —Max se asoma por detrás de la pierna de Ransom.

—Miren todos estos recipientes. —Mia señala pilas de cajas de comida para llevar. —El tío John trajo esos.

—Hombre inteligente. —Ransom saca contenedor tras contenedor. —Tenemos pollo, algún tipo de pasta.... ah, verduras.

—Puaj. —Max arruga la nariz.

—Oye, las verduras te dan superpoderes. —Ransom guiña un ojo. —¿Qué tal si hacemos un trato? Tres bocados de brócoli y puedes tener pollo extra.

—Dos bocados —contraoferta Max.

—Cuatro bocados ahora porque intentaste negociar. —Los ojos de Ransom brillan. —¿Quieres intentar llegar a cinco?

La boca de Max se abre de par en par.

—Vale, tres.

Se me hace un nudo en la garganta al verlos. La escena se siente tan hogareña: Ransom sirviendo la comida, los niños subiéndose a los taburetes, todo tan natural. Pero equivocado. Esto debería estar sucediendo en la cocina de Maggie. Ella debería estar aquí, poniendo

los ojos en blanco ante las negociaciones de verduras de Max, robando bocados de su plato solo para hacerlo reír.

—¿Blair? —La voz de Ransom me devuelve a la realidad. —¿Quieres la pasta o el pollo?

Parpadeo con fuerza, conteniendo las lágrimas.

—Lo que Max no quiera.

—¡Yo quiero pollo! —anuncia Max.

—Entonces será pasta. —Ransom llena un plato, sus movimientos seguros y practicados. Como si hiciera esto todos los días. Como si esto fuera normal.

Pero nada en este día ha sido normal.

La noche pasa en destellos de sonido y color. Una película se reproduce, algo animado con animales parlantes. Max y Mia se tumban boca abajo, riendo con chistes en los que no puedo concentrarme. El calor de Ransom irradia a mi lado en el sofá.

Colton llega en algún momento, su enorme figura llena el umbral. Mia abraza a Max para despedirse, susurrándole algo que lo hace sonreír.

Luego estoy sentada al borde de una cama que podría hacer dormir a cuatro personas, viendo a Max trazar patrones en la colcha azul marino.

—¿Blair? —Su vocecita corta la niebla en mi cabeza. —¿Mamá realmente va a estar bien?

Se me oprime el pecho.

—Los médicos la están ayudando a mejorarse ahora mismo.

—Pero ella me dijo.... —Traga saliva con dificultad. —Me dijo que tal vez no le quedara mucho tiempo. Pero ni siquiera ha pasado tanto desde que me lo dijo.

—Ven aquí, amigo. —Abro mis brazos y él se arrastra hacia ellos. —Tu mamá es la persona más fuerte que conozco.

—¿Pero y si esta vez no es lo suficientemente fuerte? —Sus palabras se ahogan contra mi camisa. Está diciendo todas las mismas cosas que he estado pensando. Cada preocupación, cada miedo, en voz alta.

—Oye, mírame. —Levanto su barbilla. —¿Recuerdas lo que mamá te dijo sobre ser valiente?

Asiente.

—Que ser valiente no significa no tener miedo. Significa hacer cosas incluso cuando tienes miedo.

—Eso es correcto. Y tu mamá está siendo muy valiente ahora mismo.

—Yo también estoy tratando de ser valiente. —Su labio inferior tiembla. —Pero no quiero que se vaya todavía.

—Lo sé, cariño. —Lo acerco más, meciéndolo suavemente. —Yo tampoco quiero que se vaya.

—¿Te quedarás conmigo? —Sus dedos agarran mi camisa. —¿Hasta que me duerma?

—Por supuesto que sí. —Beso la parte superior de su cabeza. —No me voy a ningún lado.

Ransom está de pie en el umbral, una silueta oscura contra la luz del pasillo. Mis dedos pasan por la frente de Max, de la misma manera que Maggie lo hace cada noche. Su respiración se ralentiza, haciéndose regular a medida que el sueño lo vence. Me levanto de la cama con cuidado, tratando de no molestarlo.

Ransom retrocede hacia el pasillo. Cierro la puerta con un suave clic y luego me apoyo contra la pared. Él imita mi posición en el lado opuesto, sus ojos azules fijos en los míos.

—No sé cómo ayudar. —Su susurro atraviesa el espacio entre nosotros. —Sigo tratando de ignorar mis instintos, de pensar en lo que tú necesitas en su lugar.

La cruda honestidad en su voz hace que me duela el pecho.

—¿Qué te dicen tus instintos?

Traga saliva con dificultad.

—Quiero llevarte a mi cama. —Su mirada cae al suelo. —Solo para abrazarte toda la noche. Para saber que estás bien.

Las palabras me golpean como un ataque físico. Porque eso es exactamente lo que yo quiero también: sentirme segura, dejar que alguien más sea fuerte por un rato. Olvidarme de hospitales y responsabilidades y simplemente.... existir. En sus brazos. Donde todo solía tener sentido, incluso cuando nada más lo tenía.

Mi corazón late con fuerza contra mis costillas.

—¿Solo dormir?

—Solo dormir. —Su voz es áspera. —Nada más.

Estudio su rostro en la tenue luz del pasillo, buscando cualquier indicio de engaño. Pero sus ojos son claros, honestos. De la misma manera que lo eran hace todos esos años cuando me contaba cosas que nadie más sabía.

—¿Estás seguro de eso? —Las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas. Porque yo no estoy segura. Mi cabeza está hecha un lío y estoy buscando una escapatoria. Y tal vez eso no sea justo para él o para mí, pero no puedo parar. Y Ransom no es Adam. Con Adam, el sexo sería solo eso, una escapatoria. Con Ransom, sería mucho más.

Su mandíbula se tensa.

—Blair. —La forma en que dice mi nombre, como una oración y una maldición envueltas en una sola. —Créeme, quiero.... —Se pasa una mano por la cara. —Dios, lo quiero todo. Pero no así. No contigo sufriendo y preocupada por Maggie. No con Max en la habitación de al lado.

El calor inunda mis mejillas. Por supuesto que tiene razón. ¿En qué estaba pensando? Mi mejor amiga está en el hospital. Su hijo está durmiendo al otro lado de la puerta, y aquí estoy yo, entreteniendo pensamientos sobre....

—Oye. —Los dedos de Ransom rozan mi brazo. —Para. Puedo ver que te estás castigando a ti misma.

—No debería estar pensando en....

—¿En qué? ¿En buscar consuelo? —Su pulgar traza círculos en mi piel. —¿En ser humana?

Dejo escapar un suspiro tembloroso.

—Todo está tan jodido ahora mismo.

—Lo sé. —Toma mi mano, su agarre cálido y firme. —Por eso solo quiero abrazarte. Dejarte dormir de verdad. Sin expectativas.

La sinceridad en su voz rompe algo en mi pecho. Porque este es el Ransom que recuerdo: el que podía ver a través de mis muros, el que sabía exactamente lo que necesitaba antes que yo misma.

O casi exactamente lo que necesito.

—Necesito un trago primero. Mejor aún. Que sea toda la botella.

42

RANSOM

Blair está borracha.

Más que borracha. Jodidamente fuera de sí.

Estoy completamente fascinado.

Nunca hicimos esto cuando éramos niños. Compartimos una cerveza una vez, y unos sorbos de algo afrutado y asqueroso, pero eso fue todo.

Ahora está desparramada en mi sofá, con sus largas piernas colgando sobre el reposabrazos. La botella de whisky cuelga de sus dedos, casi vacía ya. Nunca la había visto así: toda extremidades sueltas y expresiones desprotegidas.

—¿Sabes qué es gracioso? —Toma otro trago, haciendo una mueca. —Siempre pensé que volverías. Incluso después de cinco años. Diez años. —Sus ojos grises se fijan en mí, inusualmente brillantes. —Seguía pensando: "Cualquier día de estos, ese idiota va a aparecer con su estúpida chaqueta de cuero".

Me inclino hacia adelante en mi silla.

—Ya no uso chaquetas de cuero. —Eso es más cosa de Nick. Él tiene todo ese rollo de chico malo que monta en moto.

—No me digas. —Se ríe, una risa auténtica que hace que todo su cuerpo se sacuda. —Mírate ahora. Todo.... —Agita la botella hacia mis pantalones de chándal. — Corporativo. Bueno, no ese atuendo. Pero normalmente, ¿verdad? Llevabas un traje elegante la noche que te metiste en la zanja.

—No me metí en la zanja. La maldita vaca me obligó a salirme de la carretera.

—Claro que sí. —Blair se gira de lado, apoyando la cabeza en su mano. —¿Sabes qué más es gracioso? Salí en citas después de que te fueras. Un montón de ellas. Resulta que era popular y no lo sabía. A los chicos les gustaba, de todos modos.

Mi pecho se tensa.

—¿Solo citas, o algo más?

Se encoge de hombros pero no me da una respuesta. Y realmente la quiero.

—No importa. No eran tú. Nunca fueron tú.

La cruda honestidad en su voz me golpea con fuerza.

—Blair....

—No, cállate. Estoy hablando yo ahora. —Me apunta con la botella. —Me rompiste el puto corazón, Kyle. Y Maggie volvió a enfermar, y mi padre murió, y no estuviste ahí para nada de eso.

—Quería estar.

—Pero no estuviste. —Su voz se quiebra. —Y ahora estás aquí, mirándome como.... como solías hacerlo. Y Maggie se está muriendo, y Max me necesita, y no puedo.... —Toma otro trago. —No puedo soportar que me mires así.

Me muevo para sentarme a su lado en el sofá.

—¿Cómo te estoy mirando?

—Como si todavía tuviera diecisiete y fuera hermosa.

—Sigues siendo hermosa.

Resopla.

—Soy vieja y estoy cansada y asustada todo el tiempo.

—Cuéntame sobre eso. Cuéntame todo lo que me perdí.

—No hay mucho que contar, realmente. —Blair agita la botella con desdén. —Solo una vida pequeña en un pueblo pequeño.

—Mentira. Cuéntame todo.

Resopla.

—¿Qué? ¿Sobre arreglar coches? ¿Sobre ver crecer a Max? ¿Sobre sostener la mano de Maggie durante la quimio? —Sus palabras se arrastran ligeramente. —¿O tal vez quieres saber sobre Adam?

Mi mandíbula se tensa.

—Sí, de hecho. Quiero saberlo.

—Oh, Dios mío. —Estalla en carcajadas, casi cayéndose del sofá. —Bien. ¿Realmente quieres saber sobre Adam? Vino al taller un día. Yo estaba sentada afuera viendo la puesta de sol, y él se sentó. No lo había visto mucho. Estuvo fuera durante mucho tiempo, en el ejército. No hablamos de nada importante. —Toma otro sorbo. —Hicimos eso durante meses. Solo.... sentarnos y hablar después del trabajo.

—¿Y luego?

—Luego me cansé de estar sola. —Se encoge de hombros. —Todos los demás se estaban casando, teniendo hijos. Incluso Maggie tenía a Max. Y ahí estaba yo, simplemente.... existiendo. Así que una noche, lo besé.

Mis manos se cierran en puños. ¿Por qué coño me estoy haciendo esto a mí mismo? Debería cambiar de tema, o llevarla a la cama.

—¿Así sin más?

—Así sin más. Es seguro, ¿sabes? Cómodo. —Pone los ojos en blanco. —Dios, parece que vas a golpear algo. Relájate. No es una gran historia de amor. Pensé que tal vez podría serlo. Lo esperaba, de todos modos. Pensé que sería agradable no estar sola. Pero él no me ama. Y aunque lo intenté, yo no lo amo. Simplemente.... encajamos en la vida del otro.

—Eso suena solitario. —Las palabras salen más ásperas de lo que pretendía, mi pecho me duele ante la idea de que se conformara con algo tan vacío. Todos estos años, me la había imaginado feliz, rodeada de gente que la apreciaba como yo lo había hecho. Como aún lo hacía. En cambio, había estado aquí, conformándose con lo cómodo cuando merecía lo extraordinario. Siento un nudo en la garganta, y tengo que apartar la mirada para que no vea todo eso escrito en mi cara. Soy un maldito desastre. Yo le hice eso.

—Tal vez. —Estudia la botella. —Pero estar sola es mejor que tener el corazón roto. Y de todos modos, ¿quién necesita matrimonio e hijos cuando tengo a Max y un garaje lleno de coches que

necesitan reparación? Tengo gente que me necesita. Tengo que cuidar de ellos. Esa es mi vida.

—Te mereces más que eso.

—¿De verdad? —Fija esos ojos grises en mí. —Porque la última vez que alguien me prometió más, desapareció durante veinticinco años. —Su boca se tuerce, y resopla. —Y me doy cuenta de lo estúpido que suena eso. Eras un niño haciendo promesas que no tenías por qué cumplir. Ambos éramos demasiado jóvenes, y la vida tenía otros planes para nosotros. Es una estupidez aferrarse a eso. Lo sé. Necesito madurar de una puta vez.

La observo tomar otro trago de la botella, mi mente corre. Odio que haya renunciado a esos sueños. Los que solía susurrar cuando nos acostábamos en la parte trasera de la camioneta de su padre, viendo las estrellas surcar el cielo.

—¿No tienes ningún sueño? —La pregunta se me escapa antes de que pueda detenerla.

El rostro de Blair se suaviza.

—Ya no importa.

—A mí me importa.

Traza el borde de la botella con su dedo.

—Tengo que pensar en Max. Todos mis sueños son sobre cuidar de él.

—Ese no es tu sueño, Blair. Es una responsabilidad. Una en la que serás jodidamente buena. Pero no es tu sueño.

Ella solo murmura.

—Eres molesto. Ya no puedo permitirme sueños. Tengo que concentrarme en Max. Soy todo lo que tiene.

Eso es una maldita llamada a la realidad. Max va a necesitar más que solo a Blair cuando.... si.... Maggie no lo logra. Necesitará todo un sistema de apoyo. Gente que lo lleve a la práctica de béisbol, lo ayude con la tarea, le enseñe a conducir.

—Sabes —digo con cuidado—, Max tiene suerte de tenerte.

El rostro de Blair se oscurece ante mi comentario.

—Todo el mundo sigue diciendo eso. —Se incorpora, un destello de ira en sus ojos. —¿Sabes qué no es de suerte? Que tu madre

muera cuando tienes seis años. Tener que verla consumirse. Tener que.... —Su voz se quiebra. —Tener que despedirse.

—Tienes razón. —Le quito la botella de su agarre flojo y la coloco en la mesa de café. —No es nada afortunado. Es jodidamente horrible. Pero que tú estés ahí para él, eso no es suerte. Es tu decisión de dar un paso al frente, de estar presente. De amarlo.

Ella se desploma contra el sofá.

—No puedo ser Maggie.

—Nadie te está pidiendo que lo seas.

—No quiero serlo. —Sus palabras salen suaves, casi culpables. —La amo. Dios, la amo tanto. Pero no puedo.... no intentaré reemplazarla.

—No es eso lo que quise decir....

—¿Y sabes qué? —Se sienta de repente, casi cayéndose. —No quiero hijos. Ni míos, ni de nadie. Max es diferente. Él es.... es Max. Pero los niños son mucho trabajo. Mucha responsabilidad. —Se frota la cara. —Tengo el taller, y pronto tendré a Max a tiempo completo, y eso es.... suficiente. Más que suficiente. No puedo manejar más que eso.

La convicción en su voz me golpea con fuerza. Esto no es solo un delirio de borracha, es algo en lo que ha pensado. Algo que ha decidido. Me lo dijo antes, pero no estaba seguro de creerlo. A veces nos mentimos a nosotros mismos, nos convencemos de que no queremos algo, cuando en realidad lo deseamos muchísimo.

Sé todo sobre eso.

—De acuerdo —digo suavemente—. Te escucho.

—¿De verdad? —Sus ojos grises se fijan en los míos, sorprendentemente agudos a pesar del alcohol. —Porque necesito que lo entiendas. Ya no soy esa chica de diecisiete años que soñaba con una casa llena de niños. Ahora tengo sueños diferentes.

—Cuéntame tus sueños entonces —digo, observando su perfil en la tenue luz. —Si pudieras hacer cualquier cosa, ¿qué sería?

Blair resopla, pasando su dedo por el borde del sofá.

—No es grande y emocionante como tus sueños. Nada de construir imperios.

—No tiene que ser grande para importar.

Ella permanece en silencio por un largo momento, luego se encoge de hombros.

—Solo quiero mantener el taller funcionando. Tal vez contratar a otro mecánico para poder tomarme un descanso a veces. Hay suficiente trabajo para mantener ocupadas a dos personas todo el año. —Su voz se vuelve más suave. —Nunca he viajado realmente. No apropiadamente, al menos.

—¿A dónde irías?

—A todas partes, no. —Se mueve, metiendo las piernas debajo de ella. —No quiero apresurarme tratando de verlo todo como esos turistas con sus listas de verificación. Esa es la idea de Maggie de pasarla bien. Yo solo.... elegiría un lugar. Me quedaría allí por un tiempo. Realmente llegaría a conocerlo.

La imagen se forma en mi mente: Blair en algún pequeño pueblo italiano, cubierta de grasa por ayudar a un local a arreglar su antiguo Fiat.

—¿Como dónde?

—No lo sé. ¿Tal vez Irlanda? Encontrar alguna aldea diminuta donde todos se conozcan. Y simplemente pasear. Aprender cómo hacen las cosas. —Una pequeña sonrisa juega en sus labios. —O simplemente subirme a una furgoneta y recorrer este país. Podría mojar mis pies en el océano. Nunca he estado en la playa.

Quiero darle todo lo que está describiendo. Podría hacerlo realidad con una llamada telefónica. Pero, ¿me lo permitiría?

—Probablemente has estado en todas partes —dice, sus palabras aún llevan ese ligero arrastre—. Ya lo has visto todo.

Me río, recordando algunos de nuestros viajes más memorables.

—Sí, he viajado. Pero no como lo que tú estás diciendo. Mis viajes generalmente implicaban perseguir a uno de mis idiotas.

Ella suelta una risita.

—Idiotas —luego bosteza—. ¿A qué te refieres?

—Como aquella vez que Colton decidió "encontrarse a sí mismo" en Ámsterdam. Terminó en la cárcel porque pensó que sería divertido nadar en uno de los canales. Desnudo. —Sacudo la cabeza ante el recuerdo. —O cuando Kade se perdió en Tokio porque siguió

a un gato por un callejón y no pudo encontrar el camino de vuelta al hotel.

Las cejas de Blair se disparan hacia arriba.

—¿En serio?

—Oh, sí. Y ni me hagas empezar con Nick en Río. Ese incidente involucró un pollo robado, tres tenderos enojados y, de alguna manera, una carroza de desfile. —Me paso una mano por el pelo. —La mayor parte de mis viajes han sido control de daños. Corriendo tras ellos, sacándolos de líos, asegurándome de que no provoquen incidentes internacionales.

—Suena agotador.

—Lo era. Todavía lo es. —La miro. —Tu forma suena mejor. Realmente experimentar un lugar en lugar de solo atravesarlo a toda prisa, apagando incendios.

—Incendios metafóricos. —Murmura, luego se ríe. —No reales. Ese es el trabajo de Adam.

Adam, el puto héroe bombero. La mención de su nombre escuece, pero lo supero.

—El punto es que nunca he viajado realmente así. Nunca solo.... existir, en algún lugar nuevo. Suena pacífico.

Ella suspira y con una sonrisa soñadora, admite:

—A veces miro mecedoras. Las hechas a mano con hermosos tallados.

Mis labios se curvan mientras la observo. Blair McKenna, la mujer más dura que conozco, sueña con mecedoras. El alcohol la ha suavizado, revelando partes de sí misma que normalmente mantiene bajo llave.

—¿Qué tipo de tallados? —pregunto.

—Hojas. Y enredaderas. —Sus dedos trazan patrones en el aire. —Hay un tipo en Wisconsin que las hace. Cada una es diferente. Las vi en línea. —Bosteza, estirándose como un gato. —A veces me imagino sentada en mi propio porche, viendo la puesta de sol. Tal vez tomando una cerveza. Escuchando a los grillos.

La imagen me golpea con fuerza: Blair en una mecedora tallada, ojos grises observando el cielo tornarse rosa sobre Badger Falls. Max

haciendo la tarea en los escalones del porche. Vecinos a ambos lados haciendo lo mismo.

Es perfecto. Y es otro clavo en mi ataúd.

Porque esa vida que ella quiere, está ahí. No en Chicago. No en mi ático con vistas al Lago Michigan. Ella quiere tardes tranquilas y puestas de sol en un pueblo pequeño. Una vida donde todos conozcan tu nombre y te traigan sándwiches cuando arregles sus coches. Quiere la vida que tiene.

—Tu porche necesita trabajo —digo, pensando en las tablas hundidas que noté en la casa de Maggie.

—Ajá. —Sus ojos se están volviendo pesados. —He estado pensando en arreglarlo. Simplemente no he tenido tiempo.

Podría construirle un porche completamente nuevo. Diablos, podría comprarle una mansión con porches envolventes en cada piso. Pero eso no es lo que ella quiere. Ella quiere su vida allí, solo con algunas pequeñas mejoras: una mecedora, tal vez ese segundo mecánico que mencionó.

La verdad se asienta sobre mí como una manta: si quiero a Blair, tengo que querer también a Badger Falls. No hay forma de separar los dos.

La cabeza de Blair cae contra mi cadera, su respiración se vuelve pareja mientras se queda dormida. La botella vacía reposa en la mesa de café, testigo silencioso de sus confesiones sinceras.

Mi mente corre, organizando problemas como si fuera un trato de negocios. Prioridad número uno: Maggie. Todo depende de su situación. Saco mi móvil, con cuidado de no molestar a Blair, y empiezo a tomar notas.

Necesitamos más opiniones: diferentes médicos, tratamientos experimentales, cualquier cosa que pueda ayudar. El dinero no es un problema; podría traer especialistas de cualquier parte del mundo. Pero Maggie ya ha tomado la decisión de dejar el tratamiento. ¿Presionarla para que intente más solo le robaría sus últimos momentos de paz con Max?

Max. Mi pecho se oprime al pensar en ese chico. Si Maggie no sobrevive, necesitará tanto a Blair como a mí. Pensé que había terminado de criar niños después de establecer a mis hermanos,

pero la vida tiene otros planes. Y honestamente, la idea de ayudar a criar a Max no me asusta como debería.

Blair murmura algo en sueños, acercándose más. Sus palabras sobre no querer hijos hacen eco en mis sentimientos. Si Blair quisiera un bebé, me sumaría rápidamente, pero me alivia que no sea así. Pero estar ahí para Max es diferente. Y daré un paso al frente y haré lo que sea necesario para apoyarlos a ambos.

A menos que.... Mis dedos golpean contra mi móvil. ¿Y si pudiéramos ayudar a Maggie? ¿Ayudarla de verdad? Tengo conexiones, recursos. Tal vez haya algún tratamiento que no haya probado, algún especialista que pueda cambiar las cosas. Entonces Blair no tendría que convertirse en madre de repente. Podríamos descubrir lo que queremos juntos y construir algo a nuestro propio ritmo.

Deslizo mis brazos bajo Blair, tomando una profunda respiración antes de levantar su sólido cuerpo del sofá. Nunca fue una mujer pequeña, pero ha ganado más músculo desde la última vez que la cargué. Pero afortunadamente, yo también soy muchísimo más fuerte. El peso de ella contra mi pecho se siente tan jodidamente correcto. Mi espalda se tensa mientras ajusto su posición. Es mucho más difícil hacer esto cuando está completamente dormida. En aquel entonces, sosteniéndola en mis brazos, amenazando con lanzarla al muelle del lago, ella se aferraba a mí. Era la mejor sensación del mundo en ese momento. Me hacía sentir como un hombre. Como si fuera invencible.

—¿Mmm? —Sus ojos grises se abren brevemente mientras navego por la puerta hacia mi dormitorio.

—Vuelve a dormir, nena.

Su cabeza se inclina contra mi hombro, su aliento cálido contra mi cuello.

—Te has puesto fuerte —murmura, y luego vuelve a dormirse. La recuesto con cuidado en la cama, tratando de no moverla demasiado.

—Hueles diferente —murmura mientras la cubro con las mantas —. Caro. Es bueno. —Sus dedos agarran brevemente mi camisa antes de soltarla.

Mi corazón se encoge ante sus palabras, tan honestas en su estado de semisueño. Aparto un mechón de pelo de su rostro, recordando todas las veces que la había imaginado aquí, en mi cama. Pero no así: borracha y sufriendo por la enfermedad de su mejor amiga.

Se acurruca en mi almohada, ya profundamente dormida de nuevo. Incluso ahora, ocupa espacio sin disculparse, extendida sobre el colchón como si fuera suyo. Como si perteneciera aquí.

Nunca voy a poder dormir en esta cama sin ella. Y si no puedo convencerla de que se arriesgue conmigo, me esperan muchas noches de insomnio.

Ni hablar. Ella es la indicada para mí. Lo sé en lo más profundo de mi ser. Y no importa cuánto tiempo me lleve demostrárselo, lo haré.

Porque cuando algo importa tanto, no me rindo, joder.

Dos posibles futuros se extienden ante mí: uno donde ayudo a Blair a criar a Max en ese pequeño pueblo, y otro donde Maggie vence esto y Blair y yo tenemos un nuevo comienzo. Ambos tienen sus desafíos. Ambos significarían cambios masivos en mi vida en Chicago.

Estoy cien por ciento de acuerdo con cualquiera de los dos. Cualquier camino que tome la vida de Blair, estaré justo allí a su lado.

Pero no hay nada que pueda hacer al respecto ahora mismo. Así que me rindo y hago lo que he estado pensando toda la noche. Me subo a mi cama y atraigo a mis brazos a la mujer que amo con todo mi ser. Ella hace un sonido grave y presiona sus caderas más cerca de mí, rozando contra mi polla dura. No sé si conseguiré un segundo de sueño con ella tan cerca de mí, pero me importa una mierda.

No voy a dejarla ir nunca.

43

BLAIR

Me muevo inquieta en la incómoda silla del hospital, observando cómo el pecho de Maggie sube y baja. Max está acurrucado a su lado, con su cómic olvidado mientras dormita. El pitido constante de los monitores llena el silencio. Ninguno de nosotros quería despertarla, así que solo esperamos, montando guardia.

—Sus electrolitos están mejorando —susurra Evie, revisando la historia clínica. Su uniforme cruje mientras se mueve alrededor de la cama—. La nueva medicación parece estar ayudando.

Asiento, agradecida por su experiencia. Hay algo reconfortante en la presencia de Evie; su actitud práctica me recuerda a mi padre.

Colton está de pie junto a la ventana, su gran figura proyecta sombras en el suelo. Me mira y sonríe.

—Evie es la mejor. Estás en buenas manos.

Asiento porque, sí, ella es bastante genial. Todos lo son.

—¿No te necesitan abajo? —le pregunto. Estoy bastante segura de que Ransom dijo que trabaja en urgencias.

—Estoy en mi descanso. Volveré abajo más tarde.

—Supongo que realmente no tienes que trabajar ya que estás casada con ese tipo, pero aun así estás aquí. —No le pregunto por qué trabaja. Está claro que es buena en su trabajo y que lo ama. Afortunadamente, ella entiende la pregunta que realmente estoy haciendo. Está trabajando un domingo.

Las enfermeras que cuidaron a papá trabajaban largas horas, y sus turnos eran un verdadero caos. Realmente no puedo imaginarme

ese tipo de vida. Mi trabajo es de lunes a viernes, a veces sábados. Nunca trabajo los domingos. Bueno, no a menos que quiera. Me gusta ir y toquetear el camión de papá o trabajar en otras cosas. Es tranquilo en las primeras horas de la mañana, antes de que el resto del pueblo despierte. Y, lo admito, he ido al taller más de lo normal en los últimos meses. He necesitado escapar.

Entonces, si ella no tiene que trabajar así, todas esas extrañas horas, ¿por qué lo hace?

—Me encanta. Ayudar a las personas en los peores momentos de sus vidas es un privilegio. —Sus labios se fruncen mientras estudia a Maggie. —He estado pensando en hacer un cambio. Me gustaría tener un horario más regular o tal vez hacer algo diferente con mi tiempo. Pero esta sensación, como que estoy ayudando, no quiero renunciar a ella por completo.

Miro a su marido, que la observa con ojos cálidos. El hombre está completamente loco por ella. Por supuesto que lo está; se casó con ella. Pero he visto a muchas personas casadas que no se miran así. Algunas se odian, sí, pero otras tienen un amor más suave y cómodo. Lo que Colton y Evie tienen no se parece a eso. Hay comodidad allí, sí, y familiaridad. Pero el fuego que arde bajo la superficie es lo que me interesa. No he visto eso antes, no en la vida real, al menos. Parecen estar a punto de follar.

Nunca he sentido realmente celos de las relaciones. A veces sentía que me quedaba atrás, pero más porque la gente a mi alrededor se emparejaba y tenía hijos, y empecé a quedar fuera de las conversaciones. Pero nunca conocí a nadie que me hiciera sentir como si estuviera en llamas. Incluso la forma en que me sentía por Ransom en aquel entonces no era esto. Era más suave, más inocente.

Mi mente divaga hacia anoche, con fragmentos flotando a través de la niebla de demasiado whisky. Los brazos de Ransom a mi alrededor, fuertes y seguros mientras me llevaba a la cama. La forma en que sus músculos se flexionaban contra mi costado, su latido constante bajo mi oído. Sé que la fuerza física no mide a una persona, pero su fuerza es realmente atractiva. Me hace sentir que

puedo apoyarme en él, física y emocionalmente, y de cualquier manera, él me apoya.

Y la forma en que me siento por él, definitivamente no es suave ni inocente.

Miro a Ransom, que está apoyado contra la pared. Él encuentra mi mirada, y rápidamente aparto la vista, el calor sube a mis mejillas.

Me muevo en mi silla, tratando de no pensar en esta mañana, pero el recuerdo vuelve de todos modos. Despertar con mi cabeza en el pecho de Ransom, con su brazo rodeándome. El subir y bajar constante de su respiración. Por un momento, había olvidado dónde estaba, olvidado los años entre nosotros.

Su camiseta se había subido durante la noche, exponiendo una franja de piel sobre la cintura de su pantalón. Mis dedos ansiaban tocarlo allí, trazar las líneas de los músculos que podía ver. Pero me había quedado quieta, sin querer romper el hechizo. No quería que se despertara y se alejara. O que se pusiera incómodo. Pero como si sintiera que estaba despierta, apretó su brazo alrededor de mi espalda.

—Buenos días —había murmurado, con la voz áspera por el sueño. Sus dedos habían subido y bajado por mi brazo, dejando escalofríos a su paso.

Había querido salir corriendo. Correr y esconderme de la intensidad de sentir su cuerpo contra el mío después de tantos años. Pero también había querido acurrucarme más cerca, respirarlo y nunca irme.

—Hola —había susurrado en respuesta, mi voz pequeña en la habitación silenciosa.

Nos habíamos quedado allí durante lo que parecieron horas pero probablemente fueron solo minutos, ninguno de los dos dispuesto a moverse primero. La incomodidad se había instalado lentamente: ¿dónde debía poner mis manos? ¿Debería mirarlo? ¿Qué se suponía que debíamos decir?

Pero debajo de esa incomodidad había algo más. Algo que se sentía como volver a casa después de mucho tiempo fuera. Como encontrar una parte de ti mismo que no sabías que faltaba.

Su pulgar había rozado mi hombro, y finalmente había levantado la cabeza para mirarlo. Su cabello estaba desordenado, sobresaliendo en ángulos extraños. Una ligera barba incipiente cubría su mandíbula. De alguna manera parecía más joven, más suave.

—¿Cómo está tu cabeza? —había preguntado con una sonrisa.

—Estoy perfectamente bien. ¿Por qué hay campanas sonando?

Sus labios se habían curvado.

—No hay campanas, cariño. No creo que estés "bien".

La tensión se había roto entonces, y ambos nos habíamos reído. Así de simple, la incomodidad se había disuelto en algo cómodo y familiar.

Aparto el recuerdo, concentrándome de nuevo en la habitación del hospital de Maggie. Pero todavía puedo sentir el calor fantasma de su cuerpo junto al mío, todavía puedo oler su colonia en mi piel.

—¿Blair? —La voz de Maggie es débil pero clara, devolviéndome a la habitación. Sus ojos azules están fijos en los míos mientras su mano se desliza hacia la cabeza de Max. No miró, pero sabe que él está allí. Eso es una cosa de super mamá.

—Estoy aquí. —Me inclino hacia adelante, tomando su mano. —¿Cómo te sientes? —Está despierta. Gracias a Dios. La tensión en mi espalda se afloja un poco.

—Como si me hubiera atropellado un camión. —Logra esbozar una pequeña sonrisa. —Pero mejor que ayer.

Max se mueve, parpadeando somnoliento.

—¿Mami?

—Hola, cariño. —Maggie pasa sus dedos por el cabello de él.

Evie revisa otra lectura.

—Tus números están definitivamente mejorando. El nuevo cóctel de medicamentos está haciendo su trabajo.

—Lo siento por haberte asustado, Max. —La voz de Maggie se quiebra. —Mami solo se cansó un poco.

Max se arrodilla, teniendo cuidado de no sacudir la cama.

—Estabas en el suelo. Te caíste. —Su labio inferior tiembla.

—Lo sé, bebé. Pero mira, ahora estoy bien. —Lo atrae más cerca, besando su frente. Sus ojos se cierran, pero no antes de que vea el

dolor y la devastación en ellos.

Ransom se aclara la garganta.

—Maggie, quería presentarte a mi hermano Colton y a su esposa Evie. Ella es una de las enfermeras de aquí.

—Encantada de conocerlos a ambos. —La sonrisa de Maggie es débil pero genuina. Sus ojos encuentran los míos, entrecerrándose. —Blair McKenna, te dije que no me trajeras al hospital.

Supongo que haremos esto. Me subo las mangas de la camiseta y cruzo los brazos.

—¿Ah, sí? Bueno, la próxima vez no te desmayes frente a mí.

—Habría estado bien....

—No estabas bien. —Mi voz sale más cortante de lo que pretendía.

Evie rompe la tensión, moviéndose al lado de Colton. Sus manos palmean sus bolsillos mientras él intenta retorcerse.

—Mujer, ¿qué estás haciendo?

—Buscando.... ¡ajá! —Saca su billetera del bolsillo trasero, sacando algunos billetes. Poniéndose de puntillas, planta un rápido beso en sus labios. —Max, ¿quieres venir a ver las máquinas expendedoras conmigo? Tienen una selección increíble de barras de chocolate.

Max mira a Maggie, con incertidumbre escrita en su rostro.

—Adelante, cariño. —Maggie asiente. —¿Quizás me traigas algo bueno?

—¡Vale! —Max salta de la cama, tomando la mano extendida de Evie.

Colton los sigue, murmurando algo sobre ser ultrajado, dejándonos a Ransom y a mí a solas con Maggie.

En el momento en que Max está fuera del alcance del oído, la expresión de Maggie se oscurece.

—Me lo prometiste, Blair. Prometiste que nada de hospitales.

—Esa promesa se fue por la ventana cuando te encontré inconsciente. —Mis manos tiemblan mientras agarro la baranda metálica de su cama. —¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Dejarte morir allí mismo en el suelo?

—¡Sí! Eso es exactamente lo que se suponía que debías hacer. —Las lágrimas corren por sus pálidas mejillas. —Hablamos de esto. No quiero pasar mis últimos días conectada a máquinas.

—¿Últimos días? —Mi voz se quiebra. —¿Es eso lo que crees que es esto? ¿Tú eligiendo dónde morir?

—Eso es exactamente lo que es.

—No. —Sacudo la cabeza con fuerza. —No, no puedes hacer esto. No así.

—Blair....

—¿Has pensado siquiera en Max? —Las palabras explotan fuera de mí. —¿Lo que le haría, encontrarte muerta en la casa? ¿Ese es el recuerdo que quieres que tenga? Cada vez que entre en esa sala de estar, te vería allí, sin vida en el suelo.

—No....

—No, necesitas escuchar esto. —Las lágrimas nublan mi visión. —Se supone que esa casa debe estar llena de recuerdos de noches de películas y fiestas de cumpleaños y tú enseñándole a hornear galletas. No.... —Mi voz se quiebra. —No esto. No puedo hacer esto, Mags. No puedo verte rendirte.

Unas manos cálidas se posan en mis hombros. Ransom. Ni siquiera me había dado cuenta de que se había movido detrás de mí. Me permito apoyarme en él, sacando fuerzas de él.

—Estás siendo egoísta. —Me limpio los ojos. —Y lo entiendo, de verdad. Estás cansada de luchar. Pero Max necesita a su madre.

—Te tiene a ti —susurra Maggie.

—¡Yo no soy tú! —Las palabras se arrancan de mi garganta. —No soy su madre. No puedo reemplazarte.

—Blair. —El agarre de Ransom se aprieta, estabilizándome, ayudándome a controlarme.

—Lo siento. —La voz de Maggie tiembla. —No pensé.... Solo quería que fuera pacífico.

—No hay nada pacífico en encontrar tu cuerpo. —Mis hombros tiemblan bajo las manos de Ransom. —Por favor, Mags. Por favor, no me hagas hacer eso.

—Yo hice la llamada. —La voz profunda de Ransom corta a través de mis lágrimas. —Blair y Max estaban demasiado alterados. Y

Maggie, no te estás muriendo. Aún no. Tus electrolitos estaban muy desequilibrados, por eso te sentías tan mal. Eso es prevenible.

Me giro para mirarlo, sus manos suben para acunar mis mejillas, solo por un segundo. Luego baja las manos y se centra en la mujer más terca del mundo.

—Los médicos pueden manejar mejor tus síntomas. No tienes que sentirte como si estuvieras al borde de la muerte todo el tiempo. —Su mandíbula se tensa. —El cáncer sigue ahí, pero podemos hacerte sentir más cómoda.

Los dedos de Maggie se retuercen en la manta del hospital.

—¿En serio?

—En serio. —Se acerca más a su cama. —Así que deja de ser terca y déjanos ayudarte.

—¿Dónde estoy exactamente? —Maggie mira alrededor de la habitación privada. —Esto no se parece en nada al hospital del condado.

—Estás en la ciudad —dice Ransom—. Piso privado.

—No puedo permitirme....

—Deja de ser una idiota —Ransom la interrumpe—. El dinero no es un problema.

—Pero....

—Nada de peros. —Se sienta en el borde de su cama. —Concéntrate en mejorar. Todo lo demás está resuelto.

—¿Cómo está Max? —La voz de Maggie se suaviza, cambiando de tema.

—Está bien. —Encuentro mi voz de nuevo. —Asustado, pero bien. Evie es genial con él.

—¿Dónde os quedasteis anoche?

El calor sube por mi cuello.

—En el lugar de Ransom. El ático.

—Por supuesto que sí. —Los labios de Maggie se curvan. —¿A Max le gustó?

—Él y Mia, que es la hija de Colton y Evie, se llevaron bien desde el principio. —Sonrío, recordando su conexión instantánea. —Construyeron un fuerte de mantas en la sala y vimos una película.

—Bien. —Los ojos de Maggie se cierran. —Eso está bien.

—Descansa —dice Ransom en voz baja—. Me llevaré a Max y haremos algo divertido por unas horas y volveremos más tarde.

—¿Prometes que no harán nada loco? —Sus palabras se arrastran ligeramente. —Nada de tratamientos caros....

—Prometo que no haremos nada sin hablarlo contigo primero. —Ransom le aprieta la mano. —Duerme ahora.

Observo cómo su respiración se vuelve regular, las lágrimas pican mis ojos de nuevo. Es principalmente ira. No estoy de acuerdo con su maldito plan. No estoy de acuerdo con que se rinda. El brazo de Ransom se desliza alrededor de mi cintura, atrayéndome hacia su costado y guiándome fuera de la habitación.

En el pasillo, camino de un lado a otro, mis botas chirrían en el suelo pulido.

—No puedo creer que ella simplemente iba a.... —Mis manos se cierran en puños.

—Lo entiendo. —La voz de Ransom es baja, suave. —Pero lo detectamos a tiempo.

—Iba a rendirse sin más. Dejarse morir en ese suelo. —Mi voz se quiebra. —¿Quién hace eso?

—Alguien que está cansada de luchar.

—Pues yo estoy cansada de ver morir a gente que amo. —Las palabras estallan antes de que pueda detenerlas.

Colton y Evie doblan la esquina, con Max entre ellos. Los ojos de Evie se entrecierran al ver mi expresión.

—Necesitamos salir de aquí por un rato —dice Ransom—. Hacer algo divertido.

—El centro de ciencias es genial —sugiere Evie—. Tienen esta nueva exposición sobre el espacio que podría gustarle a Max.

—Oh, tío, ¿podemos ir? —Colton da brincos—. Tienen esa cosa genial donde puedes hacer tu propio tornado.

—¿Quieres ir al centro de ciencias? —Evie levanta una ceja hacia su marido.

—Claro que sí. Y a Mia le encanta ese lugar. —Colton ya está sacando su móvil. —Déjame enviar un mensaje a los demás.

—¿Los demás? —Miro a Ransom, que hace una mueca y se gira hacia Colton.

—No. —Colton levanta una mano. —Jonas me matará si no lo invitamos. Y si viene Jonas, Janey tiene que venir. Y si viene Janey....

—Vendrá toda la familia —termina Ransom, pasándose una mano por el pelo y lanzándome una mirada de disculpa.

El móvil de Colton vibra repetidamente.

—Sí, todos están dentro. Nos encontraremos allí en una hora.

—Lo siento mucho —murmura Ransom cerca de mi oído—. Esto pasa a menudo.

Me encojo de hombros.

—¿Por qué te disculpas?

Sus labios se contraen.

—Dale unas horas. Lo entenderás.

—¿Podemos tomar helado después? —Max tira de mi manga.

—Claro, amigo. —Paso mis dedos por su pelo demasiado largo. —Pero primero, ¿quieres ver algunas cosas chulas del espacio?

—¡Sí! ¡Y hacer algunos tornados! ¿Debería despedirme de mamá?

—Definitivamente. Está dormida, pero puedes entrar y darle un beso. Volveremos más tarde cuando esté despierta para visitarla de nuevo.

Max y yo nos deslizamos en la habitación de Maggie, su pequeña mano agarra la mía. Camina de puntillas hasta la cama, presionando un beso suave en su mejilla. Ella no se mueve, y su respiración sigue siendo constante y profunda.

—Adiós, mamá —susurra.

Evie nos sigue, cerrando la puerta suavemente detrás de ella. Me hace un gesto para que vaya a la esquina mientras Max se queda junto a la cama de su madre.

—El centro de ciencias es perfecto para niños de su edad —dice en voz baja—. Y créeme, ¿tener a todo el grupo allí? Max no tendrá tiempo de preocuparse por nada más.

Cruzo los brazos, estudiando su rostro.

—¿Por qué siento que no me estás contando algo?

Sus ojos brillan con picardía.

—Digamos que nuestras salidas familiares tienden a ser.... memorables.

—¿Memorables cómo?

—Ya lo verás. —Me da una palmada en el brazo. —Simplemente disfrútalo. A veces el caos es exactamente lo que necesitas.

Entrecierro los ojos ante su respuesta críptica, pero ella solo sonríe y se vuelve hacia Max.

—¿Listo para ver algunas cosas increíbles del espacio, amigo?

Max asiente con entusiasmo, echando una última mirada a Maggie antes de unirse a nosotras en la puerta. No puedo quitarme la sensación de que me estoy metiendo en algo más grande que una simple visita al centro de ciencias, pero Evie tiene razón en una cosa: Max necesita la distracción. Y tal vez, si soy honesta conmigo misma, yo también.

44

BLAIR

Me apoyo contra la pared, observando a tres hombres adultos y dos niños discutir sobre la mejor manera de construir una presa de arena. Se supone que esta mesa de agua es para niños. Está en el área de los pequeños. Pero todos los hombres están de rodillas, con las mangas remangadas, luciendo muy concentrados, como si estuvieran construyendo una maldita presa de verdad. Es extraño y adorable, pero nunca se lo admitiré en sus caras.

—El ángulo está completamente mal. —Jonas señala el montón de arena mojada que Kade está moldeando. —Necesitas una pendiente de cuarenta y cinco grados para una resistencia óptima al agua.

—¿Cuándo obtuviste tu maldito título de ingeniería? —Kade golpea más arena sobre su creación. —Necesita ser empinada como el infierno. Como una pared.

—Nada de maldiciones cerca de los niños —murmura Ransom, esculpiendo cuidadosamente su propia presa con movimientos practicados.

—Ese barco ya zarpó, joder —murmura Kade, poniendo los ojos en blanco.

Como alguien con un título real en ingeniería, podría ir allí y ayudarlos. Pero no lo haré. Esto es demasiado entretenido.

Es extraño ver a Ransom así. Sé que es un hombre de familia. Eché un vistazo a eso cuando Mia saltó a sus brazos después de bajarse del autobús. Y de nuevo cuidando a los niños anoche. Pero

no entendí completamente la dinámica con sus hermanos hasta ahora. Ver lo relajados que están entre ellos, lo familiar, es revelador. Supongo que esperaba que él fuera el padre, y que todos lo miraran con respeto, le mostraran deferencia. Pero no es así. Sí, parecen tratarlo un poco diferente. Lo escuchan un poco más, pero al final, igual le van a decir que se vaya a la mierda si está equivocado.

No sé si sería lo mismo en otro escenario, como durante una adquisición corporativa o lo que sea que hagan a diario.

Max vierte un cubo de agua detrás de la presa de Kade, haciéndolo gritar. Se desmorona instantáneamente.

—¿Ves? —Jonas se endereza las gafas—. La integridad estructural....

—¿Por qué no te metes....? —Kade se muerde las palabras cuando cruza miradas con un Max sonriente, luego fuerza su atención de vuelta a reconstruir sus muros.

Mia se ríe mientras ella y Max vierten más agua, arrasando el segundo intento de Kade. Esta vez él no contiene las maldiciones. Ransom le da una palmada en la parte posterior de la cabeza con una mano mojada y arenosa, pero Kade aparentemente tiene la cabeza dura y no parece molestarse en absoluto.

—¡Mi turno! —Max agarra arena fresca. —Deberíamos hacerlo como una montaña.

—Eso es esencialmente lo que he estado sugiriendo. —Jonas asiente con aprobación.

—No, así —Ransom demuestra, sus manos se mueven con sorprendente delicadeza a través de la arena. —Querrás empacarlo apretado, crear capas.

—Eso no está funcionando —Mia pone sus manos en las caderas. —Necesitamos un foso. Como un castillo. Yo seré la princesa, ¿vale?

—Un foso solo dirigiría más agua hacia la base —explica Jonas.

—¡Pero los fosos son geniales! —Max salta arriba y abajo.

—La niña tiene razón —Kade empieza a cavar.

—Eso no va a.... —Jonas suspira mientras su último intento se disuelve.

No puedo evitar reírme. Estos exitosos hombres de negocios están cubiertos de arena mojada, discutiendo con niños sobre

ingeniería de presas. La escena es tan absurda que me he olvidado de Maggie por unos benditos minutos.

—¡Tía Blair! —Max saluda. —¡Ven a ayudarnos!

—Estoy bien aquí. —Niego con la cabeza, sonriendo.

—Tú te lo pierdes. —Ransom me guiña un ojo. —Estamos haciendo historia aquí.

—Historia científica —añade Jonas seriamente.

—Desastre de ingeniería es más acertado —murmuro.

—Te oí. —Ransom me señala con un dedo arenoso. —Solo espera hasta que perfeccionemos nuestro diseño.

Otra ola de agua arrasa con su último intento, enviando a los cinco a retroceder con gritos sorprendidos.

—Bien, nuevo plan. —Kade se limpia la cara. —Combinemos todas nuestras ideas.

—Así no es como funciona la ingeniería —protesta Jonas.

—Observa y aprende, hermano. —Kade comienza a juntar más arena. —Max, tráeme ese cubo. Mia, necesitamos tu experiencia en fosos.

Aprieto los labios, tratando de no reírme mientras comienzan otro intento condenado. Esta gente es completamente ridícula. Y de alguna manera, son exactamente lo que necesitaba hoy.

Becca, Bree, Abby y Janey se desploman en el banco a mi lado, respirando con dificultad después de perseguir al resto de los hombres por el centro de ciencias. ¿Dónde están esos tipos? Estos chicos no han pasado de la mesa de agua, pero hay un montón de otros corriendo sueltos en algún lugar de este lugar gigante. No soy muy de ciudad, pero puedo ver los beneficios de lugares como este. En casa, si hace un frío amargo, nos refugiamos en casa, y Max termina viendo demasiada televisión. Aquí, podríamos traerlo a un lugar como este para que corra.

Yo.

Yo podría traerlo a un lugar como este.

Hay un gemido a mi lado, y miro a la mujer, que parece que preferiría estar en cualquier otro lugar menos aquí. Janey agarra una lata de *ginger ale*, tomando sorbos cuidadosos entre mordiscos de galletas saladas.

—¿Estás bien? —Me muevo, dándole un poco de espacio y, sí, alejándome del rango de vómito. Solo por si acaso. —Te ves un poco verde.

—No estoy enferma. Solo embarazada. —Los ojos de Janey brillan a pesar de su palidez.

El banco estalla en chillidos y extremidades agitándose. Becca cae de lado, aterrizando fuerte en el suelo mientras las otras se abalanzan para abrazar a Janey.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Cuándo te enteraste?

—¿Jonas lo sabe?

Me acerco para ayudar a Becca a levantarse, luego me aparto del entusiasta abrazo grupal que está ocurriendo en el banco. Estas mujeres claramente comparten un vínculo profundo, más profundo de lo que habría esperado considerando que se conocen desde hace un par de años como máximo.

—¿No te unes a eso? —le pregunto a Becca, señalando al grupo lloroso y gritón.

Becca se sacude los pantalones y se queda de pie conmigo, sonriendo tan grande que parece dolerle.

—Ya lo sabía. Además, no busco recibir un codazo en el pecho hoy.

—Movimiento inteligente. —Cruzo los brazos, viendo cómo la animada conversación continúa sin nosotras.

—Así que… —Becca me da un golpecito con el hombro. —¿Cómo fue tu noche en casa de Ransom? ¿Dormiste bien?

—¿Bien? Estoy bastante segura de que las sábanas de esa cama cuestan más que mi camioneta. —Dormí como un tronco, pero eso podría tener mucho más que ver con el whisky. Bebida asquerosa, pero es jodidamente efectiva para hacer que las preocupaciones se desvanezcan. Al menos por un rato.

—Conociendo a Ransom, probablemente. —Sonríe. —¿Husmeaste entre sus cosas?

—¿Qué? ¡No!

—Aburrido. Yo siempre fisgoneo. —Becca mueve las cejas sugestivamente. —Encontré algunas cosas interesantes en su

botiquín del baño.

—No quiero saberlo.

—Solo crema para las hemorroides. —Se encoge de hombros. —Y tinte para el cabello. Está dejando que el pelo de su cabeza se vuelva gris, así que supongo que es para las partes del sur.

—¿Las partes del….? —No puedo evitar reírme. Esta mujer es una alborotadora de primera. —Sí, eres un poco cabrona, ¿no? Ransom dijo que tienes una manera de ponerle de los nervios…

—Es un don. —Becca me estudia. —¿Pero estás bien? ¿De verdad?

—Sí, solo.... —Hago un gesto hacia el grupo parlanchín. —Son agradables. Es solo que yo no....

—¿Aún no eres parte de la hermandad? —Becca asiente. —Comprensible. Son demasiado ruidosas y lloronas.

—Te oí, cabrona —grita Abby.

—¡Yo también te quiero, cariño! —Becca le lanza un beso y luego se vuelve hacia mí. —Evie me contó un poco sobre tu amiga. Sin detalles, por supuesto, solo que no está bien. Lo siento. Es una mierda.

—Lo es.

—¿No hay esperanza?

¿Cómo coño respondo a esa pregunta? Estoy acostumbrada a mantener las cosas en privado. Sí, todos en el pueblo conocen los asuntos de los demás, pero se enteran de la manera correcta, a través de los chismes. Esto de hacer preguntas y hablar de cosas difíciles es raro.

Pero estoy cansada de preocuparme sola. Hasta ahora no me ha llevado a ninguna parte.

—Es etapa cuatro. Los médicos no eran muy optimistas.

—¿Y no está recibiendo tratamiento?

—No.

Becca frunce el ceño mirando al suelo.

—No lo entiendo. Si hay aunque sea una pizca de esperanza, ¿por qué rendirse? Los milagros ocurren todos los días.

Me muerdo el labio, conteniendo todos los sentimientos que he mantenido enterrados durante meses. Una parte de mí quiere gritar

de acuerdo con Becca, decirle que yo tampoco lo entiendo, pero la lealtad hacia Maggie me contiene.

—Ha pasado por esto dos veces antes. —Mi voz suena más firme de lo que me siento. —La quimioterapia casi la mató la segunda vez.

—Pero la medicina siempre está avanzando....

—No entiendes lo que le hizo. —Me abrazo a mí misma, mientras los recuerdos de su última ronda de quimioterapia pasan por mi mente como fragmentos de una película de terror. —No pudo retener la comida durante meses. Perdió tanto peso que la ropa le colgaba. Podía rodear su muñeca con mi pulgar y meñique.

Becca hace una mueca, pero una mirada de determinación la borra rápidamente.

—Aun así, es mejor que....

—¿Que qué? ¿Morir? —Las palabras saben amargas. —Eso es lo que ella dijo cuando le supliqué que lo reconsiderara. Dijo que prefería tener tres buenos meses que seis horribles.

Frunciendo el ceño, estudia al grupo, que vuelve a discutir en la mesa de agua.

—Pero Max....

—Es exactamente por lo que está eligiendo esto. —También miro hacia ellos, encantada de ver cuánto se está divirtiendo Max. Está pudiendo ser un niño por un rato, y me quedaré aquí todo el día viéndolo jugar si eso mantiene esa expresión en su rostro. —Quiere que la recuerde viviendo, no.... —Trago con dificultad. —No conectada a máquinas, demasiado débil para abrazarlo.

Becca guarda silencio por un momento.

—¿Eso es lo que te dijo?

—Entre otras cosas. —Fuerzo una débil sonrisa. —Dijo que prefería calidad sobre cantidad. Que ha vivido una vida plena, que pudo ser madre como siempre quiso.

—Suena a hacer limonada con unos limones jodidamente grandes.

—Tal vez. Probablemente. Cada vez que creo que lo he aceptado, me encuentro tratando de hacerla cambiar de opinión de nuevo.

—Porque la amas.

—Sí —digo, mirando sin ver las mesas de arena—. Pero es su elección. Y quizás tenga razón, tal vez sería egoísta de mi parte exigir que sufra más tratamientos solo para poder tenerla más tiempo.

—No creo que eso sea egoísta —dice Becca, suspirando—. Tengo que admitir que no la entiendo. El cáncer es una mierda. Vi cómo se llevó a mi padre, y no se lo desearía a nadie excepto a los seres humanos de mierda. Pero ¿simplemente no intentarlo?

—Es solo que.... a veces es difícil tener esperanza. Seguir pensando que tal vez esta vez será diferente, y luego que todo se venga abajo de nuevo.

—Suena como si ya no estuvieras hablando solo de Maggie. —Los ojos de Becca me atraviesan—. ¿Quizás de cierto tipo alto y taciturno que está a punto de darle una bofetada a mi marido por un maldito foso?

Vaya. Sí, eso está pasando totalmente. Están nariz con nariz, dándose manotazos en la arena. Riendo, me vuelvo hacia Becca.

—Ya hablamos de Ransom ayer.

—Sí, pero me fascina. —Becca se apoya en la pared a mi lado. —Y tú lo conociste antes. Quiero decir, al Ransom Kyle original. Eso es jodidamente mítico.

Resoplo.

—¿Mítico? Solo era un chico asustado tratando de resolver sus mierdas.

—¿Ves? Eso mismo. Lo conociste cuando aún se estaba convirtiendo en.… él. —Hace un gesto hacia donde está Ransom, que aparentemente superado su problema con Kade, está ayudando a Max a empacar arena en un cubo. —El resto de nosotros solo conocemos el producto terminado.

—No hay nada terminado en Ransom Kyle. —Niego con la cabeza. —Cambia el juego tan rápido que me da vértigo. Un minuto es todo negocios, tratando de comprar mi tienda, y de repente.... —No puedo terminar la frase. De repente tiene sentimientos.

—Ah. —La expresión de Becca se suaviza. —A eso te referías con esperar en vano.

—No quise decir....

—Lo amabas. Él se fue. Esperaste que volviera, y no lo hizo. —Va enumerando puntos con los dedos. —Luego finalmente seguiste adelante, y ¡bum! aquí está de nuevo.

—No es tan simple.

—Nunca lo es con Ransom. —Becca se encoge de hombros. —Pero eres la única que lo conoció antes de todo esto. —Hace un gesto hacia el centro de ciencias. —Antes del dinero y la familia y todo lo demás. Lo conociste cuando era solo.... Ransom.

Lo observo reír por algo que dice Max, con arruguitas en las comisuras de los ojos.

—Sí, así es.

—Entonces dime, ¿realmente es tan diferente ahora?

Estudio a Ransom mientras limpia suavemente la arena de la mejilla de Mia. Su ropa es casual: vaqueros gastados y una camiseta tipo Henley que probablemente cueste más de lo que gano en una semana. Pero la forma en que se mueve es diferente ahora. Grácil, controlada.

—Solía ser tan torpe —digo, casi para mí misma.

—¿Qué? —Becca se vuelve hacia mí.

—Ransom. Todavía estaba creciendo en ese entonces. Todo brazos y piernas, como un potrillo recién nacido. —No puedo evitar sonreír ante el recuerdo. —Iba caminando hacia la cocina y simplemente.... se caía. Sin razón alguna.

—No me digas. —Los ojos de Becca se agrandan. —¿Hay alguna posibilidad de que tengas un video?

—Ojalá. Una vez estaba llevando una pila de piezas por el taller y tropezó con la nada misma. Los rodamientos se esparcieron por todas partes. Nos llevó horas encontrarlos todos.

Fotos? ¿Algo?

Ransom levanta la mirada entonces, encontrándose con la mía. Ha ganado cuerpo desde aquellos torpes años de adolescencia. Hombros más anchos, movimientos precisos. Pero cuando sonríe, veo esa misma calidez que me atrajo hacia él todos esos años atrás.

—Su esencia no ha cambiado mucho —admito—. Esa parte que quiere cuidar de todos siempre estuvo ahí. Incluso cuando apenas podía cuidar de sí mismo.

—¿A qué te refieres?

—Regalaba su almuerzo si alguien olvidaba el suyo. Se saltaba comidas para comprar piezas para los coches que arreglaba a personas que no podían pagar las reparaciones. —Lo observo demostrándole algo a Max, sus manos se mueven con cuidado. —Papá estaba orgulloso de eso. Decía que Ransom estaba aprendiendo a ser parte de una comunidad.

—Suena familiar. —Becca se ríe. —Todavía lo hace. Intenta arreglarlo todo para todos.

—Sí, bueno, ahora realmente puede permitírselo.

—El dinero ayuda mucho. Va a intentar ayudar con Maggie, ¿sabes? —La voz de Becca interrumpe mis pensamientos. —Es lo que hace.

—Ella no quiere su ayuda. —No importa cuánto me gustaría que aceptara esa ayuda.

—Tal vez no, pero ese no es el punto. —Se acomoda contra la pared. —Se preocupa por ti, profundamente. Y Maggie es importante para ti, así que....

—¿Así que qué? ¿Aparecerá con sus millones e intentará arreglarlo todo?

—Probablemente. —Becca se encoge de hombros. —Mira, lo conozco desde hace años. Cuando ama a alguien, se entrega por completo. Y Blair, la forma en que te mira....

—No sigas. —Cruzo los brazos con más fuerza.

—Solo digo que apuesto a que ya está haciendo llamadas. Probablemente tenga un equipo de médicos preparado.

—Maggie no quiere eso —repito.

—No importa. Lo hará de todos modos. —Se encoge de hombros, pero sus ojos son astutos, conocedores. —No para anular sus decisiones ni nada. Solo para tener opciones listas.

—Ese no es su lugar.

—No, pero lo hará por ti. Porque estás sufriendo, y no soporta ver a las personas que ama con dolor.

—Nunca pedí....

—Nadie pide nunca. —La voz de Becca se suaviza. —Ese es el punto con Ransom. Ve una necesidad y la satisface antes de que

alguien tenga que pedir.

—Lo sé.

—No ha cambiado tanto, ¿verdad? —pregunta Becca.

—No —admito—. Solo tiene más recursos ahora.

—Exactamente. Así que prepárate, porque el chico que solía compartir su dinero del almuerzo ahora es un multimillonario enamorado de ti. Y tu mejor amiga está enferma.

Observo a Ransom con Max, mis emociones son un lío enredado. Una parte de mí quiere que Becca tenga razón, quiere creer que los recursos y la determinación de Ransom podrían de alguna manera ayudar a Maggie. La otra parte recuerda lo terca que es Maggie, con qué ferocidad protege su independencia. ¿Y la parte del amor? Realmente estoy empezando a creerlo.

—Solo no quiero que empeore las cosas —murmuro—. Maggie ha hecho las paces con esto. Si empieza a presionar con tratamientos o protocolos experimentales....

—¿Podría cerrarse por completo? —termina Becca.

—Sí. —Me froto los brazos. —Ya ha pasado por tanto. Lo último que quiero es que sus últimos meses estén llenos de conflictos.

—¿Pero y si encontrara algo que realmente pudiera ayudar?

—Esa es la parte que me mata. —Dejo escapar un suspiro tembloroso. —¿Y si lo hace? ¿Y si hay algún tratamiento por ahí que no conocemos? ¿Algún ensayo clínico o nueva terapia?

—¿Y te preocupa presionar demasiado frente a no intentarlo lo suficiente?

—Exactamente. —Veo a Max verter otro cubo de agua sobre su última creación de arena. —Quiero respetar sus decisiones, pero....

—¿Pero también quieres agarrarla por los hombros y hacerla entrar en razón?

—Algo así. —Logro esbozar una débil sonrisa. —Simplemente no sé dónde está la línea entre apoyarla y rendirme con ella.

—Y ahora está Ransom, con todos sus recursos y su necesidad de arreglar todo.

—Sí. —Cierro los ojos brevemente. —Me aterra que entre como un *bulldozer* y lo empeore todo.

—¡Tía Blair! —grita Max un segundo antes de agarrar mi mano— Tienes que venir a ayudar. No saben lo que están haciendo. ¡Es un desastre!

—Sí, chico, puedo verlo. Ya voy. —Dejo que me arrastre, mirando atrás una vez para encontrarme con los ojos conocedores de Becca.

Esto va a llegar a un punto crítico. Lo sé.

¿Cómo voy a evitar que todo implosione?

45

RANSOM

Me apoyo en el marco de la puerta, observando a Blair arropar a Max en la cama de invitados. Más arena cae de mi oreja mientras me rasco. La maldita cosa se metió en todas partes. Todavía hay arena en mis pantalones cortos, pero la ducha puede esperar. No quiero perderme ni un momento con Blair.

—Y entonces el dragón bajó en picada.... —La voz de Max resuena en la habitación silenciosa mientras le cuenta una historia enrevesada a su dinosaurio de peluche. Este niño me está cayendo bien. Mucho. Es una mezcla extraña de lenguaje soez y dulce niño pequeño.

Y no debería tener que perder a su madre. Es tan jodidamente injusto.

Blair le acaricia el cabello, un gesto tan tierno que me hace doler el pecho.

—Es hora de dormir, cariño. Veremos a mamá a primera hora mañana.

—¿Puede venir Ransom también? —Max se asoma alrededor de Blair para mirarme.

—Si él quiere —responde Blair, con voz suave.

Asiento.

—Estaré allí, amigo. No hay nada más importante para mí que llevarte a ver a tu mamá.

Max sonríe y se hunde más bajo las sábanas. Blair le besa la frente y se levanta, pasando junto a mí descalza. La sigo escaleras

abajo hasta la cocina, donde se sirve un vaso de agua.

La distancia entre nosotros se siente más amplia que los pocos metros de suelo de baldosas. Algo cambió entre el hospital esta mañana y ahora. Se ha vuelto introspectiva, y espero que no sea por mi culpa.

Pero me temo que lo es.

Me acerco, sintiéndome necesitado.

—Blair.

Ella deja el vaso.

—No lo hagas.

—¿Que no haga qué?

—No me mires así. Como si temieras que voy a desaparecer. —Sus dedos trazan patrones en la condensación del vaso.

—¿No lo harás? —Las palabras salen más ásperas de lo que pretendía.

—Tengo responsabilidades aquí. Con Max. Con Maggie. No puedo huir de ellas.

No puede huir de ellas. ¿Y qué hay de mí?

—Lo sé. Quiero ayudar.

—No puedes arreglar esto, Ransom. —Sus ojos grises finalmente se encuentran con los míos. —No puedes arreglar a Maggie, y no puedes arreglarnos a nosotros.

—No estoy tratando de arreglar nada. Solo quiero.... —Me paso una mano por el pelo, desprendiendo más arena. —Quiero una oportunidad. Nuestra oportunidad. La que nunca tuvimos hace veinticinco años. Y sé que parece imposible ahora mismo, con la situación de Maggie.

—Tal vez perdimos nuestra oportunidad. —Su voz se quiebra en la última palabra.

Me acerco más, lo suficiente para captar el tenue aroma de su champú.

—No creo eso. ¿Tú sí?

Los hombros de Blair se desploman.

—Ni siquiera puedo pensar en esto ahora. Hay demasiadas cosas pasando con Maggie.

—Pero no es solo eso, ¿verdad? —Doy otro paso más cerca. La isla de la cocina entre nosotros se siente como una muralla de fortaleza— Hay más que no estás diciendo.

Ella niega con la cabeza, pero insisto.

—Habla conmigo, Blair. ¿De qué tienes miedo realmente?

—No lo hagas. —Su voz tiene ese tono de advertencia.

Me siento desesperado. Lo inteligente sería retroceder. Darle espacio y mantener las cosas ligeras. Podríamos acurrucarnos en el sofá y ver una película, fingiendo que estamos en una cita. Pero aparentemente, soy incapaz de ser inteligente. La distancia entre nosotros me está volviendo loco.

—¿Es por cómo me fui? Porque ya te expliqué por qué....

—Deja de presionar. —Sus nudillos se ponen blancos alrededor del vaso.

—Entonces dime la verdad. Toda. —Me inclino hacia adelante, con las palmas planas sobre la encimera. —Tienes miedo de darme otra oportunidad.

El silencio se extiende entre nosotros hasta que finalmente levanta la mirada.

—Tal vez tenga miedo. Pero eso no importa ahora. Mi mejor amiga se está muriendo. Su hijo de seis años me necesita. No tengo espacio en mi cabeza ni en mi corazón para.... —Hace un gesto entre nosotros. —Lo que sea que esto sea.

Mierda. He estado en suficientes negociaciones para reconocer cuando alguien está completamente cerrado a la negociación. Blair tiene esa misma mirada de cierre que solía tener de niña cuando había tomado una decisión sobre algo. Ninguna cantidad de presión lo cambiará.

Me enderezo, ajustándome los puños de la camisa.

—Bien. Bueno, debería ir a ocuparme de algunas cosas. —Mi voz sale cortante, profesional. El tono que uso cuando un trato se ha ido al traste. Soy un actor increíble porque nunca me sentí así en ninguna de esas negociaciones. Importaban, pero nada como esto. Como ella.

—Ransom....

—Está bien. Descansa un poco. —Me dirijo a la puerta. —Sírvete lo que quieras de la cocina. Volveré más tarde.

No espero su respuesta, simplemente salgo y bajo las escaleras hasta nuestro gimnasio privado en el piso treinta y cinco. Necesito liberar esta energía inquieta, este dolor en mi pecho. El rechazo.

Joder, sabía que debería haberlo dejado estar. Solo puedo culparme a mí mismo por su reacción.

Empiezo a correr en la pista a toda velocidad, mis pies golpean contra la superficie de goma mientras intento huir del vacío en mi pecho.

Vuelta tras vuelta, me esfuerzo más. Más rápido. Las luces de Chicago parpadean más allá de las ventanas, burlándose de mí con su brillo. Todo lo que he construido, todo lo que he logrado, y aún no puedo conseguir lo que más deseo.

Las palabras de Blair resuenan en mi cabeza. No hay espacio en su corazón. Tal vez tenga razón. Tal vez estoy siendo egoísta, presionando por más cuando ella está lidiando con tanto. Pero alejarme de ella otra vez parece imposible.

—¡Eh, Ransom!

La voz de Kade interrumpe mis pensamientos. Miro de reojo para ver a él y a Jonas en la entrada de la pista, sonriendo como idiotas.

—Ahora no —gruño, aumentando mi ritmo.

—Alguien está de mal humor —grita Kade tras de mí.

Los ignoro, concentrándome en mi respiración. Inhalo. Exhalo. Un pie delante del otro. Simple. Sin complicaciones. A diferencia de todo lo demás en mi vida en este momento.

Suena un móvil. Luego otro. Y otro más.

En cuestión de minutos, la pista se llena con mis hermanos y sus mujeres. Micah sosteniendo a Noah, con la mano firmemente agarrada a la de Holly. Nick y Maverick hombro con hombro. Colton y Evie, con un monitor de bebé apretado en su mano. Declan y Cara, Zach y Maya. Becca, Cadence, Janey, Bree, John y Abby. Todos están aquí. Excepto Mia; de ahí el monitor de bebé de Evie.

—Por el amor de Dios —murmuro, deteniéndome—. ¿No puede un hombre correr en paz?

—No. —Nick da un paso adelante. —No cuando claramente está tratando de huir de sus problemas.

—No estoy....

—Déjate de tonterías —interrumpe Maverick—. Te hemos visto cargar con lo que sea que esto es durante veinticinco años. Es hora de que lo sueltes.

—No hay nada que....

—Ransom. —La voz de Colton es tranquila pero firme. —Somos tu familia. Déjanos ayudarte.

Miro sus rostros, estos hombres que pasaron de ser extraños a hermanos. Que construyeron un imperio conmigo. Que confían en mí sus vidas, sus sueños, sus miedos. Y aquí estoy yo, todavía guardando secretos.

La lucha se desvanece de mí. Me dejo caer de culo en la pista, limpiándome el sudor de la cara.

—¿Queréis la historia completa? —pregunto.

Todas las cabezas asienten al unísono.

—No es una historia feliz.

—Ya lo imaginábamos —dice Nick, metiendo las manos en sus bolsillos. Todos se dispersan, algunos sentándose en la pista, algunas de las mujeres tomando asiento en los bancos de pesas que Colton y Zach traen.

No quiero hacer esto. No quiero ver cómo cambia la forma en que me miran. Pero tienen razón. No es justo que guarde secretos.

Pero no sé cómo empezar. ¿Cómo lo explico?

Tomando una profunda respiración y dejándola salir lentamente, simplemente lo suelto.

—Cuando tenía once años, maté a mi familia.

Camino de puntillas sobre el suelo crujiente, con el corazón latiéndome en el pecho. El montón de ropa que escondí antes apretado contra mí. Hombre, esto va a ser genial. Solo tengo que salir de aquí sin despertar a nadie.

Me quedo inmóvil cuando mis hermanas se mueven en sus literas. Nuestra casa es muy pequeña. Y a los once años, soy demasiado mayor para compartir habitación con mis hermanas pequeñas, pero no creo que mi familia vaya a salir nunca de este

barrio o de esta casa. Mamá dijo que podemos intentar poner una cortina, pero eso no va a impedir que toquen mis cosas. Las niñas son tan molestas. Pero no se despiertan, gracias a Dios. Me dirijo lentamente hacia la puerta, con cuidado de no chocar con nada en la oscuridad.

Piso cuidadosamente la delgada alfombra del pasillo. El suelo rechina como el infierno, y si me van a pillar, será aquí, en las escaleras. Mamá le pide constantemente a papá que arregle el chirrido, pero papá no es tonto. Le dijo que va a dejar el chirrido para que los niños no tengamos ideas sobre escaparnos.

No va a funcionar. Conozco cada punto que rechina. Lo sé desde hace años. Mamá y papá tienen muchas opiniones sobre lo que es apropiado que yo vea en la tele. Así que me escabullo y veo después de que se hayan ido a la cama. Lo he estado haciendo durante años.

Pero esta noche es diferente. Esta noche tengo grandes planes, así que cada paso se siente muy pesado. Las escaleras son la peor parte. Cada escalón podría delatarme. Los bajo lentamente, uno a uno, rezando para no cometer un error.

Finalmente, estoy en la cocina. Me desvisto allí mismo, dejo mi pijama en un pequeño bulto debajo de la mesa de la cocina, y luego tomo mis suministros de la nevera. Pongo la sartén en el quemador, enciendo la estufa de gas, y el suave silbido rompe el silencio. La mantequilla chisporrotea en la sartén mientras coloco el pan. El olor del queso derretido llena el aire. Mi estómago gruñe, pero lo ignoro. Siempre tengo hambre. Mamá dice que tengo la pierna hueca. No sé realmente lo que significa, pero sonríe y sacude la cabeza cuando lo dice, así que no debe ser malo. Pero estos no son solo para mí. Los chicos me pidieron que trajera bocadillos, y como las chicas se comieron la última bolsa de patatas fritas, esto tendrá que servir.

Además, los sándwiches de queso a la plancha, aunque estén un poco fríos cuando los comamos, son un millón de veces mejores que las patatas fritas.

Estoy bastante orgulloso de mí mismo, por haber aprendido a cocinar y todo eso. La cara de mamá cuando le sirvo la cena.... hombre, eso es lo mejor. Pero esta noche se trata de otra cosa. Esta noche se trata de aventura.

Pero los chicos seguirán impresionados. Lo sé.

Apago el mando de la estufa, tiro del paño del mango de la estufa y me limpio los dedos grasientos, lo tiro en la encimera junto a la estufa, luego me apresuro a envolver los sándwiches en toallas de papel y los meto en mi mochila. Mis palmas están sudorosas de emoción. Vamos a revisar esa casa abandonada, tal vez incluso fumemos algunos cigarrillos si Joey logró robarle algunos a su viejo. Y esas revistas.... Nunca he visto a una chica desnuda antes. Mi cara arde solo de pensarlo.

Con las llaves de mi casa en la mano, alcanzo el pomo de la puerta, y luego me quedo helado. ¿Fue eso un ruido arriba? Espero, apenas atreviéndome a respirar. Nada. Falsa alarma. Giro el pomo lentamente, haciendo una mueca ante cada pequeño sonido.

El aire fresco de la noche golpea mi cara cuando salgo. Libertad. Lo logré. Estoy fuera. Mis amigos están esperando justo al final de la calle. Mi corazón late con fuerza, pero ya no por miedo. Esta va a ser la mejor noche de todas.

Antes de irme, cierro la puerta con llave. Este es un barrio de mierda lleno de mucha gente agradable, y algunos tipos realmente malos, y una puerta sin cerrar es como agitar una bandera roja frente a un toro.

Nadie va a llegar a mi familia esta noche. Se mantendrán a salvo y nunca sabrán que me fui.

Camino pesadamente por la calle, con los pies pesados por el cansancio. Nada salió como lo planeamos: Joey se acobardó y no tomó las revistas de su padre, y terminamos simplemente pasando el rato dentro de esa estúpida casa. No era tan genial como pensé que sería. Olía un poco a mierda. Estoy bastante seguro de que alguien estaba ocupando ilegalmente allí, pero afortunadamente no vimos a nadie. Mis sándwiches fueron jodidamente increíbles, sin embargo. Pero no estoy seguro de que escaparse haya valido la pena. Solo voy a dormir unas pocas horas antes del desayuno, así que seguro que me quedaré dormido en la escuela.

Al doblar la esquina hacia mi calle, mi corazón se detiene.

No sé cómo lo pasé por alto. Demasiado ocupado pensando en lo decepcionante que fue la noche, supongo.

Luces rojas, amarillas y azules destellan, reflejándose en las ventanas de las casas. El humo flota denso en el aire, irritando mis ojos y ahogando mis pulmones. Empiezo a correr, mi mochila golpeando contra mi espalda con cada paso.

No. No, no, no.

Es mi casa. Nuestra casa. Las llamas lamen las ventanas, el humo se eleva hacia el cielo nocturno. Los bomberos rodean el lugar, sus mangueras apuntan al infierno que solía ser mi hogar.

No puedo respirar. No puedo pensar. Esto no puede estar pasando.

—¡Mamá! ¡Papá! —grito, intentando pasar por delante de un policía que me agarra.

—Eh, tranquilo, chico. No puedes entrar ahí.

—Pero mi familia....

Su rostro se tensa y entristece. Sus manos se aprietan en mis hombros, y me guía al otro lado de la calle, empujándome hacia el césped.

Las siguientes horas se funden en un borrón. Las sirenas aúllan. La gente grita. Los vecinos están de pie en sus pijamas, con las manos cubriendo sus bocas. El humo me quema la nariz y hace que me duela la garganta. Me siento en el bordillo, entumecido, mientras los bomberos combaten el incendio.

Luego sigo sentado mientras las llamas se extinguen, y todo lo que queda es una cosa negra y humeante que solía ser una casa.

Entonces los veo. Cuatro bolsas negras en camillas. Y todo se detiene.

Mamá. Papá. Mis hermanas. Se han ido.

No puedo apartar la mirada mientras pasan los cuerpos frente a mí. ¿Cómo se verán bajo esas bolsas? ¿Están quemados? ¿Sufrieron? Las imágenes inundan mi mente: su piel carbonizada, sus rostros retorcidos de dolor. Me inclino y vomito mi sándwich de queso en la cuneta.

—Parece que comenzó en la cocina —dice un bombero cerca—. Justo en la estufa.

La estufa. Donde había hecho esos estúpidos sándwiches. Donde había dejado ese trapo. Pero la apagué. ¿No es así? Recuerdo haber

girado la perilla. Pero tenía prisa, estaba concentrado en ir con mis amigos.

No lo comprobé.

Esto es mi culpa. Yo hice esto. Si no me hubiera escapado.... si me hubiera quedado en la cama....

El peso de todo me aplasta. No puedo respirar. No puedo moverme. Todo lo que puedo hacer es sentarme allí, mirando los restos humeantes de mi vida, sabiendo que soy la razón por la que todo se ha ido.

Yo hice esto.

Yo maté a mi familia.

46

RANSOM

No puedo levantar la mirada del suelo. No quiero ver el juicio en sus rostros. El peso de mi confesión flota pesadamente en el aire, aplastándome con cada segundo que pasa. La superficie de goma de la pista se desdibuja ante mi visión, los recuerdos de aquella noche me inundan: el humo, las sirenas, esas bolsas negras.

—Dios santo. Joder. —La voz de Colton sale baja, casi un susurro.

Alguien se aclara la garganta, y me obligo a levantar la mirada. Los intensos ojos azules de John se clavan en los míos, su rostro fijo en esa quietud de patio de prisión que pone nerviosa a la mayoría de la gente. Pero ahora lo conozco. Sé que hay mucho más detrás de esa mirada.

—Eres un maldito idiota —dice John, cruzando sus enormes brazos sobre su pecho.

No es lo que esperaba. Ni siquiera se acerca. Mi boca se abre, pero no salen palabras.

Nick se inclina hacia adelante, con las manos entrelazadas entre las rodillas.

—¿Qué decía el informe? Porque sé que lo leíste.

El informe oficial del incendio. Me he memorizado cada palabra, cada detalle.

—La estufa no estaba completamente apagada. —Mi voz se quiebra. —Y la toalla.... no cayó en la encimera como pensé. Estaba sobre el quemador.

El rostro de Becca se vuelve completamente blanco.

—¿Qué pasó con las alarmas de humo?

Voy a vomitar. Aquí mismo, frente a todos.

—Sin baterías. Papá las quitó semanas antes durante la cena, no dejaban de sonar cuando mamá cocinaba. Quemaba las cosas, muy seguido. Iba a reemplazarlas, pero.... —Trago con dificultad. —Estaba trabajando turnos dobles esa semana. Se le olvidó.

Jonas se balancea hacia adelante y hacia atrás de esa manera que lo hace cuando está procesando algo difícil. La mandíbula de Micah se tensa y destensa, mientras Holly se acurruca más bajo el brazo de Micah.

—Los maté —susurro—. Si no me hubiera escapado....

—Basta. —La voz de John corta el aire como un cuchillo. Su cicatriz resalta contra su piel pálida. —Tenías once putos años.

Pero estoy de vuelta allí otra vez, oliendo el humo, viendo esas bolsas para cadáveres. El peso de veintiocho años de culpa presiona mi pecho hasta que apenas puedo respirar.

—Tenía edad suficiente para ser más cuidadoso —digo, con la voz ronca—. Edad suficiente para saber que no debía dejar una toalla cerca de la estufa. Pero cometí un estúpido error, y perdí a todos los que me importaban.

Cada músculo de mi cuerpo se siente como si se hubiera convertido en piedra, como si fuera a quebrarme si intento moverme.

—He intentado compensarlo desde entonces. Construyendo esta familia. Ayudando a la gente. Ya no me considero un asesino, pero la verdad es la verdad. Soy responsable.

Nick niega con la cabeza, inclinándose hacia adelante.

—Si esas alarmas de humo hubieran tenido baterías, se habrían despertado. Habrían salido. Tu padre las quitó, ¿cómo es que todo eso recae sobre ti?

—Entiendo lo que dices. —Blair me ha dicho algo similar. Lo dijo lo suficiente como para que empezara a creerlo. Pero aún así no excusa lo que hice. —Pero fui yo quien encendió esa estufa esa noche. Fui yo quien dejó esa toalla. He aceptado que cometí un

horrible, horrible error. —Miro a cada uno de ellos a los ojos. —Uno con el que tengo que vivir. Y en su mayor parte, lo he hecho.

El silencio se extiende entre nosotros, cargado de palabras no dichas y dolor compartido. Estas personas, mi familia elegida, me ven. Realmente me ven. Y estoy tan agradecido de que sigan aquí.

Janey se apoya contra Jonas, sus ojos suaves con preocupación.

—¿Qué pasó después?

Mi garganta se tensa. Los recuerdos de ese año vuelven a mí: diferentes casas, diferentes rostros, todos mezclándose en una nebulosa de ira y dolor.

—Me rebotaron por el sistema durante un tiempo. Seis hogares en doce meses —me froto la mandíbula, el recuerdo de esos lugares nítido y borroso al mismo tiempo. —Era.... difícil. Estaba enojado. Iniciaba peleas. Rompía cosas. Nadie quería lidiar con el niño que mató a su familia.

La mandíbula de John se tensa, pero se mantiene en silencio. Nick se mueve en el suelo, y puedo sentir su tensión colectiva.

—A la mayoría de los hogares ni siquiera los recuerdo ya. Solo un borrón de rostros y lugares a los que no pertenecía. —Respiro profundamente. —Entonces un día, aproximadamente un año después del incendio, mi trabajador social me llamó a su oficina.

La mano de Holly encuentra la de Micah, apretando con fuerza. El peso de su atención presiona contra mí, esperando lo que viene después. *Ya han escuchado lo peor, y aún están aquí. No van a huir si escuchan el resto.*

—Pensé que era solo otro hogar, otra familia que se daría por vencida conmigo en unas semanas. —Cierro los ojos, recordando esa pequeña oficina, la pila de archivos en el escritorio. —No tenía idea de que esa reunión lo cambiaría todo.

Me desplomo en la dura silla de plástico, con los ojos fijos en una grieta en el suelo de linóleo. La oficina de Jerry se siente más pequeña que nunca, las paredes se cierran sobre mí. He estado aquí tantas veces que podría dibujar cada detalle con los ojos cerrados: los carteles motivacionales descoloridos, la planta artificial polvorienta en la esquina, la pila de carpetas que amenaza con

caerse de su escritorio. Siempre hay una pila. Los colores son diferentes, el número de archivos cambia, pero siempre está ahí.

Mi archivo es uno de los más grandes, pero no está en esa pila. Está en su escritorio justo en el medio.

Jerry se ve como la mierda. Círculos oscuros bajo sus ojos, su camisa arrugada como si hubiera dormido con ella. Una parte de mí quiere preguntar si está bien, pero aplasto ese sentimiento rápidamente. No es asunto mío. No me importa.

Deja caer los codos sobre el escritorio, frotándose las sienes.

—¿Qué quieres, Ranny? Se me están acabando las opciones aquí. Cada vez que creo que te vas a asentar, haces otra maldita estupidez y terminas de vuelta aquí.

Me encojo de hombros, tirando de un hilo suelto en mis jeans. ¿Qué quiero? Desaparecer. Dejar de existir. Pero no tengo las agallas para hacer que eso suceda. No todavía, al menos.

Jerry suspira, abriendo mi archivo.

—Repasemos esto de nuevo, ¿de acuerdo? —Empieza a recitar nombres, todas las familias de acogida por las que he pasado. Con cada una, los recuerdos destellan en mi mente.

Los Johnson. Destrocé su televisor cuando el señor Johnson intentó abrazarme.

Los García. Le robé las pastillas a la señora García y las tiré por el inodoro.

Los Patel. Le pegué un puñetazo a su hijo cuando me preguntó sobre mi familia.

Cada vez, lo mismo. Alguien intenta acercarse y yo reacciono con violencia. Los alejo antes de que puedan ver lo jodido que estoy realmente. Antes de que puedan ver la sangre en mis manos.

Antes de que pueda empezar a importarme. Los consejeros me tienen bien calado, supongo. Dicen que necesito dejar entrar a la gente.

Y una mierda. Nunca más. Nunca más volveré a permitirme amar a nadie. Nadie va a reemplazar a mi familia.

Nunca.

—Me lo estás poniendo muy difícil, chico —dice Jerry, cerrando el expediente—. Ya no me quedan familias de acogida dispuestas a

recibirte. ¿Sabes qué viene después? Un hogar de grupo. Y créeme, no quieres eso. Algunos de esos lugares son solo un paso mejor que la cárcel.

—Me da igual —murmuro, sin levantar la mirada. Siento un pequeño hilo de ansiedad que intenta desenredarse en mi pecho, pero se desvanece rápidamente. Es difícil preocuparse demasiado por algo cuando ya has perdido todo lo que alguna vez importó.

—Pues a mí sí me importa —espeta Jerry, sorprendiéndome. Levanto la vista y veo la frustración grabada en su rostro. Normalmente es bastante tranquilo, así que el hecho de que no lo esté ahora es un poco interesante—. No me voy a dar por vencido contigo, Ransom. Todavía no.

Se recuesta en su silla, pasándose una mano por el cabello que se le está cayendo.

—Tengo un amigo. Solía trabajar con él en la policía. Lo llamé y.... puede que esté dispuesto a acogerte. —Echo un vistazo a las fotos que hay al lado de su escritorio. Está de uniforme, luciendo joven y musculoso. ¿Quién demonios deja de ser policía para convertirse en trabajador social? Me parece un paso atrás. Mucho menos poder y una jodida cantidad de mierda más con la que lidiar.

Mierda como yo.

—¿Me vas a mandar a vivir con un policía?

—Ya no es policía —dice Jerry—. Se fue a un pueblo más pequeño hace años. Ahora dirige un taller. Se mudó allí con su hija.... ella es.... diferente. No le iba bien en la ciudad.

No respondo, solo vuelvo a mirar al suelo. ¿Qué sentido tiene? Terminará de la misma manera que siempre. Me aseguraré de ello. El hogar de grupo no me asusta. Ya nada me asusta.

Y quién sabe, tal vez el hogar de grupo me ahorre la molestia de intentar suicidarme de nuevo. Sigo fracasando. No soy bueno para nada, ni siquiera para matarme.

Jerry se inclina hacia adelante, con la voz más suave ahora.

—Mira, Ranny. Sé que estás sufriendo. Ni siquiera puedo imaginar por lo que estás pasando. Pero no puedes seguir alejando a todo el mundo. Tarde o temprano, tienes que dejar entrar a alguien.

Aprieto los puños, sintiendo esa familiar ira burbujeando. Él no sabe una mierda. No tiene que vivir con esta culpa, esta vergüenza. No se despierta cada noche oliendo a humo, escuchando los gritos de sus hermanas, deseando haber muerto con ellas.

—¿Cuándo me voy? —pregunto, con voz monótona. Luchar contra él requeriría más energía de la que tengo. De todos modos, no importa. Volveré aquí pronto. El nuevo tipo también se rendirá conmigo. Me aseguraré de ello.

Jerry suspira, un sonido cargado de agotamiento.

—Mañana por la mañana. Te llevaré yo mismo. Por esta noche, por favor, mantén la cabeza baja. Los Wilson están al límite.

Al límite. Me pregunto qué tan difícil sería empujarlos a hacer algo malo. Algo de lo que no pueda recuperarme.

Paso demasiado tiempo pensando en esa posibilidad. Eso me sacaría del infierno en el que se ha convertido mi vida. Luego terminamos y me pongo de pie. Cuando alcanzo la puerta, Jerry habla de nuevo.

—Ranny.... dale una oportunidad a este, ¿vale? Por mí.

No respondo. No puedo hacer esa promesa. Simplemente salgo, dejando a Jerry desplomado en su escritorio, luciendo más cansado de lo que nunca lo he visto. E ignoro las líneas de estrés en el rostro de la señora Wilson mientras me acompaña a la salida. Líneas de estrés que yo puse allí.

PRESIONO *mi frente contra el frío cristal de la ventanilla del coche, viendo cómo la ciudad se desvanece. El hormigón y el acero dan paso a interminables campos verdes, salpicados de vacas pastando y tractores oxidados. Mi estómago se revuelve, y no es solo por la conducción de mierda de Jerry.*

Este espacio abierto me está volviendo loco. ¿Dónde están los callejones para esconderse? ¿Las multitudes en las que desaparecer? Aquí fuera, me siento expuesto, como un bicho bajo un microscopio. No hay manera de que me quede aquí.

Jerry está tarareando alguna vieja canción country, golpeando con los dedos el volante. Quiero decirle que se calle, pero estoy demasiado ocupado tratando de no vomitar.

Pasamos un cartel que hace que mi corazón se hunda aún más. "Badger Falls", proclama con pintura descolorida. "Población 2462".

—¿Qué clase de pueblo de mierda es este? —murmuro, sin querer decirlo en voz alta realmente.

Jerry se ríe.

—No está tan mal. Puede que te venga bien bajar un poco el ritmo.

Me giro para mirarlo con furia.

—¿Por qué estoy aquí? Esto está jodidamente lejos de la ciudad.

Suspira, con los ojos aún en la carretera.

—Robert es un viejo amigo de hace tiempo. Trabajamos juntos en la policía.

—No soy estúpido. Ya has dicho eso. —Resoplo. —¿Por qué coño venimos hasta aquí? Esto no puede ser legal. ¿Se te permite abandonar niños en el campo?

—No te estoy abandonando. Y mis supervisores acordaron dejarme intentarlo —corrige Jerry—. Y Robert es.... diferente. El tipo más tranquilo que he conocido jamás. Siempre relajado, ¿sabes? Podía hablar con cualquiera y hacerle sentir cómodo.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Y qué?

Jerry se queda callado por un momento, luego dice suavemente:

—Es el tipo de hombre que necesitas ahora mismo, Ranny. Alguien que pueda manejar tus problemas sin sudar la gota gorda.

Me vuelvo hacia la ventana, observando los interminables campos pasar. Siento el pecho apretado, como si no pudiera respirar lo suficiente. Este lugar, este tal Robert.... todo se siente mal. Pero, ¿qué otra opción tengo?

—¿Y ahí fue donde conociste a Blair y a su padre? —pregunta Evie, inclinándose hacia adelante en el banco.

—Sí, así fue. —Gran parte de mi infancia es un borrón, pero ese momento, justo después de que Jerry se fuera, todavía está nítido

en mi mente. —Mi trabajador social me dejó allí. Apenas se quedó lo suficiente para presentarnos, y luego se fue.

Esto es una idea pésima. Este tipo no es como los otros padres de acogida con los que he vivido. Es más grande. Muchísimo más grande. Y tiene esta forma escalofriante y calmada de mirarme, como si viera todo lo que está pasando dentro de mi cabeza.

No me gusta.

El coche de Jerry se hace cada vez más pequeño mientras se aleja, y estoy desesperado por correr tras él. Por subirme de nuevo y obligarle a que me lleve de vuelta a la ciudad. A todo lo familiar. Todo lo predecible.

La sangre empieza a bombear en mis piernas, preparándome para correr, cuando una pesada mano se posa sobre mi hombro.

—Vamos, hijo. No tiene sentido que corras. Él solo te traerá de vuelta aquí.

Me giro hacia él, quitándome su mano del hombro.

—No soy tu hijo. No me toques, maldito pervertido.

Sus ojos no se encienden de ira. Sus manos no se cierran en puños. No hace nada más que mirarme con calma, parpadeando lentamente como si estuviera escuchando el pronóstico del tiempo.

Es espeluznante como la mierda.

—Me quedan unas horas más de trabajo. Te inscribiremos en la escuela mañana. Pero por ahora, puedes echarme una mano.

—¿Trabajo? ¿Es eso por lo que estoy aquí? ¿Para que tengas algún tipo de mano de obra esclava en tu mierda de taller?

Se gira, mirando hacia su garaje. Para ser justos, no está tan mal. Sí, el letrero está desgastado y algo de pintura se está pelando, pero tiene tres bahías y los suelos parecen bastante limpios. Nada que ver con el lugar grasiento de mi barrio.

Mi antiguo barrio.

—Hijo, mi intuición me dice que no tienes ni puta idea de nada. Si estuviera buscando mano de obra gratis, no habrías sido mi primera elección. —Se dirige al garaje, dejándome de pie en la entrada, sintiéndome perdido.

No hay a dónde ir. Examino la calle, y realmente no hay mucho movimiento. Frente a algunas tiendas hay pequeños bancos, y más

de uno tiene ancianos sentados. No parece que tengan prisa por ir a ningún lado. Supongo que cuando eres viejo, no tienes mucho que hacer.

Excepto observarme. Puede que no me estén mirando fijamente, pero seguro que me están prestando atención. Soy el nuevo bicho raro del barrio, supongo.

Mis opciones en este momento parecen ser entrar y "trabajar" o quedarme aquí fuera y dejar que la línea directa de las abuelas chismee sobre mí.

Entro.

El tipo ni siquiera me está esperando. Ya está debajo de un coche que está elevado en el aire, manipulando algo.

Y está silbando como si todo estuviera bien, y como si no acabaran de dejar a un niño de doce años en su puerta. Si él puede actuar como si esto no fuera gran cosa, yo también puedo. Me dejo caer en un taburete bajo, apoyo el codo en mi rodilla y dejo caer mi barbilla en la mano. ¿Cómo voy a salir de aquí?

No sé cuánto tiempo pasa mientras estoy ahí sentado pensando en formas de arruinar mi vida, pero eventualmente, la voz de McKenna resuena.

—¿Puedes pasarme esa llave inglesa que está a tu lado, hijo?

Recojo la llave inglesa, apretando la mano en el mango.

—No soy tu puto hijo. Nunca lo seré. Y si me llamas así una vez más, te mataré a golpes con esta maldita llave.

Sale de debajo del coche y se acerca hasta que las puntas de sus grandes botas tocan las puntas de mis desgastadas zapatillas blancas. Mi corazón late acelerado en mi pecho, pero no dejo ver lo jodidamente asustado que estoy. Tal vez este es el momento. Este es el momento en que todo termina. Tal vez este es el tipo que me liberará.

Quiero ser libre. Quiero ver a mi familia otra vez. Quiero abrazar a mis hermanas.

Forzándome a encontrar su mirada, me pongo de pie, nuestros pechos casi tocándose. Su rostro es ilegible. No hay nada ahí. Está simplemente en blanco, lo cual es mucho peor que la ira obvia. Hace un ruido grave en el fondo de su garganta, y tenso todos los

músculos de mis muslos. No sé por qué me estoy preparando. Si planea golpearme, no hay mucho que pueda hacer al respecto, incluso con un arma.

Pero no me golpea. En su lugar, abre la boca y me destroza.

—Debes haber tenido un muy buen padre.

La llave inglesa se cae de mi mano mientras los recuerdos de mi padre pasan por mi mente. Jugando a atrapar la pelota en el patio trasero. La forma en que hacía un juego de robar comida de mi plato, riéndose cuando le daba manotazos. La forma en que me abrazaba tan fuerte que casi no podía respirar.

Estoy demasiado roto para pelear cuando envuelve una mano alrededor de mi cuello y me atrae hacia su pecho. No me rodea con sus brazos. Si lo hubiera hecho, me habría desmoronado. Solo mantiene un agarre firme en mi cuello y presiona mi frente contra su pecho mientras tiemblo.

No voy a llorar, maldita sea. No lo merezco. Soy la razón por la que todo esto está pasando.

Pero no puedo hacer que el temblor y la estúpida respiración agitada se detengan. Lo único que puedo hacer es quedarme ahí y soportarlo. Este no soy yo. No me derrumbo, y ciertamente no lo hago frente a extraños. Esta mierda es algo que normalmente solo me permito hacer en la cama por la noche cuando nadie más puede ver.

Pero no lloro, joder.

—¿Quién es él? ¿Por qué está llorando? ¿Está dejando mocos en tu mono de trabajo?

La voz me sobresalta tanto que me echo hacia atrás, casi cayéndome del taburete en el que estaba sentado. Tropezando con él, me apoyo contra el mostrador y miro fijamente a la chica. Lleva unos vaqueros sueltos y desgastados y una camiseta negra lisa. Su largo pelo oscuro está trenzado y lleva un pesado reloj de hombre en la muñeca. Tiene una mochila negra colgada de un hombro. Es mayor. Quizás unos años mayor que yo. De edad de instituto.

—No estoy llorando, joder —gruño, apretando los puños para evitar frotarme las mejillas. No están mojadas; sé que no lo están, pero la forma en que lo ha dicho me dan ganas de comprobarlo.

No parece que le moleste la forma en que le hablo. Simplemente inclina la cabeza, mirándome fijamente. Luego, sin apartar la mirada, vuelve a hablar.

—Papá. ¿Por qué está llorando ese chico?

—¡Que no estoy llorando, joder! —Nunca le he pegado a una chica, pero algo en ella me hace desear poder hacerlo. Mi padre estaría tan decepcionado conmigo si lo hiciera. Esa es la única razón por la que me contengo.

—Este es Ransom. Se va a quedar con nosotros una temporada. Ransom, esta es mi hija, Blair.

Blair. Conocí a un chico llamado Blair en mi antiguo barrio. Esperando hacerle daño, digo:

—Blair es nombre de chico. —Pongo todo el asco que siento por mí mismo en las palabras. Quizás hacerla llorar arregle algo de lo que estoy sintiendo.

—Sí —dice ella, con voz neutra, casi aburrida. Se vuelve hacia su padre—. Voy a cambiarme; luego bajaré a ayudarte con ese Chevy. —Al pasar junto a su padre, se detiene, apoyándose en él por un segundo mientras él pasa la mano por su trenza, dándole un pequeño tirón. Se sonríen el uno al otro, y los odio a ambos. Porque en las sonrisas de ambos hay algo que yo destruí hace un año.

Familia.

—Haces eso con ellos.

Parpadeando, intento despejar los recuerdos de aquel día y concentrarme en la habitación. Es el primer buen recuerdo que tengo de aquella época de mi vida, así que lo guardo en el pequeño bolsillo al frente de mi mente. Mis ojos se encuentran con los de Janey.

—¿Que hago qué? —le pregunto suavemente. Se ve cómoda y con la mirada despejada por primera vez hoy. Parece que sus náuseas matutinas están cediendo. Está de cuatro meses, así que con suerte ya casi termina. Se supone que solo dura el primer trimestre, ¿no?

Su sonrisa es suave, lo cual en sí mismo es un poco sorprendente. Janey es dulce y muy intuitiva cuando se trata de las personas, pero también ha recorrido un camino difícil, y esperaba

que me mirara con un poco más de dureza. Quizás con un poco más de juicio. Pero no veo nada de eso.

—Lo noté primero con Jonas, pero lo haces con todos ellos. Pones tu mano alrededor de sus cuellos y los atraes hacia ti. No lo haces con ninguna de nosotras —dice, señalando a las mujeres—. Solo con ellos. Y ahora el "por qué" tiene un poco más de sentido. ¿Empezaste a hacerlo conscientemente?

Tengo que pensarlo un minuto antes de poder darle una respuesta.

—Recuerdo cómo se sintió cuando Robert lo hizo por primera vez. Se sintió....

—Reconfortante —aporta Kade.

Maverick asiente.

—Como si te vieran.

—Como si te amaran —dice Micah.

—Como si estuvieras en casa.

Esa última, con el tono claro y firme de Jonas, es la que me quiebra. Mi pecho se aprieta y necesito presionar las palmas de mis manos contra mis ojos.

—Sí —digo, con la respiración entrecortada—. Exactamente así.

47

COLTON

Miro alrededor del gimnasio a nuestra familia conmocionada, dispersa por las colchonetas y los bancos de pesas. Todos están procesando lo que Ransom acaba de compartir: la devastadora verdad que ha cargado solo durante casi tres décadas.

Mi hermano está sentado con los hombros encorvados, las manos cuelgan entre sus rodillas. Sus ojos están fijos en algún punto distante en el suelo. La fachada confiada que tanto se esfuerza por mantener se ha desmoronado, dejando a ese niño asustado de once años que lo perdió todo.

—Que te jodan, hermano. —Las palabras salen de mí antes de que pueda detenerlas.

La cabeza de Ransom se levanta de golpe, con los ojos muy abiertos por un segundo antes de que su expresión se cierre. Su mandíbula se tensa mientras se prepara para el rechazo; conozco esa mirada. Espera que le demos la espalda, que lo juzguemos como él se ha juzgado a sí mismo todos estos años.

—Que te jodan por no compartir eso con nosotros hace años. Por no darnos la oportunidad de estar ahí para ti. —Mi voz se quiebra. —Has cargado con esto solo todos estos años cuando tenías toda una familia aquí que te ama y quiere apoyarte.

Nick asiente desde su lugar contra la pared.

—Eres nuestro hermano, tío. A lo largo de todo.

—Siempre lo has sido —añade Maverick en voz baja.

La respiración de Ransom se vuelve entrecortada mientras lucha por mantener el control. Se pasa las manos por el pelo, luego se levanta y se aleja del grupo. De ninguna manera voy a dejar que huya de nosotros.

Cruzo la habitación y lo agarro por los hombros.

—Escúchame. Todos tenemos mierda en nuestro pasado. Cosas que desearíamos poder cambiar. Pero tú eres quien nos enseñó que la familia significa nunca tener que cargar ese peso solo.

Las lágrimas corren por sus mejillas cuando su cuidadoso control finalmente se rompe. Lo atraigo hacia un abrazo feroz, sintiendo sus hombros temblar. Incluso ahora, no se permite derrumbarse por completo.

—Te queremos, hermano. Nada cambia eso. Nada podría hacerlo nunca —le susurro al oído.

Uno por uno, mis hermanos se unen a nosotros hasta que todos estamos envueltos alrededor de Ransom en un abrazo grupal desordenado.

Observo cómo la respiración de Ransom se estabiliza, sus hombros ya no tiemblan bajo mi agarre. Entonces un pedo atraviesa el grupo, y el hedor nos golpea. Miro con furia a Zach y Declan, pero solo Declan me sostiene la mirada. Le doy una patada a Zach, haciéndolo bailar para alejarse.

—Vaya manera de arruinar el maldito momento, imbécil.

Gimiendo, Ransom se aparta de nuestro abrazo grupal, limpiándose los ojos con el dorso de la mano. El gesto me golpea fuerte: ¿cuántas veces había estado él ahí cuando uno de nosotros se derrumbaba? Ni una sola vez nos hizo sentir débiles por ello.

Mi propio padre me habría tirado al suelo de un golpe por mostrar lágrimas. John también aprendió eso, y luego la prisión le enseñó a ser frío como el hielo. Pero ¿Ransom? Él nos enseñó que estaba bien sentir, sufrir, sanar.

Holly aparece a nuestro lado, con Noah durmiendo plácidamente en sus brazos. Sin decir una palabra, transfiere a mi sobrino a los brazos de Ransom.

—Sostén al bebé —dice suavemente—. Te hará sentir mejor. Vuelve y habla con nosotros.

La tensión visiblemente se drena del cuerpo de Ransom mientras acuna a Noah contra su pecho. Se mueve cuidadosamente de vuelta a su lugar en el suelo del gimnasio, hundiéndose con la preciosa carga.

—Dios mío, Ransom. —La voz de Evie está cargada de emoción. —Vivir con ese tipo de culpa todos estos años.... Lo entiendo. Los niños cargan con tanta responsabilidad, asumen culpas que no les corresponden. —Toma una respiración temblorosa. —Pero ese único error no define toda tu vida.

Mi esposa encuentra mis ojos a través del círculo, brillando con amor. Nunca me voy a cansar de que me mire así.

Y nunca lo daré por sentado. Ransom me ayudó a convertirme en el hombre que soy hoy. Un hombre casi digno de ella. Cada maldito día me despierto, agradezco a cualquier Dios que me la envió, y me esfuerzo al máximo para merecerla.

—Estoy agradecida cada día de que hayas construido esta familia —continúa Evie—. Salvaste a Colton. Ayudaste a salvarnos a todos de diferentes maneras.

—Si no fuera por ti, probablemente estaría muerto en algún callejón —admito con brusquedad—. En cambio, tengo una esposa, una hija y un futuro real.

Holly asiente.

—Nadie más habría intervenido y estado ahí para Micah como lo estuviste tú. Como lo estuvieron todos ustedes.

—Me mostraste lo que realmente significa la familia —añade Nick —. No pensé que mereciera a ninguno de ustedes después de que murió mi Abuelita. Pero tampoco te rendiste conmigo.

Ransom acuna a Noah, sus dedos son suaves mientras acarician la cabeza del niño. La tensión en sus hombros se alivia ligeramente con cada subida y bajada del pecho de Noah.

La voz de Maya rompe el silencio.

—Cuéntanos más sobre tus hermanas. ¿Cómo eran?

Ransom traga con dificultad, sus ojos fijos en Noah.

—Julie tenía siete años. La niña más dulce que puedas conocer. Siempre intentando hacer feliz a todo el mundo. —Su voz se quiebra. —Y Katie.... tenía nueve años. —Mira hacia arriba, dándole

a Cadence una pequeña sonrisa. —Dios, Cady, cuando te conocí por primera vez, me recordaste tanto a ella. Ese pelo salvaje, siempre rebotando como si la gravedad no se aplicara.

Cadence se toca los rizos, con lágrimas brillando en sus ojos.

—Katie podía encontrar el lado positivo de cualquier cosa, igual que tú —continúa Ransom—. Incluso cuando yo estaba siendo un completo imbécil por tener que compartir habitación con ellas. —Sacude la cabeza. —Me quejaba constantemente de eso. Tres niños apretujados en un dormitorio.... pensaba que era el fin del mundo.

Cara suelta una risa acuosa.

—Oh, Dios, ¿recuerdas nuestra habitación compartida, Bree?

—Los peores años de nuestras vidas —coincide Bree, limpiándose los ojos—. Solías trazar una línea en el medio con cinta adhesiva.

—Y tú seguías dejando tus cosas por todas partes —replica Cara.

—Es lo que hacen los hermanos —dice Bree suavemente a Ransom—. Pelearse y quejarse y quererse de todos modos.

—Julie solía robar mis cómics —dice Ransom, con una sombra de sonrisa en los labios—. Se escondía bajo su manta con una linterna, leyéndolos después de la hora de dormir. Me enfadaba mucho, pero luego me miraba con esos grandes ojos marrones y decía: "Pero, Ranny, solo quería ver qué pasa después".

—¿Ranny? —Becca levanta una ceja.

—Cállate —murmura Ransom, pero sin enojo—. Katie lo empezó cuando estaba aprendiendo a hablar. Se quedó.

—Eso es adorable —dice Maya.

—Sí, bueno —Ransom cambia a Noah a su hombro, respirando ese dulce olor a bebé. —Eran niñas adorables. Inteligentes también. Katie quería ser veterinaria. Julie quería bailar y cantar. Seguro que habría sido actriz.

El dolor crudo en su voz me destroza. Todos estos años, ha cargado no solo con la culpa, sino con estos preciosos recuerdos encerrados donde no podían lastimarlo. Pero las personas que amamos y perdimos merecen ser recordadas, que se hable de ellas.

—Suenan increíbles —le digo—. Igual que su hermano mayor.

—Habrían sido mujeres increíbles —dice Ransom, con la voz entrecortándose un poco al pronunciar las palabras.

—¿Te pareces a tu padre? —pregunta Cadence— ¿O a tu madre?

Otra vez traga saliva.

—A mi padre. A veces, cuando me miro al espejo, juraría que es él quien me devuelve la mirada. Se le empezaron a poner canas en las sienes a los treinta. No paraba de amenazar con teñírselas, y mamá hacía un gran espectáculo sobre cuánto le gustaba su gris plateado. —Sus labios se curvan. —Luego desaparecían durante veinte minutos para tener una pequeña "charla".

La sonrisa de Cadence es suave y un poco triste.

—Parece que se amaban mucho.

—Así era.

Nuestras vidas habrían sido tan diferentes si ese incendio no hubiera ocurrido, si Ransom no hubiera terminado con Robert McKenna.... ninguno de nosotros estaría aquí.

—¿Alguna vez piensas en el efecto dominó? —pregunto, rompiendo el pesado silencio—. ¿Cómo un momento lo cambió todo?

Ransom levanta la mirada del rostro apacible de Noah.

—Todo el tiempo.

—Si no los hubieras perdido, a tu familia, no habrías conocido a Robert. No habrías aprendido de él cómo sobrevivir a ese tipo de pérdida. —Hago una pausa, eligiendo mis palabras con cuidado. —Y Blair.... ella te enseñó sobre el amor, ¿no es así? Sobre la esperanza.

—Colton.... —La voz de Ransom contiene una advertencia.

—No estoy diciendo que valiera la pena. Nada hace que perderlos esté bien. —Me inclino hacia adelante. —Pero ¿ves el propósito en ello? ¿En lo que construiste a partir de ese dolor?

Ransom se queda callado por un largo momento, solo respirando junto con Noah.

—Sí —dice finalmente—. Me vi a mí mismo en cada uno de ustedes. La ira en Declan. La culpa que cargaba Nick. La manera en que Maverick intentaba salvar a todos. —Sus ojos se encuentran con los míos. —Tu necesidad de proteger.

—Siempre pensé que nos elegiste por lo que podíamos hacer —dice Zach—. El encantador, el experto en tecnología, el músculo....

Ransom niega con la cabeza.

—Esas habilidades eran útiles, claro. Pero primero.... —Mira alrededor de nuestro círculo. —Buscaba la chispa. Ese pequeño atisbo de esperanza que todos ustedes aún tenían, incluso después de todo. La lucha que quedaba en sus ojos.

—Incluso cuando tratábamos de ocultarla —añade Nick en voz baja.

—Especialmente entonces. —Los labios de Ransom se curvan hacia arriba. —Los que más se esforzaban por parecer duros, normalmente eran los que más necesitaban una familia.

Asiento lentamente, mirando alrededor a los rostros de mi familia. Cada persona en esta habitación tiene su propia historia de dolor y redención. Pero estamos aquí, juntos, porque Ransom vio algo en cada uno de nosotros que valía la pena salvar.

Mi pecho se aprieta mientras lo observo con Noah. La forma en que sostiene a mi sobrino con tanto cuidado, como si estuviera a la vez aterrorizado y maravillado por esta pequeña vida en sus brazos. Siempre ha sido cariñoso, esta presencia constante y confiable que no siempre aprecié al principio. Pero Ransom con los bebés.... es algo bastante mágico de ver.

—Entonces, ¿qué necesitas ahora, hermano? —pregunto en voz baja. Estoy bastante seguro de que ya sé la respuesta, pero necesita decirlo en voz alta. Necesita admitirlo tanto para sí mismo como para nosotros.

Los dedos de Ransom acarician la mejilla de Noah, sus ojos fijos en el bebé dormido. El silencio se prolonga, roto solo por el suave zumbido del aire acondicionado del gimnasio.

—Blair —susurra finalmente, con la voz ronca de emoción—. Necesito a Blair. —Traga con dificultad y luego me mira a los ojos. —O al menos.... una oportunidad real con ella. Para mostrarle quién soy ahora, no quién era cuando me fui.

—¿Incluso si eso significa dividir tu vida entre Chicago y Badger Falls? —insisto.

—Incluso entonces. —Ahora no hay vacilación en su voz. —He pasado veinticinco años construyendo esta familia, esta vida. Pero siempre ha habido este.... vacío. Esta pieza faltante. —Sus brazos se aprietan ligeramente alrededor de Noah. —Pensé que era culpa por

mis padres y hermanas. Tal vez lo era, en parte. Pero Blair.... —Niega con la cabeza. —Ella siempre ha estado ahí, en el fondo de mi mente. Cada decisión, cada paso adelante, me preguntaba qué pensaría ella, qué diría.

—Entonces ve —le digo a Ransom con firmeza—. Resolveremos la logística juntos. Entre todos nosotros, podemos hacer que cualquier cosa funcione.

Hay una lenta esperanza que amanece en su rostro, despejando algo del dolor.

—¿De verdad crees que podemos arreglárnoslas dividiendo el tiempo entre aquí y allá?

—¿Desde cuándo la distancia ha detenido a esta familia? —Hago un gesto alrededor del gimnasio. —Diablos, robamos un autobús de gira solo para venir a ver cómo estabas. —Ups. No quería decir eso. Lo devolví, y nos dieron permiso después del hecho, así que eso no es realmente robar, ¿verdad?

Una sonrisa tira de sus labios, pero aún hay esa sombra en sus ojos. Esa vacilación que entiendo muy bien. Durante años, hemos vivido prácticamente uno encima del otro. Cenas de los domingos, entrenamientos diarios, noches de películas improvisadas.... nuestras vidas completamente entrelazadas.

—Será diferente —admito—. Pero diferente no significa peor.

—De todos modos, hemos estado hablando de expandirnos —añade Nick—. Tal vez este sea el empujón que necesitábamos.

—En realidad.... —La voz de Cadence es suave, vacilante. —He estado soñando con construir otro refugio allí. Algo más grande. Con espacio para entrenar y más animales. Algo para hacer una diferencia mayor.

Maverick se aclara la garganta.

—Qué curioso que menciones eso. Puede que haya pasado la noche mirando anuncios de propiedades en Badger Falls.

Las cejas de Ransom se alzan mientras Maverick saca su móvil.

—Hay esta vieja granja justo a las afueras del pueblo. Necesita trabajo, pero tiene todo lo que necesitarías para un refugio: granero, corrales, mucho terreno.

—Muéstramelo —respira Cadence, acercándose para ver su móvil.

Bree se mueve en el banco, intercambiando miradas con Cara y Nick. Retuerce sus manos en su regazo antes de tomar una profunda respiración.

—He estado pensando.... —La voz de Bree es suave pero firme. —Algún día, cuando Nick y yo tengamos hijos, quiero que crezcan en un lugar como Badger Falls.

—¿Qué? —La palabra sale de mí antes de que pueda detenerla. Crees que conoces a alguien, y ¡bam!, empiezan a soltar bombas así como así. ¿De repente todos se van?

—Quiero que conozcan a sus vecinos —continúa Bree, con los ojos brillantes—. Que puedan ir en bicicleta al parque o comprar helados en el pueblo sin que nos preocupemos. Como yo lo hice al crecer.

Cara se estira y aprieta la mano de su hermana.

—Nunca me dijiste que extrañabas eso.

—Ha estado en mi mente, pero ahora mismo, no hay prisa. Pero algún día. —Bree mira a Nick. —Ver a todos esos niños jugando en sus patios, esa plaza del pueblo....

Nick la rodea con un brazo, completamente sin sorprenderse por esta revelación.

—Lo hemos hablado algunas veces —admite.

—¿Lo sabías? —le pregunto.

—Claro que lo sabía. —Nick besa la sien de Bree. —Hablamos. Mucho. Entre otras cosas. —Nos lanza una mirada presumida y Bree resopla, dándole una palmada en el estómago con el dorso de la mano. Lo fulmino con la mirada y luego señalo mi dedo anular. El pequeño cabrón sonríe y me guiña un ojo. Más le vale ponerse en marcha. Tiene que asegurar a esa chica. No es que crea que se vaya a ir a ninguna parte, pero es cuestión de principios.

Bree asiente.

—No de inmediato, obviamente. Pero en unos años.... —Mira a nuestra familia reunida. —Quiero que nuestros hijos tengan espacio para correr y trepar a los árboles. Para atrapar luciérnagas en

frascos de vidrio y conocer el nombre de todos los perros de su calle.

La mirada de Ransom recorre nuestros rostros, con Noah aún acurrucado contra su pecho. El peso de las confesiones de todos parece golpearlo de repente. Sus hombros se hunden ligeramente.

—No tenía idea de que todos se sintieran así —dice en voz baja —. ¿He estado....? ¿Los he mantenido atrapados aquí?

—No seas un maldito idiota —intervengo de inmediato—. No se trata de eso en absoluto.

—Ni de cerca —añade Bree con firmeza—. Esta familia, lo que tenemos aquí, es perfecto. Como una burbuja protectora contra toda la mierda del mundo.

Nick asiente.

—No buscamos irnos, Ran. Solo queremos.... más. Hacer crecer lo que ya tenemos.

—Como las ramas de un árbol fuerte —ofrece Maya—. Las raíces permanecen exactamente donde están, pero podemos estirarnos, llegar más lejos.

Observo a Ransom asimilar esto, veo cómo la tensión desaparece de su rostro.

—¿Están seguros? —Bien. Por fin lo está entendiendo. No nos vamos a ninguna parte.

—Totalmente —dice Bree—. No es una cosa o la otra. Demonios, ustedes son tan ricos que podrían comprar terrenos alrededor de ese pueblo y construir su propio pequeño complejo. Podríamos poner un helipuerto en el medio, y ustedes podrían ir y venir cuando quisieran. —Se ríe, como si estuviera bromeando, pero Jonas y yo cruzamos miradas. Él no lo está tomando como una broma.

Yo tampoco. Es una puta genialidad.

Los ojos de Ransom se ensanchan cuando Bree dice la palabra "complejo". Por supuesto que está interesado, porque suena jodidamente increíble. Todos mis hermanos intercambian miradas, con sonrisas lentas apareciendo en sus rostros.

—Vamos a construir un puto complejo, ¿verdad? —pregunto.

Kade se aclara la garganta.

—Eso es adelantarse demasiado, ¿no crees? ¿No debería ser nuestra primera maldita prioridad juntar a Ransom y Blair?

—Oh. Cierto. Sí, eso también es importante. Supongo que podríamos esperar un tiempo, ¿no?

Todos asienten, pero en más de un rostro, veo una gran cantidad de planes. No vamos a esperar, pero Ransom no necesita saberlo. Que se concentre en conseguir a su mujer.

Nosotros nos concentraremos en asegurarnos de que nuestra familia se mantenga unida.

Y si nos vamos al campo, necesito conseguirme unos overoles.

48

BLAIR

Aprieto el volante con más fuerza mientras mi camioneta retumba por la calle principal hacia McKenna's. El recuerdo del domingo por la noche sigue repitiéndose en mi cabeza: el elegante helicóptero negro de Ransom esperando en el techo del hospital como algo sacado de una película, con sus aspas cortando la noche de Chicago.

Max había pegado su cara a la ventana durante todo el vuelo, señalando las luces parpadeantes allá abajo mientras Maggie dormitaba contra mi hombro. Tan pronto como le dieron el alta del hospital, lo único que quería era volver a casa. No puedo culparla. Quiere estar en un lugar familiar. Quiere que Max vuelva a su rutina. Así que esa tarde seguimos a un Ransom de labios apretados hasta la azotea.

Tal vez yo también estaba un poco callada. Quería pasar más tiempo con Ransom y con su familia. Fue realmente agradable tenerlos a todos alrededor. Todos se preocupaban mucho por mí y por Max. Todos preguntaron por Maggie. Se sentía bien.

Y él estuvo demasiado callado antes de que nos fuéramos. La cagué y no tuve la oportunidad de arreglarlo antes de que nos llevara a casa volando.

—¡Eso fue totalmente alucinante! —había gritado Max cuando aterrizamos en el campo de fútbol de la escuela secundaria, con los ojos abiertos de emoción.

Ransom ayudó a Maggie a bajar, con su mano firme bajo su codo. Luego llevó nuestras maletas a la camioneta del señor

Johnson sin que se lo pidiéramos. La consideración de todo ello me hizo doler el pecho.

—¿Seguro que no quieres quedarte? —le había preguntado, las palabras se me escaparon antes de que pudiera detenerlas. Las luces del campo de fútbol proyectaban duras sombras sobre su rostro.

—Tengo una reunión temprano mañana. Hay algunas cosas en la oficina que necesito atender. —Se había metido las manos en los bolsillos, balanceándose sobre sus talones. —Además, ustedes tres necesitan tiempo para volver a instalarse.

No discutí, aunque una parte de mí quería hacerlo. Quería decirle que se saltara la reunión, que se quedara, que.... ¿qué? Que me eligiera. Era un pensamiento tonto. Por supuesto que tenía que irse. Es responsable de Dios sabe cuántos empleados. No puede simplemente dejarlo todo.

Así que en lugar de pedirle que se quedara, le di un beso en la mejilla, y luego lo vi subir de nuevo a ese elegante helicóptero, con Max saludando frenéticamente a mi lado hasta que desapareció en el cielo nocturno. El rugido de los rotores se desvaneció, dejándonos en el silencio vacío de una noche de domingo en un pueblo pequeño.

Mi camioneta golpea un bache, devolviéndome al presente. Ese es el problema con Ransom Kyle: aparece con grandes gestos y helicópteros privados, y luego desaparece de vuelta a su vida real en Chicago. Mientras tanto, mi vida real consiste en lidiar con luces de *check engine* y fugas de líquido de transmisión, y tratar de averiguar cómo ayudar a Maggie a librar una batalla que quizás no quiera ganar.

Pero tenía razón. Necesitábamos tiempo para instalarnos. Max no fue a la escuela el lunes, y él y Maggie se quedaron en casa acurrucados todo el día. Pero fue el martes, y ayer, aunque con un poco de reluctancia. Creo que le preocupa que Maggie muera mientras él está en la escuela. Desearía poder decirle que no se preocupe, pero ambos sabemos que no puedo. No es como si estuviera asustado por algún monstruo imaginario en su armario. Su madre está enferma. Se está muriendo.

No hay forma de negarlo.

Afortunadamente, esta mañana parecía más él mismo. Necesita la distracción de la escuela y su amigo. Necesita el descanso.

Giro hacia el estacionamiento del taller, apagando el motor. El letrero de "McKenna's Auto" cruje con la brisa matutina, el mismo letrero que mi abuelo colgó hace sesenta años. Esta es mi vida real. Es una buena vida. Lo es. No debería querer más. No necesito más.

Pero lo hago. Quiero al hombre de ojos chocolate y mechones plateados en las sienes. El hombre que me mira como si fuera la única persona a la que quiere mirar por el resto de su vida.

Y, maldita sea, admitir eso es aterrador.

Cierro de golpe la puerta de la camioneta y casi llego al taller cuando me quedo paralizada a medio paso. Como si lo hubiera conjurado, Ransom está apoyado contra la pared del garaje, con una taza de café humeante en la mano. Lleva un mono azul desteñido con *Brash Auto* estampado en el pecho, y esa sonrisa.... Dios, esa sonrisa me hace temblar las rodillas. Tiene esa mirada en su rostro, la que es solo para mí. La que estoy empezando a creer que significa para siempre.

Mis llaves tintinean al deslizarse entre mis dedos, golpeando la grava con un suave tintineo.

—¿Qué estás....? —Aclaro mi garganta, tratando de sonar normal. —¿Qué haces aquí?

—Vine a trabajar. —Toma un sorbo de café, sin apartar sus ojos de los míos. El sol de la mañana atrapa los hilos plateados que se entrelazan en su cabello oscuro.

—¿Trabajar? —La palabra sale más aguda de lo que pretendía. Me agacho para agarrar mis llaves, aprovechando el momento para recomponerme. —Tienes una empresa multimillonaria que dirigir.

—Me encargué de todo en los últimos días. Luego delegué cualquier cosa importante. —Se separa de la pared, acortando la distancia entre nosotros. —Pensé que podrías necesitar un par de manos extra por aquí. Especialmente porque Matt está fuera.

Se ve tan bien. ¿De dónde diablos sacó ese mono? ¿Estaría mal besarlo? ¿Disculparme por haber tenido la cabeza metida en el culo esa noche en su apartamento? El día me tomó por sorpresa, y dije

algunas cosas de las que me arrepiento. Planeaba esperarlo despierta, para disculparme, pero me quedé dormida. Luego, a la mañana siguiente, Maggie llamó, y todo fue un torbellino de actividad. Nunca llegamos a hablar.

Espera. ¿Qué dijo?

—Matt no está fuera.

Él solo sonríe.

—Tal vez deberías revisar tus mensajes.

Palpando mis bolsillos, saco mi móvil y sí, ahí está. "*Tengo planes con mi hermana. Tu chico me cubrirá".*

—Espera. No puedes simplemente.... —No sé cómo terminar esa frase. No puedes simplemente maniobrar tu camino en mi vida. Enviar a mi empleado lejos. Aparecer sin aviso. Hacerme tener esperanzas. Realmente envió a Matt lejos. Esto no es casual ni espontáneo. Mi ritmo cardíaco se acelera, pero no puedo decidir si es por emoción o nervios.

¿A quién engaño? Son ambos.

—¿No puedo simplemente qué? ¿Trabajar en coches? —Su ceja se arquea. —Estoy bastante seguro de que tu padre me enseñó todo lo que sé sobre motores. ¿A menos que creas que me he oxidado?

Mi boca se abre y se cierra, pero no salen palabras. No se me ocurre una sola razón para decir que no suene ridícula. No cuando está ahí parado con ese mono, mirándome así. ¿Por qué quería decir que no otra vez?

Es costumbre.

He estado tan ocupada pensando en lo que todos los demás quieren y necesitan, que no me permití pensar en mí. Pero lo quiero aquí. Lo quiero, punto.

Ransom se acerca más, eliminando el poco espacio que queda entre nosotros. Mi respiración se entrecorta cuando su pecho casi roza el mío. El brillo juguetón en sus ojos se desvanece, reemplazado por algo más profundo, más intenso.

Su mano se alza, sus dedos rozan mi mejilla con una delicadeza que me hace temblar las rodillas. Descargas eléctricas recorren mi cuerpo ante ese simple contacto. Su pulgar calloso traza la línea de mi mandíbula, y no puedo evitar inclinarme hacia su palma. Lo he

echado tanto de menos que me duele. Es mucho peor que antes. Todos esos sentimientos de hace años han vuelto a surgir en la última semana, pero se han hecho más grandes, más intensos.

Son muy, muy reales. Y no quiero que desaparezcan. No quiero que él desaparezca nunca.

Veo la misma emoción reflejada en sus ojos, con las pupilas dilatadas. Su respiración se acelera, su pecho sube y baja rápidamente. Solo esto (solo su mano en mi rostro) y ambos estamos temblando como adolescentes.

—Matt estará fuera toda la semana —dice con voz ronca—. Yo lo estoy sustituyendo.

—¿Qué estás haciendo, Ransom? —Las palabras apenas salen en un susurro.

Su pulgar acaricia mi mejilla de nuevo.

—Pasar tiempo con mi chica.

—No soy tu chica. —*Cállate, estúpida. Solo di que sí y compra unas esposas para quedarte atada a él para siempre.*

—Siempre has sido mi chica. —Su frente toca la mía, y mis ojos se cierran ante el contacto, para luego abrirse de nuevo ante la sinceridad de sus suaves palabras. —Desde el primer momento que te vi en ese taller, con esos vaqueros holgados, mirándome directamente, has sido mía.

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que él puede oírlo. Veinticinco años de deseo, de añoranza, de intentar olvidar.... todo eso me golpea en oleadas.

Mi autocontrol, mis emociones están unidas con cinta adhesiva vieja y nudosa a estas alturas, y no sé si puedo soportar más. Estoy tan condenadamente feliz de que esté aquí. Y estoy triste porque tendrá que irse en algún momento. Y estoy tan abrumada por todos los sentimientos que no estoy segura de qué hacer.

Él parece percibir eso y me da una pequeña sonrisa, frotando su pulgar sobre mi sien.

—Ponme a trabajar, nena.

OBSERVO por el rabillo del ojo cómo Ransom se desliza bajo el Ford, sus movimientos fluidos y practicados. Toda la mañana ha seguido mis indicaciones sin quejarse: cambiar el aceite, rotar los neumáticos, cualquier tarea mundana que le he encomendado.

—¿Me pasas ese dado de tres octavos? —Su voz hace eco desde debajo del coche.

Se lo paso a su mano extendida, rozando nuestros dedos.

—¿Desde cuándo un director general corporativo conoce tan bien un juego de dados?

Una risa grave se eleva.

—¿Pensaste que me había ablandado, verdad?

—Tal vez. —Me apoyo contra el banco de trabajo, cruzando los brazos. Sí, había trabajado con Matt la semana pasada, pero Matt estaba a cargo; eso era obvio. Aunque eso debería haber sido una pista de que Ransom no es el hombre que recuerdo. Odiaba recibir órdenes de cualquiera que no fuera mi padre. ¿Se ha vuelto más tranquilo? ¿Es parte de su estrategia? Porque definitivamente tiene una, y me estoy dando cuenta de que estoy bien con eso. Si quiere trabajar en mí, para hacer que me enamore de él, entonces está bien. No necesita saber que ya lo estoy.

Lo he perdonado. Está hecho. Pero tenerlo trabajando para recuperarme calma una pequeña parte de mí que aún guardaba el dolor de cuando rompimos.

Sale de debajo del coche, con manchas de grasa en el antebrazo.

—Es mi negocio, Blair. No puedes vender lo que no entiendes. —Se limpia las manos con un trapo del taller. —Trabajé en el piso durante años antes de que nos hiciéramos grandes. Todavía lo hago, a veces, solo por diversión.

—¿Diversión?

—Sí, diversión. A mis hermanos y a mí nos gusta juguetear con nuestros propios vehículos de vez en cuando.

—¿Todos vosotros?

—Algunos más que otros. Nick tiene un verdadero talento para los diagnósticos. Jonas prefiere la parte empresarial. Pero sí, todos

nos metemos ahí. —Se pone de pie, estirando la espalda. —Cuando empezamos, todos colaborábamos. Teníamos que hacerlo.

—¿Porque no podíais permitiros pagar a nadie?

—En parte. Pero principalmente porque si los mantenía ocupados en el taller, los mantenía fuera de problemas. Usé la estrategia de Robert. Los mantenía tan ocupados que solo tenían energía para trabajar, comer y dormir. —Sonríe. —Bueno, en su mayoría. Tenía que ir a buscar a cada uno de ellos al menos una vez a la semana.

—No me lo puedo imaginar. Suena agotador. —Max ya es mucho trabajo. Sé que cuando crezca, el trabajo cambiará. Serán las hormonas y el drama de las relaciones. No estoy preparada.

—A veces lo era. Pero fue bueno para mí. Necesitaba la distracción. Necesitaba algo en lo que concentrarme que no fuera perderte. —Sus palabras me golpean como un puñetazo en el esternón, la honestidad casual de ellas me roba el aliento. Mi pecho duele con el eco de ese viejo dolor, las interminables noches que pasé tratando de no pensar en él.

Asiento hacia el Ford más nuevo, tragando con dificultad el nudo en mi garganta.

—Has aprendido algunos trucos nuevos desde que papá te enseñó.

—Tuve que mantenerme al día con la tecnología. —Sus ojos se encuentran con los míos. —Pero los fundamentos.... esos vinieron de Robert. Todo lo bueno en mi vida comenzó en este taller.

—Lo mismo digo.

El peso de todo lo que hubo entre nosotros y todo lo que nos está atrayendo ahora es denso en el aire que nos separa. ¿Estaría mal cerrar ahora y simplemente concentrarnos en nosotros? Lo deseo tanto. Pero tengo un negocio que dirigir y clientes que vienen a recoger sus vehículos. La responsabilidad apesta a veces. Así que en lugar de lamer la columna de su garganta como quiero hacer, doy un paso atrás y señalo hacia el siguiente coche que espera. —Bueno, señor director general, ¿crees que puedes manejar el reemplazo de esas pastillas de freno?

BAJO LA PESADA puerta del garaje, el metal traqueteando en su riel. Mis manos tiemblan mientras forcejeo con el candado. Todo el día he sentido los ojos de Ransom sobre mí. Observando. Deseando. El aire entre nosotros se ha vuelto denso. El buen tipo de densidad. El tipo anticipatorio, como si algo grande estuviera por venir. Algo que has estado esperando y deseando durante mucho tiempo.

Da miedo como el infierno.

Pero no voy a huir.

Nunca más.

—Déjame ayudarte con eso. —Su voz suena baja y áspera detrás de mí.

—Ya lo tengo. —El candado hace clic en su lugar. Doy un paso atrás, con cuidado de no rozarle. Voy a combustionar, y no sé lo que quiero. Mi cabeza es un lío. Así que hago lo que cualquier mujer madura de cuarenta y tres años haría, y juego con él. —Debería irme. Max se estará preguntando dónde estoy.

Sus labios se curvan y sonríe. Joder, qué guapo es.

—Max probablemente esté cazando ranas. Maggie estará allí cuando llegue a casa.

No se equivoca.

—Cierto. Bueno, aun así debería....

Su mano agarra mi muñeca cuando me giro para irme.

—Blair.

—No. —La palabra sale sin aliento. —Por favor. —Idiota. ¿No, por favor? ¿En serio? Sabes que quieres que te tire sobre el capó de ese auto y te folle hasta el olvido. Así que cállate, mujer.

Afortunadamente, en lugar de soltarme, me atrae contra su pecho, rodeando mi cintura con un brazo. Su aliento abanica caliente contra mi cuello.

—He estado esforzándome tanto por mantener mis manos lejos de ti.

Mi cabeza cae hacia atrás sobre su hombro.

—Ransom....

—¿Sabes cómo ha sido? —Sus labios rozan mi oreja. —¿Verte inclinada sobre los motores? Eres una maldita provocadora, McKenna. Del mejor tipo. Y tu trasero es jodidamente increíble. Tuve que masturbarme en el baño durante el almuerzo solo para poder sobrevivir el día.

—Vaya —chillo. *Mierda. Qué elocuente*. Mi cuerpo sabe exactamente lo que quiere, derritiéndose contra él. Las palabras se van. Deseo. Necesidad.

Sí.

—Lo sé. —Su agarre se aprieta. —Dios, Blair, lo sé. Me lo he estado diciendo todo el día. Tenía un maldito plan. Iba a tomarme mi tiempo y dejar que me conocieras de nuevo. Pero no puedo.... —Presiona su rostro contra mi cuello. —Dime que te suelte.

Mi mente corre con todas las razones por las que esto es una mala idea. Max necesita estabilidad. Maggie me necesita concentrada. Responsabilidades y mierdas. Pero que Dios me ayude, estoy cansada de ser responsable. Cansada de poner a todos los demás primero.

Yo también merezco ser feliz.

—No quiero que me sueltes. —La admisión se desgarra de mi garganta. —Por una vez, solo quiero.... —Me giro en sus brazos, encontrando su mirada oscurecida. —Quiero algo para mí misma.

Su frente se presiona contra la mía, nuestros alientos se mezclan.

—Dímelo otra vez.

—Te quiero a ti. —Las palabras salen más fácilmente esta vez. —Solo a ti. No quiero remover más el pasado, ni preocuparme por lo que viene después y todas las formas en que esto podría ser complicado. Solo te quiero a ti.

Un gruñido retumba en su pecho mientras sus manos se deslizan por mi espalda.

—No tienes idea de cuánto tiempo he esperado escuchar eso. Pero Blair, para que quede claro. Estoy listo para todas las complicaciones.

Sus palabras hacen eco en mi cabeza (“listo para todas las complicaciones”) y algo dentro, algo oscuro y doloroso, se libera. He pasado tanto tiempo construyendo muros, convenciéndome de que

lo simple era mejor. Que la relación sin complicaciones con Adam era lo que necesitaba. Sin expectativas, sin sentimientos desordenados, solo.... fácil.

Pero parada aquí en los brazos de Ransom, me doy cuenta de cuánto me he estado mintiendo a mí misma. Adam era seguro. Cómodo. Como usar un suéter viejo que ya no te queda bien pero lo conservas de todos modos porque es familiar.

—Ya no quiero algo simple —susurro contra los labios de Ransom —. Que Dios me ayude, quiero el desorden. Quiero las complicaciones también.

Sus manos se aprietan en mi cintura.

—Blair....

—No, déjame terminar. —Me aparto lo suficiente para ver su rostro, necesitando que entienda. —Me esforcé tanto por mantener las cosas sin complicaciones con Adam porque tenía miedo. Miedo de sentir demasiado, de querer demasiado. Pero eso no es vivir, ¿verdad? Eso es solo.... existir.

—Mereces más que solo existir. —Su pulgar traza mi pómulo, enviando escalofríos por mi columna. —Mereces el maldito mundo.

—Ahora lo sé. —Y es cierto. Por primera vez en años, me siento verdaderamente despierta. Viva. —Todo sobre nosotros es complicado: Max, Maggie, tu vida en Chicago, mi vida aquí. Debería aterrorizarme.

—¿Lo hace?

—No. —Darme cuenta me golpea como un rayo. —Eso es lo que me asusta. Que no estoy asustada en absoluto. No por nosotros. —Tal vez sea la realidad de perder a Maggie lo que puso todo en perspectiva. He sido una hipócrita. He estado enfureciéndome con ella por no estar dispuesta a tener esperanza. Por no luchar. Y sin embargo, este hombre vuelve a entrar en mi vida, el hombre que he amado desde los diecisiete años, ¿y no voy a intentarlo siquiera?

A la mierda eso. Soy más valiente que eso. Y merecemos algo mejor. Ambos lo merecemos.

—He terminado de huir —le digo, entrelazando mis dedos en su cabello y atrayendo sus labios a los míos.

49 RANSOM

RANSOM

Las palabras de Blair quedan suspendidas en el aire, un desafío, una invitación.

—Te deseo, Ransom. —Sus ojos grises se encuentran con los míos, sin vacilación, sin incertidumbre. Solo puro deseo sin adulterar. Por fin.

Jodidamente por fin.

Mi mente corre, tratando de dar sentido a este cambio repentino. Hace solo unos días, ella había estado fría, distante, manteniéndome a raya, poniendo excusas. Ahora, aquí está, con las defensas bajas, los ojos ardiendo de deseo. La parte práctica de mi cerebro grita que pregunte por qué, que entienda qué ha cambiado, pero el resto de mí dice que a la mierda, ya lo averiguaremos después. Blair no miente. No dice cosas solo porque alguien quiera oírlas.

Así que si dice que está dentro, está dentro.

¿Y ahora? Voy a darme un puto festín.

Me acerco, el olor a aceite y grasa llena mis fosas nasales, mezclándose con su aroma, algo dulce y únicamente de Blair.

—No tienes idea de cuánto tiempo he querido escucharte decir eso —digo, con voz baja, casi un gruñido.

Ella sonríe con suficiencia, dando un paso atrás, sus caderas golpean el banco de trabajo detrás de ella.

—Probablemente tanto como yo he querido decirlo.

Cierro la distancia entre nosotros, mis manos encontrando sus caderas, agarrándolas con fuerza. Ella jadea, sus ojos se ensanchan,

pero no se aleja. En cambio, se inclina hacia mí, sus manos serpentean por mi pecho, dejando rastros de grasa en mi mono. Me río, un ronroneo bajo en mi pecho.

—Estás haciendo un desastre, Blair.

Ella sonríe, sus dedos encuentran la cremallera de mi mono, bajándola lentamente.

—Pensé que te gustaba lo "desordenado".

Me gusta. Me gusta ella "desordenada". Me gusta salvaje y libre, desinhibida. Me gusta de cualquier manera que pueda tenerla.

Me inclino, capturando su boca con la mía. El beso empieza frenético, desesperado, nuestros dientes chocan, nuestras lenguas se enredan, nuestros alientos se mezclan en el espacio entre nosotros. Sus manos empujan el mono de mis hombros, sus dedos trazan las líneas de mis músculos sobre mi camiseta, enviando escalofríos por mi columna.

Pero entonces algo en su toque cambia, la urgencia se derrite en algo más profundo, más deliberado. Igualarla me resulta tan fácil como respirar. Ralentizo el beso, saboreando su gusto y el suave suspiro que escapa de sus labios. Mis manos se deslizan por su espalda, acercándola más, sosteniéndola como si pudiera desaparecer si la suelto. El mundo se reduce a solo esto: el calor de su cuerpo contra el mío, el suave roce de su lengua, la forma en que tiembla cuando rozo su mandíbula con mi pulgar.

Rompo el beso, arrastrando mis labios por su cuello, inhalando su aroma familiar pero cambiado: vainilla mezclada con algo más profundo, más maduro. Ella se estremece, su cabeza cayendo hacia atrás, dándome mejor acceso, justo como solía hacer. Siempre es tan fuerte. Tan determinada. Pero en mis brazos, se rinde, dejándome explorarla. Mordisqueo su clavícula, mis manos encuentran el dobladillo de su camiseta, empujándola hacia arriba, revelando su estómago, sus costillas, sus senos envueltos en un simple sujetador negro.

Los años cambiaron su cuerpo: las curvas reemplazaron los ángulos, músculos más gruesos donde solía haber suavidad. Paso mis dedos por su piel, aprendiendo lo que es diferente, deseándola aún más que antes. Mi cabeza está llena de viejos recuerdos, pero

esto es mejor. Ella todavía reacciona de la misma manera a mi tacto, todavía contiene la respiración como solía hacerlo. Está jugando con mi mente: tocarla ahora y recordar entonces, todo se mezcla mientras exploro su piel.

Ella me ayuda a quitarle la camiseta por la cabeza, su cabello cae en una maraña desordenada alrededor de sus hombros. Me estiro y busco detrás de ella, desabrochando su sujetador, dejándolo caer al suelo. Sus senos son perfectos, llenos y redondos, pesados, sus pezones duros y suplicantes por mi tacto. Me inclino, tomando uno en mi boca, girando mi lengua alrededor del pico. Ella gime, sus dedos se clavan en mis hombros, sus caderas embisten contra las mías.

—Joder —gruñe—. No voy a preguntar dónde aprendiste eso. No me importa.

Podría preguntar, pero no podría responderle. No puedo recordar ni mi propio nombre ahora mismo, mucho menos alguna de las mujeres de mi pasado. Cambio al otro seno, dándole la misma atención, satisfecho cuando ella gime de nuevo, derrumbándose contra mí. Mis manos encuentran la cintura de sus vaqueros, desabrochando el botón, bajando la cremallera. Acaricio su monte, y a través de la tela, puedo sentir su calor, la humedad de su deseo empapando sus bragas.

No puedo esperar para probarla, para sentirla deshacerse bajo mi tacto. Tantas noches soñando con ella, deseando poder tocarla de todas las formas que quiero me tienen jodidamente frenético. Entonces veo mis manos contra su pálida piel: estoy dejando manchas oscuras en todas partes que la toco. Aceite de motor y grasa del garaje. Estallo en carcajadas, incapaz de contenerme.

Me aparto de ella, y ella frunce el ceño, alcanzándome.

—Nena, quiero mis manos por todo tu cuerpo, pero primero necesito limpiarme. Te he ensuciado toda. —Agarro su mano igualmente grasienta, llevándola conmigo hacia el lavabo. Ella refunfuña y se ríe mientras abro el grifo, ambos frotándonos las manos con el jabón industrial. El agua salpica por todas partes mientras chocamos caderas, robándonos besos entre enjuagues

hasta que nuestras manos finalmente están limpias. Sus ojos brillan con risa y deseo.

Me aparto, mi respiración entrecortada, mi corazón late como un tambor en mi pecho. Los ojos de Blair se encuentran con los míos, sus mejillas sonrojadas, sus labios hinchados por nuestros besos. Me detengo y la miro, absorbiéndola.

—Dios, eres hermosa —digo, mi voz apenas por encima de un susurro. —Estar contigo después de todo este tiempo.... es jodidamente increíble.

Ella sonríe, una curva suave, casi tímida de sus labios.

—Es apropiado, ¿no crees? Aquí es donde nos conectamos por primera vez, después de todo. —Hace un gesto alrededor del garaje, el familiar aroma a aceite y metal rodeándonos.

Me río, un ronroneo bajo en mi pecho.

—Apropiado o no, desearía que tuviéramos una cama. Quiero adorar cada centímetro de ti, y este lugar.... —Me detengo, mis ojos se desvían hacia el duro y frío banco de trabajo detrás de ella. No es lo que imaginé para nuestra primera vez, pero tengo un montón de fantasías que cumplir. Blair en este garaje, sobre el capó de un coche clásico es una de ellas. No hay clásicos aquí esta noche, y me importa una mierda.

—¿Sabes cuántas veces imaginé tomarte sobre el capó de un coche? Te juro que en cada maldito turno que estábamos juntos, soñaba con ello. Y hoy.... es mucho peor.

Una ceja se arquea y su sonrisa es lenta, toda mujer. Puro sexo.

—¿Crees que eres el único?

Su móvil suena, un sonido agudo y discordante que corta el momento. Ella duda, sus ojos pasan entre mí y el móvil que está junto a nosotros en el banco de trabajo. Veo el nombre en la pantalla: Maggie. Se muerde el labio, dándome una mirada de disculpa antes de contestar.

—Hola, Mags.

Doy un paso atrás, dándole espacio, pero no intento fingir que le doy privacidad. Quiero pedirle que cuelgue y se centre solo en nosotros. Pero nunca haría eso. Nunca voy a hacer que elija entre

Maggie y yo. No es justo. Entiendo la responsabilidad y la presión que tiene mejor que nadie.

Mientras escucha, su rostro decae, la suavidad de hace unos momentos es reemplazada por preocupación.

—Sí, por supuesto. Compraré algo de camino a casa. —Cuelga, sus hombros hundiéndose ligeramente.

—¿Todo bien? —pregunto, aunque sé que no es así. La vida real está irrumpiendo, destrozando el momento que acabamos de compartir.

Ella suspira, pasando una mano por su cabello.

—Maggie durmió la mayor parte del día. Necesita que compre algo para la cena. —Me mira, sus ojos reflejando una mezcla de frustración y resignación.

Extiendo la mano, tomando la suya.

—Vamos —digo, apretando suavemente sus dedos—. Me invito solo a cenar.

Me mira, la sorpresa brilla en sus ojos grises. Luego sonríe, una sonrisa genuina y cálida que ilumina su rostro.

—Vale —dice, con voz suave—. Vamos. Pero primero, ¿dónde diablos se fue mi camisa?

FROTO UNA MANCHA rebelde en uno de los platos mientras Blair enjuaga a mi lado, rozándose nuestros codos. Me golpea la domesticidad de todo esto: estar aquí en la cocina de Maggie, lavando platos después de la cena como si perteneciera aquí. Como si siempre hubiera estado aquí. Quiero más de esto. Simplemente estar juntos en todos los momentos sencillos.

Un chillido agudo interrumpe mis pensamientos, seguido por el rápido repiqueteo de pies no tan pequeños. Max atraviesa la cocina corriendo, completamente desnudo y riendo, con el pelo mojado pegado a la frente.

—¡Maxwell Jones! —grita Maggie, su voz sin aliento pero llena de risa. Aparece en la puerta, agarrando una toalla, con la cara

enrojecida por la persecución. Sus pasos son inestables y se agarra al marco de la puerta para apoyarse.

Blair suelta el paño de cocina y se lanza a por Max cuando este da otra vuelta alrededor de la isla de la cocina.

—¡Te tengo! —Lo levanta en brazos, su cuerpo mojado re retuerce contra su pecho mientras chilla. —Si agitas tu salchicha cerca de mí, me voy a enfadar, Max.

Ah, mierda.

Podría haberle dicho que eso es un movimiento de novata. Y como cualquier niño de seis años que se respete haría, intenta darse la vuelta en sus brazos y darle una palmada con su pene. Me vuelvo hacia los platos, agarrando el fregadero, usando cada músculo de mi cuerpo para contenerme. Si me río, están perdidos. Lo estará haciendo en cada baño durante el próximo año.

Maggie se desploma contra el marco de la puerta, todavía riendo pero claramente sin aliento. El sonido se atora en su garganta, convirtiéndose en una tos débil. Aprieto la mandíbula. Esta mujer vibrante que está persiguiendo a su hijo desnudo por la cocina, que está criando a este niño increíble, que lo significa todo para Blair.... simplemente se está rindiendo.

Y me está volviendo loco.

Blair envuelve a Max en la toalla que Maggie sostiene, y observo cómo se hace cargo, guiando tanto a Max como a Maggie hacia los dormitorios.

—Vamos, pequeño granuja. Es hora de ponerse el pijama.

Me vuelvo hacia el fregadero, agarrando el borde hasta que mis nudillos se vuelven blancos. Olvidados los platos, todo lo que puedo pensar es en la resignación de Maggie. ¿Cómo puede aceptar esto? ¿Cómo puede mirar a ese pequeño niño, a Blair, y no querer luchar con todo lo que tiene?

Entiendo la elección. Entiendo la dignidad. Pero verla luchar por respirar solo por jugar con su hijo.... está tan mal.

Me seco las manos y saco mi móvil, mirando fijamente el correo electrónico sin abrir de Declan. Adjunto hay un archivo completo que detalla todas las opciones de tratamiento posibles para Maggie: ensayos clínicos, terapias experimentales y recomendaciones de

especialistas de todo el mundo. Mis hermanos son jodidamente minuciosos. Y los médicos con meses de espera para una consulta están felices de trabajar hasta tarde si eso significa una donación considerable a sus hospitales.

Así que donamos dinero por todo el mundo y tenemos un archivo lleno de esperanza listo para ella.

Si tan solo lo mirara.

Los pasos de Blair resuenan por el pasillo, y vuelvo a meter el móvil en mi bolsillo. Parece exhausta, jadeando mientras entra en la cocina.

—¿Max finalmente guardó su pene?

—Sí. Ese pequeño granuja me hizo luchar para ponerle el pijama. —El jadeo tiene mucho más sentido ahora. Me he quedado sin aliento más de una vez tratando de ponerle el mono a Noah después de cambiarle el pañal. Es una bestia y tiene habilidades dignas de un ninja.

Mirando sus ojos brillantes, con la risa aún en ellos, no puedo contenerme más.

—Mis hermanos me enviaron algo. Sobre Maggie.

Sus ojos grises se clavan en los míos, volviéndose serios.

—¿Qué sobre Maggie?

—No te enfades, por favor. —La estudio, esperando un asentimiento. Cuando lo obtengo, tomo una respiración profunda y se lo digo. —Les pedí que investigaran algunas opciones de tratamiento. Quería saber si había algún ensayo clínico o si podíamos obtener algunas segundas opiniones. —Saco mi móvil de nuevo. —Aún no lo he mirado. Se sentía mal hacer esto a tus espaldas.

—¿Eso es siquiera legal? —No me abofetea ni me grita. En su lugar, su tono es neutro. Y eso me asusta lo suficiente como para casi retroceder. Es neutro porque está a punto de destrozarme, o…. bueno, no tengo ni idea de cuál es la otra posibilidad.

Me encojo de hombros y doy un pequeño paso atrás.

—Ni un poquito. Declan es algo así como un hacker, e hizo que todas las consultas parecieran legítimas. Bueno, son legítimas.

Simplemente hizo que pareciera que Maggie había accedido a compartir su información.

—Así que quebrantaste la ley. —Su voz es inexpresiva, pero no cometo el error de pensar que es porque no le importa. Le importa demasiado, y la máscara en blanco es un síntoma de ello.

—Lo hice. Y no me arrepiento ni por un segundo.

—Porque quieres ayudar a Maggie.

No intento ocultar la mueca de dolor, y por supuesto ella lo nota, su mirada se vuelve aguda e inquisitiva.

—Me preocupo por Maggie. Y quiero que Max tenga a su madre. Pero en realidad no lo estoy haciendo por ninguno de ellos. Lo estoy haciendo por ti. Porque alguien a quien amas está enfermo, y eso te está matando. Y eso me vuelve jodidamente loco.

—Lo estoy manejando.

—Lo estás haciendo. Y eso también me cabrea. No deberías tener que manejarlo. No me gusta. Para nada.

—Todos tienen que lidiar con la muerte en algún momento.

—No. Tú no. Ya has terminado. Has tenido más que tu parte justa. No quiero que te toque. No quiero que pienses en ello ni que te preocupes por ello. Y sé que no puedo controlar eso. Estás en medio de las decisiones de Maggie. Por eso tengo ese archivo.

—¿Estás pidiendo mi permiso?

Niego con la cabeza.

—No. Te lo estoy diciendo porque ya tienes demasiado peso sobre tus hombros. Demasiadas decisiones que tomar. Yo mismo hablaré con Maggie sobre esto.

—¿Pero?

—Pero me preocupa que se enoje. No conmigo, sino contigo. Que piense que tú me pusiste a hacer esto. Voy a dejarle jodidamente claro que esto es cosa mía. Y le voy a dar mi opinión honesta sobre todo esto. Pero puede haber algunas repercusiones.

—Tu familia te conoce bastante bien. Becca te conoce bastante bien. Me advirtió que podrías hacer esto. —¿Becca se lo dijo? Dios mío, esa mujer es demasiado lista para su propio bien. Añade el aire de locura que tiene, y es tan astuta como…. no sé. Algún animal astuto y aterrador.

Blair se aparta del mostrador, acercándose, con la barbilla levantada.

—No me importa si Maggie se enoja conmigo.

Lo dice en serio. Ahora. Pero ¿qué pasará dentro de una semana?

—Blair....

—No, escucha. —Me agarra del brazo, su agarre lo suficientemente fuerte como para dejar marcas. Sus ojos brillan con lágrimas contenidas, la mandíbula está apretada contra la emoción que amenaza con desbordarse. —Si hay aunque sea una pequeña posibilidad de que algo en ese archivo pueda salvarla, quiero que lo sepa. Quiero que lo intente. —Su voz se quiebra, pero aclara su garganta y toma una respiración profunda. —Necesito que lo intente, Ransom.

La atraigo hacia mis brazos, sintiendo cómo tiembla.

—De acuerdo. Hablaré con ella mañana.

—Hablaremos con ella mañana —me corrige—. Juntos.

50

BLAIR

Me limpio las manos con un trapo del taller y observo cómo los hombros de Ransom se flexionan mientras aprieta los pernos de un neumático. La pregunta me ha estado molestando toda la mañana.

—¿Cómo convenciste realmente a Matt para que se tomara unos días libres?

Ransom se endereza, con una mancha de grasa en el antebrazo.

—Le di diez mil dólares.

—¿Qué? —Mi mandíbula cae. —¿Así sin más?

—Tuve que convencerlo de que no era dinero para comprar su silencio ni nada ilegal. —Los labios de Ransom se curvan hacia arriba. —Me interrogó durante casi dos horas sobre mis intenciones.

—¿Hacia mí o hacia el taller?

—Ambos. —Se acerca más, y mi piel se eriza con su presencia. —En realidad, principalmente sobre ti. Quería asegurarse de que no estaba aquí para lastimarte de nuevo.

—¿Matt hizo eso? —No me había dado cuenta de lo protector que era Matt. Es dulce, y aunque se siente un poco condescendiente, también es algo que haría a un buen amigo, así que estoy de acuerdo con ello.

—Sí. Tu empleado te cuida la espalda. No aceptó el dinero hasta que estuvo satisfecho de que no iba a estropear las cosas para ti.

Me apoyo en el banco de trabajo, cruzando los brazos.

—¿Y qué le dijiste?

—La verdad. —Los ojos de Ransom se fijan en los míos. —Que te he amado durante veinticinco años y que no me voy a ir de nuevo.

Mi corazón tropieza. Incluso después de todo lo que ha pasado esta semana, escucharlo decirlo tan llanamente me deja sin aliento.

—También quería saber si recordaba cómo cambiar el aceite. —La sonrisa de Ransom rompe la intensidad. —En realidad, fue un poco imbécil al respecto. Respeto eso.

—Y claramente pasaste su prueba.

—Con honores. —Toma una llave de tubo, haciéndola girar en sus manos. —Aunque creo que el dinero pudo haber ayudado a cerrar el trato.

Sacudo la cabeza, riendo.

—No puedo creer que aceptara tu dinero.

—Dijo algo sobre por fin poder llevar a su hermana y su hijo de vacaciones. —Ransom se encoge de hombros. —Me parece que todos ganan.

Supongo que sí.

El estridente timbre del móvil interrumpe nuestra conversación. Me dirijo a la oficina, dejando a Ransom con el Chevy en el que está trabajando.

—Taller Mecánico McKenna.

La voz familiar de la señora Henderson se escucha.

—Blair, querida. Se encendió la luz del motor.

—¿Otra vez? —Tomo mi agenda. —¿Quiere que le eche un vistazo la semana que viene?

—Si pudieras. ¿Y tal vez un cambio de aceite ya que estás en ello?

La anoto para el martes a las diez.

—Nos vemos entonces, señora H.

Mientras cuelgo, mi libro de depósitos llama mi atención. Mierda. El banco cierra en treinta minutos.

Agarro el montón de cheques y documentos, luego me asomo al taller. Ransom tiene la cabeza bajo el capó del Chevy, sus músculos se mueven mientras trabaja.

—Oye. —Toco su hombro. —Necesito ir al banco antes de que cierren. ¿Estás bien aquí?

Se endereza, limpiándose las manos.

—¿Quieres compañía?

—Alguien tiene que cuidar el taller. —Señalo el Chevy. —Además, tienes trabajo que hacer.

—Sí, señora. —Las esquinas de sus ojos se arrugan. Extiende la mano hacia mí, luego se detiene, mirando sus manos grasientas. Me encanta que quiera tocarme.

Agarro su mono de trabajo y lo atraigo para darle un beso rápido.

—Intenta no romper nada mientras estoy fuera.

Siento su sonrisa contra mis labios.

—No prometo nada.

El aire primaveral golpea mi rostro al salir. Cruzando la plaza, no puedo evitar mirar hacia atrás al taller. A través de la puerta abierta del garaje, veo a Ransom, con los brazos cruzados sobre el pecho, observándome. Le saludo con la mano, y una lenta sonrisa curva sus labios. Luego me devuelve el saludo. La imagen hace que mi pecho se caliente de una manera que nunca había sentido. No es amor. Es más profundo que eso. Pero no tengo un nombre para ello.

Aprieto mi libro de depósitos y me dirijo al banco, mis labios aún hormiguean por nuestro beso.

Estoy a mitad de camino del banco cuando rostros familiares emergen de la oficina de bienes raíces de Miller. Maverick y Cadence salen con la mismísima Sharon Miller.

—¡Blair! —Maverick saluda, tirando de su corbata aflojada. Destaca en su elegante traje. —Qué gusto verte de nuevo.

—Hola.... —Miro entre ellos y Sharon, quien prácticamente rebota de emoción. ¿Qué podría querer el hermano de Ransom con nuestra agente inmobiliaria local?

—Perdona las prisas —interrumpe Sharon, mirando su reloj. —Pero realmente necesitamos llegar a esa cita.

—Por supuesto. —La sonrisa de Cadence es cálida y emocionada. —Hablamos luego, Blair.

Se apresuran por la acera, los tacones de Sharon resuenan contra el concreto. Los observo doblar la esquina, mi libro de

depósitos olvidado en mis manos. ¿Qué cita? Apenas hay algo que ver en Badger Falls, y mucho menos…

Un movimiento en la ventana de la cafetería llama mi atención. Miro dos veces. Jonas, el hermano más callado de Ransom, está sentado en una mesa con Angie, de entre todas las personas. Están inclinados sobre lo que parece ser papeleo, enfrascados en una conversación. El cabello de Angie está de punta en la parte superior. Se tira del pelo cuando está estresada, y a juzgar por ese nido de ratas, está realmente muy estresada. ¿Por qué están juntos? ¿Qué hizo él para molestarla tanto?

¿Qué demonios está pasando por aquí?

Miro mi móvil: quince minutos hasta que cierre el banco. Pero mi mente da vueltas con preguntas. ¿Por qué los hermanos de Ransom están dispersos por la ciudad? ¿Y por qué parece que están haciendo negocios en lugar de solo visitar?

Me apresuro a hacer mi depósito en el banco, llegando justo antes del cierre. Al salir al sol de la tarde, me desvío de nuevo por la cafetería, pero Jonas y Angie ya no están a la vista. ¿De qué demonios podrían estar hablando esos dos? Me tienta ir directamente al supermercado para obtener información de la propia Angie, pero no quiero ser tan entrometida.

Bueno, sí quiero. Pero no quiero ser obvia al respecto. Estoy segura de que si espero un día, obtendré el chisme de alguien en el pueblo, pero no me siento muy paciente.

Tal vez Ransom sepa qué está pasando. Tiene que saberlo, ¿verdad? Es su familia.

Dirigiéndome al taller, mis pasos se ralentizan al ver una escena bizarra calle abajo. Frente a la Ferretería Henderson, Earl y Pete ocupan sus sillas de jardín habituales, pero se les ha unido una tercera persona: Colton, el hermano enorme de Ransom, apretujado en un mono de trabajo rosa brillante. *¿Qué demonios?*

—Vaya, si no es la pequeña Blair McKenna —grita Earl, inclinando su gorra de John Deere. —Ven a conocer a nuestro nuevo amigo.

—Earl, Pete. —Sonrío a los rostros familiares. Estos dos han sido parte del paisaje frente a la ferretería desde que era niña. Todavía

me llaman *pequeña*, lo cual es tonto, pero no se los reprocho. —Veo que tienen compañía hoy.

—Este hombre elegante es de la ciudad —dice Pete, haciendo un gesto con su taza de café siempre presente. Dice "de la ciudad" de la misma manera que dirías "eso debería estar colgado en un museo" a un niño de tres años que te presenta su pintura número cien hecha con los dedos. La mezcla perfecta de condescendencia y sarcasmo—. Supongo que se visten diferente por allá.

Colton se encoge de hombros, completamente tranquilo.

—Quería encajar. Se los pedí prestados a un amigo. Es bailarín.

Me atraganto al darme cuenta exactamente a qué bailarín se refiere. Definitivamente había una foto de estos overoles en el sitio web del mensajero cantante. Me muerdo el interior de la mejilla para no reírme.

—Oh. Eh, te quedan bien. —Miro entre ellos. —¿Qué están haciendo aquí?

—Solo paso tiempo con los lugareños. Aprendiendo sobre el pueblo. —Colton me guiña un ojo. —Y consiguiendo chismes. Puedo decir que estos hombres son las mejores fuentes de noticias en todo el pueblo.

Pete y Earl se inflan un poco ante eso, luciendo complacidos. Y Colton no se equivoca. Estos dos tipos pasan casi todos los días aquí, charlando, obteniendo información de todos los que pasan. Son como el Google incorporado de nuestro pueblo.

—Deberías haber visto la cara de la señora Patterson cuando pasó. —Pete se ríe. —Pensé que sus ojos iban a salirse de las órbitas.

Colton sonríe.

—Mi hermano Jonas me dijo que parecía una alucinación. Creo que fue un cumplido.

Dios, estos tipos son divertidos.

No trato de ocultar mi risa, y afortunadamente, Colton no parece ofendido en absoluto. Eso me gusta de él.

—Hablando de Jonas —empiezo, pero Earl me interrumpe.

—Blair, cariño, le estaba contando sobre aquella vez que tu papá tuvo que rescatar al gato de Pete del techo de la ferretería. ¿Te

acuerdas de eso?

—¿Cómo podría olvidarlo? Pete no dejaba de traerle pasteles después de eso. —Estoy segura de que mi papá subió diez kilos ese mes. Comimos pastel para cenar más de una vez. Papá ni siquiera trató de justificarlo. Era comida que él no tenía que preparar, así que ¿por qué demonios no?

Me pregunto si eso tuvo algo que ver con sus problemas cardíacos.

—El mejor mes de la vida de Robert —asiente Pete sabiamente —. Mi Martha hace los mejores pasteles en tres condados. — Honestamente, también fue el mejor mes de mi vida hasta ese momento.

Intento de nuevo sacar el tema de Jonas y los demás, pero Earl se lanza a otra historia.

—Y luego estuvo esa vez que Robert tuvo que sacar al loro de la vieja señora Henderson del campanario de la iglesia....

—¿Cómo llegó allí? —Colton se inclina hacia adelante, su silla de jardín cruje amenazadoramente.

Pete resopla.

—Hijo, puede que quieras tener cuidado con esa silla. Suena como si estuviera a punto de rendirse.

—Nah, está bien. —Colton se mueve, y la silla emite un sonido como el de un gato moribundo. —Aunque suena un poco.... musical.

—¿Musical? —Earl jadea. —Suena más como el intento de canto de mi esposa.

—Vamos, Earl. —Pete agita su dedo. —El canto de Margaret no es tan malo. Al menos ya no hace que los perros aúllen. —Tiene razón. Ha estado tomando clases de canto durante unos treinta años, y ha mejorado un poco desde antes. Los perros ya no aúllan, simplemente huyen.

Muy, muy lejos.

Lo intento una vez más.

—Sobre Jonas....

—Entonces este loro —interrumpe Colton, completamente absorto—. ¿Hablaba? Siempre he querido un loro.

Por el amor de Dios. Claramente no estoy llegando a ninguna parte. Dando media vuelta, me dirijo de regreso a la tienda. Ransom tiene algunas explicaciones que dar.

—Oh, Señor. —Se ríe Earl. —Claro que hablaba. Seguía gritando "Jesús te ama" cada vez que sonaba la campana. Casi volvió loco al pastor Mike.

Se escucha otro gemido chirriante.

—Chico, estás tentando al destino con esa silla —advierte Pete.

—Está aguantando perfectamen....

¡CRACK!

Estoy a mitad de la cuadra cuando escucho el estruendo. Al voltear, veo a Colton, con el trasero tocando la acera, sus overoles rosa brillante reluciendo al sol. Sus rodillas están enganchadas en el marco de metal, con el respaldo de la silla sosteniendo sus hombros y cabeza. El hombre está bien atascado.

Earl y Pete están doblados de la risa, con lágrimas corriendo por sus rostros mientras intentan ayudarlo a levantarse.

—Espera, hijo.... —Earl jadea, tirando del brazo de Colton.

—No, no, del otro lado.... —Pete agarra el otro lado.

—¡Jesús te ama! —Earl se carcajea, lo que los hace estallar en risas de nuevo.

Sacudo la cabeza y continúo hacia el taller. Que se quede ahí. Ya vendrá alguien más a ayudarlo. Tengo asuntos más importantes que atender.

Entro al taller, mi mente da vueltas con preguntas. Ransom está inclinado sobre un motor, con su mono de trabajo enrollado hasta la cintura, revelando una camiseta blanca que ha visto días mejores. ¿No tiran los ricos su mierda en cuanto se mancha? Algo sobre Ransom conservando una camiseta obviamente manchada y raída me hace sentir toda cálida. El cuello incluso tiene pequeños agujeros. Los trajes eran atractivos. ¿Esta camiseta? Mucho mejor.

Maldita sea. Concéntrate, Blair.

—¿Por qué tu hermano está usando overoles rosa brillante frente a la ferretería Henderson?

Se endereza tan rápido que se golpea la cabeza contra el capó.

—Ay, mierda. —Frotándose el cuero cabelludo, se gira para mirarme. —Espera, ¿qué?

—¿Y por qué Jonas tiene una reunión con Angie? ¿Y qué estaban haciendo Maverick y Cadence en la oficina del agente inmobiliario? Espera. ¿Es ella su esposa? Ni siquiera sé si están casados.

—Tranquila. —Ransom intenta alcanzarme, pero esquivo sus manos sucias. No me permitiré distraerme. Está pasando algo, y quiero saber qué.

—No intentes distraerme. ¿Qué están haciendo tus hermanos aquí? ¿Vinieron contigo? ¿Por qué no están en el trabajo? ¿Dónde se están quedando todos? ¿Por qué Colton está usando overoles rosa brillante? —Agito un dedo hacia él. —¿Qué están tramando?

Su risa hace eco en el taller.

—Ven aquí. —Agarra un trapo de taller para limpiarse las manos, luego me lleva al banco de trabajo. Abriendo la antigua mininevera, saca dos refrescos Coca-Cola, destapa uno y me la entrega.

—Primero que nada, no, no vinieron conmigo. Estoy tan sorprendido como tú de encontrarlos dispersos por el pueblo.

—¿En serio? —Doy un sorbo y lo miro con recelo por encima de la lata. —¿Estás diciendo que no sabes nada al respecto?

—Palabra de scout. —Levanta dos dedos en forma de V. No sé mucho sobre scouts, pero estoy bastante segura de que ese no es el símbolo correcto.

—Definitivamente nunca fuiste scout.

—Detalles. —Guiña un ojo, un gesto que es a la vez juguetón y evasivo. —En cuanto a dónde me estoy quedando, sigo en el hotel estilo cama y desayuno. De hecho, tomé dos habitaciones; una la he convertido en oficina. Tengo mi portátil allí y unos veinticinco kilos de papeleo esparcidos por todas las superficies disponibles.

—¿Oficina? —Dejo mi refresco Coca-Cola sobre el banco de trabajo con un suave tintineo metálico, mi mente recorre todas las implicaciones. ¿Cómo se dirige una empresa tan grande como la suya desde una habitación de hotel? Mejor pregunta, ¿por qué lo haría? No es conveniente. No puede serlo. Y seguro que no tiene tiempo que perder trabajando junto a mí en este taller. Pero está aquí, y no he querido cuestionarlo demasiado. Porque lo quiero aquí.

Lo quiero a él.

—Pero ¿qué hay de tu trabajo en Chicago? ¿Tus responsabilidades? Tus hermanos deben necesitarte allí. Tal vez estén aquí para llevarte —intento mantener mi voz neutral, pero algo en esta situación no cuadra. Pero quizás tenga razón. Tal vez estén inspeccionando el pueblo, buscando razones por las que debería dejarnos a todos atrás.

Apenas me han conocido. No los culparía por pensar lo peor de mí y querer llevarse a Ransom.

No los culparía, pero seguro que no me quedaré de brazos cruzados y dejaré que eso suceda.

—No he dejado nada atrás. —Se apoya contra el banco de trabajo. —Estoy en constante contacto con Cara, mi asistente. Pasé un par de horas terminando cosas antes de venir aquí. De hecho, funcionó bastante bien.

—Entonces.... —La esperanza revolotea en mi pecho. —¿Planeas trabajar desde aquí?

—Te dije que no me iba. —Sus ojos sostienen los míos. —Lo decía en serio.

—¿Qué significa eso exactamente? —Me acerco. —No puedes simplemente.... esto no es.... —Me paso las manos por el pelo. —¡Tienes una vida en Chicago!

—La tengo. —Esa sonrisa irritante juega en sus labios.

—¡Una empresa enorme! ¡Una familia que te necesita! ¡Una oficina real con paredes y todo!

—Sí —toma un sorbo casual de su refresco Coca-Cola.

—¡Deja de estar tan tranquilo con esto! —Camino frenéticamente entre el armario de herramientas y el banco de trabajo, mis botas raspan contra el concreto manchado de aceite. Mis manos revolotean inútilmente a mis costados antes de que las apriete en puños. —¡No puedes dirigir una empresa multimillonaria desde el hotel de la señora Winston!

- De hecho, puedo. Lo he estado haciendo durante días.

—Eso es.... eso es solo temporal. Te cansarás. Del internet lento y de la forma en que todos saben los asuntos de todos y.... —Giro, casi derribando una pila de neumáticos.

—Blair.

—¡Y no hay nada que hacer aquí! No hay restaurantes elegantes ni clubes ni lo que sea que hagan los ricos.... —Estoy toda sudada. ¿Por qué no invertí en aire acondicionado?

—Blair.

Me giro hacia él.

—¡Y trabajo todo el día! No puedo entretenerte o....

—¿Quién dijo que necesito entretenimiento? —Deja su refresco Coca-Cola. —Pasé la mañana trabajando en coches y coqueteando contigo. Lo encontré bastante entretenido, joder.

—Pero tus hermanos.... —Agito la mano hacia la plaza. No sé cómo terminar la frase. De alguna manera, "están ahí fuera paseando por mi pueblo" no suena tan mal. Pero no es normal, maldita sea. Hay algo raro en todo esto.

—Aparentemente están explorando el pueblo sin mi conocimiento. —Sus ojos bailan con diversión. —Aunque realmente quiero saber por qué Colton lleva un mono con brillos.

—¡Deja de hacer bromas! —Golpeo mi mano contra el banco de trabajo. —¡Esto es serio!

—¿Por qué estás tratando de pelear conmigo?

La pregunta me detiene en seco.

—No estoy....

—Sí lo estás —Cruza los brazos. —Y no voy a caer. Así que ¿por qué no me dices qué es lo que realmente te molesta?

Me desinflo, mis hombros se hunden.

—No estoy molesta. —Su mirada de reojo me irrita de nuevo. Me gusta la irritación. Se siente mejor que el miedo, la preocupación o la esperanza. —Estás cambiando toda tu vida. ¿Y qué pasa si.... —Mi voz se quiebra. Presiono las palmas contra mis ojos, tratando de contener la inundación de emociones. —¿Qué pasa si un día te despiertas y te das cuenta de que todo esto fue un error? ¿Que renunciaste a todo por.... por qué? ¿Por una mecánica de pueblo que apenas puede manejar una noche en la ciudad?

—Blair....

—No, déjame terminar. —Bajo las manos, paseando de nuevo entre los coches. —¿Y si ya no encajamos? Ya no somos esos chicos que se besaban en los campos y compartían sueños. Tú diriges esta empresa enorme, y yo.... yo arreglo coches y cuido de Max y....

—Y eres exactamente quien quieres ser. —La voz de Ransom es firme.

—¿Lo soy? —Me giro para enfrentarlo. —Porque ahora mismo no sé lo que quiero. Cada vez que te miro, me siento de nuevo como si tuviera diecisiete años. Pero no tengo diecisiete. Y tú tampoco. ¿Y si intentamos esto y lo arruina todo? ¿Y si no podemos volver a ser quienes éramos antes?

—Tal vez no se supone que debamos volver atrás. —Da un paso hacia mí, pero levanto mi mano.

—No puedes simplemente montar una oficina en el hotel de la señora Winston y fingir que todo va a salir bien. La vida no es tan simple.

—¿Por qué no?

—¡Porque…! —Levanto las manos. —¡Porque la gente no hace eso! No cambian toda su vida por.... por....

—¿Por amor?

La palabra queda suspendida entre nosotros, cargada con veinticinco años de historia, dolor y esperanza.

—No. —Mi voz sale como un susurro. —No digas eso a menos que lo digas en serio.

—Lo he dicho en serio cada vez que lo he dicho. Cada maldita vez.

Esa es la parte que da miedo. Porque lo quiero. Mucho. Y aun así no puedo dejar de cuestionarlo. Debería callarme. Simplemente aceptar que está aquí y lanzarme de cabeza. Pero mi maldito sentido de autopreservación no me lo permite.

—No huyas de esto. —La voz de Ransom baja, peligrosa. Se separa del banco de trabajo, sus movimientos deliberados, calculados.

Retrocedo instintivamente.

—No estoy huyendo.

—¿Ah, sí? A mí me parece que sí. —Cada paso lo acerca más. Mi corazón golpea contra mis costillas mientras retrocedo, el taller de repente se siente mucho más pequeño.

—Estoy siendo práctica. —Mi voz vacila. —Alguien tiene que serlo.

—¿Práctica? —Avanza como un depredador, sus ojos sin dejar los míos. —¿Fue práctico enviar un *stripper* de ciento ochenta kilos a mi oficina?

Mi espalda choca con metal: el capó del Buick del señor Johnson. No hay a dónde ir.

—Eso fue diferente. No estabas escuchando....

—No. —Planta sus manos a ambos lados de mí, encerrándome. Su cara a centímetros de la mía, lo suficientemente cerca para ver las motas de azul oscuro en sus ojos. —Eso fue una invitación. Tú me llamaste aquí, joder.

—Nunca.... —Las palabras se atascan en mi garganta cuando su nariz roza la mía.

—Veinticinco años. —Su aliento acaricia mis labios. —Veinticinco malditos años he comparado a cada mujer contigo. Y todas se quedaron cortas. ¿Sabes por qué?

Niego con la cabeza, apenas respirando, mi corazón golpea contra mis costillas como un ser enjaulado tratando de liberarse.

—Porque no eran tú. Así de simple. —Su voz se vuelve áspera, rozando baja y cruda mis sentidos. —He esperado toda mi vida para volver a ti. ¿Y ahora crees que voy a cambiar de opinión? ¿Que algo podría hacerme alejarme de nuevo?

Algo se rompe en mi pecho, un muro que he mantenido en pie durante décadas. La cuidadosa fortaleza de lógica y razón que construí para protegerme de este preciso momento se desmorona como arena.

—Lo dices en serio.

—Cada maldita palabra.

Y por primera vez desde que irrumpió de nuevo en mi vida, me permito creerle. Creerle de verdad. Creerle completamente.

La verdad de ello se asienta en mis huesos, reacomodando todo lo que creía saber. Todos estos años, me había convencido de que se

había ido porque yo no era suficiente: no era lo bastante normal, no era lo bastante mujer. Pero mirando ahora en sus ojos, veo lo que no pude ver antes: siempre fui suficiente. Lo era todo.

A veces, no es culpa de nadie. Nuestro momento no era el adecuado en aquel entonces. Y eso nos hirió a ambos.

Pero ahora, lo único que nos mantiene separados son las tonterías en mi cabeza.

Y estoy tan harta de ello.

Lo miro fijamente, mi corazón retumba contra mis costillas. La verdad arde en mi garganta, exigiendo ser pronunciada. Todos estos años enterrándola, fingiendo que no estaba allí, construyendo muros para mantenerla contenida.... y aun así vivía, respirando silenciosamente en los rincones más oscuros de mi corazón.

—Te amo. —Las palabras brotan de mis labios, simples y devastadoras. —Nunca dejé de hacerlo. Dios sabe que lo intenté. Salí con otras personas, me enfoqué en el trabajo, construí toda esta vida sin ti. Pero el amor no se quedó enterrado.

Sus ojos se ensanchan, oscureciéndose mientras procesa mis palabras. Sus manos se deslizan del capó para acunar mi rostro, sus pulgares acarician mis mejillas con una suavidad que hace que mis rodillas flaqueen.

—Dilo otra vez. —Su voz se quiebra, cargada de emoción. Tenía que saberlo. ¿No es así?

—Te amo, Ransom Kyle. —Mis dedos se aferran a su camisa, anclándome a él. —Te he amado desde que tenía diecisiete años, viéndote intentar arreglar el antiguo Volkswagen de la señora Henderson. Estabas cubierto de grasa y maldiciendo como un marinero, y todo lo que podía pensar era "eso es, esta es la persona con la que quiero pasar mi vida".

Un sonido escapa de él, mitad risa, mitad sollozo. Presiona su frente contra la mía, su respiración irregular.

—Blair. —Solo mi nombre, pero lo dice como una plegaria, como la salvación.

—Incluso cuando te odiaba, te amaba. —Cierro los ojos, dejando que la verdad fluya. —Incluso cuando quería no volver a verte nunca, el amor estaba allí. Siempre ha estado allí.

Sus manos tiemblan contra mi piel. Cuando abro los ojos, hay lágrimas corriendo por sus mejillas.

—Pensé.... —Traga con dificultad. —Me convencí de que habías seguido adelante. De que me habías olvidado.

—¿Cómo podría olvidarte? —Limpio sus lágrimas con mis pulgares. —Estás grabado en mis huesos, Ransom. Siempre lo has estado.

51

RANSOM

No puedo quitarle las manos de encima a Blair. Sus labios son suaves contra los míos, y la presiono más contra el banco de trabajo. El familiar aroma de aceite de motor y su champú con olor a vainilla inunda mis sentidos. Veinticinco años deseando a esta mujer, y ahora finalmente es mía.

Las palabras importan. Y mucho. Oh, yo sabía que ella me amaba. Podía verlo en su rostro. Pero se protegía tan bien que temía que no se permitiera decirlo.

Alguien se aclara la garganta detrás de nosotros. Blair da un respingo, pero yo mantengo mis brazos alrededor de su cintura. No voy a dejarla ir otra vez.

Maggie está en la puerta, su delgada figura temblando de risa.

—Iba a ver si querían café, pero claramente están ocupados.

Las mejillas de Blair se tiñen de rosa.

—Mags....

—No se detengan por mí. —Los ojos de Maggie brillan con lágrimas. —Dios, no puedo decirles lo feliz que me hace esto.

Mi pecho se oprime al ver su rostro demacrado, la forma en que la ropa le cuelga suelta. Es tan jodidamente triste.

—Ustedes dos siempre estuvieron destinados a estar juntos. —Maggie se acerca, su voz suave. —Pero Ransom, ¿estás listo para todo lo que implica amar a Blair?

Encuentro su mirada.

—¿Por qué no me dices exactamente a qué te refieres?

—Se refiere a Max —susurra Blair contra mi pecho.

Maggie asiente.

—Blair será su tutora cuando yo me vaya. ¿Estás preparado para ser padre? Porque eso es lo que significa esto.

—Amo a Blair. —Aprieto mis brazos alrededor de Blair. —Y hace mucho tiempo que no huyo de las responsabilidades. Si llega lo peor, me mantendré firme y lucharé por él. Siempre estaré ahí para él. Nunca me rendiré con él. —Y lo digo en serio. Seré exactamente lo que ese niño necesita.

Empezando ahora.

—Lástima que su madre no pueda decir lo mismo. —Las palabras saben a ácido en mi boca, pero me obligo a soltarlas de todos modos.

Todo el cuerpo de Maggie se pone rígido. Su rostro se sonroja, sus manos se cierran en puños a los costados.

—Cómo te atreves. —Su voz tiembla de furia. —No tienes idea de lo que he pasado.

Blair tiembla contra mí pero permanece en silencio, tal como lo discutimos. Esto tiene que venir de mí.

—Tres rondas de cáncer. —La voz de Maggie se eleva. —¿Sabes lo que eso le hace a una persona? ¿La quimio, la radiación, sentir que tu cuerpo te traiciona una y otra vez? —Da un paso adelante, apuntándome con el dedo en el pecho. —Luché. Durante años, luché. ¿Y ahora vienes aquí y me juzgas?

—Tienes razón. No sé por lo que has pasado. —Mantengo mi voz firme. —Pero sé cómo se ve el rendirse.

—¿Rendirse? —Suelta una risa áspera. —¿Es eso lo que crees que es esto? Estoy cansada. Estoy tan cansada de hospitales, de tratamientos que me enferman más que el cáncer. De ver la cara de mi hijo caer cada vez que no puedo levantarme de la cama.

Las lágrimas corren por su rostro ahora.

—¿Crees que quiero dejarlo? ¿Que quiero que Blair críe a mi hijo? Quiero verlo graduarse. Quiero conocer a sus hijos. Quiero.... —Su voz se quiebra. —Quiero vivir.

—Entonces lucha. —Me alejo de Blair, acortando la distancia con Maggie. —Déjanos ayudarte a luchar. Hay opciones que aún no

hemos explorado.

—¡No hay nada más! —La voz de Maggie hace eco en las paredes del garaje—. Vivo en el mundo real, Ransom. No en una fantasía donde el dinero lo arregla todo. No queda nada para mí.

Camino hacia la bolsa que guardé en el banco de trabajo y saco el archivo en papel que organicé anoche.

—Estás equivocada. Completamente equivocada. —Sostengo el archivo en alto. Sus ojos se fijan en él, y su garganta se mueve.

—¿Qué se supone que es eso?

—Opciones. Reales. Tratamientos que no has probado. Ensayos clínicos que están mostrando resultados prometedores. Pero nunca sabrás qué podría salvarte si simplemente te rindes.

—No te atrevas a....

—No. —Bajo mi voz, me acerco más. —Mira, veo lo exhausta que estás. El peaje que ha cobrado. Pero seamos realistas: no te queda mucho tiempo. Apenas puedes cuidar de Max ahora.

Su rostro se desmorona. Blair hace un pequeño sonido detrás de mí, pero yo continúo.

—Va a empeorar. Rápido. ¿Realmente vas a hacer que él te vea consumirte? ¿Vas a obligarlo a recordarte así?

—¿Crees que no sé lo que le estoy haciendo? —La voz de Maggie se quiebra. —Cada vez que no puedo levantarme para hacerle el desayuno, cada vez que Blair tiene que arroparlo porque estoy demasiado enferma....

—Entonces lucha. Una vez más. No por ti, por él.

—No puedo. —Se desploma contra la pared. —Simplemente no puedo.

—Puedes. Y no tendrás que hacerlo sola. Tengo recursos y conexiones que ni siquiera puedes imaginar. Tengo a los mejores médicos del país, diablos, del mundo, esperando. Dame dos semanas para mostrarte lo que es posible.

Veo a Maggie deslizarse por la pared, sus hombros caídos. La lucha desaparece de su rostro, reemplazada por un agotamiento hueco que me rompe el corazón.

—¿Dos semanas? —Su voz se quiebra. —No puedo.... No puedo pensar en mañana. Max necesita que le prepare el almuerzo para la

escuela y yo....

—Por eso nos tienes a nosotros. —Me agacho a su lado. —Déjanos ayudar.

Su mirada se dirige a Blair.

—Estás muy callada ahí.

Blair cruza los brazos, con la mandíbula tensa. Puedo ver cuánto le duele presionar a Maggie. Pero también veo esa pequeña chispa de esperanza. Esa chispa es lo que me impulsa a tener esta discusión.

—Díselo. —La voz de Maggie se endurece. —Dile sobre nuestro plan. Sobre cómo lo discutimos, cómo acordamos....

—No —Blair suelta, sus palabras agudas y dolorosas—. No puedo seguir fingiendo que estoy de acuerdo con esta locura.

—Blair....

—¡Tu plan es una mierda! Quieres que te veamos morir. Quieres acostarte en esa casa y consumirte.... —La voz de Blair se quiebra. —Y simplemente dejar de luchar.

—Es mi elección —espeta Maggie—. Mi dignidad....

—¡A la mierda tu dignidad! —El grito de Blair hace eco en las paredes del garaje. —¿Qué hay de Max? ¿Qué hay de verlo crecer? ¿Qué hay de luchar hasta que no quede nada por lo que luchar?

—No tienes derecho....

—¡Tengo todo el derecho! Me hiciste prometer que lo criaría. Que lo amaría como si fuera mío. Pues, ¿adivina qué? Ya lo hago. Y él se merece algo mejor que verte rendirte.

Maggie se pone de pie con dificultad. Intento alcanzarla, pero me aparta de un manotazo.

—Eres un maldito traidor. Necesito.... No puedo.... —Se vuelve hacia mí, con los ojos ardiendo. —Y tú puedes irte a la mierda con tus médicos de lujo y falsas esperanzas.

Se dirige furiosa hacia la puerta, pero soy más rápido. La agarro del brazo y le pongo el archivo en las manos.

—Tómalo. Léelo. Es todo lo que te pido.

Intenta devolvérmelo.

—No quiero....

—Mala suerte. —Me mantengo firme. —Le debes eso a Max. Dos semanas, Maggie. Mira lo que es posible. Si después de eso aún quieres rendirte, bien. Pero no te atrevas a marcharte sin siquiera intentarlo.

Aprieta el archivo contra su pecho, con lágrimas corriendo por su rostro.

—Los odio a los dos. —Dirige una mirada ardiente a Blair. Su voz se quiebra. —Será mejor que encuentres otro lugar donde dormir esta noche. No eres bienvenida en mi casa. Mañana puedes venir a recoger tus cosas.

La puerta se cierra de golpe tras Maggie, y Blair emite un sonido como si la hubieran golpeado en el estómago. Mi corazón se retuerce por su dolor. La envuelvo con mis brazos, atrayéndola contra mi pecho.

—Lo leerá. —Presiono mis labios contra su sien. —Necesita procesarlo, pero mirará las opciones. La esperanza prevalecerá.

Los dedos de Blair se clavan en mi camisa.

—¿Y si no lo hace? ¿Y si muere odiándome?

—Oye, ella nunca podría odiarte. —Acaricio su cabello, sintiendo cómo tiembla. —Eres su mejor amiga.

—Era. —La voz de Blair se quiebra. —¿La oíste? ¿Recoger mis cosas? Así nada más, treinta años de amistad se esfuman porque no la dejé rendirse.

—Hiciste lo correcto. —Acuno su rostro, secando sus lágrimas con mis pulgares. —A veces amar a alguien significa luchar por ellos, incluso cuando están luchando contra ti.

Se aparta, abrazándose a sí misma. Sus ojos recorren el garaje como si lo viera por primera vez. Perdida. A la deriva.

—¿Qué necesitas, cariño?

Los hombros de Blair se desploman.

—Necesito.... —Traga con dificultad. —Necesito no pensar por un rato. ¿Me llevas a algún lado? A cualquier lugar menos aquí.

—¿Al viejo sitio?

Un atisbo de sonrisa roza sus labios.

—Sí, eso suena perfecto.

Tomo su mano, entrelazando nuestros dedos.

—Vamos. Salgamos de aquí.

Agarra sus llaves, pero se las quito suavemente de sus manos temblorosas.

—Déjame conducir.

Blair asiente. Juntos cerramos el garaje, asegurando las bahías, y luego subimos a la vieja camioneta de Robert. Nunca la había conducido. No tenía licencia cuando éramos niños. Se siente bien estar en el asiento del conductor, y aún mejor tenerla justo a mi lado.

Estoy en casa.

Mientras salimos del estacionamiento del garaje, ella apoya su cabeza contra la ventana, y yo poso mi mano en su muslo. El simple contacto dice lo que las palabras no pueden: estoy aquí, te tengo, no estás sola.

—Ella es mi familia —susurra Blair—. Lo ha sido desde la secundaria. ¿Cómo pudo simplemente desecharme así?

—Está asustada. Y a veces, cuando las personas tienen miedo, arremeten contra quienes más aman.

Blair cubre mi mano con la suya, apretando con fuerza.

—No me sueltes.

—Nunca. —Llevo su mano a mis labios. —Te lo prometo.

52

BLAIR

Miro por la ventana mientras Ransom conduce la camioneta de papá por el familiar camino de tierra. La radio suena de fondo, un susurro que no logra atravesar mis pensamientos acelerados. Mis manos se retuercen en mi regazo, los dedos se entrelazan y se separan.

Los campos se extienden a nuestro alrededor, interminables y verdes. Ransom se detiene en nuestro viejo lugar y apaga el motor. El silencio nos envuelve como una manta.

—¿Lo decías en serio, verdad? —Mi voz se quiebra. —¿Lo que le dijiste a Maggie?

Ransom se gira para mirarme.

—¿Sobre Max?

—Sí. —Trago saliva con dificultad. —Porque esto no es.... no es jugar a la casita. Cuando ella ya no esté.... —Las palabras se me atascan en la garganta. —Max necesitará estabilidad. Estructura. Un hogar.

—Blair....

—No, déjame terminar. —Presiono las palmas de mis manos contra mis muslos—. Necesitará a alguien que entienda que algunos días no querrá hablar. Que podría enojarse, o entristecerse, o ambas cosas a la vez. Alguien que no lo presione para que "lo supere" o "siga adelante". Alguien que simplemente.... esté ahí.

—Como Robert lo fue para nosotros. —La voz de Ransom es suave.

—Exactamente. —Mi pecho se oprime. —Y me aterroriza no poder ser tan buena como mi padre. Tengo tanto miedo de no tener la paciencia. O de arruinarlo tanto que crezca odiándome.

Ransom no dice nada. Simplemente me atrae hacia él en el asiento hasta que quedo acurrucada bajo su brazo. Y me deja hablar.

—Maggie leyó tantos libros. Todavía lo hace. Todos esos libros sobre cómo criar niños fuertes y felices. Sí, yo estoy ahí, pero no hago nada de ese trabajo emocional pesado. Me gusta ser la tía divertida. Pero no puedo ser la tía divertida cuando lo esté regañando por la tarea o la hora de dormir. Me va a odiar.

—No te odiará. Al menos no por mucho tiempo.

Suelto una risa mezclada con un resoplido y me limpio la cara con la manga.

—¿No por mucho tiempo, eh? Qué reconfortante. Eres tan bueno animando a la gente. Ya me siento mucho mejor.

Ransom se ríe de mi sarcasmo, su pecho retumba bajo mi oreja. Se siente bien. Esto se siente bien.

—No sé si estoy preparada para esto —admito.

Él hace un sonido grave.

—Pensé que ya había terminado de criar niños. Pero entre los dos, nena, podemos manejar cualquier cosa. Y no lo haremos solos. Tendremos a este pueblo y a mi familia para ayudarnos en cada paso del camino.

Tiene razón. Lo sé. Pero aun así deseo que no llegue a eso.

—Quiero que ella esté bien. Y quiero que deje de ser tan cabezota y haga lo que yo quiero. Por una vez en su puta vida. —Ella siempre ha sido la líder, y yo la he seguido. La mayoría de las veces, al menos.

—Lo sé —dice, murmurando mientras su brazo sube y baja lentamente por mi espalda. —Yo también quiero que ella esté bien.

—¿Así que no tienes que criar a un niño de seis años que ayer volvió de la escuela con caracoles aplastados en los bolsillos?

Él se ríe y me sonríe.

—No voy a mentir, eso fue asqueroso. —Fue asqueroso. Ransom tuvo que sacarlos de la tela y tirarlos. Solo se le revolvió el estómago

una vez. Honestamente, fue realmente impresionante y lo hace aún más sexy a mis ojos. Ni siquiera se lo pedimos. Se ofreció voluntario. Eso es un hombre de verdad.

Su sonrisa se desvanece y usa un dedo para apartar el cabello de mi mejilla.

—Me caía bien Maggie cuando éramos niños. Me preocupo por ella. Pero seré honesto, no armé esa carpeta por ella. Lo hice por ti.

—¿Qué significa eso?

—Significa que haré cualquier cosa en mi poder para hacerte feliz. Si pudiera chasquear los dedos y hacer que ella se mejorara mágicamente solo para que no perdieras a tu mejor amiga, lo haría. Armar ese archivo es el siguiente paso en mi plan.

—¿El siguiente paso? ¿Y qué pasa si ella no quiere mirar la carpeta?

Su boca se tuerce y aparta la mirada.

—No vayamos por ahí.

—Eh... vamos a ir por ahí.

Suspira y me lanza una mirada tímida.

—Tenemos un plan que involucra un *jet* privado y algo de cloroformo.

—¡Ran! ¿Estás loco? —Él solo se encoge de hombros. No está bromeando. En serio estaba pensando en secuestrar a Maggie. —No vas a secuestrarla.

Me mira de reojo pero no dice nada. Golpeo mi mano contra su pecho, justo sobre su pectoral, y luego empiezo a buscar su pezón.

—¡No vas a secuestrarla! ¡Prométemelo! —¿Quiero que esté sana? Sí. ¿Quiero que alguien vaya a la cárcel para que eso suceda? No. ¿Quiero que este hombre haga algo que pueda alejarla de mí? Ni de coña.

Él suelta un chillido y agarra mis manos antes de que pueda agarrarlo y retorcerlo. Un pellizco en el pezón es una forma perfectamente aceptable de extraer una promesa. Y solía ser muy efectivo con él.

Al parecer, todavía lo es.

—Prométemelo —exijo, todavía tratando de alcanzar su pecho mientras él sostiene mis muñecas—. Nada de secuestros. Nada de

organizar secuestros. Nada de ayudar con secuestros.

—¡Está bien! ¡Lo prometo! —grita Ransom, retorciéndose para alejarse—. Nada de secuestros o actividades relacionadas con secuestros.

—Di todo completo.

Él pone los ojos en blanco.

—Prometo que no ayudaré, participaré ni organizaré que nadie lleve a Maggie a tratamiento en contra de su voluntad.

—Gracias. —Relajo mis manos en su agarre.

La risa se desvanece cuando me doy cuenta de cómo estamos enredados. Mi rodilla está presionada entre sus muslos, mi pecho contra el suyo. Sus manos están cálidas alrededor de mis muñecas, y puedo sentir su corazón latiendo contra el mío.

—Blair. —Su voz se ha vuelto profunda, áspera.

Levanto la mirada y quedo atrapada en su mirada. Sus pupilas están dilatadas, dejando solo un delgado anillo de azul. Su respiración se entrecorta cuando me muevo contra él.

—Se siente tan jodidamente bien —sisea, moviendo sus caderas debajo de mí.

Balanceando mis caderas, me inclino más cerca hasta que nuestros labios casi se tocan.

—Soñé contigo anoche. Y con cómo se sentiría. Quiero saberlo. — Nuestro tiempo juntos ha sido un desastre desde el comienzo. Siempre hay algo que se interpone entre nosotros.

Pero estoy cansada de dejar que todo lo demás sea más importante que nosotros y lo que queremos. ¿Estoy asustada por Maggie?

Sí.

Pero ahora mismo, voy a reprimirlo. Porque estoy sintiendo todo tipo de otras cosas también, cosas buenas. Cosas que está bien sentir.

—Te deseo —le digo—. Quiero sentir cada centímetro de ti. Quiero saber cómo se siente hacer el amor porque nunca lo he hecho con nadie. Porque nunca he amado a nadie más que a ti. Eres el primero en todas las formas que importan.

Él gime y cierra ese último centímetro entre nosotros. Su boca choca con la mía, desesperada y hambrienta. Sabe a café y menta y a algo únicamente suyo que me hace dar vueltas la cabeza. Sus manos sueltan mis muñecas para enredarse en mi cabello, inclinando mi cabeza para profundizar el beso.

Todo mi cuerpo se siente eléctrico, como si todas las terminaciones nerviosas se activaran a la vez. Me acerco más, queriendo más, necesitando más. Su lengua se desliza contra la mía, y gimo en su boca.

Una de sus manos se desliza por mi espalda, atrayéndome más fuerte contra él. El calor se acumula en mi vientre mientras sus dientes rozan mi labio inferior. Me han besado antes, pero él es el único que me ha besado así. Como si intentara consumirme, como si me necesitara para respirar. Hago lo posible por acuñarme en su regazo, mi trasero presiona contra el volante. Es un ajuste muy apretado.

Forcejeo con la parte inferior de la camiseta de Ransom, mis dedos de repente torpes e inútiles. A él no le va mucho mejor, sus manos tiemblan mientras intenta desabrochar mi sujetador. Es como si fuéramos adolescentes de nuevo, todo extremidades ansiosas y sin finura. No puedo evitar reír cuando mi trasero golpea el claxon, el fuerte bocinazo resonando en el campo tranquilo.

—¡Mierda! —murmura Ransom, sus rodillas golpean el salpicadero. Maldice de nuevo, frotándose la pierna, y yo me deshago en risitas.

—Esto no es exactamente como lo recordaba —digo, limpiándome las lágrimas de los ojos.

Él sonríe, con los ojos arrugados en las esquinas.

—Éramos mucho más pequeños entonces.

—Sí, lo éramos. Pero ahora somos dos adultos inteligentes y maduros. Deberíamos poder resolver esto.

Él sonríe, y sus labios chocan con los míos en un beso apasionado. Su lengua se desliza contra la mía, y gimo, olvidando mi risa. Intento rodearle con mis brazos y termino enredada en el cinturón de seguridad.

Se aparta, respirando con dificultad.

—Esto no está funcionando.

Antes de que pueda protestar, me lanza a través del asiento corrido. Aterrizo con un suave "uf", con la cabeza dando vueltas. Empuja la puerta del conductor para abrirla, el fresco aire de la tarde entra de golpe. Luego está trepando sobre mí, con las rodillas entre mis piernas, sus manos apoyadas en el asiento detrás de mí.

—Ahí —dice, con una sonrisa satisfecha en los labios—. Mucho mejor.

Levanto una ceja.

—¿Mejor para quién? A mí me gustaba estar arriba.

Él sonríe, inclinándose para mordisquear mi labio inferior.

—Para ambos, espero. Y confía en mí, nena, puedes estar arriba cuando quieras. Más tarde.

Me besa de nuevo, su cuerpo presiona contra el mío. Puedo sentir su longitud dura a través de sus vaqueros, y levanto mis caderas, desesperada por la fricción. Él gime, sus manos se deslizan por mis costados, llevándose mi camisa con ellas.

Se aparta lo justo para tirar de la tela sobre mi cabeza, dejándome en sujetador. Su mirada cae a mi pecho, sus ojos se oscurecen.

—Dios, Blair. —Respira, sus dedos trazan el borde de encaje de mi sujetador. —Eres tan jodidamente hermosa.

Me sonrojo, retorciéndome bajo su intensa mirada. Nunca he sido buena recibiendo cumplidos. Sé que lo dice en serio; puedo verlo en sus ojos.

—Mis pechos están empezando a caerse —digo, alzándome para quitarle la camisa por los hombros.

Él se ríe, ayudándome a quitarse la camisa.

—Tengo cinco pelos grises en el pecho. Y tengo que sostener el papeleo con el brazo extendido para poder leerlo.

Sonriendo, paso mis dedos por el vello de su pecho, buscando las hebras grises pero distrayéndome. Su pecho es una obra de arte, todo músculos duros y piel suave. Paso mis manos por sus pectorales, mis dedos trazan las líneas de sus costillas. Es mucho más grande de lo que era, las placas de músculo empaquetadas

sobre huesos fuertes. Él se estremece bajo mi tacto, su respiración se entrecorta.

Me inclino, presionando un beso en el hueco de su garganta. Él gime, dejando caer su cabeza hacia atrás. Aprovecho, trazando besos por su pecho, mis manos exploran cada cresta y valle.

Me deja jugar, su respiración sale en jadeos entrecortados. Pero cuando alcanzo el botón de sus vaqueros, agarra mis muñecas, deteniéndome.

—Aún no —dice, su voz ronca—. Quiero tocarte primero.

Me empuja contra el asiento, sus manos se deslizan por mis muslos. Llega al borde de mis vaqueros, sus dedos juegan con el botón. Me retuerzo, mi respiración se entrecorta mientras sus dedos se sumergen bajo la tela, rozando mi piel sensible.

—¿Está bien esto? —pregunta, sus ojos fijos en los míos mientras desabrocha el botón y baja la cremallera, haciendo espacio para su mano. Gracias a Dios que me gustan los vaqueros sueltos.

Asiento con la cabeza, mi corazón late como un tambor.

—Sí —susurro, mi voz apenas audible—. Todo está bien, siempre que no tengas fetiches extraños, como querer orinar sobre mí. Pero cualquier otra cosa que quieras hacer está bien.

Él suelta una risita, sus dedos se deslizan más adentro, encontrando el calor de mi deseo. Jadeo, mis caderas se mueven involuntariamente mientras comienza a acariciarme, su tacto suave pero firme. Puedo sentir los callos en sus dedos, la textura áspera enviando escalofríos por mi columna.

Se inclina, capturando mi boca en otro beso, más profundo y apasionado que antes. Su lengua se mueve al ritmo de sus dedos, una danza lenta y sensual que me hace retorcerme debajo de él. Mi cuerpo responde instintivamente a su tacto. Puedo sentir la presión acumulándose, mi cuerpo tensándose mientras me acerca más y más al borde.

Se aparta, su aliento caliente en mi mejilla.

—Córrete para mí, Blair —susurra, su voz baja y urgente—. Déjame verte deshacerte.

Por un momento, lo combato. Quiero que esto dure para siempre. Pero todo se siente demasiado bien, demasiado caliente,

demasiado intenso. Pero entonces, sus caderas empujan contra mi centro, presionando su mano más fuerte contra mí, y con un gemido bajo, me rindo, dejándome caer en el abismo.

Me precipito al borde, mi cuerpo convulsionando mientras olas de placer me inundan. Él continúa acariciándome, su toque ahora suave, extrayendo hasta el último átomo de placer.

Cuando finalmente bajo, lo encuentro observándome, una suave sonrisa en sus labios.

—Eso fue.... —me interrumpo, incapaz de encontrar las palabras.

Él se ríe.

—Sí —dice, su voz ronca—. Lo fue.

—No lo sabía —murmuro, mirándolo fijamente. Estoy bastante segura de que tiene un halo. —Nada se ha sentido así. Nunca. —¿Adam quién? En serio. Es un buen tipo, pero nunca sentí ni una décima parte de este calor con él.

Dios. ¿Y si me hubiera conformado con Adam? ¿Y si me hubiera casado con él y hubiera pensado que eso era amor? ¿Que sentirse bien era todo lo que había?

Con Ransom, es mucho más. Más de todo. Demasiado más. Quiero aferrarme para asegurarme de no salir volando.

Así que lo hago.

Alcanzo a atraerlo, tirando de él para otro beso. Esta vez, es más lento, más dulce. Pero el calor sigue ahí, ardiendo justo bajo la superficie. Puedo sentirlo en la forma en que su cuerpo presiona contra el mío, en la forma en que sus manos se enredan en mi cabello.

Vuelvo a alcanzar sus vaqueros, y esta vez, no me detiene. Desabrocho el botón, bajando la cremallera. Él me ayuda a empujar la tela por sus caderas, su respiración se entrecorta cuando meto la mano en su ropa interior y lo envuelvo con ella.

Está caliente y duro en mi mano, y lo acaricio lentamente, mi pulgar roza la punta. Él gime, su cabeza cayendo hacia adelante, su frente apoyándose contra la mía.

—Joder, Blair. —Respira, sus caderas se mueven al ritmo de mi mano. —Se siente tan bien.

Sonrío, mi corazón se hincha ante la cruda honestidad en su voz. Este es Ransom, mi Ransom, el chico del que me enamoré hace tantos años. Y ahora, aquí estamos, torpes y riendo y amándonos en el asiento delantero de la vieja camioneta de mi padre.

—¿Crees que papá sabe que estamos profanando su camioneta? —Mierda. ¿De dónde salió eso? Vaya manera de arruinar el momento, McKenna.

Ransom se incorpora, dándome una mirada sobresaltada.

—¿En serio acabas de mencionar a tu padre?

—No. Olvídalo. No dije nada. —Empiezo a quitarme los vaqueros y la ropa interior. —No tengo idea de qué estás hablando.

Afortunadamente, está completamente distraído y se ocupa en tirar de mis pantalones hacia abajo. Mis zapatillas se pierden en alguna parte del hueco de los pies, luego él cae en la cuna de mis caderas. Nuestras partes se alinean perfectamente, haciéndonos gemir a ambos.

—Maldita sea. Joder, Blair, tenía un maldito plan. Pero siento que voy a entrar en ti y eso será todo. Me siento como un maldito adolescente.

Paso mis manos por su espalda, apretando su trasero.

—No, realmente no. Créeme. Eres todo un hombre y muy maduro.

Riendo, deja caer su frente.

—No sabía que podía ser así. No sabía que podríamos reír. Y provocarnos mutuamente. Y que todo se sentiría tan malditamente bien.

—Yo tampoco lo sabía. Pero me gusta mucho. Se siente como si fuera exactamente como debe ser.

Él suspira con todo su cuerpo, hundiéndose más en mí, su dureza presiona justo contra mi sexo. Lo quiero dentro de mí ahora. Cuando se lo digo, gime, respirando pesadamente contra mi mejilla.

—Necesitamos tener esa conversación. Esa en la que te pregunto si necesitamos un condón.

Cierto. Esa conversación.

—Desearía poder decir que no. Pero esto ha sucedido tan rápido. Por hoy, deberíamos. —No digo el resto, porque ambos lo sabemos.

Hemos tenido otras parejas. Y en cuestión de una semana, todas ellas están en el pasado. Pero amo demasiado a este hombre como para ponerlo en riesgo de nada. Así que usaremos un condón, y cuando la vida nos dé un maldito respiro, haremos las pruebas.

Me preocupa que pueda ser un asesino del ambiente, pero él solo asiente y se retuerce de una manera que me hace muy feliz mientras saca su billetera del bolsillo trasero. Saca un condón, luego tira la billetera en el suelo.

Arrebato el condón de los dedos de Ransom, impaciente y demasiado ansiosa. La tensión entre nosotros es espesa, eléctrica, y estoy disfrutando alargando esto, haciéndolo retorcerse. Sus ojos, oscuros y hambrientos, siguen cada uno de mis movimientos mientras abro el paquete.

—Sabes —digo, con voz baja y provocativa—, nunca he sido muy buena en esta parte. Siempre lo arruino y hago un desastre. —Hago una pausa, con el condón posado en su punta, observando cómo su respiración se entrecorta. —¿Quizás deberías echarme una mano?

El pecho de Ransom retumba con un gruñido grave.

—Blair —advierte, sus manos agarran el asiento debajo de nosotros. Puedo ver la contención en sus músculos, el esfuerzo que le está costando no tomar el control.

Me inclino, mis labios rozan su oreja.

—O quizás —susurro—, deberías simplemente recostarte y dejarme resolverlo.

Él gime, su frente cae contra la mía. Me tomo mi tiempo, mis dedos trazan su longitud, sintiéndolo pulsar bajo mi toque. Desenrollo el condón, lenta y deliberadamente, mis ojos fijos en su dura longitud. Su mandíbula está apretada, su respiración entrecortada.

—Listo —digo, mi voz apenas un susurro—. Ahora, ¿en qué estábamos?

Las manos de Ransom están sobre mí en un instante, agarrando mis caderas, tirando de mí contra él. Puedo sentir su calor, su dureza, y me envía un escalofrío por la columna. Su boca encuentra la mía, su beso hambriento y exigente. Me presiono contra él, mi cuerpo anhela más.

Es entonces cuando ambos nos damos cuenta de que todavía tengo puesto el sujetador. Esta vez no hay torpeza. Lo desabrocha como si lo hubiera hecho antes. Y de repente, un recuerdo aparece en mi mente, y me deshago en risas.

Ransom me mordisquea la barbilla.

—Eres terrible para mi ego. ¿Qué es tan gracioso?

Riendo, lo miro.

—¿Recuerdas cuando robaste mi sujetador y…. —Entre hipos, escondo mi cara en su pecho. Cuando vuelvo a mirar, sus orejas están rojas. —…. lo ataste a esa silla? ¿Y te encontré intentando desabrocharlo con una sola mano?

—No. No recuerdo eso. Nunca pasó. Debió ser alguien más.

—Oh, definitivamente fuiste tú. Te alejaste de esa silla tan rápido que te caíste y te cortaste la parte de atrás de la cabeza. ¿Cómo pude olvidar eso? —Tal vez fue más fácil recordar las cosas malas. Tal vez la forma en que terminamos coloreó la forma en que veía todo lo demás. Pero hubo buenos momentos. Muchos de ellos. Y quiero recordarlos, y hablar de ellos.

—Ojalá lo olvidaras —gime—. No fue mi mejor momento.

—Fue adorable. Y me gustó cuidarte después.

—Esperaba que me molestaras por eso, pero nunca lo hiciste. ¿Por qué?

Abro más los muslos, alcanzando abajo para guiarlo dentro de mí.

—Porque esperaba que estuvieras practicando para mí. Incluso entonces. Y si no lo estabas, no quería saberlo.

Sonríe, y es como si el sol saliera de detrás de las nubes.

—Siempre fuiste tú. —Y entonces está empujando dentro de mí, lenta y firmemente, sus ojos nunca dejando los míos. Jadeo, mi cuerpo se estira para acomodarlo. Se siente tan bien, tan correcto.

Empieza a moverse, sus caderas se balancean contra las mías. Lo encuentro embestida tras embestida, mis manos aferradas a sus hombros. La palanca de cambios se clava en mi muslo, pero apenas lo noto, demasiado perdida en la sensación de tenerlo dentro de mí.

—Esto es tan raro —susurro, arqueándome y jadeando—. Si me metieras el dedo en la nariz, tendría un problema con ello. Pero

puedes hacerme esto cuando quieras.

Se ríe mientras se inclina, capturando mi boca en otro beso. Su lengua se desliza contra la mía, y gimo, mi cuerpo se aprieta a su alrededor. Él gruñe, su ritmo se acelera, su respiración se vuelve entrecortada.

—Nunca lo imaginé así. No imaginé que reiríamos tanto nuestra primera vez.

—¿Estás decepcionado?

—Ni un poquito. Esto es perfecto. Tú eres perfecta.

Entonces sus caderas aceleran, y su mandíbula se tensa.

—Blair. —Respira, su voz ronca. —Estoy cerca, nena. Estoy tan cerca.

Asiento, mi propio cuerpo tambaleándose al borde.

—Yo también —jadeo—. Ransom, por favor....

Él estira su mano entre nosotros, sus dedos encuentran ese sensible nudo de nervios. Me acaricia, su tacto firme y seguro, y caigo al vacío, mi cuerpo convulsiona a su alrededor.

Él me sigue, su cuerpo se tensa mientras encuentra su liberación. Se derrumba sobre mí, su aliento caliente en mi cuello. Lo rodeo con mis brazos, manteniéndolo cerca mientras nuestros corazones laten juntos.

Permanecemos así por un largo momento, con nuestros cuerpos entrelazados, nuestras respiraciones volviendo lentamente a la normalidad. Luego se retira, una suave sonrisa en sus labios.

—Bueno —dice, su voz áspera—. He estado soñando con llegar hasta el final contigo en esta camioneta desde que tenía quince años.

Una risa sorprendida se me escapa.

—¿Hasta el final? Suenas como si tuvieras quince otra vez.

Ransom se acurruca en mi garganta, su voz un ronroneo grave.

—No me siento así. Tengo un calambre en la nalga, pero estoy demasiado perezoso para moverme. Voy a aguantarlo.

Me río, el sonido hace eco en la cabina de la vieja camioneta. Intento moverme, para frotar el músculo afectado, pero lo siento crecer dentro de mí otra vez.

—Ransom.... —susurro, con una sonrisa jugando en mis labios.

Él gime, un sonido que envía escalofríos por mi columna.

—Tal vez sí tengo quince otra vez. Al menos mi polla.

La pura felicidad burbujea desde mi pecho, y presiono un beso en su hombro.

—¿Ah, sí?

Asiente, sus ojos brillan con diversión.

—Parece que tiene mente propia cuando está cerca de ti.

Me muevo debajo de él, sintiendo la verdad de sus palabras.

—¿Es raro que esté algo orgullosa de eso?

Sonríe, su pulgar trazando mi pómulo.

—No. Deberías estar orgullosa. Es todo por ti.

Rodeo su cuello con mis brazos, atrayéndolo más cerca.

—Me gusta que me desees tanto.

Sus ojos se oscurecen, y se inclina, capturando mis labios en un beso suave y tierno. Esta vez, no hay urgencia, no hay desesperación. Somos solo nosotros, redescubriéndonos, tomándonos nuestro tiempo.

Se retira, su aliento caliente en mi mejilla.

—Se siente tan bien, Blair. Como volver a casa.

Mi corazón se aprieta ante sus palabras, y presiono un beso en su mandíbula.

—Tú también se sientes como mi hogar, cariño. —Nunca he llamado así a nadie. No puedo decidir si me gusta. Tal vez pruebe algunos otros apodos antes de decidirme por uno. Aunque a él parece gustarle, a juzgar por su embestida reflexiva.

Sus ojos son cálidos y tan, tan suaves mientras se mueve, sus caderas se mueven lentamente contra las mías. Jadeo, mis ojos se cierran mientras me llena completamente. Se toma su tiempo, cada embestida deliberada, cada toque tierno.

Abro los ojos, encontrándolo mirándome, su mirada suave.

—¿Qué? —susurro, de repente cohibida.

Sonríe, su pulgar acariciando mi labio inferior.

—Solo tú. Eres tan hermosa, Blair. Siempre lo has sido.

Siento el calor subir a mis mejillas, y beso su pulgar.

—Tú tampoco estás mal.

Se ríe, sus caderas nunca detienen su ritmo lento y constante.

—Me alegro de que lo pienses.

Paso mis manos por su espalda, sintiendo los músculos moverse bajo mi tacto.

—Lo pienso. Siempre lo he pensado.

Se inclina, capturando mi boca en otro beso lento y profundo. Gimo, mi cuerpo se arquea hacia el suyo. Él se traga el sonido, su lengua se desliza contra la mía, su cuerpo se mueve al ritmo de su beso.

Se retira, su respiración entrecortada.

—Te amo, Blair. Nunca dejé de hacerlo.

Las lágrimas pican en las esquinas de mis ojos, y lo rodeo con mis brazos, manteniéndolo cerca.

—Yo también te amo, Ransom. Tampoco dejé de hacerlo.

Presiona su frente contra la mía, sus ojos cerrados.

—Lo siento tanto, Blair. Por todo.

Niego con la cabeza, mi voz espesa por la emoción.

—No más disculpas. No más mirar atrás. Solo nosotros, solo esto.

Asiente, abriendo los ojos para encontrarse con mi mirada.

—Solo nosotros.

Empieza a moverse de nuevo, su cuerpo se mece contra el mío. Cada tacto, cada beso, es una promesa. Lo encuentro embestida tras embestida, mi cuerpo en sincronía con el suyo.

Puedo sentir el placer construyéndose, una quemadura lenta y constante. Me aferro a él, mi respiración se vuelve jadeante.

—Ransom....

Me besa, su lengua se desliza contra la mía.

—Estoy aquí, nena. Estoy justo aquí.

Caigo al vacío, mi cuerpo convulsiona a su alrededor. Él me sigue, su cuerpo se tensa mientras encuentra su liberación. Nos aferramos el uno al otro, nuestros cuerpos húmedos de sudor, nuestras respiraciones entrecortadas.

Mientras nos calmamos, presiona suaves besos en mi cara, mi cuello, mis hombros. Me río, retorciéndome bajo el ataque.

—Para, para. Me hace cosquillas.

Sonríe, apoyándose en sus codos.

—Me encanta que no hayas superado eso. Me alegra tanto que algunas cosas nunca cambien.

Le saco la lengua, y él se ríe, atrapándola en un rápido mordisco.

—Algunas cosas sí cambian, sin embargo. Como esto. Como nosotros.

Asiento, mis dedos juegan con el pelo en la nuca de su cuello.

—Sí. Como nosotros.

Cuidadosamente nos hace rodar hasta que él está debajo de mí y me atrae hacia su pecho. Se quita el condón y se deshace de él. Probablemente está en algún lugar del suelo. Mi trasero está al aire, la brisa fresca de la puerta abierta lo acaricia. Apoyo mi cabeza en su pecho, escuchando el latido constante de su corazón. Nos quedamos así por un largo momento, nuestros cuerpos entrelazados, nuestras respiraciones volviendo lentamente a la normalidad.

—Vamos a estar bien —murmuro. Ya no es una pregunta. Es una afirmación—. Quiero que Maggie esté bien. Quiero que esté con nosotros por mucho tiempo. Pero si ocurre lo peor, estaremos bien.

Ransom acuna mi mejilla y pasa su pulgar por mis labios.

—Sí, nena, estaremos bien. Pase lo que pase.

El crujido de la grava interrumpe nuestra nebulosa de felicidad. Mi cabeza se levanta de golpe.

—¡Mierda! ¡Un coche!

Los ojos de Ransom se abren de par en par.

—¿Dónde está mi camisa?

Me apresuro a buscar mi ropa, casi dándole un rodillazo en la ingle.

—¡En el suelo! ¡No sé! ¿Dónde más podría estar? —Me pongo los vaqueros a tirones, retorciéndome en el asiento.

Nos golpeamos la cabeza cuando ambos nos lanzamos a por mi sujetador. Ransom se frota la frente, riendo.

—¡Ay! Tu cráneo está hecho de puro hormigón.

—¡Eras más coordinado a los quince! —Él jadea, mirándome traicionado. Mordiéndome el labio, me pongo la camiseta por la cabeza, del revés.

Ransom salta a la pata coja junto a la camioneta, intentando subirse los vaqueros. Se golpea contra la puerta.

—¡Ay, Dios! ¡Maldita sea!

Aún estoy buscando mi otro zapato cuando unos faros nos barren. Nos quedamos paralizados como ciervos y luego estallamos en carcajadas. A través del parabrisas, veo una vieja camioneta Chevy, no muy diferente a la de papá.

Dos adolescentes nos miran desde dentro, con cara de mortificación. El chico al volante tiene la boca abierta.

Ransom, ya vestido, les lanza una mirada cómplice. Hace un gesto exagerado de cerrar sus labios con llave y tirarla.

—Oh, Dios —resoplo, arrastrándome por el asiento y escondiendo mi cara en su hombro—. Ahora somos esa gente. Los viejos pervertidos del punto de ligue.

—Habla por ti, abuela. Yo estoy en mi mejor momento. —Saluda con la mano a los chicos mientras nos reacomodamos en la cabina.

Me pongo el zapato, aún riendo.

—Tu camisa está al revés.

—Tu pelo parece que te has metido el dedo en un enchufe.

—Al menos yo encontré mis dos zapatos.

Él mira sus pies.

—Ah, mierda.

Después de buscar sin éxito el zapato perdido, nos marchamos, dejando a los adolescentes con su velada. La mano de Ransom encuentra la mía a través del asiento, y no puedo dejar de sonreír.

—¿Ha merecido la pena perder un zapato? —pregunto.

Él se lleva mis nudillos a los labios.

—Ha merecido la pena perder ambos zapatos, los calcetines y mi dignidad.

53

BLAIR

La luz del sol de media mañana se filtra a través de las cortinas de encaje del hotel estilo cama y desayuno de la señora Winston. Trazo perezosamente patrones en el pecho de Ransom, disfrutando de la tranquila mañana. Que nos echaran de casa podría haber sido peor. Esta cama es cómoda, pero es Ransom quien la hace tan perfecta. Podríamos estar en una tienda de campaña sobre el duro suelo, y yo sería feliz. Es un pensamiento aterrador, pero también muy reconfortante, porque él no se va a ir a ninguna parte. Me ama. Lo amo. Y somos un equipo.

El resto se resolverá por sí solo. Maggie lo aceptará, o no. Y me matará si no lo hace. Pero Ransom seguirá aquí.

Mi móvil vibra, y me doy la vuelta para cogerlo con un gruñido.

—Es Maggie. —Me incorporo, agarrando la sábana. —Quiere que vayamos los dos.

El brazo de Ransom se aprieta alrededor de mi cintura.

—¿Ahora?

—Sí. —Uf. Mi corazón late con fuerza. Su mensaje es corto y dulce. Sin emojis, sin pistas de cómo se siente. —Dios, ¿y si sigue enfadada? ¿Crees que hablaba en serio sobre hacerme empacar mis cosas?

—Oye. —Me besa el hombro. —De a un paso a la vez.

Nos duchamos rápidamente, aunque Ransom intenta distraerme con manos errantes. Lo aparto de un manotazo.

—Concéntrate. Esto es importante.

—Estoy concentrado —sonríe—. En ti.

—Maggie está esperando. —Pero no puedo evitar sonreír. Y la mirada satisfecha en su rostro me dice que ese era el objetivo. Quería distraerme. Y que mi mente dejara de pensar en todos los peores escenarios posibles.

Fuera, el aire de la mañana es fresco. Ransom me toma de la mano mientras caminamos, su pulgar dibuja círculos en mi palma. Es una decisión calculada. No puede echarme si no tengo mi camioneta. No es como si pudiera cargar todas mis cosas, ¿verdad?

—Esto tiene que ser bueno. No nos llamaría solo para gritarnos de nuevo, ¿verdad? —Aprieto sus dedos.

—No, amor, no creo que lo haga.

Me detengo, mirando fijamente su rostro. Esas facciones me son tan familiares y preciadas.

—Es mi mejor amiga, Ransom. Me sostuvo la mano en el funeral de papá. Ha estado ahí para todo, y no puedo perderla, especialmente no así. No enojada.

Ransom me acerca, besando mi frente.

—Entonces vamos a arreglarlo.

A unas puertas de la casa, Max pasa zumbando junto a nosotros en su bicicleta, llevando su casco rojo.

—¿A dónde vas, amigo? —le grito.

—¡A una aventura! —Frena derrapando, la grava cruje bajo sus ruedas. —Voy a buscar un tesoro enterrado en el jardín de la señora Peterson.

—Quédate donde pueda oírte si gritas, ¿vale? Y ten cuidado con los coches.

Max pone los ojos en blanco.

—Ya lo sé, ya lo sé. No soy un bebé.

—Y no vuelvas a desenterrar las flores de la señora Peterson.

—¡Eso fue solo una vez! —Levanta las manos. —Y las volví a plantar.

—Al revés —Me río.

—Las raíces necesitaban sol. —Pedalea en un círculo tambaleante a nuestro alrededor. —Probablemente estaban más felices así.

—Seguro que sí. Ahora, ¡lárgate, pero ten cuidado!

—Sí, mamá —dice con todo el sarcasmo que su cuerpo de seis años puede reunir. Luego saca la lengua y sale disparado por la acera.

Ransom se ríe a mi lado.

—Mira cómo te pones toda maternal.

—¿Qué? No, yo solo....

—Absolutamente lo hiciste. Completo con el "ten cuidado con los coches" y todo. —Me da un golpecito en el hombro. —Se te da bien, ¿sabes? El rollo de mamá.

—No estoy intentando reemplazar a Maggie.

—Por supuesto que no. Pero aún puedes estar ahí para él. Ya lo estás. —Gesticula hacia la figura que se aleja de Max. —Ese niño sabe que lo respaldarás. Y está claro que estás lista para manejar lo que venga.

Su confianza en mí hace que esa banda alrededor de mi pecho se afloje un poco. Lo atraigo hacia abajo para darle un largo beso.

—¿Y eso por qué fue? —pregunta contra mis labios.

—Solo por ser tú.

Me lleva los últimos pasos hasta la puerta de Maggie, luego subimos las escaleras. Me estiro más allá de él y abro la puerta, entrando con cautela en la sala de estar de Maggie. No me extrañaría que nos hubiera llamado solo para lanzarnos tomates podridos o alguna otra mierda. Afortunadamente, ya no parece enfadada. Está sentada en su sillón favorito, con una gruesa carpeta manila sobre la mesa de café frente a ella. Se me hace un nudo en la garganta: se ve tan pequeña, ahogada en ese suéter demasiado grande.

—Lo siento. —La voz de Maggie se quiebra. —No debería haberte echado.

—Está bien. —Me siento en el borde del sofá, Ransom se acomoda a mi lado.

—No, no lo está. —Da golpecitos a la carpeta. —He estado revisando todo. Estas opciones de tratamiento.... hay más de lo que pensaba.

—¿Y? —Me inclino hacia adelante.

—Tengo miedo. —Sus manos se retuercen en su regazo. —¿Y si paso por todo esto solo para...? —No termina el pensamiento, pero sé lo que está pensando. *Solo para terminar muerta de todos modos.*

—No te estoy vendiendo una garantía —interviene Ransom—. Solo una oportunidad.

—Pero Max está en la escuela. No puedo simplemente dejarlo.

—Nosotros lo cuidaremos. —Las palabras brotan antes de que pueda detenerlas. En realidad lo está considerando. Sí, todavía está buscando excusas, pero esto es progreso. Puedo notarlo.

Maggie sacude la cabeza.

—Eso tampoco es justo para ti. La balanza está completamente desequilibrada aquí.

—¿Desde cuándo nuestra amistad se ha basado en llevar la cuenta? —Me muevo para arrodillarme junto a su sillón. —Estamos ahí la una para la otra. Y ahora es mi oportunidad de estar ahí para ti.

—Blair tiene razón. —La voz de Ransom es suave. —Y no somos solo nosotros. Toda mi familia está dispuesta a ayudar.

—No puedo pedir eso a extraños.

—Ya no son extraños. Max pasó mucho tiempo con ellos el fin de semana pasado. —La forma en que dice "el fin de semana pasado" es desconcertante. ¿Solo ha pasado una semana desde que todo cambió? Parece mucho, mucho más tiempo. En la superficie, es una locura que nos estemos metiendo en esto. ¿La gente pensará que estamos locos?

Tal vez. Pero no puedo hacer que me importe. Ni siquiera un poco.

Los dedos de Maggie rozan la carpeta de nuevo.

—Pero las tasas de éxito....

—No sé qué hay en esa carpeta. Pero sí sé que las posibilidades tienen que ser mejores que cero —digo, mirándola fijamente—. Que es lo que estás eligiendo ahora mismo.

Se frota la frente, con el rostro serio.

—Estoy cansada de luchar.

—Entonces déjanos luchar por ti. —Le agarro la mano. —Por favor, Mags.

—Max ya está cómodo en mi casa de Chicago —dice Ransom—. Y yo estaré aquí la mayor parte del tiempo de todos modos. Entre Blair y yo, nos ocuparemos de todo.

Esa mirada terca tan familiar cruza su rostro.

—No pueden poner sus vidas en pausa.

—No lo estoy haciendo. Puedo dirigir la empresa desde cualquier lugar. Ya lo estoy haciendo. Y si tengo que ir, es un viaje rápido de un día. —Ransom se inclina hacia adelante—. Y llevaremos a Max a visitarte donde sea que necesites ir para el tratamiento. Tan a menudo como sea posible.

—Es que yo.... —La voz de Maggie se quiebra. Las lágrimas resbalan por sus mejillas. —No quiero morir. Sé que actué como si estuviera lista, pero no lo estoy. Quiero ver a Max graduarse. Quiero estar ahí cuando se enamore. Quiero.... —Se cubre el rostro con manos temblorosas.

La atraigo hacia mis brazos.

—Entonces lucha. Estamos aquí contigo.

—Estoy tan cansada —susurra contra mi hombro.

—Lo sé. —Le acaricio el pelo, con mis propias lágrimas cayendo. —Gracias por no rendirte. Gracias por intentarlo.

—¿Y si no funciona?

—Entonces nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento —dice Ransom—. Pero ahora mismo, nos enfocamos en que te mejores.

Cruzo una mirada con Ransom por encima de la cabeza de Maggie. Su expresión refleja lo que yo siento, esperanza mezclada con miedo. Ambos sabemos que no hay garantías, pero al menos ahora tenemos una oportunidad.

—¿Me prometen algo? —Maggie se separa, secándose los ojos. —Prometan que no dejarán que Max me olvide si esto no funciona.

—Para. —Le agarro las manos. —Primero que nada, vamos a dejar eso. A partir de este momento, vamos a esperar lo mejor. Y segundo, ¿cómo podría olvidarte jamás? Eres su madre. La mejor madre del planeta.

—Le dejé comer helado para el desayuno esta mañana. ¿Una buena madre haría eso? —Logra reír entre lágrimas.

—Una buena madre, no. ¿Una totalmente inolvidable? Absolutamente.

—Gracias. —La voz de Ransom es ronca por la emoción. —Por estar dispuesta a intentarlo.

—Aún no he aceptado nada —Maggie se seca los ojos con la manga. Es un último suspiro de su resistencia, y observo cómo se desvanece. Va a intentarlo. Todos lo sabemos. Aunque ella no pueda decirlo.

Aunque no pueda permitirse tener esperanza. Tal vez ella no crea. Pero está bien. Yo tendré esperanza por las dos.

—Evie está lista para explicarte todo esto —Ransom golpea suavemente la carpeta manila. —De hecho, está en espera. Dijo que dejaría todo para hablar contigo sobre las opciones.

—¿Evie? Pero tiene las manos llenas en el hospital.

—Quiere tomarse una excedencia de todos modos. Dijo que estaría contigo durante todo el proceso.

—Eso es ridículo, no puedo dejar que abandone toda su vida por mí.

—Cállate. —Las palabras de Ransom son suaves a pesar de su brusquedad. —Deja que la gente te ayude. Eso es lo que hace la familia.

Ese brillo terco aparece en su mirada.

—Tú y yo no somos familia.

—Blair te quiere. Eres su hermana en todos los sentidos que importan. Y Blair es mía. Así que sí, eres familia. Y estás jodidamente atascada conmigo.

Maggie sacude la cabeza, pero hay un atisbo de sonrisa.

—Ustedes dos se merecen el uno al otro. Ambos son imposibles.

—¡Ja! Mira quién habla. Eres una de las personas más tercas que he conocido. —Le aprieto la mano.

Maggie frunce el ceño pero no lo niega. Nos hace un gesto hacia la puerta.

—Llamaré a Evie. Ustedes dos vayan a.... hacer lo que sea que haga la gente enamorada.

—Mags —susurro, sin estar lista para dejarla.

—No, lo digo en serio. Vayan a disfrutar el día. De todos modos necesito algo de tiempo para procesarlo. —Se pone de pie, tambaleándose ligeramente. —Y tal vez tomar una siesta.

—¿Estás segura?

—Sí. Ahora váyanse de aquí antes de que cambie de opinión sobre todo.

Se dirige al sofá, y Ransom toma la manta del respaldo y la arropa una vez que se ha acomodado.

—Llama si necesitas algo. Lo digo en serio.

—Lo haré. Ahora váyanse y déjenme descansar.

Le beso la frente.

—Te quiero, Mags.

—Yo también te quiero. Incluso cuando estás siendo molesta y te niegas a salir de mi casa.

—Ya nos vamos, ya nos vamos. —Retrocedo hacia la puerta, tirando de Ransom conmigo.

Caminamos de vuelta hacia el pueblo, mis pasos más ligeros de lo que han sido en semanas. El sol de la mañana calienta mi rostro, y por primera vez desde el diagnóstico de Maggie, siento que puedo respirar.

Los dedos de Ransom se entrelazan con los míos.

—¿Estás bien?

—Mejor que bien. —Me apoyo en él. —Sé que no es una garantía, pero solo el hecho de que esté dispuesta a intentarlo.... —Mi voz se quiebra.

—Veo esos engranajes girando. —Me da un golpecito con el hombro—. Has estado cargando este peso durante tanto tiempo.

—No dejaba de pensar en Max. En tener que decirle algún día que no hicimos todo lo que pudimos. —No sé cómo podría mirarlo a los ojos y decirle que simplemente dejé que su madre se rindiera.

Ahora no tendré que hacerlo, gracias a Ransom y su disposición a quebrantar la ley si eso significa ayudar a las personas que ama.

Llegamos a la plaza del pueblo y nos sentamos en nuestro banco. Inclino la cabeza hacia atrás, dejando que el sol caliente mi piel. Todo se siente diferente. Todo parece posible.

—¿Quieres ir al taller? —pregunta Ransom, su pulgar traza círculos en mi palma.

—No. —Apoyo mi cabeza en su hombro. —No hay nada urgente hoy. Prefiero quedarme justo aquí.

La plaza se llena con los sonidos matutinos de pájaros, tráfico distante, el crujido de las puertas de las tiendas al abrirse, vecinos charlando y riendo. Ransom sostiene mi mano contra su muslo, firme y cálida. Nos sentamos en un cómodo silencio, viendo cómo nuestro pueblo cobra vida a nuestro alrededor.

Se siente correcto estar aquí con él. Como si los últimos veinticinco años hubieran sido solo un largo desvío que nos trajo de vuelta a donde pertenecemos.

—¡Tenemos un problema! —Alguien grita detrás de nosotros. Estiro el cuello para mirar, pero Ransom pone sus dedos en mi barbilla y la gira de vuelta hacia él.

—Si no miras, tal vez se vaya —susurra.

—¿Me escucharon? —Otro grito. Luego un cuerpo muy grande, aún con un mono rosa brillante, se detiene frente a nosotros. —Es jodidamente serio, Ransom.

Ransom mira fijamente a Colton, con los labios temblando.

—¿Qué coño llevas puesto?

Me muerdo el labio para no reírme mientras Colton se alisa las manos sobre la tela rosa brillante.

—¿Recuerdas al *stripper*? Él me dijo dónde conseguir estos. Entrega al día siguiente. —Colton resplandece, girando en un círculo que hace que el brillo caiga por todas partes. —Combinan perfectamente con las paredes del dormitorio de Mia.

Ransom me acerca más a él, riendo entre dientes.

—¿Por qué estás aquí, Colt? ¿Cuál es el problema?

—¡Jonas no me deja tener la casa junto al estanque! —Colton levanta las manos, haciendo volar el brillo. —Tienes que hablar con él. Está siendo completamente irrazonable.

Ransom arquea una ceja.

—¿Qué casa? ¿Qué estanque?

Colton suspira como si Ransom fuera muy molesto.

—¡Ponte al día! Quiero una de las que dan al estanque, pero el señor hoja de cálculo de allí dice que no.

Jonas aparece alrededor del banco, mirando furiosamente a Colton.

—No es seguro para Mia vivir tan cerca del agua.

¿Cómo es que estos tipos siguen aquí? ¿Dónde se quedaron? Los habríamos escuchado en el hotel, ¿no? ¿Durmieron en sus coches? ¿Pidieron prestado otro autobús? ¿Qué?

¡Tengo tantas preguntas!

—¡Ella sabe nadar!

—¡Tiene cuatro años!

—Casi cinco —corrijo automáticamente. Ambos me ignoran.

—Mira. —Colton apunta con un dedo a Jonas. —Tú también vas a tener un bebé. Según tu lógica, tampoco deberías vivir cerca del estanque.

—Mi hijo estará debidamente supervisado en todo momento.

Colton jadea.

—¿Estás diciendo que no cuido a Mia?

—Estoy diciendo que le dejas salirse con la suya en todo.

—¡Solo en ocasiones especiales!

—¡Exactamente a lo que me refiero! —Jonas se vuelve hacia nosotros, suspirando. —Me mantengo firme en mi decisión, pero soy consciente de que tendremos que asignar las casas basándonos también en las opiniones de los demás. Entonces, ¿qué piensan? —Las cejas de Jonas están levantadas expectantes.

Ransom y yo intercambiamos miradas.

—¿Tienes alguna idea de lo que está pasando? —pregunto en voz baja.

—No —dice, quitando distraídamente una pelusa de sus vaqueros —. Pero Jonas te pondrá al tanto, estoy seguro. ¿No es así, Jonas? No querrás que Blair se sienta excluida.

Jonas dirige su mirada hacia mí y asiente lentamente.

—He comprado ese desarrollo a las afueras del pueblo. El que era propiedad de Angela. Tendremos que terminar las casas a nuestro estándar, pero creo que deberían estar listas para mudarnos en otoño.

Me inclino hacia adelante en el banco, porque ¿qué carajo?

—Espera. ¿Qué? ¿Compraste toda esa propiedad? —La parcela era enorme. Solo había una pequeña sección desarrollada hasta ahora con las mini mansiones, pero el plan era para casi doscientas casas. —Es enorme.

Ransom está sonriendo, sin parecer muy sorprendido.

—¿Cuántas casas están enmarcadas allí?

—Doce —interviene Colton—. Podríamos convertir una en una casa club o algo así.

—O guardarla para otros miembros de la familia.

—Cierto. Eso también estaría bien, supongo.

Levanto la mano, atrayendo la atención de todos hacia mí.

—¿Se van a mudar aquí?

Jonas me da una mirada de obviedad, pero afortunadamente se digna a explicar.

—Ransom te ama. Tú vives aquí y no quieres irte. Por lo tanto, tenemos que venir a ti.

Mi estómago da un vuelco.

—Espera. ¿Van a dejar todos sus vidas y mudarse aquí? Eso es una locura.

—Eso sería una locura —coincide Colton—. No todos nos mudaremos a tiempo completo. Solo vamos a prepararlo para los fines de semana y eso. Creo que algunos de nosotros nos mudaremos más permanentemente antes de mucho tiempo.

Mi boca se abre de golpe, así que me obligo a cerrarla y mirar a Ransom.

—¿Qué está pasando?

—No lo sé con seguridad, pero parece que mi familia ha encontrado una manera de mantenernos a todos juntos.

—¿Así sin más?

Él sonríe y levanta mi barbilla, presionando un suave beso en mi boca.

—Sí, amor. Así sin más. —Se inclina hacia atrás, con los ojos iluminados de alegría. —La familia se mantiene unida. Y mi familia es más unida que la mayoría.

—Sip —dice Colton alegremente—, ahora estás atrapada con nosotros. —Luego vuelve sus ojos serios hacia Ransom. —Me quedo con la casa más cercana al estanque, ¿de acuerdo?

Aparentemente, ese es el punto de quiebre de Jonas. Con el ceño fruncido y los puños apretados a los costados, se vuelve hacia Colton.

—¡Eres un dolor en el trasero!

Colton solo sonríe.

—De nada.

Con un gruñido bajo, Jonas se estira, agarra la parte superior del overol y tira. No estoy en absoluto preparada para lo fácilmente que se separan los dos lados. Pero lo hacen. En un segundo, Jonas está sosteniendo un gran trozo de material rosa brillante, y Colton está parado frente a nosotros con una camiseta blanca y calzoncillos de Superman.

Las manos de Ransom cubren mis ojos mientras me doblo de risa.

—¡Oh, Dios! ¡No necesitaba ver eso!

—¿Ropa interior de Superman? ¿En serio, Colt? —El pecho de Ransom tiembla de risa contra mi espalda.

—¡Eran los únicos limpios! —La voz de Colton se desvanece mientras sale corriendo tras Jonas— ¡Vuelve aquí con mi overol!

Me apoyo en el sólido calor de Ransom, incapaz de dejar de reír.

—¿Siempre es así con ellos?

—Más o menos. —Baja sus manos pero mantiene sus brazos alrededor de mí. —Aunque generalmente con menos desnudez pública. Generalmente.

—No puedo creer que se estén mudando aquí. —La risa se desvanece en un cálido resplandor en mi pecho mientras me vuelvo para mirarlo. —Toda tu familia.

—Nuestra familia. —Sus ojos se arrugan en las esquinas. —Si los quieres.

—¿Incluso con el desnudo aleatorio y las guerras de propiedades?

—Especialmente con eso. —Acaricia mi mejilla con su pulgar. —Encajas, Blair. Siempre lo has hecho.

El sol de la mañana ilumina su rostro, resaltando la esperanza y el amor que veo allí. Veinticinco años se derriten, y vuelvo a ser esa adolescente, enamorándome del chico que vio más allá de mis muros. Solo que ahora es un hombre que ha construido una familia lo suficientemente grande para incluirnos a todos.

—Lo quiero —susurro—. El caos, el amor, todo.

Su sonrisa podría iluminar todo el pueblo.

—Bien. Porque ya están planeando la Navidad.

—¡Estamos en abril!

—A Jonas le gusta estar preparado.

Un grito distante llama nuestra atención hacia dos hombres adultos luchando por una tela rosa brillante frente a la cafetería. La señora Winston está en la puerta sacudiendo la cabeza, mientras Angela filma todo con su móvil.

—Ese video se va a hacer viral.

Ransom resopla.

—No sería la primera vez.

—¿Deberíamos separarlos?

Él levanta mi barbilla y baja sus labios a los míos.

—Más tarde. Ahora mismo, tenemos cosas mejores que hacer.

Sí, realmente las tenemos.

54

BLAIR

Dos años después

Me hundo más en mi silla, observando cómo John y Zach se enfrentan por la comida.

—No puedes servir bocadillos elegantes en una exhibición de autos —gruñe John, con los brazos cruzados sobre su enorme pecho —. La gente quiere comida de verdad.

Zach se ajusta su corbata de seda, pareciendo personalmente ofendido.

—Las minihamburguesas no son elegantes. Son, efectivamente, hamburguesas en miniatura.

—Eso es lo que estoy diciendo. ¿Por qué hacerlas pequeñas? ¡Simplemente sirve hamburguesas de tamaño normal!

—Porque la comida pequeña está de moda....

—Estamos en Badger Falls. A nadie le importa un carajo la moda. Veo al menos un corte *mullet* al día aquí.

Doy un largo sorbo a mi Shirley Temple, ocultando mi sonrisa mientras Maggie se deja caer en la silla a mi lado. Su cabello, que ahora le roza los hombros, volvió a crecer en un desorden de rizos. No sé cómo pasa eso. De todos modos, aún no ha descubierto cómo peinarlo, así que o parece que acaba de entrar de una tormenta, o lo lleva recogido en una cola de caballo apretada. Esta noche, tiene el aspecto de haber sido arrasada por una tormenta.

—¿De qué me he perdido? —Agarra mi bebida y da un trago, haciendo una mueca.

—¿Por qué diablos robas mi bebida si la odias tanto? Lo haces cada maldita vez.

Sonríe, con las mejillas rosadas y llenas.

—Porque es conveniente. Ahora ponme al día.

—John y Zach están peleando sobre minihamburguesas contra hamburguesas regulares. —Me acerco más, manteniendo la voz baja. —Apuesto por John. Tiene esa vena saltándole en la frente.

—¿La que aparece justo antes de que empiece a soltar palabrotas?

—Esa misma.

—¡Estas putas comidas diminutas son una mierda! —John levanta las manos. —Esta es gente de coches. No quieren tu mierda de pijos. Quieren cerveza y hamburguesas y tal vez algo dulce. Eso es todo. ¡Deja de complicar las cosas!

—Lo sabía. —Le sonrío a Maggie. —No sé por qué hacen esto. Es el tercer año. Uno pensaría que esto ya estaría resuelto a estas alturas.

Ella apoya la barbilla en la palma de su mano con una risa que llena mi pecho de calidez. Hace dos años, estaba sentada en una habitación de hospital viéndola desvanecerse. Ahora aquí está, viva y vibrante, poniendo los ojos en blanco ante la pareja más entretenida de nuestro pueblo.

Bueno, una de ellas. Estos enfrentamientos por la exhibición de autos han estado ocurriendo durante años.

—¿Deberíamos decirles que Sarah ya ha pedido hamburguesas y perritos calientes normales? —susurra Maggie.

—Nah. —Le hago una seña a Sarah para pedir otra ronda. —Esto es mucho más divertido.

—Eres malvada. —Me da un golpecito en el hombro. —Es mi cosa favorita de ti.

Al frente, Zach ahora está presentando un PowerPoint sobre los beneficios de los platos pequeños mientras John parece listo para voltear la mesa del proyector. Tom, Angie, Mark y algunos otros dueños de negocios están recostados, bebiendo sus tragos, con las

cabezas moviéndose de un lado a otro mientras los hombres discuten.

No estoy segura de qué esperaba cuando la familia de Ransom dijo que se establecerían aquí, pero no era esto. No me di cuenta de que iban a involucrarse tanto en todo. Pero ese primer año, literalmente en la siguiente reunión de nuestro comité de revitalización no oficial, Zach apareció. Dijo que su experiencia en marketing haría despegar nuestro primer festival. John apareció en la primera reunión de fin de semana que tuvimos, y todo se descontroló a partir de ahí. Tienen opiniones y no tienen problemas en pelear por ellas. Aunque solo pelearon físicamente una vez, y eso fue solo una pequeña pelea de bofetadas. Realmente nada en el gran esquema de las cosas.

—¿Crees que hay algo más que tengamos que hacer aquí? ¿O podemos escaparnos? —pregunta Maggie, bostezando. Hay un pequeño hilo de preocupación que intenta desplegarse en mi pecho cuando veo lo cansada que está, pero no dejo que eche raíces. Está sana. Todo el mundo se cansa. Y ha estado trabajando muchas horas.

Está bien.

Libre de cáncer.

Gracias a Dios.

—¿Lista? —le pregunto a Maggie, señalando con la cabeza hacia la puerta.

Ella asiente, deslizando su brazo a través del mío mientras nos escabullimos. Detrás de nosotras, la voz de John se eleva.

—¿Quién coño sirve quiche en miniatura en una exhibición de autos?

El aire nocturno nos envuelve, fresco y limpio. Las estrellas parpadean sobre nosotras mientras caminamos sin prisa por la calle principal.

—Necesito agarrar algo de la oficina rápidamente. —Maggie me arrastra hacia la fachada renovada donde trabaja. Comenzó como un simple espacio lejos del complejo para mis cuñados, pero se ha transformado en una oficina satélite no oficial de la Corporación Brash. Necesitan más espacio. Podría verlos queriendo construir algo

en su área pronto, pero por ahora, este espacio los aleja de los niños y los perros para que puedan concentrarse pero aún estar cerca de casa.

Y es el lugar perfecto para que Maggie haga su trabajo de diseño gráfico. Después de que finalmente estuvo sana de nuevo, quería salir de la casa y estar rodeada de gente.

—¿Cuándo vas a dejar todo eso de ser contratista y simplemente aceptar un trabajo de tiempo completo?

—Oye, me gusta tener mis propios clientes. —Forcejea con sus llaves. —Aunque la mayoría de mi trabajo sea para la Corporación Brash ahora.

—¿Zach no te está presionando para que trabajes a tiempo completo?

—Solo cada maldito día. —Desaparece dentro, emergiendo momentos después con una carpeta manila.

Nos dirigimos hacia su casa, con los brazos entrelazados de nuevo.

—¿Quieres venir esta noche? —pregunto—. Podríamos ver ese nuevo documental de asesinatos.

—No puedo. Pero.... —Me da una mirada astuta. —¿Te quedarías con Max? ¿Tal vez hacer una pijamada?

Gimo dramáticamente.

—¿Otra vez? Me estás matando.

—Te encanta.

—Tal vez. —Puedo refunfuñar al respecto, pero ser la tía divertida es exactamente lo que quería. Sin deberes de madre a tiempo completo, solo mimar y devolver. Y las vacaciones de verano significan que puedo hacer mucho mimo. Y honestamente, él está en el complejo la mayor parte del tiempo, pasando el rato con Mia y algunos otros niños del pueblo. Son una manada de lobos medio salvajes la mayor parte del verano. Entre el bosque, los karts, la pista de *BMX*, la piscina con un socorrista de tiempo completo y el medio tubo, es un maldito campamento de verano.

—Solo no le des demasiada azúcar esta vez.

—No prometo nada. Lo que pasa en casa de la tía Blair, se queda en casa de la tía Blair.

—Blair McKenna, te juro que....

—La la la, no te oigo. —Me adelanto unos pasos saltando. —Max y yo tenemos un pacto sagrado. No se delata sobre el consumo de azúcar.

—Eres imposible. —Pero se está riendo, y eso es todo lo que importa. Está aquí. Está sana. Puede darme toda la mierda que quiera.

Nos detenemos en la verja de Maggie, el familiar chirrido de las bisagras trae consigo una oleada de recuerdos. Hace dos años, este era mi hogar. Y durante un tiempo, también el de Ransom. Él y yo arreglamos esos escalones juntos. Para ser justos, yo los arreglé y él fue mi asistente. El mejor y más guapo asistente de todos.

—¿Estás bien? —Maggie me aprieta el brazo.

—Sí, solo.... —Hago un gesto vago hacia la casa. —A veces echo de menos vivir aquí.

—Literalmente vives a diez minutos caminando.

—Lo sé. —La luz del porche se enciende automáticamente, iluminando los móviles de viento que hice. —Pero es diferente. —Mudarme con Ransom fue emocionante. Y después de una primera semana complicada, todo ha ido cada vez mejor. Pero dejar este lugar.... Eso fue más difícil de lo que esperaba. —Quería que vinieras con nosotros, ¿sabes? Hay mucho espacio.

—Blair. —Su voz tiene ese tono de advertencia suave que usa cuando estoy siendo ridícula. —Necesito mi propio espacio. Y tú necesitabas el tuyo con Ransom.

Tiene razón, por supuesto. Eso no impide que quiera tener a mi mejor amiga más cerca. A Ransom también le habría encantado. En su mente, no existe tal cosa como estar demasiado cerca. Y la casa es lo suficientemente grande para todos nosotros, eso es seguro. Hay algunas habitaciones en nuestra casa en las que nunca he estado. Es ridículo, pero no me voy a quejar porque me encanta que él esté aquí. Me encanta que todos estén aquí.

—Lo sé, lo sé. —Pateo un diente de león que asoma por una grieta en la acera. —Solo echo de menos tenerte al final del pasillo a veces.

—Bueno, estás a punto de tener a Max al final del pasillo por esta noche. Eso es casi lo mismo. Ahora vete. Lárgate de aquí. Tu hombre debería llegar pronto a casa, ¿no?

—Cierto.

La atraigo hacia un fuerte abrazo antes de que pueda entrar. Se siente sólida en mis brazos, cálida y real. No como en aquellos días en el hospital cuando parecía que podría flotar y desaparecer. Sus rizos me hacen cosquillas en la nariz, oliendo al champú de coco que usa desde la secundaria.

—Te estás poniendo sentimental otra vez —murmura contra mi hombro.

—Aguántate. —La aprieto con más fuerza. Hubo meses en los que no podía abrazarla en absoluto. Cuando los tratamientos le hacían doler tanto la piel que incluso el toque más ligero le causaba dolor. Cuando los tubos y cables se interponían. Cuando pensaba que cada abrazo podría ser el último.

Pero aquí está. Fuerte. Saludable. Libre de cáncer desde hace más de un año.

—Te quiero, ¿lo sabes? —Le doy un beso en la sien.

—Lo sé. —Se separa, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas. —Yo también te quiero. Ahora vete a casa antes de que las dos empecemos a llorar en el jardín.

—No sería la primera vez.

—Y probablemente no será la última. —Se limpia los ojos. —Pero no esta noche. Esta noche vas a ir a casa a esa ridícula casa que tu ridículo marido construyó, y yo voy a meterme en un baño de burbujas con una gran copa de vino.

—Vale. Te enviaré a tu hijo a casa por la mañana.

—Perfecto. —Se dirige a las escaleras, deteniéndose en la puerta. —¿Blair?

—¿Sí?

Su sonrisa se convierte en una mueca pícara.

—Intenta no hacer mucho ruido cuando mi hijo esté en tu casa. Me dijo que tú y Ransom estaban luchando en el patio trasero en medio de la noche la semana pasada durante la pijamada.

El calor inunda mis mejillas.

—Eso fue definitivamente culpa de Ransom. Llevaba esos pantalones cortos.

—¿Los grises? —Maggie menea las cejas.

—Ya sabes cuáles. —Me abanico dramáticamente la cara. —Sabe lo que hace cuando se los pone.

—Al menos alguien está teniendo acción en el patio trasero. —Suspira con nostalgia. —Echo de menos luchar.

—Tal vez necesites un compañero de lucha propio.

—Ya estoy en ello. —Me guiña un ojo. —Para eso es el baño. Tengo algunos prospectos alineados en mi móvil. Es hora de hacer algo de.... investigación.

—¡Maggie Jones! —Jadeo con fingido horror. —¿Qué dirían las señoras de la iglesia?

—Probablemente que les guarde algunas capturas de pantalla. —Se carcajea, entrando en la casa. —Buenas noches, Blair.

—Buenas noches, desvergonzada.

Paseo por la acera, disfrutando del coro de grillos y el suave resplandor de las luces de los porches. Tres casas más abajo, subo los escalones para encontrar a Abu y Connie ya instaladas en sus mecedoras.

—Buenas noches, señoras. —Me acomodo en la mecedora vacía entre ellas. —Hermosa noche.

—Ciertamente lo es —coincide Connie, su cabello plateado brillando a la luz de la lámpara—. Aunque he oído que algunas noches son más hermosas que otras, particularmente para actividades en el patio trasero.

Abu resopla en su té dulce.

Gimo, hundiéndome en mi silla.

—¿Todo el mundo lo sabe?

—Las voces viajan, querida. —Abu me da una palmadita en la rodilla. —No hay necesidad de avergonzarse.

—Oh, no seas tímida, querida. Mi Arthur y yo destruimos mi jardín de rosas premiado una noche de verano. Un desastre completo. Aplastamos cada capullo. —Connie suspira soñadoramente. —Aunque valió la pena. Esas espinas dejaron marcas durante semanas.

—¡Connie! —Miro a través de mis dedos, sorprendida y a la vez no tanto. Estas señoras han vivido lo suyo.

—¿Qué? Yo también fui joven una vez. Y muy flexible. —Se mece contenta. —Al día siguiente recibía al club de jardinería. Tuve que decirles que se había metido un ciervo.

Los hombros de Abu se sacuden con risa silenciosa.

—Al menos tuviste privacidad. George y yo casi traumatizamos a la pobre Cadence de por vida. Tenía unos dieciséis años, bajó a hacer la colada.... —Se interrumpe, abanicándose. —Digamos simplemente que el ciclo de centrifugado tiene sus usos.

—¡Abu! —Mi voz alcanza un tono que no sabía que era posible.

—¿Qué? Las vibraciones eran bastante.... —Menea las cejas. —Terapéuticas.

—No puedo creer que esté escuchando esto.

—Oh, por favor. —Connie agita la mano con desdén. —No sois la primera pareja joven que se deja llevar por el momento. ¡Fornicad! Toda la noche. Cada noche. Te mantiene ágil, y es genial para vuestra relación. Mi Arthur ni siquiera miró a otra mujer durante nuestro matrimonio porque sabía que podía aparcar el coche en mi garaje cuando quisiera.

—Lo tendré en cuenta. —Dios, ¿cómo pueden seguir avergonzándome? Parece que les divierte. Cuando estas dos se juntan, las cosas se ponen inapropiadas.

Miro a Connie, que últimamente es una presencia habitual en este porche.

—Estás pasando mucho tiempo aquí últimamente. No es que nos quejemos.

—El helicóptero lo hace fácil. —Se inclina para rascar detrás de las orejas de su perro salchicha mientras se revuelven en su nido en la esquina.

Los perros, ambos un poco sordos, se acercan trotando con sus cortas colas meneándose. Me inclino para darles atención a los dos, ganándome felices resoplidos y besos húmedos. Ransom la traería a ella en cualquier momento, y lo hace. Pero Connie es lo suficientemente rica como para tener lo suyo propio. No sé por qué eso aún me sorprende. Tal vez porque la pillé borracha como una

cuba con aguardiente el fin de semana pasado. Simplemente no parece algo que haría una multimillonaria.

Por supuesto, había otros siete multimillonarios igual de borrachos que ella alrededor de esa fogata, así que ¿qué diablos sé yo?

—Es agradable aquí. —La voz de Connie se vuelve suave, pensativa—. Toda la gente joven, la energía. Me hace sentir viva de nuevo. —Se alisa el pañuelo de seda alrededor del cuello. —La ciudad puede ser.... solitaria. Mis nietos son buenos chicos, pero están dispersos. Singapur, Dubái, Londres.... Llaman, pero no es lo mismo que tener a la familia cerca.

La nostalgia en su tono me conmueve. Conozco ese sentimiento. Solía tenerlo todo el tiempo. Deseando que las personas que amaba estuvieran aquí.

Ya no me siento así.

—Bueno, tienes mucha familia justo aquí. —Le aprieto la mano. —Aunque ninguno de nosotros esté realmente emparentado.

—La sangre está sobrevalorada de todos modos —añade Abu, levantando su vaso en un brindis—. La familia elegida es igual de buena. A veces mejor, ya que tú mismo puedes elegirla.

—Tienes toda la razón.

Veo a John subiendo pesadamente por la calle, con los hombros anchos encorvados mientras murmura para sí mismo. Sus pasos se ralentizan al llegar al porche de Abu.

—Buenas noches, señoras —asiente hacia Connie y Abu, luego se vuelve hacia mí—. ¿Te vas a casa?

—Sí. —Me levanto de la mecedora. —Buenas noches, Abu, Connie. Gracias por el entretenimiento.

—Cuando quieras, querida. —Connie me guiña un ojo. —Recuerda lo que te dije sobre el garaje.

Siento que mis mejillas se calientan mientras me apresuro a bajar los escalones para unirme a John en la acera. Caemos en un ritmo fácil, caminando lado a lado en el fresco aire nocturno.

—Entonces, ¿cómo terminó la gran guerra de comida?

La mandíbula de John se tensa.

—Puto compromiso. Zach va a montar un puesto de aperitivos elegantes. Quiches diminutos y mierdas así.

Aprieto los labios, conteniendo una risa ante su expresión malhumorada.

—Ni se te ocurra empezar —gruñe, captando mi expresión—. Te vi escabullirte.

—Un movimiento inteligente de mi parte. —Choco mi hombro contra el suyo. —Entonces, ¿cómo estás?

Se encoge de hombros, metiendo las manos en los bolsillos.

Lo agarro del brazo, deteniéndolo bajo una farola.

—No ir a trabajar todos los días es un poco difícil de ajustar, lo sé. ¿Te arrepientes?

Sus ojos tormentosos se encuentran con los míos, con incertidumbre escrita en sus facciones.

—Abby va a trabajar todos los días. Incluso si trabaja desde casa, lo hace. Y yo me quedo sentado en mi trasero.

—Para ya. —Le pico el pecho con un dedo. —Estás jubilado. Sí, eres un poco joven, pero no creo que ella te juzgue. Ella también podría dejar de trabajar si quisiera. Sabe que tienen suficiente dinero.

—Sí, tenemos dinero, pero la gente necesita una razón para levantarse por la puta mañana.

—¿Estás aburrido? Pensé que con los comités y los niños no extrañarías el restaurante. ¿Te arrepientes de haberlo vendido?

Frunce el ceño.

—Tal vez. Me gustaba sentirme útil. Y me gusta cocinar.

—Lo sé. Lo haces muy bien. Mi estómago puede dar fe de ello.

Eso le saca una sonrisa. Pero se desvanece rápidamente.

—Un hombre debería proveer para su familia.

—Claro. Un techo sobre sus cabezas, comida en la mesa y algo de dinero para comprar un castillo o dos. Creo que estás bien.

Me mira de reojo, luego me empuja para que sigamos caminando.

—Eres un poco fastidiosa, ¿sabes? ¿No puede un hombre regodearse de vez en cuando?

—Perdóname. Mi culpa. Continúa regodeándote.

—Lo has jodido.

Riendo, lo empujo con el hombro. No me había dado cuenta de cuánto había llegado a querer a todos mis cuñados. Son todos tan diferentes, todos tan cariñosos. Me siento bastante afortunada de tenerlos en mi vida.

—¿Crees que te gustaría empezar algo en el pueblo?

—Nah. No me gustaba ser el jefe. Me gustaba estar a cargo en la cocina, pero dirigir un negocio es un puto dolor de cabeza.

Una conversación que tuve con Macy la semana pasada me viene a la mente.

—Sabes, estaba hablando con Macy en la cafetería. Su mamá y su papá están cansados. Están pensando en alejarse de la cafetería. La han tenido durante más de treinta años. Macy quiere mantenerla funcionando, pero va a necesitar a alguien que reemplace a su padre en la cocina. ¿Alguna vez considerarías hacer algo así?

Frunce el ceño, deteniéndose, mirando sus pies.

—No sé si quiero trabajar todos los días. Me gusta estar en casa cuando Abby está en casa.

—Bueno, tal vez podrías pasar y charlar con ella. Quizás puedan llegar a un acuerdo.

Gruñe y pone las manos en las caderas.

—Lo pensaré.

—Hazlo.

Se oye un silbido desde algún lugar de la propiedad, y John sale corriendo, despidiéndose con la mano.

La grava cruje bajo mis botas mientras sigo el sinuoso camino hacia casa. No hay vallas que estropeen el paisaje, solo sistemas de seguridad cuidadosamente planificados que permiten a los niños deambular libremente. La pista de *BMX* se alza delante, los montículos de tierra proyectan largas sombras en la luz menguante. Chillidos y gritos resuenan desde esa dirección mientras el grupo de la tarde realiza sus últimas carreras.

—¡Más alto, tío Colton! —La voz de Max se oye por toda la propiedad. Sonrío, sabiendo que probablemente lo estén lanzando de nuevo desde la media tubería. Ese chico no tiene miedo.

El cielo se extiende infinitamente sobre mí, pintado de brillantes naranjas y rosas. Busco la forma familiar del helicóptero de Ransom; ha estado fuera un par de días esta vez. A veces todavía no puedo creer que esta sea mi vida ahora: viviendo en este ridículo complejo con esta ridícula familia, casada con el chico que me rompió el corazón y luego pasó veinticinco años convirtiéndose en el hombre exacto que siempre supe que podía ser.

Se oyen más risas, seguidas del distintivo grito que significa que alguien acaba de macarse un truco. Me detengo para ver a los niños corriendo con sus bicicletas alrededor de la pista, sus siluetas a contraluz por el sol poniente. Mia lidera el grupo, su casco rosa brilla mientras toma las curvas con la confianza de alguien que prácticamente creció sobre dos ruedas.

Un zumbido lejano capta mi atención y echo la cabeza hacia atrás, escudriñando el cielo pintado. Ahí está, justo a tiempo, viniendo desde el este. Mi corazón hace ese tonto aleteo que siempre hace cuando lo veo volver a casa.

55

RANSOM

Estoy de pie en mi oficina, contemplando el horizonte de Chicago. El lugar se siente diferente ahora, más vacío, más silencioso. Cuando construimos esta sede por primera vez, imaginé a todos mis hermanos trabajando aquí, codo con codo. Qué curioso cómo cambia la vida.

—¿Te vas ya, jefe? —Cara entra con paso desenvuelto, una mano sobre su vientre creciente. Las bandas de diamantes en su dedo anular brillan con la luz del atardecer.

—Sí, el helicóptero está esperando. Tú también deberías irte a casa.

—Por favor, aún tengo tres reuniones más. —Se deja caer en la silla de visitas con un suspiro, frotándose el vientre. —Este está haciendo volteretas de todos modos. Todavía no está listo para calmarse. —Cara estira los pies. ¿Cómo coño sigue usando esos zapatos? No puedo evitar agarrarme a ella cada vez que caminamos lado a lado. Se enfada por eso, pero hasta que se quite esos malditos zapatos, tendrá que aguantarse.

—¿Vendréis este fin de semana?

Cara sonríe ampliamente.

—Por supuesto. Planeo pasar la mayor parte del fin de semana flotando en la piscina. Todo pesa tanto ahora mismo. Vendríamos esta noche, pero tengo cita con el médico por la mañana. Después nos dirigiremos allí.

—¿Todo bien? —Sus mejillas están sonrosadas, parece tener mucha energía, pero aun así me preocupo. Quizás me he vuelto un poco peor en el departamento de preocupaciones desde que pasamos por la enfermedad de Maggie. Estuvimos en hospitales y clínicas de todo el mundo, y estuvimos demasiado cerca de perderla un par de veces.

—Solo es un chequeo rutinario. Estoy genial.

Declan aparece en la puerta de mi oficina, con los ojos fijos en Cara. Ni siquiera me reconoce mientras se dirige directamente hacia ella, cayendo de rodillas frente a su silla. Sus manos acunan su vientre redondeado con tanta ternura que me oprime el pecho. Me estoy volviendo tan sentimental en mi vejez.

—Hola, pequeño —susurra, presionando suaves besos en su estómago—. Tu papá te echó de menos hoy.

Todo el rostro de Cara se transforma, esa mujer de negocios de bordes duros se derrite. Sus dedos se entrelazan en el cabello de Declan mientras él continúa murmurando a su bebé. El amor entre ellos se irradia por toda la habitación.

Podría darme la vuelta, darles privacidad, pero no lo hago. Estos momentos, ver a mis hermanos encontrar sus parejas perfectas, construir sus familias, son preciosos para mí. Después de perder a mi primera familia, nunca pensé que volvería a tener esto. Así que voy a observarlos disfrutarlo, maldita sea.

—Ha estado dando volteretas toda la tarde —le dice Cara, su voz suave de una manera que reserva solo para Declan.

—Por supuesto que sí. —Declan sonríe contra su vientre. —Tal vez se canse y te deje dormir toda la noche.

—Eso sería increíble. No es probable, pero increíble. —Pero Cara se ríe mientras lo dice, sus dedos aún suaves en su cabello.

Le doy un rápido apretón en el hombro a Declan, luego me inclino para besar la mejilla de Cara.

—Descansad un poco, los dos.

Las escaleras hacia la azotea se extienden ante mí mientras las subo de dos en dos, con el maletín balanceándose. El helipuerto está vacío, esperando. El viento azota la superficie, y el sol cuelga bajo en el horizonte, pintando el cielo de brillantes naranjas y rosas.

Cuando compramos este edificio, el helipuerto era solo un punto de venta adicional. Ahora se ha vuelto esencial. Nuestra flota ha crecido a tres pájaros, transportándonos constantemente entre ciudades a medida que nuestro imperio se expande. Pero su trabajo más importante: llevarnos a casa.

El familiar zumbido de los rotores crece más fuerte mientras nuestro piloto la trae para aterrizar. Subo a bordo, acomodándome en el asiento de cuero mientras Chicago se extiende debajo de nosotros. Nuestra torre se alza en la distancia, su fachada de cristal refleja la puesta de sol. Ese ático solía sentirse tan vacío, haciendo eco con el silencio. Ahora solo me quedo allí cuando Blair está conmigo, tal vez una o dos veces al mes. De lo contrario, ¿cuál es el punto?

Abriendo mi portátil, me sumerjo en los correos electrónicos. Bien podría limpiar mi bandeja de entrada ahora; una vez que aterrice en Badger Falls, el trabajo es lo último en lo que pienso. La ciudad desaparece debajo de nosotros mientras viramos hacia el sur. Los rascacielos dan paso a los suburbios, luego a las tierras de cultivo. Mis dedos vuelan sobre las teclas, respondiendo a mensajes que no pueden esperar hasta el lunes. El resto puede acumularse durante el fin de semana; tengo mejores cosas en las que concentrarme.

El paisaje de abajo cambia de jungla de concreto a campos en parches y densos bosques. Mi ritmo cardíaco se acelera a medida que nos acercamos al complejo; nunca me canso de esta sensación.

Inclinándome hacia adelante contra mi cinturón de seguridad, veo al menos diez niños corriendo en bicicletas y patinetas abajo. El casco rosa brillante de Mia brilla al sol como un faro. Ella lidera el grupo, intrépida como siempre. Max va detrás de ella, todavía acostumbrándose a su nueva bicicleta *BMX*. Maggie solo negó con la cabeza cuando la vio, pero no dijo nada. Está aprendiendo. Simplemente déjame gastar mi dinero como quiero. Es como una langosta en una olla. Ahora son mecedoras para su porche delantero y una bicicleta para Max. Para el próximo verano, la tendré de acuerdo en mudarse a una de las casas vacías. Es la hermana del

corazón de mi mujer, es familia, y necesita estar más cerca para que todos podamos vigilarla.

Más allá del caos del área de juegos se encuentran nuestras casas: diez ocupadas, dos terminadas pero esperando. La arquitectura fluye perfectamente junta, cada casa única pero coherente. Jonas insistió en eso. Dijo que tenía que sentirse como un gran complejo familiar.

Mientras nos acercamos al helipuerto, veo a Blair esperando. Mi esposa. Incluso ahora, años después, esa palabra me produce un escalofrío. Le puse un anillo en el dedo solo cuatro semanas después de que nos reconectáramos; no podía esperar más. Dos meses después, justo cuando florecía el verano, nos casamos en la plaza del pueblo.

Dios, estaba hermosa ese día. Sin vestido de novia elegante, solo un simple vestido blanco de verano que la hacía parecer el verano encarnado. Mia y Max le habían tejido una corona de flores, torcida y desordenada y absolutamente perfecta. La llevaba como una reina.

Todo el pueblo se presentó para la ceremonia. Después, tuvimos la barbacoa más grande que Badger Falls había visto jamás. Todos colaboraron: John manejando la parrilla, Macy organizando los acompañamientos, Holly coordinando la mesa de postres. Y mis hermanos, todos vistiendo camisetas de esmoquin, atendiendo la mesa de alcohol. La mezcla perfecta de mis dos familias convirtiéndose en una.

Fue todo lo que soñé, y mucho más.

Blair se protege los ojos del sol mientras descendemos, su coleta agitándose con el viento de los rotores. Esa sonrisa torcida suya todavía me golpea en el pecho cada vez.

—Gracias, Pete. —Agarro mi maletín, agachándome bajo los rotores que se ralentizan. Blair está esperando al borde de la plataforma, y mi corazón da ese salto familiar. Veinticinco años separados, y ahora no puedo soportar dos días lejos de ella.

Dejo caer mi maletín, atrayéndola a mis brazos. Ella deja escapar ese pequeño chillido que me encanta mientras la inclino hacia atrás, reclamando su boca. Sus dedos se enroscan en mi camisa, aferrándose mientras la beso profunda y minuciosamente. Cuando

finalmente la dejo levantarse, sus mejillas están sonrojadas, esos ojos grises brillan.

—¿Me echaste de menos? —Su voz es entrecortada.

—Siempre. —La acerco a mi lado mientras nos dirigimos hacia nuestra casa. —¿Cómo estuvo tu día, hermosa?

Me hace un resumen: la complicada reparación de la transmisión en el taller, el nuevo trabajo personalizado de Micah que llegó, y la reunión del comité que Zach y John dirigieron.

Durante todo esto, absorbo cada expresión que cruza su rostro. No doy por sentado el privilegio de mirarla. Cuando Robert estaba vivo y vivíamos bajo el mismo techo, no podía mirarla así. No podía ser obvio al respecto. Nuestra relación era algo que ocultar. Algo prohibido.

Pero ahora, puedo mostrarle al mundo lo enamorado que estoy de ella.

—¡Brum! ¡Chirrío! —Noah llega a toda velocidad en su pequeña bicicleta de empuje, la rueda trasera se desliza dramáticamente sobre la grava. Sus rizos rubios rebotan bajo su casco mientras se detiene derrapando.

—¡Tío Ransom! ¡Ven a ver! ¡Ven a ver! —Rebota en su asiento, prácticamente vibrando de emoción. —¡Estamos haciendo trucos!

Golpeo con los nudillos la parte superior de su casco.

—Guía el camino, amigo.

Noah sale disparado, pedaleando furiosamente mientras se dirige a la pista de *BMX*. La mano de Blair encuentra la mía mientras lo seguimos a un ritmo más tranquilo.

—Todavía no puedo creer que construyeran una pista de *BMX* de nivel profesional. —Blair sacude la cabeza, observando a los niños dar vueltas por los peraltes y saltar sobre los montículos.

—A los niños les encanta.

—Compraste una excavadora y una niveladora y aprendiste a conducirlas.

—Los chicos necesitaban un proyecto. Además, ese equipo ha sido útil. Ayudamos a nivelar el camino de entrada de los Henderson el mes pasado.

Las compramos por diversión. Puedo ser honesto al respecto. Vivir en una propiedad tan grande nos da tantos lugares para cavar hoyos y luego rellenarlos. Teníamos una rotación organizada, para que todos tuvieran un turno.

—¡Mira! ¡Mira! —Max se lanza sobre un salto, logrando una impresionante altura. Se toma en serio su papel como el mayor. Es un gran modelo a seguir y tan jodidamente amable. Es el mejor niño. Y el resto de nuestra prole lo idolatra.

—¡Cuidado! —llama Blair automáticamente.

—Está bien. Los huesos del niño son como goma. Simplemente se levantará de nuevo. Además, la superficie en esas curvas está acolchada. —No nos importa la velocidad, solo que los niños estén seguros y se diviertan, así que usamos ese acolchado de parque infantil en las partes más complicadas de la pista. Esa parte no la hicimos nosotros. Pero supervisamos. Y por supervisar, me refiero a que estuvimos de pie observando, bebiendo cerveza y haciendo sugerencias útiles. Los tipos que hacían el trabajo real fueron bastante comprensivos al respecto.

Blair gime.

—Lo sé. No puedo evitar preocuparme, aunque sea un poco. Ni siquiera voy a preguntar cuánto costó todo esto. Estoy segura de que gastaste demasiado dinero y conseguiste lo mejor de todo.

—Es nuestro dinero, ¿sabes? Técnicamente tú también eres multimillonaria ahora.

Me da un puñetazo en el brazo.

—Cállate. Estoy haciendo un gran esfuerzo por fingir que eso no es cierto.

La acerco a mí, presionando un beso en su sien.

—Demasiado tarde. Te casaste con este circo.

—El circo puedo manejarlo. Son las cantidades estúpidas de dinero a las que todavía me estoy adaptando.

—¡Mírame! —grita Noah, pedaleando furiosamente antes de ejecutar un giro tambaleante.

—¡Buen trabajo, amigo! —le respondo.

—¡Mira esto! —chilla Mia, siguiendo el ejemplo de Max sobre el salto. Su aterrizaje es tambaleante, pero se mantiene erguida,

radiante de orgullo.

—Yo le enseñé eso —anuncia Max, dando la vuelta—. Está mejorando mucho.

—Eres un excelente maestro —le dice Blair, y su pecho se hincha de orgullo.

Noah intenta copiarlos, pero su pequeña bicicleta de empuje no lo logra del todo. No parece molesto, solo se ríe mientras rueda hacia atrás e intenta de nuevo.

—Oh, eso me recuerda —dice Blair, apretando mi mano—. Max se queda con nosotros esta noche. Maggie tiene una cita con su bañera. Y Connie mencionó que necesita hablar contigo. Ella y Abu vendrán más tarde.

—Perfecto. —Tiro de su mano, guiándola hacia nuestra casa. —Vamos a charlar antes de que todos desciendan. —Los amo a todos, pero son un montón de aguafiestas.

Pasamos por lo que se ha convertido en el corazón de nuestro complejo: el camino circular bordeado de cómodas sillas de jardín donde nos reunimos la mayoría de las noches. Insistimos en mover los garajes a la parte trasera, con acceso por caminos de césped en lugar de pavimento. Queríamos que el frente fuera puramente para la familia.

Dentro, dejo mi maletín en la mesa de la entrada, luego pongo el seguro en la puerta. Mi política es bastante de puertas abiertas, pero ahora mismo, necesito un tiempo de calidad con mi esposa.

Me quito la chaqueta del traje y beso la parte superior de su cabeza, inhalando el aroma de su champú.

—Hueles lo suficientemente bien como para comerte.

Ella se inclina hacia atrás, mirándome con un brillo en sus ojos grises.

—¿Ah, sí?

—Ajá. —Bajo la cabeza, capturando sus labios en un suave beso. Ella se derrite en mí, sus brazos serpenteando para rodear mi cuello. Profundizo el beso, explorando su boca con mi lengua. Sabe a chicle de la vieja escuela. Sé que si la registro, encontraré un paquete en sus bolsillos.

Me encanta ese sabor.

—Estás tratando de endulzarme para algo —murmura contra mis labios.

—¿Está funcionando? —pregunto, dejando un rastro de besos por su cuello.

Ella se estremece, sus dedos juegan con el cabello en la nuca de mi cuello.

—Tal vez.

La levanto en mis brazos, llevándola al estilo nupcial a la sala de estar. Ella chilla sorprendida, aferrándose a mi cuello.

—¡Ransom! ¡Bájame! Te vas a reventar algo.

—Nop —digo, apartando mi chaqueta de una patada—. Tengo planes para ti.

Ella arquea una ceja.

—¿Planes, eh?

La bajo en la sala de estar, girándola para que mire hacia el sofá.

—Sí. Ahora, inclínate.

Ella se ríe, mirándome por encima del hombro.

—Mandón, ¿no?

Le doy una palmada ligera en el trasero, haciéndola gritar.

—Solo cuando es necesario.

Me saca la lengua pero obedece, inclinándose sobre los cojines del sofá, con las manos en el respaldo. Paso mis manos por sus caderas, subiendo por sus costados y alrededor para acariciar sus pechos. Ella suspira, inclinándose hacia mi tacto.

—Mierda. Espera. —Giro y agarro un pañuelo de seda ligero, luego cubro cuidadosamente la jaula de Chester. —Hola, cariño. Mamá y papá necesitan tener una conversación. —Ella se agita, chilla y luego va a su pequeño escondite.

—Ustedes tienen una relación extraña —dice Blair, riéndose de mí.

—Sería más extraño dejarla mirar.

—Justo.

Salto sobre la mesa de café y presiono mis caderas contra las de ella, haciéndola jadear.

—No tienes idea de cuánto he estado pensando en esto todo el día —murmuro, presionando besos a lo largo de su hombro. Dos

malditos días son demasiado tiempo sin ella. Tenemos veinticinco años que compensar, y según mis cálculos, eso significa que necesito estar dentro de ella al menos dos veces al día para compensarlo cuando tengamos ochenta años.

—¿Ah, sí? —pregunta, meneando el trasero contra mí—. ¿Y en qué exactamente has estado pensando?

Le desabrocho los vaqueros y se los bajo por las piernas junto con las bragas.

—En lo mucho que quiero saborearte —digo, arrodillándome detrás de ella. Deslizo mis manos por sus muslos, separándole más las piernas—. En lo mucho que quiero hacerte gritar mi nombre.

Ella se estremece cuando me inclino y paso mi lengua por su hendidura.

—Ransom....

—Eso es un comienzo —digo, rodeando su clítoris con mi lengua. Ella gime, aferrándose a los cojines del sofá. Deslizo un dedo dentro de ella, luego otro, bombeando lentamente mientras continúo lamiendo y chupando su clítoris.

Sus gemidos se hacen más fuertes, su respiración entrecortada.

—Ransom.... por favor....

—¿Por favor qué? —pregunto, curvando mis dedos para golpear ese punto dentro de ella.

—Por favor.... no pares.... —Jadea, frotándose contra mi cara.

No me detengo. Sigo lamiendo, sigo acariciándola con los dedos, hasta que su cuerpo se tensa y grita mi nombre, corriéndose con fuerza alrededor de mis dedos. Ralentizo mis movimientos, dejando que disfrute su orgasmo antes de apartarme suavemente.

Ella se da la vuelta, hundiéndose en el sofá con un suspiro satisfecho. Sus mejillas están sonrojadas, sus ojos vidriosos.

—Eso fue....

—Solo el comienzo —digo, poniéndome de pie y desabrochándome el cinturón. Ella me observa, sus ojos se oscurecen de deseo mientras me quito la ropa.

Me siento a su lado, atrayéndola a mi regazo para que me monte. Ella estira su mano entre nosotros, guiándome hacia su

entrada. Se hunde sobre mí lentamente, sus ojos fijos en los míos, arrancándome un jadeo desde lo más profundo del pecho.

—Dios, se siente tan bien —gimo, agarrando sus caderas, sintiendo su calor envolverme. Dos años ha sido mía, y hoy la deseo más que nunca. Deslizo lentamente mis manos bajo su camiseta, sintiendo la suave calidez de su piel. Con un suave tirón, le levanto la tela por encima de la cabeza, revelando su sencillo sujetador blanco. Desabrocho el cierre, dejando que caiga, dejándola expuesta y absolutamente hermosa. Su cuerpo está cambiando. La cocina de John le ha puesto algo más de peso. Sus pechos están un poco más pesados. Ella los llamaría caídos.

Yo los llamo perfectos.

Sonríe, una suave y seductora curva de sus labios, inclinándose para besarme.

—Somos mágicos juntos —susurra contra mi boca, con su aliento mezclándose con el mío.

Empieza a moverse, subiendo y bajando sobre mi polla, estableciendo un ritmo lento y constante que me vuelve loco. La dejo tomar la iniciativa, contento de verla montarme, sus tetas rebotando con cada movimiento, su cabeza echada hacia atrás en puro placer.

Me inclino hacia adelante, capturando uno de sus pezones en mi boca, jugueteando con él. Ella jadea, su ritmo vacila mientras chupo con fuerza, girando mi lengua alrededor del rígido pico. Gime, frotándose contra mí, sus caderas se mueven en un delicioso ritmo.

—Ransom.... estoy cerca.... —Jadea.

Suelto su pezón, agarrando sus caderas con más fuerza.

—Entonces córrete para mí, nena —digo, embistiendo hacia arriba.

Ella grita, su cuerpo se convulsiona mientras se corre de nuevo. La visión de ella, con la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta en un grito silencioso, me lleva al límite. Me corro con un gemido, derramándome dentro de ella.

Se desploma contra mí, su cabeza descansa en mi hombro. La rodeo con mis brazos, abrazándola fuerte. Nos quedamos así por un

momento, nuestras respiraciones se sincronizan, nuestros corazones laten al unísono.

—Te amo —murmuro, presionando un beso en su sien.

Ella se inclina hacia atrás, con una suave sonrisa en su rostro.

—Yo también te amo.

Trazo con mis dedos la columna vertebral de Blair mientras se acurruca contra mi pecho, ambos todavía recuperando el aliento. El sol del atardecer se cuela por las ventanas de nuestra sala de estar, proyectando un brillo dorado sobre su piel.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de nosotros? —Rozo mis labios contra su sien. —Cómo encajamos juntos. No solo así, sino en todo. La forma en que pones los ojos en blanco cuando estoy siendo ridículo. Cómo sabes exactamente cuándo llamarme la atención por mis tonterías.

Ella se ríe, el sonido vibra contra mi pecho.

—Alguien tiene que mantenerte humilde.

—Siempre lo hiciste. Incluso en aquel entonces. —Paso mis dedos por su cabello, recordando a esa feroz adolescente que no me dejaba revolcarme en el odio hacia mí mismo. —Me viste tal como era desde el primer día.

Blair levanta la cabeza, sus ojos grises escrutan los míos.

—Tú también me viste a mí. Me viste de verdad. No a la chica callada y torpe que todos los demás veían. —Sus dedos trazan patrones en mi pecho. —Todavía lo haces.

—Siempre lo haré. —Tomo su mano, llevándola a mis labios. —Pasé veinticinco años comparando a cada mujer contigo. Ninguna otra tenía oportunidad.

—Adulador. —Pero su sonrisa es suave, vulnerable de una manera que raramente muestra a nadie más.

—Solo soy honesto. —Acuno su mejilla, acariciando su piel con el pulgar. —Tú eres la única para mí, Blair McKenna. Siempre lo has sido.

Ella gira su rostro hacia mi palma, presionando un beso allí.

—Menos mal que te casaste conmigo entonces. Estoy agradecida de que encontráramos el camino de vuelta.

—Yo también, nena. Yo también.

Blair se mueve en mis brazos, sus dedos trazan patrones ociosos en mi pecho. Esa mirada distante cruza su rostro, la que he llegado a reconocer cuando está pensando en su padre.

—¿Qué pensaste? —Su voz es suave. —Cuando papá fue a verte. Nunca me lo contaste realmente.

Esta conversación ha tardado mucho en llegar. Pero ella no estaba lista, y no es algo que yo necesitara forzar. Sabía que cuando estuviera lista, preguntaría. Mi Blair no es de las que se esconden de nada, especialmente de las conversaciones difíciles.

—¿Honestamente? Me sentí como ese chico asustado de quince años otra vez. —Presiono un beso en su sien. —Como si necesitara su aprobación, incluso después de todos estos años.

—¿Estabas enojado? —Sus dedos se detienen sobre mi piel.

—Una parte de mí lo estaba. —Tomo su mano, entrelazando nuestros dedos. —Pero sobre todo estaba abrumado. Aquí estaba este hombre que me salvó la vida, pidiéndome que cuidara algo precioso para él. Y sí, estaba molesto por cómo sucedieron las cosas en aquel entonces, pero....

—¿Pero?

—Pero lo respetaba demasiado como para demostrarlo. Estaba muriendo, Blair. Y todo en lo que podía pensar era en asegurarse de que estuvieras cuidada.

Ella permanece en silencio por un largo momento.

—Siempre intentó protegerme. Incluso cuando se equivocaba sobre de qué necesitaba protección.

—Lo sé, nena. —Acaricio su cabello, sintiendo su leve temblor. —Te amaba más que a nada. Quizás demasiado a veces.

—Solo.... —Su voz se quiebra. —Desearía que hubiera confiado en mí para tomar mis propias decisiones.

—Yo también. —La abrazo con más fuerza. —Pero estaba haciendo lo mejor que podía. Y míranos ahora: encontramos nuestro camino de vuelta de todos modos.

Ella levanta la cabeza, sus ojos grises brillan con lágrimas contenidas.

—Sí, lo hicimos.

Limpio una lágrima de su mejilla con mi pulgar.

—Y nunca te dejaré ir de nuevo.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. —Lo sello con un beso suave. —Estás atrapada conmigo, McKenna.

Blair traza con su dedo a lo largo de mi clavícula, su tacto ligero como una pluma.

—¿Crees que nos habríamos encontrado si papá no hubiera ido a verte?

—¿Honestamente? —Atrapo su mano, presionando un beso en su palma. —Ya me estaba quebrando.

—¿Qué quieres decir?

—Llevaba años luchando contra el impulso de volver. Habría cedido eventualmente, con promesa o sin ella.

Su ceño se arruga de esa manera adorable.

—¿En serio?

—Sí. A veces te buscaba en internet. Aunque no aparecía mucho.

—No me sorprende. Mi vida es bastante simple. —Sus labios se curvan. —Al menos solía serlo. Pero yo también te busqué una vez.

—¿Lo hiciste? —Mi corazón da un vuelco. —¿Cuándo?

—Hace unos cinco años. Había un artículo sobre la última adquisición de los Hermanos Brash. Estabas en la portada de alguna revista de negocios.

—¿Y?

Se encoge de hombros.

—Se sentía como leer sobre un extraño. *Jets* privados, acuerdos de miles de millones.... parecía que vivíamos en mundos completamente diferentes. No habría ido a buscarte en ese entonces. La vida que vi en esos artículos.... se sentía tan lejos de todo lo que soy.

—Pero esa no es realmente mi vida. Es decir, sí, ahora tengo dinero. Pero la mayoría de las noches solo pasaba el rato con mis hermanos, jugando videojuegos o trabajando en coches.

—Tienes un helicóptero —señala, sonriendo.

—Que uso principalmente para evitar el tráfico —Acuno su mejilla. —Todo lo que importa de mí, las cosas que te hicieron amarme en aquel entonces, todo eso sigue aquí.

—Ahora lo sé —Se inclina hacia mi tacto. —Pero en ese entonces, ver esas fotos tuyas con trajes de miles de dólares....

—En realidad, son más cerca de quince mil dólares.

Me mira fijamente, luego mira detrás de mí los pantalones del traje arrugados alrededor de mis tobillos, luego de vuelta a mí, y dice lo más Blair que he escuchado en toda la semana:

—Cariño, te amo muchísimo. Pero el dinero te volvió tonto.

56

RANSOM

—Cariño, solo necesito hablar en privado con Kade. ¿Me guardas un asiento? —La mitad de los adultos ya están en sillas de jardín en el *cul-de-sac*. El resto llegará pronto.

Ella me lanza esa mirada seductora que me dan ganas de arrastrarla de vuelta a la casa y hacerle cosas muy sucias. Bueno, tal vez sea una mirada de fastidio. Da lo mismo. Ambas tienen el mismo efecto en mí.

—Date prisa, o los niños se van a comer todos los malvaviscos.

No puedo resistirme: mi mano conecta con su trasero cuando pasa. El fuego en sus ojos promete una dulce venganza más tarde. Vamos a tener que encontrar un lugar un poco más insonorizado ya que Max, y probablemente un par de los otros niños, van a dormir en nuestra sala esta noche.

Tal vez el patio trasero de nuevo.

Agarrando una cerveza fría de la nevera, me dirijo hacia Kade. Al otro lado del círculo, Becca está ayudando a su niña pequeña a dar pasos tambaleantes, sosteniendo ambas manitas. Aunque su camisa holgada lo oculta bien, sé que está esperando su segundo hijo. El embarazo la ha vuelto aún más impredecible de lo habitual.

La ha vuelto irritable.

Lo suficientemente irritable como para llamarme Ranny.

La primera vez, lo dejé pasar. La segunda vez, también. Pero ahora, lo hace todo el tiempo, dándome esa mirada cuando lo dice. Esa mirada que dice: "No te tengo miedo".

Se lo advertí.

Ella se lo ha buscado.

Me acerco a Kade, y ambos observamos cómo una horda de niños pasa gritando, persiguiéndose unos a otros con palos con malvaviscos en la punta.

—¡Joder! Van a matar a alguien. Dejen de correr, maldita sea. —Grita, con un toque de pánico en su voz. Afortunadamente se detienen, algunos de los niños del vecindario le dan miradas de disculpa. Max y Mia no parecen lamentarlo en absoluto. Él suspira, mirando de vuelta a Becca y su niña pequeña, su rostro se suaviza y se vuelve tierno.

Esto va a ser tan fácil.

—¿Cómo va el embarazo? —pregunto, dando un trago a mi cerveza.

Kade gruñe.

—Estamos en la etapa en la que no soporta cómo mastico. Así que, bastante bien.

Me río, dándole una palmada en la espalda. Las cosas que Becca no podía soportar rotaban casi mensualmente durante su último embarazo. Creo que mi etapa favorita fue en el noveno mes cuando golpeaba a Kade al azar en el estómago y le gritaba que nunca más la volvería a tocar. Obviamente, se le pasó después de que nació el bebé, pero Dios mío, sus quejas durante esas últimas semanas fueron divertidas de ver.

—Ustedes dos se merecen un descanso. ¿Por qué no te la llevas de viaje un fin de semana?

Kade levanta una ceja.

—¿Y adónde, exactamente?

Dudo, como si se me acabara de ocurrir una idea.

—Bueno, no sé si te interesaría, pero.... —Me detengo, dejando que el anzuelo cuelgue. ¿Debería sentirme mal por mentirle a mi hermano? Tal vez.

¿Lo hago?

Ni un poco.

Kade muerde el anzuelo.

—¿Pero qué?

—Bueno, la pillé viendo uno de esos programas de romance histórico el otro día. Y le estaba diciendo a Blair que le gustaría experimentar eso: uno de esos lugares de recreación histórica. Ya sabes, donde puede vestirse con vestidos de época, comer comidas elegantes, ir a un baile —digo, sin vergüenza alguna, involucrando a mi esposa en mi mentira. Se lo contaré más tarde. Me apoyará. Siempre lo hace cuando se trata de joder a mis hermanos.

Y no le tiene miedo a Becca, lo cual es condenadamente sexy.

Kade parece escéptico.

—¿Crees que le gustaría eso?

¿A la mujer que los hizo salir de un restaurante con estrella Michelin e ir a Outback en su primera cita le gustaría usar un corsé y vestidos elegantes? Ni de coña. Lo cual es el punto.

Asiento.

—¿Bromeas? Le encantaría. Es justo lo suyo: todas esas cosas raras y peculiares. Además, sería un cambio de escenario. Una oportunidad para que ambos se relajen. Una luna de miel antes del bebé. Antes de que llegue a la etapa en la que no pueda soportar cómo respiras.

Kade lo considera, frotándose la barbilla.

—Eso me da menos de un maldito mes. —Asiente lentamente. —No es realmente lo mío, pero joder, podría ser divertido disfrazarse. Vi uno de esos malditos programas una vez, y el tipo le levantó la falda y.... bueno, en fin. Tengo algunas cosas que me gustaría recrear. Lo investigaré.

—No hace falta —digo, sacando mi móvil—. Ya encontré un evento que sucede el próximo fin de semana. Es perfecto: tienen toda una cosa de Jane Austen.

—¡Hermano! Eres el mejor. ¿Y cuidarás a Mattie? —Asiento porque, por supuesto, cuidaré a Matilda. La bebé es un encanto y tiene la personalidad de su madre: un poco loca, pero también extrañamente tranquila. —Tío. Eres la hostia. Vale, conseguiré las entradas.

—Mantenlo en secreto —sugiero, guardando mi móvil—. Le encantará aún más si no se lo espera.

Kade asiente, una sonrisa ese extiende por su rostro.

—Estoy bastante seguro de que esto va a salir jodidamente mal. Y puede que te mate cuando regresemos. ¿Tienes tus asuntos en orden?

El hombre no es tonto. Me encojo de hombros, tomando otro sorbo de mi cerveza.

—Mi esposa me protegerá.

Kade sonríe con suficiencia.

—Mi esposa es una maldita ninja, tío. Da bastante miedo.

—¿Alguna vez has visto a mi esposa blandir una llave inglesa?

Me mira fijamente, luego a Blair, que está ayudando a Noah a sostener su palo de asar. Se prende fuego y él grita, agitándolo. Blair pierde el agarre y Noah empieza a batir el palo en el aire, tratando de apagarlo. Vuela directamente hacia Zach, salpicando en su camisa. Mierda. Eso podría haber sido malo. Blair tiene esa mirada de ojos desorbitados que me dice que ella también lo sabe.

Jonas, sentado junto a Zach, mira fijamente el malvavisco, y casi puedo ver sus engranajes girando. Y sé lo que va a pasar antes de que Zach lo haga.

Jonas, rápido como una serpiente, se lanza hacia adelante, lamiendo el malvavisco de la camisa de Zach. Una expresión de asco cubre el rostro de Zach, pero ya no me molesto en mirarlo porque Jonas tiene un malvavisco ardiendo en su boca y acaba de darse cuenta. Sus ojos se agrandan, y mira a su hija, que se ríe y aplaude con sus manitas regordetas en su regazo, luego se gira de lado y escupe el malvavisco. No apunta al suelo, sin embargo. Eso sería demasiado lógico. No, lo escupe directamente hacia Nick.

Nick se levanta de un salto, frotándose frenéticamente la camisa mientras Jonas lo mira fijamente, con la boca abierta, respirando profundamente.

—¡Caliente!

—¿Por qué me lo escupiste a mí, lunático?

—El suelo estaba demasiado lejos.

—¡El suelo estaba literalmente ahí mismo! —Nick señala hacia abajo, con una expresión de incredulidad en su rostro.

Ignoro sus discusiones, mi atención se centra en Blair. Está enseñando a Noah cómo sostener su palo de asar a la altura

correcta sobre las llamas. Sin embargo, sus ojos siguen desviándose hacia Nick y Jonas, con una sonrisa jugando en las comisuras de sus labios.

Esa sonrisa. Es diferente a cualquiera que haya visto antes. Hay pura alegría allí, mezclada con un toque de asombro. Como si todavía no pudiera creer del todo que esta es su vida ahora.

Cuando todos nos mudamos aquí por primera vez, me preocupaba cómo manejaría Blair a todos. ¿Se alejaría del caos? Al entrar en una nueva familia con personalidades tan diferentes, no la habría culpado. Lo entiendo. ¿Te lanzas? ¿Lo interrumpes? ¿Está bien reírse? ¿Puedes bromear con ellos? Pero casi desde el primer día, cuando le dio mierda a Declan por pisar su césped con cara perfectamente seria, encajó.

Ahora está justo en medio de todo, todo el tiempo.

Ya sea trabajando con Micah en uno de sus proyectos de coches, o convenciendo a mis hermanos de hacer algo estúpido, o mostrándole a Noah la técnica adecuada para asar malvaviscos mientras mis hermanos actúan como niños a su alrededor. Y no solo lo está tolerando, lo está disfrutando cada segundo.

Janey se acerca caminando pesadamente a Jonas, muy embarazada, y le da un golpe en la cabeza.

—Estás enseñando hábitos terribles a nuestra hija.

No se equivoca. Cara se está riendo a carcajadas por lo del malvavisco, y estoy bastante seguro de que hay un brillo en sus ojos que va a ser un problema en un año.

Aunque todavía no camina. Puede hacerlo. La he visto hacerlo, pero prefiere que su papá la cargue. Y el tranquilo, sereno y racional Jonas se niega a escuchar a cualquiera que le diga que debería animarla a caminar. Si ella quiere que la carguen, entonces él la cargará, y que se jodan los que tengan una opinión al respecto.

Está tan jodido. Ella ya tiene el control completo sobre él. Va a ser igual de malo con su segunda hija, que nacerá antes de que termine el verano. Ambos querían que sus hijos tuvieran edades cercanas, para que siempre se cuidaran las espaldas.

Blair me mira a los ojos a través del fuego, y su sonrisa se ensancha. Hay tanto amor en esa sonrisa. Y comprensión. Ella nos

entiende. Sabe que debajo de todos los gritos y el drama, no hay nada más que amor.

Mi pecho se oprime al verla con Noah. Encaja aquí, como si siempre hubiera estado destinada a ser parte de este circo. Mi familia la acogió al instante, sin hacer preguntas. Incluso Becca, que pone a prueba a todos, cayó rendida ante la fuerza tranquila y el humor seco de Blair.

Valió la pena esperar por ella.

La puerta de entrada de Colton y Evie se abre, y ellos salen. Su pequeña los ve y sale corriendo por el césped.

—¡Mami! ¡Papi!

Mia se lanza hacia ellos, y Colton la atrapa en el aire. Incluso agotada, el rostro de Evie se ilumina al ver a su hija.

Evie se arrastra hasta la hoguera, dejándose caer en una silla vacía con un gemido. Agarro otra cerveza de la nevera y ocupo la silla a su lado.

—Tienes un aspecto de mierda —digo, porque no tiene sentido endulzar las cosas—. ¿Estás aguantando bien?

Me hace un gesto obsceno sin abrir los ojos.

—Las prácticas me están pateando el trasero.

—¿Puedo hacer algo?

Abre los ojos y me da una sonrisa agotada.

—No. Ojalá pudiera, pero fui yo quien decidió volver a estudiar. Me lo hice a mí misma.

—Lo hiciste. Pero la gente de aquí tendrá mucha suerte de tener una enfermera facultativa en el pueblo. Todos te están apoyando.

Su sonrisa se vuelve un poco menos cansada.

—Lo sé. En el pueblo me preguntan todo el tiempo cómo me va. Y me regalan muchos cafés.

No me sorprende. Este pueblo ha estado sin ningún tipo de proveedor de atención médica durante demasiado tiempo. La mayoría de la gente tiene que conducir al menos una hora para una consulta médica. Eso no es divertido ni conveniente cuando no te sientes bien.

—¿Pero terminarás pronto, verdad?

Asiente, sonriendo a Mia y aceptando el malvavisco ligeramente quemado que cocinó para ella.

—Seis meses más. Ya he terminado la mayor parte de la teoría, así que ahora son principalmente las horas de clínica. Y está bien. Es agotador, pero estoy aprendiendo mucho. Creo que puedo ser realmente buena en esto.

—¿Y estás segura de que quieres ejercer aquí? No quiero que te sientas presionada a....

—Cállate —dice, bostezando—. Me encanta este lugar. Mia está brillando aquí. Todos están tan felices y cómodos; no quiero atarme a la ciudad de nuevo. Nunca la sacaría de la escuela. Y solo digo, los helicópteros son increíbles y una gran forma de desplazarse durante la semana, pero estoy harta. Quiero caminar al trabajo por la mañana. No quiero sentirme tan apresurada todo el tiempo. Y no quiero criar más hijos lejos de la familia.

Han estado hablando de un hermano para Mia. Sucederá. Aunque no estoy seguro si han decidido el cómo. A ambos les encanta la idea de adoptar de nuevo, así que ya veremos.

No importa cómo llegue su hijo a nosotros. Será amado completamente.

Ambos nos detenemos a mirar cuando John sale de la casa, cargando una enorme bandeja llena de filetes, pollo y sus jodidamente increíbles chuletas de cerdo marinadas. La coloca en la desgastada mesa junto a nuestra monstruosa parrilla, el centro de casi todas las noches de verano, y muchas durante el resto del año. Solo se guarda en la parte más fría del invierno. Abby sale saltando de la casa con un gran bol. Dios, espero que sea ensalada de patatas.

—Oh, gracias a Dios —dice Evie, con el estómago rugiendo—. Si John todavía estuviera en la ciudad, probablemente pasaría una noche o dos allí durante la semana.

—Sí. Creo que es más feliz aquí, sin embargo.

—Lo es. Es obvio. Creo que necesitaba ese restaurante. Necesitaba sentir que podía lograr algo.

—Necesitaba demostrarse algo a sí mismo —coincido—. Que podía hacer más que sobrevivir. Pero una vez que lo hizo....

—Descubrió que no era lo que quería —termina Evie.

John es feliz aquí, pero todavía está un poco inquieto. Tendré que hablar con él mañana y ver si hay algo de lo que necesite hablar.

Uno de nuestros muchos perros rescatados (creo que este es Bear) se acerca y se deja caer con un suspiro pesado, apoyando su barbilla en mi pie. Su cola golpea contra el suelo cuando me inclino para rascarle detrás de las orejas.

—¿Te molesta? —pregunta Evie, mirando alrededor a nuestra familia reunida— ¿Que la gente trabaje desde aquí en lugar de la ciudad? Construiste todo ese espacio, y ahora la mayoría de tus hermanos ni siquiera están allí la mayor parte de la semana.

—¿Honestamente? No. El trabajo se está haciendo. Eso es lo que importa.

—¿Estás seguro? Era tu sueño, ¿no? ¿Tener a todos cerca?

El hombre que planeó ese espacio, que estaba tan desesperado por mantener a todos juntos, parece otra persona.

—Lo era. Pero los sueños cambian, y estoy aprendiendo que dejar ir puede llevar a resultados bastante asombrosos.

—Me gusta verte feliz —dice, dándome una palmadita en la rodilla—. Este lugar y tu esposa te sientan bien.

—Sí, creo que sí. —Quiero estar aquí más. No estoy dispuesto a renunciar a ninguno de los proyectos en los que estamos involucrados, y estoy aprendiendo que no tengo que hacerlo. Pero establecer una oficina real aquí sería de gran ayuda.

Miro a través de los acres de propiedad, mapeando mentalmente dónde podríamos construir un nuevo edificio. Tal vez algo moderno pero discreto, escondido detrás de esos viejos robles. Tenemos cientos de acres aquí, así que hay muchas opciones. O está ese edificio vacío junto a la cafetería del centro, el de ladrillo con las enormes ventanas. Con algo de trabajo, podría ser perfecto. Las ruedas ya están girando en mi cabeza, trazando planos y calculando metros cuadrados. Pero esta vez, no es porque necesite tener a todos cerca.

Ese picor insistente que me empujó a construir la nueva oficina en Chicago ya no está. Porque nuestras vidas están cambiando, las

necesidades están cambiando, y a través de todo esto, toda nuestra familia ha trabajado para mantenerse unida. Cuando Bree hablaba de sentarse en el porche y ver a los niños andar en bicicleta, realmente no lo entendía.

Ahora sí.

La mayoría de las tardes, estamos aquí fuera hablando, viendo jugar a los niños. Veo a mis hermanos y cuñadas todo el tiempo, y paso tanto tiempo con los niños que es como si fueran míos, de todos nosotros. Suma a todos los amigos de los niños, y es una fiesta. A menudo tenemos a otros padres, amigos del pueblo, y a Abu y Connie aquí también. Y en los veranos, termina siendo una especie de campamento de verano al aire libre, donde siempre hay algunos adultos supervisando. Tenemos un chat separado para organizarlo.

Es increíble, y quiero más de esto.

El ático de Chicago se ha convertido en nuestro lugar de vacaciones o escapada.

¿Badger Falls, y este *cul-de-sac*?

Es hogar.

—Todos están más relajados aquí —dice Evie—. Me encanta. No sabía que existían lugares así. Está tan lejos de Nueva York y de la forma en que me crie. —Puedo creerlo, ya que fue criada por imbéciles de la vieja aristocracia.

La pequeña perra de Zach emerge de debajo de su silla, bostezando dramáticamente. Examina el patio donde los otros perros siguen persiguiendo a los niños, luego se retira a su lugar seguro.

—Esa perra. —Me río. —Piensa que es uno de los perros grandes hasta que recuerda que es básicamente una rata.

—¡Oye! —grita Zach desde el otro lado de la fogata—. Escuché eso. Gracie no es una rata.

—Se peleó con Louie —añade Blair, acomodándose en la silla a mi lado—. Luego se escondió detrás de las piernas de Zach cuando él le gruñó. —Louie es el más tranquilo de los perros. Es uno de los cachorros abandonados en la puerta del refugio de Cadence. Todos

ayudamos a alimentarlos con biberón, así que no había manera de que fueran adoptados por nadie más que nosotros.

—Es luchadora —defiende Zach—. Como su papá.

Kade, Jonas y Zach comienzan a discutir sobre lo poco luchador que es Zach. Blair ayuda cuidadosamente a Noah a quitar su malvavisco, luego le pasa el palo a Micah mientras él y Holly se acercan. Holly tiene a la pequeña Grace atada a su pecho.

Blair se inclina sobre mí para charlar con Evie, pero de repente Evie se levanta, dirigiéndose a la barbacoa para rescatar a Colton de John.

Blair gime y sacude la cabeza.

—¿Por qué no deja simplemente que John lo haga?

—No lo sé. Ya es ridículo a estas alturas. —La insistencia de Colton en convertirse en un maestro de la barbacoa estaría bien si pudiera dejar de quemar todo lo que toca. Pero el hombre o se aleja o insiste en que todo está bien mientras salen llamas reales de la parrilla.

Tiro de la silla de Blair hasta que toca la mía. *Todavía no está lo suficientemente cerca*.

—Necesito comprar una de esas sillas para dos personas. Para que podamos estar más cerca.

—Me tenías bastante cerca hace media hora.

Sonrío con suficiencia porque todavía me siento totalmente satisfecho.

—Sí, así fue.

Ella se ríe, sacudiendo la cabeza como si estuviera siendo tonto. Pero veo el calor en sus mejillas. Recuerda lo bien que se lo di. Voy a hacer todo lo posible por acorralarla de nuevo esta noche una vez que los niños estén dormidos.

—Es una salvavidas, ¿sabes? —dice Blair. Sigo su mirada hacia Holly y Micah, recostados al otro lado de la fogata, tratando de seguir el cambio de tema.

—¿Holly?

Ella asiente con un murmullo.

—Papá nunca fue bueno con el papeleo. Y yo no lo hice mucho mejor. Sé que hice un poco de escándalo al respecto. Se sentía raro

tener a alguien que no fuera un McKenna allí. Pero es un gran alivio.

Averiguar quién decidió mudarse aquí permanentemente, si Micah o Holly, es como el dilema del huevo y la gallina. Pero un día, aparecieron en la puerta principal, con aspecto muy serio.

En cuestión de semanas, Micah se había hecho cargo permanentemente de una de las tres bahías en McKenna's, y Holly estaba poniendo la oficina en orden.

—Me alegro de que estuvieras abierta a ello. Las cosas personalizadas de Micah vienen con muchos gastos generales y papeleo adicionales. Y a él no le gusta estar demasiado lejos de ella.

—Son adorables juntos —dice, sonriendo mientras Micah levanta a un chillón Noah sobre su regazo. Noah se ríe por algunas cosquillas, luego muy adorablemente se inclina y le da un beso a su hermanita en la parte superior de su cabeza. Luego se queda por un segundo, acurrucado en el considerable pecho de Holly—. Y hacen bebés muy hermosos.

—Seguro que sí.

Nos sentamos, tomados de la mano, dejando que el bullicio a nuestro alrededor se difumine. Finalmente, levanto la mano de mi esposa a mis labios y le doy un beso allí.

—¿Eres feliz?

Ella me mira con ojos interrogantes.

—Por supuesto que soy feliz. ¿Por qué?

—Es solo que.... a veces, la forma en que miras a las mujeres que están embarazadas me hace preguntarme si desearías que las cosas fueran diferentes.

No me aparta, solo mira a Becca y a Janey, quien acaba de despertar de su siesta y se ha plantado en el regazo de Jonas, como si quisiera volver a dormirse.

—Creo que haber tenido esa experiencia contigo, hacer un bebé, habría sido maravilloso. Pero amo lo que tenemos ahora. Amo la libertad que tenemos.

—Pero los observas tanto.

Hace una mueca, mordiéndose el labio. Luego se inclina y baja la voz.

—Es solo que.... Sé que es algo normal y natural, pero no puedo evitar pensar que uno de ellos podría salir de repente, al estilo de *Alien*.

—Muchas gracias por poner esa imagen en mi cabeza. En serio. Gracias. Eso no me va a dar putas pesadillas ni nada.

Se ríe, apoyando su frente en mi bíceps.

—Tú preguntaste.

—Recuérdame nunca volver a hacerlo. No quiero saber qué coño pasa por esa cabeza tuya.

—¿Estás seguro? —Su voz se vuelve oscura, y de inmediato me pongo duro como una roca. —Porque alguien me contó algo sobre el ciclo de centrifugado de la lavadora. Pensé que podríamos probarlo esta noche después de que los niños se duerman.

—¿El ciclo de centrifugado? ¿De quién oíste eso? —No me responde, solo se muerde el labio, y mi polla se vuelve tan flácida como un maldito trozo de cuerda. —Maldita sea, nena, fue Abu o Connie, ¿verdad? Joder. Lo arruinaste. Acabas de matarlo. —Señalo mi polla, y la maldita mujer solo se ríe. Es tan cruel. Y hermosa.

Pero también cruel.

—Lo siento. Lo siento. La idea era intrigante. —Refunfuño sobre ello, pero su risa hace que sea difícil mantenerme enfadado. Si ella es feliz, yo también lo soy. Así es como funciona.

—Lo es. Siempre y cuando no consideres la fuente.

Somos interrumpidos por Maverick y Cadence, que llegan a casa del refugio. Llevó algo de tiempo. Cadence quería hacer gran parte del trabajo ella misma, pero transformó esa granja. Y ese lugar se ha convertido en mucho más que un refugio y centro de entrenamiento para perros. Ahora es hogar de todo tipo de animales, los graneros están llenos de caballos miniatura, viejos caballos de tiro y una variedad de otros animales. Y afortunadamente, no le faltan voluntarios.

Maverick ha dejado de tomar casos extra en la ciudad. Pasa su tiempo libre ayudando en el refugio. Esas líneas de estrés han desaparecido, reemplazadas por un bronceado profundo y líneas de risa alrededor de sus ojos.

Parece cinco años más joven.

—Me pregunto si van a tener bebés —reflexiona Blair—. Serían padres maravillosos si lo desean.

—Abu ha estado hablando un poco sobre nietos. Ya veremos. Si ella los quiere, tendrá todo el apoyo que necesite.

—Ayuda que su refugio tenga fondos ilimitados. Sé que quiere intentar que funcione por sí solo, pero en realidad, ¿qué más van a hacer ustedes con todo ese dinero?

—No soy yo el que necesita ser convencido. Tal vez ustedes dos necesiten una cita para tomar café y discutir sobre responsabilidad fiscal. O en este caso, irresponsabilidad.

—Sí, me pondré en ello de inmediato —dice con sequedad. Mi esposa finge que no quiere interferir, y sin embargo lo hace todo el tiempo. Ella es a quien todos acuden en busca de consejos sobre relaciones. No estoy seguro de por qué han decidido que es una especie de gurú del amor, pero no me molesta. Me encanta que todos tengan relaciones individuales con ella. Más de una vez he intentado recogerla para almorzar, solo para descubrir que ya ha sido secuestrada por uno de mis hermanos.

—Te voy a llevar lejos. Necesitamos un poco de tiempo a solas.

—¿Al ático?

—No. Demasiado cerca. Te quiero toda para mí por un tiempo. Tal vez un mes.

Se inclina hacia adelante.

—¿Un mes?

—Sí. Imagínalo. Tú y yo. Un lugar tranquilo junto al océano, o en las montañas, o en una casita de piedra en el campo. Nada que hacer, nadie interrumpiendo.

Abre la boca. La cierra.

—¿Cuándo? —pregunta, con sus ojos iluminándose con interés.

—Cuando quieras, nena. Solo di la palabra e iremos.

—Bueno.... —Golpea su dedo contra sus labios. —En agosto no, es cuando comienza la escuela. No quiero perderme eso.

—¿Entonces septiembre?

—El bebé de Cara y Declan nacerá entonces. Y luego está Halloween....

—¿Noviembre? —sugiero, ya sabiendo hacia dónde se dirige esto.

—¿Acción de Gracias sin todos? De ninguna manera. Y luego Navidad....

—No. No podemos perdernos la Navidad. Ver a los niños abrir los regalos es lo mejor de las fiestas. —De ninguna manera me voy a perder eso.

Se muerde la esquina del labio.

—Hay un cumpleaños o algún otro evento ocurriendo cada mes.

Nos miramos y estallamos en carcajadas. Blair entierra su rostro en mi pecho, sus hombros temblando.

—Entonces.... ¿nada de vacaciones de un mes?

—Tal vez podríamos hacer un viaje más corto —Traza patrones en mi brazo. —¿Como una semana? Me encanta la idea de tenerte solo para mí, pero....

—¿Pero no quieres perderte nada de este caos?

—¿Es terrible? Pasé tantos años de mi vida sintiéndome como una extraña. Ahora tengo esta enorme y loca familia, y amo cada minuto de ella.

—No, nena, eso no es malo en absoluto. Iremos a algún lugar tropical. Nick me envió un mensaje diciendo que la isla privada donde él y Bree están pasando su luna de miel es hermosa y privada. Y opcional en cuanto a ropa.

—Suena perfecto. Podríamos.... ¿quién le dio líquido para encendedor? ¡Colton! ¡Colton! ¡Dámelo ahora mismo!

Riéndome, veo a mi esposa cruzar el césped y arrancarle la botella de las manos, para luego proceder a darle una conferencia, con el dedo en su cara y todo.

Así que tal vez yo sea el papá de este grupo.

Pero ella es totalmente la mamá.

Al otro lado de la hoguera, John y Abby están discutiendo, con voces bajas. En un suave movimiento, él se levanta y se la echa al hombro.

—¿Adónde me llevas? —chilla Abby.

—A casa. Tenemos que hablar. —Camina pesadamente por el patio hacia su casa, mientras Abby nos saluda boca abajo, y luego parece distraerse con el trasero de John. —Si alguno de ustedes, cabrones, nos molesta, no vivirá para ver la mañana.

Pasa menos de un minuto después de que se cierra la puerta cuando empiezan.

—¿Saben qué deberíamos hacer? —Zach sonríe, poniéndose de pie. —Ir a ver si necesitan ayuda para resolverlo.

—Sí. Estoy entrenado para ayudar a la gente a superar desacuerdos —Colton se levanta también, frotándose las manos.

Micah se frota el mentón, sonriendo.

—Hay que ayudar.

—Sienten sus traseros ahora mismo. —La voz de Blair corta sus planes como un cuchillo. Los tres se congelan a medio movimiento.

—Pero.... —empieza Zach.

Blair señala su silla.

—Abajo.

—Solo íbamos a.... —intenta Colton.

—Dije que planten esos traseros en esas sillas. —Blair se cruza de brazos. —A menos que quieran cabrearme de verdad....

Los tres intercambian miradas, sopesando sus opciones.

—Tiene esa mirada —murmura Micah.

—La que da miedo —concuerda Colton.

Todos vuelven lentamente a sus asientos.

—Buena elección, chicos —Blair asiente con aprobación—. Ahora, ¿quién quiere s'mores?

Tres manos se levantan de inmediato.

Atraigo a Blair hacia mí cuando pasa junto a mi silla.

—Eso fue jodidamente sexy, nena.

Ella sonríe.

—Alguien tiene que mantener a estos niños crecidos a raya.

—Y lo haces tan bien. —Le doy un beso en la sien. —Aunque tenía curiosidad por ver qué les harías si realmente lo intentaran.

—Créeme —dice con una sonrisa maliciosa—, realmente no quieren averiguarlo.

57

CONNIE

La brisa vespertina trae el aroma del humo de leña mientras Tess conduce su carrito de golf hacia la reunión. Agarro mi bastón, lista para dirigirme hacia la fogata. Nunca pensé que disfrutaría tanto estas noches. Pero amo a estos chicos y a todos los pequeños correteando alrededor. Me encanta ser incluida en su alegría.

—¡Miren quién está aquí! —Colton se levanta de un salto de su lugar, extendiéndome la mano para ayudarme a bajar del carrito, luego se inclina y le da un beso en la mejilla a Tess. —Hola, abuela.

—Puedo arreglármelas, querido. —Pero de todos modos dejo que me acompañe hasta la fogata. Este chico actúa como un bufón más a menudo que no. Pero es brillante, muy brillante.

Y muy amable.

Las llamas proyectan sombras danzantes sobre rostros familiares mientras todos saludan. Janey saluda desde su percha en el regazo de Jonas. Micah saluda con la mano, con una somnolienta Holly acurrucada contra su pecho. Recuerdo lo exhausta que estaba con bebés pequeños. Tenía ayuda, por supuesto, pero aun así me despertaba con mis hijos todas las noches.

Los extraño tanto que me duele.

Dicen que el tiempo atenúa el dolor, y supongo que es cierto. Pero aún extraño a mis hijos cada día.

—Señora McCauley, justo aquí. —Ransom acerca una silla acolchada junto a donde él y Blair están sentados tomados de la mano.

—Gracias, cariño. —Me acomodo. Las articulaciones crujen menos de lo habitual con el calor del fuego.

Mi mirada se desliza por el círculo donde Tess se ha unido a su nieta Cadence y a Maverick, su rostro resplandeciente de satisfacción. Es tan hermoso que puedan pasar tanto tiempo juntas.

Extraño a mis nietos todos los días. Aunque debo admitir que me siento menos sola que antes. Pasar mi tiempo aquí ha ayudado a sanar algo de mi corazón herido. ¿Quién hubiera pensado que mis solitarias noches en Chicago con solo mis perritos se transformarían en esto? Antes de que Nick empezara a pasar por té y galletas, estaba muy sola. Ahora tengo más familia de la que siento que puedo manejar.

—¿Puedo servirle un plato, Connie? —Ransom señala hacia la variedad de comida en la mesa de picnic.

—No es necesario, querido. La abuela y yo cenamos antes de venir. —Le doy una palmadita en el brazo. —Pero tengo algo que discutir con ustedes dos.

Blair se inclina hacia adelante, la luz del fuego ilumina los planos de su rostro. Qué mujer tan fuerte. Verdaderamente impresionante. En mis tiempos, a una mujer como ella la llamarían de huesos grandes. La gente de mi época era tonta. Blair es encantadora, y su fuerza, tanto física como mental, la convierten en una mujer formidable.

—He estado pensando en mudarme aquí permanentemente. —Las palabras se sienten correctas al salir de mi boca. —Mantendría mi apartamento, por supuesto, pero viviría con Tess la mayor parte del año.

—¿En serio? —Las cejas de Ransom se disparan. —¿Qué hay de tu empresa?

—La empresa se maneja sola estos días. Tengo buena gente a cargo. —Me enderezo en mi silla—. En realidad, eso es parte de lo que quería discutir con ustedes.

Blair empieza a levantarse.

—Debería darles algo de privacidad....

—Siéntate de nuevo, jovencita. —Tomo su mano—. Esto te concierne a ti también. Sabes, estuve casada con Arthur durante

treinta y dos años. Fuimos socios en todo: vida, amor, negocios. Cuando los miro a ustedes dos, veo esa misma conexión.

Los dedos de Blair se entrelazan con los de Ransom mientras se acomoda de nuevo a su lado. Sí, justo como Arthur y yo éramos. La forma en que se mueven en sintonía, terminan los pensamientos del otro. Algunos podrían llamarme una vieja tonta, pero reconozco el amor verdadero cuando lo veo.

—Arthur y yo construimos McCauley Steel juntos. Cada decisión, cada victoria, cada revés, lo enfrentamos como uno solo. —Me inclino hacia adelante, mi voz firme. —Eso es lo que debería ser el matrimonio. Una asociación.

—Es maravilloso que tuvieran eso —dice Blair en voz baja—. No todos lo tienen.

—Lo sé, querida. No lo doy por sentado. —Como siempre, pensar en mi Arthur me pone un poco sentimental. Me aliso los pantalones azules y reúno mis emociones. Después de todo, esta es una discusión de negocios. No hay necesidad de llorar.

—¿Está pasando algo con tu empresa? ¿Necesitas ayuda? —pregunta Ransom.

Es un buen chico. Entiende la familia y la responsabilidad. Eso es lo que lo convierte en la persona perfecta para esto.

—Me gustaría discutir la posibilidad de venderte mi empresa.

La mirada de Ransom se agudiza, esos ojos oscuros tan parecidos a los de Arthur: astutos pero amables.

—No sé mucho sobre el negocio del acero.

—Eres un buen hombre de negocios. Te he estado observando. —Le doy una palmadita en la rodilla—. La junta directiva es sólida. La empresa prácticamente se maneja sola estos días.

Blair se mueve a su lado, su mano aún entrelazada con la de él. Qué pareja tan natural.

—No entiendo. —Ransom niega con la cabeza. —¿Por qué querrías vender? La empresa es tu legado.

El fuego crepita, enviando chispas danzantes hacia el cielo nocturno.

—Me estoy haciendo vieja, querido. —Mis dedos trazan el mango de mi bastón. ¿Cuándo se volvieron mis dedos tan nudosos y

manchados? —Y estoy un poco cansada.

—¿Qué hay de tus nietos?

Mi pecho se aprieta al pensar en mis chicos. Todos esos veranos que pasaron corriendo por mi casa, ensuciando mis alfombras con lodo. Ahora apenas los veo. Llaman. Todos dicen que me aman. Pero no están aquí.

—No han mostrado interés en años. —Intento mantener el temblor fuera de mi voz. —Están dispersos por todo el mundo. —Sacudo la cabeza. —No creo que ninguno de ellos esté en este continente.

—Pero ¿no querrían ellos...?

—Están viviendo sus propias vidas. —Las palabras salen más afiladas de lo que quiero. —Lo cual está bien. Es lo que deben hacer. Pero la empresa necesita a alguien que se preocupe por ella. Alguien que entienda la familia y la lealtad. —Miro entre él y Blair. —Alguien que sepa cómo construir algo duradero.

—Señora McCauley....

—Connie —lo corrijo—. Somos familia ahora, ¿no?

Sus ojos se suavizan y asiente.

—Te considero familia. Sé que todos los demás también. Solo no quiero que tomes una decisión de la que puedas arrepentirte. Y tus nietos podrían tener opiniones sobre esto.

—Cuento con ello.

Me da una mirada desconcertada, y lo entiendo completamente. Debo sonar como una mujer loca.

—Verás, he decidido que es hora de darles a mis nietos una última oportunidad de demostrarme que pueden hacerse cargo del negocio. Es posible que no les importe. Es probable incluso, dado mi papel en nuestra distancia. Pero al menos quiero darles la oportunidad.

—Connie —dice Blair—, no entiendo. ¿Cómo pueden demostrarte que están listos para heredar la empresa?

—No necesitas preocuparte por esa parte. Yo me encargaré de ello. Lo que sí necesito de ambos es una oferta de compra, que entre en vigor dentro de un año a partir del lunes. —Cuando le digo a Ransom el precio que quiero que pague, se atraganta.

—De ninguna manera. No voy a hacer eso. Eso es un robo. Tu empresa vale al menos cinco veces más que eso.

—Más cerca de ocho.

—¿Por qué me la venderías por mucho menos?

—Porque entiendes de familia y responsabilidad. Sé que la cuidarás y a todas las personas que trabajan para mí. Considerarás sus futuros en cualquier decisión que tomes.

—Lo haría. Absolutamente.

Blair se aclara la garganta.

—Solo para que estemos en la misma página. ¿Estás ofreciendo venderle a Brash la compañía de acero a un precio ridículamente bajo en un año? ¿Y en ese año, vas a darles a tus nietos la oportunidad de hacerse cargo en su lugar?

—Precisamente.

Los ojos de Ransom se estrechan.

—Van a estar molestos. Ese precio es demasiado bajo. Va a parecer que me estoy aprovechando de ti.

—Precisamente, querido. Precisamente. —Le doy una palmadita en la mano. —Lo siento. Te va a poner en una situación difícil. Van a pensar lo peor de ti.

Su sonrisa es cálida, pero calculadora. Es exactamente como esperaría que se viera.

—Pueden pensar lo que quieran. ¿Cómo quieres que lo maneje?

Este chico.

—Eres demasiado listo para tu propio bien. —Me da esa sonrisa de tiburón, la que he visto en las revistas. Si tuviera treinta años menos, estaría toda alborotada. —Quiero que seas el despiadado tiburón corporativo que todos ven en ti. Eso es todo.

—¿Y tú qué estarás haciendo?

—¿Qué más, querido? Tramando.

Mi próxima serie es sobre Connie y sus nietos.

El libro 1 de La Herencia de McCauley estará disponible en 2025. ¡Asegúrate de estar suscrito a mi boletín para recibir actualizaciones más cerca de la fecha de lanzamiento!

¿Quieres echar un vistazo a la boda de Blair y Ransom?
Consigue tu escena extra aquí

¿QUÉ SIGUE?

Mi próxima serie trata sobre Connie y sus nietos.

El primer libro de El Legado de McCauley saldrá en 2025. ¡Asegúrate de estar suscrito a mi boletín para recibir actualizaciones cerca de la fecha de lanzamiento!

¿Quieres echar un vistazo a la boda de Blair y Ransom? Obtén tu escena extra aquí, o cualquiera de mis escenas adicionales: